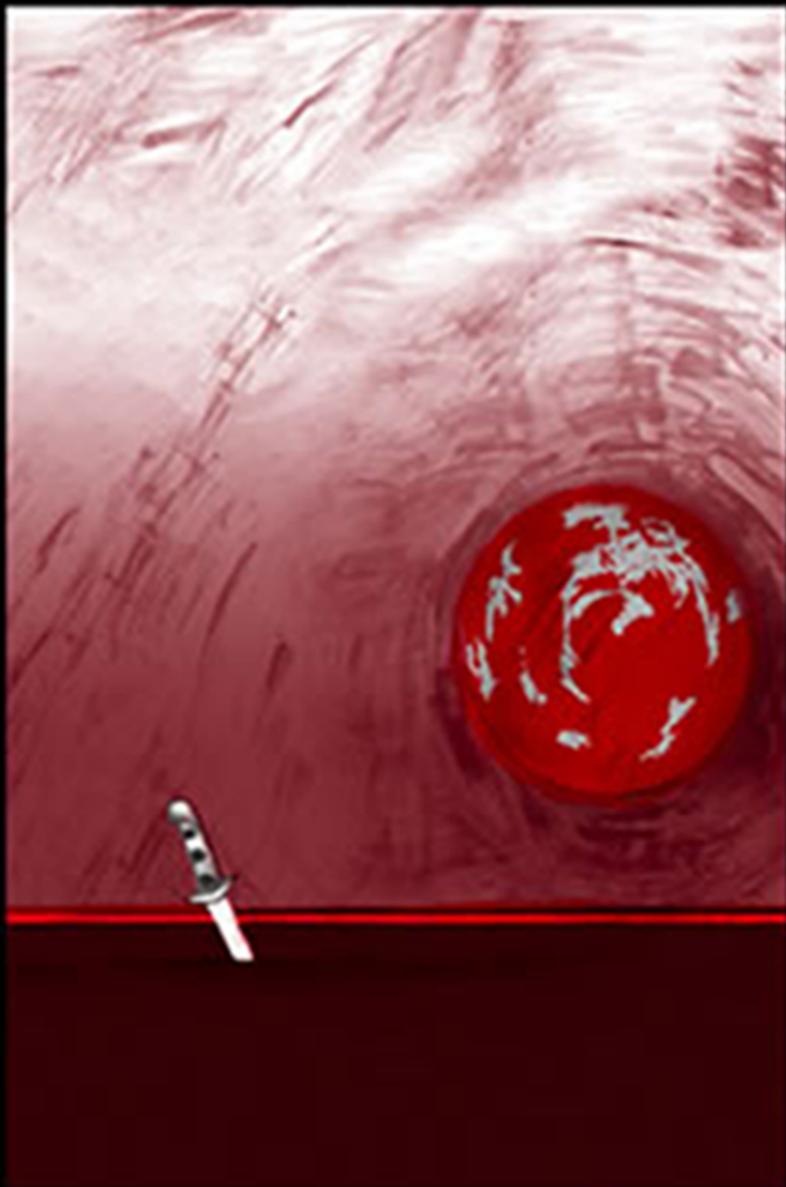


Dramaturgia de Carlos Alsina

hacia un teatro esencial

Colección Autores Argentinos



hacia un teatro esencial

20 obras teatrales

de Carlos María Alsina

20 obras teatrales ...

Teatro. – 1ª ed.- Buenos Aires: Instituto Nacional del Teatro, 2006.

v. 1; 60 p.; 22x15 cm.

ISBN N°

1. Teatro Argentino. I. Título

CDD A862

Esta edición fue aprobada por el Consejo de Dirección del INT en Acta n° 107 / 2004

CONSEJO EDITORIAL

- > Roberto Aguirre
- > Rafael Bruza
- > Nerina Dip
- > Ariana Gómez
- > Carlos Pacheco

STAFF EDITORIAL

- > Carlos Pacheco
- > Raquel Weksler
- > Elena Del Yerro (*Corrección*)
- > Mariana Rovito (*Diseño interior y de tapa*)
- > Grillo Ortiz (*Ilustración*)

© Inteatro, editorial del Instituto Nacional del Teatro

ISBN:

Impreso en la Argentina - Printed in Argentina

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Reservados todos los derechos

Impreso en Buenos Aires, mayo de 2006.

Primera edición: 1.500 ejemplares

Toda referencia a un *interior* supone la existencia de un *exterior*. Lo externo es lo que se ve, se muestra, se comunica, lo interno es aquello que permanece dando vueltas adentro, lo que existe aún sin ser visto y, muchas veces, lo que sustenta lo externo. Sin embargo, para quienes asumimos el desafío de hacer teatro desde el *interior* de la Argentina, esta relación plantea una lectura diferente: nuestra producción artística está destinada a ubicarse en la periferia del campo de producción que se reconoce -por una lógica que heredamos- como el centro de legitimación y difusión de la producción teatral del país, localizado en el centro *neurálgico* del territorio nacional, en la ciudad de Buenos Aires.

Este pasaje de lo interno a lo periférico, que nos deja a los del interior, paradójicamente, *jugando de afuera* plantea un desafío: o asumimos como centro de creación a la Capital del país y nos atenemos a las leyes que de ella emanan -extrapolando realidades y discursos cuya adaptación a veces resulta patética- o nos reconocemos como *internos-periféricos* y generamos nuestros propios campos de producción y circulación artística. Desafío éste, que de abordar la segunda postura, nos lleva a realizar una mirada crítica sobre la realidad que nos circunda y a accionar en función de esa lectura.

Esto parece haberlo entendido mi comprovinciano, el tucumano Carlos María Alsina, quién se define como un “escritor alegre por escribir de y desde la periferia”. Es desde los márgenes que Alsina construye su dramaturgia, y su mirada bucea el interior, los pliegues de nuestra historia, de nuestra identidad, de nuestros dolores más amargos, de nuestros deseos insatisfechos. Su dramaturgia busca la esencia y construye un camino surcado de metáforas.

Para la crítica europea, Alsina construye un realismo mágico en sus textos. Según el crítico italiano Nicola Pasqualicchio:¹

La obra de Alsina es la de un autor entre Beckett y Pinter y, en parte, también próximo a Pirandello. Cercano a ciertos modos de Pinter, pero enriquecido por su propio estilo personal, vecino al realismo mágico, Alsina nos deslumbra con sus símbolos y su poesía dejando hasta el último momento un perturbador residuo de misterio. Su trabajo como director, además, es de rigurosa escencialidad que descarta todo elemento decorativo.

Quienes vivimos de cerca ese realismo, sabemos que para volverlo mágico, hace falta un compromiso social crítico y profundamente humano, capaz de conmoverse y convertir en poseía los aspectos más dolorosos de nuestra identidad. Según Alsina, comparada con Tucumán, la mítica Macondo de García Marquez puede verse como una pálida Ginebra. Por esta razón, el autor suele nutrirse del imaginario social de su región para volcar en sus obras,

en la que se introducen, tanto personajes de la vida local, como leyendas y referencias históricas de la cultura del Noroeste argentino.

Nacido en 1958, Alsina inicia su carrera teatral como actor en 1976. Desde entonces ha desarrollado una intensa actividad en el país y en el extranjero, como dramaturgo, director y docente. Autor de casi cuarenta textos teatrales de los cuales fueron representados hasta el momento treinta y dos, entre ellos: *Limpieza* (1984), *¡Ay DIU!* (1987), *Esperando el lunes* (1990), *El pañuelo* (1991) *¡Ladran, Che!* (1994), *El sueño inmóvil* (1996), *El pasaje* (1998), *La guerra de la basura* (1999), *Desde el andamio* (2004), *Crónica de la errante e invencible hormiga argentina* (2005), *Por las hendijas del viento* (2005), muchos de ellos también representados en Italia, Brasil, Suiza, Alemania, Cuba, Ecuador, y España.

Como Director ha realizado más de 60 montajes en Argentina, Italia, Brasil y Suiza con títulos como *El avaro* (1985), *Don Juan* (1986), *Tartufo* (1988) de Molière, *Pareja abierta* (1989), *Aquí no paga nadie* (1990), *Muerte accidental de un anarquista*, de Darío Fo, *Aspirina para dos*, de Woody Allen (1990), *Recordando con ira*, de John Osborne (1985), *Ardiente paciencia*, de Antonio Skármeta, *Ópera del malandro*, de Chico Buarque (1994), *Doña Flor y sus dos maridos* (2001), *La Fiacca*, de Ricardo Talesnik, que recibiera en Italia el premio Sandro Camasio (2005), etcétera.

Como docente se desempeña en Argentina, Italia, Suiza y Brasil.

Se realizaron tesis de Maestría sobre su teatro en La Sorbonne VIII, a cargo de Almendrine Bollard, en la Universidad de Verona por Cristina Lonardoní, en la Universidad de Arizona por Fernando Pezzino, y de Doctorado en la Universidad de Trieste, por Marcela Serli.

En el prólogo a la edición del volumen 1 del *Teatro de Alsina*², Jorge Dubatti señala:

Alsina es un típico exponente de la nueva dramaturgia argentina. A diferencia de muchos de los nuevos dramaturgos, quienes ya no escriben desde los grandes dogmas sino desde lo autobiográfico, Alsina elabora un teatro de fuerte función política y no exageramos al afirmar que su nombre figura entre los valores más firmes de la escena nacional.

El teatro de Alsina es un teatro esencial, en su forma y en su contenido. Él elabora su dramaturgia a partir de lo irreductible: el actor y el espacio escénico. Por lo general sus obras plantean una escenografía despojada en donde se introducirán los elementos necesarios para llevar adelante la acción. En sus acotaciones, algunas veces propone la transformación de un mismo elemento para distintas utilidades, otras sugiere que los mismos actores, a través de la acción o el relato, construyan con sus palabras al espacio y los objetos.

Cuando en 1996, recibió, el Premio Teatro Casa de las Américas, por su obra *El sueño inmóvil*, el jurado de este premio (conformado por Pilar Romero, de Venezuela; Héctor Quintero, de Cuba; y Nel Diago, de España) concluía: “La obra de Alsina supone una interesante búsqueda de un lenguaje escénico no convencional, que sabe articular diferentes planos temporales conjugando lo natural con lo sobrenatural, la realidad cotidiana con el mundo mágico”.

Se observa una clara intención de provocar el distanciamiento del público en su dramaturgia. Probablemente influido por Brecht (estudió en el Berliner Ensemble en 1988, becado por el Fondo Nacional de las Artes) y por Dario Fo (de quien fuera su asistente a principios de 1990) Alsina deposita toda su confianza en la capacidad creativa de los actores al proponer que éstos, a partir del relato o la acción, construyan esa articulación de planos espaciales y temporales. Tanto en la incorporación de elementos musicales, mezclado algunas veces con un humor sarcástico, como en la transformación de objetos de descarte en utilería y vestuario, es posible observar esta intención de conmover (en el sentido de mover con) a la reflexión y a la acción a quien presencie sus obras.

En sus personajes, lo esencial se manifiesta a través de sujetos enfrentados a su propia existencia, al resultado de sus acciones y también al resultado de las acciones de los otros sobre sí mismos y sobre los demás. Si hay algo que Alsina parece no querer olvidar, ni que olvidemos, es que somos los humanos los únicos responsables de nuestra destrucción o de nuestra reinención.

En base a la utilización de los recursos antes mencionados, pueden identificarse, en la prolífica producción de Alsina dos grandes líneas estéticas que se han desarrollado paralelamente. Una es la que se vincula a la sátira política, donde predomina el tono farsesco con elementos del grotesco, en la cual abundan las referencias a ciertos *personajes* de la vida política y cotidiana local y nacional. Pueden incluirse aquí elementos musicales con canciones y poemas incorporados a fin de fortalecer la intención distanciadora, que confluyen en una crítica mordaz y sin tapujos a la realidad tucumana y argentina, “mezcla de barro con pelos”, en palabras del autor.

De las veinte obras seleccionadas para la presente edición se incluyen bajo esta línea: *La guerra de la basura*, estrenada en 1999, *Crónica de la errante e invencible hormiga argentina*, estrenada su versión definitiva en el 2005, *Segunda crónica de la hormiga argentina o con la soja al cuello*, cuyo estreno está previsto para mediados del 2006 –ambas tienen como protagonista a la Linephitema Humile, especie de hormiga de origen argentino cuyas colonias no se enfrentan en territorio extranjero, pero se combaten hasta el exterminio en su tierra– y, además, *La conspiración de los verdaderos dioses* protagonizada por personajes marginales de la vida tucumana que, a modo de metáfora, confabulan para provocar un nuevo Diluvio Universal en el interior de una secta delirante, obra a estrenarse en abril de 2006.

La otra línea abandona la sátira, aunque en muchos textos la incorpora, y se interna en una mirada más dolorosa. Aquí, sin perder la intención de denunciar y de colaborar en la construcción y defensa de una identidad cultural propia, Alsina busca alertar sobre la peor de las tragedias: la de las repeticiones. Con la misma agudeza que construye las sátiras, el autor profundiza en el comportamiento humano -basándose muchas veces en hechos y personajes verídicos- para demostrar de qué forma el hombre, a través de sus actos, construye su propio destino. Y, dado que la tendencia a repetir la historia parece, más que una herencia un castigo, Alsina alerta sobre la necesidad de construir otras alternativas, otras historias, en definitiva: otros hombres.

Ya desde 1985, con *Limpieza* (texto que recibiera el premio del Fondo Nacional de las Artes en 1987), el autor inaugura esta vertiente a través de esta obra que referencia al episodio ocurrido en 1977, cuando el entonces gobernador de facto general Domingo Bussi, en ocasión de la visita a Tucumán del presidente, general Jorge Rafael Videla, ordenó *limpiar* la ciudad de mendigos. En dicha oportunidad, todos los mendigos que deambulaban por las calles de la ciudad fueron recogidos y desechados en parajes inhóspitos de la provincia de Catamarca. En el prólogo a la edición de esta pieza Roberto Cossa, señala:³

Alsina rehuyó a la anécdota a la que sólo retomó como una excusa para describir una realidad mayor: la que padeció Tucumán y todo el país bajo el régimen militar y la destrucción física y mental a la que fue sometida toda una sociedad. Una metáfora, en definitiva, del hombre arrinconado, amenazado por un siniestro helicóptero que, como los de la película *Apocalipsis now* sembraban la muerte indiscriminada. (...) Alsina es, a no dudarlo, un teatrista cabal y un hombre con un promisorio futuro.

La capacidad del autor para detectar los momentos de la historia argentina que se articulan con el presente, encontrar sus vínculos y exponer su evolución queda demostrada en *Allá*, pieza escrita en 1991 y aún no estrenada. En esta obra Alsina, pese a la distancia temporal que existe entre sus dos personajes, Severino Di Giovanni y un joven argentino emigrante contemporáneo, logra evidenciar casi hasta el absurdo la forma en que la historia puede volverse cíclica.

Sin bien es cierto que repetir la historia es una tragedia, en las obras de Alsina no intervienen los dioses, ni los héroes, son los hombres y las mujeres quienes tienen el poder del cambio. Así puede apreciarse en *El pañuelo*, de 1991, obra en la que una madre de Plaza de Mayo decide adoptar a todos los desaparecidos como hijos e inscribe en la blancura de su pañuelo treinta mil nombres.

En *Esperando el lunes*, estrenada en 1993, el autor nos brinda la posibilidad de reinventarnos sin movernos del banco de una plaza. Dos personajes que se encuentran los lunes para contarse mentiras es el germen para construir un vínculo pleno de ternura, ingenio y humor. Con esta obra el autor recibió el premio Julio

Sánchez Gardel, otorgado por el Fondo Nacional de las Artes en 1990. Y es movimiento lo que consiguen Don Quijote de La Mancha y el Che Guevara en *¡Ladran, Che!*, estrenada 1994, cuando logran escapar de su exilio mitológico, fortalecidos por su lucidez para crear utopías que les permite poner en marcha a la moto del Che... o al Rocinante del Quijote, según desde dónde se lo mire.

La posibilidad del cambio ya se encuentra obstaculizada en *El sueño inmóvil*, Premio Teatro Casa de las Américas 1996. Cabe destacar que Alsina escribió esta obra cuando el pueblo tucumano eligió como gobernador *democrático* a Bussi, quien fuera salvaje represor durante la última dictadura militar. En esta obra, la tragedia de las repeticiones es retomada con exquisita profundidad, y sus protagonistas, encarnados en personajes genéricos como El Olvidado, El Marchante, La Joven y La Vieja, construyen su propio destino inmóvil, matando la única posibilidad de cambio.

También en *El último silencio*, historia que se teje a través de la conservación del último árbol, obra escrita en 1996 y aún no estrenada, los obstáculos para la acción y el cambio son construidos por el miedo y la impotencia de sus protagonistas, para quienes hasta el amor constituye un peligro.

Frente a la inmovilidad, quienes instauran el miedo y el ejercicio de la violencia, en todas sus formas, avanzan convalidados por una impunidad que parece no tener límites. En *La guerra de la basura* –que presenta una combinación de las dos líneas mencionadas– Alsina retrata el accionar de los grupos económicos dominantes y la complicidad de los gobernantes que responden a sus intereses. Estrenada en 1999, la obra combina elementos de la sátira política, con recursos musicales y advierte sobre los errores en los que un pueblo sin memoria puede incurrir. Esta obra fue estrenada en Tucumán una semana antes de las elecciones provinciales cuando el hijo de Bussi tenía posibilidades *democráticas* de asumir el cargo de gobernador. La misma, formó parte de un evento artístico que contó con la presencia de artistas plásticos, bailarines, músicos, escritores, etcétera, unidos por un objetivo común: despertar a un pueblo del letargo que la represión instaló en sus años de barbarie.

Este llamado de alerta que procura persuadir al público a no perder la memoria para no repetir la historia, pasa del plano colectivo al individual en obras como *El pasaje*, de 1998, y *Desde el andamio*, de 2004. Aquí, es la presencia de la muerte la que acompaña a los protagonistas en una mirada retrospectiva que busca, en procura de lo esencial, hilvanar los momentos más representativos de la existencia. Detrás de estas obras, se evidencia la presencia de un autor experimentado y maduro que cada vez apunta con mayor claridad a transmitir su propia tesis que parece decir: sólo la memoria construirá otra humanidad.

En *Fervoroso Borges*, estrenada en 1999, Alsina elabora una eficaz dramaturgia al entrelazar fragmentos de cuentos, poesías y ensayos de Jorge Luis Borges

con anécdotas y datos sobre su vida, colocándose en un segundo plano a modo de homenaje al gran escritor argentino, ubicándolo escénicamente en un mágico círculo de arena, el más eficaz de los laberintos.

En *La revelación*, de 1999 y aún no estrenada, Alsina toma como punto de partida un capítulo de *El Evangelio según Jesucristo*, de José Saramago, para ofrecernos una exquisita versión teatral de un encuentro entre El Padre, Jesús y el Demonio en el lago de Galilea.

Es un verdadero placer descubrir, a través de la lectura de estas obras, la evolución artística del autor. Esa madurez se refleja en el equilibrio que Alsina ha logrado entre profundidad y síntesis. Esto es lo que se observa en *Por las hendijas del viento (Pachamama, kusiya, kusiya... una historia nuestra)*, de 2005, obra en la que es posible encontrar, combinados en su dosis justa, buena parte de los recursos antes descriptos. Sin duda la síntesis es lo que se logra luego de un largo camino hecho de pruebas, errores y aciertos y eso mismo es lo que expresa Alsina a través del personaje de esta obra: “Y a una se le pone el pecho como chiquito porque parece que uno no vive lo que vive, que las cosas están en otra parte y no al lao de una. Y no es así. Ahora sé que no es así. ¡Algo hi aprendió! ¿No es cierto? (...) ¿Para qué han de traír tantas cosas? Si son tan pocas las necesarias”.

Se incluyen también en la presente edición tres versiones teatrales de clásicos de la literatura. Las mismas son tratadas de forma tal que aparecen como teatro dentro del teatro. En las tres piezas, Alsina introduce personajes, por lo general aislados o marginales, que a través de su propia historia teatralizan las obras literarias, guiados por una necesidad absoluta de escapar a los límites de su existencia. Es la imaginación la protagonista en estas obras, el clima lúdico que impera en ellas, apoyado por la transformación de objetos cotidianos en elementos fantásticos, parece decirnos que aún desde el encierro es posible abrir una puerta para salir a jugar. Así, en *El capitán y Moby Dick*, de 1993 –sobre la novela de Hermann Melville– Alsina sugiere al público adolescente y adulto los mundos sensibles en los que los puede introducir la lectura. Tal vez menos altruista, pero no menos divertida es *¿Adónde está Huckleberry Finn?*, sobre el clásico de Mark Twain, también estrenada en 1993.

En *Los pedidos del Viejo Miseria*, Alsina toma como punto de partida el capítulo XXI de *Don Segundo Sombra*, de Ricardo Güiraldes para construir situaciones hilarantes protagonizadas por tres *clowns*, pertenecientes a una desvencijada compañía teatral. Los mismos serán los encargados de interpretar a los diferentes personajes de la pieza, contextualizados en el Noroeste argentino.

Detrás de todas estas obras hay un autor que tiene mucho que decir, que no quiere definirse dentro de sólo un estilo porque su búsqueda utiliza las más variados elementos para llegar al lugar donde quiere: conectarse con quien lo

lee o presencia sus obras. Alsina escribe desde su verdad y define claramente su posición al hacerlo. Pero, para ello, no se posiciona como un predicador ni como un hombre preclaro, muy por el contrario; asume el lugar periférico y reconoce en el olvido y el descrédito a los mayores protagonistas de estos tiempos. Tal como afirma Nel Diago,⁴

Alsina no habla tampoco desde los grandes dogmas, sino desde su ausencia, desde la conciencia de la derrota. En sus obras Alsina se muestra más tucumano que nunca y es donde cumple con su determinación de practicar un teatro entendido como servicio a la comunidad.

Es una persuasión que va de la risa al grito, buscando conmover, movilizar agitar desde el reconocimiento de las ausencias, las derrotas, las desapariciones, alentando a la búsqueda de los deseos, a la construcción de nuevas utopías que estimulen la reinención de la historia individual y social del pueblo al que pertenece y al que ha elegido pertenecer.

¡Qué placer la tarea de prologara un compañero de teatro tan querido, con una conducta fusionada indeclinablemente en la verdad y en la dignidad humana. Carente de mezquindades, abrazado a su causa y brindando su hacer, con humildad y amor.

Como dramaturgo, Carlos cava y socava las palabras creando en sus producciones una poética propia a través de múltiples estilos, sin dogmas ni modas pasajeras, donde siempre cabe una fina ironía que deja mascullando al espectador.

Saludo la iniciativa de publicar este libro con sus obras.

Saludo a la solvencia moral de Carlos, a su talento y a su culto a la amistad.

En él no hay soledad. Lo acompañan sus amigos y sus personajes.

ROSA BEATRIZ ÁVILA, actriz
San Miguel de Tucumán, febrero de 2006

¹ Crítica publicada el 2-01-98, en la edición del diario *L'Arena* de Verona, Italia, en referencia a la obra *El pasaje*, escrita y dirigida por Alsina.

² Torres Agüero Editor, Buenos Aires, 1996.

³ Torres Agüero Editor, Buenos Aires, 1988.

⁴ Investigador y docente de la Universidad de Valencia. Prólogo a la edición de *Teatro de Carlos Alsina*. Facultad de Filosofía y Letras de la U.N.T. Tucumán, 2001.

Esperando el lunes

> esperando el lunes

Esta obra se estrenó el 24 de abril de 1993 en el teatro L'Arca de la ciudad de Milán, Italia.

En 1990 obtuvo el Premio Julio Sánchez Gardel del Fondo Nacional de las Artes.

PERSONAJES

VIEJO

JOVEN

PRIMER ENCUENTRO

UN BANCO DE PLAZA. LA LUZ DESCUBRE AL VIEJO SENTADO. MIRA FIJAMENTE HACIA UN LUGAR EN EL HORIZONTE. UN MÚSICO INTERPRETA SU ARTE AL COSTADO DE LA ESCENA. LA MÚSICA CAMBIA CUANDO ENTRA EL JOVEN. SE SIENTA AL OTRO EXTREMO DEL BANCO. ABRE UNA CARPETA Y HOJEA SUS PAPELES. ESTO DISTRAE AL VIEJO. LARGO SILENCIO MATIZADO POR UN JUEGO DE MIRADAS ENTRE AMBOS. EL SILENCIO ES TAN LARGO QUE DEBE PROVOCAR RISAS. DE PRONTO EL VIEJO DICE...

VIEJO: No lo terminarán nunca. *(Hace referencia a lo que supone, estuvo mirando).*

JOVEN: ¿Cómo?

VIEJO: ¿Es sordo, m'hijo?

JOVEN: No, no entendí lo que me dijo.

VIEJO: Le dije que no lo terminarán nunca. *(Deletrea las palabras).*

JOVEN: ¿A qué?

VIEJO: ¿Usted vive en el barrio?

JOVEN: ¿Por qué?

VIEJO: No me conteste con una pregunta. ¿Vive o no en el barrio?

JOVEN: ¿Y si no me da la gana contestar?

VIEJO: Perderá la posibilidad de saber por qué se lo pregunto. ¿Vive en el barrio?

JOVEN: *(Dudando)* Sí.

VIEJO: ¿Hace mucho?

JOVEN: ¿Usted es de la policía?

VIEJO: Puede ser. ¿Cuánto hace que vive en el barrio?

JOVEN: *(Con algo más de temor)* Dos años.

VIEJO: ¿Y en dos años no se dio cuenta?

JOVEN: ¿De qué?

VIEJO: Además de sordo, ciego.

JOVEN: Perdón... ¿Me quiere agarrar de punto?

VIEJO: Sinceramente... sí.

JOVEN: (*Algo desconcertado*) Bueno, por lo menos es sincero.

VIEJO: Cuando no soy hipócrita, efectivamente soy sincero.

JOVEN: Mire... (*Busca una palabra*) abuelo...

VIEJO: ¡Por fin te encontré, por fin!

JOVEN: (*Desconcertado*) ¿Qué?

VIEJO: ¿Y tu madre? ¿Dónde está tu madre?

JOVEN: ¿Qué madre?

VIEJO: Tu madre, mi hija. ¿Por qué me abandonaron?

JOVEN: Usted está loco.

VIEJO: ¿Tu abuelo loco? ¡No parecés de la familia, Agustín!

JOVEN: Yo no me llamo Agustín.

VIEJO: ¡Ah! Entonces sos el hijo menor. ¡Ricardito! (*Se emociona*).

JOVEN: (*Creyéndolo loco*) Bueno... bueno. (*Algo conmovido*) No se ponga así.

VIEJO: Es que nadie me quiere tener en su casa. (*Sollozando*).

JOVEN: No, no es así.

VIEJO: ¿Quién, quién quiere? ¡Decime!

JOVEN: Bueno... no sé...

VIEJO: (*Destrozado*) ¡Ves! Nadie me quiere.

JOVEN: (*Realmente conmovido*) No. No es así... la mamá lo quiere.

VIEJO: ¿Quién más?

JOVEN: Bueno... no sé... mi hermano.

VIEJO: ¿Y quién, quién más?

JOVEN: Bueno... Yo también lo quiero.

VIEJO: (*"Rompe" de pronto volviendo al Viejo de la primera parte*). ¡Maricón!
No me toque joven.

Le hace burlas, el Joven queda desconcertado.

JOVEN: ¡Usted está totalmente loco! (*Se levanta para irse*).

VIEJO: ¡No le dije todavía qué es lo que no terminarán nunca!

JOVEN: ¡No me interesa!

VIEJO: Es muy importante.

JOVEN: ¿Qué quiere de mí?

VIEJO: Diez mil dólares, nada más.

JOVEN: ¡Intérnese y deje de molestar a los demás! (*Se va yendo*).

VIEJO: ¡El edificio, hijo, el edificio! ¡Cuidado con olvidarse de ese edificio!

JOVEN: (*Se detiene*). ¿Qué?

VIEJO: El edificio. Ese... ese que hace años no pueden terminar. (*Lo señala*). Es tremendo lo que pasa.

JOVEN: ¿Qué pasa?

VIEJO: Desde hace años veo cómo intentan terminarlo. Pero no pueden.

JOVEN: (*Mira hacia allí*). ¿Por qué?

VIEJO: ¿Para qué querés saber? Una historia pierde interés una vez que ha sido contada. Las mejores historias son las que nunca se terminan.

JOVEN: Usted parece un personaje de historieta.

VIEJO: Quizás. Pero trato de que la historieta no se termine nunca.

JOVEN: (*Con intención*) Pero un día se termina. Es inevitable.

VIEJO: ¿Ah sí? No lo sabía.

JOVEN: ¡Vamos! Sabe a lo que me refiero.

VIEJO: Supongo que la palabra Fin, *The end*, algo así como la última hoja de un libro... “este libro se terminó de imprimir en tal lugar, a los tantos días del mes tal, punto”.

JOVEN: Algo así.

VIEJO: Sin embargo los mejores libros son los que no terminan nunca. Siguen aquí, adentro, y de pronto... ¡Flash! Reaparecen en el momento más inesperado. A propósito, ¿tuviste alguna vez entre tus manos un objeto rectangular, con tapas y hojas adentro, que en nuestro idioma se llama libro?

JOVEN: En una de esas leí mucho más que usted.

VIEJO: Puede ser. Pero parece que no te sirvió de mucho. Enterraste todas las historias.

JOVEN: Se ve que usted ya no tiene nada más que hacer.

VIEJO: Te equivocás. Soy una persona demasiado ocupada.

JOVEN: ¿En qué?

VIEJO: En tomarles el pelo a los boludos que se sientan al lado mío.

JOVEN: Si no tuviera la edad que tiene...

VIEJO: ¿Qué? ¿Me pegarías? ¿Por qué?

JOVEN: ¿Qué piensa? ¿Que no me ofende llamándome boludo?

VIEJO: (*Reflexionando*) Sí. Disculpame, disculpame. La verdad es que me

equivocé. Hoy, lunes, comienzo la semana diciéndole boludo a un pelotudo que se sentó al lado mío.

JOVEN: Usted se cree muy inteligente divirtiéndose a costillas de los demás porque sabe que nadie reaccionará.

VIEJO: ¿Por qué?

JOVEN: ¿Quién le pegaría? Es una cuestión de lástima.

VIEJO: Muy amable m'hijo. ¿Y por qué me tenés lástima?

JOVEN: Porque si quiero lo aplasto como a una cucaracha y usted no podría evitarlo.

VIEJO: Fijate que si hay algo difícil de exterminar en este mundo son las cucarachas. En fin... de todas maneras, gracias por la comparación. Esta noche me voy a acordar de vos cuando me meta en el resumidero.

Se produce un pequeño silencio.

¿Y? ¿No te ibas?

JOVEN: Me iré cuando se me antoje. Éste es un lugar público.

VIEJO: ¿Y se puede saber por qué te quedás al lado de una cucaracha parlante? Tenés curiosidad o estudiás zoología?

JOVEN: Quiero saber por qué me agredió sin motivo. Y no estudio zoología si no lo habría llevado al zoológico.

VIEJO: ¿Qué estudiás?

JOVEN: Psicología.

VIEJO: Ahora entiendo. Te quedaste para estudiarme.

JOVEN: Es probable.

VIEJO: *(De pronto abre la boca desmesuradamente)*. ¿Se me ve el cerebro? ¿Mi única neurona se sigue moviendo o está sepultada en la telaraña del inconsciente?

JOVEN: Muy gracioso. ¿Cuántos años tiene usted?

VIEJO: La mitad del doble que la pirámide de Keops. ¿Y vos?

JOVEN: Tengo veintidós. Soy joven. ¿Ve? *(Lo dice con ironía)*.

VIEJO: No parecés. Dentro de diez años estarás medio pelado, gordito, peleando por defender un puestito, por el mango, en fin... uno más.

JOVEN: ¿Por qué me subestima? No me conoce.

VIEJO: Porque desde que crucé la primera palabra con vos no me demostraste otra cosa que clichés, lugares comunes, en fin... lo de siempre.

JOVEN: ¿Lo de siempre?

VIEJO: Claro, lo usual, lo estándar: primero la sorpresa; segundo: el desconcierto; tercero: la agresión bruta y sin nivel; cuarto: la intriga.

- JOVEN: ¿Y qué tendría que haber hecho...?
- VIEJO: A ver, préstame tu cuerpo para vivir por vos.
- JOVEN: ¡Ah, era eso! ¡Envidia!
- VIEJO: Y decime. ¿En qué año de Psicología estás?
- JOVEN: En segundo.
- VIEJO: Y tu familia, ¿es de acá?
- JOVEN: No. Yo estoy solo en esta ciudad. Estudio en la Universidad.
- VIEJO: ¿Vivís solo?
- JOVEN: Sí.
- VIEJO: ¿Por qué?
- JOVEN: No podía traerme toda la familia conmigo, ¿no? Y usted ¿de qué vive?
- VIEJO: ¿Yo?, yo no vivo.
- JOVEN: No se haga el gracioso. ¿De qué vive?
- VIEJO: “Ser o no ser”, ésa es la cuestión. Estás hablando con una sombra.
- JOVEN: Que usted no hace ni sombra, es cierto... pero que lamentablemente está vivo, está vivo.
- VIEJO: (*Le toma la mano*). Mirá, el corazón no me late. No tengo pulso. Estoy frío... estoy en otra, pero estoy contento.
- JOVEN: ¿Por qué?
- VIEJO: Ya no pago el alquiler. Con cuatro tablitas a los costados y una arriba estoy cómodo... No me hago problema por la jubilación, no hago colas para cobrar... si no me pagan, muevo las alitas... En fin, el paraíso terrenal.
- JOVEN: Acabo de descubrir que es un jubilado.
- VIEJO: Era.
- JOVEN: ¿Y de qué se jubiló?
- VIEJO: De marqués.
- JOVEN: ¡Vamos!
- VIEJO: En serio. Soy la reencarnación del Marqués de Sade. Me *bajo* todas las viejas que encuentro por la calle.
- JOVEN: Eso se llama proyectar el deseo. Parece que hace rato que no saca a pasear el *michi*. Debe ser feo.
- VIEJO: ¡Ah! “Debe ser feo”. Se ve que vos no tenés problemas. Me imagino que no tendrás descanso.
- JOVEN: (*Con cierto orgullo*) Y sí... su actividad uno tiene.
- VIEJO: Claro... aunque mujeres eran las de antes.

JOVEN: ¿Qué?

VIEJO: Ahora es diferente. La que se acostó recién con vos venía de acostarse hace un rato con tu mejor amigo.

JOVEN: (*Se pone mal*). ¡No le permito!

VIEJO: ¡Ja, ja, ja! ¡Le duele! ¡Al vigoroso amante latino se le aguló la fiesta!

JOVEN: Yo por lo menos lo hago. Usted, aunque tuviera la oportunidad, no podría.

VIEJO: ¿Por qué no podría?

JOVEN: Usted sabrá. Yo, de eso todavía no entiendo. (*Se le ríe*).

VIEJO: Prefiero no poder a llevar la cabeza con *adornos*.

Algo ha tocado al Viejo. El Joven se queda callado.

¿Pasa algo?

JOVEN: (*Disimulando*) No, no. ¿Por qué?

VIEJO: Digo. Como te has quedado callado.

JOVEN: Si me quedo callado es cosa mía. (*Pequeño silencio*).

VIEJO: Dicen que los lunes son los peores días. Para mí es lo mismo. Un día menos, nada más.

JOVEN: ¿Qué optimista!

VIEJO: Cuando navegaba no tenía relación del pasar de los días. Resultaba igual un lunes a un sábado o a un jueves.

JOVEN: ¿Usted navegaba?

VIEJO: Fui capitán. Era hermoso esperar el amanecer en cubierta. Bueno... eso al comienzo, después era una cosa más. ¡Qué hermoso! Pensar que cuando no se tienen las cosas que se hacen comunes, recién se las valora... (*Canta una canción marinera*).

JOVEN: ¿Así que era marinero? (*Evidentemente le interesa*).

VIEJO: ¿Sabés qué es lo que más les agrada a los marineros?

JOVEN: No sé.

VIEJO: Adiviná, pensá.

JOVEN: No sé... el mar.

VIEJO: ¡Qué original! ¡Qué inteligencia portentosa! Esforzate un poco más.

JOVEN: Bueno... puede ser... no sé... hacer nudos.

VIEJO: No, no. Esos son los *boy scouts*, no, no.

JOVEN: ¡Ya sé! ¡El horizonte!

VIEJO: Bueno... por ahí va queriendo.

JOVEN: Claro, ¡el horizonte! ¡Si yo fuera marinero, me gustaría mirar el horizonte!

- VIEJO: A los cinco minutos te embolarías.
- JOVEN: ¿Y entonces qué? A ver, ¿qué les gusta a los marineros?
- VIEJO: Irse. Pero por sobre todo volver. ¡Ah, qué sensación... ver la tierra de uno, allá, tensada a lo lejos, cada vez más cerca. Es como... como acercarse al cuerpo de una mujer.
- JOVEN: ¡Qué lindo!
- VIEJO: No tanto. Al tiempo te cansás y querés volar de nuevo. ¿Ves? Todos tenemos algo de marineros.
- JOVEN: En serio. ¿Cómo llegó a ser marinero? Acá no hay mar.
- VIEJO: ¿Quién te dijo eso?
- JOVEN: ¿Adónde está el mar, a ver?
- VIEJO: Aquí. *(Lo dice señalando su cabeza).*
- JOVEN: Ese debe ser el Mar Muerto.
- VIEJO: ¡Ah, su chispa tiene el insecto!
- JOVEN: ¡Usted me desafía!, ¿qué quiere?
- VIEJO: Bien... tenés razón. Vos no tenés mar aquí. *(Por la cabeza del Joven).* Todo está seco.
- JOVEN: ¿Cómo llegó a ser marinero?
- VIEJO: Por mi padre.
- JOVEN: Ah, él era marinero.
- VIEJO: No, era ferroviario.
- JOVEN: ¿Y qué tiene que ver?
- VIEJO: Un día me dijo que si caminaba por esas vías derecho, derecho, llegaría al mar.
- JOVEN: ¿Y usted caminó?
- VIEJO: ¿Qué te creés, que soy boludo? No, mi padre me consiguió pasaje gratis, y me fui.
- JOVEN: ¿Cuántos años tenía?
- VIEJO: *(Ahora imitándolo)* Perdón, ¿usted es de la policía?
- JOVEN: No. Me interesa. A mí también me hubiera gustado largarme a la aventura. Ser marinero, capitán...
- VIEJO: *(Para sí)* La aventura... aquella vez en Singapur...
- JOVEN: ¿Conoce Singapur?
- VIEJO: No. Estuve allí sólo nueve veces.
- JOVEN: ¿Cómo es?
- VIEJO: ¿Qué cosa?

JOVEN: Singapur. ¿Cómo es?

VIEJO: Con calles... con gente que vive, respira, tiene una boca y dos ojos.

JOVEN: Le pregunto en serio.

VIEJO: ¿Qué hora es?

JOVEN: Van a ser las cinco.

VIEJO: (*Haciendo un ademán de levantarse*) Bueno... llegó la hora de irme.

JOVEN: (*Ansioso*) ¿Qué le pasó en Singapur?

VIEJO: Unos ladrones... ¿funciona el bebedero?

JOVEN: Sí, creo que sí, pero...

VIEJO: Tengo que tomar la pastilla de las cinco. Se me hace tarde.

JOVEN: Pero cuénteme.

VIEJO: Singapur es una ciudad tan bella que no se parece a nada. Cuando uno va llegando a sus costas, el cielo y el mar son tan transparentes que los peces se reflejan en el aire.

JOVEN: ¿Es grande la ciudad?

VIEJO: Tan inmensamente grande como un patio.

JOVEN: ¿Cómo un patio?

VIEJO: (*Se va yendo*). Claro, ¿o vos te creés que en un patio no podés perderte?

JOVEN: Pero. Escúcheme, ¡Singapur...!

VIEJO: (*Mientras se va*) No hay caso. Hoy tampoco adelantaron nada.

JOVEN: ¡Espere...!

Las luces bajan mientras la música interviene. Apagón.

SEGUNDO ENCUENTRO

NUEVAMENTE LUZ SOBRE EL BANCO. EL VIEJO ESTÁ SENTADO. HAN PASADO SIETE DÍAS. ES LUNES. ESTÁ EN LA MISMA POSICIÓN QUE EN LA PRIMERA ESCENA. APARECE EL JOVEN. CONTENTO, SE ACERCA.

JOVEN: ¿Cómo le va?

VIEJO: Buenos días. (*Como si no lo conociera*).

JOVEN: ¡Vamos!, lo estuve esperando.

VIEJO: ¿Quién es usted?

JOVEN: ¿Cómo? Yo estuve con usted sentado aquí hace una semana, el lunes pasado.

VIEJO: No me acuerdo. Pero de todas maneras mucho gusto.

JOVEN: Déjese de bromas. Lo esperé durante la semana.

VIEJO: ¿Para qué?

JOVEN: Para conversar.

VIEJO: ¿Y de qué cosas quiere conversar?

JOVEN: Bueno, de sus viajes, de Sin...

VIEJO: (*Interrumpiéndolo*) ¿Qué quiere de mí?

JOVEN: (*Se ríe*). No joda. Quiero saber de Singapur, de los barcos, de los viajes.

VIEJO: ¿Cuáles viajes?

JOVEN: Usted me dijo que era capitán, marinero. El lunes pasado estuvimos aquí, juntos...

VIEJO: No me acuerdo. Puede que sea verdad. Recibí algunos golpes en la cabeza mientras estuve preso esta semana.

JOVEN: ¿Preso?

VIEJO: Sí, un pequeño problema... en fin. Mire, quisiera pedirle un favor. Me duele un poco la pierna. ¿Conoce el bar de la avenida? ¿Ese que está al lado del supermercado?

JOVEN: Sí.

VIEJO: Bueno. Allí, en la puerta me está esperando un amigo. Es un hombre alto, de bigotes. Tengo que entregarle una cosa. Como no puedo llegar, ¿me podría hacer el favor de alcanzárselo usted? Sólo tiene que ir y decirle: “¿Usted es don Carlos?” y entregarle lo que le voy a dar...

JOVEN: ¿Lo tengo que hacer ahora?

VIEJO: Sí, sí... en un ratito. (*Está incómodo. Mira a todos lados*). ¡Qué lindo el portafolio! (*Por una valija donde el Joven ha traído sus carpetas y elementos*). ¿Lo puedo ver?

JOVEN: Sí, claro.

VIEJO: ¿Adónde lo compró?

JOVEN: Es un regalo.

VIEJO: Hermoso, y parece fino. ¿Puedo ver adentro?

JOVEN: Sí... por supuesto.

Abre el portafolio y el Viejo aprovecha para meter, lo más rápidamente posible, un paquete en el interior.

¿Qué es eso?

El Viejo cierra el portafolio.

VIEJO: (*Se levanta*) Nada, nada... No abra el portafolio. ¿Ve ese tipo que está allí? ¿Lo ve?

JOVEN: Sí.

VIEJO: Es de la división de toxicomanía.

JOVEN: ¿Qué?

VIEJO: ¡Disimule! No haga nada extraño.

JOVEN: Pero...

VIEJO: Ya está en el baile. Ahora levántese como si nada.

JOVEN: ¿Cómo?

VIEJO: ¡Que se levante! ¡Huevón! Disimule que nos podemos podrir en la cárcel. Ahí lleva tres kilos de cocaína pura.

JOVEN: ¿Hacia dónde voy?

VIEJO: Hacia donde está el cana. Es mejor, así no sospecha. Y no se dé la vuelta que a nuestras espaldas tenemos otro.

JOVEN: ¿Otro?

VIEJO: Sí, y no le quita los ojos de encima. Camine normalmente hacia el bar. Cuanto antes se *limpie* es mejor para usted. ¡Caminá salame!

Tratando de ser natural, por supuesto, sin conseguirlo, el Joven avanza unos pasos hacia el frente. El Viejo, de atrás, saca un silbato y lo hace sonar.

(Como si lo detuvieran) ¡Yo no tengo nada que ver! ¡Aquél es el que me la pasa! ¡Agárrenlo!

JOVEN: *(Que ha quedado paralizado al escuchar el silbato)*. ¡Mentiras, mentiras! ¡Yo no tengo nada que ver! *(Gira y se encuentra con el Viejo revolcándose de la risa)*.

VIEJO: ¡Bravo, bravo, genial!

JOVEN: *(Le tira con la bolsa)*. ¡Hijo de puta!

VIEJO: Perdón, perdón. *(No puede contener la risa)*.

JOVEN: Debería darle una paliza.

VIEJO: ¿Por qué? ¿Por tener sentido del humor?

JOVEN: Por ridiculizarme. ¿Quién se piensa que es?

VIEJO: Un bromista, ¡ja, ja! *(Se desahoga riendo. Luego se calma)*.

JOVEN: Bien. Ya se divirtió. ¿Podemos conversar con seriedad?

VIEJO: *(De pronto muy serio)*. Por supuesto.

JOVEN: Yo le conté que estudio Psicología...

VIEJO: No, no me lo ha dicho.

JOVEN: Se lo he dicho el lunes pasado. ¿Recuerda?

VIEJO: No, pero no importa. Lo escucho joven.

JOVEN: Bueno, estudio Psicología...

VIEJO: ¡Qué bueno! ¡Felicitaciones!

- JOVEN: En la facultad tengo que hacer un trabajo práctico. Debo realizar un test a una persona que no conozco. Como estoy solo en esta ciudad y no tengo todavía muchas relaciones pensé que usted...
- VIEJO: Bueno, te ahorro el trabajo. Soy neurótico obsesivo con rasgos paranoicos y si sigo al lado tuyo me puede dar un brote psicótico agresivo. ¿Qué tal?
- JOVEN: Está bien. Disculpe. Esto sólo puede hacerse si usted está de acuerdo.
- VIEJO: ¡Qué bien! Bueno, no estoy de acuerdo, porque ese test es un pretexto.
- JOVEN: ¿Un pretexto? ¿Para qué?
- VIEJO: Para conocer mi pasado.
- JOVEN: ¿Por qué se cree tan importante?
- VIEJO: Porque lo soy.
- JOVEN: Bueno, supongamos que sea un pretexto. ¿Qué tiene de malo?
- VIEJO: Nada. Simplemente que si te cuento algo es porque quiero y no por un test.
- JOVEN: De acuerdo. ¿Sabe? A mí me gustaría viajar, conocer el mundo.
- VIEJO: ¿Para qué?
- JOVEN: Y bueno... para aprender, para ver cosas nuevas.
- VIEJO: Al fin de cuentas podés conocer el mundo desde este banco, observando.
- JOVEN: Todos los que viajaron dicen que es la mejor forma de aprender.
- VIEJO: Depende del viajero.
- JOVEN: Es cierto. Pero conocer África, la India, Indonesia, deben ser experiencias...
- VIEJO: Madagascar... las costas verdes de Madagascar.
- JOVEN: ¿Conoce Madagascar?
- VIEJO: El verde te sube por la piel, te penetra. Los hombres tienen la boca manchada de risa y mango. Saben el dialecto de las plantas.
- JOVEN: *(Asombrado)* ¿Cómo?
- VIEJO: Tienen la mirada clara de la arena y en los atardeceres bailan con los cangrejos en la playa.
- JOVEN: ¿Cuánto tiempo estuvo allí?
- VIEJO: ¿Qué importa eso? Las mujeres fabrican collares con la espuma de las olas y hacen el amor a la sombra de las tormentas.
- JOVEN: Y yo aquí, pudriéndome.
- VIEJO: No te quejés, insecto. Sos joven. Además, las mujeres de todo el mundo saben amar por naturaleza. Tienen ese don, conocen el ruido de las estrellas y cuando aman nos permiten escucharlo.
- JOVEN: Usted habla como un poeta.

VIEJO: Todos los viejos tenemos algo de poetas, como los niños. Un poema es un grito. Los niños gritan por necesidad, los viejos por impotencia.

JOVEN: ¿Qué hizo en Madagascar?

VIEJO: Buscaba restos de una civilización de seres humanos de seis dedos.

JOVEN: ¿De seis dedos?

VIEJO: Sí. Seis dedos en cada mano y en cada pie. Dicen que el que se acuesta con uno de ellos, luego puede ver en la oscuridad y predecir la suerte de las cosechas.

JOVEN: ¿Y son como nosotros?

VIEJO: Más bajos. Pero de una belleza tan sorprendente que los espejos pierden su propiedad después de que los han reflejado.

JOVEN: ¿Y usted encontró algo?

VIEJO: No. Pero un compañero de la expedición vio a una mujer de esas totalmente desnuda ocultándose en la maleza.

JOVEN: ¿Y la persiguió?

VIEJO: Lograba verla por momentos. Después desapareció para siempre. Mi compañero, al poco tiempo, enloqueció. Hablaba solo y juraba que había conocido la belleza. Desde entonces, en su locura, busca a esa mujer con la desesperación de los enamorados.

JOVEN: (*Para sí*) La desesperación de los enamorados.

VIEJO: ¿Qué dijiste?

JOVEN: (*Disimulando algo que salió sin proponérselo*) Nada, nada.

VIEJO: Ajá. Parece que mi compañero no es el único que enloqueció por una mujer.

JOVEN: Yo no voy a enloquecer.

VIEJO: (*Ante la comprobación*) Ajá. O sea que hay un loco: vos, y una mujer que se escapa.

JOVEN: No quiero hablar de eso.

VIEJO: ¿Por qué? ¿Te duele en la hombría?

JOVEN: No... no... no es por eso. (*Como una confesión*) No sé cómo hacer para retenerla.

VIEJO: A veces la mejor manera de retenerla es dejarla volar.

JOVEN: Es que la quiero.

VIEJO: ¿Y ella?

JOVEN: No sé... pero me parece que no.

VIEJO: ¿Por qué?

JOVEN: Es que... es... No puedo contárselo.

- VIEJO: Bien. Las mejores historias son las que no se terminan nunca. En fin, tengo que irme.
- JOVEN: ¿Adónde vive?
- VIEJO: Justo al lado de la casa del vecino.
- JOVEN: ¿Es lejos?
- VIEJO: Más cerca que Madagascar. *(Se va yendo. Se detiene. Mira hacia el "edificio")*. Hoy tampoco adelantaron nada.
- JOVEN: ¿De qué?
- VIEJO: Del edificio. Todo está igual.
- JOVEN: ¡Espere!
- VIEJO: ¿Sí?
- JOVEN: ¿Cuándo volverá por aquí?
- VIEJO: *(Se encoge de hombros)*. No sé. Cuando los ángeles anden en bicicleta.
- Apagón. Música.*

TERCER ENCUENTRO

AHORA EN EL BANCO ESPERA EL JOVEN. TRATA DE ESCRIBIR ALGO. APARECE EL VIEJO. ANTEOJOS OSCUROS Y BASTÓN BLANCO. PARECE UN CIEGO. AL TANTEO BUSCA SENTARSE. JUEGA CON EL JOVEN, QUE NO ESTÁ DE BUEN HUMOR. FINALMENTE SE SIENTA. LARGO SILENCIO.

- VIEJO: Cada día oscurece más temprano.
- JOVEN: Ajá *(Sin darle mucha salida)*.
- VIEJO: ¿Y el edificio? ¿Adelantaron algo?
- JOVEN: No sé.
- VIEJO: Hum. ¡Qué lástima no tener un largavistas! ¿No le gustaría ver por un largavistas?
- JOVEN: No sé. Soy ciego de nacimiento.
- VIEJO: ¡Qué bueno! Entonces puede ver el porvenir.
- JOVEN: ¿Qué?
- VIEJO: ¿No lo sabía? Los ciegos podemos ver el porvenir.
- JOVEN: Déjese de hacer el payaso. Hoy no estoy para bromas. Sáquese los anteojos.
- VIEJO: ¿Y mañana?.
- JOVEN: Por mí que el mundo se derrumbe mañana.
- VIEJO: ¡Qué lindo, qué optimismo! ¿Qué pasa? ¿Algún pequeño problema?

JOVEN: Se fue.

VIEJO: ¿Adónde?

JOVEN: No me cargue. Se fue con otro.

VIEJO: Es inteligente.

JOVEN: (*Ofuscado se levanta*). ¡Váyase a la mierda!

El Viejo le impide irse trabándolo con el bastón.

VIEJO: ¿La querés mucho?

JOVEN: ¿Que si la quiero? ¡La amo! ¡No sé qué hacer!

VIEJO: ¿Sabés que los incas hacían el amor sin moverse?

JOVEN: ¡Y a mí qué me importa!

VIEJO: Paciencia. Esa es la palabra. Paciencia. Los incas se acariciaban mucho tiempo. Se penetraban y no se movían. Continuaban acariciándose. Sin apuro, con paciencia. Se excitaban de tal manera que llegaban al orgasmo casi sin proponérselo. Las cosas sin apuro, sin desesperación, son las más bellas y plenas.

JOVEN: ¿Y qué tengo que hacer? ¿Esperar? ¿Y si el otro es peruano?

VIEJO: Te doy una hoja de afeitar para que te las cortes.

JOVEN: Para colmo ese hijo de puta mide como dos metros. No puedo ni acercarme a hablar con ella. Y ella ni siquiera me mira.

VIEJO: Si no te mira es porque todavía *pasa algo*.

JOVEN: ¿Usted cree?

VIEJO: Los ciegos vemos el porvenir.

JOVEN: ¿Y qué hago?

VIEJO: Esperar.

JOVEN: No puedo esperar. ¿Y si ella se acuesta con ése?

VIEJO: Si no se acostó ya es una anormal.

JOVEN: ¿Qué?

VIEJO: Esperar y perdonar. Dos máximas irrefutables.

JOVEN: Si tuviera la oportunidad de hablar con ella...

VIEJO: ¿Qué le dirías?

JOVEN: Que es lo único que me interesa en el mundo...

VIEJO: ¡Qué original!

JOVEN: Es verdad.

VIEJO: (*Haciéndose la joven*) "Vos ya tuviste la oportunidad, la perdiste, olvidate".

JOVEN: ¡Intentar de nuevo, eso, pedirle por favor que intentemos de nuevo!

VIEJO: ¿Por favor? ¡Cómo le vas a pedir por favor!

JOVEN: No, no... entonces no puedo pedirle por favor. Tengo que agarrarla de un brazo y llevarla conmigo.

VIEJO: “¡Soltame, soltame que llamo a mi novio!”.

JOVEN: No... eso tampoco conviene. Tengo que hacerme el piola. ¡Ahí está! Recordarle el osito que le regalé.

VIEJO: ¿El osito? ¿Cuál osito?

JOVEN: Le regalé un osito de peluche con el que ella duerme.

VIEJO: Dormía. Ahora... (*Se arrepiente de seguir*). ¿Qué? ¿No decís que ese otro es grande como un oso?

JOVEN: No le voy a dar más pelota y listo. ¡Que haga lo que quiera!

VIEJO: “Gracias, eso es lo que quería. Que no me molestes más. Chau”.

JOVEN: Y ahí. ¿Qué hago?

VIEJO: Retirarse con altura. Hacerse el comprensivo y dejar siempre una pueritita abierta. (*Ahora el Viejo toma el papel del Joven*). “Está bien, yo te entiendo. Pero quiero seguir siendo tu amigo, que me confíes lo que te pasa, que recurras a mí cuando necesites algo. Sin compromiso, por supuesto. Yo voy a estar y no te voy a pedir nada a cambio...”. En fin, todas esas mentiras.

JOVEN: ¿Y si le escribo algo?

VIEJO: Puede ser. Una vez le escribí una carta a una mujer.

JOVEN: ¡Ah! Por fin descubro que usted tiene corazón. ¿Y qué pasó?

VIEJO: No sabía leer. Pero la convenció el perfume con que había rociado el papel.

JOVEN: ¡Qué antiguo! ¡Perfume en la carta!

VIEJO: No sé, pero yo me la c... (*Hace la seña correspondiente*).

JOVEN: ¿Quiere escuchar lo que le escribí?

VIEJO: Si no hay otra posibilidad, sí.

JOVEN: Escuche. (*Saca un papel y lee*). Despertar la mañana / encontrarte en la luz de una ventana y mirarte / mientras el sol te oculta / y te desnuda / hoja dorada / viento de vida / claridad inmensa.

El Viejo guarda silencio. El Joven se inquieta.

¿Y...? ¿Qué le parece?

VIEJO: No está mal. Puede que la conmuevas. Pero... estás pervirtiendo la poesía.

JOVEN: ¿Por qué? La poesía no tiene que ser algo necesariamente immaculado. Puede servir a un fin.

VIEJO: Y en este caso el fin es... (*Lo da a entender*).

JOVEN: Supongamos que sea así. ¿Que tiene de malo?

VIEJO: Nada. Pero no nos engañemos.

JOVEN: Y usted. ¿Está casado?

VIEJO: Todavía no. Estoy de novio.

JOVEN: (*Se ríe*). Usted de novio. ¡A su edad! (*El Viejo enojado se levanta y con el bastón, lo golpea "accidentalmente"*). ¡Espere! No se ofenda.

VIEJO: ¿Quién te creés que sos?

JOVEN: Está bien. Discúlpeme. (*No puede aguantar la risa*).

VIEJO: Yo también sé amar y para que sepas soy profundamente querido.

JOVEN: ¿Me está hablando en serio?

VIEJO: ¿Y por qué no podría ser? Mi novia y yo estamos muy enamorados. ¿No podemos acaso?

JOVEN: No, no es eso. Es... que ustedes... bueno...

VIEJO: Decilo: a esta edad suena ridículo. Podríamos ser noticia en una revista semanal o en "Divúlguelo".

JOVEN: ¿Y cómo la conoció?

VIEJO: La conocí en Oriente.

JOVEN: ¿Es oriental?

VIEJO: Sí, de Calcuta. Allí la encontré una tarde de lluvia torrencial. Su madre me la vendió.

JOVEN: ¿Se la vendió?

VIEJO: La compré por 35 rupias, y desde entonces está conmigo. Vivimos juntos pero jamás nos casamos.

JOVEN: ¿Y cuántos años tenía ella?

VIEJO: Trece. Yo la inicié. Ahora tiene treinta y ocho y hacemos el amor como la primera vez.

JOVEN: (*Sorprendido*) ¿Treinta y ocho años? ¿Y no le da miedo?

VIEJO: ¿De qué?

JOVEN: Bueno, de que se la... en fin...

VIEJO: No, ella es la que tiene miedo. Es muy celosa. La primera vez que hicimos el amor no cruzamos ni una palabra. Nunca me amaron con tanta ternura y tanto deseo. Gritó como las hojas en el viento y cuando la penetré, sentí que todos los animales de la tierra giraron sus cabezas para vernos.

JOVEN: ¿Y entonces la trajo?

VIEJO: En ese momento no podía. Tenía que seguir hasta Hong Kong. Nos despedimos sin pronunciar palabra. La busqué tres años después. Ella me vio y me hizo entender que me había sido fiel.

JOVEN: Es inteligente.

Mirada de los dos.

¿Y entonces?

VIEJO: La traje. Desde entonces está aquí. Pero a veces, cuando llueve, tiene los ojos tristes.

JOVEN: ¿Le costó aprender el idioma?

VIEJO: Nunca lo aprendió. Por eso somos un poquito menos infelices. No nos comunicamos con palabras.

JOVEN: ¿Y cómo lo hacen?

VIEJO: Con gestos, con intenciones, con miradas. Pero ya estamos un poco cansados. Por eso estoy aprendiendo a no mirar. Ahora queremos encontrarnos por los olores, y comunicarnos sólo por el tacto, tocándonos.

JOVEN: Espero que no se les dé por relacionarse por el gusto. Se van a masticar enteros.

VIEJO: Esa será la próxima experiencia. Si vivís para ese entonces te la cuento. Bueno, voy a *captar* a mi mujer. (*Se levanta para irse*).

JOVEN: ¿Puedo ir con usted? ¿Conocerla?

VIEJO: Ahora no. Tanto hablar de ella me ha motivado deseo. Y para eso no necesito lazarillos.

JOVEN: ¡Dígale que quiero conocerla!

VIEJO: No puedo. No hablamos. (*Se va yendo*).

JOVEN: ¡Espere!

VIEJO: (*Se detiene y gira*). ¿Sí?

JOVEN: ¿Qué hago?

VIEJO: ¿Con qué?

JOVEN: Con ella... ¿Le entrego el poema?

VIEJO: No sé... No. No es necesario. Simplemente decile que le has escrito uno y después se lo leerás. (*Vuelve a girar para irse*).

JOVEN: ¿Y si le leo una imagen del poema cada vez que la vea y le dejo la incógnita de lo que sigue?

VIEJO: Es cuestión de alargarlo, nada más. A propósito, hoy escuché que adelantaron algo. (*Por el edificio*).

JOVEN: Parece que sí. ¿Hago eso?

VIEJO: ¿Con qué?

JOVEN: Con el poema.

VIEJO: La próxima vez que nos encontremos te respondo.

CUARTO ENCUENTRO

EL BANCO. ESTÁ EL JOVEN. AL CONTRARIO QUE EN EL ENCUENTRO ANTERIOR ESTÁ DISTENDIDO. PARECE SERENO Y FELIZ. NO SABE QUÉ HACER, SI IRSE O QUEDARSE. APARENTEMENTE EL VIEJO SE HA RETRASADO. DECIDE IRSE, INICIA EL MUTIS. DEL OTRO LADO, UNA TOS LO DETIENE. CON PARAGUAS Y ABRIGADO APARECE EL VIEJO. CAMINA SEMIAGACHADO, COMO SI ALGO LE DOLIERA.

JOVEN: ¡Ah! ¡Llegó! Creí que no vendría.

VIEJO: No me podía perder tanto sol.

JOVEN: Le invito un café, aquí al frente...

VIEJO: No, no, ya me voy.

JOVEN: ¿Y los anteojos? ¿Ya no se hace más el ciego?

VIEJO: Ya estoy entrenado. Ahora la puedo mirar sin verla. Es mejor. Hemos comprobado que el oído es más excitante que la vista.

JOVEN: *(Con impaciencia)* ¡Le leí una parte del poema! Parece que le interesó. Hoy me pidió que nos encontremos para hablar.

VIEJO: ¿Para hablar? ¡Qué aburridos!

JOVEN: Por ahí se empieza.

VIEJO: A veces. ¿Y vas a ir?

JOVEN: Claro. ¡Es lo que estaba esperando!

VIEJO: ¡Cuidado!

JOVEN: ¿Con qué?

VIEJO: Con creer que ganaste. *(Hace un gesto de dolor)*.

JOVEN: ¿Qué le pasa?

VIEJO: Estos días son mortales para mí.

JOVEN: ¿Por qué? ¿Qué tiene?

VIEJO: La bala.

JOVEN: ¿Qué bala?

VIEJO: La bala en el pulmón izquierdo. Nunca me la sacaron.

JOVEN: ¿Usted tiene una bala en el pulmón? ¿Por qué?

VIEJO: En la guerra civil española. En una calle de Madrid.

JOVEN: ¿Usted combatió en la guerra civil de España?

VIEJO: Claro, del bando republicano. Era de las Brigadas Internacionales. La 14 Brigada. Esto se lo debo a los fascistas italianos.

JOVEN: ¿Cómo llegó a combatir?

VIEJO: Estaba en Barcelona y allí me incorporé, a hacerme viejo, de pronto.

JOVEN: ¿Cómo?

VIEJO: En la guerra los niños se convierten en ancianos. Un minuto vale tanto como una año.

JOVEN: ¿Y cómo fue que lo balearon?

VIEJO: En el cruce de dos calles. Nos sorprendieron. Fue un golpe seco y filoso. Ahí quedé tirado. *(Relata con dificultad, como si el pasado y el presente se reunieran en un solo momento)*. ¡Ah!, me duele.

JOVEN: ¿Qué le pasa? ¿Se siente muy mal?

VIEJO: La bala... me duele atrás... estoy muy mareado. *(Se quiere desplomar)*.

JOVEN: *(Asustado)* ¿Qué hago? ¿No sé!

VIEJO: ¡Ayuda...! Ayúdame... ¡Me duele mucho!

JOVEN: Es que con la lluvia... no hay nadie...

El Viejo se desmaya. El Joven no sabe qué hacer. Está desesperado.

¡Ayuda, por favor, ayuda aquí!

Nadie se acerca. Desesperado intenta cargarlo. El Viejo es un "peso muerto". Parece una escena de guerra. Se resbalan. Caen. Lo sacude.

Vamos, vamos, no se abandone, despiértese, reaccione... ¡No se muera, viejo de mierda!

El Joven se desespera. Solloza de desesperación. De pronto, un ojo del Viejo se abre.

VIEJO: *(Balbucea)* En el banco... ahí, acostame, ahí.

JOVEN: ¡Tranquilo! Ya buscaré un médico. Tranquilo. *(Lo levanta y lo acomoda)*. ¿Cómo se siente?

VIEJO: No sé... no sé... me da vueltas todo.

JOVEN: Espere. Quédese tranquilo aquí. Voy a buscar ayuda...

VIEJO: *(Lo toma fuerte de la muñeca)*. ¡Gracias camarada, gracias

JOVEN: No se mueva, ya vuelvo.

VIEJO: No me deje solo, camarada. ¡Tirado aquí!

JOVEN: No... no, ya regreso...

VIEJO: Gracias, muchas gracias.

El Joven sale corriendo, cuando va a hacer mutis, un grito del Viejo lo detiene.

¡Así fue, camarada, así fue!

Está perfectamente bien. El Joven lo mira desconcertado.

Así fue. En aquella tarde de lluvia, un muchacho como vos me salvó la vida.

JOVEN: Pero entonces...

VIEJO: Estaba recordando. Yo recuerdo así.

JOVEN: Pero... ¡Me hace pasar por un idiota!

VIEJO: ¿Estabas o no ayudando a alguien?

JOVEN: ¡Pero todo era mentira!

VIEJO: Para vos era verdad. Estuviste realmente dentro de la historia, fuiste solidario como aquel muchacho español.

JOVEN: Sí, sí, pero hubiera podido ser un poquito menos real. Casi me muero yo.

VIEJO: Pero lo de la bala es cierto.

JOVEN: ¿Y cómo terminó?

VIEJO: Me desmayé en serio. (*Se "desmaya"*).

JOVEN: ¿Y dónde se despertó?

VIEJO: (*Abre un ojo*). En una casa. (*Lo cierra*).

JOVEN: ¿De quién?

VIEJO: (*Actuando*) ¿Dónde estoy?

JOVEN: En una casa.

VIEJO: ¿De quién? (*Se le ríe. Continúa*). ¿Quién vive aquí? ¿Republicanos o franquistas?

JOVEN: Franquistas.

VIEJO: (*Aparta al Joven*). ¡Hijo de puta! ¡Me querés matar! (*Vuelve a la historia*). ¡Viva España, viva Franco! (*Hace el saludo fascista*).

JOVEN: (*Aparte de la historia*). Oportunista de mierda. (*Vuelve*). ¿Seguro? ¿No será un sucio rojo de las milicias? ¿Dónde vive?

VIEJO: En Valencia.

JOVEN: ¿Y qué hace acá?

VIEJO: Vine a ver a mi madre.

JOVEN: ¿Dónde vive su madre?

VIEJO: Vivía. Vine a visitarla al cementerio. (*Sale de la situación sacándole la lengua*).

JOVEN: ¿Y en qué lugar del cementerio está enterrada?

VIEJO: No sé. Eso estaba buscando. Murió hace muchos años sin que yo la vea.

JOVEN: ¿Cómo se llamaba?

VIEJO: Rosario López, pero no sé si su lápida lleva su nombre de soltera o de casada.

JOVEN: ¿Cuál era el apellido de casada?

VIEJO: El mismo que el de su esposo.

JOVEN: ¿Y cómo es ese apellido?

VIEJO: No es el mismo que el de mi madre. Ella se casó varias veces, era medio ligera de ganas. Ni sé quién es mi padre. *(Le vuelve a sacar la lengua).*

JOVEN: Por las dudas vamos a llamar al Ejército Nacional para ver si usted es comunista.

VIEJO: ¿Comunista? ¿Qué es eso? ¡Viva España, viva la patria!

JOVEN: *(Saliendo del juego)* Usted me desilusiona. Renuncia a los ideales. Es un oportunista.

VIEJO: Y en esa situación, ¿qué querés que haga? ¿Qué me fusilen? El ideal más hermoso es vivir.

JOVEN: Pero vivir así. Como una paloma.

VIEJO: ¡Ah! Vos querés el héroe de las películas. Ese que nunca renuncia a nada. Jamás se muere. Ese dejalo para el cine.

JOVEN: Entonces. ¿Hasta dónde se puede sostener un ideal? ¿Hasta dónde se puede defenderlo?

VIEJO: Hasta el último. Pero cuando ese último significa la muerte, es cuestión de pensarlo muy bien. Y si entonces vale la pena, ahí sí, seguir hasta el final.

JOVEN: Me gustaría luchar por un ideal.

VIEJO: ¿No tenés un ideal?

JOVEN: Sí... bueno... no sé, a veces me siento mal haciendo la que hacen todos.

VIEJO: ¿Qué hacen todos?

JOVEN: Bueno... tratan de ubicarse lo mejor posible. Piensan en el futuro individual, la estabilidad... la guita... no sé... me gustaría cambiar las cosas.

VIEJO: Ése es un buen ideal.

JOVEN: ¿Pero cómo? Es imposible.

VIEJO: ¿Cuántos años me dijiste que tenés?

JOVEN: Veintidós.

VIEJO: ¿Y dijiste imposible? ¿Veintidós años y dice imposible? A los veintidós años nada debe resultar imposible.

JOVEN: No es cuestión de edad. ¿Y usted? ¿A ver? ¿Con tantos años que tiene, logró cambiar algo?

VIEJO: No sé. Pero lo intenté. Y todavía ahora trato de cambiar algunas cosas. *(Lo dice por la cabeza del Joven).* Pero es casi imposible.

JOVEN: No sé... es que ser joven es siempre estar un paso más atrás, como pidiendo siempre permiso.

VIEJO: ¡Queeeé! ¡Permiso! ¿Un joven pidiendo permiso? ¡Nunca! Los jóvenes no tienen que pedirle permiso a nadie. Tenés que matar esa palabra.

JOVEN: Usted cree que es muy fácil. ¿Pero cómo, a ver, cómo?

VIEJO: Como sea. ¡Pegame!

JOVEN: ¿Qué?

VIEJO: ¡Que me pegués!

JOVEN: ¿Por qué?

VIEJO: Por todo lo que te hice.

JOVEN: Deje de joder.

VIEJO: (*Exasperado*) ¡Pegame te digo!

JOVEN: Somos amigos. No joda.

VIEJO: Yo no soy amigo de pusilánimes, de blandengues, de maricones.

JOVEN: ¿Por qué me dice eso?

VIEJO: ¡Porque eso es lo que sos! ¡No tenés *bolas* para defenderte! ¡Gusano!

JOVEN: Escuche...

VIEJO: ¡Me das asco, te tengo lástima, tanto cuerpo, tanta juventud! ¿Para qué? ¡Para nada! ¡Desperdicio!

JOVEN: Oiga... no me provoque.

VIEJO: ¡Te provooco porque se me da la gana, y no te pido permiso, *nene de mamá*.

JOVEN: (*Levantando presión*) ¡Acábela!

VIEJO: ¡Marica, no tenés ni sangre para vivir, oveja, blandengue, infeliz!

El Joven reacciona y de un fuerte empujón arroja al Viejo sentado al piso. Éste cae y desde el piso aplaude.

¡Bravo, bravo, por fin!

JOVEN: No siga que lo aplasto.

VIEJO: No, ahora ya no sigo. Bueno, por fin reaccionaste.

JOVEN: ¿Cómo?

VIEJO: No me pediste permiso.

JOVEN: Pero... ¿Cómo pude ser capaz de agredirlo?

VIEJO: Yo era el que te estaba agrediendo a vos, y bueno... sos joven, reaccionaste.

JOVEN: Pero... eso es justificar...

VIEJO: No es justificar ningún vandalismo. Sólo sirve como ejemplo. Todas las cosas tienen una medida y cuando ésta rebasa, las valoraciones cambian. Vos reaccionaste y eso está bien para un joven de 22 años.

Si yo hubiera tenido unos años menos te hubiera golpeado antes. Bueno... dado lo agitado de la tarde creo que llegó el momento de volver a la tumba. ¿Y? ¿Cómo va el edificio?

JOVEN: Como siempre.

VIEJO: ¿Te parece?

JOVEN: Sí... no veo que haya cambiado nada.

VIEJO: ¿Estás seguro?

JOVEN: No sé.

VIEJO: Esa respuesta me convence más. En fin... (*Intenta levantarse con dificultad*).

JOVEN: (*Trata de ayudar*) Permítame.

VIEJO: (*Le quita el brazo*). No, no te permito.

Los dos se miran y se ríen. Apagón. Música.

QUINTO ENCUENTRO

TARDE DE INVIERNO. EN EL BANCO, EL JOVEN. IMPACIENTE COLOCA UN PAPEL EN UN SOBRE Y SE LO GUARDA EN EL BOLSILLO. HAY UN SOL TENUE QUE SIN EMBARGO ALGO CALIENTA. HACE SU ENTRADA LA VIEJA. LARGO TAPADO QUE LA CUBRE TODA. ANTEOJOS PROMINENTES, PAÑUELO SOBRE EL CABELLO CANO Y SOLAPAS LEVANTADAS PARA PROTEGERSE DEL FRÍO. EL JOVEN LA MIRA. LUEGO SIGUE CON LO SUYO. DE MOVIMIENTOS LENTOS, LA MUJER DUDA ENTRE SENTARSE Y NO HACERLO. EVIDENTEMENTE SIENTE REGOCIJO CUANDO EL SOL LA TOCA. DUDANDO SE ACERCA CADA VEZ MÁS. DESPACIO, LA VIEJA SE SIENTA EN EL OTRO EXTREMO DEL BANCO CON CIERTO TEMOR. ESTÁ CANSADA. LUEGO, CON UNA VOZ CASI INAUDIBLE, MURMURA...

VIEJA: Está lindo el sol. ¿No?

JOVEN: (*Sin darle mucha "salida"*) Sí.

VIEJA: Lo que pasa que con tanto frío, un poco de calorcito viene bien.

JOVEN: Sí, así es.

VIEJA: (*Le ofrece lo que come*). ¿Quiere?

JOVEN: No, gracias.

VIEJA: ¿Está esperando a su novia?

JOVEN: No, no señora (*Con cierta molestia*).

VIEJA: ¡Ah! Porque debe ser lindo esperar a la novia. ¿Verdad?

JOVEN: Sí, sí... es lindo. Pero yo no estoy esperando a mi novia.

VIEJA: Pero a alguien espera. Se ve.

JOVEN: Sí, sí. Espero a alguien.

- VIEJA: Seguro a un amigo.
- JOVEN: Sí. Bueno... en realidad, no. En realidad espero a alguien que se hizo pasar por mi amigo.
- VIEJA: ¿Está enojado?
- JOVEN: Mire, señora...
- VIEJA: Sí, se ve que está enojado.
- JOVEN: Bueno, sí. Estoy enojado.
- VIEJA: ¿Por qué? Está tan lindo el día como para estar enojado...
- JOVEN: Es que espero a un estafador para desenmascararlo.
- VIEJA: ¿Le sacó plata?
- JOVEN: No. Algo peor.
- VIEJA: ¿Peor? ¿Por Dios! Disculpe que le pregunte, pero hay que saber cuidarse de los estafadores. ¿Qué le hizo?
- JOVEN: Me mintió, me engañó durante semanas. Me hizo creer que era una cosa y en realidad era otra.
- VIEJA: ¡Ah! Lo engañó. ¿Con qué?
- JOVEN: Bueno... me contó historias falsas, se hizo pasar por marinero, por capitán, por aventurero, por luchador y combatiente, en fin...
- VIEJA: ¿Y no era nada de eso?
- JOVEN: ¡Qué va a ser! Es un pobre infeliz. Un anciano que nunca salió de esta ciudad. Trabajó toda la vida en una biblioteca de barrio. Ahí debe haber leído lo que con lujo de detalles me contaba: los viajes, la guerra civil española, Singapur, Calcuta, en fin... sus mentiras.
- VIEJA: Debe ser un loco maníaco.
- JOVEN: Vivió siempre solo y me mintió que vivía con una mujer hindú de treinta y ocho años con la que todavía mantenía relaciones sexuales...
- VIEJA: (*Persignándose*) ¡Maníaco sexual!
- JOVEN: No sé... pero yo fui el estúpido que le creí.
- VIEJA: ¿Y cómo se enteró de la verdad?
- JOVEN: Yo había empezado a tenerle afecto. Nos encontrábamos todos los lunes aquí, y le contaba mis problemas.
- VIEJA: ¿Usted tiene problemas?
- JOVEN: ¡Y claro! ¿Quién se cree que soy?
- VIEJA: Es que es tan joven, tan lindo, tiene tanta vida por delante que pensé que no tendría problemas...
- JOVEN: Tengo muchos, muchos problemas, pero ya se van a terminar, y de una vez por todas.

- VIEJA: ¿Está mal de salud?
- JOVEN: No... no.
- VIEJA: ¿Y entonces?
- JOVEN: Hay problemas más terribles que una enfermedad, señora.
- VIEJA: ¡Ah...! Entiendo... problemas de corazón, de mujeres.
- JOVEN: Sí, hay una mujer que me desilusionó, pero esto va mucho más allá de eso. Se trata de las personas, de los seres humanos en general. No se puede creer en nada ni en nadie.
- VIEJA: ¿Y qué tiene que ver esa mujer con el estafador?
- JOVEN: Cuando ella volvió conmigo, antes de dejarme la última vez, yo lo busqué por todas partes para agradecerle...
- VIEJA: ¿Agradecerle qué?
- JOVEN: Bueno... él me había dado algunos consejos...
- VIEJA: *(Asustada)* ¿Usted recibe consejos de un maniaco sexual? *(Con temor hace el amague de irse)*.
- JOVEN: No, no piense mal. No es eso. Él me dio una opinión que yo seguí, y la verdad que resultó, aunque por poco tiempo, pero resultó.
- VIEJA: ¿Y entonces?
- JOVEN: Bueno, le contaba que lo busqué.
- VIEJA: ¿Fue a su casa?
- JOVEN: No sabía ni dónde vivía ni cómo se llamaba, pero preguntando y preguntando, describiéndolo, en un puesto de diarios y revistas lo ubicaron. Todos los días hojea los diarios y anota en un cuaderno las principales noticias. Allí me enteré de su verdadera personalidad. Vive en la miseria total. ¡Y si usted lo escuchara hablar!
- VIEJA: ¡Pero hombre!
- JOVEN: Debe haberse enterado que conozco la verdad. No creo que venga.
- VIEJA: Yo también soy pobre y no ando inventando porquerías por ahí. Lo único que me gusta es imaginarme que me gano la lotería.
- JOVEN: Bueno... eso no es nada fácil.
- VIEJA: Voy a ganar. *(Saca un billete del bolsillo)*.
- JOVEN: Bueno, la felicito.
- VIEJA: El joven que me lo vendió dice que voy a ganar seguro.
- JOVEN: *(Con cierta ternura por la ingenuidad de la Vieja)*. Bueno... pero no se confíe demasiado... no es tan sencillo...
- VIEJA: Las dos veces que jugué, gané.
- JOVEN: ¿Ganó la lotería?

VIEJA: Sí, las dos veces, hace muchos años, en la casa de unos parientes de mi marido. Llené los cartones antes que todos.

JOVEN: No... no... esto no es igual. Usted ganó la lotería *familiar*. Eso es mucho más fácil.

VIEJA: No importa. Voy a ganar y entonces voy a poder traer a mi mamá de Polonia.

JOVEN: ¿Qué?

VIEJA: Debe estar viejita la pobre. Tiene ciento catorce años y todavía trabaja la tierra. Espero que no le suceda una desgracia.

JOVEN: Señora... su mamá ya tiene sus años. ¿No?

VIEJA: No lo digo por eso. Lo digo por la guerra.

JOVEN: ¿En Polonia? ¿Qué guerra?

VIEJA: La de los alemanes. Han ocupado Polonia. ¿No lo sabía?

JOVEN: (*Sorprendido*) ¿Cuándo? ¿Hoy?

VIEJA: No, ya hace un tiempo. Ese Hitler es un maníaco, sexual, como su *amigo*.

JOVEN: Pero... señora... la segunda guerra mundial terminó hace años.

VIEJA: ¿Cómo?

JOVEN: En 1945.

VIEJA: ¿Terminó?

JOVEN: ¡Pero claro!

VIEJA: ¿No me engaña? Porque siempre me dicen que las guerras terminaron y nunca terminan.

JOVEN: La segunda guerra mundial terminó hace mucho.

VIEJA: ¡Terminó, terminó, paz, por fin! (*De pronto*) ¿Quién ganó?

JOVEN: (*Totalmente sorprendido*) Los aliados.

VIEJA: (*Más alegre aún*) ¡Los aliados, ganaron los aliados, victoria! ¡Esto hay que celebrarlo! ¿Por qué la gente no grita?

JOVEN: Pero... señora, dígame: ¿dónde estuvo usted, dónde pasó todos estos años que no se enteró?

VIEJA: (*Con temor, se retrae*). No puedo decírselo.

JOVEN: ¿Por qué?

VIEJA: No lo entendería.

JOVEN: Esto es increíble, señora. ¿Sabe en qué año vive?

La Vieja niega con la cabeza.

¿Dónde estuvo?

VIEJA: En un cuarto.

- JOVEN: ¿En un cuarto? ¿De quién?
- VIEJA: (*Se alza*). Debo irme.
- JOVEN: No se vaya, siéntese.
- VIEJA: (*Con cierto temor*) ¿Para qué?
- JOVEN: No tenga miedo. Siéntese.
- VIEJA: ¿No habrá aprendido usted algunas mañas de su amigo, el manáco?
- JOVEN: Señora... por favor, confíe en mí. (*Con precaución y temor se sienta*). Cuénteme. ¿En qué cuarto estuvo?
- VIEJA: En el mío. No quise salir a ninguna parte.
- JOVEN: ¿Por qué?
- VIEJA: Por... bueno... por lo que hice... por el pecado que cometí.
- JOVEN: ¿El pecado? ¿Qué pecado?
- VIEJA: (*Comienza a sollozar*). ¿Cómo pude ser capaz?
- JOVEN: ¿De qué?
- VIEJA: Ese recuerdo me persigue, no me deja vivir. Por las noches vuelvo a escuchar los gritos.
- JOVEN: ¿Qué gritos?
- VIEJA: Son los mismos gritos de aquella vez.
- JOVEN: ¿Qué pasó?
- VIEJA: No quise salir en todos estos años para nos ver la cara de la gente. Sólo veía a una amiga, que todas las mañanas, me traía la comida. Hasta que un día no vino más. Hace poco, y tuve que salir.
- JOVEN: Pero... ¿por qué el encierro?
- VIEJA: Porque hice lo peor que una persona puede hacer...
- JOVEN: ¿Qué cosa?
- VIEJA: Usted todavía es joven, no conoce el horror.
- JOVEN: Claro que lo conozco y por eso he tomado una decisión.
- VIEJA: (*Se levanta decidida*). Debo irme. Si lo encuentro algún día, por aquí, tal vez se lo cuente.
- JOVEN: ¡Espere!
- VIEJA: ¿Qué quiere?
- JOVEN: Preguntarle una tontera, aunque no creo que tenga sentido... pero no tengo a quién preguntárselo. ¿Es posible ser feliz?
- VIEJA: (*Luego de un silencio*) ¡Quién sabe! (*Se va yendo*).
- JOVEN: ¡Espere!
- VIEJA: ¿Qué quiere?

JOVEN: Necesito que me haga un favor.

VIEJA: No puedo. Disculpe, debo irme.

JOVEN: (*Saca un sobre de cartas*). Necesito que le haga llegar esto a mis padres... y esto a ella.

VIEJA: (*Intrigada*) ¿Qué es eso?

JOVEN: Son cartas. Por favor... dígalas que me perdonen.

VIEJA: ¿Que le perdonen qué?

JOVEN: Nada, nada. (*Le extiende los sobres*). Por favor... no tengo a otra persona que pueda hacer esto. Se lo ruego: recíbalos.

VIEJA: No puedo, no puedo. Disculpe, tengo que ganar la lotería. (*Gira para irse*).

JOVEN: (*Saca una pistola de sus ropas*). Me voy a matar.

VIEJA: (*Se detiene. Con cierta mordacidad vuelve*). ¿Qué?

JOVEN: Me voy a matar.

VIEJA: ¡Vamos joven! ¡No juegue con eso!

JOVEN: No juego. Nada tiene sentido. No puedo creer en nada. Todas son mentiras. ¡Llévese esto! En los sobres están escritas las direcciones.

VIEJA: ¡Deje de jugar! ¡Nadie le podría creer! ¡Deme eso!

JOVEN: Estoy hablando en serio (*Insiste extendiendo los sobres*).

La Vieja con un gesto de hastío gira para irse. Cuando esto sucede, sorpresivamente, el Joven se dispara. El ruido de la descarga es estruendoso y verdadero. Debe sorprender a todos. Cae. La Vieja, asustada y sorprendida, se vuelve y al verlo caído, corre a ayudarlo.

VIEJA: ¡Joven, joven! (*Trata de reanimarlo*). ¡Ayuda, ayuda! ¿Qué ha hecho? ¡Por Dios! (*Lo abraza emocionada. Con dificultad el Joven murmura*).

JOVEN: Quería tener ilusiones... vivir... viajar... ser capitán.

VIEJA: No hable, m'hijo... no hable.

JOVEN: ¿Dónde está el Viejo? ¿Por qué me mintió? ¿Por qué? (*La Vieja llora y lo estrecha fuerte entre sus brazos*).

VIEJA: ¡No mintió, no mintió!

JOVEN: Los viajes... las aventuras... los ideales... deberían existir.

Sobre estas palabras su vida parece extinguirse. La Vieja le acaricia el pelo. Luego se quita la peluca y descubrimos al Viejo. Toma el arma. Lentamente la acerca a su cuerpo. Dispara. Unos segundos de inmovilidad. Luego su cuerpo cae, inanimado. Momento de quietud. Música. Ambos cuerpos han quedado uno al lado del otro. De pronto el Joven levanta la cabeza en dirección al edificio.

No adelantaron nada, capitán.

VIEJO: (*Abre un ojo*). Parece que no lo terminarán nunca, capitán.

Una carcajada compartida los estremece, mientras la luz poco a poco, los va desvaneciendo. La música, dulce y alegre cierra la pieza.

¡Ladran, Che!

> ¡ladran, che!

Se estrenó el 20 de agosto de 1994, en el teatro Independencia de la ciudad de Mendoza, Argentina.

PERSONAJES

DON QUIJOTE DE LA MANCHA
ERNESTO CHE GUEVARA
ELLA

PRIMER ACTO

EL ESCENARIO ES UN GRAN ESPACIO VACÍO DONDE LAS FIGURAS SE RECORTARÁN EN UN FONDO OSCURO, QUE TODO LO ENVUELVE. EN EL CENTRO UN JUEGO DE AJEDREZ CON SUS PIEZAS CAÍDAS Y EN DESORDEN. LAS LUCES, AL ENCENDERSE, DESCRIBEN LAS FIGURAS DEL CHE Y DE DON QUIJOTE QUE, DE PIE Y SITUADOS EN LADOS OPUESTOS DEL ESCENARIO, MIRAN HACIA FUERA.

DESDE LA OSCURIDAD CIRCUNDANTE ENTRA ELLA. CON PRECISIÓN ORDENA LAS PIEZAS DE MANERA TAL QUE LAS BLANCAS QUEDEN DEL LADO DE DON QUIJOTE Y LAS NEGRAS DEL LADO DEL CHE.

LUEGO SALE.

DON QUIJOTE Y EL CHE SE MIRAN. DESPUÉS, CON CIERTO AIRE RESIGNADO, SE APROXIMAN AL JUEGO.

SE SIENTAN. LUEGO DE UN TIEMPO DON QUIJOTE ABRE EL JUEGO. EL CHE RESPONDE. JUEGAN. ENTRA ELLA CON UN MATE EN LA MANO, SE LO DEJA AL CHE Y SALE.

CHE: Es tu turno.

DON QUIJOTE: ¡No ha de ser con bravuconadas que ese ejército de bellacos me derrote!
Don Quijote mueve. El Che "come" la pieza contraria.

CHE: *(Bromeando)* ¡Glup... glup... glup...! *(Se relame)*.

DON QUIJOTE: ¡Caramba! En un segundo desapareció en los aires mi valiente soldado. ¡Pero los designios de los encantadores que me persiguen no lograrán derrotarme! *(Se queda inmóvil pensando en la próxima jugada)*.

CHE: ¡Dale, gallego, jugá, que aquí tenemos todo el tiempo del mundo pero no es cuestión de exagerar!

De pronto Don Quijote se levanta y con un movimiento brusco extiende su brazo a un costado. Entra Ella con una espada y se la coloca en la mano. Luego sale.

DON QUIJOTE: ¡Ahora verán cuál es la fuerza de mi brazo y de mi ánimo! (*Mueve la espada en todas direcciones*).

CHE: ¡Pará, pará, che, que ya no sé cuántos juegos vas destrozando!

DON QUIJOTE: ¡Ese rey de negra capa me desafía! ¡La reina que lo acompaña es, en verdad, una doncella secuestrada! ¡Aquí hay un caballero para liberarla! ¡Apártate!

Ante la determinación de Don Quijote, el Che se hace a un costado.

CHE: ¡Está bien, está bien! ¡Liberala si querés!

DON QUIJOTE: (*Arremete con la espada y corta la cabeza del rey negro*). ¡Listo!

Entra Ella con una pieza de reemplazo. El Che la mira. Ella se detiene y sale con la pieza entre las manos.

Ahora la doncella volverá a su apariencia verdadera. ¡Verás qué belleza se dibujará ante nosotros!

CHE: Ajá.

DON QUIJOTE: (*Coloca a la reina negra a la vista*). ¿Ves? ¿Estás en grado de apreciar la belleza de sus formas?

CHE: (*Observándola*) Mmmm... parece Dulcinea.

DON QUIJOTE: ¿Qué dices? Dulcinea no es mostrable. Si se mostrara, ¿qué gracia tendría confirmar una belleza tan notoria? La importancia está en que, sin verla, la has de creer, confesar, afirmar, jurar y defender.

CHE: Dije que se parece, no que “es”.

DON QUIJOTE: Como Dulcinea ¡no existió, existe, ni existirá jamás dama mejor!

CHE: ¡Vamos gallego! ¡No seas exagerado!

DON QUIJOTE: Ella es mi dueña y yo soy el suyo.

CHE: ¿Y todavía con esa cantinela? Ya hemos discutido demasiado sobre la propiedad en el amor, gallego, sobre la condición de la mujer en...

DON QUIJOTE: Es natural condición de la mujer desdeñar a quien las quiere y amar a quien las aborrece. No lo olvides.

CHE: Ésas son ideas propias de tu siglo. En realidad la igualdad entre los sexos es una conquista que...

DON QUIJOTE: (*Lo interrumpe*) Hijo, sólo dos linajes hay en el mundo que son: el tener y el no tener. Sólo el amor, como la muerte, todas las cosas iguala.

CHE: Por eso mismo. El hombre nuevo es una construcción cotidiana del amor. De un amor más amplio, el amor hacia toda la humanidad.

DON QUIJOTE: Ese *hombre nuevo* de quien tanto hablas, ya existió en los libros de caballería. Es el caballero andante, para quien están guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos. Es el desfacedor de entuertos que...

CHE: ¡Sí, claro!... el *desfacedor* de entuertos que ingenuamente creyó que sólo bastaba con hacer prometer al patrón de no azotar más a su criado para que dieras vuelta la *esquina* y todo volviera a la normalidad: los azotes al muchacho. Te lo recuerdo, gallego, capítulo IV del primer volumen.

DON QUIJOTE: Y yo te recuerdo que más adelante, cuando me enteré de aquella deslealtad, me propuse castigar a ese villano, pero no pude, porque estaba comprometido en otra aventura, y cuando los caballeros andantes...

CHE: (*Lo interrumpe*) ¡En qué otra fantasía estarás comprometido! Pero... está bien, está bien, cambiemos de tema, viejo, que hace años discutimos de lo mismo.

DON QUIJOTE: Desde que llegaste a este lugar no haces otra cosa que contradecirme. Me recuerdas, a veces, a Sancho, que no se convencía en primeras razones de mis razones.

Entra Ella con una carta. La deja y se va. Don Quijote y el Che se miran. Luego se acercan a la carta y cada uno saca de la misma un papel distinto.

Hablando de Sancho...

CHE: ¡Camilo!

DON QUIJOTE: ¡Hijo, Sancho! ¡Tanto tiempo!

CHE: ¡Camilo Cienfuegos! ¿Desde dónde me escribirá?

DON QUIJOTE: (*Leyendo su papel*) “Querido Señor Caballero Andante Don Quijote de la Mancha, Q.E.P.D. Desde esta ínsula maravillosa, donde trato de gobernar con justicia y equidad...”

CHE: (*Leyendo su carta*) “Ernesto, luego de algún tiempo de inquietante soledad, alguien, secretamente, me hizo saber dónde estabas...”

DON QUIJOTE: (*Continúa leyendo*) “... le hago escribir estas líneas porque, como Vuestra Merced entenderá, todavía no he aprendido a leer ni a escribir...”
¡Dios mío! ¡Han pasado siglos y aún no ha aprendido el animal!

CHE: (*Sigue leyendo*) “... Como sabes, un día desaparecí entre las nubes y después de mucho tiempo me enteré de lo que sucedió en Bolivia...”

DON QUIJOTE: (*Continúa*) “... Pero mi entendimiento y, sobre todo, el recuerdo de sus consejos siguen vigentes en mi cabeza. Aquí todo funciona a la perfección...” (*Al leer esta última frase agudiza la vista*).

CHE: (*Leyendo*) “... Pero a pesar de las caídas reconforta saber que finalmente hemos alcanzado la victoria final...”

También el Che se esfuerza por leer como entre líneas. Ambos prosiguen leyendo en silencio. Terminan. Se miran. Después, cada uno, con la preocupación de no ser vistos desde afuera, utiliza distintos métodos para leer un supuesto contenido secreto de los mensajes. Don Quijote descifra mirando a contraluz. El Che raspa el papel. Ambos leen con la preocupación de no ser descubiertos. Luego se miran intensamente y con cierta complicidad.

CHE: ¿Todo bien?

DON QUIJOTE: Sí, siguiendo mis consejos, Sancho está gobernando la ínsula en paz y justicia. Todo está bien. ¿Y tu amigo, qué dice?

CHE: Las cosas marchan como tienen que marchar.

DON QUIJOTE: ¡Qué bueno es saber que el mundo ha revivido los felices tiempos donde los caballeros andantes tomamos las armas en defensa de los reinos, el amparo de las doncellas, el socorro de los huérfanos y pupilos, el castigo de los soberbios y el premio de los humildes. La Edad de Oro donde los hombres ignoran las palabras “tuyo” y “mío”.

CHE: Sí. Parece que ya comienza a desaparecer la angustia del hombre enajenado. Ahora se avanza hacia el nuevo horizonte que se vislumbra.

Silencio. Han dicho estas palabras sin verdad, como para que alguien las escuche. El Che busca algo en sus bolsillos. Entra Ella trayendo un habano y fósforos. Se los entrega y se va. El Che enciende el habano y, pensativo, fuma. Don Quijote lo observa. Luego dice:

DON QUIJOTE: ¿Qué pasa?

CHE: Nada, nada.

DON QUIJOTE: Mmmm... recuerdo que Sancho, en mi lecho de muerte, me dijo que la mayor locura que puede cometer un hombre en esta vida es dejarse morir por la melancolía.

CHE: ¡“En esta vida...”! ¡“Dejarse morir!” . Hay palabras que aquí ya no tienen sentido, gallego.

Silencio.

DON QUIJOTE: ¿No percibes algo extraño en el aire, hijo?

CHE: No hay viento. Nada se mueve. No sucede nada, ¿no?

Entra Ella, los mira y vuelve a salir. Inmediatamente se escucha el ruido de aviones y helicópteros. Vuelve Ella trayendo una caja de municiones, una mochila que hace de botiquín de primeros auxilios, una ametralladora y la lanza y el escudo de Don Quijote. Deja todo y se va. Se escuchan disparos. El Che y Don Quijote tratan de cubrirse. Corren. El Che dispara su ametralladora hacia lo alto. Don Quijote revolea la espada.

DON QUIJOTE: ¡Faquines, belitres, cobardes!

El Che, en la confusión, no sabe si tomar la mochila-botiquín o la caja de municiones. Opta por esta última. Corre con ella. Un disparo lo golpea. Cae. Don Quijote, que trataba, absurdamente, de cubrirse de los disparos atrás de la lanza, reacciona y lo ayuda. Lo alza y lo coloca en un lugar "seguro". El ruido de los disparos así como también los aviones y los helicópteros se van alejando.

¿Cómo estás, hijo?

CHE: Gasté una vida más. Me quedan cinco todavía. El disparo dio en la caja de municiones, por suerte, y no en mi pecho.

DON QUIJOTE: ¡Escucha, escucha! Esos truhanes todavía nos buscan.

Don Quijote hace referencia al peligro que ya no viene más desde arriba, sino de los alrededores. El Che presta atención.

CHE: Los ruidos vienen de allá, del cañaveral. ¡Rápido, hay que incendiarlo!

DON QUIJOTE: ¿Incendiarlo?

CHE: Sí. Para que no puedan pasar y podamos escapar.

DON QUIJOTE: Pues... pues yo no estoy acostumbrado a ofrecer la espalda a mis enemigos, no importa cuántos ellos sean.

CHE: ¡Haceme caso, gallego testarudo! ¡Necesitamos combustible para incendiar el cañaveral!

Entra Ella con un bidón de combustible. Lo deja y sale.

DON QUIJOTE: No optes por esa solución, hijo, que no se compadece con las reglas de la caballería andante.

CHE: Ya es tarde, gallego. Ahí aparecen.

DON QUIJOTE: *(Se da vuelta, dispuesto a luchar, empuñando su espada).* ¿Dónde?

CHE: ¡Allí, allí!

DON QUIJOTE: *(Mirando hacia afuera)* ¡Ah, claro! ¡Ahora lo veo! ¡Es un descomunal gigante!

De ese lado entra Ella con cueros de vino y los coloca de manera tal que Don Quijote pueda atravesarlos. Don Quijote perfora los cueros de los cuales se derrama vino.

¡Tente, malandrín, ladrón, follón! ¡Aquí te tengo y no te ha de valer tu cimitarra!

CHE: ¡Pará, pará, gallego, que no va a quedar nada de vino!

DON QUIJOTE: No son cueros de vino lo que ves, hijo, sino un atrevido gigante que ha poco nos ha atacado. ¡Aquí está como trofeo su cabeza! *(Le muestra un cuero de vino vacío).* Su sangre, agora, forma lagos a nuestros pies.

CHE: ¡Carajo con el gallego! *(El Che prueba con un dedo el vino derramado).* ¡Y era excelente el tinto!

Entra Ella con una botella de vino y dos copas.

DON QUIJOTE: Allí tienes lo que buscabas pero, cuidado, que vino en demasía ni guarda secretos ni cumple palabra.

Ella sale.

CHE: ¡Vení, sentate, cabezón y nos tomamos un buen vino juntos!

Ambos se sientan.

¡Salud, che! ¡Por los recuerdos!

DON QUIJOTE: ¡Salud! ¡Por la caballería andante!

CHE: ¡Por la revolución!

Ambos chocan sus copas y beben.

DON QUIJOTE: Los grandes fines son hacer el bien a todos y mal a ninguno, hijo. ¡Salud!

CHE: ¡Salud! Aunque eso no suele ser tan fácil, gallego.

DON QUIJOTE: ¿Por qué?

CHE: Siempre alguien termina perdiendo. La cuestión es que sean siempre los mismos. ¿No te parece?

Entra Ella con una lapicera. Entrega esto al Che y sale. El Che comienza a escribir.

DON QUIJOTE: ¿Qué escribes, hombre? Todos los días te veo llenar ese cuaderno.

CHE: Sigo con mi diario. Es una vieja costumbre.

DON QUIJOTE: Pareces Cervantes que, con la única mano que le quedó de la guerra, llenó miles de páginas. Aunque, en verdad, debo decirte que a mí me gustó más como combatiente que como escritor, pues has de saber que no tolero a quienes dicen que las letras hacen ventajas a las armas. Como si los trabajos del espíritu pudiesen exceder a los del cuerpo.

CHE: En eso podríamos estar de acuerdo.

DON QUIJOTE: ¡Al fin!

CHE: Por sobre todo yo fui un combatiente. Sé lo que significa estar en un campo de batalla: el rumor de los disparos, el olor de las armas, la excitación de la lucha...

DON QUIJOTE: Y digo aún más, pues para la batalla es menester también el entendimiento ya que es necesario conjeturar el intento del enemigo, los designios, las estratagemas, las dificultades, el prevenir los daños que se temen...

CHE: Así es, gallego. Así es.

DON QUIJOTE: Tanto es así que no es de dudar que las armas tienen un fin más elevado que las letras.

CHE: A ver, ¿por qué?

DON QUIJOTE: Porque el fin último de las armas es la paz.

CHE: A veces sí, a veces no.

DON QUIJOTE: La paz es el mayor bien que los hombres pueden desear en la vida y sólo se puede alcanzar la paz con las armas.

CHE: A veces, a veces, pero la verdad es que, lamentablemente, casi siempre es así. Algunos empuñamos las armas para eso.

DON QUIJOTE: Pero no recibe la misma paga el que lucha que el que escribe. ¿Quién sufre si no, más, un soldado o un estudiante?

CHE: Un soldado, gallego, un soldado.

El Che ha escrito algo en su diario que hace leer al Quijote siempre cuidándose de no ser visto. Luego que Don Quijote ha leído, el Che rompe la hoja en pedazos y la esconde. Luego se alza y va hacia la mochila-botiquín. Busca en su interior pero no saca nada. Vuelve hacia Don Quijote con dificultades para respirar.

DON QUIJOTE: ¿Qué pasa, hijo?

CHE: Asma. Un ataque de asma. Nunca me va a dejar.

DON QUIJOTE: Pues yo conozco un bálsamo salutarífico que...

CHE: No, no, dejá el bálsamo que ahora hay otros remedios.

DON QUIJOTE: Ya verás que...

La entrada de Ella con una inyección, silencia a Don Quijote. El Che parado, se baja el pantalón para permitir la colocación de la misma.

¿De qué modo te comportas, hombre?

CHE: Como puedo, *hombre*.

Ella le da al Che la caja con ampollas para que las tenga mientras le pone la inyección en la nalga. El Che, rápidamente, sin ser visto, extrae algunas ampollas y las esconde en el bolsillo de su chaqueta. Don Quijote, curioso, observa la colocación de la inyección.

DON QUIJOTE: Es como una espada... pequeñita... que te meten en el culo. ¿Y no te duele, hombre?

Ella recibe de vuelta la caja de ampollas y sale.

CHE: ¿A vos te dolían los golpes recibidos en tus aventuras?

DON QUIJOTE: Pues... a veces, claro.

CHE: Me parece que esto duele menos. Y más aún si ya estás acostumbrado. *(Se recuesta para descansar)*.

DON QUIJOTE: Los golpes valen la pena si el fin que los provoca es todavía mayor. Yo he recibido muchos golpes pero los más terribles no fueron en el cuerpo, sino en el alma.

CHE: Y de éstos es difícil defenderse, gallego.

Don Quijote queda pensativo.

¿Qué pasa?

DON QUIJOTE: Nada. Y eso es lo peor que puede pasar.

CHE: ¿Estás triste?

DON QUIJOTE: Pienso en ella.

CHE: ¡Vamos, che! Ella siempre te acompaña. Está permanentemente en tu imaginación.

DON QUIJOTE: Me acompaña en la tristeza. Mi derrota no es el resultado de una espada sino el no poder verla como realmente es.

CHE: Habría que preguntarse qué sucedería si lo lograras.

Silencio.

DON QUIJOTE: ¿Estás mejor?

CHE: Sí. Es cuestión de esperar un poco y el aire vuelve a correr por los pulmones como si uno aspirase la brisa del mar.

DON QUIJOTE: (*Pensando*) El mar... el mar. (*Mira hacia el horizonte*) ¿Te gusta la brisa del mar?

CHE: Claro. Para mí el mar fue siempre un amigo, un confidente.

DON QUIJOTE: ¿Un confidente?

CHE: Sí. Siempre supo escuchar lo que yo le contaba sin revelar jamás el secreto. Y, además, siempre me dio los mejores consejos.

DON QUIJOTE: Yo he conocido el mar en Barcelona, un amanecer sangrante. Era espacioso y largo, mucho más grande que las lagunas de Ruidera, en La Mancha. Aquel día unas galeras disparaban contra las murallas de la ciudad. La artillería rompía los vientos, pero el mar estaba alegre, como ajeno a lo que sucedía. No podía imaginar cómo podían ser tan grandes esos bultos que por él se movían. Y entonces pensé, amigo, que el hombre puede hacer pactos con el mar.

CHE: Es cierto. Puede. ¿Sabés?, una vez el mar me defendió.

DON QUIJOTE: ¿Cómo es eso?

CHE: Yo era muy joven. Estaba a punto de comenzar un largo viaje de aventuras por toda Sudamérica. Tenía una novia, alguien a quien quería mucho que, claro... demoraba mi partida en una playa argentina. Yo estaba recostado en su regazo, en la arena, frente al mar. Todo el universo fluctuaba a mi alrededor, todo lo que me rodeaba me acunaba. De pronto un soplido más fuerte me trajo, nítida, la voz del amor. Levanté la cabeza pero no había nada extraño. Apoyé de nuevo mis sueños en su muslo cálido cuando volví a sentir la advertencia del

mar. Su desmesurada arritmia martillaba mi conciencia. Sentimos frío y nos alejamos de la orilla escapando de esa presencia que, con indignación, me reclamaba la demora. Vos sabés bien, gallego, que es difícil para un hombre enamorado, escuchar ese tipo de reclamos. Pero yo los escuché y me fui. Y creí que me iba victorioso. Después he dudado si un pedazo de madera tiene derecho a decir: “He vencido”, cuando la resaca lo arroja sobre la misma playa a la que él quería llegar. Pero eso fue después y el después no interesa al presente.

DON QUIJOTE: *(Llenándose los pulmones de aire)* ¿Hueles ese aire inmenso? ¿Ese soplar de siglos? ¿Ese rumor inquieto? ¿Escuchas lo que dice?

CHE: Cada uno lo escucha y lo interpreta como quiere. Para algunos el mar no tiene olas, sino esperanzas.

Los dos se quedan en silencio. Miran hacia fuera, hacia el lugar desde donde puede entrar Ella. Luego el Che dice:

Che, ¿sentiste hablar de la isla de Pascua?

DON QUIJOTE: ¿La isla de Pascua... la isla de Pascua? ¿A qué reino encantado pertenece?

CHE: Está frente a Chile. En el océano Pacífico.

DON QUIJOTE: ¿Chile, Chile? ¡Ah! En las Indias Occidentales, claro.

CHE: Sí. En América Latina. ¡Cuánto he deseado conocer esa isla y nunca he podido! Con mi compañero de viaje mirábamos el Pacífico desde Valparaíso y nuestras fantasías se perdían a lo lejos, buscándola.

DON QUIJOTE: ¿Y qué tiene de particular esa famosa isla?

CHE: ¡Tantas cosas! Aparte del leprosario, que no sé si aún existe, dicen que, en aquel lugar maravilloso, el clima es ideal, la comida ideal, las mujeres ideales, el trabajo ideal...

DON QUIJOTE: Pues... pues ahora que me la nombras me parece que es allí, en esa isla, donde Dulcinea pasea su verdadera hermosura.

CHE: Dicen que los secretos que esconde son imponentes y que el viento convierte en lluvia las olas.

Ambos miran el horizonte.

DON QUIJOTE: Porque has de saber que su hermosura es sobrehumana, pues en ella se hacen verdaderos todos los imposibles atributos de la belleza...

CHE: En sus montañas duerme el relámpago y las rocas se incendian en las noches de tormenta...

DON QUIJOTE: ... Sus cabellos son de oro, su frente Campos Elíseos, sus cejas arcos del cielo, sus ojos soles, sus labios corales...

CHE: Los pescadores saben hablar con los peces y aprenden las canciones de las profundidades...

DON QUIJOTE: ... alabastro su cuello, mármol su pecho, marfil sus manos...

CHE: ... Ellos llegaron de lugares desconocidos trayendo la sabiduría de no combatir el fatalismo de sus destinos: viajar... viajar...

Ambos se miran.

DON QUIJOTE: ¡Hombre, escucha! Un hombre no es más que otro si no hace más que otro. ¡Vamos!

CHE: ¡Al carajo con todo esto! ¡Vamos!

Los dos miran hacia afuera. Inmediatamente entra Ella con un mapa y lo deja. Se va. Los dos se acercan al mapa y comienzan a observarlo.

Gallego, te propongo una cosa: veamos por dónde ir, pero tratemos de que el único dogma en este viaje sea la improvisación.

DON QUIJOTE: Mientras esa improvisación de la que me hablas no contradiga las leyes de la caballería, de las cuales no puedo apartarme, puedes contar conmigo.

Don Quijote y el Che se vuelven sobre el mapa. Cada uno hablará desde su propia realidad.

CHE: Por aquí es más apropiado, me parece.

DON QUIJOTE: (*Señalando el mapa*) Estos campos de La Mancha saludarán mis pasos nuevamente.

CHE: Aquí la selva es más impenetrable...

DON QUIJOTE: La Sierra Morena es ésta y los Campos de Montiel, aquéllos.

CHE: Aquí hay un río que hace de frontera. Cruzándolo nos pondríamos a salvo de un eventual peligro.

DON QUIJOTE: Si no, basta descender a la Cueva de Montesinos donde existe la más sabrosa y agradable vida y vista que ningún ser humano ha visto ni pasado.

CHE: Hay que viajar con lo indispensable. Un equipo...

DON QUIJOTE: ¡Pues, las armas!

Ambos se levantan excitados por los preparativos. Don Quijote comienza a aprontar su lanza, su escudo y su yelmo. El Che prepara la mochila-botiquín.

CHE: ¡Son necesarias algunas bolsas de tela impermeable!

DON QUIJOTE: ¡Alto! Que no hay razón para que caballero tan famoso inicie este viaje de aventuras caminando. Y más aún si debe llegar tan lejos. (*Silba y luego grita*) ¡Rocinante!

Entra Ella con una moto.

CHE: ¡La Poderosa II, la moto de mis viajes por Sudamérica!

Ella la deja parada, sonríe y luego sale. Los dos se miran y vuelven a la actividad de cargar lo que van a llevar en el viaje.

DON QUIJOTE:  La celada de encaje! (*La revisa*).

CHE: La boina...

DON QUIJOTE: ... el yelmo de oro de Mambrino...

CHE: ... la *tartamuda* y el mate.

DON QUIJOTE:  Vamos, hijo, vamos!

Los dos corren hacia la moto-caballo. El Che toma el bidón de nafta que Ella había entrado en una escena anterior y carga el tanque.

 Que beba en abundancia ya que la jornada será larga!

Excitados y a los gritos, como dos muchachos, suben a la moto. El Che adelante. Don Quijote atrás. El Che "patea" la moto pero nada sucede. No arranca. Don Quijote azuza a Rocinante pero " ste" no reacciona.

CHE:  Vamos, carajo, arranc !

DON QUIJOTE:  Mu vete, camina, Rocinante!

Insisten "in crescendo" pero nada se modifica. Entra Ella. Se detiene y los mira. Ellos detienen sus acciones y la miran. Momento de intenso silencio. Ella, segura, sonríe y se va.

CHE: No hay caso, gallego, la batalla continúa.

APAGÓN.

FIN DEL PRIMER ACTO.

SEGUNDO ACTO

EN EL ESCENARIO SE VE LA MOTO SOBRE LA CUAL ESTÁ TRABAJANDO EL CHE PARA REPARARLA. HAY ALGUNAS PIEZAS DE LA MISMA SUELTAS Y ESPARCIDAS. DON QUIJOTE LEVANTA UNA, OBSERVA OTRA.

DON QUIJOTE:  Pobre Rocinante!

CHE: Está un poco dividido, nada más.

DON QUIJOTE: Menos mal que conozco el secreto del bálsamo de Barrab s. Ese bálsamo tiene la propiedad de unir las partes separadas de un cuerpo herido, dejarlas sin dolor y curarlas para siempre.

CHE: (*Continúa trabajando*). Habría que difundir ese remedio, gallego.

DON QUIJOTE: Sólo basta un poco de aceite, vino, sal y romero.

Entra Ella con los ingredientes y un recipiente. Los deja y cuando va a salir el gesto del Che la detiene.

CHE: Es necesario una llave francesa.

Ella escucha y sale. El Che espera pero Ella no vuelve.

DON QUIJOTE: *(Comienza a preparar el bálsamo)*. No te preocupes, hijo, que esto es infalible. No quedan ni siquiera cicatrices.

CHE: *(Trabajando sobre la moto)*. Tiene que funcionar.

DON QUIJOTE: *(Refiriéndose al bálsamo)* Claro que funcionará, hombre. Ya llevamos demasiado tiempo aquí, de lo que se deduce que como no es posible que el mal ni el bien sean durables, habiendo durado mucho el mal, el bien ya está cerca.

CHE: Esperemos. A juzgar por las noticias que nos llegan es cuestión de apurarse.

DON QUIJOTE: En la tardanza está el peligro y en este apuro tenemos que pensar que vale más buena esperanza que ruin posesión.

CHE: *(Detiene su acción)*. ¿Cómo?

DON QUIJOTE: He dicho que vale más buena esperanza que ruin posesión.

CHE: *(Reflexiona)*. “Más vale buena esperanza que ruin posesión”. Ajá, parece que llueven refranes hoy.

DON QUIJOTE: Pues claro. Y hablando de esperanzas debes pensar, hijo, que vale más una esperanza que miles de recuerdos.

CHE: ¡En ésta tenés razón! Aquí estamos presos de lo que fuimos.

DON QUIJOTE: *(Se acerca confidencialmente al Che)*. Amigo, estamos encantados. Ésta no es otra cosa que una cárcel. De oro, pero cárcel al fin.

El Che no detiene su acción de reparar la moto. Todo este diálogo se monta sobre la acción.

CHE: Por eso tenemos que escapar de aquí.

DON QUIJOTE: El cautiverio es el mayor mal que puede existir. Yo sostengo que al don de la libertad no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra y el mar encubre. Por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida.

CHE: Pero es necesario soñar la libertad, gallego. Y para eso se necesita también coraje.

DON QUIJOTE: En cuanto al coraje no hay encantos que valgan contra la verdadera valentía. Podrán los encantos quitarme la ventura pero el esfuerzo y el ánimo será imposible.

CHE: Bueno, ahora es cuestión de unir aquí. Pasame el alambre, por favor.

DON QUIJOTE: ¿Qué cosa?

CHE: El alambre. Ahí, adentro de aquella bolsa.

DON QUIJOTE: *(Busca y saca el alambre)*. ¿Y esto para qué sirve?

CHE: “En cualquier lugar en que un pedazo de alambre pueda sustituir a un tornillo, yo lo prefiero, es más seguro”.

DON QUIJOTE: ¿A ti también se te ha dado por los refranes? ¿Y ése, a quién pertenece?

CHE: Lo decía un compañero de viaje cuando recorríamos Latinoamérica en moto.

DON QUIJOTE: Pues no hay necesidad de alambres para recuperar a Rocinante. El bálsamo de Fierabrás lo curará.

CHE: *(Detiene su actividad)*. Gallego, cuidado.

DON QUIJOTE: ¿Qué dices?

CHE: Cuidado. Nos quieren dividir.

DON QUIJOTE: ¿A que te estás refiriendo? ¡Habla claro y trata de desanudar tus razones!

CHE: Pensá un poco. Te trajo a vos lo que querías. A mí no.

DON QUIJOTE: Es que todas las cosas de los caballeros andantes parecen quimeras, necedades y desatinos. Ya verás cuando el bálsamo esté pronto...

CHE: *(Lo interrumpe)* Viejo, son inteligentes. Saben de qué manera pueden dividirnos. Vení, ayudame que yo solo no puedo con esto.

DON QUIJOTE: Pues... pues, a mí se me puede arruinar el bálsamo que es la verdadera cura para Rocinante. No pierdas más tiempo con esos alambres, hijo, que la magia no admite competencias. *(Vuelve a mezclar los elementos del bálsamo)*.

CHE: ¡Dale, che, vení por favor que necesito tu ayuda!

Don Quijote continúa convencido con su hacer. El Che, que no puede solo y luego de un momento, se acerca a Don Quijote con el objeto de evitar la división.

¿Y ahora? ¿Qué tenés que agregar?

DON QUIJOTE: Un poco más de aceite.

El Che le pasa el aceite.

Agora viene el vino.

CHE: De éste ponele menos.

DON QUIJOTE: El vino es fundamental para la fusión. Y agora la sal y el romero. *(Con gestos ampulosos, mezcla todo. Después, solemne, se levanta)*. ¡De pie!

También el Che se levanta. Don Quijote comienza a rezar.

Tú debes ayudarme con los Avemarías y los Credos, que yo soy especialista en los Padrenuestros y los Salves.

CHE: Pero yo soy a...

DON QUIJOTE: ¡Comienza, que todo tiene su tiempo en estos preparados!

CHE: Es que no me acuerdo.

DON QUIJOTE: ¡Inventa, entonces!

El Che, un poco a regañadientes, debe rezar. No sabe, se equivoca.

¡Más alto, que no se siente!

CHE: ¡Estoy ronco, carajo!

Don Quijote lo corrige y continúa. Mientras reza acompaña la plegaria haciendo repetidas veces la señal de la cruz. Imprevistamente se detiene.

DON QUIJOTE: Bueno, está todo listo.

CHE: Era hora.

DON QUIJOTE: Agora sólo es cuestión de juntar los miembros de Rocinante. Por favor, alcánzame la pata derecha trasera.

CHE: La pata derecha trasera. *(Toma una de las piezas de la moto y se la alcanza).*

DON QUIJOTE: Bien. Agora alcánzame el corvejón.

CHE: ¿Qué?

DON QUIJOTE: El corvejón. ¿Estás sordo? Está en la articulación.

El Che, ahora, toma dos piezas y se las ofrece a Don Quijote. Éste las observa y toma una de ellas.

Cor-ve-jón, hijo. Aprende. Agora sujétalas de manera que no se separen.

El Che une las piezas y las aprieta. Don Quijote introduce la mano en el recipiente y, rezando y haciendo pases mágicos, coloca el ungüento en las partes donde éstas se tocan.

Suficiente. Rocinante tiene la pata trasera unida. Prueba y verás.

El Che separa sin dificultad las dos piezas.

¿Ves? ¡Como nuevo!

CHE: Pero... ¡pará, pará, che! Vos dijiste la pata trasera *(Muestra la pieza)* y el corvejón. *(Muestra la otra).*

DON QUIJOTE: *(Lo corrige).* Cor-ve-jón.

CHE: ¡Bueno, corvejón! Aquí están bien separados: la pata por un lado y el corvejón por el otro.

DON QUIJOTE: ¡No es posible!

CHE: ¡Es posible porque...! *(Se da cuenta de que su lógica es diferente y que debe utilizar la lógica de Don Quijote)* ¡Ah, claro!

DON QUIJOTE: ¡Por fin has entendido, por fin!

CHE: ¡No, no! Ahora entiendo por qué las partes no se juntaron y es a causa de la envidia que te tienen los encantadores que te persiguen. Ellos lograron neutralizar el bálsamo. *(Ahora coloca ambas piezas en lugares muy distantes)*. ¿Ves? ¡La pata por un lado y el cor-ve-jón por el otro!

DON QUIJOTE: *(Debe rendirse ante la evidencia)*. ¡Malditos, faquines, cobardes, belitres!

CHE: ¡Calmate, calmate, che! Mediante la magia no podremos porque ellos son encantadores poderosos. Ahora, ayudame, que quizás yo pueda hacer algo.

DON QUIJOTE: ¿Y tú, conoces de caballos?

CHE: Algo. Soy médico.

DON QUIJOTE: ¿Médico?

CHE: Sí. Diplomado. ¿No parezco?

DON QUIJOTE: ¿Diplomado?

CHE: Por supuesto.

DON QUIJOTE: ¿En Salamanca?

CHE: No. En Buenos Aires.

Cara de duda en Don Quijote.

Dale, vení, ayudame, así como yo te ayudé a vos.

DON QUIJOTE: Pero tú eres médicos de personas, no de caballos.

CHE: En el fondo no hay muchas diferencias. ¡Vamos! ¡Dejá de hablar y ayudame! Hay que poner esto aquí.

DON QUIJOTE: Pero... pero... esto no parece de un ser vivo. ¿Qué es?

CHE: Un poco de fantasía, che. Es el corazón.

DON QUIJOTE: ¿El corazón de Rocinante negro y rústico? No puede ser.

CHE: *(Le acerca la pieza a los oídos)*. Escuchá.

Don Quijote coloca la oreja en la pieza.

¿Ves? Palpita... blum... blum... palpita.

DON QUIJOTE: ¿Palpita separado del cuerpo? ¿Todavía late?

CHE: Por supuesto. El corazón de un caballo tan famoso palpitará siempre.

DON QUIJOTE: Entonces, por analogía, si el corazón de Rocinante siempre latirá, el mío no será menos, y cuando me lo saquen, él gritará el nombre de mi amada a las cuatro direcciones del viento.

CHE: ¡Dul-ci-nea, blum blum, Dul-ci-nea blum blum, Dul-ci-nea blum blum!

DON QUIJOTE: Y entonces alguien conmovido dirá: “Ese cuerpo que con piadosos ojos estáis mirando fue depositario de un alma a quien el cielo puso infinita parte de sus riquezas”.

- CHE: No seas tan humilde, gallego.
- DON QUIJOTE: La humildad es una condición del alma y el alma sólo es visible a través de los actos de los hombres. Por eso las nuevas generaciones reconocerán, tanto mis hazañas en los campos de batalla, cuanto la perseverancia de mi amor.
- CHE: No siempre es así, compadre. El honor de los muertos suelen decidirlo encumbrados estudiosos que no siempre son imparciales y que salvan o condenan según sus circunstancias.
- DON QUIJOTE: Una vida heroica será siempre admirada por la posteridad.
- CHE: No es tan difícil convertir a los héroes en traidores y viceversa. Los muertos ya no pelean, gallego. Bueno, dale, sostené esto así, yo aprieto.
- Don Quijote lo hace. El Che, luego da unos golpes para asegurar lo que está reparando.*
- DON QUIJOTE: Pues... ¿así tratan los médicos a sus enfermos?
- CHE: No exactamente. Todavía peor. Yo tengo manos de lana. Ahora veremos qué sucede. (*Prueba*). La bujía funciona.
- DON QUIJOTE: ¿Y dónde está localizado ese órgano que llamas bujía?
- CHE: En la cabeza, gallego, hace chispas.
- DON QUIJOTE: ¿Chispas en la cabeza? Es extraño eso. Nunca oí cosa similar.
- CHE: Ni creo que vuelvas a oírla. (*Continúa, sin interrumpir, su trabajo*).
- DON QUIJOTE: Pues... si como tú dices los caballos y los hombres no son decididamente diferentes, se sigue que si los caballos poseen “bujías” en la cabeza, los hombres también hemos de tenerlas.
- CHE: No siempre, no siempre. Hay hombres con bujías y otros sin bujías.
- DON QUIJOTE: ¿Cómo es eso, hombre, que no lo entiendo?
- CHE: Veamos... ¿cómo te explico?... Hay algunos que saben encender la vida. Otros la apagan. La bujía provoca esa chispa que la enciende.
- DON QUIJOTE: Ah... entiendo. “Para dar y tener, seso es menester”.
- CHE: (*Se detiene y piensa*). “Para dar y tener, seso es menester...” ¡Carajo, me jodió el gallego!
- DON QUIJOTE: ¿Rocinante ya está recuperado?
- CHE: Todavía falta un poco. (*Comienza a tener problemas para respirar*). Hay que ajustar bien acá. Con fuerza. Después colocar la tapa y...
- DON QUIJOTE: ¿Qué tienes, hijo?
- CHE: Ganas de respirar mejor, nada más.
- Don Quijote mira hacia fuera esperando que entre Ella.*
- DON QUIJOTE: ¿Necesitas de esa espada pequeñita que...? (*Hace señas de la colocación de la inyección*).

CHE: Sí. Pero me parece que ahora no va a haber “espada pequeña”. (*Saca una ampolla que había guardado en su casaca y se la bebe. Trata de continuar con la reparación pero el ataque de asma es más fuerte y le cuesta mucho hacerlo*). ¡Carajo, no me va a vencer!

DON QUIJOTE: Descansa un poco. Deja caer la compuerta de los ojos, como decía Sancho, y reposa.

CHE: No, no. Otras veces pude superar estos ataques y en momentos todavía peores, rodeado de enemigos que me buscaban.

DON QUIJOTE: ¿Quién te quita el aire, hijo?

CHE: (*Con dificultad, sonríe*). No sé. Algún encantador envidioso. Ayúdame con esto.

Don Quijote lo hace.

DON QUIJOTE: ¿Y cuándo comenzó el encantamiento?

CHE: No sé. Ni me acuerdo. Desde siempre, creo. Por eso me parece que hasta la quiero.

DON QUIJOTE: ¿A quién?

CHE: Al asma. Fue mi compañera inseparable. No sería yo sin ella. ¡Dale, presioná ahí, por favor, que ya casi terminamos!

DON QUIJOTE: Si encuentro a ese maldito bellaco que te quita el aire, lo atravesaré de lado a lado con mi espada.

CHE: Dale saludos de mi parte.

DON QUIJOTE: ¿Saludos? ¿Por qué? Si es tu enemigo.

CHE: Puede ser, pero algo le debo. El cansancio de mis pulmones me enseñó a templar mi voluntad con la paciencia de un artista. Bueno, creo que ya terminamos.

DON QUIJOTE: ¡Rocinante galopará de nuevo para revivir los felices tiempos donde los caballeros andantes tomaron sus armas en defensa de los reinos, el amparo de las doncellas...

El Che, a pesar de su asma, continuará con la cantinela de Don Quijote.

CHE: “... el socorro de los huérfanos y pupilos...”

DON QUIJOTE: “... el castigo de los soberbios...”

CHE: “... y el premio de los humildes...”

DON QUIJOTE: ¿Cómo has hecho para aprenderlo, hijo?

CHE: Por lo que sé, el asma afecta a los pulmones, no a los oídos. Hace años que estamos juntos aquí, ¿no? Vamos, veamos si Rocinante relincha de nuevo.

DON QUIJOTE: ¡Claro que lo hará! El cielo no puede abandonarnos.

El Che con dificultad y esfuerzo "patea" la moto. No arranca.

(A "Rocinante") ¡No hubo ni habrá rocín que te supere! ¡Camina!

CHE: ¡Vamos, carajo, arrancá!

El Che insiste. Don Quijote golpea el "anca" de Rocinante pero nada sucede.

Parece que el cielo nos abandonó, gallego.

DON QUIJOTE: ¡Carajo! No hay forma de que arranque. Todo parece a punto pero no funciona.

De pronto entra Ella. Se detiene. Trae un rey negro del juego de ajedrez. Avanza hacia el tablero y lo deposita allí. Luego se queda en el lugar como invitándolos a reanudar la partida. Silencio. Don Quijote avanza hacia el tablero luego de vivir su conflicto interno entre aceptar o no la derrota.

Donde una puerta se cierra, otra se abrirá después. No es lo mismo huir que retirarse. ¡Ya vendrán tiempos mejores!

También el Che comienza a aproximarse, todavía castigado por el asma. De pronto, al pasar cerca de la ametralladora, el Che la toma y apunta hacia Ella, que ya estaba saliendo.

CHE: ¡Vamos, rápido, sentate ahí!

Ella, sin cambiar de expresión obedece. Don Quijote, sorprendido por la rapidez de la acción del Che, reacciona.

DON QUIJOTE: ¿Qué haces con eso?

CHE: ¡No hay otra forma! Por las buenas no funciona. No se moverá de aquí hasta que nosotros nos vayamos. La cambiaremos por nuestro viaje.

Ella no quita los ojos de encima de Don Quijote.

DON QUIJOTE: ¿Estáis encantada, señora?

CHE: Es obvio que te diré que no. No caigás en la trampa.

DON QUIJOTE: *(Que ahora no deja de mirarla)* Es sabido que tiene la mujer ingenio presto para el bien y para el mal, más que el varón. Pero esta dama clama mi ayuda y un caballero andante no puede recusar el pedido de los débiles, de los indefensos...

CHE: ¡Pará, pará que nos está dividiendo!

DON QUIJOTE: *(Saca su espada)* No son esos modos de tratar a una mujer. ¡Déjala ir entonces!

CHE: Nada le va a pasar si nosotros podemos irnos de aquí. ¡No te olvidés de que hay muchos más débiles que ella que nos pueden estar necesitando!

DON QUIJOTE: ¡No son formas, hombre! ¡Lárgala, que no se puede hacer el bien si se parte desde el mal!

CHE: ¡Ella representa lo que nos impide partir, gallego!

Ella no deja de mirar a Don Quijote.

DON QUIJOTE: ¡Déjala ir, te digo, que las *feridas* que se reciben en batallas antes dan honra que la quitan! (*Amenaza con su espada*).

CHE: ¡No avancés, gallego! ¡No me obligués a responder! ¡Nos están separando! ¡No entendés?

DON QUIJOTE: ¡Déjala ir, he dicho!

Don Quijote arremete, pero el Che, rápido, salta sobre Ella y la toma de atrás. Ella en ningún momento ofrece la menor resistencia. El Che la coloca como escudo para detener a Don Quijote.

CHE: ¡Alto, alto! ¡Si querés protegerla quedate quieto y hacé lo que te digo!

DON QUIJOTE: ¡Traidor, bellaco! ¡Aunque la traición se aplaque, al traidor se aborrece!

CHE: Vos sos el traidor ahora, gallego. Vamos, ¡sentate tranquilo por ahí y esperemos a ver qué pasa!

DON QUIJOTE: Si no tuvieras esa dama entre tus manos pronto sentirías la potencia de mi brazo y de mi ánimo.

CHE: Puede ser. ¡Pero, ahora, hacé lo que te digo!

DON QUIJOTE: ¡Maldito! (*A regañadientes, se aleja un poco*).

CHE: Bien, así está mejor. Ahora esperemos. Algo tiene que suceder.

Con tensión y atentos al mínimo ruido exterior, esperan. Ella permanece siempre sin ofrecer resistencia, como si ya supiera lo que va a pasar. Los segundos pasan. Nada sucede. De pronto, Don Quijote cambia de actitud como si se tratara de un actor que ha dejado de representar su papel.

DON QUIJOTE: Nadie aparecerá, Che. No sé ya cuántas veces lo hemos intentado y siempre ocurre lo mismo. Nadie viene. Entonces no hay otra salida que soltarla, después nos *reconciliamos* y todo vuelve a comenzar: el juego de ajedrez, el rey de negra capa, las cartas que llegan, las estratagemas para conseguir lo necesario para la fuga, Rocinante que no camina, tomarla como rehén... en fin, lo de siempre. Sólo ella y nosotros aquí, sin poder salir de este lugar. No insistas, lárgala. Yo viví loco, pero he muerto cuerdo, no lo olvides.

El Che duda un poco. Aún espera. Poco a poco se convence de que nada cambiará. Sin otra alternativa, la suelta. Ella, con toda naturalidad, como si se tratara de algo que se repite desde siglos de la misma manera, lo desarma. Luego se dirige a la moto y la saca de escena.

CHE: ¡Alguna forma tiene que existir! De algún modo tenemos que irnos de aquí!

DON QUIJOTE: ¡Ay amigo! ¿Cuántas veces hemos pensado en ello y cuántas veces lo hemos intentado? ¡Y nunca pudimos traspasar este cerco de oscuridad que nos rodea!

CHE: ¡Es necesario arriesgarse siempre!

DON QUIJOTE: Debes comprender que la valentía que no se funda en la prudencia, se llama temeridad y las hazañas del temerario más se atribuyen a la buena y circunstancial fortuna, que a su ánimo.

Entra Ella y va sacando, en orden regresivo, los elementos que ha ido introduciendo anteriormente: los componentes del bálsamo, el mapa, el diario, etc. mientras se desarrolla el diálogo entre Don Quijote y el Che.

CHE: ¡Vamos, gallego! ¿Más prudencia de la que hemos tenido? ¡Cuánto hace que tratamos de encontrar una salida! Y todo se repite como la primera vez.

DON QUIJOTE: No te desesperes, hijo. Es necesario aceptarlo: “Dondequiera que se encuentre la virtud en eminente grado es perseguida”.

CHE: ¡Dejá de hablar con frases hechas, che!, que me parece que cada vez nos sirven menos.

DON QUIJOTE: Lo que digo es producto de mi entendimiento, no de mis canas, aunque es verdad que el mismo mejora con los años.

CHE: ¿Vos sabés por qué nos pusieron juntos acá?

DON QUIJOTE: Pues...

CHE: Déjame decírtelo: yo primero creía que era porque los dos soñábamos, cada uno a su manera, pero en definitiva, luchábamos por concretizar nuestros sueños. Luego pensé que no era ése el motivo, sino porque los dos somos testarudos, nada más. Ahora te confieso que ya no sé.

DON QUIJOTE: ¿Cómo es que no sabes?

CHE: Te han vencido, gallego.

Ella termina de sacar lo que ha entrado anteriormente y desaparece entre las sombras dejando todo exactamente igual que al inicio. Don Quijote se acerca a la posición en donde comenzó la obra.

DON QUIJOTE: Ya he muerto vencido, hijo, bajo mi verdadero nombre de Alonso Quijano, *el Bueno*, como un hidalgo más de las tierras de La Mancha, renegando de Don Quijote, de los libros de caballería y de lo que se consideraban mis locuras. Sólo que Don Quijote no es “uno más” y los Alonso Quijano, abundan. Con ese peso he llegado aquí, a ser el Ingenioso Hidalgo Don Quijote de La Mancha, dicho el Caballero de la Triste Figura, el desfacedor de entuertos y el símbolo de la utopía. Alonso Quijano, *el Bueno*, está sepultado en el olvido.

- CHE: Es la utopía la que te salvó del olvido, gallego, no reniegues de ella, ni de los sueños de Don Quijote.
- DON QUIJOTE: No reniego. Sólo que la utopía es un viento que no llega, una espera que no cesa, ángeles que no llueven.
- CHE: Tal vez. Pero quizás no sea un imposible. Quizás sea el lugar en donde habitan todos los posibles.
- DON QUIJOTE: Eso he creído y he sentido siempre. Y por eso he luchado, y hemos luchado juntos, para salir de aquí. Pero ya ves. Todo se repite hasta el infinito, igual. Aquí siempre seremos: tú, el eterno hidalgo Don Quijote de la Mancha y sus locuras, los que arremetemos contra esa oscuridad que nos circunda y que no sabemos adónde ni cuándo finaliza.
- CHE: Pero de todas maneras seguís siendo Don Quijote de La Mancha, ésa es tu condena o tu salvación, y como tal estás aquí, ¿no?
- DON QUIJOTE: Tal vez. Unos fueron y ya no son. Otros son y no fueron.
- CHE: *(Queda pensando. Repitiendo la frase que acaba de decir Don Quijote, se va acercando a la posición en donde el personaje ha comenzado la obra).* “Unos fueron y ya no son. Otros son y no fueron”.
- El Che llega a ese lugar. Los dos se quedan mirando hacia fuera como al comienzo. Entra Ella, con los mismos movimientos que al inicio y, con precisión, ordena las piezas del tablero de ajedrez de manera tal que las blancas queden del lado del Che. Luego se va. Don Quijote y el Che se miran. Después Don Quijote, como antes, comienza a caminar, con aire resignado, hacia el tablero, pero el Che, ahora, lo detiene.*
- “Unos fueron y ya no son. Otros son y no fueron”. ¿Te das cuenta?
- DON QUIJOTE: ¿De qué? *(Avanza a repetir lo conocido).*
- CHE: ¡Esperá! ¿Y si dejáramos por un momento el peso de lo que fuimos?
- DON QUIJOTE: ¿Cómo?
- CHE: ¿Si nos animáramos a escapar de otra forma?
- DON QUIJOTE: ¿De qué forma, hijo?
- CHE: ¡Intentemos escapar de nuestros propios mitos! ¡Así tal vez podamos romper el círculo!
- DON QUIJOTE: ¿Qué locuras estás diciendo, amigo? Yo no puedo ser otro que Don Quijote.
- CHE: Digo... digo que sin renunciar a nuestros principios, nos animáramos a ser otros, tal vez podamos...
- DON QUIJOTE: ¡Soy uno, hijo! No puedo dividirme.
- CHE: No se trata de dividirse. Tal vez se trate de ser más consecuente con uno mismo que nunca. ¡Haceme caso, acompañame en esta aventura!
- DON QUIJOTE: ¿Qué aventura?

CHE: La de dar batalla de una manera diferente de la que conocemos.
¡Seamos realistas, exijamos lo imposible! ¡Probemos, dale, acompáñame! ¡Ahora, juguemos!

Ambos se colocan frente al tablero de ajedrez.

¿Las blancas o las negras?

DON QUIJOTE: Pues... yo siempre jugué con...

CHE: ¿Las negras? Bien, de acuerdo.

El Che cambia de posición el tablero. Comienzan a jugar. Ahora es el Che quien abre la partida. Don Quijote responde. El Che se saca la boina y la deja en el suelo. Don Quijote, con dudas, se saca el yelmo y también lo deja de lado. Entra Ella con el mate.

¡No la mirés!

Ella se aproxima y ofrece el mate. Espera que el Che, como siempre, se lo reciba. Éste, ahora, no lo hace. Ella duda un poco, luego lo deja en el suelo y sale. Inmediatamente el Che se saca un botín. Don Quijote lo imita sacándose una bota.

DON QUIJOTE: ¡Es tu turno!

CHE: No es para asustarse tu jugada.

Don Quijote, de pronto se levanta y estira la mano para recibir la espada, como al comienzo. Entra Ella con la espada. El Che mira fijamente a Don Quijote. Éste duda y luego se sienta sin haberla tomado. Ella deja caer la espada y sale. El Che se saca el otro botín. Don Quijote "come" una pieza.

DON QUIJOTE: ¡Ja, ja, ja! ¡Se volatilizó!

CHE: *(Juega)* ¡Jaque mate!

Hace caer al rey negro. Entra Ella con la pieza de repuesto. El Che no la mira, como antes. Ella deja caer al rey negro de repuesto y sale. Don Quijote se saca la otra bota y se levanta.

DON QUIJOTE: ¡No puede ser!

Entra Ella con más prisa con la carta entre las manos. La deja y sale. El Che toma el sobre.

CHE: ¡Qué raro! Los remitentes son desconocidos. *(Se desabrocha la chaqueta).*

DON QUIJOTE: *(Mientras se saca el "petto" de la armadura).* Y los destinatarios también.

CHE: Extraño, ¿no?

DON QUIJOTE: Sí, raro, raro.

Entra Ella con el habano y los fósforos. Se los extiende al Che. Éste no los recibe. Continúa con la carta entre las manos. Ella deja caer los elementos y sale.

CHE: Debe haber una confusión aquí. *(Se saca la chaqueta).*

DON QUIJOTE: Evidentemente se trata de una equivocación.

Vuelve Ella. Mira desconcertada para todos lados y sale. Inmediatamente se escuchan ruidos de aviones y helicópteros. Vuelve Ella con la caja de municiones, la mochila-botiquín, la ametralladora, el escudo y la lanza. Sale. Disparos. Don Quijote y el Che quedan inmóviles mientras la tempestad de tiros pasa.

(Mirando al cielo) Nada se mueve, ¿no? Todo está tranquilo.

Entra Ella con el bidón de combustible. Lo deja y sale.

CHE: Tranquilo, tranquilo. No pasa nada.

DON QUIJOTE: ¡Qué lástima!

Entra Ella con los cueros de vino. Sus entradas y salidas se hacen “in crescendo” como si fuese un mecanismo de relojería que se ha descompuesto y enloquecido. Don Quijote le saca los cueros de vino de las manos.

¿Qué tal si nos tomamos un buen vino juntos?

Ella, desconcertada, sale.

(Por lo bajo) No te engañes, hijo, esto, en realidad, es la cabeza de un gigante.

El Che recibe los cueros y toma vino. Entra Ella con la botella y dos copas pero como ya no tienen sentido, caen de sus manos y se destrozan en el piso. Ella sale.

CHE: *(Saboreando el vino)* Mmm... ¡Buenísimo!

Entra Ella con el cuaderno y la lapicera. El Che bebe cuando Ella se lo ofrece. Ella rompe el cuaderno y sale.

DON QUIJOTE: *(Con cierta aprehensión porque él cree que es la cabeza de gigante y su sangre)* ¿Te gusta?

CHE: *(Se saca el pantalón y lo arroja hacia atrás).* ¡Nunca tomé nada mejor!

Entra Ella con la inyección y las ampollas.

DON QUIJOTE: ¡Gustos son gustos!

Ella deja caer la inyección sobre el pantalón del Che y sale. Don Quijote se saca la camisa.

¡Pues... cuidado con el “vino”! ¡Recuérdalo!

Entra Ella con el mapa, lo deja y sale.

¿Quieres? *(A medias entre el mapa y el vino).*

CHE: No. Es suficiente.

Entra Ella con la moto. Mecánicamente la deja y sale. Los dos se miran y corren hacia la moto. El Che carga el combustible.

DON QUIJOTE: *(Mientras se saca las calzas. Su magra figura se destaca con el enterizo interior en el que ha quedado).* ¡Nunca he visto ni he leído que un caballero andante deba mostrar sus ocultas partes para participar de una aventura!

El Che "patea" la moto y, ahora, ésta arranca. Gritos de júbilo.

CHE: ¡Bien, carajo! ¡Alguna forma tenía que haber!

DON QUIJOTE: ¡A cabalgar se ha dicho!

CHE: ¡Vamos, gallego, vamos!

DON QUIJOTE: *(Vuelve a buscar sus armas).* Las armas...

CHE: Ya no nos sirven, gallego. Ahora será cuestión de encontrar otras nuevas. ¡Vamos!

DON QUIJOTE: ¡Pero...! ¡Así? *(Se refiere a la ropa interior en que ambos han quedado).*

CHE: ¡Sí, claro! ¿De qué otra forma se podría improvisar?

Don Quijote salta sobre la moto, atrás. Entra Ella. Se detiene impotente y los mira.

¿Ladran, gallego?

DON QUIJOTE: Sí, Che. ¡Ladran, ladran!

El Che acelera la moto. Don Quijote espolea a su "Rocinante". El rumor de la moto crece. Se escucha un relincho. Los sonidos suben a medida que la moto se aleja. Ella, que ha entrado con los elementos del bálsamo de Fierabrás entre sus manos, los deja caer. Con ese golpe, las luces desaparecen y al oscuro se sienten los gritos de alegría que se van perdiendo, a lo lejos, a lo lejos.

FINAL

Limpieza

> limpieza

Se estrenó el 30 de noviembre de 1985 en la sala Orestes Caviglia, de la ciudad de Tucumán, Argentina.

Obtuvo en 1987 el Premio Teatro del Fondo Nacional de las Artes.

PERSONAJES

MANIX, un demente
PACHECO, un mendigo
LA MUDA, una mendigo
SATÉLITE, un demente
JULITO, un disminuido
RUEDITAS, mendigo y lisiado
LA ALEMANA, una demente
PLAZA, un retardado
PERÓN, un demente
VERA, mendigo y demente.

Los personajes hablan con giros idiomáticos y regionalismos propios de los sectores marginales de la zona.

COMO ÁMBITO ESCÉNICO SERÍA ACONSEJABLE CREAR UN GRAN ESPACIO ABSOLUTAMENTE VACÍO, DONDE LAS FIGURAS HUMANAS PAREZCAN MÁS PEQUEÑAS Y RODEADAS DE OSCURIDAD. LAS LUCES NOS DESCUBREN A UN GRUPO DE PERSONAS ACURRUCADAS Y CON LOS OJOS VENDADOS. SON MENDIGOS. EL RUIDO DE UN HELICÓPTERO, ESTRUENDOSO, SE ALEJA. CON TEMOR UNO DE ELLOS MURMURA...

MANIX: Ya se han ido.

PACHECO: Todavía no se muevan.

RUEDITAS: ¿Dónde estamos?

PACHECO: ¡¡¡Shhh, callensé!!!

La Alemana llora. La Muda emite sonidos incomprensibles.

¡Hagan callar a esa idiota!

JULITO: ¿Se saquemo la venda?

MANIX: Han dicho que si se sacábamo las vendas nos iban a matar.

PACHECO: ¡¡¡Escuchemo, escuchemo!!! *(Se produce el silencio. Con temor, comienza a bajarse la venda).* Parece que no hay nadie.

JULITO: (*Con cierta alegría*). ¡¡Eh, estamos en el campo!!

MANIX: Nos han dejao solos.

La Alemana continúa llorando. La Muda se acerca y la consuela.

PACHECO: Ya no se escucha el helicótero.

MANIX: ¿Para qué nos han traio hasta aquí?

PACHECO: ¡Qué cagada!, estamos en el medio del monte. Y aquí no hay un alma.

JULITO: A mí me habían dicho que nos llevaban pa'l hospital.

PLAZA: (*Que recién se saca las vendas*) ¡Eh, que plaza más grande esta!

PACHECO: ¿Y aquélla? (*Por la Alemana*) ¿Por qué llora tanto?

MANIX: No sé.

VERA: (*Se acerca*). ¿Por qué llorá vos?

La Alemana no contesta.

¿Tení cinco?

La Muda intenta explicar. Vera escucha muy atento y asiente como entendiendo.

PERÓN: (*A Vera*) ¿Por qué llora?

VERA: No sé.

JULITO: Debe ser porque la han separao de los perros que tiene. Los cuida como si fueran los hijos.

PLAZA: (*Jugando*) ¡Los hijos, los hijos, los cuida como los hijos! (*Es como una criatura*).

MANIX: Jugá nomás loco ¡mierda, que aquí no te van a ayudar tus parientes.

RUEDITAS: (*Carece de piernas, se impulsa con los brazos*). ¿Qué, tiene familia el loco Plaza?

MANIX: ¡Claro!, gente de plata, gente *bien*. Le dan ropa y todo. Lo único que éste es loco.

VERA: ¿Loco?, no. Éste es boludo.

PACHECO: ¡Miralo a aquél! Está quietito. (*Por Satélite, que tímidamente está acurrucado*).

JULITO: ¿Por qué nos habrán traío hasta aquí? Capaz que es culpa del loco Vera que se la pasa magueando a todo el mundo.

RUEDITAS: ¡¡Sí, sí, es cierto!!, el otro día le ha querío pedí al gobernador y todo.

VERA: ¡No, mentira!, no es por mí. Es por la loca aquella que lo ortia a todo los hombres.

La Muda reacciona agrediendo al ofensor.

- RUEDITAS: El culpable es Pacheco, yo hi' visto cuando le decía porquería a una mina de la cana.
- PACHECO: ¡Vos no hablés!, que cuando tenís ganas de mear te lo sacás en el mercado y le decís a las viejas: "Vea que banana que tengo, señora".
- RUEDITAS: Julito ayer le ha tocao el culo a una estudiante.
- JULITO: ¡¡Callate medio hombre!!
- La discusión sube de tono y las agresiones aumentan. El grito de La Alemana los hará callar.*
- LA ALEMANA: ¡Basta, basta ya!... ¡cállense, por Dios! (*Solloza*) Mis hijos, ¿dónde están mis hijos?
- PERÓN: En la perrera, señora.
- LA ALEMANA: No pueden estar ahí. No son unos cualquiera. Son chicos, son mis hijos, yo los crío.
- JULITO: (*Que es aficionado al canto*) "Pobre sabueso, tirale un hueso que flaco está..."
- LA ALEMANA: ¡¡¡Cállense, por Dios... me han sacado todo... asesinos, asesinos!!!
- VERA: (*Muy serio*) Pero Alemana... ¿un perrito más o menos, qué le hace?
- PERÓN: Hay un montón tirao por ahí.
- VERA: (*Se acerca a La Alemana*) ¿No tiene cinco guita?
- La Muda interviene y corre a Vera y a Perón.*
- PERÓN: ¡Está bien mamita! (*Se retira haciendo gestos obscenos*).
- PACHECO: ¿Qué lugar será éste?
- MANIX: No sé, ese bicho ha andao un rato largo.
- RUEDITAS: Primera vez que viajo en helicótero. Lindo había sabío ser.
- PACHECO: ¿Y cómo mierda sabí que es lindo, si venías con los ojos vendao?
- RUEDITAS: No sé, no sé, pa'mí es lindo.
- MANIX: (*Para sí*) Qué oportunidadá vamo a perder.
- PACHECO: ¿De qué habló vó?
- MANIX: Me ha contao una de la Municipalidá que llega el Presidente de la Naciónargentina. (*Lo dice como si fuera una sola palabra*). Seguro que iba a haber mucha gente reunida. Estaba lindo pa' tirá la manga. Están pintando los cordone pa' recibilo.
- VERA: ¡Qué lindo pa' pedí cinco!
- PACHECO: Con razón. Nos han traio pa' que no nos vean.
- JULITO: ¿Y por qué no quieren que nos vean? (*Tiene los brazos cortitos y las piernas deformadas*).

VERA: A nosotros nos conoce mucha gente. Gente importante y todo. Médico, doctores, políticos...

La Muda gesticula afanosamente.

PACHECO: Tiene razón La Muda. Por eso han tapiado las villas miserias. Ella vive en una villa.

PERÓN: Está bien que la tapien. ¿Para qué quieren que los vean? Si dan mal aspecto. Son borracho, vago, de todo hay ahí.

MANIX: Sentilo al loco Perón, hecho el diferente.

PERÓN: ¡Yo soy deportista, juego al fulbo!, la gente me quiere.

SATÉLITE: *(Se acerca tímidamente)* ¿Así que han tapiado las villas? ¿No se puede entrar más? *(Lleva ese sobrenombre porque carece de pelos. Su cabeza brilla. La cubre con una gorrita y cuando le dicen el sobrenombre se transforma totalmente y puede ser agresivo).*

VERA: Ahora cobran cinco pa' pasar.

SATÉLITE: *(Como una criatura, haciendo pucheros)* Entonces no voy a poder entrar más... me van a dejar afuera... si yo me porto bien, no soy loco, ¡díganle que yo me porto bien...!

PACHECO: *(Le da un cachetazo).* ¡Y a quién querí que le digamos, pelotudo i' mierda!, ¿no ves que estamos solos?

SATÉLITE: *(Llorando)* Tienen que comprendé, la gente no van a poder saltar las tapias, son muy altas.

RUEDITAS: *(Cínicamente)* Quedate tranquilo, hermano. Ya van a cavar túnele.

PACHECO: *(A las risotadas)* ¡Eso, eso!, igual que topas van a pasar.

SATÉLITE: Ah, claro, van a cavar.

PLAZA: ¡Yo sé cavar, yo sé cavar!

PACHECO: ¿Y qué cavá vó?

PLAZA: Lo que más me gusta es cavar en el cielo.

PERÓN: ¿En el cielo cavá vos?

PLAZA: Yo les hago agujeros a las nubes. Por eso llueve, les duele y lloran.

VERA: ¡Yo sabía que éste era un loco hijo de puta!

PLAZA: Ellas me piden, les gusta llorar parece.

RUEDITAS: Entonces La Alemana es una nube. Desde que ha llegado aquí no ha dejao de llorá.

VERA: ¡¡Cavale el agujero, Plaza!!

El grupo se entusiasma con la propuesta de Vera. Gran alboroto por lo obscena de la misma. Ante la expectativa general, Plaza se acerca a La Alemana pero, dulcemente, se aferra a ella. Los demás golpean a Plaza por no responder a sus expectativas.

- MANIX: Seguro que cuando se vaya ese que ha venío nos van a venir a buscá.
- PACHECO: ¿Y cuándo se vá?
- MANIX: No sé.
- JULITO: Los presidentes no tienen apuro.
- RUEDITAS: Es cierto eso. Ellos tienen todo servido, así que...
- JULITO: La gente les da plata.
- PERÓN: ¿Entonces son mangueros como nosotros?
- JULITO: ¡No estúpido! Ellos tienen que repartirla.
- VERA: ¡Qué raro!... Cuando encuentre un presidente le vi' a pedí todos los cinco que me debe.
- PACHECO: ¿Y si no se va?
- RUEDITAS: Tiene que irse.
- PACHECO: ¿Y por qué tiene que irse?
- RUEDITAS: Porque tiene que vení a buscá pa' llevá de vuelta a la ciudad.
- MANIX: Pero nos han dejao sin comida.
- PERÓN: Yo ya tengo hambre.
- VERA: ¡Qué mala suerte! Por aquí no pasa nadie pa' pedile cinco.
- PACHECO: Esos milico quieren dejá aquí pa' siempre.

La Muda gesticula opinando que es necesario caminar.

¿Y pa' donde vamo a ir?

- MANIX: Se quedemo. Ya nos van a venir a buscar.
- SATÉLITE: (*Muy serio*) ¡Señor! (*A Manix*), ¿no sabe por dónde pasa el ómnibus 17 que se me hace tarde?
- RUEDITAS: (*Interviene*) ¿el 17?... Por allá señor, por allá.
- SATÉLITE: Gracias, muy amable. (*Se aleja unos metros. Todos ríen pero es Rueditas quien los agrede.*)
- RUEDITAS: ¡¡¡Satélite!!!

Éste se transforma y como un huracán se abalanza buscando al ofensor.

PERÓN: ¡¡Alto bomberito!!

Perón lo toca "atrás". Satélite, enfurecido, se arroja sobre Perón. Se traban en lucha. Los demás ríen y alientan a uno y a otro. Perón es más fuerte y comienza a ahogar a su contrincante. La Alemana reacciona y de un fuerte empujón separa a Perón.

LA ALEMANA: ¡Acercate, hijo de puta, y te parto la cabeza!

Ante la convicción de La Alemana, Perón se retira.

VERA: ¿Te has cagao Perón, no?

- SATÉLITE: *(En el piso golpeado)* ¡Mamá, mamá? *(En el regazo de La Alemana se queda como dormido).*
- MANIX: Después de todo no se quejemo. Nos han traído de viaje al campo. Dentro de un rato nos buscan y listo. La ciudad ya me tenía podrido.
- JULITO: A mí me gusta la ciudad. La parte del Mercao del Norte sobre todo. *(Orgulloso)* Ahí canto yo.
- RUEDITAS: ¡¡Ahí está!! ¡Que cante Julio pa' que matemo el tiempo! ¡Dale Julio, cantá!
- JULITO: *(En pose)* “Quiéreme, quiéreme mucho, como si fuera esta noche la última vez...”
- TODOS: ¡Viva Julio pa' todo el mundo!
- MANIX: *(Excitado)* Hasta que nos busquen aprovechemo el paseo, muchachos.
- PACHECO: No nos van a venir a buscar.
- MANIX: ¿Qué no? Si a nosotros nos conoce todo el mundo. Si desaparecimo un día la gente se va a da cuenta.
- PACHECO: A la gente no le interesa de nosotros ni de nadie.
- MANIX: A nosotros nos tienen lástima, por eso se van a acordar.
- PACHECO: Ya van a encontrá a otros pa' tenele lástima.
- RUEDITAS: No señor. Manix tiene razón. Nosotros somos los campeones de la lástima.
- MANIX: Aquí estamos los mejores. ¿Quién puede dar más pena que Rueditas? La gente nos necesita pa' sentirse bien ellos.
- PACHECO: Mañana van a encontrá a otros. Tenemos que volvé.
- JULITO: ¿Y pa' donde vamos a ir, si no sabemos dónde estamos?
- RUEDITAS: Mejor esperemo. Seguro que nos han traído pa' que no pidamos. Cuando se vaya el presidente nos van a venir a retirar.
- PACHECO: ¿Y ustedes saben por cuánto tiempo se va a quedar el carnero ese? Si se quedamo quieto se vamos a morir de frío. Aquí no hay zaguanes.
- PERÓN: ¡Yo via' dormí con La Muda!
- Perón la toca, ella responde.*
- RUEDITAS: ¡Muchachos, esta noche hay fiesta!
- PLAZA: ¡Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz!
- JULITO: ¿Y por qué vamos a esperá hasta la noche? ¡Le metamo desde ahora nomás!
- Julito tararea, los demás aplauden y participan. Pacheco, La Alemana y Satélite son más reacios.*
- PERÓN: ¡A bailar se ha dicho!
- VERA: ¡El que no baila es un maricón, el que no baila es un maricón!

- JULITO: Después de todo aquí podimo hacé lo que querimo. Allá nos viven controlando.
- MANIX: ¡Mostrá la banana, Rueditas!
La Muda toca a todos. También a Pacheco y a Satélite.
- PLAZA: ¡Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz!
- RUEDITAS: ¡Juguemo al Estrella del Norte!
- VERA: ¡Meta, meta!
Todos se ponen en fila. Adelante va La Muda que imita la locomotora. Atrás los demás la tocan y se tocan. Rueditas trata de alcanzarlos.
- MANIX: ¡No vale soltarse de la locomotora!
- RUEDITAS: ¡Mamita querida!
- RUEDITAS: *(Que tiene de las piernas a Plaza)* ¡Muchachos, el loco Plaza está rico!
- PERÓN: Es cierto, es rubito.
- RUEDITAS: Vení papito, que aquí te vamo a hacé pasá la locura.
- PLAZA: ¡¡Juguemos, juguemos!!
- PERÓN: Mirá el sapito, papá, date la vuelta.
Plaza es acomodado por los demás. Hay un clima de bacanal. Perón se apresta a desabrocharse el pantalón. Es La Alemana la que intervendrá nuevamente.
- LA ALEMANA: ¡Dejenlo tranquilo, sucios!
- PERÓN: Ésta siempre se mete en lo más lindo.
- VERA: ¡Qué te hací la buenita! Bien que te gusta el pedazo.
- LA ALEMANA: ¡Recen, recen...! No se van a salvar del castigo de Dios.
- RUEDITAS: ¡Qué rezá ni la mierda! Yo nunca hi' conseguí nada rezando.
- LA ALEMANA: Tienen que abrí los corazones. El Señor va a llegar.
- PERÓN: Otra cosa te vua' a abrí yo.
- SATÉLITE: Señora... disculpe, ¿el Señor ese va a tardá mucho?
- LA ALEMANA: Él viene llegando, ya está entre nosotros.
- PERÓN: ¿Dónde está que no lo veo?
- RUEDITAS: ¡Allá, allá está! Mirá bien, en aquel... ¡¡Satélite!!...
La referencia transforma a Satélite que, enardecido, reacciona. Todos corren y le hacen burlas, gritando su sobrenombre. Desesperado, no sabe a quién tomar. Llorando como un niño, cae al piso desconsolado.
- SATÉLITE: ¡Yo nos soy Satélite... Satélite se ha muerto... no me digan así... mamá, mamá!...
- VERA: Este loco está más loco que la mierda.

PERÓN: ¡Pobrecito! (*Patea a Satélite*).

PACHECO: ¿Qué hora será?

MANIX: No sé. Está atardeciendo.

PACHECO: ¿A qué hora llegaba el carnero ese?

MANIX: No sé, no sé.

PACHECO: Pa' lo único que sirven los presidentes es pa' sacarse fotos, nada más.

JULITO: No debería habé presidente, son aburridos.

RUEDITAS: ¡Macanas! Debe ser lindo sé presidente. ¿Sabí las jodas que se hacen sin que nadie se dé cuenta?

JULITO: ¿Qué joda, qué joda?, ¿no vei que están todo el día trabajando?

RUEDITAS: ¿Qué trabajando ni trabajando!, viven comiendo nomás, eso es lo que hacen.

PERÓN: ¡¡Muchachos, muchachos!!, el día que yo sea presidente vamo' a hacé una cancha de fulbo en la plaza Independencia... un arco va a dar espaldas al bar Colón, el otro a la Catedral. Ahí van a estar los vestuarios, adonde atienden los curas, en esos kiosquitos de madera...

JULITO: ¡Pará! ¿Y la Casa de Gobierno?

PERÓN: ¡Ahí va a ser la tribuna oficial con un palco pa' mí, qué mierda! ¿Han visto los naranjales que hay? Bueno, ésos van a ser pa' que se trepen los negros.

MANIX: ¿Y qué va a hacé con la estatua de la Libertá?

PERÓN: La vúa sacá pa' la mierda, si no sirve ésa. La podimo llevá a la Terminal de Onibus pa' que sirva panchuques.

RUEDITAS: ¡Macana!, ¿no?, ¿pero se han fijao en lo linda que es esa mina...? la estatua digo... ¿no han visto las tetas que tiene?

JULITO: (*Mientras orina*) ¡No seas irrespetuoso, ché! ¡Ésa es la Libertá, a ver si se enoja todavía!

VERA: ¡Qué se va a enojá, qué se va a enojá!, si está como almidonada mirando siempre pal mismo lao. Nosotros pasamo por abajo y ni bolilla nos da.

PACHECO: Si yo sería presidente le metería estufa a todos los zaguanes. ¿Sabí de calentito que dormiríamos?

RUEDITAS: Yo me haría hacé unas piernas ortopédica, eso... tipo jugador de fulbo, me la haría hacé bien forzuda.

JULITO: ¡Yo sabí la orquesta que me contrato! Músicos de todas parte traigo. ¡Como 60 guitarras le meto!

MANIX: ¡Dejá de hablá macana! Los presidente son de Buenosaire. Tení que irte pa' ahí si querí sé presidente.

JULITO: ¡Qué Buenosaire ni Buenosaire!, yo vua poné la Casa de Gobierno

en el Barrio Echeverría, ya va a vé. Le vuá meté foquito de todos los colores: verde, rojos, amarillos, azules, pa' que quede bien divertida.

VERA: ¡El día que yo sea presidente lo único que va a pagá la gente va a ser cinco en los semáforos!

MANIX: ¡Yo haría desaparecé la guita, hermano, que no haya más!... si vo querí comer un sánguche de milanesa te vas al kiosco: pedí, comé y te va, sin pagar. ¿Querí subí al onibo? ...Buen día, permiso... pasá, te sentá y chau picho. ¿Qué lindo que sería, no?

PERÓN: ¡Yo le metería la camiseta de Boca a todos los polecías!

JULITO: ¡Eh, muchacho, elijamo un presidente!

PACHECO: No podimo ahora.

JULITO: ¿Por qué?

PACHECO: Ahora están los milicos y cuando están los milicos no se puede votar.

VERA: Yo nunca i' votao.

MANIX: Yo tampoco.

PERÓN: ¿Cómo hay que hacé pa' votá?

PACHECO: ¿Y pa' qué mierda querí votá?... pa' lo que sirve. Se cansan de prometé, vo los votá y después que han subío se olvidan de vo.

MANIX: ¿Y qué pasa con los milico?, ¿que no decí vo que cuando están ellos no se vota?, ¿qué, son mejore?

PACHECO: ¡Son peore, hermano... son peore!, pero después de todo pa' nosotros es lo mismo. Nosotros siempre seguimo igual.

RUEDITAS: ¡Yo sí he votao!

PACHECO: Sí, te han tenío que subí con una grúa pa' que llegués a la urna.

JULITO: A mí no me dejan votá porque soy mi-no-rao. *(Lo dice con orgullo).*

PERÓN: *(Que no quiere ser menos)* ¡Yo también soy minorao, qué mierda!

SATÉLITE: *(Con algo de preocupación)* ¿Y yo soy minorao?

PACHECO: No te preocupé, vo ya te has recibío de minorao. Sos egresao.

JULITO: ¡Hagamo un partido político de los minorao!, ¡con cartele, papelito, candidato y todo!

PACHECO: Ya hay muchos de esos partidos, hermano.

PERÓN: ¡Meta, meta, se presentemo a elecciones!

Todos comienzan a gritar y a dar saltitos.

TODOS: ¡¡Minoraoes, minoraoes!!

MANIX: ¡Demos cargos, muchachos, repartamos puestos!

PERÓN: ¡Meta, meta!

RUEDITAS: La Muda que sea la que lea los comunicao.

PACHECO: ¡Vo tullido! (*Por Rueditas*) Podí sé jefe de polecía, en la puta vida nos vas a podé perseguí.

PERÓN: ¡Yo soy Perón, qué mierda!

JULITO: La Alemana puede ser Obispa. Vive rezando. Ésos sirven pa' ir disfrazao a todos los actos, ¿qué no?

PLAZA: ¡Yo, yo, yo!

PACHECO: ¿Qué querí vo?

PLAZA: Yo quiero ser como el viento.

PACHECO: ¡Putá el loco i' mierda éste! ¡Soplenló, ché. A ver si se va a la mierda!

Todos lo hacen. Placita, como una ráfaga, se deja llevar. Juega.

SATÉLITE: ¿Y yo, qué puedo ser?

PACHECO: Y vo... por la cara que tení... podí ser rector de la Universidad, o director de un diario.

MANIX: Yo quiero sé juez. Ésos de los Tribunales.

VERA: ¿Cuále son lo juece?

PACHECO: Son uno que parecen conde, ¿que no lo has visto?... Parecen que tienen un palo metido en el culo como caminan.

VERA: ¡Yo quiero sé director capo del hospital Obarrio!... tipo siquiatra... bueno, eso... tipo doctor. ¡Mierda, ve!, ¡lo tendría encerrao a todos los médico!

JULITO: Yo viá sé comandante en jefe.

PACHECO: ¿Otro ma?, ¿y pa' qué mierda querimo de ésos nosotros?

JULITO: ¡No, Pachequito, vo no me entendí! Yo via se comandante en jefe de todas las putas de Tucumán.

RUEDITAS: ¿Y vo, rengo, qué puesto querí?

PACHECO: Yo... yo no quiero ninguno. A ve si todavía tengo que laburaré. ¡Ya sé!... mejor vua se de gente, pa' tenelo cagando a todos ustedes, como tiene que se!

Se generaliza un tumulto que culmina con el texto de Plaza.

PLAZA: ¡Tengo frío, me hace frío!

PACHECO: Y bueno, tapate.

Esto último los trae de nuevo a la realidad.

JULITO: ¡Muchacho, muchacho! Esta noche va a helar. El cielo está despejao.

RUEDITAS: ¿Que hací? Servicio meteorológico. Hay que hacé fuego.

MANIX: ¿Quién tiene fósforos?

- JULITO: Yo tenía, pero los cana me lo han choreao.
- PACHECO: A mí me han revisao todos los bolsillos. Ni un cigarrito me han dejao. Quieren que nos mueramos de frío. Por eso no hay que quedase aquí, tenimo que caminá.
- VERA: ¿Pa' dónde?
- PACHECO: No sé, pero hay que caminá. Algo cerca debe habé.
- MANIX: Si nos movimo de aquí no nos van a podé hallar.
- PACHECO: Nadie nos va a vení a buscar. No sean estúpidos. Nos han traio aquí pa' que paremo las patas de hambre y frío.
- JULITO: Yo no hi' hecho nada.
- PERÓN: ¡Yo tampoco!
- VERA: ¡Yo tampoco!
- LA ALEMANA: *(Desde atrás)* ¡Hay que caminar!
- PLAZA: El tren es más rápido.
- MANIX: Se vamo a perder.
- PACHECO: Si ya estamo perdido, pelotudo. No perdamo más tiempo. Debe habé una ruta, algo.
- RUEDITAS: ¿Y yo qué hago?
- PERÓN: ¿Vo?, ¡cagate! Quedate aquí. Está lindo.
- JULITO: Somo mucho pa' pedí, y vo sos el que más recibí.
- RUEDITAS: ¡No pueden dejarme, muchacho, no me dejen!
- PACHECO: Éste nos va a molestá. Por uno se vamo a retrasá todos.
- RUEDITAS: *(Implorando)* ¡Si yo nos soy pesao, no tengo las piernas!, ¡no voy a molestá!
- PACHECO: Nadie te va a cargá.
- RUEDITAS: *(A las mujeres)* ¡Díganle que me lleven! ¡Yo no me quiero quedá solo!.
- JULITO: Pero si no te va a quedá solo. ¡Éste te va a acompañá! *(Por Satélite, que está acurrucado)*.
- SATÉLITE: ¿Quién yo? *(Como un rayo se levanta)*. No, si yo no tengo problemas. Yo puedo andar rápido.
- VERA: No perdamo más tiempo, muchachos.
- PLAZA: ¡Vamos a jugar, vamos a jugar!
- Se disponen a partir.*
- RUEDITAS: ¡¡No... no... no!!., no pueden hacerme esto, no me dejen. *(Se desespera)*.
¡¡Llévenme!!
- PERÓN: ¡Está lleno el onibu!, no hay más boletos.
- VERA: Después de todo éste tiene ventajas. No se le van a hinchar los pies.

RUEDITAS: ¡Yo vía' hacía lo que usted querían! Cuando volvamos les vía' dar de lo que recibo.

PACHECO: ¿Y si no volvimos? ¡Sáqueme el saco y el buzo, nos va a servir pal frío!

RUEDITAS: ¡No, Vera, no... Yo soy amigo de ustedes... átenme a alguno... Yo sigo como sea! (*Lo despojan de las ropas*). ¡No, no, no!

PACHECO: ¡La lástima no corre con nosotros, Rueditas! ¡Cagate! Que la pases bien.

Comienzan a caminar.

RUEDITAS: (*Llorando*) ¡No me dejen. Me voy a morir. No tengo la culpa de no tener piernas!

La Alemana toma de una mano a Rueditas que se esfuerza por avanzar con rapidez. Los demás van más adelantados. Juegan a la aventura. Los actores mimen el caminar. La luz del escenario decrece paulatinamente, en off se escucha como con interferencias.

OFF 1: (*Transmisión de radio*). ¡Aquí, aquí, puesto caminero fronterizo! Informo señor: un automovilista ha detectado en un camino vecinal, a 50 km. de aquí, a un extraño grupo de personas. Los describe como mendigos. Se dirigen en dirección a la ruta, cambio.

OFF 2: Comprendido puesto caminero. Informo de inmediato a la superioridad. Quede atento a cualquier novedad. Si llegan hasta ahí, deténgalos e informe, cambio y fuera.

OFF 1: Comprendido señor, fuera.

La luz vuelve al escenario. Los personajes siguen caminando. Están muy cansados.

MANIX: Descansemos, Pacheco, ya no doy más.

PERÓN: No, sigamos, yo juego al fútbol.

PACHECO: Este camino tiene que llevá a algún lao. Si ese carnero se hubiera parao ya saberíamos dónde estamos.

MANIX: No hay ni un alma por aquí. Ya se está haciendo de noche.

RUEDITAS: ¡Eh changos, changos, devuélvanme la ropa!

SATÉLITE: Tomá.

VERA: ¿Qué, falta mucho?

PLAZA: Tengo hambre, quiero comer.

PERÓN: ¡Mozo, tráigale un ságuiche al señor!

MANIX: ¡Shhh! Escuchen, parece que viene un auto.

Todos prestan atención.

PACHECO: Son macanas. No viene nadie.

MANIX: ¡Clarito i' escuchao un auto, Pacheco!

PACHECO: Has escuchao pal' culo. Por aquí no pasa un alma.

MANIX: Si se hubiéramos quedao, siguro que ya nos habrían buscao.

PACHECO: Nadie nos va a buscá. Si los milicos querían ocultarnos hasta que se vaya el presidente nos metían en la Brigada y listo.

LA ALEMANA: Cuando vuelva voy a buscar a mis hijos, uno por uno, deben tener frío, nadie los cuida.

PACHECO: Dejá de pensá en tus *hijos* Alemana, que deben estar mejor que nosotros.

LA ALEMANA: Todas las tardes a estas hora, los reúno y los cuento... Ellos me escuchan quietitos.

MANIX: ¿Y cómo sabí que te escuchan?

LA ALEMANA: Yo sé. Ellos escuchan todo lo que le digo.

MANIX: Son animales, Alemana, son unos perros pulguientos.

LA ALEMANA: ¡Ellos son criaturas, son mis hijos, ellos me comprenden como nadie!

PLAZA: ¡Bebé, bebé, bebé!

JULITO: Éste sigue contento. Ya le ha pasao el hambre.

PACHECO: Qué ganas de tomarme un vino...

PERÓN: Te has quedao sin alimento, rengo.

VERA: Rengo, imaginate una botella de vino bien transpiradita.

PACHECO: ¡Callate, callate!

VERA: *(Se hace de tomar una botella imaginaria)* ¡Qué rico que está! ¿Querí Perón?

PERÓN: ¡Meta, meta! *(Recibe la "botella")*. ¡Así me gusta, dulzón!

MANIX: ¡Yo también quiero!

JULITO: ¡Dame a mí también!

Julito "bebe" pero La Muda le saca la "botella".

PACHECO: ¡Dame Muda! Es mía, yo la i' traío.

La Muda entrega la "botella" a Pacheco.

JULITO: *(Canta)* "¡Del vino viene, viene la vida, vuelvo a tu viña tierra querida!"

PERÓN: ¡Hagamos un asao, qué mierda!

VERA: ¡Eso, meta joda nomá!

MANIX: ¡Traé la carne Ruedita! Yo via hacé el fuego.

SATÉLITE: ¿Puedo quedarme a comer?

MANIX: ¡Quedesé, quedesé! Si hay pa' uno hay pa' todos.

VERA: ¡Muda! Poné la mesa ¿querí?, pero ante lavate la mano, ¿no?

Todo se va mimando.

PACHECO: ¡Ahí no!, al costao del camino.

PLAZA: A mí me gusta con ensalada.

MANIX: ¡No te demoré Ruedita que tenimo hambre!

PACHECO: ¿Y vo sabí hacé asao?

MANIX: Claro, claro. Mirá, está jugoso.

VERA: ¡A comer!

PLAZA: ¿Puedo comer con las manos?

JULITO: No, si vas a comer con el culo.

PACHECO: ¡Eh, mirala a La Muda cómo manda! ¡Qué hací, Mirta Legrand!

JULITO: (*Mientras "come"*) Macana, no, pero debe se lindo comé ahí, ¿no?

VERA: ¡Qué va a se lindo! En la televisión se hacen los de comé. ¿Qué, no has visto?

MANIX: ¡Sí, es cierto!, zapallitos de goma les dan.

PACHECO: ¡Callate!, que éstos se comen hasta los manteles. Yo los veo todos los días en la vidriera de Diker, los tengo chamuyao a los empleaos pa' que dejen el volumen alto pa' que pueda escuchá.

RUEDITAS: ¿Y qué mierda querí escuchá?, pa' las cagadas que hablan. Te hacen deseá la comida nomá.

JULITO: Sientanló a *mediopolvo*. Hecho el que sabe.

MANIX: ¿Por qué le decí así?

JULITO: ¿Qué, no vei que a éste lo han fabricao hasta la mitá nomás?

RUEDITAS: ¡Y vo, y vo, parecí tarro que lo ha apretao un auto!

Se pelean.

PACHECO: Pero en serio, ¿no?, debe sé lindo ir pa' ese programa. ¿Sabé los vinito que te debí tomá?

PERÓN: ¡Qué te hací el fino, rengo!, si vo tomá hasta kerosene.

VERA: ¡Qué lindo pa' pedí cinco!

La Muda llama la atención a los demás. Simula ser la conductora del programa. Éstos van entrando en el juego y adoptan actitudes de "circunstancia". La Muda pregunta a Pacheco.

PACHECO: ¿Qué hacimo por aquí?, estamo de gira, señora.

MANIX: (*Corrigiéndolo*) De tour se dice, Pacheco.

La Muda pregunta.

PERÓN: Sí, sí, efetivamente, Perón ha venío a jugá de visitante.

RUEDITAS: ¡Comé bien, loco i' mierda! (*A Julito*) ¿no vei' que hemo venío a la televisión?

JULITO: Mediapolvo ha venío a hacé una caminata.

PACHECO: ¡Sí, sí!... éste es alpinista, señora. Fijesé las piernas que tiene.

La Muda a La Alemana.

(Ante el silencio de ésta) ¡Dale contestá, che!, desde que has llegao estás más preocupada que Papa que ha perdío el anillo.

La Muda repite la pregunta.

LA ALEMANA: *(Algo reticente)* Quiero que me digan dónde están mis hijos.

PLAZA: ¡Mamá, mamá!

VERA: ¡Y ésta sigue con los hijos! Lo están haciendo jabón en la perrera.

LA ALEMANA: ¡No, no, no!

JULITO: ¡No sea loco, loco Vera! *(A ella)* No se preocupe señora, por lo meno va a tené con qué lavase.

MANIX: ¡Dejenlá tranquila, ché!

La Muda interroga a Satélite.

SATÉLITE: Sí, sí, yo sé jugar al ajedrez.

PERÓN: ¿Cómo va a jugá al ajedrez por televisión?, ¿sabí el embole que se puede agarrá la gente?

JULITO: *(A Plaza)* ¡Mozo, mozo!

PLAZA: ¿Sí?

JULITO: Una sidra por favor.

VERA: ¡Mozo, mozo!

Plaza se acerca.

¿Me puede tirá el “fideo”? *(Hace alusión a su sexo).*

Todos festejan la ocurrencia de Vera.

MANIX: ¡Muchacho, muchacho!, brindemo como hace la gente pa' Año Nuevo.

PERÓN: ¡Meta, meta, con copa y todo!

Todos se disponen.

PACHECO: ¡Eh, Julito!, levantá la copa che.

Éste no puede por la limitación de sus brazos deformes.

RUEDITAS: ¡Qué mierda va a levantá la copa!, ¿qué, no veí que no puede estirá las *alitas* que tiene?

Julito reacciona, pero los demás logran calmarlo.

MANIX: Brindemo en paz, che.

PACHECO: ¿Y por qué mierda vamo a brindá nosotros?

VERA: Por el Año Nuevo.

PLAZA: *(Cantando)* ¡Año nuevo, vida nueva, lalalara...!

SATÉLITE: *(Como un niño)* ¡No, no chicos! No podemos brindar por el Año Nuevo, estamos en julio recién.

VERA: ¡Y qué mierda me importa! Pa' mí es lo mismo, hoy es Año Nuevo, ¿qué no?

Brindan y se saludan.

JULITO: ¡La felicidad ja, ja... *(Canta)* me la dio el amor, hoy vuelvo a cantar gracias al amor, y todo gracias al amor...!

MANIX: Eso me ha gustao. ¡El amor!

PACHECO: ¡Ponete en bolas, Muda!

PERÓN: ¡Eso, que se saque la ropa!

Golpean las palmas, mientras La Muda comienza a desvestirse ante el delirio de todos.

VERA: ¡Mirá qué mina, parece artista de cine!

PERÓN: ¡Te vamo a comé, cosita!

RUEDITAS: ¡Yo también quiero!

SATÉLITE: *(A Pacheco)* Disculpe señor, ¿puedo?

Plaza también baila imitando a La Muda. El delirio ya es total, algunos se masturban. Otros se levantan y tocan a La Muda. La acción, de pronto se realiza como en cámara lenta, mientras La Muda balbucea algo no entendible. En off una soprano emite un aria muy aguda, mientras La Muda como una pluma cae en los brazos de los demás. La luz desaparece. Se escucha el soplar del viento. De pronto el estruendoso sonido del helicóptero corta el aire, y un potente haz de luz ilumina el oscuro escenario. El seguidor recorre el espacio como buscando. Los personajes se despiertan sobresaltados.

PERÓN: ¡Nos vienen a buscar, nos vienen a buscar! ¡Aquí, aquí...!

MANIX: ¡Aquí, aquí...!

Los demás tardan en reaccionar. La luz ilumina a Perón. Se escucha una ráfaga de ametralladora. Desde este momento, los actores vuelven a trabajar en cámara lenta, procurando que la violencia sea abordada con una propuesta de belleza plástica. Los demás, en cámara lenta, procuran huir, mientras un coro de niños, en off, acompaña la escena. Perón cae abatido. Los demás escapan. Sólo la luz y ahora el sonido del helicóptero recorren el escenario donde ha quedado el cuerpo de Perón. Se escucha en off...)

OFF : ¡Están localizados señor! Hay que cercar la zona. Liquidamos a uno. Los otros no tardarán en caer.

OFF 2: ¡Hizo mal en disparar! Asustó a los demás, ahora será más difícil hallarlos. Es una zona de mucha vegetación.

Durante este diálogo el haz de luz ilumina el cuerpo de Perón.

¡Continúe el rastrillaje!

La luz desaparece, con el ruido del helicóptero, el escenario queda a oscuras y poco a poco sube una luz azulada.

LA ALEMANA: *(Rezando)* Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre...

A un costado del escenario está acurrucada. Poco a poco irán apareciendo los demás.

PACHECO: ¡Shhh, shhh! ¡Alemana, Alemana, aquí estamos!

LA ALEMANA: *(Se acerca a Perón)* ¡Lo han matao!

PACHECO: Pobre Perón, lo han hecho mierda.

Después de un silencio expectante, como animalitos encerrados, buscan escapar.

VERA: ¡Tengo miedo, tengo miedo!

PLAZA: ¡Quiero irme a la casa!

MANIX: No pueden hacer lo que están haciendo. Nosotros no hemos hecho nada, tal vez lo han matao a Perón porque ha hecho algo por ahí.

PACHECO: ¡Han tirao contra todos! Nos quieren reventar a todos.

VERA: ¡A mí no, a mí no!, yo soy amigo del jefe de polecía.

SATÉLITE: ¡Yo no he hecho nada!

LOS DEMAS: ¡Yo tampoco, yo tampoco...!

PACHECO: ¡Los que tengan ganas pueden salir al descubierto a ver qué pasa!

Hay un silencio.

MANIX: ¿Qué hacimo, qué hacimo?

PACHECO: ¡Hay qu' irse, hay qu' irse a la ciudad. No podimo quedase aquí, nos van a matá a todos!

JULITO: ¿Y cómo vamo a i' a la ciudad Pachequito, si no sabimo dónde está?

PACHECO: No importa, hay que volvé.

JULITO: Yo en el mercao tengo mucho amigo, ellos van a preguntá por mí.

PACHECO: ¿Y vos te creí que le van a batir dónde estamo? Esto está organizao.

RUEDITAS: Hay que esplicale que nosotros no somo fule, que no le hemo hecho daño a nadie.

MANIX: Debe habé una confusión.

PACHECO: ¡Está clarito, no hay confusión! ¡Nos quieren asesiná!

SATÉLITE: ¡Perdón!, ¿por dónde pasa el colectivo, señor?

PLAZA: ¡Quiero irme a mi casa!

PACHECO: Éstos tienen suerte, no se dan cuenta de nada.

LA ALEMANA: ¡Hay que rezá!, es la única forma de salvarse.

PACHECO: ¡Para qué carajo vamo a rezá!, nos van a ubicá quietitos y nos van a barré como perro.

MANIX: ¡No hay salida Pacheco! ¿Qué podemos hacé nosotros contra ellos? Sólo Diosito puede salvarnos.

PACHECO: ¡Que rezá, ni la mierda!, hay que caminar, tenimo que volvé.
Primero con dudas, pero luego más decididos comienzan a rezar. Pacheco nervioso mira el cielo y comienza a dirigirse uno a uno para convencerlos. No le hacen caso y apiñados rezan de rodillas. Pacheco, ya sin chance se dedica a arrastrar el cuerpo de Perón para esconderlo. La Alemana se acerca rezando, y de pronto comienza a golpearlos ferozmente.

MANIX: ¿Por qué nos pegás, Alemana?

LA ALEMANA: Para que sufran y se salven. ¡Sufran, sufran!

TODOS: ¡Pegame a mí, pegame a mí!
Todos son castigados mientras rezan.
(Rezan) ¡Llena eres de gracia, bendita tu eres entre todas las mujeres...!

RUEDITAS: ¡Muchachos, muchachos, La Alemana es milagrosa, a mí me han dicho!

VERA: ¿Milagrosa?

RUEDITAS: Sí, tiene poderes.

VERA: ¡La Alemana es nuestra santita!

JULITO: ¡Decile a Diosito que nos salve Alemana!

MANIX: ¡Vo so nuestra salvación, santita!

VERA: ¡Santa, santa!

LA ALEMANA: Bienaventurados los pobres, porque de ellos será el Reino de los Cielos...

PLAZA: ¡Santita, santita!

VERA: ¡Hacé que me den cinco en todos los semáforos!

RUEDITAS: ¡Que se me crezcan las piernas, santita!

SATÉLITE: ¡Que destapien las villas, santita!

LA ALEMANA: La bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo.

MANIX: ¡Bendecime Alemana!

SATÉLITE: ¡A mí también!

VERA: ¡No me quiero morir santita!

LA ALEMANA: Ahora somo más fuerte que nunca. El Señor está con nosotros. Estamos sentado a la derecha del Padre. Ahora hay que hacé un sacrificio.

VERA: ¿Otro má?

LA ALEMANA: Nosotros somos culpable. Hemos nacido cuando no teníamos que nacer, ahora tenemos que pagar, tenemos que sufrir. (*Ha entrado en un delirio místico*).

MANIX: ¿Qué tenemos que hacer, santita?

RUEDITAS: ¡Yo no quiero sufrir más!

SATÉLITE: ¡Yo no he hecho mal a nadie, santita!

LA ALEMANA: ¡Todos hemos pecado! ¡Tenemos que caminar confiados hacia la muerte!
¡Hoy el Señor nos espera!

MANIX: ¡Decile al Señor que nos perdone, Alemanita!

JULITO: ¡No le voy a tocar el culito a nadie, Diosito!

Como en un estallido, el haz de luz aparece en escena. El ruido del helicóptero estremece. Quedan paralizados. La Alemana encara la luz y abriendo sus brazos se acerca rezando.

LA ALEMANA: ¡Bienaventurado los pobres, porque de ellos será el Reino de los Cielos...!

El reflector la ilumina. Los demás, que han jugado la posibilidad de escapar, se han quedado. Prudentemente se acercan. Como una letanía se escuchan sus rezos. Los disparos doblegan a La Alemana, que en cámara lenta cae. Nuevamente el desbande se produce. Manix también es herido en una pierna. Una música angelical interpretada por niños acompaña la escena. Nuevamente el escenario queda vacío. Sólo la luz, la ametralladora y dos bultos tirados. Luego la oscuridad. Se escucha el llanto de La Muda y su intento por rezar. Los mendigos vuelven poco a poco. Al ver a La Alemana caída, corren hacia ella y tratan de reanimarla. Quieren pararla para creer todavía que vive. Manix, más allá, con una gran mancha de sangre en el muslo, se lamenta.

RUEDITAS: ¡Contestanos santita, qué tenemos que hacer!

JULITO: ¡Teniendo su cuerpo tal vez nos proteja!

RUEDITAS: ¡Si está vivita!, ¿no ven cómo nos mira?

PACHECO: (*Como un huracán irrumpe en el grupo*) ¡Dejen de hablar cagadas, esta piojosa ya está muerta, nadie nos va a proteger! (*Está armado con un palo. De un manotazo arroja el cuerpo de La Alemana al piso*). ¡La han reventao como nos van a ir reventando uno a uno. ¿Qué creen, que rezando van a lograr que no nos liquiden? ¡Tenemos que volver, aunque sea uno tiene que volver, hay que contar lo que está pasando!

RUEDITAS: ¡Callate rengo asqueroso, no le faltés el respeto, ella ha muerto por nosotros, es nuestra santa!

PACHECO: ¡Qué Santa, ni santa!, ya se está empezando a podrir. Es como cualquiera de nosotros.

RUEDITAS: ¡Rengo hijo de puta! ¡Agarrenlo! ¡Él es el culpable! ¡Él nos ha hecho caminar, él nos quiere matar!

Algunos se predisponen.

PACHECO: ¡Al primero que se acerque lo desnucó!

RUEDITAS: ¡No le hagan caso, es a él a quien buscan, si lo entregamos nos van a dejá en paz!

Vera y Julito se aprestan a atacar a Pacheco. Manix trata de incorporarse, La Muda intenta recomponer el cuerpo de La Alemana. Pacheco se abalanza sobre Rueditas y lo golpea con el palo ferozmente. Esta escena puede jugarse como las anteriores de violencia o en movimientos más rígidos, como tomas fotográficas. Los demás quedan sorprendidos y no atinan a actuar.

¡Ayúdenme, ayúdenme!

Un tremendo golpe lo enmudece, los golpes son salvajes. Rueditas queda inmóvil. Jadeante, Pacheco se dirige a los demás.

PACHECO: (*Por el palo*) ¡Esto es lo que vale! ¿Ven? ¡La fuerza! ¡Ése es el único santo que tiene que rezarle! ¡Le acabo de reventar la cabeza a este infeliz por que soy más fuerte!

SATÉLITE: ¡Está muerto, no se mueve!

PACHECO: ¡De ahora en adelante me van a obedecé, van a hacé lo que yo diga! ¡Sinó les destrozo la cabeza! ¿Entienden?

Silencio.

¿Entienden?

VERA: ¡Sí, Pachequito!

JULITO: ¡Está bien, Pachequito!

MANIX: No hay diferencia renego, si no nos reventás vos, nos revientan los milicos.

PACHECO: Tení razón, pero yo tengo una ventaja: esos hijos de puta aparecen y se van, pero yo estoy al lao de ustede y los puedo reventá antes.

El razonamiento de Pacheco es contundente, La Muda señala al cielo.

SATÉLITE: Se está haciendo de día.

PACHECO: Así va a sé más fácil encontrarnos.

MANIX: ¡Me duele la pierna, me duele mucho la pierna!

JULITO: ¡Le sale mucha sangre!

SATÉLITE: ¡Se está desangrando!

PACHECO: ¡Muda, sacále la ropa a La Alemana y vendale la pierna a aquél!

PLAZA: ¡Qué lindo color tiene la sangre!, los chicos juegan en la plaza con globos de ese color.

PACHECO: Ahora hay que escondese bien, si logramos resistí un poco, en una de esa alguien pregunta por nosotros.

- PLAZA: ¡Tengo sé, quiero agua!
- PACHECO: Ya vamo a encontrá agua. ¡Llevenselo al tuyido aquel y tapenlo con yuyos y ramas! Igual a la piojosa esta. ¡Vamos rápido!
- Mientras tanto, La Muda venda a Manix.*
- PLAZA: ¿No vuelven los helicópteros? ¡A mí me gustaría ser helicóptero!
- VERA: ¿Para qué?
- PLAZA: Para que mientras juegue arriba, ustedes se caguen abajo.
- JULITO: ¡Pacheco!
- Éste no responde.*
- ¡¡Pachequito!!
- PACHECO: ¿Qué?
- JULITO: *(Por Rueditas)* ¿No lo vamo a velar?
- Pacheco hace un gesto de fastidio y se concentra en la herida de Manix que trata de atender La Muda.*
- VERA: ¿Qué es velar?
- JULITO: ¿No sabí?, ¿que nunca has ido a pedir en un velorio? Vo te tení que sentá al lao del cajoncito y tení que llorá. ¡Sabí de rápido que te dan guita pa' que te vayas!
- VERA: ¡¡Lloremos!!
- JULITO: ¡Meta, meta!
- Alrededor del cadáver de Rueditas simulan llorar.*
- PACHECO: ¿Qué hacen, locos de mierda? ¡¡Vamos rápido!!, ¡tapenlo antes que los reviente!
- Los demás retiran a los cadáveres, excepto Julito que no puede alzar a nadie por sus brazos defectuosos.*
- JULITO: ¿Y yo qué hago?
- PACHECO: ¡Ayudá, carajo!
- JULITO: ¡No puedo con las manitos!
- PACHECO: ¡¡Aplaudí, aunque sea!!
- Julito sale haciendo fiesta detrás de los cadáveres.*
- JULITO: ¡Lo vamo a enterrá, lo vamo a enterrá...!
- Plaza divertido, hace muecas e imita el rostro de los muertos.*
- PACHECO: *(A Manix que ha quedado solo con él)* ¿Te duele?
- MANIX: Tengo frío, mucho frío.

PACHECO: Ya va a pasá todo esto, Manix.

MANIX: Quiero volvé al hospital, ahí hace calor.

PACHECO: Algún día se van a enterá lo que está pasando.

MANIX: ¡Pa' lo que va a serví! Estoy mariaio Pacheco, veo como nublao.

PACHECO: (*Se acerca y le toca la cabeza*). Tranquilo, tranquilo, ya va a pasá.

Manix se aferra a la pierna de Pacheco y trata de sentarlo a su lado.

MANIX: No le pueden hacer esto a Manix. Manix no jode a nadie. Los médicos me han dicho que yo no soy peligroso. Soy loco tranquilo, buenito. Yo siempre he sido así, pero cuando era chico, los otros changuitos no me dejaban jugar con ellos. Yo mi criaio en la Sala Cuna, una casa grande era. A todos los que venían yo les decía: ¡papá, mamá! Pa' que me adoten, ¿sabí? Yo no soy vago, yo i' trabajao cargando bolsas en el mercao. Lo que pasa es que soy enfermo de los nervios, ¡pero no soy malo! Los médicos me han dicho...

PACHECO: ¡No hablé, no hablé!, te va a dolé la herida.

MANIX: (*Se saca el antifaz de diario que cubre su rostro*). Hace rato que estoy herido rengo. Desde que i' nacido me han herido y nunca me ha dejao de doler. La gente piensa que los enfermos somos estúpido. ¡No es cierto! Somos enfermos. Tenimo bofe adentro como cualquiera, ¿qué no?

PACHECO: ¿Sabé lo que pasa? Que nosotros pa' la gente somo pior que animale, porque si encuentran un perro tiraio en la calle lo levantan y lo llevan pa' la casa, pero a nosotros... (*Interrumpe la idea*). ¡Cuando volvamo te vá a poné bien!, ya vas a vé la cervecita que se vamo a tomá.

MANIX: Vo sabí que no vamo a volvé rengo. De aquí no pasamo, si no nos liquidan ellos, nos vamor a morí de hambre o de frío, o nos matamos entre nosotros, hay que resinase.

PACHECO: ¡A mí no me van a agarrar así nomá! ¡Van a tené que transpirá bien la camiseta!

Entran los demás.

JULITO: ¡Ya lo hemos tapao!

PLAZA: Han quedao bien lindo entre las ramitas.

SATÉLITE: Pobrecita La Alemana. Era buenita.

VERA: ¡Aquí está la ropa de Rueditas! No tenía ni un mango en el bolsillo ese hijo de puta.

El ruido del helicóptero se siente lejano.

PACHECO: ¡Al suelo, al suelo, al que se mueva lo reviento yo!

Atemorizados, los mendigos se pegan al suelo, se escucha en off...

OFF : ¡Se trata de un error! No tengan miedo. Ese helicóptero los llevará de vuelta a la ciudad, donde serán atendidos y curados. No hay nada en contra de ustedes, pueden aparecer con confianza. Repito: ¡se trata de un error!

Julito se levanta.

JULITO: ¡Aquí, aquí...!

PACHECO: *(Con el palo traba sus piernas y lo voltea)* ¡Si abris la jeta te destrozol!

JULITO: ¿No has escuchao Pachequito? ¡Es un error, estamos salvao!

El helicóptero se va alejando.

JULITO: ¡Déjame, déjame! ¡Estamos salvao!

PACHECO: ¡Son mentiras!, dicen eso pa' que salgamos y nos balien al descubierto.

JULITO: ¡Mentira! Ellos mismos dicen que se trata de un error.

SATÉLITE: ¿Nos vienen a buscar?

PACHECO: ¿Qué error, cómo va a sé un error si nos han traío a todos juntos?
¿Con quién nos van a confundir? ¿Con los dueños de ingenio?
¿Quieren que saquemo el pecho!

MANIX: ¡Convencete rengol! Si es como vos decí, de cualquier manera nos van a terminar matando.

PACHECO: ¡Yo quiero morir en la mía, no en la de ellos!

PLAZA: ¡Estoy cansado, quiero irme a la casa a verlo a mi papá!

JULITO: ¡Ahí está, ahí está, es la familia del loco Plaza, la que lo está buscando!
¡¡Nos viene a llevá!!

PACHECO: ¡Eso no es seguro!

JULITO: ¡Lo que pasa es que vos no querí entregarte, por que vos lo has matao a Ruedita!

PACHECO: A Ruedita lo iban a matar de todas formas, igual que a todos si asomamos la cabeza.

JULITO: ¡Rengo hijo de puta! ¡Agarrenlól! ¡Si no, no nos van a llevá!

PACHECO: ¡Si alguno se mueve un centímetro le aplasto el marote de un palazo!

VERA: ¡Vos no vas a aplastar el marote a nadie!

Julito, Vera y Satélite se preparan para la pelea.

JULITO: ¡Ahora te vamo a dechavá que vo lo has matao a Ruedita!

PACHECO: ¡No sean pelotudos, nos quieren dividir, quieren que se peliemo entre nosotros, no le hagan caso!

Se vuelve a escuchar el helicóptero.

OFF 1: ¡Sabemos que están ahí! Entréguense y nos les va a pasar nada. No tengan miedo. Tarde o temprano los vamos a localizar y será peor. Se trata de un error. ¡Nadie tiene nada contra ustedes!

El haz de luz hiere el espacio. Los cuerpos se mueven acechando la pelea. La voz en off insiste en crescendo. La pelea comienza. En un primer momento Pacheco los tiene a raya, pero le resulta cada vez más difícil, hasta que la situación se le vuelve insostenible.

PACHECO: *(En un ataque de furia arroja el palo hacia arriba).* ¡Hijos de puta, hijos de puta!

Julito, Vera y Satélite se aprovechan y se abalanzan sobre él. Lo derriban y lo patean ferozmente. Uno de ellos recoge el palo y lo fulmina de un golpe. La luz los ha iluminado. Ellos recogen el cuerpo de Pacheco, lo levantan hacia arriba y como en una especie de ofrenda, se dirigen hacia el lugar de donde proviene la luz.

JULITO: ¡Aquí está, aquí está, éste es el que ha matao a Ruedita!

VERA: ¡Aquí está, éste es el hijo de puta! ¡Nosotro queremos irnos!

SATÉLITE: ¡Nosotro no hemo hecho nada, queremos volvé!

La Muda y Plaza han quedado acurrucados a un costado. Manix parece indiferente a todo lo que ocurre.

JULITO: ¡Somo amigo de ustedes, éste es el culpable!

El ruido del helicóptero es más estruendoso.

VERA: ¡Aquí estamos, aquí estamos!

Una ráfaga de ametralladora barre el espacio. Los actores quedan como congelados. Luego caen acribillados en cámara lenta. Julito, Vera y Satélite enredados con el cuerpo de Pacheco. Manix también es alcanzado. Solo la luz se mueve en escena. La Muda, acurrucada, llora cerca de los cadáveres. Plaza desorientado corre de un lado a otro. El seguidor los persigue.

OFF 1: ¿Los boleteamos a estos dos, señor?

OFF 2: ¡No, no! El loquito es de buena familia, no tendrían que haberlo traído. Además no se da cuenta de nada.

OFF 1: ¿Y con la otra? ¿Qué hacemos, señor?

OFF 2: No, a ésta la dejemos, sirve para distraer a nuestros muchachos. No hay peligro. Es muda y además no sabe leer ni escribir.

OFF 1: ¿Misión cumplida, señor?

OFF 2: Misión cumplida, hemos evitado que el asunto llegue a la prensa. Pobres infelices, les costó caro una orden mal interpretada, había que sacarlos de circulación y nada más. Los muchachos hacen el trabajo demasiado bien.

El ruido del helicóptero mueve la tierra. Placita comienza a jugar saltando entre los cadáveres, cantando una canción infantil: "Si tuviera unas manitos de mermelada, las comería a cucharadas...". La Muda se incorpora y toca los cadáveres. Trata de que Plaza tome conciencia de lo que ha pasado, pero éste sigue jugando. Inentendible, grita su impotencia, mientras las luces, poco a poco, se van escapando, recortando las siluetas caídas en el escenario.

APAGÓN FINAL

El sueño inmóvil

> el sueño inmóvil

Se estrenó el 26 de julio de 1997 en el Centro Cultural de la Universidad Nacional de Tucumán, en la ciudad de Tucumán, Argentina.

El sueño inmóvil ganó el Premio Teatro de Casa de las Américas, Cuba, en 1996.

PERSONAJES

VISIBLES

LA JOVEN

LA VIEJA

EL OLVIDADO

EL MARCHANTE

NO VISIBLES

EL NIÑO GRANDE

EL PERRO

EL ALEMÁN

UN INCENDIO VORAZ ILUMINA EL ESCENARIO RECORTANDO SILUETAS DE MUEBLES, DE OBJETOS Y PERSONAS. POCO A POCO LAS LLAMAS VAN MENGUANDO. OSCURIDAD. SUAVEMENTE LAS LUCES DE ESCENA DESCUBREN EL ESPACIO. INTERIOR DE UNA CASA ANTIGUA, DE COMIENZOS DE SIGLO. EN OTROS TIEMPOS DEBIÓ HABER LUCIDO EL BRILLO DE SU ESPLENDOR. MUEBLES, OBJETOS CUIDADOS CON ESMERO POR SUS HABITANTES. A LA IZQUIERDA DEL ESPECTADOR, UNA PUERTA HACIA EL EXTERIOR. A LA DERECHA, OTRA HACIA UN CUARTO INTERIOR. EN UNA VENTANA, LA JOVEN MIRA HACIA FUERA. LA VIEJA SE MECE EN UNA SILLA. EN EL EXTREMO DERECHO, CONFUNDIÉNDOSE CON LOS MUROS, E ILUMINADO DE FORMA TAL QUE ADQUIERA UN ASPECTO CASI IRREAL, ESTÁ EL OLVIDADO, SENTADO EN UN SILLÓN. SU EDAD ES INDEFINIBLE.

LA JOVEN: No llueve

LA VIEJA: Nunca llueve

EL OLVIDADO: *(No hablará hacia el público. Sus textos serán trabajados como un constante recuerdo)*. Fueron años de sequía.

LA JOVEN: La tierra está reseca, polvorienta. Y el río es una huella.

EL OLVIDADO: Las casas eran polvo; y el cielo, ceniza.

LA JOVEN: ¿Escuchas?

LA VIEJA: Sí. Sopla como siempre.

LA JOVEN: Ese murmullo no me deja sola.

LA VIEJA: ¿Qué miras?

EL OLVIDADO: Se perdieron cosechas. Y después llegó la peste.

LA JOVEN: Es primavera.

LA VIEJA: Sí. Pasará El Marchante.

EL OLVIDADO: Caían como moscas. Los muertos se apilaban...

LA VIEJA: ¿Para qué esperas a ese hombre?

LA JOVEN: Cuenta cosas nuevas.

EL OLVIDADO: ... y el fuego bailaba en los cuerpos.

LA VIEJA: ¿Sólo eso? Te mira diferente.

LA JOVEN: Trae noticias.

LA VIEJA: Inventa.

EL OLVIDADO: Las carretas raspaban los caminos arqueadas con el peso de la muerte...

LA VIEJA: Yo conozco. El Otro Lado.

EL OLVIDADO: ... y una nube de tierra esfumaba el horizonte.

LA JOVEN: Habrá luna.

EL OLVIDADO: Fueron años de sequías y muertes.

LA VIEJA: ¿Has colocado el agua?

LA JOVEN: Todavía no.

LA VIEJA: Él saldrá de los cañaverales. Como siempre.

LA JOVEN: Ayer bebió mucho.

LA VIEJA: ¿Lo has escuchado?

LA JOVEN: Sí. El agua que dejó era de sangre.

Ambas se miran.

EL OLVIDADO: Por esos años El Alemán dejó la casa.

LA VIEJA: Alguien lo desafió.

LA JOVEN: Sentí gritos al anochecer.

LA VIEJA: Es inútil enfrentarlo.

EL OLVIDADO: La guerra lo llevó lejos. A su patria.

LA JOVEN: A veces me imagino cruzando el cañaval.

LA VIEJA: No hay nada para ver al Otro Lado. Sólo casas muertas. Y huesos.

EL OLVIDADO: Se fue prometiendo volver. Y la promesa se hizo aire.

LA JOVEN: El Marchante dice que...

LA VIEJA: El Marchante miente.

LA JOVEN: A lo lejos veo humo. Resplandores.

EL OLVIDADO: Cuando llegó, levantó la casa en pleno monte.

LA VIEJA: Tus ojos quieren ver lo que no existe. Son relámpagos.

EL OLVIDADO: De lejos se veían dos torres imponentes.

LA JOVEN: Si pudiera...

EL OLVIDADO: La gente del lugar se desvelaba admirando los vidrios coloridos...

LA VIEJA: No sueñes. Sabes bien que no se puede.

EL OLVIDADO: ... y acostándose en los umbrales para conocer la frescura de los mármoles.

LA VIEJA: ¡Vamos! Coloca el agua que ya está atardeciendo.

La Joven asiente y sale por la puerta exterior.

EL OLVIDADO: El Alemán sonreía. Recibía invitados importantes que llegaban por el río...

La Vieja se levanta y va hacia la puerta interior. La abre. Una potente luz sale del cuarto. Mira hacia adentro. Observa.

... Mujeres ricas, bonitas, de familia. Políticos, industriales... gente importante.

La Joven vuelve.

LA JOVEN: ¿Está bien? (*Se refiere a lo que está mirando La Vieja*).

LA VIEJA: Como siempre. Dormido.

LA JOVEN: Hay que cambiarlo.

LA VIEJA: Mañana.

LA JOVEN: Tal vez...

LA VIEJA: Mañana.

EL OLVIDADO: Hacían fiestas que duraban días y sus risas bailaban por el monte.

LA JOVEN: Ayer lo bañé con agua tibia.

LA VIEJA: Lo sé. Escuché tu canto.

LA JOVEN: Casi no pesa, pese a su tamaño y la piel suave como hoja fresca.

EL OLVIDADO: Pasaron muchas cosas aquí en esos años.

LA VIEJA: Le hablas al oído.

LA JOVEN: (*Sorprendida*) ¿Cómo?

LA VIEJA: (*Mirándola fijo*) Le hablas al oído.

LA JOVEN: Sí. Tal vez escucha.

LA VIEJA: ¿Qué le dices?

LA JOVEN: Tonteras. Cosas de niños.

LA VIEJA: No es niño. Lo sabes.

LA JOVEN: Es como si lo fuera.

LA VIEJA: Cuando lo visto, después del baño, sonrío.

LA JOVEN: A Él no le gusta verlo mal. Se inquieta.

EL OLVIDADO: El Alemán era poderoso. Le gustaba serlo.

LA JOVEN: Huele cada esquina de la Casa.

LA VIEJA: No te preocupes. Él sabe bien que lo cuidamos.

LA JOVEN: ¿Cuándo despertará El Niño Grande?

LA VIEJA: ¡Quién sabe! Duerme desde que nació.

EL OLVIDADO: Sabía mandar. Nadie lo contradecía.

LA VIEJA: Desde entonces, Él lo vigila.

LA JOVEN: ¿Hace cuánto que nació?

LA VIEJA: No recuerdo.

EL OLVIDADO: Montó una fábrica cerca de la Casa.

LA JOVEN: ¿Sabes quiénes son sus padres?

LA VIEJA: No.

LA JOVEN: Parece un hombre. Aunque sin vellos.

LA VIEJA: ¿Lo tocas?

EL OLVIDADO: Trajo máquinas desconocidas. Llegaron embaladas.

LA JOVEN: (*Un poco confundida*) Cuando lo baño.

LA VIEJA: ¿Lo acaricias?

EL OLVIDADO: Les tenían miedo al principio. Después se acostumbraron.

LA VIEJA: Él está atento al Niño Grande. No lo olvides.

LA JOVEN: ¿Por qué lo cuida de esa forma? Estamos nosotras que...

LA VIEJA: Nosotras sólo lo atendemos. Él es el guardián.

EL OLVIDADO: Las chimeneas perforaban el cielo eyaculando ceniza sin descanso.

LA JOVEN: ¿Por qué?

LA VIEJA: No preguntes. Es así. Así está dispuesto.

EL OLVIDADO: Cientos venían al trabajo hipnotizados de progreso.

LA JOVEN: (*Por la ventana*) A veces sueño que camino, pero no me muevo.

EL OLVIDADO: Una sirena marcaba los turnos.

LA JOVEN: Y cuando me despierto siento ganas de correr sin detenerme.

LA VIEJA: ¿Adónde irías?

LA JOVEN: No sé. Tal vez al Otro Lado.

LA VIEJA: ¿Eso le dices en secreto al Niño Grande?

EL OLVIDADO: En los días de pago la gente festejaba.

LA JOVEN: A veces. Es sólo un juego.

- LA VIEJA: Él no lo permitiría. Lo sabes.
- EL OLVIDADO: Se ganaba poco, pero igual se festejaba.
- LA VIEJA: Al Otro Lado no hay nada. Créeme.
- LA JOVEN: ¿De dónde viene, entonces, El Marchante?.
- LA VIEJA: No sé. Vendrá de lejos.
- LA JOVEN: ¿De atrás de las montañas?
- LA VIEJA: Tal vez.
- EL OLVIDADO: Había ferias, corridas, apuestas. Y se bebía hasta la mañana.
- LA JOVEN: ¿Vendrá? (*Va hacia la puerta de la pieza*).
- LA VIEJA: No hay nadie por aquí.
- LA JOVEN: (*Mirando hacia adentro*) El Niño Grande tiene el puñal entre las manos.
- EL OLVIDADO: Cuentan que El Alemán tuvo un hijo.
- LA VIEJA: Sí. Es Primavera. Él se lo trajo entre los dientes.
- EL OLVIDADO: No se supo de quién, ni tampoco se vio jamás al niño.
- LA VIEJA: Lo escuché entrar en el medio de la noche...
- EL OLVIDADO: El Alemán criaba un perro enorme... negro...
- LA VIEJA: Después, las cadenas se alejaron con el alba.
- EL OLVIDADO: Caminaba por la fábrica seguido de esa sombra fiel... inseparable.
- LA JOVEN: (*Mirando adentro*) El Niño Grande aferra el puñal al pecho.
- LA VIEJA: ¿Has tratado de sacárselo?
- LA JOVEN: No.
- LA VIEJA: ¿Estás segura?
- LA JOVEN: Sólo lo he tocado.
- LA VIEJA: ¿Y qué ha pasado?
- EL OLVIDADO: Dicen que El Perro no ladraba...
- LA JOVEN: Sentí una sombra a mis espaldas...
- EL OLVIDADO: Cuando pasaba con su amo, hasta los pájaros callaban.
- LA JOVEN: Me di vueltas y no vi nada.
- EL OLVIDADO: Cuando El Alemán se fue, lo dejó suelto.
- LA JOVEN: Prometí no repetirlo y salí del cuarto asustada.
- EL OLVIDADO: Desde entonces vigila la Casa y en la soledad de la noche, se escuchan sus cadenas arrastradas.
- LA VIEJA: No vuelvas a hacerlo.
- EL OLVIDADO: La fabrica cerró. Y los yuyales amortajaron las máquinas.
- LA JOVEN: Es extraño. Ese puñal me es familiar. Lo reconozco pero no recuerdo.

EL OLVIDADO: En la Casa quedaron dos mujeres, encerradas, a cuidarla.

LA JOVEN: (*En relación a El Olvidado*) Ahora escucho claro. La voz... ¿qué más dice?

LA VIEJA: (*Tapándole los oídos*) ¡No escuches!

EL OLVIDADO: Una nació en la Casa, a escondidas, una tarde rojiza de verano.

LA JOVEN: ¿Por qué no puedo oír?

EL OLVIDADO: Es hija de la otra: una criada, que era amante del Alemán.

LA VIEJA: No conviene. Es mejor que el Pasado sea una bruma.

EL OLVIDADO: Ella, como nadie, sabía hacerle recorrer cada pliegue del saber.

LA JOVEN: ¿Por qué esa voz se aclara por momentos?

LA VIEJA: No sé. El Olvidado desvaría.

LA JOVEN: ¿Desde cuándo que está ahí sentado?

LA VIEJA: No recuerdo.

EL OLVIDADO: El Alemán se acostaba con mujeres hermosas, ricas, aristócratas...

LA VIEJA: Se va borrando. Un día será aire. Y su memoria, nada.

EL OLVIDADO: ... pero siempre volvía a procurarla en los escondrijos de la siesta.

LA JOVEN: ¿Puedes escucharlo?

LA VIEJA: Ya no. Antes sus palabras perforaban. Ahora esos puñales son soplidos.

LA JOVEN: Y Él, ¿por qué no lo silencia?

LA VIEJA: No es fácil. No hay nada más tenaz que la memoria. Sólo el tiempo sepultará sus desvaríos.

LA JOVEN: A veces habla de una tarde de verano... de encierro... de mujeres.

EL OLVIDADO: La parió sin dar un grito. Escondida entre sábanas usadas.

LA JOVEN: ¿Cómo fue que llegué a esta Casa?

EL OLVIDADO: Cuando la miró todavía tenía alas...

LA VIEJA: El Patrón te encontró en el monte, abandonada.

EL OLVIDADO: ... Y con un cuchillo se las cortó, asustada.

LA JOVEN: ¿Por qué el Patrón no vuelve? ¿Por qué no salimos de aquí?

LA VIEJA: Volverá. Tenemos que cuidar la Casa. Y al Niño Grande. Él vigila que sea así.

LA JOVEN: Ese Perro me da miedo.

LA VIEJA: No lo nombres. Es peligroso.

La Joven de pronto, se lleva una mano a la boca.

¿Qué te pasa?

EL OLVIDADO: Después envolvió a la niña en trapos viejos y se la dio al padre para que la llevara.

- LA JOVEN: Nada... nada... es extraño.
- LA VIEJA: ¿Qué tienes?
- LA JOVEN: Una sensación agria en las entrañas.
- EL OLVIDADO: El Alemán la llevó al monte. Y a la mañana volvió diciendo que la halló abandonada.
- LA VIEJA: Vomita.
- LA JOVEN: No puedo. Ya pasará.
- LA VIEJA: ¿Desde cuándo sientes eso?
- LA JOVEN: De unos días. Debe ser el aire que parece tierra.
- LA VIEJA: (*En la ventana*) Llegará El Marchante.
- EL OLVIDADO: No lejos de la fábrica pasaba el tren. Un ramal entraba en los galpones.
- LA JOVEN: Sí, llegará.
- LA VIEJA: ¿En qué piensas?
- EL OLVIDADO: Cuando llegó por primera vez, adornaron la fábrica con flores.
- LA JOVEN: Es extraño. Sólo recuerdo el rostro del Marchante.
- LA VIEJA: ¿Nada más?
- LA JOVEN: Es Primavera y él se presenta...
- EL OLVIDADO: Venía tres veces por semana, y repleto volvía a la ciudad.
- LA VIEJA: ¿Qué más recuerdas?
- LA JOVEN: No puedo recordar más. Su llegada, en Primavera... y después, oscuridad.
- EL OLVIDADO: Cuando la fábrica cerró los rieles se oxidaron.
- LA JOVEN: A veces me intriga ver lo que él conoce.
- LA VIEJA: ¿Para qué?
- LA JOVEN: Serán cosas diferentes.
- LA VIEJA: Ese hombre sólo pasa; para ver, es preciso detenerse.
- EL OLVIDADO: El Alemán había prometido que en un año volvería.
- LA JOVEN: Habrá otros olores, otros...
- LA VIEJA: No delires. El Otro Lado está desierto. No hay nada.
- EL OLVIDADO: La gente lo esperó. Contaban cada día que pasaba.
- LA JOVEN: Tal vez no sea así.
- EL OLVIDADO: Mientras el monte, comiéndose las casas, avanzaba.
- LA VIEJA: ¿Quieres irte?
- LA JOVEN: A veces... tengo ganas.
- LA VIEJA: (*Refiriéndose a El Niño Grande*) ¿Lo dejarías?
- EL OLVIDADO: Algunos, desesperados, trataron de ocupar la fábrica.

LA JOVEN: (*Luego de un silencio*) No.

LA VIEJA: ¿Ves? No tiene sentido pensar esas locuras. Nos necesita.

EL OLVIDADO: Amanecieron despedazados en los cañaverales o flotando, mutilados, por el río.

LA JOVEN: Si despertara...

LA VIEJA: Su vida es soñar eternamente. Y la nuestra: velar ese silencio.

EL OLVIDADO: La gente comenzó a irse... despacio... como nubes...

LA JOVEN: A veces parece que despierta... que escucha...

EL OLVIDADO: La casa fue quedando sola, controlando el monte.

LA VIEJA: (*En la ventana*) Con el último rayo de luz, llegará.

LA JOVEN: (*Acercándose*) Sí. El cielo está apagándose.

EL OLVIDADO: De los que quedaron, algunos todavía lo esperan. Otros, pocos, se rebelan.

LA VIEJA: (*Ahora abriendo la puerta del cuarto*) Todo está listo.

LA JOVEN: ¿Por qué miras ahora al Niño Grande?

LA VIEJA: Eso no importa. (*Cierra la puerta de la pieza*). Ahora, ¡abre la puerta! El Marchante está llegando.

La Joven va hacia la puerta de entrada. La abre. Frente a ella, está El Marchante. Es un hombre todavía joven. Carga una bolsa. Está señado por el viaje. Mira a La Joven con intensidad. Ella baja la mirada.

¡Pase! Es Primavera.

La Joven se hace a un lado. El Marchante entra.

EL MARCHANTE: Sí. Aunque esta vez llegó más lenta.

LA VIEJA: ¿Cómo es eso?

EL MARCHANTE: Caminé demasiado. Traigo cosas nuevas.

LA JOVEN: ¿Puedo ver?

LA VIEJA: Calma. Ya mostrará lo que ha traído.

LA JOVEN: ¿De dónde viene?

EL MARCHANTE: De lejos, de muy lejos.

LA JOVEN: ¿De atrás de las montañas?

EL MARCHANTE: De aún más lejos. He llegado hasta la costa.

LA VIEJA: No le creas. No es posible llegar hasta la costa.

EL MARCHANTE: Es verdad. He visto el mar.

LA JOVEN: ¿El mar?

LA VIEJA: No mienta. El mar está al otro lado del mundo. Muy pocos lo conocen.

EL OLVIDADO: El Alemán lo conocía.

EL MARCHANTE: ¿Quién habla? (*Trata de mirar hacia donde viene la voz pero no puede ver nada*).

EL OLVIDADO: Contaba casos del mar y la gente lo escuchaba embelesada.

LA VIEJA: No haga caso. Son voces que quedaron con el tiempo.

EL OLVIDADO: Hablaba de barcos, de un azul sin límites...

EL MARCHANTE: ¿Qué dice? Es como un rumor...

LA VIEJA: No se comprende. Es un eco que vive en las paredes.

LA JOVEN: ¡Cuénteme del mar!

EL MARCHANTE: (*Todavía sin poder “despegarse” de El Olvidado*) El mar...

EL OLVIDADO: ... y del movimiento eterno de las olas.

LA JOVEN: ¿Cómo es?

LA VIEJA: ¡Basta de preguntas! Muestre lo que trae y basta.

EL OLVIDADO: Juraba conocerlo tanto como a una amante.

El Marchante saca de la bolsa un enorme caracol.

LA JOVEN: ¿Qué es?

EL MARCHANTE: Una parte del mar, que lo contiene.

LA VIEJA: No le creas. Está mintiendo.

El Marchante se lleva el caracol al oído y escucha. Silencio. Luego extiende el caracol a La Joven.

EL OLVIDADO: El Alemán prometió que atravesaría el mar y volvería con máquinas nuevas... con progreso.

La Joven ha tomado el caracol y escucha.

LA JOVEN: Canta. (*Se acerca a la ventana*).

EL OLVIDADO: Como no volvía, algunos intentaron llegar hasta la costa.

LA VIEJA: Eso no puede contener el mar.

EL MARCHANTE: Es verdad. Nada puede contenerlo. Pero ahí adentro grita enfurecido.

EL OLVIDADO: Los que lograron salir, jamás volvieron

La Joven ofrece el caracol a La Vieja, pero ésta con un gesto terminante lo rechaza.

LA VIEJA: ¡Devuelve eso!

EL MARCHANTE: (*A La Joven*) Es suyo. Guárdelo.

LA VIEJA: ¡¡Devuélvelo, he dicho!!

La Joven coloca el caracol en manos de El Marchante. Éste lo coloca en la bolsa.

EL MARCHANTE: En la costa he visto hombres y mujeres llegados de lugares inencontrables.

EL OLVIDADO: La primera vez que llegó el tren, no vino solo.
EL MARCHANTE: Hablan diferente y sus pieles cambian tanto como sus palabras.
EL OLVIDADO: Trajo cientos de indios del sur, atados, al trabajo.
EL MARCHANTE: Venden cosas increíbles. (*Saca de la bolsa una tela de fina transparencia*).
EL OLVIDADO: También había niños, y viejos, y mujeres.
El Marchante se acerca a la joven con la tela en las manos.
Trabajaron por años en los campos sin mezclarse.
La Joven toca la tela.

LA JOVEN: Parece viva.
El Marchante se la ofrece a la vieja.

EL OLVIDADO: Hasta que no quedó ninguno.
La Vieja, dudando, la toca.

EL MARCHANTE: Es del otro lado del mar.
La Vieja, casi como un reflejo, saca la mano de la tela, pero luego la acaricia.

EL OLVIDADO: Fueron muriendo de pena, de fatiga, cansados de estar solos.
EL MARCHANTE: Hay de muchos colores y espesuras.
LA VIEJA: ¿Qué quiere por ésta?
EL OLVIDADO: Eran cientos y nadie recuerda que vinieron.
EL MARCHANTE: Saber.
LA VIEJA: ¡Mejor guárdela!
EL OLVIDADO: El Alemán se llevó un indio para exhibirlo, allá en su patria.
EL MARCHANTE: Necesito saber.
LA JOVEN: ¿Por qué?
De pronto desde la habitación de El Niño Grande se escucha un grito.
La vieja reacciona con rapidez y corre.

LA VIEJA: (*A La Joven*) ¡¡Quédate aquí!!
La Vieja sale y cierra la puerta del cuarto. La Joven queda preocupada frente a la puerta.

EL MARCHANTE: ¿Quién gritó?
La Joven niega con la cabeza.
Ese grito no es un eco. Hay alguien ahí. ¿Quién es?
LA JOVEN: No puedo decírselo.
EL MARCHANTE: ¡Vamos, dime sólo eso!

Se escucha otro grito desde el cuarto.

LA JOVEN: (*Luego de un silencio*). Es un niño.

EL MARCHANTE: ¿Un niño? El que grita es un hombre.

LA JOVEN: Es El Niño Grande.

EL MARCHANTE: ¿Quién es El Niño Grande?

LA JOVEN: Está allí desde siempre. Crece, pero no despierta.

EL MARCHANTE: ¿Ella es la madre?

LA JOVEN: No.

EL MARCHANTE: ¿Quién es, entonces?

LA JOVEN: Nosotras lo cuidamos.

Otro grito de El Niño Grande.

EL MARCHANTE: ¿Por qué está gritando?

LA JOVEN: ¡¡No sé, no sé!! (*Trata de entrar pero la puerta está cerrada por dentro. Golpea*). ¡¡Abre, por favor, ábreme!!

El Marchante la toma para calmarla.

EL MARCHANTE: ¡Calma, calma!

La puerta se abre. La Vieja sale pero permanece delante.

LA VIEJA: Alcánzame agua y unos paños. ¡Y tranquilízate!

La Joven obedece.

EL OLVIDADO: Nadie pudo conocer al hijo del Alemán. Aunque todos aseguraban que no se lo había llevado.

El Marchante trata de oír. La Joven alcanza lo pedido.

LA JOVEN: ¡Déjame entrar!

LA VIEJA: ¡Después! Quédate aquí por ahora. Es mejor. (*Sin más explicaciones entra y cierra la puerta*).

EL MARCHANTE: ¿Eres su hija?

LA JOVEN: No.

EL MARCHANTE: Y tus padres, ¿dónde están?

LA JOVEN: Jamás los he visto.

EL OLVIDADO: Muchos juraban que volvieron a ver al Alemán. Pero nadie lo encontraba.

EL MARCHANTE: ¿Y esa voz? ¿De quién es?

LA JOVEN: Pregunta demasiado. ¿Por qué?

EL MARCHANTE: Respóndeme.

LA JOVEN: Es El Olvidado.

EL MARCHANTE: ¿Dónde está?

LA JOVEN: Sentado en algún lugar. Desapareciendo.

EL MARCHANTE: ¿Entiendes lo que dice?

LA JOVEN: A veces comprendo sólo algunas cosas.

EL OLVIDADO: La gente buscaba una esperanza para seguir viviendo.

EL MARCHANTE: ¿De qué habla?

LA JOVEN: (*Luego de un silencio*) Creo que de alguien que se fue. De cosas viejas.

EL MARCHANTE: ¿No recuerdas nada?

LA JOVEN: No. Sólo otra primavera... su llegada... después oscuridad... y luego, espera.

EL OLVIDADO: Comentaban que la criada que quedó en la Casa era la madre del niño.

EL MARCHANTE: He venido a llevarte.

Silencio.

LA JOVEN: ¿Por qué?

EL MARCHANTE: Sólo recuerdo tu mirada, y después me veo de nuevo caminando hacia este encuentro sin saber cómo termina. Es como un sueño inmóvil. Pero en el regreso siento que vuelvo para buscarte.

LA JOVEN: ¿Por qué?

EL MARCHANTE: Te quiero.

LA JOVEN: No puedo irme.

EL MARCHANTE: Si quieres, sí.

LA JOVEN: Debo cuidar al Niño Grande.

EL MARCHANTE: Ella puede hacerlo.

EL OLVIDADO: La gente se reunió y decidió ir hasta la Casa. Querían preguntar.

EL MARCHANTE: Deja este lugar. Transpira odio. Ven conmigo. Conocerás otros cielos, otras distancias...

LA JOVEN: No puedo. Él no lo permitiría.

EL MARCHANTE: ¿Quién es él?

LA JOVEN: Olvídalo. Es peligroso... Es mejor que sigas tu camino.

La Joven de pronto, se lleva una mano a la boca.

EL MARCHANTE: ¿Qué tienes?

LA JOVEN: Nada... nada. (*Mareada, trastabilla*).

EL MARCHANTE: ¡Siéntate! (*La lleva hasta una silla*).

EL OLVIDADO: Creían que si encontraban al hijo del Alemán, alguien debería saber de su regreso.

LA JOVEN: La cabeza me da vueltas... y el vientre, estalla.

EL MARCHANTE: Serénate.

LA JOVEN: Es como si algo nuevo me cubriera dentro y mi cuerpo ya lo conociera.

EL OLVIDADO: Cuando llegaron a la Casa, apareció El Perro.

EL MARCHANTE: Descansa. Más allá de los cañaverales podrán revisarte.

LA JOVEN: ¿Más allá de los cañaverales?... El Otro Lado...

EL MARCHANTE: Un médico pasa cada tanto.

EL OLVIDADO: Quedaron paralizados. Un hombre dio un paso al frente. Un Puñal de Plata refucilaba en su mano.

LA JOVEN: ¿Cómo es El Otro Lado?

EL MARCHANTE: ¿No conoces?

LA JOVEN: ¿Qué hay?

EL MARCHANTE: Unas pocas casas.

EL OLVIDADO: De pronto oscureció. Las nubes dejaron de moverse.

LA JOVEN: ¿Cómo son esas casas?

EL MARCHANTE: Pequeñas... humildes.

LA JOVEN: ¿Quién vive en ellas?

EL MARCHANTE: Algunas familias.

EL OLVIDADO: Como un disparo, El Perro le saltó a la garganta...

LA JOVEN: ¿Hay algún camino?

EL MARCHANTE: Sí. Uno angosto que va a las montañas.

EL OLVIDADO: No hubo sangre. Sólo un golpe seco. Y la luna se hizo roja.

LA JOVEN: Las montañas... ¿Hay algo atrás?

EL MARCHANTE: Sí. Poblados.

LA JOVEN: ¿Cómo es la gente?

EL OLVIDADO: Nadie más volvió a acercarse.

EL MARCHANTE: Depende. Conozco uno, lejano, donde los hombres no duermen y tienen los ojos tan gastados que, cuando miran cansan. En otro, la gente no conocía la tristeza, y al darse cuenta, se pusieron tan tristes que olvidaron la alegría.

LA JOVEN: ¿Qué otros lugares conoces?

EL MARCHANTE: Muchos. Hay un lugar de amaneceres tan extensos que jamás anochece, y en una laguna perdida, resplandece la Ciudad de Oro, esperando que alguien la encuentre, sumergiéndose en las profundidades.

LA JOVEN: A veces quisiera...

EL MARCHANTE: Habla.

LA JOVEN: No. Es mejor callar.

Entra La Vieja. Desconfiada, los mira. El Marchante se anticipa.

EL MARCHANTE: ¿Qué tiene el Niño Grande?

La Vieja mira fijamente a La Joven.

EL OLVIDADO: La gente tuvo miedo. Aprendió a callar.

LA VIEJA: Abrió los ojos. Mira fijo hacia la ventana.

La Joven sale corriendo hacia la pieza.

EL OLVIDADO: Y el silencio terminó cerrándole los ojos.

LA VIEJA: Es sólo un niño. Nosotras lo cuidamos.

EL MARCHANTE: ¿Por qué lo oculta?

LA VIEJA: Usted es extraño. No voy a responderle.

EL MARCHANTE: Cuando pregunto por esta Casa, la gente calla.

LA VIEJA: No hay nadie por aquí.

EL MARCHANTE: Hay. Y no quieren hablar. ¿Por qué?

LA VIEJA: Es mejor que se vaya.

EL OLVIDADO: Evitan acercarse. Sólo un hombre enamorado vuelve a volver en cada Primavera.

El Marchante gira hacia adonde viene la voz de El Olvidado. Algo ha escuchado con claridad. Busca.

EL MARCHANTE: ¡¿Qué más?! ¡Esa voz habló de mí! Ahora he podido entender.

LA VIEJA: ¡No le conviene escuchar! Es mejor...

EL MARCHANTE: (*Buscando*) Antes era sólo un rumor. Ahora no.

LA VIEJA: ¡¡Váyase!!

EL MARCHANTE: Sólo sé que llego hasta aquí y después sombras. ¿Por qué?

La Joven vuelve.

LA JOVEN: Tiene los ojos fijos. Parecen que no miran pero arañan la ventana.

LA VIEJA: ¿Y el cuerpo?

LA JOVEN: Se contrae y se relaja, como espasmos.

LA VIEJA: Enciende una vela y colócala a su lado.

La Joven obedece. La Vieja con la mirada desafía a El Marchante.

LA VIEJA: ¡Y usted levante sus cosas y vuelva a su camino!

EL MARCHANTE: (*A La Joven*) ¡Vámonos!

La Joven se detiene. Tenso silencio. Miradas. Luego ella sigue. Sin embargo, duda.

No pienses demasiado. ¡Vámonos!

LA JOVEN: No puedo acompañarte. (*Continúa*).

EL MARCHANTE: Siempre vuelvo a buscarte. Desde lejos.

Ella se detiene.

LA VIEJA: El amor dura tanto como un sueño intranquilo. Cuando uno quiere fijarlo ya se ha ido.

LA JOVEN: Es mejor que te vayas.

EL MARCHANTE: Quiero que vengas ahora. ¡Vamos!

Abre la puerta de salida invitando a La Joven a seguirlo. Imprevistamente entra, desde afuera, un viento feroz. Desde la pieza los gritos crecen. La Vieja mira fijo a La Joven.

LA JOVEN: ¡Por última vez, vete!

La Joven entra corriendo a la habitación. La Vieja mira a El Marchante. Una sonrisa se insinúa en su rostro. Luego, ella también entra. La puerta exterior, lentamente va cerrándose. El Marchante duda entre irse o no.

EL OLVIDADO: El Puñal de Plata yació al lado del hombre muerto. El Perro lo alzó con los dientes y se metió en la Casa.

El Marchante trata de descifrar el rumor que le llega.

Desde entonces, cada año, ese Puñal aparece caído a los pies de alguien del lugar. Es la señal. El Elegido no puede rechazarlo. Una fuerza oculta lo impulsa a levantarlo. El día se hace noche. Entonces, El Perro ataca. Después, alza el Puñal con los dientes bajo la luna roja y como una ofrenda vuelve a llevarlo hacia la Casa.

El Marchante se acerca al lugar donde está El Olvidado.

Y allí el Puñal espera al hombre que cada Primavera quiere retornar.

EL MARCHANTE: (*Ha escuchado esto último con claridad. Se dirigirá a El Olvidado como si no lo viera aunque esté cerca*). ¿Adónde está ese Puñal?

EL OLVIDADO: Lo tiene El Niño Grande.

EL MARCHANTE: ¿Qué hace con él?

EL OLVIDADO: Espera.

EL MARCHANTE: ¿Qué espera?

EL OLVIDADO: Que lo tomes.

Silencio.

EL MARCHANTE: ¿Para qué?

EL OLVIDADO: ¿No recuerdas nada?

EL MARCHANTE: No. Mi cabeza se pierde entre fragmentos. Voy viviendo pero parece que ya he pasado lo vivido.

EL OLVIDADO: Ésa es la condena.

EL MARCHANTE: ¿Por qué hay una condena?

EL OLVIDADO: Esta tierra está enamorada de la muerte.

EL MARCHANTE: ¿Desde cuándo que está aquí?

EL OLVIDADO: Ya no sé. El tiempo se detuvo un día cuando El Alemán me sentó en este lugar. Desde entonces, todo vuelve a comenzar.

EL MARCHANTE: ¿Quién es El Alemán?

EL OLVIDADO: Alguien que se fue, robándose esperanzas.

EL MARCHANTE: Las esperanzas no se roban. Son de cada uno.

EL OLVIDADO: Es verdad. Lo terrible es entregárselas a otro. Ahí se pierde todo.

EL MARCHANTE: ¿No puede levantarse?

EL OLVIDADO: No. Este lugar es el Olvido. Cuando me dejaron aquí, otro antes de mí, acababa de esfumarse para siempre.

EL MARCHANTE: ¿Por qué El Alemán lo dejó aquí?

EL OLVIDADO: Me gustaba contar lo que veía. Recordar. Él quería que la gente olvidara todo, que no tuviera ilusiones y que el ahora perviva como agua estancada.

EL MARCHANTE: Pero alguien lo habrá buscado, habrán preguntado.

EL OLVIDADO: Sí, un tiempo. Después mi ausencia fue volviéndose normal. Poco a poco se integró a la nada. Y los que preguntaban comenzaron a hablar solos.

EL MARCHANTE: Y ellas, ¿lo escuchan?

EL OLVIDADO: La más joven, a veces, cuando mis palabras sacuden sus fantasmas. La otra no. Sus oídos se han acostumbrado a la ceguera.

EL MARCHANTE: ¿Hasta cuándo estará aquí?

EL OLVIDADO: No sé. Ya soy casi de aire. Aunque a veces mis recuerdos se filtran como ríos.

EL MARCHANTE: ¿Por qué ellas no se fueron?

EL OLVIDADO: No pueden. Tienen que cuidar al Niño Grande. Además El Perro lo impediría.

EL MARCHANTE: ¿El Perro?

EL OLVIDADO: Sí. Es el Guardián de esta agonía. Dicen que El Alemán hizo un pacto con el Mal a cambio de fortuna. Ese Perro es el Mal y cuida que todo se detenga.

EL MARCHANTE: ¿Qué debo hacer?

EL OLVIDADO: ¿Qué quieres?

EL MARCHANTE: Llevarla.

EL OLVIDADO: Entonces, inténtalo.

EL MARCHANTE: ¿Cómo terminará todo?

EL OLVIDADO: Tienes esperanzas. Lucha.

EL MARCHANTE: ¿Cómo?

EL OLVIDADO: Debes matar al Perro con el Puñal de Plata.

EL MARCHANTE: ¿Dónde lo encontraré?

EL OLVIDADO: Él sabrá cómo encontrarte cuando tengas el Puñal entre las manos.

EL MARCHANTE: Entonces, ¿tengo que quitarle el Puñal al Niño Grande?

EL OLVIDADO: No preguntes más. No tengo más respuestas. Ahora, en mi cabeza, el futuro es el pasado y viceversa.

La Joven sale corriendo. La puerta se cierra a sus espaldas.

LA JOVEN: ¡Un cerco de llamas rodea al Niño Grande!

El Marchante corre hasta la puerta de la habitación y trata de abrirla. No lo consigue.

EL MARCHANTE: ¡No se abre!

LA JOVEN: ¡Ella se ha encerrado con él!

EL MARCHANTE: ¿Cómo han comenzado las llamas?

LA JOVEN: Brotaron solas. Al encender la vela un reguero de fuego rodeó la cama. Pero no avanzan. Oscilan en el lugar sin acercarse.

EL MARCHANTE: Y ella, ¿qué hace?

LA JOVEN: Está a la par del Niño Grande mirándolo a los ojos.

EL MARCHANTE: ¿Te has quemado?

LA JOVEN: No. Crucé entre las llamas y no sentí nada. Están quietas, ahí.

EL MARCHANTE: ¡No esperemos más! Vienes conmigo.

LA JOVEN: ¡Él está ahí... gritando!

EL MARCHANTE: ¡No pienses más! ¡Vamos!

El Marchante la toma y la lleva con fuerza y decisión hasta la puerta de salida, pero al intentar abrirla, ésta permanece cerrada. El Marchante lucha, pero no lo consigue.

¡No puedo abrirla!

EL OLVIDADO: Cada momento se encadena al próximo sin obstáculos. Y el primero abraza al último.

LA JOVEN: Él no quiere que me vaya. Me quiere tener cerca.

EL MARCHANTE: ¿Quién?

LA JOVEN: Él.

EL MARCHANTE: ¿Ese animal... El Perro?

La Joven asiente con la cabeza.

¿Por qué?

LA JOVEN: Es extraño. Siempre sueño que Él viene hacia mi cama. Tiene algo de humano. Me roza la piel suavemente con el lomo... y... mis poros se humedecen. Después no recuerdo más y me despierto. Pero la última vez fue diferente.

EL MARCHANTE: ¿Qué pasó?

LA JOVEN: Subió a la cama y sentí su peso encima mío. Se movía con fuerza... tenía el pecho suave... sin pelos... después... me desperté. Y las sábanas olían diferente.

EL MARCHANTE: ¡Es preciso salir de aquí! ¡Escapar de esta pesadilla! (*Trata de forzar la puerta, pero es inútil. También la ventana está trancada.*)

LA JOVEN: ¿Adónde me llevarías?

EL OLVIDADO: Antes que llegara El Alemán hubo en este lugar una pasión prohibida.

EL MARCHANTE: Quiero llevarte a la costa, donde el horizonte se abre sin fronteras.

EL OLVIDADO: Dos hermanos se enamoraron.

EL MARCHANTE: A un lugar donde ningún día se repita...

EL OLVIDADO: El castigo fue terrible.

EL MARCHANTE: ... Donde no haya miedo de imaginar el futuro...

EL OLVIDADO: Ella se convirtió en pájaro.

LA JOVEN: Él igual me buscará...

EL OLVIDADO: Y desde entonces fue condenada a buscar a su hermano, sin poder jamás encontrarlo, llamándolo con un quejido agudo, casi humano.

LA JOVEN: ... porque sabe cómo hallarme.

EL OLVIDADO: Cuando El Alemán llegó, buscó a la Mujer Pájaro...

EL MARCHANTE: Estarás lejos, protegida.

EL OLVIDADO: No fue fácil capturarla. Pero en una tarde rojiza de verano, lo logró.

EL MARCHANTE: Me encargaré de que no te siga.

EL OLVIDADO: Con una sola mano la apretó hasta despedazarla...

LA JOVEN: Él no me dejará escapar.

EL OLVIDADO: Un quejido agudo escapó del monte buscando la Casa, y cuando llegó, se hizo un grito sordo de recién nacida.

La Vieja entra. Ahora la puerta del cuarto queda abierta.

LA VIEJA: ¡El Puñal arde!

LA JOVEN: (*Desesperada*) ¡¡El Niño Grande!!

LA VIEJA: (*La detiene*). ¡Esas llamas no lo queman! ¡Sólo el Puñal está encendido!

El Marchante se ha acercado a la puerta y mira.

EL MARCHANTE: No hay nadie en esa cama.

LA VIEJA: ¿Cómo?

EL MARCHANTE: Sólo un Puñal de Plata que descansa.

La Vieja, rápida, se aproxima.

LA VIEJA: ¡No está! ¡El Niño Grande no está!

LA JOVEN: (*También mirando*) ¡¡No puede ser!!

LA VIEJA: ¡¡Se ha despertado!!

LA JOVEN: ¿Adónde ha ido?

La Vieja corre hacia la puerta exterior que no abre. Trata pero no puede.

¡Hay que encontrarlo! ¡¡Como sea, hay que encontrarlo!!

El Marchante ya ha entrado en la habitación.

EL OLVIDADO: Esta tierra está maldita. Las personas se olvidaron de mirarla. Escapan. Y con los ojos, también maldicen.

El Marchante sale del cuarto con el Puñal en la mano. Las mujeres se apartan. Tensión. Llega hasta la puerta y la abre sin dificultad. El viento, rápido, entra y hiela la Casa. El Marchante sale al exterior. La puerta, como una sombra, se cierra detrás suyo.

El hombre que siempre vuelve va a encontrarse con su suerte. Lleva los ojos claros de esperanza. No tiene miedo. El amor lo empuja contra el viento. Quiere descabezar las pesadillas. Avanza por la noche, encendiéndola, y en su puño arde una estrella.

Entre los cañaverales su destino se agazapa. Mide cada paso. Aguarda.

La luna, más blanca que nunca, también espera.

El tiempo ya no late en el alma de los hombres sangrándoles la vida. Todo está quieto. Sólo dos cuerpos danzan en la noche inmóvil unidos por la muerte. De pronto, un grito. Y en la luna un tajo rojo va naciendo.

Por la puerta exterior entra El Marchante. Está malherido. Pierde el equilibrio. Caer. Trata de levantarse.

EL MARCHANTE: ¡Está muerto! ¡El Puñal le atraviesa el corazón...!

Vuelve a caer. La Vieja emite un grito y corre hacia fuera, a ver. La Joven quiere hacerlo pero El Marchante la toma de una mano.

EL MARCHANTE: ...Ahora la pesadilla ha terminado... podremos irnos...

LA JOVEN: (*Retrocede*) ...sangre... tanta sangre...

EL MARCHANTE: ... el mar se está acercando...

LA JOVEN: ¡Tengo... tengo que encontrar al Niño Grande...!

EL MARCHANTE: ... ¡Vamos... vamos...! (*Trata de tenerse en pie pero casi no puede. Caer. Vuelve a levantarse.*)

La Joven retrocede. Mira hacia la pieza. Un grito profundo le sale desde adentro.

LA JOVEN: ¡¡Ahhhh!! (*Queda paralizada mirando. Una expresión de terror la desfigura.*)

EL MARCHANTE: ¿Qué sucede?

LA JOVEN: ¡¡Ahí... en la cama... entre la sangre... El Perro!!

El Marchante, casi arrastrándose, se acerca y mira.

EL MARCHANTE: ¡¡El Perro... tiene el Puñal clavado... y arde...!!

Desde afuera un grito tremendo presenta a La Vieja que, desesperada, entra.

LA VIEJA: ¡Mi hijo... El Niño Grande... tiene el pecho abierto!

LA JOVEN: (*Estupefacta*). ¿Cómo?... El Niño Grande... tu hijo... ¡¡Nooo!!!

LA VIEJA: ¡Está tirado entre las cañas mirando el cielo!

La Joven sale corriendo. El Marchante cae de rodillas.

EL MARCHANTE: ¡No puede ser!... ¡No puede ser!

LA VIEJA: ¡Maldito... mil veces maldito! ¡Has matado a mi hijo...! ¡Maldito!

EL MARCHANTE: ... El Perro... he luchado contra El Perro...

LA VIEJA: ¡Ahora será tu turno! ¡Me bañaré en tu sangre!

La Joven entra.

LA JOVEN: ¡Está muerto... mi Niño Grande ha muerto... ¡Su cuerpo arde entre las cañas! (*Se abraza a La Vieja*).

LA VIEJA: (*Con dureza, la aparta*). No llores más. Venga a tu hermano.

La Joven queda paralizada.

LA JOVEN: ¿Mi hermano...?

LA VIEJA: Los dos hijos del mismo vientre y el mismo padre. ¡Véngalo!

LA JOVEN: Mi hermano!... no puede ser... no puede... ¿Por qué...?

LA VIEJA: ¡Eso ahora no importa! ¡Hay que vengar! ¡¡Mátalo!!

El Marchante, muy debilitado, se arrastra tratando de llegar a La Joven.

EL MARCHANTE: ... No la escuches... ayúdame... por favor... ayúdame...

LA VIEJA: ¡Él lo ha matado! ¡Mátalo!

A través de la puerta de la habitación la presencia de las llamas se acentúa.

EL MARCHANTE: ¡Las llamas... avanzan... hay que salir...!

LA VIEJA: ¡¡En nombre de tu hermano: mátalolo!!

La Joven corre hacia el cuarto y desaparece en él. El Marchante, con mucha dificultad, se arrastra hacia la puerta. La Vieja lo hostiga.

¡Muerte... muerte! ¡Me has sacado la vida! ¡¡Muerte!! ¡Maldito! ¡¡Muerte!!

La Joven vuelve con el Puñal en la mano. Adentro, el incendio crece. Se acerca a El Marchante levantando el Puñal.

¡Muerte! ¡Muerte! ¡Muerte!

EL MARCHANTE: (*Caído, sin moverse*). ¡No... no lo hagas... te amo... no lo hagas!

La Joven, con fuerza, clava el Puñal en el cuerpo de El Marchante, matándolo.

LA VIEJA: ¡Así... así... Muere!

La Joven se alza con el Puñal en la mano.

LA JOVEN: (*Le habla al cadáver de El Marchante*). Me has quitado al Niño Grande... Era mi hermano... y sin saberlo, lo amaba. En sueños ÉL me visitaba y transfigurado, me penetraba...

LA VIEJA: (*Mirando hacia las llamas*) Arde... en la cama, El Perro arde...

LA JOVEN: Eran uno. La misma cosa, que ahora adentro mío quiere prolongarse.

Ambas se miran.

¿Adónde está mi padre?

LA VIEJA: Va a volver un día... desde el mar...

Las llamas crecen. La Vieja cierra la puerta exterior.

LA JOVEN: Las llamas no dejarán nacer lo que está prohibido, pero en las cenizas, un remolino se perpetuará en el tiempo y ahí, con un quejido agudo, lo volveré a soñar.

LA VIEJA: ... Y cuando llegue, todo será como antes.

El ruido y la intensidad del incendio aumentan. La Joven y La Vieja quedan en la misma posición, esperando. La luz de escena va abandonándolas y se acentúa sobre El Olvidado.

EL OLVIDADO: Habrá sequías y pestes y tantas muertes. Llegará el tren, El Alemán se irá, y en cada Primavera un hombre volverá a volver, por amor, hasta el infinito.

Sólo las llamas perviven, hasta que, poco a poco se extinguen. Las luces vuelven y encuentran a los personajes de La Vieja, La Joven y El Olvidado en la misma posición que al comienzo de la obra. Se repiten las primeras acciones y las primeras réplicas. Todo vuelve a comenzar exactamente igual. La luz, ahora sí, va yéndose y con ello llega el

FINAL

La guerra de la basura

> la guerra de la basura

Se estrenó el 29 de mayo de 1999, en el estadio del club Villa Luján, en el marco de un evento político-cultural destinado a oponerse a la continuidad en el gobierno democrático del general de la última dictadura militar en la Argentina, Antonio Domingo Bussi, en la provincia de Tucumán.

PERSONAJES:

UNA MUJER
LA PAPELERA
EL ORGÁNICO
PLASTIQUITO
LA TRANSPARENTE
SÓLIDO
ASERRÍN
EL ENCONTRAO
EL DECIDOR
LOS PAPELEROS
LOS ORGÁNICOS
LOS VIDRIEROS
LOS PLÁSTICOS
LOS METÁLICOS
LOS MADEREROS
EMPRESARIO 1
EMPRESARIO 2
EMPRESARIO 3
EMPRESARIO 4
COMISARIO
CUSTODIO 1
CUSTODIO 2
PERIODISTA 1
PERIODISTA 2
PERIODISTA 3
PERIODISTA 4
CAMARÓGRAFOS
INTENDENTE
SUS SECRETARIAS
EL DURO
SECUACES
EL ACTOR
EL OBISPO

Algunos personajes de esta obra hablan con las características de sectores marginados de la ciudad de Tucumán.

MÚSICA. UNA GRAN MONTAÑA DE BASURA. UNA MUJER, A QUIEN NO SE LE DISTINGUE EL ROSTRO, INGRESA AL ESPACIO ESCÉNICO TRAYENDO EN SUS BRAZOS UN BULTO, QUE PARECE UN NIÑO. DESDE OTRO LADO, APARECE EL DECIDOR. SE MIRAN INTENSAMENTE. LUEGO SE APROXIMAN. LA MUJER RECONOCE CON SU MANO EL ROSTRO DE EL DECIDOR. LUEGO EXTRAE DE SUS ROPAS UN PUÑAL ENVUELTO EN UNA ANTIGUA TELA ENSANGRENTADA. SE LO ENTREGA. EL DECIDOR LO RECIBE Y SALE DE ESCENA. LA MUJER SUBE A LA PARTE MÁS ELEVADA DE LA MONTAÑA DE BASURA Y ALLÍ DEPOSITA CON CUIDADO EL BULTO QUE TRAÍA. LUEGO SALE DE ESCENA POR DONDE ENTRÓ.

Canción de apertura: *Pasan cosas*

Pasan cosas, pasan cosas,
pasan cosas, pasan cosas,
en los bancos pasan cosas,
en las plazas, en hoteles pasan cosas.
En iglesias,
en escuelas,
en los clubes pasan cosas.

Pasan cosas, pasan cosas,
pero nada, nada pasa
Y en tu alma y en la mía,
escondido, algo pasa.

En la cárcel,
en quilombos,
en la *cana* pasan cosas,
en la cama, en los baños,
en los taxis pasan cosas.
En los cines,
en los bares,
en los *bondis* pasan cosas.

Pasan cosas, pasan cosas.
pero nada, nada pasa.
Y en tu alma y en la mía
escondido, algo pasa.

No miramos,
no sentimos,
caminamos,

no pasamos,
ya no estamos,
no nos fuimos,
no partimos.

Pasan cosas, pasan cosas.
pero nada, nada pasa.
Y en tu alma y en la mía,
escondido algo pasa.

No sufrimos,
nos mentimos,
no escuchamos,
nos gritamos
nos reímos,
nos mentimos,
;no engañamos!
;no fallamos!

Pasan cosas, pasan cosas.
pero nada, nada pasa.
Y en tu alma y en la mía,
escondido algo pasa.

APAGÓN

ESCENA I

EL ALBA. LA MONTAÑA DE BASURA. RUIDO INCESANTE DE MOSCAS. DESDE LAS ENTRAÑAS DEL GRAN MONTÍCULO APARECE LA PAPAPELERA, MUJER DE EDAD INDEFINIBLE. SU VESTUARIO ES UNA EXTRAÑA MEZCLA DE COLORES. SE DIRIGE AL CENTRO DE LA MONTAÑA. DESDE OTRO LADO, ENTRA EL ORGÁNICO, DELGADO Y PRECISO. LE CUELGAN BANDEJAS DESCARTABLES DEL CUERPO. SE MIRAN. ÉL TAMBIÉN SE DIRIGE HACIA EL CENTRO. INSTANTES DESPUÉS ENTRA PLASTIQUITO, PEDAZOS DE BOTELLAS DE PLÁSTICO EN LOS BRAZOS, ANTEBRAZOS, PIERNAS Y MUSLOS. SE SIENTA CON LOS DEMÁS. UN TINTINEAR DE VIDRIOS PRESENTA A LA TRANSPARENTE, JOVEN ADORNADA POR COLLARES DE PEDACITOS DE VIDRIO DE DISTINTOS COLORES. ELLA TAMBIÉN VA HACIA LOS DEMÁS AGRANDANDO EL SEMICÍRCULO. INMEDIATAMENTE ENTRA SÓLIDO, EL ENCARGADO DE LOS METALES. PEDAZOS DE LATA, COBRE, ALUMINIO Y HIERRO CONFORMAN SU VESTIMENTA. SE REÚNE CON LOS OTROS. POR ÚLTIMO APARECE ASERRÍN, EL CABECILLA DE LOS RECOLECTORES DE MADERA QUE TAMBIÉN VA HACIA LOS DEMÁS. LOS PERSONAJES QUE HABITAN EN LA BASURA HABLAN CON LAS DEFORMACIONES IDIOMÁTICAS DEL LUGAR.

ASERRÍN: ¡Ya sale! ¡Está llegando!

Al mismo tiempo todos los personajes emiten, cada uno, un grito particular que los identifica. Desde lugares diferentes del escenario entran los diferentes “clanes”, o sea: Los Papaleros, Los Orgánicos, Los Vidrieros, Los Plásticos, Los Metálicos y Los Madereros. Organizadamente se colocan como para empezar un rito. Momento de silencio y expectativa. Desde las entrañas de la basura aparece la imponente figura de El Decidor que lleva en brazos a El Encontrao. Éste no puede caminar ni controla sus movimientos. Cuando aparecen, el ruido de las moscas cesa. El Encontrao balbucea algo inentendible. No se esfuerza en hacerse comprender. El Decidor es quien lo “traduce”.

EL DECIDOR: “La ciudad es un enfermo abandonado. Se sumerge entre sus propias porquerías. Y de ellas comemos nosotros. Es necesario recoger la mayor cantidad posible. Cada grupo sabe qué sector le corresponde”.

LA PAPELERA: Encontrao, ¿y cómo separaremos la basura?

EL DECIDOR: (*Hablará siempre después de consultar a EL ENCONTRAO*). “Hay que mezclarse. En cada grupo tiene que haber papaleros, orgánicos, plásticos, metálicos, vidrieros y madereros. Cada uno junta lo que sabe”.

LA TRANSPARENTE:

¿Y qué hacemos con lo recogido?

EL DECIDOR: “Cada material tiene destinado su lugar de almacenamiento, hasta que se pueda vender. Lo orgánico se reparte al final del día, aquí, entre todos”.

SÓLIDO: ¿Y la polecía?

EL DECIDOR: “Hasta ahora no hace nada. Veremos qué pasa si la ciudad continúa sin pagarle a la empresa”.

PLASTIQUITO: A mucha gente no le gusta vernos, Encontrao. Pa’ ellos como también basura.

EL DECIDOR: “Ahora los únicos que metemos las manos en la inmundicia somos nosotros. Por eso somos útiles. Lo que no sabemos es hasta cuándo. Por eso hay que aprovechar. Vayan, la ciudad los está esperando”.

El Decidor gira llevando a El Encontrao. Inmediatamente el rumor de las moscas regresa.

APAGÓN

Canción: Ellos

(Canción de los empresarios)

Ellos están preocupados
porque no van a pescar,

tienen canchas de golf,
que no las pueden usar.

Ellos nadan en invierno,
esquían en verano,
ellos quieren un país,
para jugarlo a los dados,

ellos son gente *bien*
que se inventan su pasado,
ellos quieren ser tan *simples*
que hasta comen con las manos.

Ellos tienen buenos autos,
de vidrios polarizados.
Ellos tienen el corazón,
con aire acondicionado.

Pero ahora están preocupados
porque no pueden pescar,
hay *basura* que molesta.
Es necesario limpiar.

ESCENA II

Día. Basural. Entran Los Empresarios.

EMPRESARIO 1: ¡Hay que hacer algo!

EMPRESARIO 2: Aquí depositaba la basura nuestra empresa.

EMPRESARIO 3: Pero... ¿por qué reunimos aquí?

EMPRESARIO 4: Un poco de paciencia. Ya verán.

EMPRESARIO 1: Esos cirujas han invadido las calles. ¡Hay que hacer algo rápido!

EMPRESARIO 2: ¡Calma, calma! Lo principal es que la ciudad pague lo que nos debe.

EMPRESARIO 3: Está quebrada. No pagará.

EMPRESARIO 4: ¡Pagará o quedará sepultada en la inmundicia!

EMPRESARIO 1: Debería ocuparse en cobrar sus deudas para pagarnos.

EMPRESARIO 3: Sí, pero no nos olvidemos que nuestras otras empresas deben...
debemos impuestos a la ciudad.

EMPRESARIO 2: Y no poco dinero. Siete veces más de lo que ella nos debe.

EMPRESARIO 4: La ciudad debería ser generosa con quienes arriesgamos nuestros

capitales en servicios y en producción. Corresponde que nos pague y que se muestre, digamos... comprensiva en cuanto a nuestras deudas.

EMPRESARIO 1: Eso no será fácil. La conducción política es un caos. ¡Aquí nadie gobierna!

EMPRESARIO 3: ¡Es necesario poner orden! ¡Esa es la única forma de cobrar!

EMPRESARIO 4: Y de no pagar lo que debemos.

EMPRESARIO 2: No quisiera ponerme melancólico, pero cuando estaba Él eran buenos tiempos. ¡Qué orden! ¡Cuánta seguridad! ¡Qué tiempos!

EMPRESARIO 1: Él está en problemas con la justicia. No vale la pena volver al pasado.

EMPRESARIO 3: Pero aún no está en la cárcel.

EMPRESARIO 1: Tal vez...

EMPRESARIO 4: Señores, no nos manejemos con hipótesis sino con certezas. Nuestra ley son los datos objetivos. Hace días que nuestra empresa no recolecta la basura. En algún momento la ciudad tendrá que pagar. La gente no aguantará demasiado vivir entre la porquería.

EMPRESARIO 3: Mi propia mujer ya protesta. Hasta la sorprendí dándole algunas bolsas de residuos a esa gentuza.

EMPRESARIO 4: ¡Ése es nuestro problema ahora! ¡Hay que impedir que esa chusma de cirujas junte los desperdicios!

EMPRESARIO 2: ¿Cómo?

EMPRESARIO 4: Existe la policía ¿no?

EMPRESARIO 1: Sí, pero recibe órdenes.

EMPRESARIO 2: ¡Órdenes! Eso es lo que falta. ¡Buenas y sabias órdenes!

EMPRESARIO 3: ¡Que la Policía intervenga entonces!

EMPRESARIO 4: Sólo un momento. Ya verán... paciencia.

EMPRESARIO 1: No tiene la ciudad un buen aspecto con esa gente por las calles.

EMPRESARIO 3: Dice mi mujer que hasta parecen organizados.

EMPRESARIO 2: ¿Organizados?

EMPRESARIO 3: Sí, se mueven en grupos y seleccionan los desperdicios a una velocidad impresionante.

EMPRESARIO 1: Son un auténtico peligro. ¡Sólo nuestra empresa está autorizada para hacer ese trabajo!

EMPRESARIO 2: ¿Y qué hacen con lo que juntan?

EMPRESARIO 3: Lo venden a los corralones.

EMPRESARIO 2: ¡Es necesario cortarles el chorro!

EMPRESARIO 1: Yo dije eso en una reunión de Directorio. Deberíamos ser nosotros mismos los que recolectamos, clasificamos, reciclamos y vendemos.

EMPRESARIO 2: Eso sólo se puede hacer con inversiones importantes. La tecnología cuesta, y también pagar nuevo personal. Es más rentable enterrar la inmundicia y a otra cosa.

EMPRESARIO 1: ¡Hay un tesoro en lo que se tira!

EMPRESARIO 2: Sí, pero para gozar de ese tesoro hay que arriesgar demasiado. Existen negocios de menor inversión y mayor...

EMPRESARIO 4: Señores, por favor. Hay otras cuestiones que ahora urgen. ¡La Policía tiene que intervenir!

EMPRESARIO 3: ¿Y cómo?

EMPRESARIO 4: Ya lo he pensado. He citado al jefe de Policía aquí mismo.

EMPRESARIO 3: ¿Aquí?

EMPRESARIO 4: Exacto. Estará por llegar. Es el sitio adecuado. Aquí parece que se organizan esos cirujas.

EMPRESARIO 1: Bien. Pero para que la Policía reprima es necesario el consenso de las principales fuerzas políticas. Estamos en un momento de civil democracia.

EMPRESARIO 4: Exacto. Aquí mismo convivimos distintos colores partidarios.

EMPRESARIO 2: Usted, por ejemplo, es del partido de Gobierno.

EMPRESARIO 4: Colega, ahora luchamos por lo mismo y eso borra las diferencias. Casualmente fueron mis influencias las que permitirán este encuentro.

EMPRESARIO 3: Ya lo decía mi padre: ¡un huevo en cada canasta!

EMPRESARIO 4: ¡El señor jefe de Policía está llegando!

Entra el Comisario, jefe de Policía, apurado, seguido de dos Custodios. El Comisario les hará una señal para que permanezcan alejados del grupo.

COMISARIO: ¡Disculpen la tardanza, señores! No acostumbro a...

EMPRESARIO 4: ¡No se preocupe comisario! Pero lo esperábamos con ansiedad.

COMISARIO: Ustedes dirán.

EMPRESARIO 4: En este lugar, tengo entendido, viven, se reúnen y organizan quienes ahora nos preocupan.

COMISARIO: *(A Los Custodios)* ¡Revisen el lugar de inmediato!

EMPRESARIO 1: ¡Un momento, comisario!

COMISARIO: *(A Los Custodios)* ¡Alto!

Los Custodios se detienen.

EMPRESARIO 4: No creo que encuentre a nadie. Esa gente, en estos momentos está diseminada por la ciudad haciendo lo que nosotros, justamente, nos negamos a hacer.

COMISARIO: Recolectar la basura.

EMPRESARIO 4: Exactamente.

COMISARIO: Es verdad. Mi mujer logró sacarse de encima algunas bolsas.

EMPRESARIO 4: Así es, comisario. Esa gentuza no nos deja hacer nuestra protesta con libertad.

EMPRESARIO 1: ¡Hay que actuar con urgencia!

COMISARIO: (*A los Custodios*) ¡Actúen con urgencia!

Los Custodios se miran sin saber qué hacer.

EMPRESARIO 4: Comisario, se trata de intervenir organizadamente para evitar el accionar de esa inmundicia humana.

COMISARIO: Pero... doctor... usted... usted... es del Gobierno.

EMPRESARIO 4: Así es. Y también soy directivo de la empresa, por lo que me considero parte doblemente interesada en que la cuestión se resuelva, positivamente.

COMISARIO: ¿Entonces ustedes volverán a juntar la basura?

EMPRESARIO 2: (*Por lo bajo a los otros*) ¡Es un estúpido, no hay caso!

EMPRESARIO 4: No exactamente. Primero la ciudad deberá pagar la deuda que tiene con la empresa.

COMISARIO: (*Pareciera que ha comprendido*) Ahhh... No entiendo entonces.

EMPRESARIO 1: (*Por lo bajo*) ¡En las manos de estos incompetentes estamos!

EMPRESARIO 4: ¡Hay que reprimir a los cirujas, comisario!

COMISARIO: (*A los Custodios*) ¡Repriman!

Los Custodios comienzan a sacar de sus ropas un verdadero arsenal. Los directivos de la empresa se cubren, temblorosos.

EMPRESARIO 4: ¡Alto, alto!

COMISARIO: (*A Los Custodios*) ¡Alto, alto!

Los Custodios se detienen.

EMPRESARIO 4: Haga que sus hombres guarden eso, por favor. No soporto ver un arma. Soy un hombre pacífico.

COMISARIO: ¿Qué hacen ustedes con las armas afuera? ¡Guárdenlas!

CUSTODIO 1: Es que sus órdenes...

COMISARIO: ¡Guárdenlas, he dicho!

CUSTODIO 2: Nosotros recibimos órdenes. (*Las guardan*).

COMISARIO: Doctor, se explique. No entiendo adónde quiere llegar.

EMPRESARIO 4: Querido comisario, es necesario impedir que los cirujas sigan recogiendo la inmundicia. Para eso necesitamos que usted y sus hombres impongan el orden.

COMISARIO: Pero doctor... yo también recibo órdenes. Si la ciudad me ordena, yo y mis hombres obedecemos.

- EMPRESARIO 1: *(A los demás, por lo bajo)* Es demasiado democrático, no hay caso.
- EMPRESARIO 2: Cuando estaba Él era otra cosa.
- EMPRESARIO 4: Comisario... no es fácil para los funcionarios del Gobierno ordenar la represión. Tiene sus costos políticos.
- COMISARIO: Pero si se trata de gentuza, doctor.
- EMPRESARIO 4: Gentuza que ahora está resolviéndoles un serio problema a los vecinos.
- COMISARIO: ¿Y entonces?
- EMPRESARIO 4: Entonces hay que barrer con ellos sin esperar órdenes institucionales. Además, comisario, somos las mismas personas las que damos las órdenes. Sólo cambia el ámbito desde donde lo hacemos. Es una cuestión de costos ¿me entiende?
- Saca un sobre y se lo da.*
- EMPRESARIO 3: *(A los demás, por lo bajo)* No quiero ver esto. *(Se tapa la cara)*. Soy hombre de sólidos principios morales.
- El Comisario observa lo que hay adentro. Los Custodios se estiran para ver a distancia. El Comisario guarda el sobre.*
- COMISARIO: Esa chusma, aprovechándose de la situación imperante, observa el movimiento de las casas para después robar, ¿verdad?
- EMPRESARIO 4: Así es, señor comisario.
- COMISARIO: Poniendo en peligro la propiedad de los vecinos ¿verdad?
- EMPRESARIO 4: Verdad, comisario.
- COMISARIO: Y la justicia es sumamente lenta, ¿no le parece?
- EMPRESARIO 4: Lentísima.
- COMISARIO: Por lo que es necesario agilizar la represión de los delitos e incluso su pre-ven-ción, ¿no le parece?
- EMPRESARIO 4: Así es.
- COMISARIO: ¡Por lo tanto hay que actuar! Limpiar a esta ciudad de esos ladrones.
- Los Empresarios aplauden.*
- (A Los Custodios)* ¡Prepárense!
- Los Custodios vuelven a sacar sus armas.*
- EMPRESARIO 4: Se lo ruego, comisario. Delante de mis ojos ¡no!
- COMISARIO: *(A Los custodios)* ¡Guarden eso, carajo! ¡Ahora no!
- Desconcierto en Los Custodios.*
- ¡Antes hay que planificar el operativo!
- EMPRESARIO 4: Por eso lo invitamos a venir aquí, comisario.

COMISARIO: *(A Los Custodios)* ¡Vamos! ¡Hay que estudiar los alrededores del lugar!

El Comisario sale. Uno de Los Custodios lo sigue. El otro se detiene y antes de seguir se dirige a Los Empresarios.

CUSTODIO 1: ¡No sabe ordenar! ¡Con Él era otra cosa! *(Sale)*.

Los Empresarios se miran.

APAGÓN

Canción: *Mueven que mueven*
(Canción de los cirujas)

Mueven, mueven que mueven,
alitas de ansiedad,
ojitos de madrugada,
esperanza en suciedad.

Mueven, mueven que mueven,
piecitos que ya no están,
cuerpitos alucinados,
solcitos en soledad.

Mueven, mueven que mueven
sus manos aquí y allá
tesoritos despreciados,
uñitas de eternidad.

Mueven, mueven que mueven,
lo que hay y lo que habrá
imanes enamorados,
velitas de humanidad.

Mueven, mueven que mueven,
sin descanso, sin parar,
al tiempo ya lo han tirado
también en un basural.

ESCENA III

Atardecer. Basural. Los grupos de cirujas clasifican con precisión los desperdicios. Están finalizando la tarea. El Decidor con El Encontrao en brazos están presentes. La febril actividad termina.

LA PAPELERA: Hemos terminao, Encontradito.

LA TRANSPARENTE:

Ahora hay que repartí la comida.

EL ORGÁNICO: ¡Hay por demá! Sin la empresa en el medio llega mucho más pa' nuestras manos.

LA TRANSPARENTE:

¡Cuántas cosas se perdían en el camino! No sólo nosotros vivíamos de la basura ¿qué no?

EL ORGÁNICO: ¡El informe!

ORGÁNICA 1: ¡73 pollo vencidooo!

ORGÁNICA 2: ¡96 confeccione de fiambre pasadooo!

ORGÁNICA 3: ¡128 tomate! 45 aplastaos.

ORGÁNICA 4: ¡51 planta de lechuga marchitaaa!

ORGÁNICA 5: ¡67 zapallitooo, 94 zanahoriaaa!

ORGÁNICA 6: ¡Sección Achuras informa: 18 kilo de carne, medio negrita está, pero se puede. ¡25 morcillas, 39 chorizo y dos tiras de chinchulinee!

ORGÁNICA 7: ¡Sección Postre informa: 15 kilo de helau chorreau, 4 mermelada diferente y 8 lata de durazno al natural vencido!

ORGÁNICA 8: ¡Sección Panadería informa: 83 huevo, 5 sanos nomás, 25 cajas de leche y 32 yogure pasaos! 15 descremaos.

EL ORGÁNICO: Los súper nos han dao todo directamente a nosotros. Por eso hay tanto. Ante, lo recolectores de la empresa estaban prendíos con lo empleau, y vendían las cosas vencida a lo almacene de barrio.

LA PAPELERA: Nosotros ya hemo separao las bandejas de cartón pa' que cada uno se lleve su comida.

En Off se escucha una voz amplificada por un megáfono.

OFF: ¡Nadie se mueva, carajo!

Es la voz del Comisario. El grupo de cirujas se asusta y trata de protegerse.

OFF: ¡Todos quietos, basuras! ¡Están rodeados! ¡Habla el jefe de Policía!

LA PAPELERA: ¿Qué hacimo, Encontradito?

EL DECIDOR: “Un círculo. Los hombres adelante”. ¡Sólido y Aserrín, muévanse!

Los hombres se colocan en la posición indicada pero también las mujeres adoptan una actitud de lucha. Los Aserrines y Los Metálicos reparten palos y caños. En instantes, hombres y mujeres están preparados para la lucha.

OFF: ¡Los vamos a cocinar a lonjazos, carajo! ¡Tiren eso y vengán en fila india!

EL DECIDOR: ¡Vení vos, hijo de puta!

Con un grito general y estridente, y de gran energía, todo el grupo corre

resueltamente disponiéndose en la posición indicada. La melodía del Himno Nacional Argentino, deformado, los congela en una actitud de lucha.

APAGÓN

ESCENA IV

Día. Basural. Hay Periodistas en el lugar.

PERIODISTA 1: *(Hablando a la cámara)* En este preciso lugar ocurrieron los duros enfrentamientos de anoche. Según lo que pudimos constatar, la Policía tuvo que retroceder y retirarse desordenadamente.

PERIODISTA 2: *(A otra cámara)* Habría más de cincuenta policías heridos y un número no precisado aún de personas internadas...

Entra otra Periodista con El Comisario Jefe, todo golpeado y vendado. Atrás Los Empresarios y El Obispo observan molestos.

PERIODISTA 3: ¿Qué pasó anoche, señor comisario?

COMISARIO: *(Perdido)* ¿Adónde?

PERIODISTA 4: Aquí, anoche.

COMISARIO: ¿Dónde estamos?

EMPRESARIO 1: *(A los gritos)* ¡Esto es una vergüenza!

EMPRESARIO 2: ¡No hay seguridad!

EMPRESARIO 3: ¡Ni orden! ¡La ciudad está en manos de forajidos!

EL OBISPO: ¡Calma, calma!

PERIODISTA 1: Señor comisario, ¿es cierto que el personal policial se amotinó?

COMISARIO: ¿Dónde?

EMPRESARIO 4: ¡Sí, se amotinaron! *(Hace señas hacia fuera)*. ¡Ustedes, vengan!

Entran Los Custodios también vendados.

PERIODISTA 2: ¿Es verdad que están amotinados?

CUSTODIO 1: Sí. No queremos más lola.

CUSTODIO 2: Pretendemos órdenes claras para el bien de la gran familia policial.

COMISARIO: ¿Órdenes, cuáles órdenes?

EMPRESARIO 3: ¡Esto se llama anarquía!

EMPRESARIO 2: ¡Desgobierno!

EL OBISPO: ¡Calma, calma!

EMPRESARIO 4: ¡Todo se resolvería con un poco de mano dura! Pero siempre dentro de la ley, claro.

CUSTODIO 1: Cuando estaba Él era otra cosa.

PERIODISTA 3: ¿A quién se refiere?

CUSTODIO 1: Al “Duro”. ¡Ese sí que sabía dar órdenes!

PERIODISTA 2: Pero ese señor está siendo procesado por delitos graves.

CUSTODIO 2: ¡Qué graves! Algunos muertos, nada más.

PERIODISTA 1: Y está acusado, además, de robar los bienes de sus víctimas.

CUSTODIO 2: ¡Habladurías!

COMISARIO: ¿Dónde?

EMPRESARIO 2: ¡Hay que destruir a ese incompetente!

PERIODISTA 3: ¿Qué pide el personal policial?

CUSTODIO 1: *(Lo dice como “de memoria”)*. Visto y considerando los luctuosos sucesos sucedidos provocados por sujetos individuos sospechosos pedimos dos puntos primero paréntesis guión que el señor comisario renuncie...

COMISARIO: ¿Dónde?

EL OBISPO: *(Al Comisario)* Resígnese señor comisario, es mejor.

CUSTODIO 1: Segundo paréntesis guión aumento de sueldos coma tercero paréntesis guión cascos más resistentes coma cuarto paréntesis guión balas de verdad quinto paréntesis guión un jefe con las balas bien puestas punto y aparte no hay más comas.

PERIODISTA 1: ¿Y usted, señor obispo, qué piensa?

EL OBISPO: Que hay que proteger a esa pobre gente...

PERIODISTA 1: ¿A los cirujas?

EL OBISPO: No. Me refería al personal policial que arriesga sus vidas.

Entra El Intendente corriendo y secándose el sudor. Dos Secretarias lo siguen con gran cantidad de hojas. El Intendente trata de memorizar lo que va a decir pero le cuesta.

INTENDENTE: Un grupo de forajidos... sí... de forajidos infiltrados.

PERIODISTA 1: Señor intendente, ¿qué piensa de lo que está sucediendo en la ciudad?

COMISARIO: ¿Dónde?

INTENDENTE: *(Leyendo)* “La ciudad se encuentra en orden y con sus calles adornadas por nuestros árboles característicos. El perfume de los azahares acompaña al transeúnte y saluda al turista con algarabía...”

EMPRESARIO 2: ¡Es un desgobierno total!

PERIODISTA 4: ¿Qué pasa con el alzamiento policial?

El Intendente, ayudado por sus Secretarias, toma otro papel y lee.

INTENDENTE: “Todo bajo control...”

COMISARIO: ¿Dónde?

INTENDENTE: “Algunos pequeños problemas técnicos nos inducen a solicitarle al Señor Jefe de Policía su alejamiento del cargo”.

COMISARIO: ¿Dónde?

CUSTODIOS: ¡Bravo, bravo... muy bien!

EMPRESARIOS: ¡Bravo, bravo!

INTENDENTE: (*Enfervorizado por la reacción*) “Con lo cual esperamos que el gentil personal policial vuelva a sus puestos”

LOS CUSTODIOS se miran.

CUSTODIO 1: No volveremos mientras no se cumplan los otros cuatro puntos del petitorio.

INTENDENTE: (*Ahora sin leer*). Pero la ciudad es un quilom... digo... (*Lee*). “Existen algunos pequeños problemas a resolver en nuestra querida metrópolis, que todos juntos...”

EMPRESARIO 2: ¡Paguen lo que deben a nuestra empresa!

PERIODISTA 1: La ciudad está prácticamente cubierta de basura, el personal amotinado y un ejército de cirujas que recorren las calles. ¿Qué piensa hacer?

INTENDENTE: (*Lee*). “En breve tiempo llegaremos a un acuerdo amigable con la empresa recolectora a efectos...”

EMPRESARIO 3: ¡El único acuerdo es pagar la deuda!

PERIODISTA 3: ¿De dónde piensa obtener el dinero?

INTENDENTE: (*Leyendo otro papel*). “Nuestra ciudad podría cumplir tranquilamente con sus obligaciones si se pagaran los impuestos que... (*Duda*) que... (*Los Empresarios cuchichean entre ellos*) ... que algunas empresas y algunos empresarios deben...”

EMPRESARIO 1: (*Interrumpiéndolo*) ¡La chusma ha tomado la ciudad y este Señor divaga!

EMPRESARIO 2: ¡Hay que restablecer el orden y la seguridad! ¡Mano dura!

EMPRESARIO 3: ¡Y pagar lo que se debe a quienes servimos a la comunidad!

EL OBISPO: ¡Calma, calma!

CUSTODIO 1: Nosotros seguiremos amotinados.

EX COMISARIO: ¿Dónde?

CUSTODIO 2: Y acuartelados.

Los Custodios se miran y luego salen.

INTENDENTE: (*Atemorizado*) Digo... “Todo se resolverá en forma y tiempo. No permitiremos que una chusma de forajidos subvierta la tranquilidad de esta maravillosa geografía bendecida por la Providencia. Señores: me retiro a mi despacho. Muchas Gracias”.

Sale acompañado por las Secretarias. Los Periodistas corren por atrás

persiguiéndolo. Quedan en escena Los Empresarios; el ya ex Comisario, aún perdido, y El Obispo.

EX COMISARIO: ¿Dónde estamos?

El Empresario 1 y el Empresario 3 lo toman, le revisan los bolsillos, le sacan lo que le quedó del dinero entregado por ellos y lo expulsan hacia fuera de escena.

EMPRESARIO 1: ¡Fuera incompetente!

EMPRESARIO 2: Señores, estamos en problemas.

EMPRESARIO 4: Fue un error contar con inútiles como éste.

EMPRESARIO 3: ¡Ya lo dije! Es necesaria mano dura.

EL OBISPO: Pero con delicadeza. Estamos en democracia. Hay que cuidar ciertas formas.

EMPRESARIO 2: ¡Aquí hace falta alguien como El Duro.

EL OBISPO: Es Verdad. Pero adecuado a la nueva realidad. Precisamente de eso...
(Mira al Empresario 1).

EMPRESARIO 1: Precisamente de eso queríamos hablarles. Él está dispuesto a volver.

EMPRESARIO 4: ¿Volver? ¿Está siendo procesado y le espera la cárcel!

EMPRESARIO 1: ¡Qué confianza en la Justicia, doctor! No se olvide que la Justicia tiene sus tiempos y, a veces, los plazos suelen prescribir.

EL OBISPO: Aunque todo depende de la capacidad de mediación que podamos ofrecer para... *(Hace señas al Empresario 1 para que siga hablando él).*

EMPRESARIO 1: Nos... digo... me he permitido, dada la situación, invitarlo a dialogar con nosotros.

EMPRESARIO 4: ¡No es conveniente que me vean con él!

EMPRESARIO 1: No se preocupe, doctor. Está todo pensado.

EL OBISPO: No hay que rehusar al diálogo, hermano.

EMPRESARIO 1: Mientras los periodistas corren detrás de noticias y personajes que en realidad no cuentan ni pesan, nosotros podemos hablar tranquilamente con Él, es más, El Duro está allí, escondido en aquel auto.

EL OBISPO: ¡Qué casualidad!

EMPRESARIO 1: Él ya está en relación oculta, claro, con los policías amotinados. Además tiene apuro de hablar con nosotros. Puede podrirse en la cárcel ¿no?

EL OBISPO: ¿Por qué rehusar una mano a los desamparados?

EMPRESARIO 2: ¡No demos más vueltas! ¡Llámelo!

EMPRESARIO 1: Será un placer. *(Sale).*

EMPRESARIO 2: ¡El Duro! ¡Ésa es la solución!

EMPRESARIO 3: ¡Orden y seguridad, como antes!

EMPRESARIO 4: No será fácil. Ese hombre tiene serios problemas judiciales. La población lo sabe.

EL OBISPO: La gente sabe olvidar. Dar *vuelta la hoja* y mirar hacia delante.

EMPRESARIO 2: Y si ello no bastara tenemos la publicidad, la propaganda. Una buena campaña publicitaria le lava la cara a cualquiera.

EMPRESARIO 3: Además, ante el desorden generalizado, la misma gente lo aceptará.

EMPRESARIO 4: ¿Y los juicios que tiene pendientes?

EMPRESARIO 2: Hay amigos en todas partes. Hasta en la Justicia.

EL OBISPO: Y siempre viene bien dialogar ¿verdad?

EMPRESARIO 2: Está llegando.

Entra El Duro acompañado por El Empresario 1. Lo acompañan también tres guardaespaldas. Parece un gángster. Tiene desconfianza de todo aunque denota cierto temor.

EL DURO: No es un buen lugar.

EMPRESARIO 1: No se preocupe. La atención pasa por otra parte ahora.

EL DURO: (*Saluda*). Señores, sería conveniente ser breves.

EMPRESARIO 1: Efectivamente. Queremos ofrecerle su retorno a la actividad.

EL DURO: Señores... ustedes saben: tengo problemas.

EMPRESARIO 3: Y nosotros también.

EL OBISPO: Siempre dar una mano a otro ayuda.

EMPRESARIO 1: Así es. Podríamos ayudarnos mutuamente.

EL DURO: Escucho.

EL OBISPO: El hermano escucha.

EMPRESARIO 1: Nosotros podríamos mover influencias y lograr que las injustas causas que le preocupan se esfumen como sueños.

EL DURO: No es simple.

EMPRESARIO 2: Lo sabemos, no son pocas las acusaciones. Pero tampoco lo son nuestras amistades.

EL DURO: ¿Y entonces?

EMPRESARIO 1: Usted podría restituir la tranquilidad a la ciudad una vez resueltos esos problemitas que le aquejan. Tiene una fuerte influencia en el personal policial.

EL DURO: ¿Y los civiles?

EMPRESARIO 2: La publicidad hace maravillas.

EL OBISPO: Casi milagros, yo diría.

EMPRESARIO 2: Lo que es negro puede parecer blanco y al revés.

- EMPRESARIO 3: La ciudadanía necesita certezas, seguridades. ¡Necesitamos protección!
- EMPRESARIO 1: Un fuerte consenso popular, además, puede hacer olvidar sus cuentitas con la Justicia y, de paso, legitimar lo realizado ¿no le parece?
- EL OBISPO: «Dar vuelta la hoja y mirar hacia delante».
- EL DURO: Interesante. Y yo ¿en qué puedo ayudarles?
- EMPRESARIO 3: ¡En limpiar la ciudad de esas ratas!
- EL DURO: Eso podría traerme nuevos problemas. Yo ahora necesito limpiarme.
- EMPRESARIO 1: No es necesario que se haga ver. Oculto, como hasta ahora, puede manejar sus hilos. Cuenta con el respeto policial y tiene a sus muchachos. Nosotros, en tanto, iremos creando las condiciones para que su presencia resulte imprescindible.
- EL DURO: ¿Y una vez aplastadas “las ratas”?
- EMPRESARIO 3: La ciudad deberá pagar su cuenta.
- EL DURO: ¿Y después?
- EMPRESARIO 1: Archivadas las causas judiciales usted puede ocupar nuevamente el centro de la escena llevado de nuestra mano y de una efectiva campaña de propaganda: “Orden y seguridad para todos”.
- EL DURO: ¿Y entonces?
- EMPRESARIO 1: Una vez arriba usted podría lograr que las deudas que nuestras empresas tienen con la ciudad sean perdonadas. Asumidas por toda la comunidad en una palabra. En síntesis, nos ayudamos mutuamente.
- EL OBISPO: Es el camino correcto.
- EL DURO: Interesante. Pero todo esto costará dineros.
- EMPRESARIO 1: Seguramente. Me parece que los colegas están dispuestos a invertir. Claro... para después ganar, se entiende.
- EL DURO: Bien. Hay que crear las condiciones para que la situación se vuelva insostenible. Allí actuaremos. ¿De acuerdo?
- EMPRESARIO 1: (*A los demás*) ¿De acuerdo señores?
- EMPRESARIO 4: Si esos pasos se cumplen, estoy de acuerdo. Pero siempre y cuando no nos salgamos de los carriles institucionales que tanto nos costó conseguir. Soy un hombre de sólidos principios democráticos.
- EL DURO: Ahora todos lo somos.
- EL OBISPO: “Dar vuelta la hoja” y así el alma respirará aliviada.
- EL DURO: Bien, a trabajar, señores. No olviden que el tiempo corre y mis problemitas judiciales no son pocos. Quedan en sus manos ¿de acuerdo?
- EMPRESARIO 1: No se preocupe. Todo saldrá bien.
- EL DURO: Señores... ¡Buenos días!

El Duro y sus secuaces salen.

EMPRESARIO 3: ¡Así se habla! ¡Como un hombre!

EMPRESARIO 1: Hay mucho que hacer.

EMPRESARIO 4: No sé si es confiable.

EL OBISPO: No hay que desconfiar de la palabra del prójimo.

EMPRESARIO 1: Lo es porque le conviene. El futuro dirá si continúa o no en nuestros planes.

EMPRESARIO 2: Por ahora hagamos lo posible para cobrar. Y después que no tengamos que pagar.

EMPRESARIO 4: ¡Qué preguntas interesantes tiene la política! ¿Quién da las órdenes, quién?

Los Empresarios y El Obispo se miran.

APAGÓN

CANCIÓN: *¿Quién da las órdenes, quién?*

¿Quién da las órdenes, quién?

¿Quién le coloca un valor, a tu llanto, a tu vejez,
a tu sombra, a tu querer,
al silencio, a tu después?

¿Quién da las órdenes, quién?

¿Quién elige tus palabras,
quién te viste, te maquilla,
quién te acepta, te rechaza,
quién te *institucionaliza*?

¿Quién da las órdenes, quién?

¿Quién premia como mejor,
al obsecuente, al traidor,
al cobarde, al inconstante,
al malevo, al trepador?

¿Quién da las órdenes, quién?

ESCENA V

Basural. Amanecer. Entra La Papelera. Inmediatamente después La Transparente..

LA TRANSPARENTE:

¿Y lo' otros?

LA PAPELERA: Ya van a i' saliendo.

LA TRANSPARENTE:

Algo raro está pasando.

LA PAPELERA: ¿Por qué?

LA TRANSPARENTE:

¿No te has dao cuenta? Hace días que nadie nos molesta.

LA PAPELERA: La cana sigue acuartelada.

LA TRANSPARENTE:

¿Y los afiches?

LA PAPELERA: No sé leé.

LA TRANSPARENTE:

Dicen ORDEN Y SEGURIDAD y están pegau por todas partes. Algo están preparando ésos.

LA PAPELERA: Le preguntemos al Encontrao cuando salga.

Entra El Orgánico.

EL ORGÁNICO: ¿Ya se han desayunao ustedes?

LA PAPELERA: (*Con ironía*) Sí, té con masitas.

EL ORGÁNICO: Está linda la cosa ¿qué no?

LA TRANSPARENTE:

A mí no me gusta nada. Huelo algo raro.

Entra Sólido..

EL ORGÁNICO: ¿Y di' ai, Sólido?

SÓLIDO: Aquí andamos.

LA PAPELERA: Dice La Transparente que pasa algo raro en la ciudad, ¿qué piensan ustedes?

SÓLIDO: La gente no está igual que al principio. Eso es cierto. Nos miran con má' asco que ante.

EL ORGÁNICO: Y bueno... ¿a quién le va gustar mirá a una vieja sucia como ésta, ¿qué no? (*Lo dice por La Papelera*).

LA PAPELERA: ¡Y vo', mezcla de espanto con perro pila!

LA TRANSPARENTE:

¿No se pelien, che! Que aquí nadie está pa' desfiles de moda.

Entran Aserrín y Plastiquito.

PLASTIQUITO: ¡Así una pila de botellas descartables había! ¡Ahí nomá la hemos juntao a todas!

ASERRÍN: ¡Y la madera, no te digo nada!

EL ORGÁNICO: ¡Ahí viene los "Onassis" de la basura!

PLASTIQUITO: ¡Callate pony boliviano!

SÓLIDO: Yo también ando medio preocupau, como dice La Transparente, pasa algo raro en la ciudá.

ASERRÍN: ¿Por qué? Si ahora nadie nos molesta.

LA TRANSPARENTE:

Por eso mismo, eso no e normal.

PLASTIQUITO: No se preocupen, che. Dentro de poco nos vamo a pará pa' siempre.

EL ORGÁNICO: ¿No decía yo? Éste ya se siente magnate.

ASERRÍN: ¿Han visto la pegatina que hay por todas partes?

PLASTIQUITO: ¿Quiénes son eso de "Orden y Seguridad"?

EL ORGÁNICO: Serán de algún partido nuevo.

LA PAPELERA: Hay que preguntarle al Encontrao.

PLASTIQUITO: ¡Capaz que no sabe nada ése! ¡Si está enterraó aquí todo el día!

LA PAPELERA: ¡No hable así del Encontrao, carajo!

PLASTIQUITO: ¡Si tengo razón! ¡Al final somo nosotros lo que andamo por la calle después de todo!

LA TRANSPARENTE:

El Encontrao sabe orientarnos, Plástico. Si no fuera por Él nos sacaríamos los ojos entre nosotros.

PLASTIQUITO: A mí no me convence que repartamo así las cosas. Aquí hay mucho que no les gusta laburá. ¡Yo me deslomo, qué tanto!

ASERRÍN: Plastiquito tiene razón. Yo hi visto a muchos que le esquivan al bulto ¡Varios hombreadore de tutuca hay aquí! ¡Total ahora tenimo abundancia!

PLASTIQUITO: Después de todo nosotros lo hemos criaó al Encontrao. Si no fuera por nosotros ahora nos estaría mirando de arriba.

LA PAPELERA: ¿Y eso qué tiene que ve'? Yo y muchas otras li hemos dau de mamar y hemos sacau de la basura las ropitas y las cosas que necesitaba. Después hemo visto que era diferente y que sabía hacé milagros.

ASERRÍN: ¡Qué milagro ni milagro! ¡Ésas son tonteras de vieja! Ése lo que quiere es que lo sigamo manteniendo. ¡Que labure, qué mierda!

LA TRANSPARENTE:

Si no puede ¿qué no ve' como e'?

PLASTIQUITO: ¿Y El Decidor? ¿Cuánto come el grandote ese? Y todo pa' que El Encontrao se dé a entendé. ¿Por qué no viene a laburá ese también?

EL ORGÁNICO: El Encontrao no puede quedase solo. Él lo atiende y es el único que lo puede entender.

ASERRÍN: ¡Linda lotería ha ganaó el grandote ese! Un día ha aparecido por aquí,

como caído del cielo, sin nada y con ese puñal raro. ¡Y qué rápido se ha ubicado! Primero parecía que era mudo, pero bien lo ha visto a El Encontro, ha empezao a hablá como ametralladora. ¡Ése sí que ha sío un milagro! Pero de conveniencia. ¡Pa' no laburá!

LA PAPELERA: Callate! ¡Vamo a ve' si te da el cuero pa' decirle eso de frente!

ASERRÍN: ¡Claro que le vuá decí, ya va a ve'!

PLASTIQUITO: La cosa aquí debería ser que los que má' laburemos, ganemos má'. Los que má' juntamo, má' vendemo ¡qué tanto!

SÓLIDO: ¡Está llegando El Encontro!

Cada uno emite el sonido de cada clan. Los demás cirujas van apareciendo. Silencio. Luego aparece la imponente figura de El Decidor cargando a El Encontro.

EL DECIDOR: “Es mejor comenzar escuchando”.

Momento de tensión. Silencio de los cabecillas. Miradas que se cruzan.

LA PAPELERA: Encontradito, queremos sabé' si va a pasá' algo malo, porque si bien es cierto que ahora no nos joden yo huelo cosas raras.

EL DECIDOR: “Muchas cosas van a pasar. Y ya están pasando. Afuera y aquí también”.

Miradas.

LA TRANSPARENTE:

Han apareció carteles por todas partes. ¿De quiénes son?

EL DECIDOR: “Los verdaderos poderosos están ocultos y traman para dar el zarpazo”.

SÓLIDO: ¿Y con nosotros, que va a pasá', Encontradito?

EL DECIDOR: “Depende de nosotros mismos. Aunque aquí no todos dicen lo que piensan”.

Las miradas de los cabecillas van hacia Aserrín y Plastiquito. Silencio cargado de tensión.

PLASTIQUITO: Yo... yo quiero decí' que aquí no todo laburamos por igual... que hay algunos que no hacen nada, y que... que... (*Inventando*) quieren cortarse solos. ¡Hay que poné' orden, qué tanto!

EL DECIDOR: “Hay que tener paciencia”.

ASERRÍN: (*Animándose*) ¿Paciencia? ¡No es justo Encontro! ¡Mientras tenimo paciencia hay pícaros que se aprovechan!

LA TRANSPARENTE:

¿Quiénes son? ¡A ver, señalalos!

ASERRÍN: No, no... (*Dudando*) ¡Yo no soy botón, no soy traicionero!

EL DECIDOR: “Llegará el tiempo de las traiciones”.

LA PAPELERA: ¡Qué hacemos Encontro?

EL DECIDOR: “Salir a la calle, como siempre. Y estar unidos. Eso es lo único que nos defenderá”.

El Decidor gira con El Encontrao en brazos y vuelven al lugar desde donde han llegado. Los cirujas comienzan a dejar el lugar. Plastiquito y Aserrín, que han quedado mirándose van demorando la salida hasta quedar solos. Con precaución se apartan y hablan bajo.

PLASTIQUITO: Seguí acaparando a escondidas, como hasta ahora.

ASERRÍN: ¿Y si lo otro se dan cuenta?

PLASTIQUITO: ¡Que se den cuenta despué de todo! Nosotros recoletamo más que todo ello junto.

ASERRÍN: Yo digo por si alguno se quiere juntá' con nosotros. Con lo que somo ya e' demasiado.

PLASTIQUITO: Tení razón. Tenimo que hacé la nuestra con disimulo. Y tratá de vendé en el mismo día a los corralones.

ASERRÍN: ¡Ahí está el peligro! ¡Ahí se pueden enterá'!

PLASTIQUITO: No se van a enterar si nosotros vendemo un poco más barato. Los corralones no nos van a batir, no les conviene.

Por un costado aparecen los tres gángsters que acompañaban a El Duro.

SECUAZ 1: (*A Plastiquito y Aserrín*). ¡Ey, muchachos, vengan!

Los dos se aproximan.

SECUAZ 2: ¿Ustedes juntan la basura, no?

ASERRÍN: Sí.

SECUAZ 1: Vos sos el Aserrín, ¿verdad?

ASERRÍN: Sí.

SECUAZ 2: ¿Y a vos te dicen Plastiquito?

PLASTIQUITO: ¿Y ustedes quiénes son?

SECUAZ 1: Queremos proponerles un negocio. Sabemos en qué andan y qué ocultan ustedes.

Plastiquito y Aserrín se miran. Están incómodos.

PLASTIQUITO: ¿Qué negocio?

SECUAZ 1: También sabemos que aquí no les conviene hablar. Acompañennos. Les va a interesar.

Plastiquito y Aserrín se miran. Con la cabeza asienten. El Secuaz 1 sale con ellos. Por un instante El Secuaz 2 y El Secuaz 3 quedarán en escena.

SECUAZ 2: ¿Adónde lo esconderán al defectuoso ese?

SECUAZ 3: Ya le va a llegar el momento. El Duro ya ha planificado todo. Y por lo que parece no hemos comenzado mal.

Salen.

APAGÓN

Canción: Pedacitos del después

Somos todos pedacitos del después,
tierra que lloverá,
silencio que no será.
Somos todos pedacitos del después,
visitantes olvidados,
caminantes visitados,
somos todos pedacitos del después.

Imaginados por otros,
dos veces nosotros,
somos todos pedacitos del después.

Retazos de ilusión,
fragmentos de pasión,
somos todos pedacitos del después.

Palabra que no dirá,
presencia que quedará,
somos todos pedacitos del después.

Luces de oscuridad,
noches de claridad,
somos todos pedacitos del después.

Todos somos,
pedacitos del después.

ESCENA VI

Basural. Atardecer. Desesperada entra corriendo La Transparente con otras dos cirujas.

LA TRANSPARENTE:

¡Encontradito, Encontradito, salí, salí por favor!

CIRUJA 1: ¡Te necesitamos, Encontradito!

CIRUJA 2: ¡Somos nosotras, salí, por favor!

LA TRANSPARENTE:

¡Ha pasado algo terrible!

La figura de El Decidor entra sin El Encontradito..

LA TRANSPARENTE:

¡Decidor, necesitamos hablar con el Encontro! ¡Han matado al Orgánico!

CIRUJA 1: ¡Está muertito, pobrecito!

CIRUJA 2: ¡Le han reventao la nuca!

El Decidor sale con premura hacia el lugar desde donde vino.

LA TRANSPARENTE:

¡Cálmense, ya va a venir El Encontro!

CIRUJA 1: ¡Nosotras hemo visto todo, todo!

CIRUJA 2: Tengo miedo, Transparente. Nos van a matar.

Se abrazan y lloran. Aparece El Decidor con El Encontro en brazos.

LA TRANSPARENTE:

¡Recién lo han asesinao al Orgánico! ¡Ellas han visto todo!

CIRUJA 1: ¡Por la espalda lo han matao!

CIRUJA 2: Yo los conozco. Son de la Policía, pero estaban de civil.

CIRUJA 1: El Orgánico estaba paradito esperando que le dieran las sobras en una casa.

CIRUJA 2: Nosotra estábamo en la vereda de enfrente. Un auto cargado de tipos se ha parao y tres se han bajao con pistolas. ¡Y ahí nomá, sin decir nada, le han tirao!

CIRUJA 1: Después han gritao que era un ladrón, que estaba robando. Y cuando han visto que estábamo nosotra también nos han apuntao, pero no nos han disparao.

CIRUJA 2: Nos han dicho que si no dejábamo de juntá la basura íbamo a ser las próximas.

CIRUJA 1: ¡Y que uno a uno nos van a i' matando a todos!

LA TRANSPARENTE:

¿Qué tenimo que hacé Encontro?

Por otro lado de la escena entra El Sólido corriendo y tomándose del estómago. Tres cirujas, un hombre y dos mujeres, lo acompañan.

CIRUJA 3: ¡Lo han baleo, lo han baleo!

CIRUJA 4: ¡Le sale sangre, Encontro! ¡Hay que curarlo!

El grupo de cirujas rodea a El Sólido. Tratan de atenderlo.

CIRUJA 5: ¡Sin que haga nada le han tirao!

SÓLIDO: ¿Me vuá a morí, Encontrao, me vuá a morí?'

EL DECIDOR: «No, Sólido. Te curarás. ¡Véndenlo!».

CIRUJA 3: ¿Y con qué?

LA TRANSPARENTE:

¿Andá a traer esas vendas usadas de los hospitales que la empresa tiraba aquí!

La Ciruja 2 se introduce en la montaña de basura.

CIRUJA 1: Tengo miedo Encontrao. ¡No quiero que me maten como al Orgánico!

Se produce un momento de desesperación general.

CIRUJA 4: ¿Nos van a matar a todos, Encontradito?

CIRUJA 5: ¡Hacé algo, por favor!

CIRUJA 1: ¡Uno a uno nos van a ir matando!

EL DECIDOR: “Es gente de El Duro”.

LA TRANSPARENTE:

¿Del Duro?

EL DECIDOR: “Están haciendo todo para que vuelva”.

LA TRANSPARENTE:

¿Y cómo va a volver? ¿Qué no tiene que estar preso ése?

EL DECIDOR: “¡Aquí las cosas no son así!”.

La Ciruja 2 ha regresado con las vendas. Atienden a El Sólido.

LA TRANSPARENTE:

¿Y qué vamos a hacer, Encontradito? El Duro es un asesino. ¡Nos van a perseguir sin piedad!

EL DECIDOR: “El momento es diferente. Quieren que vuelva pero limpiándolo. No hay mejor premio para un delincuente que el olvido de lo que hizo”.

Se escuchan lamentos desde afuera. Un buen número de cirujas trae el cuerpo de El Orgánico. Llantos y temor general.

LA PAPELERA: ¡Lo han matao, pobrecito, lo han matao!

CIRUJA 6: Era buenito El Orgánico, buenito.

Entran Aserrín y Plástiquito.

CIRUJA 7: ¡Pobrecito, pobrecito!

LA PAPELERA: ¿Adónde lo enterramo, Encontradito?

EL DECIDOR: “Aquí, donde ha nacido”.

LA PAPELERA: ¡Bendecilo, bendecilo!

EL DECIDOR: “No ha tenido ni un nombre ni un lugar ni ha sido considerado importante. Pero ha vivido y eso no debería ser poco para el futuro”.

Silencio. Los cirujas cargan a El Orgánico y lo llevan atrás de la montaña de basura.

EL DECIDOR: “No es conveniente seguir juntando la basura ahora”.

Silencio. Miradas entre Aserrín y Plastiquito.

ASERRÍN: ¿Por qué Encontrao? Este e’ nuestro momento. Vo’ mismo lo has dicho.

EL DECIDOR: “Es peligroso”.

PLASTIQUITO: ¡Peligroso pa’ los que quieren robá! ¡No para nosotros!

LA TRANSPARENTE:

¡Ni El Orgánico ni el Sólido estaban robando!

PLASTIQUITO: ¿Y cómo sabí vo’?

CIRUJA 1: ¡Nosotra hemos visto todo! ¡El Orgánico no ha hecho nada!

CIRUJA 4: ¡Al Sólido también le han tirao sin motivo!

PLASTIQUITO: ¡Eso dicen ustede porque son tan ladrones como ellos! ¡En vez de juntá, roban!

El Sólido, herido, quiere reaccionar.

SÓLIDO: ¡Hijo de puta!

Los demás lo sujetan.

LA PAPELERA: (*Señalando a Plastiquito y a Aserrín*). ¡Ustede dos hace rato que andan tramando algo!

ASERRÍN: ¿Qué decí, vieja ¡mierda? Nosotros laburamo pa’ que otros se rasquen.

PLASTIQUITO: ¡Ademá so somo lo único que pensamo así! ¡Aquí hay mucho que están con nosotros! ¿O no?

Tensión. Algunos cirujas se colocan del lado de Aserrín y Plastiquito.

LA TRANSPARENTE:

¡Éstos quieren dividirnos, no les hagan caso!

CIRUJA 8: ¡Nosotro queremos segu’ juntando!

CIRUJA 9: ¡A nosotros nadie nos ha atacaó ni nos ha hecho nada!

CIRUJA 10: ¡Éstos habrán hecho algo raro, por eso les han tirao!

Algunos cirujas reaccionan. Se produce una lucha entre los dos grupos. Sin embargo, la mayor parte de los cirujas permanecen neutrales al combate. Un potente grito gutural de El Encontrao detiene la lucha. Los dos grupos se separan expectantes. Silencio tenso.

PLASTIQUITO: Nosotros se vamo de aquí. Querimo progresá. Trabajá pa’ nosotros. ¡Qué tanto!

El grupo que sigue a Plástiquito y Aserrín comienza a abandonar el lugar. Varios "neutrales", con dudas, también los acompañan. Los que quedan son menos de la mitad.

LA TRANSPARENTE:

¿Qué vamos a hacer Encontradito?

EL DECIDOR: "Esperar. Lo único que vamos a juntar, cuando comience a faltar es comida. Es peligroso intentar otra cosa".

LA PAPELERA: ¿Pero así no le dejamos campo libre al Aserrín y al Plástico?

EL DECIDOR: "Es posible. Pero eso no tiene futuro. La traición es traicionable. A la Empresa no le conviene que alguien recolecte. Los están usando para dividirnos".

LA TRANSPARENTE:

¿Cuál va a ser el final de todo esto, Encontradito?

EL DECIDOR: "El final depende de cada uno de nosotros. Se gane o se pierda".

El Decidor gira con El Encontrao. Los cirujas se miran.

APAGÓN

VII ESCENA

Atardecer. Basural. Entran ocho secuaces con El Duro. Éste viene apurado por El Actor.

SECUAZ 1: El basural es inmenso.

SECUAZ 2: Estas ratas no aparecen por la ciudad. Parece que se los tragó la tierra.

SECUAZ 3: Están escondidos aquí. En túneles de basura.

EL DURO: ¡Ya van a ver como van a salir!

EL ACTOR: (*Reclamando*). Tengo que seguir con mi clase, Señor. ¡Y en este lugar!

EL DURO: Sí, aquí. Para eso pago. ¿O no?

EL ACTOR: Usted paga y yo respondo. Tanto que tengo que venir a enseñarle mi arte a esta inmundicia.

EL DURO: No dispongo de otro momento y el tiempo apremia. ¡Hay que detectar dónde se esconden y sacarlos de sus cuevas! ¡Por las buenas o por las malas! ¡Vamos, revisen el lugar!

Los Secuaces se diseminan por el espacio.

EL ACTOR: Bien, estábamos en la posición conveniente para hablar de pie al público. Por favor...

El Duro se coloca en posición "teatral".

¡Tiene que demostrar seguridad, firmeza pero también cierta capacidad

de comprensión y de paciencia. Casi un padre para la gente.
¡Convencerlos de su protección!

El Duro, grotescamente, vuelve a intentarlo.

EL ACTOR: ¡No, no! ¡No es muy convincente! La regla fundamental de la actuación es la convicción. Su propia seguridad ¡Crear en lo que dice!

EL DURO: ¡Antes todo era más fácil! ¡Dos gritos y bastaba!

EL ACTOR: Ahora los tiempos han cambiado. Impera la imagen, la comunicación, llegar al público despertando lo que el público quiere. ¡Hágalo con convicción, si no, nadie le seguirá!

EL DURO: Yo tengo mis convicciones muy firmes pero resulta que ahora tengo que actuarlas.

EL ACTOR: Así de sutil y complejo es el arte de la actuación. No importa lo que usted es sino lo que parece. A eso nos debemos los actores. Tal vez yo no esté de acuerdo con usted, por ejemplo, pero me debo a mi profesión. Usted me paga y, como soy un profesional, hago mi trabajo lo mejor posible y basta. No me pregunto más, conservo mi arte in-con-ta-mi-na-do de las circunstancias pasajeras de la vida. ¡Hago esto por respeto a la excelencia de mi profesión!

EL DURO: ¡Y al dinero, por supuesto!

EL ACTOR: El despreciable dinero nos permite vivir, señor. Pero la recompensa mayor para un actor es el reconocimiento de los otros, de nuestro talento.

EL DURO: ¡Excelente! Entonces basta con que te aplauda y ya estás pagado.

EL ACTOR: Mi estómago, señor, no se alimenta con aplausos. Es mi alma quien se nutre, y ella, que yo sepa, no posee dentadura.

EL DURO: Entonces podrías terminar esta clase conmigo y luego correr a preparar al enemigo mío con tal de ser pagado... y reconocido, claro, por tu *talento*.

EL ACTOR: El gran arte no tiene simpatías políticas. Es delicadamente neutral. Por favor, continuemos, que la hora se pasa y yo soy un profesional. Repita:

El Duro lo hace.

Mejor, mejor. Así, como un gran padre protector.

EL DURO: ¿Y en cuanto a la vestimenta?

EL ACTOR: Tengo amigos vestuaristas, pero podría decirle que conviene mostrarse ante cada uno según la condición de esa persona. En los bajos fondos: una simple camisa y un pantalón, y pruebe, aunque no le guste, lo que comen ellos. En las capas medias: estilo sport y cierto aire de poseer información sobre todo lo que sucede.

Arriba: saco, corbata y whisky, y a sus camaradas: el mismo tono de mando que los hicieron incondicionales. Pero a todos, repito ¡a todos!: sensación de autoridad. ¡Usted es el que sabe ordenar! Es más difícil que así lo traicionen.

EL DURO: (*Entusiasmado*) ¡Continuemos!

EL ACTOR: La sonrisa es importante. Sonría siempre, hasta cuando amenace.

EL DURO: ¿Sonreír? ¿Y cómo?

EL ACTOR: Así.

Lo hace. El Duro intenta pero no consigue.

¡Vamos sonría, sonría!

EL DURO: ¡No había sido tan simple, carajo!

Los Secuaces vuelven con un ciruja a quien traen a empujones.

SECUAZ 1: ¡Mire lo que encontramos, jefe!

SECUAZ 2: Trataba de esconderse, pero logramos atraparlo.

Lo empujan violentamente. El Ciruja cae al lado de El Duro y El Actor. Éste, asqueado, se aparta.

CIRUJA: ¡No Me peguen, no me peguen!

EL ACTOR: (*A El Duro*) Señor, el tiempo de mi clase ha concluido. Ya se lo dije, soy un profesional. Hago sólo mi trabajo y éstas otras cuestiones no me interesan. Mi dinero, por favor.

EL DURO: (*A un Secuaz*) ¡Págale! (*AL Actor*) Mañana seguimos. Quiero estar bien preparado para cuando llegue mi momento.

El Actor, con cierto pulcro disimulo, recibe su dinero. Y, claro, no deja de contarle.

EL ACTOR: Gracias, mil gracias. (*Sale de escena*).

EL DURO: (*Al Ciruja*) ¡A ver! ¿Adónde está ese que le dicen Encontrado?

CIRUJA: No sé, señor.

EL DURO: ¡No me provoqués! ¡Sabemos que él es quien los manda a ustedes!

CIRUJA: Solamente El Decidor sabe adonde está.

EL DURO: ¡Andá a buscarlo a ese tal Decidor, entonces! ¡Le va a convenir que hablemos! ¡Y no tratés de escapar, que tenemos todo rodeado!

El Ciruja, atemorizado, se pierde en la montaña de basura.

SECUAZ 1: ¿Vendrá, jefe?

EL DURO: Le conviene. Están cada vez más aislados. Éstos son los últimos que hay que neutralizar. Con el Aserrín y Plastiquito fue fácil: un poco de dinero, dos prefabricadas y una promesa de trabajo fijo.

- SECUAZ 2: Los que se jodieron fueron los otros.
- EL DURO: ¿Cómo que se jodieron? ¿Están de *vacaciones* quién sabe adónde!
Todos ríen.
- SECUAZ 3: La ciudad está prácticamente en nuestras manos. La gente ya lo está pidiendo, jefe.
- SECUAZ 4: Basura por todas partes, suciedad sin fin, desorden generalizado, la Policía *acuartelada*, aunque algunos salimos a *trabajar*".
Risas.
- SECUAZ 1: Nos hemos convertido en imprescindibles.
- SECUAZ 5: La gente habla de usted como de un salvador.
- SECUAZ 6: Sí, pero ¿y los juicios? Todos necesitamos limpiarnos, jefe.
- EL DURO: Todo se está resolviendo: Los jueces miran para otro lado y han colocado almohadas es sus cajones. El tiempo juega a favor, pero si volvemos arriba será el golpe de gracia. ¿Quién puede objetar el pasado si estamos autorizados por el presente?
- SECUAZ 2: Los Empresarios sí que la hicieron bien.
- EL DURO: A ellos les conviene por ahora. Pero, en verdad, no son nuestros aliados más potentes. Cambian según sus intereses.
- SECUAZ 1: ¿Cómo es eso, jefe?
- EL DURO: Los más importantes para nosotros son esos que no aparecen, los que no se meten, los *ciudadanos comunes*, los que dan vuelta la cabeza y se miran sólo a sí mismos. A éstos tenemos que conquistar.
- SECUAZ 3: ¿Y con estos infelices que están aquí, qué haremos?
- EL DURO: Primero trataremos de persuadirlos por las buenas. Y si no entienden... ¡tierra quemada!, mejor dicho: ¡basura quemada! Las llamas espantan a las ratas, ¿no lo sabían?
Todos ríen.
- SECUAZ 4: Las autoridades están tambaleando.
- EL DURO: Tienen que pagarle la deuda a la empresa. Ya están negociando. Como parte de pago la ciudad le donó estas tierras a la empresa. Ahora falta la otra parte en dinero. Pero, aunque lo reciba, la empresa no reanudará la recolección. Así, la rabia de la población, sepultada de basura, crecerá aún más. Entonces nosotros seremos la opción para todos. Por eso es importante terminar ahora mismo con los únicos que pueden complicarnos si vuelven a las calles.
- SECUAZ 5: Espero que todo termine rápido, jefe. La verdad es que ya no se puede caminar por la ciudad.

SECUAZ 2: El olor es insoportable.

SECUAZ 3: ¡A las cucarachas, hay que saltarlas!

EL DURO: Limpiaremos todo. Y no sólo la ciudad, también el pasado, el presente y el futuro, porque también se trata de asegurarnos el futuro.

Del fondo de la montaña de basura aparece El Decidor. Avanza hacia el grupo. Silencio.

¿Vos sos El Decidor?

El Decidor permanece impassible.

¿Y tu jefe, adónde está?

El Decidor no hace nada. Luego del silencio, Los Secuaces se mueven incómodos.

¿Queremos hablar con él, carajo!

Los Secuaces quieren abalanzarse sobre El Decidor pero éste no se mueve. El Duro los detiene con un gesto. Pide un megáfono.

¡Salgan todos, salgan que es mejor para ustedes! Sabemos que están escondidos entre la basura. El lugar está rodeado y no nos costaría mucho prenderle fuego a todo! ¡Salgan y escuchen lo que voy a proponerles! ¿O prefieren morir achicharrados? ¡Están solos y cada vez son menos!

Poco a poco comienzan a aparecer algunos cirujas. Los Secuaces están atentos con sus armas.

¡Así, así comienza a ser mejor! Pero, ¡los quiero a todos aquí! ¡Salgan que vamos a llegar a un acuerdo!

Paulatinamente salen todos. También La Papelera, La Transparente y, ayudado por otros, El Sólido, aún herido. La figura de El Decidor queda en el centro.

La única salida para ustedes es irse de aquí. Estas tierras, ahora, son de la empresa. Tengo permiso para prenderle fuego a todo, o traer cinco o seis topadoras y enterrarlos vivos. No les conviene seguir detrás de ese loco que los está engañando. Los que se separaron de ustedes se fueron y ahora tienen sus casas y trabajo fijo. Eso les ofrezco. Todos pueden mejorar sus vidas. Además no tiene otra posibilidad. ¡Los que quieran salvarse pueden empezar a salir por este lado! ¡Afuera mis hombres los anotarán para que se les dé, después, lo que les prometo. ¡Y los que quieran quedarse piensen que tienen media hora para decidirse! Después actuaremos nosotros y ustedes saben bien que, a mí, la mano no me tiembla.

Los Cirujas, atemorizados, se miran entre ellos. Luego miran a El Decidor que permanece impassible. Primero uno, después otro y luego otro, comienzan a salir.

LA TRANSPARENTE:

¡No les van a dar nada! ¡Los están engañando!

EL DURO: ¡Así está mejor! ¡No se van a arrepentir de salvarse la vida! ¡Yo puedo hacer mucho por ustedes!

LA TRANSPARENTE:

¡Nosotros para ellos no somos nada! ¡No les crean!

Sin embargo, poco a poco, se van casi todos. También el Sólido ayudado por otros. Sólo quedan La Transparente, La Papelera y El Decidor.

EL DURO: ¿Y ustedes? ¿Quieren pensarlo todavía? No crean que podrán escapar ni sacarlo al loco ese. El lugar está totalmente cercado y en media hora comenzarán los *fuegos artificiales*. ¡Ustedes son basura y si quieren terminar entre la basura, yo les puedo hacer el favor!

El Duro y sus hombres salen. Ya es noche. Silencio. El Decidor vuelve hacia el interior de la montaña de basura...

LA TRANSPARENTE:

Nos van a matar. Nosotros no somos nadie.

LA PAPELERA: El Encontrao dice que como un pedacito del después.

LA TRANSPARENTE:

¡Quién sabe! Quizás haya tantos después...

LA PAPELERA: A nosotra nos ha tocao esto. No hemos hecho mucho pero yo en la vida hi' juntao de todo lo tipo de papele. Me lo conozco a todos. Ya soy de papel y si me prenden fuego, por primera vez, voy a volá' hecha ceniza.

LA TRANSPARENTE:

Yo no me quiero morir, Papelera. Alguien tiene que seguir para contar todo esto.

Entra El Decidor con El Encontrao en brazos. Las dos mujeres corren hacia ellos y se arrodillan, llorando. El Encontrao, con dificultad, les acaricia la cabeza. Luego mira a El Decidor.

EL DECIDOR: "Váyanse".

LA PAPELERA: Yo me quedo o me voy con vo', Encontradito. So' como mi hijo.

EL DECIDOR: "La Transparente tiene razón. Ustedes se quedan para recordar y eso es importante. No olvidar es importante".

LA TRANSPARENTE:

¡Vení con nosotras! ¡En alguna parte nos vamos a arreglar!

EL DECIDOR: “Yo sé por qué estoy aquí. Y sé también lo que va a pasar. Sé por qué me tenía que quedar. Váyanse y cuenten a los que quieran escuchar”.

La Papelera y La Transparente, angustiadas, se miran. La Transparente abraza a La Papelera y la lleva hacia la salida. El Decidor y El Encontrao quedan solos.

EL ENCONTRAO:

(Por primera vez se escucha su voz). Llegaste hasta aquí sin saber hablar, con ese puñal que brillaba y una pregunta en la mirada. Yo entendí y hablé a través tuyo. Después de hacer lo que es necesario hacer, caminarás de nuevo por el mundo, solo y sin palabras, con la misma pregunta en los ojos y una certeza en el corazón. Encontrar a Otro, como a mí, para prestarle tu Eternidad a cambio de la Palabra. Y así, quizás alguna vez, tu andar se detendrá para siempre. Y el amor no será más una palabra imposible.

Ahora, hazlo. Es necesario para poder comenzar a buscar a Otro. El puñal seguirá uniendo nuestras sangres a través de los siglos hasta que el Tiempo empiece de nuevo y no sea necesario usarlo para encontrar al Amor.

El Decidor saca el puñal de sus ropas, deposita el cuerpo de El Encontrao en la basura. Lo observa un instante y luego de un certero golpe, lo ultima. Una lágrima contenida se disuelve entre los desperdicios. El Decidor tapa el cuerpo de El Encontrao con papeles. Por el mismo lado que entró al comienzo, aparece La Mujer. Ambos se miran. El Decidor se acerca con el puñal en la mano. La Mujer extrae el mismo trapo ensangrentado que envolvía al puñal en la primera escena. La música también es la del comienzo. La Mujer extiende sus brazos ofreciendo el pedazo de tela. El Decidor deposita allí el puñal ensangrentado. La Mujer lo envuelve. Se miran intensamente. Luego, cada uno sale de escena por costados opuestos. Inmediatamente después se escucha en off el megáfono con la voz de El Duro.

EL DURO: *(En off)* ¡El plazo ha terminado! ¡Prendan fuego, carajo!

Se escucha el ruido del fuego que, estruendoso, comienza a crecer mientras las luces que iluminan el basural y el montículo que cubre al cuerpo de El Encontrao se van desvaneciendo. Con ello llega el

FINAL

El pañuelo

> el pañuelo

El pañuelo se estrenó el 5 de setiembre de 1991 en El Patio de mi Ciudad, plaza de la ciudad de San Miguel de Tucumán, Argentina, en el marco de una demostración de repudio a la candidatura del general Bussi a la Gobernación de esa provincia.

Algunas imágenes poéticas de este texto pertenecen a integrantes de Madres de Plaza de Mayo.

PERSONAJES

ELLA

EN EL ESCENARIO UNA SILLA. SOBRE ELLA, EXTENDIDO, UN PAÑUELO BLANCO QUE TIENE BORDADO UN NOMBRE Y UNA FECHA. DE LA OSCURIDAD, POCO A POCO E INTENSAMENTE, UNA MUJER DE CIERTA EDAD SE ACERCA. SE DETIENE. DUDA. POR MOMENTOS PARECE QUE QUIERE VOLVER ATRÁS, PERO SE SOBREPONE Y CAMINA DECIDIDA HACIA LA SILLA. MIENTRAS MILES DE IMÁGENES Y RECUERDOS PASAN POR SU MENTE, ALZA EL PAÑUELO Y LO ACARICIA TIERNAMENTE. CON ÉL ENTRE LAS MANOS SE SIENTA. MOMENTO DE ACTIVA INMOVILIDAD. LUEGO, SACA UNA TIJERA Y CON DECISIÓN, PERO SUAVEMENTE, CORTA UN HILO DEL NOMBRE BORDADO. LUEGO OTRO Y DESPUÉS OTRO. A PARTIR DE ESTE MOMENTO CADA CORTE, CADA TIRÓN ES COMO UN PEDAZO DE VIDA QUE SE LE VA. SOBRE LA INTENSIDAD DE LA ACCIÓN SURGE EL TEXTO.

ELLA: Me han aconsejado que no piense demasiado mientras lo hago. Que intente no sufrir. La verdad es que ya no sé si todavía sufro, a veces las palabras son tan pequeñas, tan inservibles... (*Cobra fuerzas y continúa*). Es como matarte. O matarme, no sé. Cuando bordaba en este pañal hecho pañuelo, tu nombre y la fecha en la que te llevaron, sentía la necesidad de lograr que no seas olvidado nunca. Que tu nombre y tu historia sean un grito que nadie pueda apagar. Trataba que las letras fuesen claras, grandes, grandes, bien visibles. Tenía la escondida esperanza de que alguno me dijera dónde estabas, adónde te habían llevado, qué te habían hecho. Habría sido un bálsamo para mí aunque sea saber que estabas mal, pero que estabas. Nada, hijo, nada. Sólo informaciones falsas, entrevistas inútiles, juegos terribles. Todavía cada noche me acuesto a esperar que el amanecer me descubra escuchando los ruiditos que hacías todas las mañanas cuando desayunabas: esa cucharita que caía, aquella taza movida, ese pan mordido. Pensar que entonces no tenían casi significado y ahora daría la vida por volver a escucharlos.

Se detiene en el recuerdo. Luego, decidida, continúa desbordando.

Anoche soñé que me soñabas. Estabas en un mar de aguas lentas, con los muslos atados a las algas. Pero yo sentía que tu cuerpo estaba cálido, que no tenías tristezas. Sonreías.

Me soñabas bajando a reconocer tus manos, a retirarte como cuando te buscaba de la escuela y vos no querías que tus compañeros supieran que volvías a casa de la mano de tu madre. Pero en el sueño me mirabas a los ojos y los dos leíamos la alegría del encuentro. Estabas desnudo, como un niño, y no había pelos en tu cuerpo. Me hablabas despacio, como siempre, pero... tu voz era de lluvia. En el fondo del mar llovía tu voz sobre mi cuerpo. Me contabas de un viaje que habías hecho y que querías volver a cuidarme los malvones. Esos que te enseñé a regar cuando para vos la vida era una pelota.

En el sueño no pesabas, hijo, no pesabas. Yo te levantaba en mis brazos y subíamos... subíamos quién sabe adónde.

Hubiera querido seguir soñando para siempre pero el amanecer no conoce esas esperas. Otro día ha comenzado sin tenerte y frente al espejo, de nuevo, he sentido que me he olvidado de envejecer, que mi vida, desde que no estás, tiene el sentido de tu lucha. Y no ha sido fácil sentirlo. Nada fácil. Nunca me hubiera imaginado haciendo lo que hice para saber qué te había pasado.

Cuando casi todos daban vuelta la cabeza, unas cuantas que como yo ahora desbordamos estos pañuelos, saltábamos los obstáculos de la muerte, del peligro, de la indiferencia. Hasta escribíamos en los billetes las cosas terribles que pasaban para hacer que, de mano en mano, el dinero, ¡mirá vos!, comunicara las noticias. No había otra forma de pedir ayuda a la gente. ¿Te das cuenta? ¡Imaginándome esas cosas cuando antes sólo pensaba que mi vida tenía el límite de las cuatro paredes de la casa...!

La casa... nuestra casa parece más sola, hijo, no sólo porque no estás, sino también porque muchos de los que antes venían, ahora ya no vienen. Parientes, *amigos*... parece que vivimos épocas donde el llanto *también* es subversivo. Han quedado los verdaderos. Esos que no tienen la mirada vacía. Es mejor. Y yo sé que vos dirías: "Claro que es mejor".

Vos sabés que desbordando tu nombre no te olvido. ¡Cómo voy a olvidar tus pasos, tu crecer, tu aturdimiento de joven, tu timidez incalculable! ¡Cómo voy a olvidar que cada día tenía la mansedumbre serena de tu voz! ¡Cómo olvidarme de tus primeras palabras, y de las últimas! ¡De tus angustias que entonces me parecían tan lejanas y de tus alegrías que tantas veces me costaba compartir! ¡Cómo el olvido puede quemar tus poemas de amor, tus pequeñas

ingenuidades y la madurez de saber que era necesario luchar por los demás!

Desbordo tu nombre pensando en el día en que lo elegí cuando todavía habitabas en tu cuerpo. Desbordo cada letra imaginando la mujer que no tuviste, el hijo que no te alegró, los domingos que no vendrás. Desbordo tu nombre al mismo tiempo que construyo la fortaleza de tu recuerdo, porque no estoy renunciando a vos, hijo querido, ni a la denuncia del abismal día en que te secuestraron, pero sí renuncio definitivamente a tu muerte y a mi exclusividad sobre tu vida, porque es tu vida la que me ha hecho comprender que mi vagina no ha parido un solo hijo, que mis oídos no han sentido un solo llanto, que no he sido penetrada por la irrepitible sensación de tu presencia.

Estoy encinta de sesenta mil ojos, de miles de latidos. Mis entrañas bullen de sexos, de manos, de pupilas. No espero a un solo hijo. Son miles los que daré a la vida... porque, ¿sabés?, sobre la infinita blancura sin nombres de este pañuelo pariré a todos los que se llevaron y no sólo a ellos. No me olvidaré de ninguno. Todos serán mis hijos porque ellos me han dejado embarazada para siempre.

*Continúa desbordando mientras la luz se va escapando lentamente y con ello llega el **final**.*

Allá

> allá

Fue escrita en 1991 y aún no ha sido estrenada.

Los datos históricos sobre la vida de Severino Di Giovanni fueron tomados de *Severino Di Giovanni, el idealista de la violencia*, de Osvaldo Bayer, autor al cual es un deber agradecer por su aporte a la historia que se les quiere ocultar a los argentinos.

PERSONAJES

SEVERINO DI GIOVANNI

MARIO

AYUDANTES

EN EL ESCENARIO VACÍO HAY DESPARRAMADAS VALIJAS Y BOLSOS DE VIAJE. RESPONDEN A TIEMPOS DIFERENTES. ALGUNAS SON DE PRINCIPIOS DE SIGLO -DÉCADA DEL 20-. OTRAS CORRESPONDEN A LA ACTUALIDAD. TAMBIÉN HAY ESPARCIDOS DIVERSOS OBJETOS: PAPELES, PERTENENCIAS VARIAS, ETC. QUE LOS PERSONAJES IRÁN USANDO SEGÚN LAS CIRCUNSTANCIAS.

LOS PROTAGONISTAS PERTENECEN A TIEMPOS DIFERENTES. SE TRATA DE SEVERINO DI GIOVANNI, PERSONAJE QUE VERDADERAMENTE EXISTIÓ, ITALIANO ANARQUISTA FUSILADO EN 1931, Y MARIO, PERSONAJE DE FICCIÓN, JOVEN ARGENTINO EMERGENTE DE LOS AÑOS ACTUALES.

INTERVIENEN, ADEMÁS, LOS AYUDANTES -CUYO NÚMERO DEPENDERÁ DE LA DIRECCIÓN DE LA PUESTA- QUIENES INTERVIENEN EN LA TRAMA INTERPRETANDO DISTINTOS PERSONAJES Y ACOMODANDO LOS OBJETOS DE UTILERÍA Y DE ESCENOGRAFÍA A LA VISTA DEL PÚBLICO. FUNCIONAN COMO NEXO ENTRE LA FICCIÓN DEL HECHO TEATRAL Y LA REALIDAD QUE LA CREA. ENTRAN Y SALEN DE LA HISTORIA, A VECES SE DIRIGEN AL PÚBLICO COMO NARRADORES O, A VECES, SÓLO SE LIMITAN A PREPARAR LAS CONDICIONES PARA QUE SE DESARROLLE UNA ESCENA ENTRE LOS PROTAGONISTAS.

LA HISTORIA DE LOS PROTAGONISTAS, SEVERINO Y MARIO SUCEDEN EN TIEMPOS DIFERENTES -70 AÑOS APROXIMADAMENTE- PERO COINCIDIRÁN EN EL "AQUÍ Y AHORA" DEL HECHO TEATRAL.

LOS AYUDANTES OPERAN EN AMBOS TIEMPOS UNIENDO, CON SU HACER, LA TRAMA DE LAS HISTORIAS.

DESDE LAS SOMBRAS APARECE SEVERINO.

DESDE OTRO LADO DEL ESCENARIO HACE LO MISMO MARIO.

OBSERVAN LOS BOLSOS Y VALIJAS COMO TAMBIÉN ASÍ LOS OBJETOS Y COMIENZAN A ACOMODARLOS.

SEVERINO: Me dijo Giuseppe que su primo ya encontró trabajo, que allá todo está por hacerse. Son muchos los que de aquí viajan para «hacer la América»...

- MARIO: ¿Podré comenzar allá con 1.000 euros? Dicen que todo es muy caro allá.
- SEVERINO: (*Acomodando y mirando sus libros*) *Al di sopra dell'arco, Verso il nulla creatore...* estos libros del compañero Renzo Novatore no puedo dejarlos aquí, a la espera de la destrucción del fascismo. (*Acomoda otros*) Reclús, Bakunin, Proudhon...
- MARIO: (*Accionando sobre sus cosas*) ¿Adónde carajo puse los compacts? ¿Qué otra cosa tengo que llevar?
- SEVERINO: ¿El material para los compatriotas?... Sí, sí... aquí están. (*Guarda periódicos y volantes*).
- MARIO: El mate, la yerba...
- SEVERINO: Villamagna... Chieti... mi pueblo. ¿Cuándo podré volver a Italia? ¿A ver a mis parientes, a mis hermanos: los compañeros?
- MARIO: (*Elige fotos*). Ésta de los viejos... ésta de Marta... ¿Ésta?... No, no, está no. ¿Para qué? Dicen que cuando menos recuerdos se llevan es mejor, que se va más liviano. Allá habrá que luchar para sobrevivir, pero el esfuerzo vale, seguro que vale.
- SEVERINO: (*Dobla una bandera roja y negra del anarquismo*). Mussolini caerá más tarde o más temprano. Los camisas negras serán una pesadilla olvidada para siempre.
- MARIO: En 15 horas de vuelo estaré en Roma, en Europa, en el centro del mundo. ¿Cómo será vivir allá?
- SEVERINO: Allá también habrá un puesto para luchar. La clase obrera es una sola, no tiene banderas nacionales ni fronteras.
- MARIO: ¿Llevo la agenda con las direcciones útiles? (*Busca*). Sí, aquí está.
Severino se aproxima a uno de los Ayudantes. La "convierte" en su hermana.
- SEVERINO: No pasará mucho tiempo para que nos volvamos a ver, hermana. Ya verás. (*La abraza*).
- MARIO: (*Escribe en una agenda al lado de otro Ayudante, un amigo, a quien dirige la palabra*). ¿Ésta es la dirección de tu amigo en Alemania? Sí, claro. Si tengo la oportunidad me doy una escapada. ¿A vos te escribo aquí, a tu dirección actual, Raúl?
- SEVERINO: (*Al Ayudante*) Espero poder seguir con mi trabajo de tipógrafo en Argentina. Dicen que es un país inmenso.
- MARIO: (*A otra Ayudante que encarnará a su novia*) No te preocupés, mi amor. Trabajo encuentro seguro. No debe ser como aquí.
- SEVERINO: (*A otro Ayudante, un compañero de militancia*) Compañero: ¡Viva la anarquía!
- MARIO: (*A una Ayudante mujer*) Mamá, no te pongás triste. Mirá, en uno o dos años de laburo me junto el dinero para comprarme una casa

aquí, para poder iniciar algo, mantener una familia. Eso aquí no se puede. La guita de ellos vale mucho aquí ahora.

SEVERINO: *(Al Ayudante-compañero)* Es peligroso seguir aquí. Sé que allá son muy activos los grupos antifascistas. Habrá un puesto para luchar y trabajo seguro también. Aquí no se consigue nada.

MARIO: *(A la Ayudante-novia)* Mi amor, ni bien pueda te mando el dinero para el pasaje. Tené confianza. Dicen que, trabajando allá, es muy fácil comprarlo. No como aquí. ¡Confianza, eh!

SEVERINO: *(Al Ayudante-compañero)* América... tierra nueva, tierra de nuevos hombres, tierra para el futuro...

MARIO: *(A la Ayudante-novia)* Y Europa es Europa. Allá está todo: lo nuevo, lo último, lo viejo. Y bueno... son miles de años, ¿no?

Severino ha ido abrazando a sus parientes y amigos. Es un momento de mucha emotividad. Se dirige a su esposa, la misma Ayudante que hizo de hermana y que ahora se transforma en Teresina, mujer de Severino y que viajará también hacia Argentina. Teresina carga a un bebé, Laura, hija de ambos.

SEVERINO: Levantá ese bolso, Teresina, que es más liviano. Laurita ya tiene su peso.

La Ayudante-Teresina lo hace.

MARIO: *(A su novia)* Espero no estar excedido de peso. Dicen que cobran una brutalidad por cada kilo de exceso de equipaje.

SEVERINO: *(Besa a su hija)* Laurita, vamos hacia el otro lado del mundo. Cuando crezcas espero que te reciba un mundo mejor, más humano, más justo. Allá o aquí, eso no importa.

MARIO: *(A los Ayudantes -amigos y parientes- que lo despiden.)* ¡Estúpido el que lllore! ¡Volver es sólo una cuestión de dinero! ¡En avión estoy en horas de vuelta! ¡Las distancias ya no existen!

SEVERINO: *(Con las valijas en las manos. A su lado la Ayudante-Teresina con su bebé en brazos).* Los días en el barco pasarán rápido. *(A los demás que los despiden)* ¡No se preocupen por Laurita, el aire del mar le hará bien! *(Saluda).*

En este momento las escenas simultáneas coinciden. Ambos protagonistas colocan sus valijas y bolsos sobre dos plataformas –avión y barco– que los Ayudantes desplazarán connotando el cruce del océano en sentido contrario. Luego suben ellos. En el caso de Severino lo hace con la Ayudante-Teresina. Mario lo hace sólo.

¡Cómo se va alejando la tierra de uno!...

MARIO: ¡Carajo! *(Mirando hacia abajo, como si fuese en un avión.)* ¡Carajo! Parece que uno no se mueve y van quedando tantas cosas lejos!

SEVERINO: *(A la Ayudante-Teresina)* Mirá el mar. Parece tan tranquilo...

MARIO: *(Mirando hacia abajo)* ¡Uy! Esas cositas blancas, allá abajo, ¿serán espuma?
SEVERINO: ¿Cuántos hombres habrán ya cruzado este mar cargados de tanta ilusiones...?

MARIO: De tantos sueños...

SEVERINO: ... El pan ha sido siempre un horizonte...

MARIO: ¡La guita, la puta, la guita! La guita te expulsa, te recibe, te da vueltas y hace de cada uno lo que se le antoja...

SEVERINO: Llegará el día en que el dinero será algo inservible. Sólo un triste recuerdo en la prehistoria de los hombres...

MARIO: El que no tiene guita no es nadie hoy en día. Hay que hacer guita, no hay otra salida...

SEVERINO: Los hombres serán solidarios en el futuro. Por ello tenemos que luchar hasta el último suspiro...

MARIO: ... A poner el hombro, ¡carajo! A romperse el culo, a ingeniárselas para progresar...

SEVERINO: Los países perderán sus fronteras, sus rivalidades absurdas, las guerras carniceras no existirán más. Por esto, Laurita, luchar hasta el último suspiro...

MARIO: De qué me sirvió estudiar tanto si no puedo hacer, trabajar en mi propio país. Ahora tengo que hacerme un lugar...

SEVERINO: ... A luchar hasta el último suspiro...

MARIO: ... Para hacerme un lugar en este puto mundo.

Sobre estos textos ambos personajes han realizado el cruce, quedando en el lugar en el que había estado el otro antes.

SEVERINO: Esa línea que ven más allá, a lo lejos, será por ahora nuestra patria.

MARIO: ¿Adónde carajo viviré? Espero encontrar rápido algo para alquilar.

SEVERINO: Nuestros compañeros anarquistas nos ayudarán a acomodarnos.

Se supone que han llegado. Los Ayudantes se han colocado en ambos lados y se convertirán en policía de frontera de ambos países. Severino, Teresina y Mario recuperan sus equipajes y los bajan.

MARIO: *(Con problemas para hacerse entender, por el idioma, frente a un Ayudante-policía de frontera)* ¿Pasaporte? Sí, aquí está. *(Lo entrega)*.

SEVERINO: *(Con un problema de comunicación similar)*. ¿Qué cosa? ¿Mi nombre?

MARIO: *(Al Ayudante-policía italiano)* ¿Cómo dinero? ¿Si cuánto dinero traigo?

SEVERINO: *(Al Ayudante-policía argentino)* Severino Di Giovanni, me llamo. Ella es mi mujer: Teresina Masciulli. No, no, no... Mas-ciu-lli, con dos eles.

MARIO: *(Al Ayudante-policía italiano)* Escuche, dinero traigo, pero yo vengo a hacer los trámites de la ciudadanía italiana. Mis antepasados eran italianos, ¿sabe? Emigraron para Argentina hace muchos años.

SEVERINO: *(Al Ayudante-policía argentino)* Trabajo de tipógrafo. Ella es ama de casa y la niña es nuestra hija.

MARIO: *(Al Ayudante-policía italiano)* Aquí está la documentación.

Hay cierto temor de Mario ante la actitud indagatoria del Ayudante-policía italiano.

SEVERINO: ¿Todo en orden? Bien, gracias.

Es algo distinta la actitud de la policía de frontera argentina, no por una cuestión de principios éticos, sino por la conveniencia de la política de inmigración del momento impulsada por la clase dirigente argentina que, en realidad, prefería una inmigración anglosajona, pero a la que igual le era de utilidad una mano de obra disponible, desesperada y barata. Y, en muchos casos, muy calificada.

El Ayudante-policía italiano, ahora se dirigirá a Mario hablando con un tono absolutamente neutro, "narrado", como un cronista que cuenta lo que pasa y no lo interpreta.

AYUDANTE-POLICIA ITALIANO:

¿Cuánto dinero trae?

MARIO: Mil euros.

Del otro lado del escenario, los Ayudantes se han transformado en compañeros italianos anarquistas de Severino residentes en la Argentina.

COMPAÑERO: Sabíamos que llegarías, Severino. Recibimos tu carta hace unos días.

SEVERINO: Gracias, compañero. ¿Cómo va la actividad por aquí?

POLICIA ITALIANO *(POLICIA I.)*:

(A Mario) ¿Cuánto tiempo piensa quedarse en Italia?

AYUDANTE-COMPAÑERO:

(A Severino) Hacemos lo que podemos. No es fácil. La comuna italiana es muy numerosa aquí, pero a la mayoría sólo le interesa acomodarse materialmente y basta. Ahora estamos tratando de editar un periódico antifascista en la Argentina.

MARIO: *(Al Policía italiano)* Y... bueno... no sé. El tiempo que tarde en obtener mi ciudadanía italiana.

SEVERINO: *(Al Compañero)* ¿Y la Embajada italiana? ¿Qué hace?

POLICIA I.: *(A Mario)* El dinero que trae es insuficiente. Debe justificar 80 euros por día para permanecer en Italia.

COMPAÑERO: *(A Severino)* Están haciendo una política muy agresiva para divulgar "las grandes obras" del fascismo en Italia. ¡Mussolini y su nuevo Imperio!

MARIO: *(Al Policía italiano)* Escuche, yo vengo a hacerme ciudadano italiano. Mis abuelos eran italianos y me corresponde tramitar la ciudadanía...

COMPAÑERO: *(A Severino)* Sabemos que tu oficio es el de tipógrafo.

En el costado de Mario, el Ayudante-policía ha pasado la carpeta con los papeles de ciudadanía a otro Ayudante-funcionario de frontera. Ahora hablará el funcionario.

FUNCIONARIO ITALIANO (*F ITALIANO*):

(*A Mario*) Hay papeles no traducidos aquí.

SEVERINO: (*Al Compañero*) Sí, soy tipógrafo y estoy dispuesto a colaborar en lo que sea necesario.

MARIO: (*Al Funcionario*) No pude traducir todo. Es muy costoso para nosotros eso allá. Cada hoja traducida cuesta...

COMPAÑERO: (*A Severino*) Hasta que te ubiques en tu oficio, hemos conseguido la posibilidad de que trabajes en el campo. Cultivando flores...

F ITALIANO: (*De malas maneras, a Mario*) ¿Y a nosotros qué nos puede interesar cuánto cuesta una traducción en tu país? Ése es un problema de tu país y tuyo. ¿O es que ahora nosotros estamos obligados a aprender español para entender?

SEVERINO: (*Al Compañero*) Muchas gracias. Por algo hay que comenzar, ¿no?
Severino y su familia se desplazan del espacio hacia el lugar en donde trabajarán.

MARIO: (*Conteniéndose*) Mire... por cada sello oficial que pusieron en el Consulado italiano en mi país, me cobraron un dineral y se supone que el trámite es gratuito.

SEVERINO: (*A Teresina, observando el pequeño campo de tierra*) Mirá, Teresina, la tierra. ¡Cuánta tierra hay en este país! La mirada se pierde a lo lejos.

F ITALIANO: (*A Mario*) ¿Qué está insinuando? Si le cobraron es porque entrar en este País cuesta, ¿entiende? Aquí tenemos que matarles el hambre a los desesperados. ¡Y eso vale!

SEVERINO: (*A Teresina*) ¡Cuánto aire, cuánto cielo!

MARIO: (*Al Funcionario*) Mire, todos los papeles están en orden, como corresponde.

SEVERINO: (*Trabajando la tierra*) Las plantas crecen solas, si ayuda, con tanta vitalidad...

F ITALIANO: (*A Mario*) ¿Y cómo piensa subsistir en Italia mientras espera que se le otorgue la ciudadanía?

SEVERINO: (*Entrega a Teresina una flor*) Es la primera.

MARIO: (*Al Funcionario*) No sé. En lo que pueda. Encontraré algún trabajo y...
Severino se acerca y besa a su hija dulcemente.

F ITALIANO: (*A Mario*) Si obtiene un permiso de estada por espera de ciudadanía está imposibilitado de trabajar hasta que finalicen los trámites.

SEVERINO: (*A Teresina*) Una flor es como un ideal. Hay que cuidarlo todos los días.

- MARIO: *(Al Funcionario)* ¿Cómo que no puedo trabajar? Es absurdo.
- SEVERINO: *(Vendiendo flores en el mercado)* ¡A 50 centavos el ramo! ¡A 50!
- F. ITALIANO: *(A Mario)* ¿A qué viene usted aquí? ¿A hacerse ciudadano o a salvarse la vida ganando dinero?
- SEVERINO: *(Tratando de vender al por mayor, a un Ayudante que toma el rol de comprador)* Puedo venderle al por mayor y le hago una importante rebaja.
- MARIO: *(Al Funcionario)* Es que tengo que trabajar para vivir.
- SEVERINO: *(A Teresina mientras cuenta el dinero que ha ganado)* Dos, tres, cuatro, seis... en fin, no está mal. Para *tirar* alcanza.
- F. ITALIANO: *(A Mario)* La ley es la ley. Hasta que no sea ciudadano, usted no podrá trabajar en Italia.
- SEVERINO: *(Ante otro Ayudante que toma el rol de un empleador)* Me llamo Severino Di Giovanni. Soy tipógrafo y vengo por el aviso en el diario.
- MARIO: *(Al Funcionario)* ¿Y cuánto tarda un trámite de ciudadanía?
- SEVERINO: *(Al empleador)* También puedo trabajar como linotipista.
- FUNCIONARIO: *(A Mario)* ¡Quién lo sabe! ¡Vamos, pase, pase! *(Devuelve el pasaporte a Mario)*.
- SEVERINO: *(Al empleador)* ¿Cuándo comienzo?
- Mario toma sus bolsos y avanza unos pasos. Se detiene y respira hondo. Pregunta a un Ayudante.*
- MARIO: ¿Adónde puedo tomar un tren para Ancona?
- Severino ahora está en una reunión con sus compañeros anarquistas. Los Ayudantes han creado, antes, las condiciones para que esto suceda.*
- SEVERINO: *(A sus compañeros)* Estos botes de tinta los saqué del taller en donde estoy trabajando sin que se dieran cuenta, compañeros. Así será más posible editar *L'avvenire*.
- MARIO: *(Viajando en tren)* ¡Qué distinto es todo! Las autopistas, los autos... ¡No hay autos viejos aquí!
- SEVERINO: *(A sus compañeros)* Éste es el artículo que escribí para el periódico...
- MARIO: *(Escribiendo en el tren)* “El recibimiento no fue tan bueno pero de todas formas éste es un país bellísimo”.
- SEVERINO: *(Leyendo lo que ha redactado)* ¡Destruyamos la cueva del tirano, destruyamos a los Tartufos!
- Mario sigue escribiendo. Un Ayudante, el que hizo de amigo en la despedida leerá al público.*
- AYUDANTE: “A pesar de las dificultades iniciales, me siento bien y convencido de la decisión de venir”.
- SEVERINO: *(En la reunión, leyendo)* ¡Destruyamos las cortes, sean monárquicas o republicanas...!

AYUDANTE: (*Leyendo mensaje de Mario*) “Éste es un país rico. Se ve. Aquí debe ser todo más fácil”.

SEVERINO: ¡Destruyamos los cuarteles!

AYUDANTE: (*Mensaje de Mario*) “La riqueza, el bienestar, se ven por todos lados...”

SEVERINO: ¡Destruyamos los Tribunales!

AYUDANTE: (*Leyendo*) “... Aquí encuentro esperanzas...”

SEVERINO: ¡Y destruyamos también a la Iglesia!

AYUDANTE: (*Leyendo*) “... esperanzas de encontrar trabajo, de que mi esfuerzo valga...”

SEVERINO: ¡Éste debe ser el grito de los rebeldes y el lema de la revolución social!

AYUDANTE: “... la esperanza de que un día tenga un techo mío en el cual vivir tranquilo”.

SEVERINO: (*A sus compañeros*) Yo no soy malatestiano, como muchos de ustedes. Soy un anarquista individualista.

MARIO: (*Ha descendido del tren*) Desde este pueblo salieron mis familiares. ¡Es increíble!

SEVERINO: (*A sus compañeros*) Propongo que el nuevo periódico se llame *Cúlmine*, la cima, la cúspide, la mayor altura.

MARIO: (*Frente a un Ayudante que tomará el rol de un Empleado de la Municipalidad de sus ancestros*) Quiero presentar mis papeles para tramitar la ciudadanía italiana. (*Entrega una carpeta*).

SEVERINO: (*Ahora leerá el periódico «Cúlmine», que ya se ha publicado*). “Giacomo Matteotti: el gigante del martirio”. Es necesario mejorar las letras. (*Lee nuevamente*). “En la patria de Garibaldi y de Mazzini, en la patria fértil de héroes puros...”

MARIO: (*Recibe la carpeta en devolución*) Ah... tengo que ir a la comisaría primero. Bien, entiendo. (*Gira y se va hacia otro espacio*).

SEVERINO: (*Leyendo el periódico*) “... y de la poesía sublime, en la cuna de dos culturas que conquistaron al mundo...”

MARIO: (*Enfrenta a otro Ayudante-policía*) Pero... me acaban de decir en la Municipalidad que debo empezar el trámite por aquí, por la oficina de extranjeros.

SEVERINO: (*Leyendo*) “... en esa patria sublime, las turbas, que claman por un nuevo medioevo, han hecho del delito el más fastuoso emblema de la proeza...”.

MARIO: (*Volviendo a la Municipalidad frente al mismo Empleado-ayudante que lo atendió anteriormente*) En la policía me acaban de decir que el trámite comienza aquí. Ustedes tienen que certificar que mis papeles están en orden y que puedo obtener la ciudadanía. Y entonces ellos me darán el permiso de estadía.

En otro lugar del escenario, Severino acompañado por otros Compañeros-ayudantes se encuentra en el paraíso del Teatro Colón de Buenos Aires.

Es la noche del 6 de junio de 1923 cuando se conmemora el vigésimo quinto aniversario del advenimiento al trono italiano de Víctor Manuel III. La Embajada italiana en la Argentina, respondiendo al gobierno fascista de Mussolini, ha preparado una velada de gala.

SEVERINO: *(A sus compañeros observando el teatro colmado)* ¡Miren cuánto lujo! ¡La flor y nata de la oligarquía argentina del brazo de los reaccionarios fascistas! Se pelean por mostrar quién tiene más. Vienen al teatro a pavonearse...

MARIO: *(Ha entregado sus papales)* Todo en orden. No falta nada.

SEVERINO: ... a aplaudir un año más de dominación monárquica. ¡Miren! ¡Allá están los camisas negras!

MARIO: ¿Qué me falta? ¿El “Iuris Sanguinis”?

SEVERINO: *(Se escucha el Himno Nacional Argentino)* Prepárense compañeros que después de esto empieza la verdadera fiesta.

MARIO: ¡Pero si en el Consulado italiano en Argentina me dijeron que traía todo en regla!

En el espacio en donde se desarrolla la historia de Severino aplauden la canción patria argentina.

SEVERINO: Ahora habrá que escuchar la Marcha Real italiana. ¡Prepárense!

MARIO: ¿El “Iuris Sanguinis” demuestra que mi abuelo nunca quiso renunciar a la ciudadanía italiana?

La música de la Marcha Real italiana comienza. Un Ayudante, que ha tomado el rol de un “camisa negra” canta. Severino y los demás, tensos, aguardan.

Pero... este documento que me dieron en el Registro Electoral argentino dice que él nunca votó, que no se nacionalizó argentino...

La música, en el otro extremo, crece en intensidad.

¿La autoridad consular italiana en Argentina tiene que certificar que ninguno de mis antepasados intentó renunciar a la nacionalidad italiana?

En el teatro Colón la música llega a su climax. En este momento Severino y sus compañeros arrojan al aire una lluvia de volantes mientras gritan. El Ayudante-camisa negra intenta seguir cantando.

SEVERINO: ¡Ladrones! ¡Asesinos! ¡Viva Matteotti!

MARIO: *(En su lugar)* Pero... ¡Es absurdo!

SEVERINO: *(Gritando)* Santificadores de la monarquía sabauda, ¿Se han olvidado que bajo el reino de este asesino...?

MARIO: ¿Sin ese papel no puedo adquirir la ciudadanía italiana?

Un Ayudante, que ha tomado el rol de un camisa negra realiza el gesto de tomar de atrás y por el cuello a Severino. Éste se suelta. Lo importante es que los actores no se toquen. Es decir, que uno realiza la acción en su

lugar y el otro la acota en el suyo. Son acciones fragmentadas y poseen la fractura de lo distanciado.

SEVERINO: ¡¡Asesinos, ladrones!! ¡Chupasangres fascistas como son los empresarios Dumini, los Filipelli, los Rossi, los De vecchi que han encontrado en Mussolini al asesino mayor para cuidar sus intereses!

Un Ayudante-fascista realiza la acción de golpear a Severino con un bastón. Al igual que en la acción anterior el golpe y su recepción se realizan en espacios diferentes aunque son temporalmente consecuenciales. Severino reacciona y golpea a su contricante usando el mismo código. La lucha entre ambos bandos se generaliza como una coreografía de acciones y reacciones sin que sus protagonistas se traben en lucha de contacto físico.

MARIO: *(Desolado)* ¿Y ahora qué hago? Nadie me informó allá que esto era necesario.

SEVERINO: *(Gritando)* ¡Recuerden los 700 asesinatos de 1898 por los cañones de Humberto el *Bueno!*

Dos Ayudantes-policías lo toman de los brazos y lo llevan al lugar en donde se contextualizará la comisaría.

(Alcanza a gritar) ¡Viva la anarquía!

MARIO: *(Preocupado, ya solo)* No me voy a dejar vencer. Pediré ese papel del carajo por carta!

Severino, sentado, responde al interrogatorio de la policía argentina.

SEVERINO: Fui al homenaje al Rey de Italia a repartir volantes...

MARIO: Tengo que conseguir casa, trabajo...

SEVERINO: ... contra la casa de los Saboya y contra el fascista Mussolini.

MARIO: *(Leyendo un diario)* ¡800 euros un alquiler de un monoabiente! ¡Dios mío! No puedo pagar eso.

SEVERINO: *(Respondiendo)* No, no conozco a los otros detenidos. Los vi por primera vez en el teatro.

MARIO: *(Lee)* “Empresa de limpieza necesita...”

SEVERINO: Sí. Soy anarquista.

MARIO: *(Frente al posible Ayudante-empleador)* No... no... aún no tengo permiso de estadia pero... necesito trabajar.

SEVERINO: Doy conferencias y escribo artículos contra el actual gobierno italiano...

MARIO: Y... bueno... sí, lo necesito. Aunque sea *en negro*, sin los papeles.

SEVERINO: No, no formo parte de ningún sindicato. Soy antiorganizacionista.

MARIO: ¿5 euros la hora? Y bueno... está bien así...

SEVERINO: Soy tipógrafo. Mi nombre es Severino Di Giovanni.

Los Ayudantes han acercado elementos de limpieza con los que Mario trabaja.

MARIO: *(Para sí)* ¡Hijos de puta! Los que están en regla ganan dos veces más que yo.

SEVERINO: *(Mientras le sacan fotos para el prontuario)* ¿Ya estoy libre, entonces?

MARIO: *(Ante un teléfono público que un Ayudante ha acercado. El Ayudante hará la voz monocorde, relatada, del interlocutor telefónico de Mario)*
Hola, sí. Hablo por el aviso del alquiler...

Severino se coloca su sobretodo negro. Quizás, según la puesta, se podrían proyectar imágenes del prontuario de Severino. Lentamente camina hacia otro lugar del escenario.

VOZ TELÉFONO: *(A Mario)* ¿Usted es extranjero, no? ¿Extracomunitario?

En ese lugar hacia donde se dirige Mario, los Ayudantes han colocado banderas anarquistas. Es un mitín que se realiza por la libertad de Sacco y Vanzetti, los dos anarquistas presos en EE.UU. que luego fueron injustamente fusilados. Un cartel reclama la libertad de los mismos. Severino hablará en el acto.

SEVERINO: ¡¡Protestar, agitar siempre por la libertad de Sacco y de Vanzetti!!
¡¡La protesta debe centellear con más vehemencia que nunca!!

MARIO: *(En el teléfono)* Sí, no soy europeo. ¿Por qué?

SEVERINO: ¡Sólo la acción proletaria internacional puede salvarlos!

VOZ TELÉFONO: ¿Por qué no se vuelven a sus países, puercos de mierda! *(Cuelga)*.

SEVERINO: ¡Hoy o nunca! ¡Más acción, sin descanso, hasta lograr la libertad absoluta de Sacco y de Vanzetti!

Los Ayudantes han preparado otro espacio que representará la escena sucesiva en la historia de Severino: su habitación.

MARIO: *(Con el teléfono en la mano)* Pero... ¡Hijo de puta!

Un Ayudante arroja al piso una pesada madera que representa la fuerte explosión y la puerta de la casa de Severino a causa de un allanamiento.)

AYUDANTE: *(Relata al público)* Atentado contra la Embajada de EE.UU. en Argentina.
16 de Mayo de 1926.

SEVERINO: *(Severino se levanta sobresaltado)*. ¡No, a ellos no los toquen! *(Se refiere a su esposa e hijos)*.

MARIO: *(En otro sector, limpiando. Alguien lo está apurando y él siente esa presión)*.
¡Sí, sí! ¡Ya estoy terminando! ¡Ahora voy, ahora voy!

SEVERINO: *(Un Ayudante-policía rompe un libro)* ¡No! ¿Por qué?

MARIO: ¡Me falta todavía limpiar el baño! ¡Ya voy!

Severino ya está de nuevo en la comisaría, detenido. Un Ayudante-policía lo golpea mientras interroga. El código del no contacto físico real, y realizado separadamente, se mantiene.

POLICÍA: ¿En qué trabajás?

SEVERINO: Edito un periódico: *Cúlmine*.

MARIO: *(Con sus elementos de trabajo, para sí)* Me falta poco. ¡Y un día menos en este trabajo de mierda!

POLICÍA: ¿Participaste en el acto por Sacco y Vanzetti?

SEVERINO: *(Muy golpeado)* Sólo llegué hasta la puerta. No alcancé a entrar.

MARIO: *(A quienes lo controlan)* ¡Sí, sí! ¡Ya sé que se acaba el tiempo! ¡Ya termino, ya termino!

POLICÍA: ¿Qué ideas tenés?

SEVERINO: Simpatizo con el anarquismo.

MARIO: ¡No puedo hacer todo en tan poco tiempo!

POLICÍA: Mejor es que confesés que pusiste la bomba en la Embajada.

MARIO: ¡Páguenme otra hora más...

SEVERINO: No. Yo no fui. *(Recibe otro golpe)*.

MARIO: ... y podré hacer todo a tiempo y mejor!

SEVERINO: *(En la cárcel. Está haciendo una huelga de hambre con los demás detenidos)*. ¡Ni un pedazo de pan! ¡Ninguno, de los que estamos aquí, injustamente encarcelados, vamos a comer hasta que no seamos liberados!

MARIO: ¡No se puede trabajar así. Es un ...!

SEVERINO: ...abuso policial. ¡Nos han torturado ferozmente!

EMPLADOR DE MARIO:
(El Ayudante-empleador, de malas maneras) ¡Si no te gusta, ahí está la puerta!

SEVERINO: *(Muy débil y, al no encontrarse pruebas en su contra, es liberado. Se coloca el negro saco)* Cinco días sin probar una miga de pan.

MARIO: *(Humillado y por necesidad, debe "bajar la cabeza")* No... está bien. Disculpe. Fue un momento nada más. Trataré de trabajar más rápido.

SEVERINO: *(Reunido con sus compañeros)* No nos han derrotado, ni han podido comprobarnos nada. Nuestra voluntad es invencible. Querer, querer es la palabra, a toda, con toda la fuerza, hasta el agotamiento... querer...

MARIO: *(En su trabajo "masticando" su rabia)* ...morder los dientes, aguantar, aguantar...

SEVERINO: ... Querer, querer la libertad de nuestros hermanos presos, de Sacco y de Vanzetti que se rebelaron contra el poder capitalista y por eso los quieren eliminar.

MARIO: ... Aguantar... aguantar... aguantar...

SEVERINO: No perdamos el tiempo en discutir cómo y cuándo se debe actuar. Seamos enemigos de las asambleas llenas de palabras y de demagogos. ¡Cada momento es propicio para actuar, actuar, actuar...!

MARIO: ... Aguantar... resistir...

SEVERINO: Actuar como el rayo, como rabiosos, como locos...

- MARIO: *(Crece la fuerza con la que ejecuta la acción de limpiar y su estado de ánimo)* ¡No pensar! ¡Resistir, morderse y aguantar, aguantar, aguantar!
- SEVERINO: *(También en crescendo)* ¡No pensar! ¡Actuar con rabia! ¡Actuar, actuar!
- MARIO: *(Se quiebra y solloza)* Aguantar... como pueda... como pueda...
- AYUDANTE: *(Al público)* 11 de setiembre de 1926. En Roma, el anarquista italiano Gino Lucetti atenta contra la vida de Mussolini, sin éxito. Lucetti es detenido.
- SEVERINO: El compañero Lucetti necesita ser defendido. ¡Ayudemos a Lucetti! *(Extiende un recipiente en el cual los Compañeros-ayudantes depositan dinero para colaborar).*
- Mario, del otro lado del escenario, busca casa con un diario de avisos en la mano.*
- MARIO: *(Frente al Ayudante-propietario).* Vengo por el aviso. Por el alquiler de la habitación.
- SEVERINO: *(Haciendo la colecta, recibe de manos de un Ayudante, quien interpretará a Paulino Scarfó, hermano de América, la futura novia de Di Giovanni, una colaboración).* Gracias. ¿Cómo es tu nombre?
- MARIO: *(Al Propietario)* Soy extranjero, sí.
- PAULINO: *(A Severino)* Mi nombre es Paulino Scarfó. *(Presenta a su hermano, otro Ayudante)* Él es mi hermano Alejandro. Simpatizamos con el anarquismo.
- MARIO: *(Al Propietario)* No, no soy marroquí, ¿por qué?
- SEVERINO: *(A los hermanos Scarfó)* La policía argentina da información a los fascistas. Éstos han publicado los nombres de todos los que aquí luchamos contra Mussolini.
- PROPIETARIO: *(A Mario)* ¿Tiene los papeles en regla?
- PAULINO: *(A Severino)* Hay que tener cuidado. No sólo los fascistas italianos de la Embajada operan. La oligarquía argentina ha creado la Liga patriótica para combatir a los extranjeros *peligrosos*.
- MARIO: *(Al propietario)* Mire ...están en trámite. Estoy gestionando la ciudadanía italiana.
- SEVERINO: *(A los hermanos Scarfó)* Así es. Los “niños bien” de aquí han armado esa banda parapolicial y están actuando por cuenta propia amparados por la misma policía.
- PROPIETARIO: *(A Mario)* Puedo alquilarle sólo una pieza compartida. Y sin contrato.
- SEVERINO: *(A los Scarfó)* Necesito cambiarme de casa. Mi familia corre peligro...
- MARIO: *(Al propietario)* ¿A cuánto?
- ALEJANDRO: *(A Severino)* ¿Tenés hijos?
- PROPIETARIO: *(A Mario)* 400 euros. Y las expensas y la calefacción a su cargo.

SEVERINO: *(A los Scarfó)* Sí, tres. Dos nacieron aquí: Aurora e Ilvo. Laura, la más grande, llegó con nosotros desde Italia.

MARIO: *(Al propietario)* ¿Por una pieza compartida y sin baño interior cobra tanto?

PAULINO: *(A Severino)* Mi padre tiene una casita para alquilar. Está al lado de la nuestra. Podemos hablarle. Pero no tiene que saber que sos anarquista. Es un siciliano católico y no está de acuerdo con nuestro modo de pensar.

PROPIETARIO: *(A Mario)* Si no está de acuerdo, no pierda más tiempo. Veremos si logra conseguir algo en su condición.

SEVERINO: *(Los Ayudantes han connotado la casa de Severino. Hablará con una Ayudante quien vuelve a ocupar el rol de Teresina)* Nos cambiamos, Teresina. Estaremos más seguros en la casa que me consiguieron esos muchachos.

MARIO: *(Al propietario)* Está bien. La alquilo.

TERESINA: *(A Severino)* Estoy cansada, Severino. No podemos vivir así, con el corazón en la boca.

En el espacio de la otra historia, los Ayudantes han colocado una cama o algo que la represente. Allí se sentará Mario.

MARIO: *(Al propietario)* ¿Quién compartirá esta pieza conmigo?

SEVERINO: *(A Teresina)* Ésta es mi vida, Teresina. Lo sabías antes de casarte conmigo.

PROPIETARIO: *(A Mario)* Un senegalés. Un negro. Pero es limpio, no se preocupe. No le diga cuánto paga. Yo, a usted, le estoy haciendo un favor con el precio.

TERESINA: *(A Severino)* Nos hemos casado sin querernos, Severino.

En la habitación de Mario éste se encuentra con su compañero de pieza. Un Ayudante asume ese nuevo rol.

MARIO: *(Al senegalés)* ¿Hace mucho que llegaste a Italia?

SEVERINO: *(Volviendo a Paulino)* Teresina es prima mía, Paulino. Nos casamos más por imposición familiar que por amarnos. Éramos muy jóvenes. Después fuimos acostumbrándonos el uno al otro, como si fuésemos hermanos.

SENEGALÉS: *(A Mario)* ¿Y cómo la llevás aquí?

PAULINO: *(Acompañando a Severino a su nueva casa)* Por aquí. Ésta es tu nueva casa.

SENEGALÉS: *(A Mario)* Antes era más fácil trabajar. Cada vez se pone más difícil. Y la gente está cada vez más agresiva contra nosotros.

SEVERINO: *(A Paulino)* Y ella, ¿quién es? *(Señala a América, hermana de Paulino y Alejandro, una Ayudante que tomará ese rol)*

PAULINO: *(A Severino)* Es mi hermana. Se llama América. Está por cumplir los quince años. Bueno... espero que estén cómodos aquí. Nuestra casa está al lado, detrás de ese muro bajito.

- MARIO: (*Al senegalés*) ¿Cuánto pagás por la pieza?
- SEVERINO: (*En otro tiempo y en otro lugar, en la vereda de ambas casas, se dirige a América*) América, este libro es para Paulino. ¿Usted podría entregárselo?
- SENEGALÉS: (*A Mario*) 500 euros. ¿Por qué?
- SEVERINO: (*A América*) Es un libro sobre la mujer. Bueno... sobre la explotación de la mujer. Si gusta, puede leerlo.
- AMÉRICA: Gracias.
- MARIO: (*Al senegalés*) No, por nada, por nada.
- SEVERINO: (*Ahora, llamado a América desde el otro lado del muro*) ¡América!
- MARIO: (*En su trabajo*) ¿Adónde me toca limpiar hoy?
- SEVERINO: (*A América*) ¿Le gustó el libro? Hable bajito, por sus padres.
- EMPLEADOR: (*A Mario*) En ninguna parte. Están inspeccionando las empresas de limpieza para detectar si hay trabajo “en negro”.
- AMÉRICA: (*A Severino*) Es muy interesante. Sí, me gustó.
- EMPLEADOR: (*A Mario*) No nos conviene arriesgarnos. Pase por la administración para cobrar lo que le corresponde. No podrá seguir trabajando aquí.
- Una Ayudante asumirá el rol de madre de América y se interpondrá en la conversación.*
- MADRE DE AMÉRICA:
 (*A Severino*) ¡Ud. no tiene por qué prestarle libros raros a mi hija! Si necesita algo, entiéndase con Paulino o Alejandro. ¿Está claro?
- MARIO: (*Escribiendo a su novia de Argentina*) “Me va muy bien, amor. Estoy con trabajo y con la posibilidad de encontrar algo aún mejor”.
- SEVERINO: (*Colocándose su sombrero negro y saliendo de su casa, a América*) Buenos días, América.
- MARIO: (*Escribiendo*) “Espero poder enviarte pronto el dinero para tu pasaje. Tené un poco de paciencia.
- AMÉRICA: (*A Severino*) Buenos días, Severino.
- Es evidente la duda de Severino entre quedarse a hablar con América o seguir su camino.*
- MARIO: (*Escribiendo*) “Te necesito. No sabés cuanto me gustaría tenerte a mi lado”.
- SEVERINO: (*A América*) ¿Todos los días sale tan temprano a barrer la vereda?
- MARIO: (*Escribiendo*) “¿Pensás en mí? ¿Me extrañas?”
- AMÉRICA: (*A Severino*) Sí.
- MARIO: (*Escribiendo*) “Quisiera que estemos juntos, que hagamos una familia...”
- SEVERINO: (*A América*) Bueno ...tengo que irme. Hasta pronto, América.
- MARIO: (*Escribiendo*) “Te amo”.

AMÉRICA: (*A Severino*) Hasta pronto.

MARIO: (*Buscando un nuevo trabajo, frente a una Ayudante*) Vengo por el aviso para cuidar niños.

SEVERINO: (*En reunión, con sus camaradas*) Compañeros, es necesario erradicar cualquier discriminación o indiferencia hacia los compatriotas recién llegados.

MUJER ITALIANA:

(*A Mario*) El aviso es claro. Necesitamos una señorita para cuidar a nuestra hija.

SEVERINO: (*En reunión*) Mussolini ha enviado como nuevo embajador al fascista Ítalo Capanni, el masacrador de San Francesco, en Florencia.

MARIO: (*A la mujer*) Mire, yo soy muy cuidadoso con los niños. Sé que puedo hacer muy bien este trabajo. Y lo necesito.

SEVERINO: (*En reunión*) ¡Expulsemos a Pirandello, divulgador oficial de la literatura de los seguidores del tirano!

MARIO: (*A la mujer*) No desconfíe de mí, soy una buena persona.

SEVERINO: ¡Actuemos!

MUJER: No es el caso. Lo siento.

SEVERINO: ¡Actuemos!

AYUDANTE: (*Al público*) Atentados varios en Buenos Aires. Bombas en la agencia Ford, en el monumento a George Washington.

MARIO: (*Por teléfono, que un Ayudante ha colocado*) ¡Mamá, necesito urgente ese papel, el “Iuris Sanguinis” se llama! Por favor, tramítamelo urgente.

AYUDANTE: (*Al público*) Allanamientos policiales en casas de anarquistas. Di Giovanni se salva por casualidad.

MARIO: (*Por teléfono*) Estoy bien, no te preocupés. Con trabajo y tranquilo. Pero con ese papel puedo tener la ciudadanía.

En el espacio de Severino, un Ayudante interpreta al padre de América.

SEVERINO: (*Al padre de los Scarfó*) ¿Usted quería hablar conmigo, señor?

PADRE: Así es. Nosotros somos gente de bien. Estamos aquí para trabajar. No queremos tener problemas con la policía. El allanamiento del otro día nos compromete y usted recién aparece ahora. Es sospechoso.

MARIO: (*Trabajando en la construcción de artesanías*) ¿Quién iba a decir que haber jugado tanto con alambres ahora me sirva para sobrevivir?

SEVERINO: (*Al padre*) Entiendo, señor Scarfó.

PADRE: Le pido que deje mi casa cuanto antes.

MARIO: (*Terminó de construir un aro*) ¿Gustará?

SEVERINO: (*Ahora hablará con América*) No quiero causar problemas a tus padres, América. Nos vamos, pero...

MARIO: *(Ha abierto una mesita plegable y se dispone a vender en la calle. Está inseguro por los controles de la policía municipal. Se dirige a un Vendedor-ayudante)* ¿Aquí permite vender la policía municipal?

SEVERINO: *(A América)* Pero... quisiera verte. Tal vez, a través de tus hermanos...

VENDEDOR: *(A Mario)* No, tenés que estar listo para levantar todo rápidamente.

SEVERINO: *(A América)* ¿Te molesta si te espero a la salida del colegio?

MARIO: *(Atendiendo a un Cliente-ayudante)* ¿Éste? Vale diez euros.

AMÉRICA: *(A Severino)* No, al contrario.

CLIENTE: *(A Mario)* ¿Y a cuánto me lo podés rebajar?

SEVERINO: *(A América)* Te traje este libro de poemas. Espero que te guste.

MARIO: *(Al cliente)* ¿Rebajar? Bueno... no sé...

AMÉRICA: *(A Severino)* ¿Será posible que los hombres lleguen a ser iguales, Severino?

MARIO: *(Al cliente)* En fin... está bien. Se lo dejo a ocho euros.

SEVERINO: *(A América)* Claro que es posible. Es más, es la única esperanza de que, en el futuro, nuestra especie sobreviva.

MARIO: *(Al cliente)* ¿Lo lleva?

AMÉRICA: *(A Severino)* Pero... ¿cómo se puede llegar a esa igualdad? Es muy difícil.

CLIENTE: *(A Mario)* Lo llevo a siete.

SEVERINO: *(A América)* Creo que hay dos caminos: el de Cristo y el de Bonnot.

MARIO: *(Al cliente)* Bueno, está bien. *(Recibe el dinero y envuelve lo que vendió).*

De pronto Mario se sobresalta. Entrega rápido la artesanía al cliente. Ha llegado la policía municipal. Apurado trata de guardar todo.

AMIGO ARTESANO:

(A Mario) ¡Apurate, que te pueden secuestrar todo!

SEVERINO: *(A América)* Cristo predicó el método de la bondad, de la persuasión, de la resistencia pasiva...

Desesperado Mario trata de guardar con rapidez sus cosas. Se le caen, lucha por superar la dificultad.

(A América) Bonnot, el “bandido francés” defendió el camino de la violencia liberadora.

Un Ayudante-Policía Municipal se acerca a Mario.

POLICÍA MUNICIPAL *(POLICÍA M.)*:

(A Mario) Su permiso para vender, por favor.

SEVERINO: *(A América)* Por supuesto que no coinciden, aunque ambos soñaron con la redención de los hombres.

MARIO: *(Al policía municipal)* No, no tengo permiso.

SEVERINO: (*A América*) Uno terminó en la cruz predicando el amor. El otro: acribillado por los verdaderos bandidos legales peleando sin dar cuartel.

POLICÍA M.: (*A Mario*) ¿Qué vende?

SEVERINO: (*A América*) Pero sería bueno que los dos vuelvan al mundo...

MARIO: (*Al policía municipal*) Bijouterie. Las fabrico yo.

SEVERINO: (*A América*) ... que se encuentren y se entiendan...

POLICÍA M.: (*A Mario*) Le secuestraremos la mercadería y para recuperarla tiene que pagar una multa.

SEVERINO: (*A América*) ... y que marchen juntos...

MARIO: (*Al policía municipal*) Por favor, no puede hacer esto.

SEVERINO: (*A América*) ... tal vez por una senda nueva, por donde los dos puedan caminar...

MARIO: (*A policía municipal*) Yo no le hago mal a nadie. Trato de trabajar.

SEVERINO: (*A América*) ...con todas las violencias y todas las bondades...

MARIO: (*Al policía municipal*) No tengo dinero para pagar la multa.

SEVERINO: (*A América*) ... destruyendo y sembrando...

POLICÍA M.: (*A Mario*) ¿Cuánto dinero tenés?

SEVERINO: (*A América*) Porque para sembrar, primero hay que remover la tierra, destruir lo anterior.

MARIO: (*Al policía municipal*) Recién estaba empezando. No tengo nada,

SEVERINO: (*A América*) Así las plantas crecerán más hermosas.

POLICÍA M.: (*A Mario*) ¡Levantá rápido las cosas y rajá, sudaca del carajo!

Mario realiza la acción de juntar sus cosas con velocidad y se va rápidamente.

SEVERINO: (*A América*) Quiero decirte algo... personal. Creo... creo que estoy enamorado de vos.

MARIO: (*Agitado, en otra situación, trata de abrir una carta que le ha llegado*) ¡Es de ella, es de ella! ¡Hace rato que no me escribía!

Severino, dulcemente, besa a América.

(Leyendo la carta de su novia) “Mario, elijo este medio para decirte lo que leerás porque me parece lo más leal y menos frío. Trataré de decirte todo...”

SEVERINO: (*A América*) No es conveniente que tus padres sepan que nos vemos. No lo entenderían.

Una Ayudante interpretará la voz de Marta, la novia de Mario, que dice lo que ha escrito, mientras Mario sigue leyendo.

MARTA: ... todo lo que me pasa y siento».

- AMÉRICA: (*A sus padres*) Voy a salir con Helena, mi amiga, mamá.
Severino la espera ansioso.
- MARIO: (*Leyendo*) “Es difícil mantener esta relación a la distancia...”
- SEVERINO: (*A América*) No veía las horas de que llegaras, de verte.
- MARTA: «... Sin poder tocarnos, sin saber qué le está pasando realmente al otro...»
- SEVERINO: (*A América*) Ya no vivo con Teresina. Le dije la verdad. Ella ha comprendido todo y acepta nuestra relación.
- MARIO: (*Leyendo*) “Aquí la vida sigue y me suceden cosas...”
- SEVERINO: (*A América*) Mis hijitos te recuerdan y te quieren, América.
- MARTA: «Adentro siento un derrumbe cotidiano...»
- AMÉRICA: Me cuesta verte, Severino. Mis padres me controlan cada paso.
- MARIO: (*Leyendo*) “... un incontenible descascararse de ilusiones...”
- SEVERINO: Mi vida de militancia también es una dificultad, América. Tengo que esconderme, golpear y escapar...
- MARTA: «... y vos no estás, no estás.»
- SEVERINO: Pero nada ni nadie me impedirá quererte.
- MARIO: (*Leyendo*) “No puedo vivir acariciando sombras, acurrucándome en recuerdos...”
- AMÉRICA: Tengo que irme, Severino. (*América se aleja*)
- MARTA: «... No puedo vivir pendiente de tu sombra, imaginándote.»
- SEVERINO: (*Escribiendo*) “Compañera mía, América, como de costumbre también hoy te he esperado. Son las seis, ya no vendrás. Mañana será domingo, otro día sin vos...”.
- MARIO: (*Leyendo*) “Necesito cuidarme, protegerme...”.
- AMÉRICA: (*Leyendo la carta de Severino*) “¡Cómo es de hermoso pasar las horas juntos. Solos, solos...!”.
- MARTA: «Terminemos esto, Mario. No tiene sentido. Adiós».
- AMÉRICA: (*Leyendo*) “Ahora estoy empeñado en un acción importante, reivindicadora”.
- Mientras la Ayudante-América lee el texto de Severino, éste prepara un maletín, en el cual hay una bomba.*
- MARIO: (*Para sí*) “No tiene sentido. Adiós”. ¿Cómo es posible?
- AMÉRICA: (*Leyendo, mientras Severino se viste con su típico abrigo y sombrero negro*) “No podremos vernos por un tiempo pero quiero que sepas cuánto me gustaría que nos perdamos juntos en el verdor... lejos...”
- MARIO: (*Frente a un teléfono, discando agitadamente*) ¿Qué pasó? ¿Se volvió loca?

- AMÉRICA: (*Mientras Severino levanta la valija con sumo cuidado*) "... Caminar del brazo en esta aurora hacia un horizonte inalcanzable, siempre unidos, como dos hiedras..."
- MARIO: (*En el teléfono, esperando que atiendan*) ¡Dios mío, atendé!
- AMÉRICA: (*Severino camina desde el fondo llevando la valija*) "... Sorbiéndonos la propia existencia una de la otra..."
- MARIO: (*Hablando por teléfono*) ¿Sí? Habla Mario, ¿está Marta?
- AMÉRICA: (*Severino deposita la valija cuidadosamente, acostándola*) "... Y cantar la rapsodia heroica de la vida difícil".
- MARIO: (*En el teléfono*) ¿Cómo que no está? Es lunes, son las dos de la mañana ahí.
- AYUDANTE: (*Al público mientras Severino regresa al lugar desde donde salió*) 23 de mayo de 1928. Una bomba de gran poder destruye el Consulado italiano en Buenos Aires. Mueren nueve personas y son treinta y cuatro los heridos. La bomba, colocada con la intención de eliminar al cónsul fascista Ítalo Capanni, responsable de la matanza de 1924 en Florencia, no lo alcanza.
- MARIO: (*En el teléfono*) ¡Pásame con Marta, por favor!
- AYUDANTE: (*Al público*) 26 de mayo de 1928. Otra bomba destruye la casa del teniente coronel fascista César Affetra.
- MARIO: (*En el teléfono*) ¿Cómo que no quiere hablar conmigo?
- AYUDANTE: (*Al público*) 11 de junio de 1928. Atentados con explosivos destruyen las viviendas de importantes figuras del régimen fascista en la Argentina: el doctor Michele Breccero y el agente consular Cavalliere De Michelis.
- MARIO: (*Desconsolado cuelga*) No puede ser... no puede ser...
- AYUDANTE: (*Al público*) Clima de terror en la comunidad fascista en la Argentina. La policía, sospechando de Di Giovanni, lo busca afanosamente.
- MARIO: La primavera... hoy comienza allá la primavera y aquí el otoño.
- SEVERINO: (*Escribiendo*) Aquí, donde estoy escondido, lejos de vos, el aire es puro, el verde es inmenso e infinito. Los frutos te golpean la mirada...
- MARIO: Qué lejos que estoy, carajo... qué lejos.
- AMÉRICA: (*Leyendo la carta que escribe Severino*) "Pero yo me devoro porque no te puedo ver. No puedo vivir, te deseo tanto, tanto en cada instante de mi vida..."
- SEVERINO: (*Escribiendo*) «Viajaremos juntos a Francia...»
- MARIO: (*Trabajando, haciendo artesanías*) Pero voy a salir adelante. Como sea.
- AMÉRICA: (*Leyendo*) "Allí estaremos más cerca de Italia para seguir luchando contra el fascismo..."
- MARIO: (*Hace maquinalmente su trabajo*) Como sea... como sea.

- SEVERINO: (*Ha dejado de escribir y acomoda duraznos en un cajón*) Tal vez Teresina también quiera volver a Europa con su nuevo compañero. Y entonces tendría a mis hijos cerca, cerca...
- MARIO: (*Trabajando*) No voy a retroceder, ahora menos que nunca.
- AMÉRICA: (*Lee*) “He mandado a un compañero a casa de Teresina con dinero, duraznos y treinta kilos de miel pura para mis hijos...”
- SEVERINO: Si vas por ahí, probá la miel. Es tan dulce como vos.
- MARIO: (*Preparando su mesa de venta de artesanías*) Algún día voy a volver y será diferente.
- AYUDANTE: (*Al público*) 12 de diciembre de 1928. La policía detiene a Alejandro Scarfó, hermano de América y de Paulino.
- AMÉRICA: (*Con un grito*) ¡Alejandro!
- MARIO: (*Dirigiéndose a un Comerciante-ayudante que no quiere que se instale en su vereda*) ¿Qué me corra de aquí? ¿Por qué?
- SEVERINO: ¡Alejandro!
- COMERCIANTE: (*A Mario*) Me tapa el negocio. ¿No se da cuenta?
- SEVERINO: (*En reunión con sus compañeros*) Es necesario e imprescindible liberar a Alejandro ya los otros compañeros. Necesitamos dinero para eso.
- COMERCIANTE: (*A Mario, que se ha corrido un poco hacia un costado*) ¡Más allá, más allá todavía!
- AYUDANTE: (*Al público*) Febrero de 1929. Asalto a los pagadores de la empresa Kloeckner en Buenos Aires.
- MARIO: (*Al Comerciante*) Aquí ya no estoy en la vereda de su negocio.
- SEVERINO: (*A sus compañeros*) Vivir monótonamente las horas de lo adocenado, de los resignados...
- AMÉRICA: (*Leyendo*) “... de las conveniencias...”
- SEVERINO: (*A sus compañeros*) ... No es vivir la vida.
- COMERCIANTE: (*A Mario*) ¡Váyase de aquí! ¡Vuelva a su país! ¡Váyase a molestar allá!
- AYUDANTE: (*Al público*) Los asaltantes se apoderan de 19.000 pesos.
- MARIO: (*Al Comerciante*) ¿Qué tiene que decir usted de mi país? ¡Mi país le dio de comer a muchos de ustedes cuando aquí se morían de hambre!
- SEVERINO: (*A los compañeros*) «... es solamente vegetar y transportar una masa informe de carne y huesos».
- MARIO: (*Al Comerciante*) ¿O ya se olvidaron cuando corrían desesperados hacia nuestra tierra?
- AYUDANTE: (*Al público*) No sin antes enfrentarse a tiros con los guardianes...
- MARIO: (*Al comerciante*) ¡¡Ustedes ahora son ricos porque nuestros países son pobres!!

- AMÉRICA: *(Repitiendo en voz alta las palabras de Severino)* “...A la vida es necesario brindarle la elevación exquisita...”
- AYUDANTE: *(Al público)* ... Y protagonizar una fuga cinematográfica por las calles de la ciudad.
- SEVERINO: *(A sus compañeros)* «... de la rebelión del brazo y de la mente».
- MARIO: *(Al Comerciante)* Yo me quedo aquí, ¿entiende? ¡Aquí!
- SEVERINO: *(A sus compañeros recorriéndolos con la mirada)* ¿Cómo supo la policía en dónde se escondía Alejandro?
- COMERCIANTE: *(A Mario)* ¡Te vas o te saco yo!
- AYUDANTE: *(Al público)* Abril de 1929. Es detenido Mario Cortucci, integrante del grupo de Severino. Éste se salva por casualidad.
- MARIO: *(Al Comerciante)* ¡Vení, sacame vos!
- SEVERINO: *(A sus compañeros)* Hay un delator entre nosotros.
- En el sector del escenario en donde se representa la historia de Mario, el comerciante maniobra con un palo para golpearlo. Aquí también la acción está fracturada entre los personajes que golpean y reaccionan sin tocarse y en sentidos diferentes.*
- MARIO: ¡Hijo de puta!
- SEVERINO: *(Como en una votación, recoge la opinión de sus compañeros)* ¿Montagna?... bien. ¿Montagna?... ¿Montagna?...
- En el lado de Mario la pelea con el comerciante continúa. Severino se alza con las manos en los bolsillos de su abrigo negro. La reunión de los compañeros se desarma. Uno de los Ayudantes se coloca de espaldas a Severino, a una cierta distancia.*
- COMERCIANTE: *(Luchando contra Mario)* ¡Es un extracomunitario!! ¡Llaman a la policía!
- SEVERINO: *(Se acerca al Ayudante-Montagna desde atrás)* ¿Montagna?
- En la pelea, la acción de Mario se hace más intensa y la del Comerciante pierde fuerzas. Es evidente que Mario lleva la mejor parte.*
- MONTAGNA: *(El Ayudante-Montagna gira hacia Severino)* ¿Sí?
- Al comerciante se le cae su palo. Mario lo “arroja” al piso. Esto sucede al mismo tiempo que Severino ha sacado un arma y dispara sobre Montagna, que cae. Severino gira para irse. Los Ayudantes se aproximan a Mario y “ejecutan” la acción de apresarlos.*
- AMÉRICA: *(A Severino, que ha llegado a su lado)* El fiscal ha pedido prisión perpetua para Alejandro.
- MARIO: *(A la policía)* ¡Él me atacó primero con ese palo!
- SEVERINO: *(Que ha pasado de largo, luego de detenerse a escuchar a América, hacia el espacio que contextualiza su escondite, ahora escribe)* «Cuando

tenemos a un hermano en las garras del Estado, no se deben cerrar más los ojos para el reposo...»

POLICÍA: *(A Mario)* ¡Vamos a la comisaría!

AMÉRICA: *(Leyendo la carta de Severino)* “... Y siempre vigilar hasta la victoria, hasta el intento prefijado...”

COMERCIANTE: ¡Él me agredió primero! ¡Seguro que es un inmigrante ilegal!

AYUDANTE: *(Al público)* Agosto de 1929. Cae detenido otro integrante del grupo.

POLICÍA: *(A Mario)* Muéstreme su permiso de residencia.

AYUDANTE: *(Al público)* Giuseppe Romano, el detenido, es salvajemente torturado.

MARIO: *(Al Policía)* Estoy esperando que me den la ciudadanía italiana.

AYUDANTE: *(Al público)* Hay un responsable de las torturas. Es el comisario Juan Velar.

MARIO: *(Al Policía)* No, no tengo permiso todavía. Estoy esperando un documento de mi país para iniciar los trámites y pedir ese permiso hasta que me den la nacionalidad.

Un Ayudante-Velar camina hacia Severino. Éste con las manos en los bolsillos va a su encuentro.

SEVERINO: ¿Comisario Velar?

POLICÍA: Usted está ilegal en este país. Acompañeme.

VELAR: ¿Qué desea?

Severino saca el arma y la dirige hacia Velar. No ejecuta la acción. Un Ayudante narrará al público lo sucedido.

AYUDANTE: *(Al público)* El comisario Velar no murió en el atentado, aunque su rostro quedó desfigurado para siempre.

En el espacio en donde está Mario interviene un amigo, vendedor ambulante italiano, interpretado por un Ayudante.

AMIGO: *(Al Policía)* ¡Espere! Yo vi todo. Quien fue agredido es él. *(Señala a Mario)*.

AYUDANTE: *(Al público)* Paulino Scarfó, el otro hermano de América, es reconocido como coautor del atentado.

COMERCIANTE: *(Al Amigo vendedor ambulante)* ¡¡Vienen a quitarnos el trabajo y todavía los defienden!!

SEVERINO: *(Escribiendo)* «¿Qué pasa, América, por qué no has venido?»

AMIGO: *(Al Policía)* Déjelo ir. Es injusto.

SEVERINO: *(Escribiendo)* «Recibir una carta tuya me hace doler de felicidad...»

POLICÍA: *(Al Amigo)* Primero debe aclarar su situación legal.

SEVERINO: *(Escribiendo)* «Sufrimos mil cercos, pero mañana...»

Mario aprovecha la distracción del Policía y escapa.

POLICÍA: ¡¡Alto!!

AMÉRICA: *(Leyendo la carta de Severino)* "... una nueva canción nos acercará a nuestra danza interminable...".

Mario ha realizado la acción de correr afanosamente. Exhausto, se seca el sudor, se sienta y murmura:

MARIO: La mercadería. Quedó todo ahí.

SEVERINO: *(En reunión)* Los del sector moderado del anarquismo no sólo han condenado nuestras acciones...

MARIO: *(Para sí)* A empezar de nuevo, carajo.

SEVERINO: *(A sus compañeros)* ... Si no que además están colaborando con la policía para descubrirnos...

Mario pregunta a un Ayudante-vendedor ambulante por sus cosas.

MARIO: ¿Te acordás de mí? Vendo en la calle como vos. El otro día tuve un problema...

COMPAÑERO: *(En la reunión, a Severino)* Es una traición de principios.

MARIO: *(Al Vendedor ambulante)* ¿Sabés qué pasó con la mercadería mía?

SEVERINO: *(En reunión)* Me han acusado de fascista, de loco...

MARIO: *(Al Vendedor)* Bien. ¿Adónde puedo encontrar a ese amigo que me ayudó?

SEVERINO: *(En reunión)* Ellos sólo se limitan a hacer pomposas declaraciones de protesta, pero no entienden ni siquiera el significado verdadero de cada palabra...

Mario encuentra al Amigo-ayudante que en la escena de la pelea con el Comerciante intercedió a su favor y quien ha cuidado de sus cosas.

MARIO: *(Al amigo)* Gracias, gracias por haber cuidado mis cosas.

SEVERINO: *(En reunión)* Pero nosotros realizamos la palabra. Actuamos.

MARIO: *(Al amigo)* Te agradezco la solidaridad.

SEVERINO: *(En reunión)* Justicia debe significar justicia. Amor: amor...

MARIO: *(Al Amigo)* Me sentía muy mal aquí. Pero gestos como el tuyo reconfortan.

COMPAÑERO: *(En reunión)* Libertad: libertad...

MARIO: *(Al amigo)* Me hace sentir que no todos somos enemigos...

SEVERINO: *(En reunión)* Acción: acción...

AMIGO: *(A Mario)* Ésta es una época difícil...

SEVERINO: *(En reunión)* Es necesario no resignarse al significado *posible* de la palabra...

MARIO: *(Al amigo)* Yo traía tantas esperanzas, tantas ilusiones...

SEVERINO: (*En reunión*) ... Porque es la sociedad quien le pone los límites a la palabra...

AMIGO: (*A Mario*) Aquí no todos comprenden que las personas emigran por necesidad, no por vocación...

SEVERINO: (*En reunión*) Traición es traición...

MARIO: (*Al amigo*) Aquí he visto a perros con impermeables y a africanos empapados...

AYUDANTE: (*Al público*) Octubre de 1929. Es asesinado en Buenos Aires Emilio López Arango, líder del sector moderado del anarquismo argentino y encarnizado enemigo del grupo de Di Giovanni.

AMIGO: (*A Mario*) Éste es un país de nuevos ricos...

AYUDANTE: (*Al público*) Nunca quedó claro quiénes lo asesinaron pero la policía y la prensa señalaron, como ya se iba haciendo una costumbre, a Severino Di Giovanni como responsable.

AMIGO: (*A Mario*) ... y de nuevos pobres.

MARIO: (*Al amigo*) Que, para colmo, ni hemos nacido aquí.

SEVERINO: (*Escribiendo a América*) Cada vez el cerco se estrecha más...

AMÉRICA: (*Leyendo*) "... Los anarquistas de *salón*..."

SEVERINO: (*Escribe*) ... La policía..."

AMÉRICA: (*Para sí*) Mi hermano preso.

AMIGO: (*A Mario*) Yo tengo permiso para vender. Si estás de acuerdo, podrías poner tus cosas en mi mesa.

SEVERINO: (*Escribiendo*) Hoy es fin de año. Un año de un continuo deseo insatisfecho...

MARIO: (*Al amigo*) Eso me ayudaría mucho, mucho. Gracias.

Mario, con su amigo, acomodarán las cosas para vender.

AMÉRICA: (*Leyendo*) "... Año que fue como un columpio de alegrías y tristezas..."

SEVERINO: (*Escribiendo*) ... Año de días soñados con los ojos abiertos...

AMÉRICA: (*Leyendo*) "... En mi corazón te has posado como una mano fría, descarnada, como un símbolo claro de la vida ya pasada..."

SEVERINO: (*Escribiendo*) Ahora Sirio me indica con su sonrisa el camino y yo corro, ansiosamente, hacia ese destino...

AMÉRICA: (*Leyendo*) "... Con su beso sobre la frente".

Mario está muy abrigado. Es diciembre, la fría Navidad europea. Es víspera de esa celebración y las ventas aumentan.

MARIO: (*A un Ayudante-cliente*) Éste cuesta 10 euros. Y éste 15. Es una buena piedra. Y un buen regalito de Navidad.

SEVERINO: (*Escribiendo*) Noche de Navidad, ¡cuántos recuerdos inolvidables de mi niñez!

MARIO: (*Al Cliente*) ¿Lleva otro más?

SEVERINO: (*Escribiendo*) Como regalo quiero ofrecerte todo mi pensamiento...

MARIO: (*Al Cliente*) Los hago yo, sí. ¿Este también? Verá que le gustará el regalo.

SEVERINO: (*Escribiendo*) ... Regalo que pongo delante de tus ojos...

MARIO: (*A otro Ayudante-cliente*) No, no tengo más. Discúlpeme, de esos se me acabaron.

AMÉRICA: (*Leyendo*) “Estoy preparando algo importante para estos días...”

MARIO: (*Contando el dinero*) 320, 330, 340... 400...

Severino ha cambiado de lugar y de actitud. Empuña un arma de fuego y la dirige hacia los Ayudantes que connotarán el nuevo espacio de la historia.

SEVERINO: ¡¡Todos quietos!!

MARIO: (*Contento*) ¡¡450 euros en un solo día!!

AYUDANTE: (*Al público, mientras Severino continúa con su actitud amenazante*) 12 de febrero de 1930. Cinco desconocidos liberan del hospital de Rosario, en donde estaba detenido, al anarquista Giuseppe Romano, conocido como Ramé.

SEVERINO: ¡¡Vamos Ramé!!

Severino y los demás, escapan. Mario, feliz, guarda el dinero y comienza a juntar sus cosas.

MARIO: (*Al amigo*) Ya pasa poca gente por aquí. ¿Querés que tomemos algo caliente juntos?

AYUDANTE: (*Al público*) La liberación de Ramé tiene una gran repercusión pública. Di Giovanni se convierte en una figura de gran popularidad.

MARIO: (*Al amigo*) Hoy es Nochebuena. Podríamos celebrar, ¿no?

AYUDANTE: (*Al público*) No hay delito que se cometa en Argentina del que no sea culpado por la prensa.

MARIO: (*Un poco borracho, sentado al lado de su amigo*) Y sí ... en todas partes hay buenos y malos...

AYUDANTE: (*Al público*) Es demonizado y pasa a ser el enemigo público N° 1.

AMIGO: (*A Mario*) Bueno... uno mismo es a veces una cosa y luego otra. O ambas mezcladas.

AMÉRICA: (*A Severino*) Mis padres han descubierto las cartas que me enviaste, Severino.

MARIO: (*Al amigo*) Ella me decía que me quería... como en un tango, ¿no? (*Ríe*).

SEVERINO: (*A América*) ¿Saben que son mías? No están firmadas.

MARIO: (*Al amigo*) Aquí he aprendido a conocer mis límites.

- AMÉRICA: (*A Severino*) No saben que son tuyas pero me exigen para que les diga de quién son. Sospechan de vos.
- MARIO: (*Al amigo*) La distancia es terrible, no haber podido hablar con ella fue terrible...
- SEVERINO: (*A América*) Te vas a casar, América.
- MARIO: (*Al amigo*) Pero, como todo, ya pasará.
- AMÉRICA: (*A Severino*) ¿Cómo?
- MARIO: (*Al amigo*) Dicen que el amor tiene pasaje de vuelta...
- SEVERINO: (*A América*) Un compañero de confianza se casará con vos. Será la pantalla para que podamos estar juntos y despiatarlos.
- MARIO: (*Al amigo*) ... que vuelve, que siempre regresa. Lo único que espero es que sea rápido...
- AYUDANTE: (*Al público*) América Scarfó se casó. Pasó a llamarse América Scarfó de Astolfi, pero no pasó la noche de bodas con su esposo legal.
Severino la espera con un ramo de flores.
- MARIO: (*Al amigo*)... porque me estoy muriendo de soledad.
- SEVERINO: (*Abraza a América y luego a un Ayudante que tomó el rol de Astolfi*) Gracias, compañero, muchas gracias.
- MARIO: (*Al amigo*) El dinero cambia todo.
- SEVERINO: (*En reunión con sus compañeros*) Ahora es necesario tener dinero...
- MARIO: (*Al amigo*) Y cambia a todos.
- SEVERINO: (*En reunión*) ... para liberar a Alejandro y a los demás detenidos.
- MARIO: (*Al amigo*) Yo no voy a flaquear. Voy a ponerme en pie desde abajo.
- SEVERINO: (*En reunión*) Ése es nuestro deber como compañeros.
- MARIO: (*Al amigo*) Como sea, pateando puertas, si es necesario.
- AYUDANTE: (*Al público*) Asalto de la compañía de ómnibus La central. Los asaltantes se llevan una importante cantidad de dinero.
- MARIO: (*Al amigo*) Como lo hago yo ahora, lo hicieron hace años muchos miles de italianos que llegaron allá con una mano atrás y otra adelante.
- SEVERINO: (*A América, mientras limpia un arma*) Ha llegado la hora decisiva.
- MARIO: (*Al amigo*) La pelearon y se hicieron una posición allá.
- AMÉRICA: (*Para sí*) Alejandro libre... pronto estará libre.
- MARIO: (*Al amigo*) Ahora nos toca a nosotros, ¿no?
- SEVERINO: (*A América*) Y nosotros en Europa, cerca de Italia...
- MARIO: (*Al amigo*) Y lo haré pese a todo, pese a los recuerdos que te muerden, te muerden.
- SEVERINO: (*Apunta con el arma. Los Ayudantes han preparado la nueva situación*) ¡Alto!

AYUDANTE: (*Al público*) 7 de agosto de 1930. Un camión policial que traslada presos de la cárcel a Tribunales es bloqueado por un grupo de cinco personas.

MARIO: (*Saca el dinero ganado*). Esto, que es una mierda, hace hablar hasta a los mudos.

SEVERINO: (*Apuntando*) ¡Abran la puerta! ¡¡Vamos, vamos!!

MARIO: (*Cuenta el dinero*) 300, 400... papel pintado... que te da de comer, de beber, de coger, de dormir...

SEVERINO: ¿Alejandro? ¿Compañeros?

MARIO: (*Contando*) 500, 600...

AYUDANTE: (*Al público*) El camión no trasladaba a los anarquistas detenidos. Llevaba tres prostitutas y un tratante de blancas. Un cambio azaroso a último momento.

Severino expresa una gran desilusión y, lentamente, gira hacia atrás.

MARIO: (*Al amigo*) Tanto dinero con un solo día de trabajo. Todo cambia con dinero en el bolsillo.

SEVERINO: (*A América*) Nuestros planes han cambiado. Hasta que los liberemos nos quedaremos aquí.

MARIO: (*Al amigo*) ¿Conocés algún lugar en donde pueda alojarme mejor?

SEVERINO: (*A América*) Habrá que sacarlos de la cárcel, directamente.

AMIGO: (*A Mario*) ¿Qué pasa? ¿Adónde estás viviendo ahora?

SEVERINO: (*A América*) Mientras tanto, con algo del dinero obtenido, podemos comprar máquinas para impresión...

MARIO: (*Al amigo*) No estoy cómodo. Es una pieza compartida y pago mucho.

SEVERINO: (*A América*) Editar las obras de los grandes pensadores del anarquismo: Reclús, Ciancabilla, Malatesta...

AMIGO: (*A Mario*) Tengo una amiga que vive sola. Tiene una casa grande. Tal vez disponga de una pieza y pueda alojarte.

SEVERINO: (*En reunión*) Los italianos en el extranjero debemos revivir todas las iniciativas que, en Italia, eran la ambición de nuestro movimiento. Y el libro es una de ellas.

AMIGO: (*A Mario*) Ella tiene su tranquilidad económica. Ya tiene sus años y es... muy particular, pero... bueno, quizás te pueda ayudar.

SEVERINO: (*En reunión*) La mayor parte de los compatriotas llegados sólo piensan en el dinero, en su futuro personal...

MARIO: (*Frente a la persona referida quien está encarnada por una Ayudante*) Buenas tardes. Soy Mario, el argentino. Amigo de Francesco.

SEVERINO: (*En reunión*) Y no se dan cuenta de que se están suicidando como hombres.

- AYUDANTE: (*Al público*) 6 de setiembre de 1930. Golpe militar en la Argentina. La represión es feroz. Ley marcial. Estado de sitio. Fusilamientos por doquier, extradiciones...
- MARIO: (*A la dueña de casa*) Él le habrá adelantado algo, ¿no?
- SEVERINO: (*En reunión*) Todos escapan como pueden ante el golpe.
- MARIO: (*A la dueña*) No voy a molestar. Sólo es para dormir. Nada más.
- COMPAÑERO: (*A Severino*) Hay que irse, Severino. Las condiciones son muy desfavorables.
- MARIO: (*A la dueña*) ¿Cuánto me costaría el alquiler?
- SEVERINO: (*En reunión*) Cueste lo que cueste, es necesario quedarse. Persistir, luchar siempre.
- MARIO: (*A la dueña*) ¿Doscientos euros? Bien, bien... y la pieza es muy linda. Estaré cómodo aquí.
- SEVERINO: (*En reunión*) Es ahora cuando se ven los buenos temples.
- MARIO: (*A la dueña*) Bueno, de acuerdo. Traeré mis cosas, entonces.
- SEVERINO: (*En reunión*) Nadie resiste, nadie. Y nosotros quedamos unos pocos.
- MARIO: (*En el teléfono*) Cada vez me siento mejor, papá. Cuando lo tengas, mandame el "Iuris Sanguinis" a la nueva dirección.
- SEVERINO: (*En reunión*) Pero queda siempre la esperanza. Y en nosotros no se despliega otra cosa que la nueva esperanza.
- MARIO: (*Contando el dinero sobre una cama o algo que la signifique y que han colocado los Ayudantes*) Hoy vendí por 300 más, o sea que tengo...
- SEVERINO: (*A América*) América, ¿has terminado el artículo para el periódico?
- MARIO: (*Haciendo cuentas*) Alquiler: 200, una ganga. Comida: 200, transporte...
- AYUDANTE: (*Al público*) En octubre de 1930 sólo existe en la Argentina un pequeño periódico que se opone a los militares. Se llama *Anarquía*, editado totalmente en español por Di Giovanni y su compañera, América.
- MARIO: (*Para sí*) tengo que restringirme al máximo para ahorrar todo lo que pueda.
- AMÉRICA: (*Revisando lo que ha escrito Severino*) "El inalienable derecho a vivir ha sido completamente pisoteado».
- Mientras, Severino escribe.*
- MARIO: (*Se incorpora en su cama. Alguien ha llamado a la puerta*) ¿Sí?
- AMÉRICA: (*Corrigiendo*) "La vida nada vale si no es propulsada y sacrificada por un sentimiento noble y justo..."
- MARIO: (*Frente a la dueña de casa que, alcoholizada, lo busca en la madrugada*) Yo... estaba... estaba... descansando.
- SEVERINO: (*Escribiendo*) Es necesario pasar a la acción.

- MARIO: (*A la dueña*) No... no me molesta. Pase... pase... es su casa, ¿no?
- AYUDANTE: (*Al público*) 2 de octubre de 1930. Asalto a los pagadores de Obras Sanitarias. Mueren en la acción un asaltante y dos empleados. El botín capturado es cuantioso.
- MARIO: (*En otra situación, a su amigo*) Francesco... ¡la dueña de casa me quiere coger!
- SEVERINO: (*A América*) Ahora podremos alquilar una quinta alejada y comprar las impresoras que faltan para mejorar las ediciones de *Anarquía*...
- MARIO: (*Al amigo*) ¿Qué hago? No me gusta... es... desagradable.
- SEVERINO: (*A América*) Allí prepararemos la edición de libros y, sobre todo, planificaremos la liberación de Alejandro y los demás.
- En su habitación Mario está encima de la dueña de casa. La penetra esforzándose. Un Ayudante, a su lado, dirá al público, sin tono alguno, lo que piensa.*
- AYUDANTE: Me ahorro 200 euros por mes. Doce por dos: dos mil euros en un año...
- SEVERINO: (*Con un libro entre las manos*) Por fin, por fin. El primer tomo de las obras de Reclús. El linotipista ha hecho un buen trabajo. Ahora, a continuar agitando con el periódico...
- AYUDANTE: (*Al público, al lado de Mario*) Con que *cumpla* una vez a la semana, vivo gratis. Pienso en otra y listo.
- Mario sigue moviéndose encima de la dueña de casa.*
- SEVERINO: (*A América*) ¿Te gusta la quintita que alquilamos, América? Nadie sospechará de nosotros. Aquí, con Paulino, prepararemos la liberación de Alejandro.
- MARIO: (*Luego que la dueña se ha ido*) Nunca pensé que llegaría a esto.
- AYUDANTE: (*Al público*) El arrojito con el que se mueve Di Giovanni y sus pocos compañeros provoca una gran crisis policial. Hay renunciadas y despidos en la plana mayor. Y reemplazos. Asume como jefe de la Policía un conocido represor: Leopoldo Lugones, hijo de conocido escritor. Di Giovanni es buscado con más afán que nunca.
- MARIO: (*En una casa de venta de ropas. Se prueba algunas*) Sí, creo que este pantalón me queda bien.
- SEVERINO: (*En reunión*) Compañeros: la situación es difícil. El cerco se cierra cada vez más. Pero nosotros no podemos desistir.
- MARIO: (*Probándose*) ¿Cuánto cuesta?
- SEVERINO: (*En reunión*) Si caemos, lo haremos con las armas en las manos.
- MARIO: ¿Va bien este color?
- SEVERINO: (*En reunión*) Seamos jóvenes, pero no por los años sino por el ardor con el que luchemos.

- MARIO: (*Elige*) No, éste es más elegante.
- SEVERINO: (*En reunión*) Y con esa fuerza marcharemos hacia la culminación de la osadía.
- MARIO: (*Mirándose al espejo*) Sí, basta. Llevo éste.
- SEVERINO: (*En reunión*) El principal enemigo es la indiferencia. No. ¡Agitar siempre! ¡Luchar, luchar!
- MARIO: (*Llegando a su habitación con una bolsa de ropa recién comprada*) Veamos, veamos... (*Con satisfacción comienza a sacar la ropa*).
- SEVERINO: (*A América*) América, voy a la imprenta a llevar las pruebas del nuevo tomo de Reclús.
- MARIO: (*Prepara un pequeño grabador para registrar su voz en un casete que enviará a sus familiares*) Espero que grabe bien.
- AMÉRICA: (*A Severino*) Es peligroso, Severino. Las imprentas están muy vigiladas. Han arrestado al compañero Cortucci.
- MARIO: (*Sobre el grabador*) Mmm... veamos... (*Probando*) Hola... hola...
- SEVERINO: (*A América*) No te preocupes. Dejo esto y vuelvo.
- MARIO: (*Grabando*) Queridos viejos y amigos...
- Severino se viste como de costumbre, con su típico hábito negro. Besa a América, fracturando la acción y camina.*
- (Mientras graba se irá sacando la vieja ropa y, vistiéndose con la nueva, se mirará al espejo. Sobre esta acción se desarrollará toda su escena).*
- Les envío este casete esperando que se encuentren bien...
- Severino ha llegado hasta el proscenio. Allí queda inmóvil. Un Ayudante comenzará, lentamente, a desvestirlo. Sobre esa acción se montará toda la escena sucesiva. Otro Ayudante hablará al público.*
- AYUDANTE: Jueves 29 de enero de 1931. Severino Di Giovanni es emboscado por una comisión policial al salir de una imprenta, en pleno centro de Buenos Aires...
- MARIO: ... les grabo estas palabras mientras me pruebo ropa nueva que acabo de comprar.
- AYUDANTE: (*Al público*) Se inicia un furibundo tiroteo. Di Giovanni trata de escapar. Una bala, no se sabe con certeza quién la dispara, mata a una niña...
- MARIO: (*Grabando*) Les comento esto porque estoy tratando de vestirme mejor. Aquí la apariencia es importante y define muchas cosas...
- AYUDANTE: (*Al público*) Di Giovanni corre. Un policía le cierra el camino. Pero él, lo hiere de un balazo.
- MARIO: No crean que me gusta mucho estar aquí...
- AYUDANTE: (*Al público*) Pero tiene cerrada todas las salidas. Entra en un hotelucho

y trata de escapar por los fondos. Un policía, que le dispara desde atrás, cae fulminado por sus disparos...

MARIO: Hay muchas cosas que no me hacen sentir muy bien...

AYUDANTE: *(Al público)* Trata de atravesar la manzana por su interior buscando la calle del otro lado. Salta tres metros para alcanzar una pared...

MARIO: Pero es necesario mimetizarse. Parecer uno de ellos...

Quando el Ayudante termine de desvestir a Severino, comenzará a colocarle su traje de prisionero. Simultáneamente Mario empezará a colocarse su nueva ropa.

AYUDANTE: *(Al público)* Pero al salir a esa calle, le disparan desde todos lados. Corre en zigzag, pero está cercado. Vuelve sobre sus pasos. Entra en el zaguán de una casa...

MARIO: Aquí resisto como puedo. Aquí las reglas del juego son así. Las personas compran y venden no por lo que aparentan...

AYUDANTE: *(Al público)* Le disparan de cerca. No tiene escapatoria. Se abre el saco. Coloca la pistola en el corazón, sobre la camisa blanca, y aprieta el gatillo...

MARIO: No hay otro camino. Es probable que se sorprendan escuchándome pero son reglas muy difíciles de cambiar...

AYUDANTE: *(Al público)* Increíblemente la bala no toca ningún punto vital. La policía lo arresta y lo transportan al hospital. Es necesario enjuiciarlo cuanto antes. Di Giovanni, el enemigo público número uno, el que había ridiculizado a la Policía argentina, debía servir de escarmiento para todos...

MARIO: Cuando vuelva, lo haré con los medios para imponer yo mis reglas de juego. Sin joder a nadie...

AYUDANTE: *(Al público)* La Ley marcial está vigente. Di Giovanni es acusado de la muerte de la niña y de la de un agente. Los testigos de prueba son todos policías, salvo un civil que declarara no haber visto nada...

MARIO: En este puto mundo se impone sólo el que tiene guita en los bolsillos...

AYUDANTE: *(Al público)* El fiscal pide la pena de muerte. Un teniente del ejército asume la defensa. Y demuestra, imprevisamente, que la bala que mató a la niña, no salió del arma de Di Giovanni. La policía allana la finca en la que se ocultaban Di Giovanni y sus compañeros. Arrestan a América Scarfó y a su hermano Paulino...

MARIO: Hay que aguantarse. Jugar en la mesa de los que *tallan*...

Severino ahora está frente a sus hijos y a Teresina. Está esposado. Besa a sus hijos con dulzura. Siempre las acciones se ejecutan "contadas" en espacios y direcciones distintas.

SEVERINO: No lloren. No llores, hijo. Laurita, hija querida. Aurora...

MARIO: Todo cuesta, todo. Pero aquí, al menos, hay esperanzas de cosechar alguna vez...

SEVERINO: *(A Teresina)* Váyanse, Teresina. No tiene sentido seguir sufriendo. Cuidalos...

Los Ayudantes que representan a esos personajes giran y se van.

MARIO: En definitiva soy uno de los tantos millones que luchan por sobrevivir, de los miles que llegan desesperados con el sueño de volver al lugar del cual jamás desearon irse...

América, escoltada por Ayudantes-Policías, se acerca a Severino.

SEVERINO: *(A América)* América, te amo.

MARIO: Me he acostumbrado a pensar en términos prácticos...

AMÉRICA: *(A Severino)* Voy a seguir con tu recuerdo hasta mi muerte.

SEVERINO: *(A América)* ¡Sos tan joven!

MARIO: ... porque es la única manera de sobrevivir en esta época.

Mario ha terminado de vestirse. Apaga el grabador. Elegante, se mira al espejo. Se complace con su aspecto. Se prepara para salir.

AYUDANTE: *(Al público, mientras los demás Ayudantes se preparan para el fusilamiento)* Di Giovanni rehusó los servicios religiosos y mantuvo todo el tiempo una actitud inclaudicable. La prensa publicó detalles morbosos relativos a las últimas horas del condenado.

Un Ayudante se acerca con una venda para taparle los ojos. En el otro lado, Mario se ha acercado al proscenio. Tiene un papel entre las manos. Es el documento que esperaba desde Argentina.

MARIO: *(Extendiendo el papel, en las oficinas estatales)* Aquí está. Llegó de mi país el papel que faltaba...

SEVERINO: *(A los Ayudantes-soldados)* No, no quiero que me tapen los ojos.

MARIO: Ahora tengo todo lo necesario para obtener la ciudadanía.

SEVERINO: *(Se aferra fuertemente a la silla en la que está atado y alzándose todo lo que puede, grita)* ¡¡Viva la anarquía!!

MARIO: *(En el proscenio, con su pasaporte entre las manos)* Mi nombre es Mario Di Giovanni, señor.

El cuerpo de Severino se mueve golpeado por los disparos de un silencio absoluto. La luz, lentamente, va abandonando a los personajes. Queda sólo encendida una, sobre un Ayudante que hablará al público.

AYUDANTE: América Scarfó le llevará flores. Y cuando todos estemos muertos, muertos, América Scarfó nos traerá flores.

*La luz se apaga sobre el Ayudante y con ello llega el **FINAL**.*

El último silencio

> el último silencio

Fue escrita en 1996 y aún no se ha estrenado.

PERSONAJES

EL POETA
LA NIÑA
EL EXTRANJERO
EL LOCO
LA JOVEN
EL VIEJO
EL PRETENDIENTE
EL PADRE
LA MADRE

LA LUZ DESCUBRE UNA SUPERFICIE EN DECLIVE. SE TRATA DE UN ESPACIO ÁRIDO, OCRE, DESIERTO. PIEDRAS, RUINA, POLVO. EN EL CENTRO DE UN SILENCIO ABSOLUTO Y POR EL PLANO SUPERIOR DE LA EXPLANADA, APARECE EL POETA. SE DETIENE, OBSERVA EL LUGAR COMO RECONOCIÉNDOLO. LUEGO DESCENDE Y SE APROXIMA A UN COSTADO DEL PLANO INFERIOR. MIRA LA TIERRA. PARECE QUE BUSCARA UN LUGAR IMPORTANTE DE SU PASADO. SE INCLINA Y TOCA LA TIERRA OCRE CON LAS MANOS. EL RUMOR DEL VIENTO SE HACE PRESENTE. PROGRESIVAMENTE CRECE HASTA TRANSFORMARSE EN REMOLINOS DE POLVO QUE ESFUMAN LA FIGURA DE EL POETA. POR EL PLANO SUPERIOR SE INSINÚA LA FIGURA DE LA NIÑA. COMO UN FANTASMA SE VA DIBUJANDO. TIENE APROXIMADAMENTE DIEZ AÑOS. SU CUERPO, CASI DESNUDO, ES MUY DELGADO.

LA TORMENTA AMAINA. UN ANILLO RELUCE EN UNA MANO DE LA NIÑA. EL POETA COMIENZA A ESCARBAR LA TIERRA. LA NIÑA SE ACERCA Y CON CURIOSIDAD TAMBIÉN LO HACE. LOS DOS PERSONAJES, A PESAR DE REALIZAR LA MISMA ACCIÓN, NO SE COMUNICAN. PERTENECEN A TIEMPOS DIFERENTES. EN LO ALTO, APARECE EL EXTRANJERO. SU PRESENCIA ES EL RESULTADO DEL RECUERDO DE EL POETA Y DE LO QUE ÉSTE PIENSA QUE HA IMAGINADO LA NIÑA. EL EXTRANJERO TRAE UNA RÚSTICA BOLSA DE VIAJE. ES DE UNA RAZA DIFERENTE A LA DE LOS DEMÁS PERSONAJES AUNQUE POSEE ALGUNOS RASGOS SEMEJANTES A LOS DE LA NIÑA. EL VIENTO REAPARECE. EL EXTRANJERO MIRA HACIA DONDE ESTÁN LA NIÑA Y EL POETA SIN REACCIONAR ANTE SUS PRESENCIAS. ÉSTOS, SIN EMBARGO, LO OBSERVAN INTENSAMENTE. EL EXTRANJERO, LUEGO, SALE.

POR OTRO LADO ENTRA EL LOCO. ARROJA AL AIRE, Y RETOMA, UNA PIEDRA VERDOSA. ES UNA ESMERALDA EN BRUTO. EL LOCO, CON AGITACIÓN, CORRE HACIA EL PEQUEÑO POZO QUE HAN CAVADO LA NIÑA Y EL POETA. CON DETERMINACIÓN ESCUPE DENTRO. TAMPOCO CONNOTA LA PRESENCIA DE LOS OTROS PERSONAJES. LUEGO, CORRIENDO, SALE DE ESCENA. LA NIÑA, ASUSTADA, SE ACURRUCA Y CIERRA LOS OJOS.

PORATRÁS ENTRA LA JOVEN. SE ACERCA A LA NIÑA Y CON TERNURA LA ABRAZA Y TRANQUILIZA. EL POETA CONTINÚA ESCARBANDO. INMEDIATAMENTE, EN LO ALTO, SE PERfila LA IMPONENTE FIGURA DE EL VIEJO.

EL VIENTO CRECE EN INTENSIDAD. EL VIEJO TRAE CONSIGO UN OBJETO ENVUELTO. ESPERA.

ABAJO, POR EL PLANO INFERIOR, ENTRA EL PRETENDIENTE.. LOS DOS PERSONAJES SE MIRAN. NO PERCIBEN LA PRESENCIA DE LOS DEMÁS, QUE ESTÁN OBSERVANDO. EL PRETENDIENTE SE ACERCA A EL VIEJO. ÉSTE LE ENTREGA EL OBJETO QUE HA TRAÍDO. UN RELUCIENTE PUÑAL SE PERfila. EL PRETENDIENTE LO ENVUELVE TOTALMENTE Y SE RETIRA POR EL MISMO LUGAR POR EL QUE HABÍA LLEGADO. EL VIENTO NO CESA. LA JOVEN ABRAZA A LA NIÑA PROTEGIÉNDOLA. EL POETA CONTINÚA CON SU ACCIÓN EN LA TIERRA. POR OTRO LADO ENTRAN EL PADRE Y LA MADRE. A LA DISTANCIA SE MIRAN CON EL VIEJO. ÉSTE ASIENTE CON LA CABEZA. LA PAREJA SE RETIRA. TAMBIÉN LO HACE EL VIEJO POR EL PLANO SUPERIOR. LA JOVEN ABRAZA INTENSAMENTE A LA NIÑA, COMO DESPIDIÉNDOSE. LUEGO SALE. LA NIÑA LA OBSERVA ALEJARSE. EL POETA VUELVE A ESCARBAR LA TIERRA. AHORA, POR EL PLANO INFERIOR REAPARECE EL VIEJO. EN ESTE MOMENTO COINCIDEN LOS TIEMPOS ENTRE LA ACCIÓN DE EL POETA Y LA ENTRADA DE EL VIEJO.

EL VIEJO: ¿Qué buscas?

EL POETA: *(Gira sorprendido)*. El lugar exacto.

EL VIEJO: ¿Para qué?

EL POETA: Quiero descubrir la verdad.

EL VIEJO: ¿Por qué?

EL POETA: Es necesario.

EL VIEJO: No busques más. Desiste.

EL POETA: No puedo.

EL VIEJO: Olvida. Es mejor. Encontrarás la paz.

EL POETA: No me interesa la paz.

EL VIEJO: He cumplido con advertírtelo.

El Viejo gira para irse. El texto de El Poeta lo detendrá.

EL POETA: ¿Por qué pasó?

EL VIEJO: ¿Qué?

EL POETA: Lo sabes.

EL VIEJO: A veces, lo terrible, puede evitar algo aún peor.

EL POETA: ¿Qué era lo peor?

EL VIEJO: No insistas. Escribe sobre el futuro.

EL POETA: El futuro estaba aquí. *(Señala el pequeño pozo)*.

EL VIEJO: Estaba. Pero ahora lo que buscas pertenece a la palidez del pasado. Eres un poeta. Escribe sobre tus propios días.

El Viejo se va. El Poeta queda pensativo. Ahora La Niña se acerca al pequeño agujero y también escarba. El Poeta vuelve sobre la acción de escarbar. Encuentra un pequeño trozo de raíz quemada. En lo alto aparece El Extranjero. Esta acción corresponde al momento de su primera llegada a ese lugar. El Poeta y La Niña lo miran pero él no percibe estas miradas. Cansado se sienta en el suelo y observa, embelesado, hacia el lugar adonde está ahora el pozo. Por el plano inferior entra La Joven. Trae un recipiente con agua. Mira hacia arriba y descubre a El Extranjero. Se sorprende y luego baja la mirada. El Extranjero sigue sus movimientos. Ella se acerca hasta donde está el pozo y vierte allí agua. Esto ocurre en un tiempo diferente al presente de El Poeta y al de La Niña. Luego gira para retirarse pero la voz de El Extranjero la detiene.

EL EXTRANJERO: Es hermoso.

LA JOVEN: *(Con cierta desconfianza)*. Sí. Lo es.

EL EXTRANJERO: Vengo de lejos sólo para verlo. Dicen que es el último.

LA JOVEN: No se conoce otro.

EL EXTRANJERO: ¿Lo cuidas?

LA JOVEN: Sí.

EL EXTRANJERO: ¿Vienes todos los días?

Ella, algo incómoda, sale de escena. El Extranjero la mira alejarse. De pronto entra El Loco corriendo. Parece que buscase a La Joven. Se acerca hasta el lugar adonde ella había arrojado el agua. Toca el líquido. Luego se lleva la mano a la boca y bebe. Después escupe, se levanta y sale por el lugar por donde salió La Joven, buscándola. El Extranjero, interesado, también se incorpora y sigue, a la distancia, a El Loco. La Niña mira a El Extranjero. Por un costado del plano inferior entra La Madre. Se dirigirá a El Poeta sin relacionarse con La Niña.

LA MADRE: ¿Qué has encontrado?

EL POETA: Nada.

LA MADRE: Nada es muy poco. Habla.

EL POETA: Sólo esto, por ahora. *(Le muestra el pedazo de raíz)*.

LA MADRE: ¿Por qué te empeñas en remover el dolor?

EL POETA: Es necesario. Estamos perdidos si no lo hacemos.

LA MADRE: Podría ser peligroso.

EL POETA: ¿Qué significa eso?

LA MADRE: Lo que prefieras entender.

EL POETA: No hay mañana sin ayer.

LA MADRE: Hace años que estamos perdidos. Pero eso, tal vez, nos salva del final.

EL POETA: La verdad se descubrirá algún día.

LA MADRE: ¿Entonces?

EL POETA: Entonces podremos soñar de nuevo.

LA MADRE: Ya no hay lugar para otros sueños. Jamás despertaremos de esta pesadilla.

EL POETA: ¿Adónde está tu hija?

LA MADRE: ¿Por qué preguntas tanto?

EL POETA: Ella desapareció en el aire. ¿Adónde está?

LA MADRE: No sé. Nosotros también la buscamos.

Arriba aparece La Joven. Sólo La Niña la divisa y corre a su lado. Los otros personajes no acusan su presencia.

EL POETA: Este silencio de años no te ayuda a ser feliz.

LA MADRE: La felicidad es un sueño no soñado. No sigas adelante. Por el bien de todos, detente.

La Madre, observándolo fijamente, sale de escena. El Poeta vuelve a remover la tierra. Aparece El Pretendiente. Se dirigirá a La Joven sin relacionarse con La Niña ni con El Poeta. Esto ocurre en el tiempo sucesivo a la llegada de El Extranjero.

EL PRETENDIENTE: ¿Ya has regado el árbol?

LA JOVEN: Sí.

EL PRETENDIENTE: Ha llegado un extranjero a conocerlo.

LA JOVEN: Lo he visto.

EL PRETENDIENTE: Es diferente. Tiene la piel cincelada por el viento.

LA JOVEN: Parece que viene de lejos sólo para verlo.

EL PRETENDIENTE: Lo cuidas con esmero. No morirá. *(Se acerca a La Joven y la besa).*
Haremos hijos para poblar este desierto.

LA JOVEN: Hace mucho que nadie nace.

EL PRETENDIENTE: El Viejo predice que habrá uno pronto. Será nuestro hijo... Todos lo comentan.

La Joven, un poco reticente, cambia el sentido de la conversación.

LA JOVEN: *(Refiriéndose al árbol)* Hoy el viento lo meció.

EL PRETENDIENTE: Sopló un viento extraño, caliente.

LA JOVEN: Escuché que las hojas se quejaban.

EL PRETENDIENTE: Es el peso del polvo. No llueve de hace años.

LA JOVEN: No. Era diferente. Como un estremecimiento.

EL PRETENDIENTE: No te preocupes. Agua para él no faltará.

LA JOVEN: Era como... como si quisiera decirme algo.

EL PRETENDIENTE: Consulta al Viejo.

Arriba aparece El Loco. De lejos mira atentamente a La Joven. Ésta se incomoda.

- LA JOVEN: Ahí está, de nuevo.
- EL PRETENDIENTE: No tengas miedo.
- LA JOVEN: Me sigue a todas partes.
- EL PRETENDIENTE: Está enamorado.
- LA JOVEN: Sueño con sus ojos quietos.
- EL PRETENDIENTE: ¿Te ha molestado?
- LA JOVEN: No. Pero su presencia es constante. A veces lo sorprendo insultando al Árbol.
- EL PRETENDIENTE: Eso es grave. ¿Es que no comprende nada?
- LA JOVEN: Cuando era niño hizo lo que estaba prohibido. Subió al Árbol. Después lo encontraron en la tierra con la cabeza ensangrentada y los ojos fijos en la luna.
- EL PRETENDIENTE: ¿Crees que por eso blasfema?
- LA JOVEN: No sé. Pero tengo miedo.
- EL PRETENDIENTE: *(Al Loco)* ¿Qué haces ahí, mirándonos?
- El Loco, imperturbable, sigue observándolos fijamente a la distancia.*
- ¡Vamos, vete! ¡Déjanos solos!
- El Loco no se modifica. El Pretendiente toma una piedra y se la arroja con la intención de alejarlo. El Loco retrocede unos pasos, pero no desiste. El Pretendiente quiere alzar otra piedra pero La Joven lo detiene.*
- LA JOVEN: ¡Déjalo! No comprende. Mejor vámonos.
- En lo alto aparece El Extranjero. El Loco, ahora, observa a éste fijamente. El viento forma un remolino de polvo.*
- ¡El viento! ¡De nuevo ese aliento caliente!
- El viento, como un recuerdo no deseado, pasa. Todos han quedado mirando hacia el Árbol.*
- EL PRETENDIENTE: *(Luego de un pequeño silencio)* Ya ha pasado.
- El Pretendiente abraza a La Joven y salen juntos de escena. El Loco, un instante después, los sigue. Al pasar cerca del Árbol, se detiene un momento, lo mira un segundo y luego sale. El Extranjero se sienta a contemplarlo. El Poeta ahora accionará en el pasado. O sea en el tiempo de El Extranjero.*
- EL POETA: ¿Habías visto otro?
- EL EXTRANJERO: Conocí uno cuando era niño. Conservo imágenes desteñidas. Antes de morir se erguía solitario resistiendo la tristeza. Y desde lejos, nos guiaba.
- EL POETA: Nosotros sin él nos perderíamos. ¿De dónde vienes?
- EL EXTRANJERO: De un lugar tan lejano que casi no recuerdo.
- EL POETA: ¿Cómo es tu país?

EL EXTRANJERO: Cenizas.

EL POETA: ¿Y las personas?

EL EXTRANJERO: Casi todos viejos.

EL POETA: ¿Cuánto tardaste en llegar aquí?

EL EXTRANJERO: No sé. Hace años que camino.

EL POETA: ¿Y en el viaje, qué has visto?

EL EXTRANJERO: Aridez. Desiertos grises, ocres, blancos, infinitos. Olvidadas porciones de la nada. Hasta los caminos se han extraviado.

EL POETA: ¿Hay comunidades?

EL EXTRANJERO: He visto algunas. Escapan de un lugar a otro sin moverse. Cambian de horizontes pero la angustia permanece.

EL POETA: ¿Conocen al Árbol?

EL EXTRANJERO: Han sentido hablar de él. Pero huyen de la mirada del pasado.

EL POETA: Tal vez el Árbol se reproduzca.

EL EXTRANJERO: Será difícil. La tierra, el cielo, las entrañas, todo está yermo.

EL POETA: Alguien nacerá. Los Viejos así lo profetizan.

Silencio.

Tienes la piel diferente. (*Hace ademán de tocarlo*). ¿Puedo?

El Extranjero asiente.

EL EXTRANJERO: ¿Jamás habías visto a un hombre de otra raza?

EL POETA: Jamás. En la comunidad se comentaba que existían. Pero yo nunca vi uno. Eres el primero.

EL EXTRANJERO: Me he dado cuenta. Me miran con recelo. Algunos bajan los ojos.

EL POETA: Todavía los Viejos cuentan lo que han escuchado sobre la Gran Matanza y la quietud del Largo Silencio.

EL EXTRANJERO: Eso sucedió hace mucho.

EL POETA: Pero aún los recelos perviven. El odio ha sido más tenaz que el amor.

EL EXTRANJERO: Entonces el tiempo no ha pasado.

EL POETA: Es probable. A veces pienso que el pasado es un futuro ya vivido.

EL EXTRANJERO: Eres diferente a los demás. ¿Qué haces?

EL POETA: Escribo.

EL EXTRANJERO: ¿Escribes? Eso no es común.

EL POETA: Trato de preservar la belleza.

EL EXTRANJERO: Cuando partí de mi lugar, el último escritor agonizaba sin poder transmitir su oficio.

EL POETA: ¿Te quedarás mucho tiempo aquí?

EL EXTRANJERO: No sé. Tal vez sea mejor irse.

EL POETA: ¿Hacia dónde?

EL EXTRANJERO: Es lo mismo. No creo que mis ojos vean cosas demasiado diferentes. Por ahora quiero absorber su imagen para llevármela dentro. *(Se refiere al Árbol).*

Entran El Viejo, El Padre y El Pretendiente. Miran hacia los otros personajes. Se produce un tenso silencio. El Extranjero se levanta y sale. La Niña lo acompaña hasta el límite escénico.

EL VIEJO: ¿Qué quiere?

EL POETA: Sólo ha venido a ver el Árbol.

EL PADRE: ¿Hasta cuándo se quedará?

EL POETA: No creo que demasiado.

EL VIEJO: Es mejor que se vaya cuanto antes.

EL POETA: ¿Por qué?

EL VIEJO: Gente de su raza provocó la Gran Matanza.

EL POETA: La Gran Matanza fue provocada por todos los hombres del pasado.

EL VIEJO: Sabemos que es conveniente no mezclarse con los sobrevivientes de otros pueblos. Han tratado de exterminarnos.

EL POETA: El Largo Silencio debió servir, al menos para coagular la sangre de esa época.

EL VIEJO: El Largo Silencio sirvió para que cada pueblo entendiese cuál es su lugar en este mundo. Ahora hablemos del Loco.

EL PRETENDIENTE: Blasfema. Insulta al Árbol.

EL PADRE: Nunca lo ha respetado. Por eso es como es.

EL PRETENDIENTE: Es hora de hacer algo con él.

EL POETA: Su cabeza no razona. No sería justo.

EL PADRE: Para hostigar a mi hija sí razona.

EL POETA: ¿Qué le ha hecho?

EL PRETENDIENTE: La persigue.

EL POETA: ¿La ha agredido?

EL PADRE: ¿Vamos a esperar que lo haga para proceder?

EL POETA: Es como un niño. Desde que su cabeza se extravió en la bruma, siempre ha mirado al Árbol con resentimiento.

EL PRETENDIENTE: Y eso no es cosa de niños.

EL POETA: ¿Quién lo sabe? ¿Adónde están los niños para comprobarlo?

EL PADRE: Cuando éramos niños y hemos sentido resentimiento, sólo ha durado un latido del corazón.

EL VIEJO: Lo más grave es su rechazo al Árbol.

EL POETA: No es descabellado que lo sienta, considerando su condición.

EL VIEJO: El Árbol es nuestra referencia como pueblo. Nos da sentido y nos genera esperanzas. Es preciso conservar ese calor y hacerlo respetar por todos.

EL PADRE: Merece un escarmiento.

EL PRETENDIENTE: Estoy de acuerdo.

EL POETA: Es injusto.

EL VIEJO: De alguna manera es necesario que comprenda. Será atado al Árbol por tres días. Permanecerá sin comer y el agua que beberá será aquella que el Árbol no absorba. En cuanto al Extranjero es mejor no hablar con él. Si se demora en partir será necesario advertirle que se vaya.

El Viejo sale. El Padre y El Pretendiente lo hacen por otro lado. El Poeta queda en escena. Entra La Joven con el recipiente de agua. La Niña, al verla entrar, corre a su lado. Ahora La Joven hablará a La Niña en un tiempo diferente al de la acción de regar.

LA JOVEN: Lo regaba cada día. El agua, cuando lamía el polvo, se evaporaba. Pero Él quería vivir. Resistía la adversidad como un enamorado. En esos días, un extraño viento encendía el aire.

La Joven, ahora, realiza la acción de verter agua en el Árbol. La Niña observa la acción. En lo alto aparece El Loco. Arroja al aire y retoma una esmeralda en bruto. La Joven, con temor, quiere apresurar su salida. El Loco le cierra el paso. La Joven retrocede. El Loco, con una violenta forma de ternura, extiende la mano ofreciéndole la piedra. En ese momento, por lados diferentes y cercando a El Loco, aparecen El Padre y El Pretendiente. El Loco reprime su acción con la piedra y se coloca a la defensiva al ver la actitud de los dos hombres. La Joven se aparta con temor. La Niña, en el tiempo del relato de La Joven, se abraza a ésta. Los hombres se arrojan sobre El Loco. Éste grita y llora. La Joven sale de escena corriendo. El Padre y El Pretendiente someten a El Loco y lo aproximan al lugar del Árbol. Con una soga lo atan. El Loco llora y se queja, pero es inútil. El Poeta, de lejos, observa. Una vez sometido El Loco, los dos hombres se retiran. El Poeta, lentamente, se acerca al Árbol. El Loco gime. La Niña, asustada, lo mira.

EL POETA: Tranquilízate. Ya pasará.

EL LOCO: ¡La luna... la luna ha escapado!

EL POETA: Descansa.

EL LOCO: ¡Entre la niebla de fuego la luna me ha olvidado!

EL POETA: No te ha olvidado. Ella todavía vuelve.

EL LOCO: ¡La luna... la luna se ha ido! Y me ha dejado sin nadie.

EL POETA: Vamos, no llores.

EL LOCO: ¡Me olvidará si no la alcanzo!

El Poeta duda entre liberarlo o no. Finalmente no lo hace. El Loco, desesperado, llora. La Niña se tapa los oídos. Aparece El Extranjero. Al ver a El Loco, se acerca. El Loco continúa llorando. El Poeta se aleja.

¡Luna... luna... me he caído de tus brazos!

El Extranjero mira para todos lados. Se supone que está solo. Con determinación corta la soga. El Loco deja de llorar, se incorpora y escapa. El Extranjero sale por otro lugar. El Poeta vuelve hacia el Árbol. Atrás aparece El Viejo.

EL VIEJO: ¿Has sido tú?

EL POETA: No.

EL VIEJO: ¿Quién, entonces?

EL POETA: No lo sé.

EL VIEJO: Es grave. Hay que encontrarlo. Y descubrir quién lo ha liberado.

EL POETA: Tal vez haya comprendido.

EL VIEJO: Eso ahora es secundario. Alguien ha transgredido una decisión de la Comunidad. Será castigado sin piedad.

EL POETA: ¿Por qué tanta dureza?

EL VIEJO: No podemos permitirnos ninguna debilidad.

EL POETA: También hemos perdido la ternura.

EL VIEJO: La ternura será una conquista del futuro. Nuestro deber es preservar lo poco que ha quedado. Y asegurar el porvenir.

EL POETA: No entreveo el porvenir sin decisiones justas.

EL VIEJO: ¿Por qué cuestionas tanto? Ese hombre sin conciencia podría cometer algo tan terrible que truncaría nuestro mañana. Ella está entrando en su momento fértil. Es preciso cuidar los pocos vientres que aún pueden florecer.

El Viejo se retira. Por otro lado reaparece La Joven. Hablará a La Niña en el tiempo de su relato.

LA JOVEN: Lo buscaron, pero no lograban apresarlos. Algunos comentaban que lo veían a la distancia y luego desaparecía como un fantasma.

Entra El Extranjero.

EL EXTRANJERO: No logran encontrarlos. ¿Se habrá ido?

LA JOVEN: *(Un poco reticente)*. Tal vez.

EL EXTRANJERO: ¿Estás más tranquila?

LA JOVEN: No sé

La Joven hace ademán de irse luego de regar el Árbol.

EL EXTRANJERO: ¿Adónde vas?

LA JOVEN: Tengo que colocar esto en el río.

EL EXTRANJERO: ¿Río?

LA JOVEN: Sí.

EL EXTRANJERO: Desde el Largo Silencio los ríos se secaron.

LA JOVEN: Éste es un delgado hilo fresco que, obsesivamente, sobrevive.

EL EXTRANJERO: Dicen que antes eran alegres serpientes de espuma.

LA JOVEN: Tenían peces.

EL EXTRANJERO: Durante la Gran Matanza sus cadáveres coronaron las piedras.
La Joven insiste en irse. El viento caliente besa la tierra.
 ¿Por qué escapas?

LA JOVEN: Debo irme.

EL EXTRANJERO: Tienes miedo. ¿Por qué?

LA JOVEN: Es mejor no...

EL EXTRANJERO: ¿Te asusta hablar con un extranjero?
La Joven guarda silencio.
 No tiene sentido conservar desconfianzas antiguas.

LA JOVEN: La Comunidad no lo permite.

EL EXTRANJERO: La mía también es reticente desde que los hombres se asesinaron los unos a los otros. Pero eso sucedió hace mucho e hizo de la tierra una mortaja. No desconfíes más.

LA JOVEN: *(Animándose un poco)*. ¿De dónde vienes?

EL EXTRANJERO: Del otro lado del mundo.

LA JOVEN: Tienes la piel diferente.

EL EXTRANJERO: Tú también.
Ambos sonríen.
 Cuando partí los Viejos de mi lugar me dijeron que encontraría la vida y la muerte en el mismo momento.

LA JOVEN: A mí me dicen que seré capaz de procrear.

EL EXTRANJERO: Tienes suerte, entonces. ¿Estás feliz?

LA JOVEN: *(Luego de un corto silencio)* Creo que sí.

EL EXTRANJERO: ¿Por qué dudas?

LA JOVEN: No sé.

EL EXTRANJERO: ¿Lo amas?

LA JOVEN: *(Lo mira sorprendida)*. ¿Importa mucho eso?

EL EXTRANJERO: Importa.

LA JOVEN: Él me quiere a su lado.

EL EXTRANJERO: ¿Y tú?

La Joven guarda silencio.

Un hijo, antes que nadie, debería serlo del amor.

LA JOVEN: El amor es un porvenir incierto. Hoy es sólo silencio.

EL EXTRANJERO: ¿Lo crees realmente? El amor es lo único verdadero que todavía tenemos.

En lo alto la sombra fugaz de El Loco se insinúa. La Joven logra divisarlo. El Loco vuelve a desaparecer.

LA JOVEN: ¡Allí!

EL EXTRANJERO: ¿Qué sucede?

LA JOVEN: El Loco.

EL EXTRANJERO: No te preocupes.

LA JOVEN: Ahora debo irme.

EL EXTRANJERO: Te buscaré en el río.

LA JOVEN: No, no es conveniente.

EL EXTRANJERO: Espera. Toma esto. *(Le da un anillo. Es el mismo que tiene La Niña).* Desde niño me dijeron que debía regalarlo cuando sintiese que el alma me volase dentro. Llévalo. Ahora es tuyo.

La Joven, conmovida, lo toma. Luego sonríe.

Te buscaré en el río.

La Joven gira para irse. La Niña corre y la alcanza. Al abrazarla, la detiene. El Extranjero, mientras tanto, sale de escena. La Joven relata a La Niña en el tiempo correspondiente.

LA JOVEN: Lo esperé sin permitirme esperarlo. Llegó como cuentan que la lluvia llegaba, suave y decidido. Y sin preguntarme nada se convirtió en una tormenta incansable. Inundó cada recoveco de mi cuerpo y me acarició cada pliegue del alma. Entonces comprobé por qué el amor es lo único verdadero que todavía tenemos.

Después, dejándome adentro su olor a tierra mojada, se alejó como una nube serena. Permanecí horas, inmóvil, cubierta por un cielo de estrellas ajadas.

Entra La Madre. La Niña retrocede unos pasos. Es el momento posterior al acto de amor entre El Extranjero y La Joven. La luna, única, ilumina todo.

LA MADRE: ¿Adónde estabas?

LA JOVEN: Aquí.

LA MADRE: ¿Por qué no volviste?

LA JOVEN: Pensaba.

LA MADRE: Él te está esperando.
LA JOVEN: ¿Quién?
LA MADRE: Tu pretendiente.
LA JOVEN: No voy a ir.
LA MADRE: ¿Qué dices?
LA JOVEN: He decidido no hacerlo.
LA MADRE: Es el momento más propicio.
LA JOVEN: Lo sé.
LA MADRE: Tienes que procrear.
LA JOVEN: Tengo que amar.
LA MADRE: Amarás.
LA JOVEN: Ya he amado.
LA MADRE: ¿Cómo?
LA JOVEN: He comprendido para qué estoy viva.
LA MADRE: Eso jamás se comprende. Vamos, te está esperando. No tengas miedo.
LA JOVEN: Dile que me olvide.
LA MADRE: ¿Has perdido la razón? ¿Qué te sucede?
LA JOVEN: Amo a otro.
LA MADRE: ¿Cómo?
LA JOVEN: He amado a otro.
LA MADRE: ¿Te has vuelto loca?
LA JOVEN: Tal vez. Pero para ser feliz.
LA MADRE: (*La toma con violencia*). ¿Es verdad lo que dices?
LA JOVEN: Sí. Amo.
LA MADRE: ¡Cállate! ¡No vuelvas a repetirlo! ¿Quién es?
LA JOVEN: Alguien que sabe tocar los secretos más profundos.
LA MADRE: No hay demasiados hombres entre nosotros.
LA JOVEN: No es de aquí.
LA MADRE: ¿El Extranjero?
La Joven queda en silencio. La Madre retrocede espantada.
No puede ser... no puede.
LA JOVEN: Un hijo suyo me completará. Lo siento.
La Madre reacciona violentamente.
LA MADRE: ¡Cállate, cállate! ¡Eso no está permitido! ¡No es como nosotros!

LA JOVEN: Sí. Es diferente, pero bastó que me rozara para que la tierra trepara al cielo y todos los colores fueran uno.

Entran El Padre y El Pretendiente.

EL PADRE: ¿Qué ha sucedido?

LA MADRE: Nada, nada.

LA JOVEN: Déjenme sola.

EL PRETENDIENTE: ¿Por qué?

LA JOVEN: No deseo estar contigo.

EL PADRE: ¿Cómo?

LA JOVEN: No quiero hacerte daño.

EL PRETENDIENTE: No entiendo. Explícate mejor.

LA JOVEN: Amo a otro hombre.

LA MADRE: ¡Cállate, por favor, cállate!

EL PRETENDIENTE: ¡Habla!

LA JOVEN: No puedo mentir. Es verdad.

EL PRETENDIENTE: ¿Quién es?

Arriba aparece la silueta de El Loco.

LA JOVEN: El Extranjero.

Los demás se miran asombrados. El Loco emite un grito desesperado que sorprende a todos. El viento llena un silencio de muerte. El Loco desaparece. El Pretendiente sale por un costado con paso apresurado. El Padre se acerca a La Joven y la castiga. La Joven se desploma. El Padre, luego, la alza en los brazos.

EL PADRE: Tenemos que consultar al Viejo.

Salen. La Niña, que ha llorado en el momento cúlmine de la escena, se acerca al pozo. El Poeta también. Escarban. El Poeta encuentra una esmeralda en bruto. Es la misma piedra que El Loco había querido entregar a La Joven. El Poeta extrae la piedra y la limpia. Atrás aparece El Pretendiente. Lo hace en el tiempo en que El Poeta está tratando de descubrir lo que ha pasado.

EL PRETENDIENTE: ¿Has encontrado algo?

EL POETA: Sí.

EL PRETENDIENTE: ¿Qué es?

EL POETA: No creo que sea importante.

EL PRETENDIENTE: Debes entregarlo.

EL POETA: ¿Por qué?

EL PRETENDIENTE: Pertenece a la Comunidad.

EL POETA: Lo haré después. Cuando logre entender lo que ha pasado.

EL PRETENDIENTE: ¿Por qué insistes?

EL POETA: Mientras el misterio continúe moriremos sin saber quiénes somos.

EL PRETENDIENTE: A veces el silencio es mejor que las palabras.

EL POETA: ¿Dónde está ella?

EL PRETENDIENTE: ¿Quién?

EL POETA: Ella.

EL PRETENDIENTE: Se fue con el Extranjero.

EL POETA: No es cierto.

EL PRETENDIENTE: ¿Por qué desconfías?

EL POETA: Hay algo que se oculta.

EL PRETENDIENTE: Vengo a decirte, en nombre de todos, que olvides el pasado. Es la última advertencia.

EL POETA: ¿Y si no lo hago?

EL PRETENDIENTE: Piénsalo. Es más sensato dejar las cosas en el lugar que el destino les ha fijado.

Ambos se miran. El Pretendiente, luego, sale. El Poeta vuelve hacia el lugar del Árbol, observa nuevamente la piedra, la guarda y sigue cavando. Aparece La Joven. Se dirige a La Niña en el tiempo de su relato.

LA JOVEN: Tratarán de que nadie conozca lo que ha pasado. Pero hay un hombre que escarba en el tiempo. Un hombre que todavía sueña. En caso de peligro, búscalo. Él ha entendido.

Entran El Viejo, El Padre y La Madre. La Niña vuelve hacia el Árbol. Es el tiempo posterior a la confesión de La Joven.

EL VIEJO: (*A La Joven*). ¿Estuviste con ese hombre?

LA JOVEN: Sí.

EL VIEJO: ¿Por qué?

LA JOVEN: Él ya estaba dentro mío sin que yo lo supiera.

EL VIEJO: No es de los nuestros. Lo sabes. Viene de lejos.

LA JOVEN: Para mí llegó de adentro.

EL VIEJO: Es peligroso lo que has hecho. Estás en un momento fértil.

LA JOVEN: Lo sé. Él me dejó el futuro en las entrañas. Lo intuyo.

EL VIEJO: Si es así, no podrás parir.

LA JOVEN: ¿Qué?

EL VIEJO: Sería algo impuro. Necesitamos hijos totalmente nuestros. No mezclas ambiguas.

LA JOVEN: Lo tendré a cualquier costo. Y su padre le dará lo que me ha enseñado sin palabras.

EL VIEJO: Ese hombre pagará por haber destruido lo que nuestra Comunidad ha establecido.

LA JOVEN: ¿Por qué?

EL VIEJO: No lo verás más. Quedarás encerrada en tu propia casa y tus padres controlarán que tu vientre no crezca.

LA JOVEN: ¡No! ¡Por favor!

La Joven retrocede queriendo escapar pero los padres le cierran el paso.

EL VIEJO: ¡Llévenla!

El Padre la sujeta. Ella grita.

LA JOVEN: ¡Crecerá dentro mío, como un nuevo Árbol!

Los padres la sacan de escena. El Viejo, extrae de sus ropas el puñal envuelto de la escena inicial. Entra El Pretendiente. El Viejo le entrega el puñal. El Pretendiente sale. Luego lo hace El Viejo. El Poeta sigue buscando al lado de La Niña.

Entra El Extranjero. La Niña lo sigue sin que él la advierta. El Extranjero llega al lado del Árbol. Como acciona en un tiempo diferente no se relaciona con El Poeta. Se inclina, toca la tierra, la acaricia. Espera. Arriba se insinúa El Loco. El Extranjero lo descubre. El Loco se aproxima con cierto recelo.

EL LOCO: La luna sangra.

EL EXTRANJERO: ¿Qué dices?

EL LOCO: Llévatela.

EL EXTRANJERO: ¿Hablas de ella?

EL LOCO: El cielo se quedará solo. Llévala. *(Se aleja rápido).*

EL EXTRANJERO: ¡Ven aquí! ¡Vuelve!

El Loco ya ha desaparecido. El Extranjero, pensativo y con cierta preocupación, vuelve hacia el Árbol. Por lugares diferentes entran El Padre y El Pretendiente. Éste oculta el puñal.

EL PRETENDIENTE: ¿A quién esperas?

EL EXTRANJERO: ¿Por qué preguntas?

EL PADRE: Hace días que merodeas este lugar. ¿Qué quieres?

EL EXTRANJERO: He venido a conocer al Árbol.

EL PRETENDIENTE: Ya lo has conocido. ¿Por qué te quedas?

EL EXTRANJERO: ¿No puedo hacerlo?

EL PADRE: Tal vez permanezcas aquí para siempre.

EL EXTRANJERO: ¿Por qué dices eso?

EL PRETENDIENTE: Hubiera sido mejor que nunca hubieses salido de tu Patria.

EL EXTRANJERO: Ya no hay patrias.

EL PADRE: Tu piel no dice lo mismo.

EL EXTRANJERO: Mi piel es diferente. Pero mis pulmones respiran tu mismo aire y eso basta para igualarme.

EL PRETENDIENTE: Entonces trata de respirar mientras puedas.

EPretendiente descubre el puñal. El Padre comienza a cerrar el cerco. El Extranjero se prepara para la lucha. La Niña se acurruca en un costado. Los dos hombres se abalanzan sobre El Extranjero. El Poeta continúa con la acción de escarbar en otro tiempo. En lo alto de la explanada, aparece El Loco. La lucha es desigual. A puñaladas El Extranjero es asesinado. La Niña llora. El Padre descubre a El Loco. El viento azota.

EL PADRE: ¡Allí... el Loco... nos ha visto!

EL PRETENDIENTE: ¡Hay que alcanzarlo!

El Loco velozmente desaparece.

EL PADRE: Es preciso encontrarlo. Ha visto todo.

EL PRETENDIENTE: Ya lo buscaremos. Ahora, ayúdame. Hay que quemar el cuerpo.

Sacan el cadáver de El Extranjero de escena. La Joven entra y abraza a La Niña.

LA JOVEN: El Loco me contó todo. Tu padre, sin palabras, me ha enseñado que la verdad es el norte del corazón. Y aunque sea dolorosa debes conocerla. Así entenderás por qué vivimos ocultándonos y por qué, cuando llegue el momento en que el amor te arañe por dentro, tienes que cuidarlo como lo único que verdaderamente nos queda.

Entra La Madre. Es el tiempo que corresponde al crimen. La Joven, ahora, acaricia su vientre como si le hablase a la hija que espera.

LA MADRE: ¿Con quién hablas?

LA JOVEN: Con quien espero,

LA MADRE: Te has vuelto loca.

LA JOVEN: Crecerá.

LA MADRE: Sabes que no puede nacer.

LA JOVEN: Tendrá sus ojos.

LA MADRE: ¡Cállate!

LA JOVEN: Y mirará un mundo diferente.

Atrás parece El Loco. Llega agitado, corriendo.

LA MADRE: ¿Qué haces aquí?

La Joven se deja llevar por El Loco. La Madre trata de impedirlo, pero la fuerza de El Loco es mayor. Ambos logran salir.

LA MADRE: ¡Te costará caro! ¡Aquí, aquí, ayuda, ayuda! ¡Se la han llevado!

La Madre sale. Por otro costado entran El Viejo, El Padre y El Pretendiente. La escena corresponde al tiempo de la investigación de El Poeta.

- EL VIEJO: Te hemos advertido que no siguieras adelante.
- EL POETA: Yo ya he respondido.
- EL VIEJO: Debes irte. Abandonar este lugar para siempre.
- EL POETA: ¿Por qué?
- EL VIEJO: No eres más como nosotros.
- EL POETA: Afortunadamente. Somos demasiado diferentes a pesar de parecer iguales.
- EL VIEJO: Vete inmediatamente.
- EL POETA: Quiero proseguir.
- EL VIEJO: No continuarás. Y entrégnos lo que has encontrado.
- EL POETA: Está claro que ocultan algo. ¿Qué es?
- EL VIEJO: Lo único que tratamos es de preservar a nuestra gente.
- EL POETA: ¿Adónde está ella?
- EL VIEJO: Tal vez tú lo sepas.
- EL POETA: No lo sé. Me gustaría averiguarlo. Dicen que está embarazada.
- EL VIEJO: ¡Basta! Entrega lo que tienes y vete.

Los tres hombres se aproximan a El Poeta rodeándolo.

- EL PADRE: ¿Qué ocultas en esa mano?
- El Pretendiente salta sobre El Poeta, lo toma del brazo y le hace arrojar la esmeralda que ha encontrado. El Viejo recoge la piedra.*
- EL VIEJO: Esta piedra... ¡esta piedra sólo puede ser de un lugar!
- EL POETA: ¿Y por qué estaba aquí?
- EL VIEJO: Basta de preguntas. Vete antes de que sea tarde.
- EL POETA: Alguna vez se sabrá lo que ha sucedido.
- EL VIEJO: No serás tú quien lo descubra. Ahora camina y no vuelvas la mirada hacia este lugar mientras respiras.
- EL POETA: Ustedes... este lugar... están condenados.
- EL VIEJO: Tú eres el condenado a caminar sin pausa por caminos sin final. Como el viento, no podrás dormir en ninguna parte. Y tu tumba será de nadie.
- EL POETA: Al menos moriré con los sueños enteros.
- EL VIEJO: ¡Vete!

El Poeta lentamente observa el lugar y luego comienza a alejarse. La Niña corre detrás de él, pero éste no la ve. El Poeta sale. La Niña queda en escena. Los tres hombres se miran.

Esta esmeralda es como la que tenía el Loco y sólo se encuentran en un lugar. Tal vez ella está escondida allí.

Los tres hombres salen. Entra La Joven y habla a La Niña.

LA JOVEN: Él me ocultó. Y nos salvó, a pesar de los años. Con ojos húmedos lograba que su alma hablara sin palabras. Porque él también amaba. No intentó hacerme nada. Se acurrucaba entre las piedras y por horas me miraba como si él mismo se mirara. Él sabía que querían encontrarlo para hacerle confesar adónde me había escondido. Una tarde, más sereno que nunca, se me acercó, extendió una mano y me acarició los cabellos una sola vez.

Aparece El Loco, agitado, y con una antorcha encendida. Luego desaparece.

(Continúa relatando a LA NIÑA). Después, con una ternura inconsolable, me dijo que sólo el fuego podría preservar la luna.

Entra La Madre gritando.

LA MADRE: ¡El Árbol... el Árbol arde!

LA JOVEN: *(En el tiempo del relato)* Una lágrima se le esfumó en el rostro y se fue.

LA MADRE: ¡El Árbol está quemándose!

Entran corriendo El Viejo, El Padre y El Pretendiente por lugares diferentes.

EL VIEJO: ¿Qué dices?

LA MADRE: ¡El Loco prendió fuego al Árbol y luego se abrazó a él! ¡Ya es todo ceniza!

Todos salen desesperados. La Madre queda en escena.

LA JOVEN: *(A La Niña).* Gracias a él estas aquí, conmigo. Y pase lo que pase debes encontrar al hombre que busca la verdad. Él te protegerá si lo necesitas.

Los hombres vuelven

EL VIEJO: Todo está perdido.

EL PADRE: El Árbol ya no existe.

EL VIEJO: Sólo cenizas humeantes. Y entre ellas, un cadáver que ahora vuela.

EL PRETENDIENTE: Siempre quiso destruirlo. Desde que su cabeza se refugió en la nada.

EL PADRE: ¿Por qué se mató?

EL VIEJO: Sólo él sabía adonde está tu hija. Y se llevó el secreto.

LA MADRE: ¿Qué será de nosotros? El Árbol ya no vive.

EL VIEJO: Nos ha dejado sin alma.

El viento azota a los personajes.

LA MADRE: ¿Y ahora, mi hija?

EL VIEJO: Es necesario encontrarla. Si está encinta no puede parir.

EL PRETENDIENTE: Ese viento maldito trajo al Extranjero.

EL PADRE: Y las desgracias. Hemos quedado sin nada.

EL VIEJO: Ahora hay que llegar hasta el fin. El viento no cesará hasta que no quede ningún rastro del paso de ese hombre por aquí. Que el polvo sepulte los recuerdos.

Todos salen. Sólo quedan en escena La Joven y La Niña que accionan en el tiempo del relato.

LA JOVEN: El momento está cerca. Ahora vete antes de que esos hombres vengan a buscarnos. Descubre el lugar adonde un día creció el Árbol. Allí encontrarás al Poeta. Vamos, apúrate y no te olvides que llevas el amor entre las vísceras.

La Joven abraza a La Niña y le coloca el anillo que, un día, El Extranjero le había dado. La Joven retrocede desapareciendo. La Niña queda sola en escena. El viento cesa. Una extraña quietud recorre el aire. Es el momento de la escena inicial. Arriba, de pronto, se dibuja la figura de un hombre. Por otro lado aparece otro. Se trata de El Viejo y El Pretendiente. Ahora el tiempo se unifica. La Niña asustada los observa.

EL VIEJO: Es ella.

EL PRETENDIENTE: Tiene los mismos ojos que el Extranjero.

EL VIEJO: Y la piel.

EL PRETENDIENTE: Su madre no dijo una palabra. Pero fue fácil deducir dónde encontrarla.

EL VIEJO: Ella no se enterará de nada. Sus padres la están vigilando.

EL PRETENDIENTE: ¿Y ahora?

EL VIEJO: No preguntes.

El Viejo saca el puñal y lo entrega al El Pretendiente. Éste, empuñando el arma, se acerca a La Niña. Ella, con temor, se encoge.

El viento ardiente recobra su aliento inquietante y levanta un polvo de siglos. Las siluetas de los personajes se desdibujan en el espacio. El brazo con el puñal se alza con fuerza y, antes que se descargue sobre el cuerpo de La Niña, la tormenta oculta las figuras de los personajes. Luego, el viento decrece. Poco a poco se define la presencia de El Poeta que está en la posición de inicio de la obra. Escarba. Sus dedos encuentran algo. Sepultado por la impiedad del tiempo aparece el anillo. El Poeta lo limpia y lo observa. Descubre que en el reverso hay una frase grabada. La lee,

EL POETA: “El amor es lo único que todavía tenemos”.

Aferra el anillo y mirando el espacio vacío comienza a alejarse por el mismo lugar por donde entró al inicio. Un silencio total va olvidando sus pasos en el polvo. La luz decrece y con ello llega el

FINAL

Entretrenes (mimodrama)

> entretrenes (mimodrama)

Se estrenó el 19 de setiembre de 1986 en la sala Jockey Club, de la ciudad de Tucumán, Argentina.

PERSONAJES

ÉL

ESTA OBRA ES UNA SUCESIÓN DE ACCIONES A REALIZAR POR EL ACTOR O MIMO QUE LA INTERPRETE. SERÍA ACONSEJABLE UTILIZAR MÚSICA PARA ACOMPAÑAR Y CREAR LOS CLIMAS NECESARIOS. LOS OBJETOS QUE SE UTILIZAN SON IMAGINARIOS SALVO EL BANCO Y LA VALIJA.

ESCENA PRIMERA: *LA NIÑEZ.*

En escena sólo un banco de estación de trenes y una gran valija. En él un hombre está sentado de espaldas. A su lado, la valija. Gira poco a poco hacia el público y observa hacia el horizonte. Momento de quietud. Su mirada se desvía hacia uno de los lados, como si esperara la llegada de un tren. Descubre la valija.

La picardía se dibuja en su rostro.

Luego de dudar un poco se arroja sobre la valija y busca en ella. Adentro algo se mueve.

Esto le causa mucha curiosidad.

Lucha por sacar el objeto, que se resiste. Lo consigue y luego lo oculta de la mirada del público. Actúa como un niño sin describir exteriormente -esto es muy importante- esa condición.

Crea la expectativa de lo que se trata. Por fin, lo muestra: es un globo. Lo sacude para castigarlo por haberse resistido a salir.

Lo estira y trata de inflarlo pero el aire se escapa haciendo describir al globo un cambiante recorrido por el aire.

Él se enoja. Lo estira repetidas veces para castigarlo.

Vuelve a inflarlo.

Lo logra.

Lo ata.

Lo arroja al aire, lo deja caer y lo recoge del piso. Todo ello creando un clima maravilloso y mágico.

Ahora lo toma y lo coloca a una distancia bastante alejada de sí mismo.

Se prepara para patear un penal. Toma carrera pero el globo se corre.

Se enoja. Saca un alfiler y lo amenaza. El globo se queda quieto.

Él lo recoge y lo vuelve a acomodar. Le promete una pequeña patada. El globo acepta.

Toma carrera y lo patea con cuidado.

Se entusiasma. Juega. Repite las patadas en una intensidad creciente.

En la última, que es muy fuerte, el globo se eleva y no baja.

No quiere descender.
Él le ordena que lo haga. Nada. Va modificando el modo de su pedido hasta convertirlo en una súplica.
Sin embargo, el globo no acepta.
Él, triste, se sienta en el piso.
Una lágrima lo recorre.
Alza la vista. Poco a poco el globo va acercándosele.
Llega a sus manos. Alegría.
Lo abraza con cariño.
Le propone, con gestos, un juego: las escondidas.
Se disponen a hacerlo. Él va a contar, pero hace trampas. El globo lo descubre.
Pide disculpas y cuenta.
Comienza a buscar al globo escondido.
Descubre al globo y corre hasta la piedra para ganar el juego.
El juego se invierte.
Él coloca al globo en un lugar y se esconde.
Al ser descubierta, el niño corre hacia la piedra para ganar. Se supone que la toca primero y le hace burlas al globo.
Se divierten.
Juegan.
Luego, cansados, se sientan en el banco. El niño abraza al globo.
Se escucha el ruido de un tren que se acerca.
El niño deja el globo en el piso para cerrar la valija que había quedado abierta.
El tren, estruendoso, avanza.
De pronto, el niño gira la cabeza y ve que el globo se va desplazando por el viento hacia las vías.
Corre para alcanzarlo.
El tren está llegando.
El globo ha caído en las vías. El niño no puede llegar a él por la proximidad del tren.
Explosión.
El tren, haciendo vibrar todo, pasa y se pierde a lo lejos.
El niño observa a su amigo, destrozado.
Con delicadeza, lo levanta, lo acaricia y lo acomoda.
Mira hacia el lugar por donde se alejó el tren.
Triste, vuelve hacia la valija y guarda en ella el pequeño pedazo de goma.
Se sienta en el banco y mira hacia el horizonte.
Poco a poco la luz lo abandona.

APAGÓN.

ESCENA SEGUNDA: LA JUVENTUD.

El mismo espacio.
La luz vuelve a descubrir al personaje de espaldas. La música es movida y estruendosa. Gira el rostro. Es un adolescente que masca chicle.

Desgarbado y soñador.
Se ubica de frente al público.
Se levanta.
Está preocupado por su aspecto.
Se acomoda el pantalón, la camisa, el peinado.
Es evidente que espera a alguien.
Ensayo distintas maneras de aproximarse a la chica que está aguardando.
La divisa.
Nervioso, se acomoda con rapidez.
Se sienta, disimulando.
Cuando ella se está aproximando, él se levanta.
Quiere decirle algo, acercarse, pero no se anima.
La chica pasa.
Desilusionado se culpa y se insulta a sí mismo.
Mira hacia donde ella se fue y su cara se ilumina.
Ella se sentó en un banco vecino.
Se entusiasma.
Saca un paquete de cigarrillos con cierta fanfarronería.
Extrae uno.
Saca un encendedor. Todo lo hace ostentosamente hacia ella.
Prende el cigarrillo pero se equivoca y lo hace al revés.
Intenta disimular.
Trata de hacer bocanadas con el humo pero se ahoga y tiene que apagar el cigarrillo.
Miradas.
De la valija saca un walkman y se coloca los audífonos.
Baila al ritmo de una movida música.
Se muestra.
En un paso de baile, el walkman se le cae al piso.
Lo recoge, enredándose en el cable de los audífonos.
No funciona.
Lo golpea, lo abre, lo revisa, pero no hay caso.
Lo guarda en la valija.
Vuelve a mirarla y comienza a hacer juegos de destreza y acrobacia.
Muestra su habilidad para ello y sus músculos.
Ella no se acerca.
Desiste.
Saca un papel de la valija y piensa en escribirle algo.
Lo hace.
No lo convence y rompe el papel.
Algo se le ocurre.
Saca otro papel.
Escribe.
Prepara un avioncito, calcula la distancia y la dirección del viento.
Lo arroja pero éste cae a centímetros.
Busca una piedrita.
La coloca en el papel, hace un bollito con éste, vuelve a calcular y lo arroja.

*Esta vez, llega.
Nerviosismo de su parte.
Se sienta, se acomoda, no sabe qué hacer.
Ella se levanta. Él la sigue con la mirada. Se le acerca.
La esperanza ilumina el rostro del joven.
Pero ella pasa.
Nueva desilusión.
De pronto escucha que ella lo llama.
Se señala a sí mismo para estar seguro.
Una vez convencido, se levanta del banco como si no le importara tanto la cuestión.
Se acerca a ella.
Responde que fue él el del mensaje.
La invita a sentarse.
Ella acepta.
Corre y limpia el banco.
Se sientan al lado.
No sabe de qué hablar.
Hace una referencia al clima.
Incomodidad.
Se levanta y busca algo en la valija.
Lo saca y lo esconde detrás de sí.
Mira el estado de lo que sacó, es una flor. Tratando de no ser visto, la acomoda.
Se levanta y, sin mirar a la joven, se la ofrece.
Cruza los dedos.
Momento de tensión.
Ella acepta la flor.
Contento, él se sienta a su lado. La felicidad y el descontrol es tal que se desliza por el banco y termina cayéndose.
Trata de disimular el mal trago.
Simula que le duele la muñeca para que ella lo atienda.
A cada contacto, exagera el dolor.
Por fin se calma y aprovecha para tomarle una mano.
Le lee las líneas y le adivina un futuro feliz estando juntos.
Le acaricia el cabello.
Cuando está por besarla se escucha el rumor del tren que se aproxima.
Le pregunta si ella se irá con él.
Ella también esperaba el mismo tren.
Contento, busca en el bolsillo el boleto.
No lo encuentra.
Se desespera.
El tren se acerca. Se detiene.
Él corre hacia la ventanilla y golpea para ser atendido. Eso no sucede.
Hace señas para que el tren lo espere. Ella ya subió.
El tren comienza a moverse.
Desesperadamente corre pero no lo alcanza.
Se detiene en el andén y tristemente observa hacia el tren que se aleja.
Baja la mirada y descubre, caída, la flor en el piso.*

*La levanta y la observa con dolor.
La deposita en la valija.
Se sienta y mira hacia lo lejos.*

APAGÓN

ESCENA TERCERA. *LA ADULTEZ*

*Él está de espaldas. Se escuchan ruidos, sonidos metálicos y un fondo de música robótica.
Como un autómatas, con movimientos rígidos y cortados, como un robot, se levanta.
Gira hacia la valija.
Saca de ella una mesa. La despliega.
Saca una computadora. La instala.
Luego extrae un teléfono, armarios, papeles, expedientes.
Se sienta frente al teclado y escribe.
Imprime pero la impresora se vuelve loca y arroja metros de papel.
Él no puede detener esa avalancha. Ante la dificultad su compartimiento se humaniza. No es más el de un robot.
Al resolver el problema, vuelve al comportamiento anterior.
Escribe.
La computadora se detiene. No funciona.
Repite el cambio de comportamiento para arreglarla.
Nuevamente, al concretar el arreglo, se robotiza.
Sella papeles.
Alguien lo busca.
Hace señas de que lo esperen un momento.
De la valija saca una careta. (El actor transformará su propio rostro).
Se la coloca. Posee una sonrisa dibujada. Falsamente gentil.
Se levanta. Atiende. Señala que lo esperen.
Busca un expediente y lo saca.
Sella hojas de él y lo entrega.
Despide a la persona amablemente.
Se saca la máscara y vuelve a su anodina expresión anterior.
Escribe apresuradamente en la computadora como si hubiese perdido mucho tiempo.
Suena el teléfono. Atiende.
Responde con distintas máscaras que van modificando la expresividad de su rostro, siempre según las circunstancias y formalmente.
Cuelga el teléfono. Vuelve a escribir apresuradamente.
De pronto, abruptamente, la música se detiene.
Se humaniza.
Sobre la acción de escribir comienza a tocar el teclado de un piano.
Poco a poco, en silencio total, entra en éxtasis.
Se levanta y dirige una orquesta. Se involucra en ello hasta el paroxismo.
De pronto, la aguda música lo detiene.
Su rostro se desencaja. Se va convirtiendo en el personaje de la oficina.
Escribe apresurada y mecánicamente.*

Suena nuevamente el teléfono.
Su comportamiento vuelve a cambiar.
Es su hijito. Se escucha un bebé que llora.
Juega en el teléfono con él, le hace mimos.
El bebé se calma.
Cuelga, enternecido.
De pronto un brazo se convierte en robot, luego otro, luego una pierna, la otra, todo el cuerpo.
Él lucha para que esto no suceda.
Trata de destrabar su cuerpo pero no lo logra.
Intenta escapar de ese lugar pero está rodeado de armarios y pilas de papeles.
Su movimiento es trabado y atravesado por una cruenta lucha interior.
Observa la valija.
Como puede se introduce en ella para escapar.
Se escucha el tren.
Con movimientos de persona trata de salir de adentro con prisa.
Lo logra pero el tren, raudo, pasa.
Cae de rodillas en el andén.
Nuevamente sus brazos se transforman en robots, sus piernas, su cabeza, todo su cuerpo.
Una lágrima cae por sus mejillas.
Con un movimiento rígido, automático, la limpia y la mira con extrañeza.
Vuelve al banco.
Se sienta y comienza a escribir al ritmo de su trabajo que cada vez se acelera más y más y más...

APAGÓN.

ESCENA CUARTA. LA VEJEZ

Quando se enciende la luz, el personaje está sentado de frente al público.
Una música tierna y suave lo acompaña. Es un viejo. Sus movimientos son lentos y pausados. Mira hacia el lado por el que suele llegar el tren.
De la valija saca un bote con tapa.
De él saca una dentadura postiza y se la pone.
De la valija saca un sándwich. Está envuelto. Lo desenvuelve.
Observa lo que tiene el sándwich.
Toma algo de su interior y lo tira.
Luego elige otra cosa y también la descarta.
Realiza un pequeño mordisco.
Se fastidia.
Tira todo el sándwich.
Vuelve a mirar hacia el lugar de llegada del tren.
Vuelve a sacarse la dentadura, la guarda en el bote y lo cierra.
Abre la valija para guardarlo y, de pronto, observa que, de adentro de ella, saltan tres cosas por el aire.
Las sigue con la mirada y observa adónde han ido cayendo.
Son sus recuerdos.

*(El globo cae en un extremo, la flor en otro y el teclado de la computadora en el lugar en donde ubicó su oficina).
Confundido, hace fuerzas para recordar.
Se acerca al globo.
Lo levanta con ternura y trata de inflarlo pero no tiene fuerzas para hacerlo.
Se le cae de las manos.
Mira hacia la flor. Se acerca a ella. La levanta y la huele.
Trata de recordar y repite la escena de cuando la había entregado sin mirar y cruzando los dedos.
La flor se le cae de la mano.
La mira con nostalgia.
Va hacia el lugar en donde está la máquina.
Se sienta y escribe lentamente.
Gira hacia la valija para buscar los otros elementos de la oficina pero cuando mira hacia la computadora ya no la encuentra.
Trata de recordar adónde estaba.
Se confunde.
Está perdido. Se le han esfumado los recuerdos.
Busca el globo y no lo encuentra.
Lo mismo hace con la flor y el resultado es el mismo.
Desconcertado no sabe hacia adónde ir.
Aturdido se sienta.
Se escucha el tren.
Lo observa llegar.
El tren se detiene.
Busca en el bolsillo su boleto.
Lo encuentra.
Observa el tren.
Duda.
Serenamente, rompe el boleto y queda con los dos pedacitos en la mano.
El tren arranca y poco a poco se aleja.
Él lo sigue con la mirada.
Mira los pedazos del boleto.
Los arroja por el aire.
Luego mira, cansadamente, hacia el público y levanta sus hombros en un gesto de indiferencia.
La luz lo abandona.*

APAGÓN FINAL.

El pasaje

> el paisaje

Se estrenó el 30 de enero de 1998 en el teatro Santísima Trinidad de la ciudad de Verona, Italia.

PERSONAJES

LA SEÑORA
LA ENFERMERA
EL REMERO

ESCENA I

UNA Balsa. EN UNA CÓMODA SILLA ESTÁ SENTADA LA SEÑORA. A SU LADO, MUCHO MÁS JOVEN, LA ENFERMERA. DE PIE, EN UN EXTREMO DE LA Balsa Y CON UN LARGO REMO QUE APENAS MUEVE, SE DIVISA AL REMERO.

LA SEÑORA: *(A La Enfermera)* ¿Atardece?

Miradas entre La Enfermera y El Remero.

LA ENFERMERA: No todavía.

LA SEÑORA: ¿Está segura?

LA ENFERMERA: *(Luego de un silencio)*. No puedo distinguir bien.

LA SEÑORA: La bruma.

LA ENFERMERA: *(Después de cruzar una mirada con El Remero)* Sí. Hay bruma.

LA SEÑORA: ¿Y el agua?

LA ENFERMERA: Quieta.

LA SEÑORA: Cuéntame algo.

LA ENFERMERA: No sabría. ¿Se siente bien?

LA SEÑORA: Hoy estoy mejor. *(Ahora refiriéndose al Remero)*. ¿Qué hace?

LA ENFERMERA: Está en su lugar.

LA SEÑORA: ¿Tranquilo?

LA ENFERMERA: Sí.

LA SEÑORA: ¿Hace cuánto que viajamos? *(Interrumpiéndola y alzando la voz hacia el REMERO)* ¿Falta mucho?

EL REMERO: Falta.

LA SEÑORA: ¿Falta?

Silencio cargado de miradas.

Antes de llegar, avísame. Quiero arreglarme.

LA ENFERMERA: Por supuesto.

LA SEÑORA: Espero que antes no me suceda nada.

LA ENFERMERA: Nada sucederá, señora.

LA SEÑORA: No me trates como estúpida. Puede suceder. Y en gran parte, depende de tu trabajo.

LA ENFERMERA: Y de usted, señora.

LA SEÑORA: No seas banal. ¿Te pago bien?

LA ENFERMERA: Sí.

LA SEÑORA: ¿Quieres más?

LA ENFERMERA: Bueno... yo... (*Busca la mirada del Remero*).

LA SEÑORA: Quieres.

LA ENFERMERA: Si no es...

LA SEÑORA: No es. Por eso te lo ofrezco. ¿Sabes dónde guardo mi dinero?

LA ENFERMERA: Creo que...

LA SEÑORA: Sabes. Saca el doble. ¿Estás feliz?

LA ENFERMERA: Sí.

LA SEÑORA: ¡Qué lástima! Hasta el próximo aumento no volverás a serlo.

La Enfermera no se mueve de su lugar. La balsa impulsada por El Remero, cambia de posición.

¿Qué sucede?

LA ENFERMERA: Nada.

LA SEÑORA: Nos movemos.

LA ENFERMERA: No.

LA SEÑORA: (*Al Remero*). ¿Cambiamos dirección?

EL REMERO: No.

LA SEÑORA: Me pareció...

LA ENFERMERA: (*Rápidamente*). ¿Está mareada?

LA SEÑORA: Creo que... no sé.

LA ENFERMERA: ¿Desea algún remedio?

LA SEÑORA: Puede ser. Me pareció que...

LA ENFERMERA: (*Extrae una pastilla y se la da*). Esto la hará bien. Cállese.

La Señora simula que toma la pastilla, pero no lo hace. A escondidas la oculta. El Remero canta. La Señora lo escucha. También La Enfermera.

LA SEÑORA: (*A la Enfermera*). Tiene una bella voz. ¿No te parece?

LA ENFERMERA: Casi no lo escucho.

- LA SEÑORA: Lo conocí por eso. Fue el destino. Una noche lo escuché pasar. Cantaba. Entonces lo llamé.
- LA ENFERMERA: ¿Cómo se animó?
- LA SEÑORA: La verdadera soledad no es muy inhibida.
- LA ENFERMERA: ¿Y él, qué hizo?
- LA SEÑORA: ¿Por qué me lo preguntas?
- LA ENFERMERA: No sé. Curiosidad.
- LA SEÑORA: Imagínalo.
- LA ENFERMERA: No es muy atrayente.
- LA SEÑORA: ¿Te parece? (*Pausa*). Es joven. Y sabe hacer. (*Silencio*). ¿Qué pasa?
- LA ENFERMERA: ¿Está enamorada?
- LA SEÑORA: (*Al Remero*) ¡Bésame!
- Silencio.*
- EL REMERO: Hay corriente. No puedo dejar de...
- LA SEÑORA: ¡Bésame!
- Miradas. El Remero deja el remo. Se acerca y "apasionado" la besa. Ella lo toca. Luego, abruptamente, lo separa.*
- LA SEÑORA: ¡A tu lugar! ¡La corriente!
- El Remero vuelve a su lugar. Intensas miradas con La Enfermera. (A La Enfermera). Parece que hay un bonito paisaje.*
- LA ENFERMERA: Hay bruma.
- LA SEÑORA: ¡Describe el paisaje!
- Silencio.*
- LA ENFERMERA: Árboles enormes. Y enredaderas.
- LA SEÑORA: Hay bruma. No sabes mentir.
- Silencio.*
- Parece que ayer partimos.
- LA ENFERMERA: (*Luego de mirar al Remero*) Fue ayer.
- LA SEÑORA: ¿Ayer?
- LA ENFERMERA: Sí. Creo que...
- LA SEÑORA: ¿Estás totalmente segura de que fue ayer?
- LA ENFERMERA: En verdad parece que pasó más tiempo.
- LA SEÑORA: Tal vez pasó mucho, mucho más.
- La Enfermera busca cada una de las medicinas y comienza a contar las pastillas mientras La Señora habla.*

¡Qué excitante es olvidarse del tiempo! Cuando eso sucede, lo superfluo es lo único que resta. Quedamos, querida, liberados del peso de las *cosas importantes*.

LA ENFERMERA: Señora, ¿cuántas pastillas ha tomado?

LA SEÑORA: Sólo las que me has dado.

La Enfermera y El Remero se interrogan con la mirada.

¡Ah... qué calma! ¿No has pensado en la tranquilidad que significa no esperar nada? Ni la noche, ni el día, ni a los demás. Porque los demás son delatores que sienten placer en revelar el paso cómplice de los días. Pero conmigo eso no va. Afortunadamente ya no siento los rumores del tiempo, aunque sucedan. Estoy más allá... como un pequeño clavo al costado de un cuadro famoso.

EL REMERO: Cuando lleguemos espero verla descender hermosa, como siempre.

LA SEÑORA: ¿Llegaremos?

EL REMERO: La corriente es favorable. Sí. Llegaremos.

LA SEÑORA: (*A La Enfermera*). Tengo sueño. ¡Ayúdame!

LA ENFERMERA: (*Le acerca una manta*). Le hará bien dormir, señora. (*Ayuda a que La Señora se acomode*).

LA SEÑORA: Tus pastillas... tus pastillas, querida, son de las pocas certezas que me quedan.

LA ENFERMERA: Tenga confianza, señora. Todo va a salir bien.

LA SEÑORA: ¡Bah!, en el fondo, ¿qué importancia tendría que “todo salga bien”? ¡Cuántas veces he creído que estaba encaminada hacia la felicidad y me estaba sumergiendo en el más terrible de los fracasos!

LA ENFERMERA: Ahora será diferente.

LA SEÑORA: (*Irónicamente*). Si tú lo dices. (*Al Remero*). ¡Canta!

El Remero y La Enfermera se miran. El Remero canta. Se produce un momento de quietud sólo “movido” por la voz del Remero. La Señora parece dormirse. El Remero va bajando el volumen de su voz. Silencio. Con un gesto El Remero pide a La Enfermera que compruebe si La Señora se ha dormido. Ésta lo hace y responde con gesto afirmativo. Ambos se acercan. La Señora, tratando de no ser descubierta abre los ojos e intenta escuchar.

EL REMERO: Ella tiene razón. Tus pastillas son eficaces.

LA ENFERMERA: ¿Dónde estamos?

EL REMERO: No sé.

LA ENFERMERA: ¿Cómo que no sabes?

EL REMERO: No encuentro ninguna referencia conocida.

LA ENFERMERA: Pero... Llegaremos ¿no?

EL REMERO: Siempre hemos llegado.

El Remero advierte que La Señora no está dormida. Se lo hace entender a La Enfermera. Ambos actuarán lo que prosigue.

(Acercándose con “impetuosidad”) ¡Bésame!

LA ENFERMERA: *(Apartándolo)* No.

EL REMERO: ¿Por qué?

LA ENFERMERA: No me gustas.

EL REMERO: No es cierto Tus ojos son más sinceros que tu boca.

LA ENFERMERA: Te has equivocado.

El Remero insiste físicamente. Ella lo detiene.

No insistas.

EL REMERO: ¿Te molesta que ella me toque?

LA ENFERMERA: No.

EL REMERO: Me paga para eso.

LA ENFERMERA: Sólo quiero saber cuándo llegaremos.

EL REMERO: Te lo he dicho. No lo sé.

LA ENFERMERA: Se supone que conoces el camino.

EL REMERO: Cada vez es diferente.

LA ENFERMERA: ¿Y si tratamos de regresar?

EL REMERO: ¿Estás loca? Es imposible. Lo sabes.

LA ENFERMERA: No se distingue nada. Nada.

EL REMERO: ¿Cuánto tiempo dormiré?

LA ENFERMERA: No sé. Son medicinas muy potentes. Pero ella también lo es.

EL REMERO: ¿Cómo la conociste?

LA ENFERMERA: Como siempre suceden estas cosas. Ella posó en mí sus ojos de aire y sin abrir la boca me lo pidió.

EL REMERO: ¿Hace mucho que haces este trabajo?

LA ENFERMERA: Desde siempre. ¿Y tú?

EL REMERO: Yo también. Aunque a veces no hago sólo esto. Me gusta divertirme.

LA ENFERMERA: Ya veo. Y si te paga bien todavía mejor.

EL REMERO: Sabes que ella para mí no es precisamente una diversión.

Sorpresivamente La Señora se destapa.

LA SEÑORA: ¿Qué soy entonces?

Miradas.

¡Vamos respóndeme!

EL REMERO: Disculpe, Señora. No quise decir eso.

LA SEÑORA: ¿Y qué quisiste decir, entonces? No soy estúpida. Sé por qué estás aquí y también sé por qué está ella. ¡Sé quiénes son ustedes!

LA ENFERMERA: Señora, yo...

LA SEÑORA: ¡Cállate, he dicho! ¡Bésala!

Miradas. El Remero se acerca. La Enfermera permanece inmóvil. El Remero, con cierta violencia, la besa. Luego se separa y vuelve a su lugar.

(A La Enfermera). ¿Y ahora? ¿Cómo te sientes? ¿Mejor? ¿Has sentido cómo se te evaporaba el vientre? ¿Cómo te olvidabas de ti misma?

LA ENFERMERA: No es justo, señora. Yo estoy aquí para cuidarla.

LA SEÑORA: Estás aquí para obedecerme. Y él también. ¿Está claro? Además he ordenado lo que ambos deseaban.

LA ENFERMERA: No es verdad, Señora. Yo no tengo ningún interés en...

LA SEÑORA: ¿No? *(Al Remero)*. ¡Acaríciala!

Miradas. El Remero deja el remo. La Enfermera retrocede.

LA ENFERMERA: Por favor... por favor...

EL REMERO: Señora, yo...

LA SEÑORA: ¿Qué pasa? Estás enamorado de mí acaso? ¿O has decidido serme fiel? *(Ríe)*. ¡Vamos, has lo que tienes ganas, date el gusto!

EL REMERO: Es que usted... Acá...

LA SEÑORA: Ah... entiendo. Te molesta que escuche. Y eres tan educado que también te preocupas. Gracias querido, pero no puedo irme de aquí. ¡Vamos, ámala!

El Remero avanza. La Señora se gira y canturrea la canción que cantaba El Remero. Éste toma a La Enfermera y la arroja atrás de los baúles. Al comienzo sólo se escucha la débil voz de La Señora. Poco a poco sube el sonido del jadeo de los otros dos. La tensión va "in crescendo" y cuando llega al clímax La Señora, imprevisiblemente, golpea con su bastón sobre un baúl.

¡Basta!

Aún se escuchan los gemidos de placer de La Enfermera.

¡Basta he dicho! ¡Levántate! ¡Rápido, levántate!

Poco a poco El Remero se incorpora. Se escucha el sollozo de La Enfermera.

¿Y ahora, querida, lo amas?

Poco a poco La Señora deja salir una carcajada mientras la luz, apagándose, los va esfumando. Apagón.

ESCENA II

CUANDO LA LUZ REGRESA DESCUBRE A LOS PERSONAJES EN LOS MISMOS LUGARES QUE AL COMIENZO. LA Balsa HA CAMBIADO DE POSICIÓN. LA SEÑORA, DESENVUELTA Y AMIGABLE, HABLA CON LA ENFERMERA.

LA SEÑORA: Hoy hará calor. Estoy segura.

LA ENFERMERA: Es posible.

LA SEÑORA: ¿Hay nubes?

LA ENFERMERA: Pocas.

LA SEÑORA: *(Al Remero)* ¡No te escucho!

EL REMERO: Estoy aquí.

LA SEÑORA: ¡Canta entonces!

El Remero comienza a cantar en voz baja una canción.

Es bueno saber que él está ahí. ¿No te parece?

La Enfermera no responde.

Mi marido, cuando aún vivía, era lo único que me preocupaba. Él llegaba y yo sabía entender cuán solo había estado a pesar de sus *compañías*. Parecía un niño perdido que reencontraba un juguete conocido. Y a mí me gustaba hacérselo creer. Tal vez sentíamos lo mismo. Cuando murió me dejó el desamparo de su mirada y también ese alivio extraño que provoca todo lo que se termina.

LA ENFERMERA: ¿Hace mucho que murió?

LA SEÑORA: Siglos. Parecen siglos.

LA ENFERMERA: ¿Y usted? ¿Qué hizo después?

LA SEÑORA: Lo único que se puede hacer en estos casos. Buscarme otras compañías.

LA ENFERMERA: No es muy romántico.

LA SEÑORA: ¿Por qué debería serlo? ¿Alguna vez te has sentido sola?

LA ENFERMERA: *(Después de una pausa)* Sí.

LA SEÑORA: Entonces me entiendes.

LA ENFERMERA: No del todo. No somos parecidas.

LA SEÑORA: Creo que en el fondo hay cosas en las que todos nos parecemos. Nos pasamos la vida escapando de estar solos y cuando creemos llegar a un puerto seguro, encontramos dársenas de aire, casas de humo, sombras sin cuerpo. *(Ahora Al Remero)*. ¡Ven!

El Remero se acerca.

¿Puedo hacer algo para que me ames?

El Remero guarda silencio.

¡Vamos, respóndeme! No tengas miedo.

EL REMERO: Creo que no.

LA SEÑORA: ¿Te gustó?

EL REMERO: *(Luego de mirar a La Enfermera)* Sí.

LA SEÑORA: Mejor dicho, te pago. ¿Y ella te gusta?

EL REMERO: Sí.

LA SEÑORA: ¿Te excita su cuerpo?

EL REMERO: Sí.

LA SEÑORA: Entonces, ¡acaríciame!

EL REMERO: ¿Cómo?

LA SEÑORA: ¡Tócame!

Miradas. El Remero se acerca y comienza a hacerlo.

¿Piensas en ella?

EL REMERO: Sí.

LA SEÑORA: ¿Te gusta excitarla?

EL REMERO: Mucho. *(Sigue acariciándola).*

LA SEÑORA: ¿Y cuando se agita?

EL REMERO: Quiero penetrarla.

LA SEÑORA: ¿Y cuando la penetras?

EL REMERO: La siento mía.

Las caricias aumentan. En un momento, sin que La Señora lo advierta, El Remero hace una seña a La Enfermera para que intervenga.

LA ENFERMERA: ¡Basta, basta!

Da un empujón al Remero. Éste "reacciona" y le da un fuerte cachetazo. La Enfermera, "llorando", cae al piso.

¡Basta, por favor, basta!

EL REMERO: ¡No te metas en mis cosas! ¿Está claro?

LA SEÑORA: ¡Basta! ¡Vuelve a tu lugar!

El Remero obedece. Desde allí comienza a cantar. La Enfermera se levanta.

Te piensa suya. Cree que te ama.

LA ENFERMERA: Lo odio... lo odio.

LA SEÑORA: No estés tan segura. ¿Y por mí, qué sientes?

LA ENFERMERA: Sólo pena.

LA SEÑORA: ¡Qué interesante! Entonces, cuídame. Tal vez estemos más unidas así que de otra forma.

Silencio.

No recuerdo haber tomado hoy mi pastilla.

La Enfermera va hacia la caja de los remedios y saca una medicina. Se la ofrece a La Señora. Ésta la recibe pero todavía no la toma.

¡Alcázame agua!

La Enfermera gira para extraer de un bidón el agua. La Señora, en tanto, aprovecha para ocultar la pastilla. La Enfermera regresa con un vaso de agua.

Gracias. (*Realiza la acción ficticia de tomar la pastilla*). Cuando este viaje finalice te recompensaré aún más por tus servicios.

LA ENFERMERA: Sólo espero que termine.

LA SEÑORA: ¿Tan mal te sientes?

LA ENFERMERA: Quiero salir de aquí.

LA SEÑORA: ¡Eres tan joven! ¡Vamos, relájate! Es mejor.

De pronto El Remero parece avistar algo.

EL REMERO: ¡Allá! (*Señala hacia un lado*).

LA ENFERMERA: (*Acercándose*) ¿Qué sucede?

EL REMERO: ¡Un reflejo!

LA SEÑORA: ¿Un reflejo?

EL REMERO: Algo brilla... allá... a lo lejos.

LA ENFERMERA: Sí. Algo brilla.

LA SEÑORA: ¡Acerquémonos!

EL REMERO: Ya no lo veo.

LA ENFERMERA: ¡Allí, allí!

EL REMERO: No hay nada. Debe ser un espejismo.

LA ENFERMERA: ¡El sol refleja en algo, es evidente! ¡Vamos, rema en esa dirección!

EL REMERO: ¡No hay nada!

LA ENFERMERA: ¡Rema!

El Remero lo hace. La balsa cambia de dirección, La Enfermera observa "esperanzada" el horizonte.

LA SEÑORA: ¿Distingues algo?

LA ENFERMERA: Parece una luz.

LA SEÑORA: ¿Una luz? ¿Lejana?

LA ENFERMERA: No estoy segura de la distancia.

LA SEÑORA: ¿Estoy sudada?

LA ENFERMERA: No.

LA SEÑORA: Quiero estar atrayente cuando lleguemos.

LA ENFERMERA: Así será, señora.

LA SEÑORA: ¿Nos acercamos?

LA ENFERMERA: No sé.

LA SEÑORA: *(Al Remero)* ¡Apúrate!

EL REMERO: Es inútil, señora. No hay nada.

La Enfermera observa que lo que "veía" ha desaparecido. Se sienta.

LA SEÑORA: ¿Qué pasa?

LA ENFERMERA: La luz ha desaparecido.

Silencio.

LA SEÑORA: ¿Hubo una luz?

EL REMERO: Fue sólo un espejismo.

LA ENFERMERA: Yo la vi. Titilaba.

LA SEÑORA: *(Como para sí, sentándose en su silla)*. Otro más.

LA ENFERMERA: ¿Otro más?

LA SEÑORA: Estamos rodeados. Los espejismos... los espejismos nos rodean... rodeados.

La Señora se va encerrando en sí misma. Sobre la hamaca se acurruca. El Remero aprovecha para colocar la balsa en la posición anterior. La Señora cierra los ojos y queda inmóvil. Silencio. La Enfermera, luego de un momento, observa la inmovilidad de La Señora. Se acerca.

LA ENFERMERA: ¿Señora?

Ella no responde.

¿Señora? *(La toca pero no hay respuestas)*. ¿Se siente bien?

Nada. El Remero y La Enfermera se miran. El Remero se acerca.

¡Señora, señora, responda!

La sacude. La Señora no responde.

EL REMERO: ¿Qué sucede?

LA ENFERMERA: No sé. No responde.

EL REMERO: *(Con precaución)* ¡No estará...?

LA ENFERMERA: No. No está despierta.

EL REMERO: ¿Ha tomado las pastillas?

LA ENFERMERA: Se las he dado.

El Remero busca en el vestido de La Señora y allí encuentra las pastillas escondidas. Sin decir nada, se las muestra a La Enfermera. Con un

gesto, le indica que traiga agua. Ésta lo hace. El Remero le hace tragar la pastilla sin despertarla. Luego, con otro gesto, le pide a La Enfermera otra pastilla y la coloca en el lugar en que estaba escondida. La Enfermera destapa un frasco y lo acerca a la nariz de La Señora. El Remero regresa a su lugar. La Señora, poco a poco, reacciona.

LA SEÑORA: ¿Adónde está? ¿Adónde está?

LA ENFERMERA: *(Como si no se diese cuentas de lo sucedido)*. ¿Cómo?

LA SEÑORA: Ella... ella... estuvo aquí... frente a mí. *(Ahora grita)*. ¿Adónde está?

EL REMERO: *(Acercándose)*. ¿Qué sucede señora?

LA SEÑORA: Ella me visita. Me mira.

EL REMERO: ¿Quién?

LA SEÑORA: La niña. Me mira.

LA ENFERMERA: Aquí estamos sólo nosotros, señora.

LA SEÑORA: Ella también está, de alguna forma.

LA ENFERMERA: ¿Quién es esa niña?

LA SEÑORA: No sé.

EL REMERO: ¿Cómo es?

LA SEÑORA: Tendrá siete u ocho años.

EL REMERO: ¿No la reconoce?

LA SEÑORA: No puedo distinguir muy bien su rostro. Sé que es ella por sus ojos. Son... son como un crepúsculo herido, y cuando me miran, mi pecho se convierte en un embudo que succiona cada imagen del pasado. Cada recuerdo, cada detalle, se escurre al mismo tiempo junto a otros miles de detalles, como si el tiempo fuese un río cansado, un pájaro inmóvil, un sol congelado.

LA ENFERMERA: Tal vez ha sido otro espejismo.

LA SEÑORA: Es posible. Quizás yo la sueñe o ella me esté soñando.

LA ENFERMERA: ¿Esa niña la visita desde hace mucho?

LA SEÑORA: Desde siempre. Pero últimamente lo hace más seguido.

LA ENFERMERA: ¿Por qué?

LA SEÑORA: No sé. Cada vez puedo verla más nítidamente. Antes era sólo una voz débil... un aleteo delicado. Después comencé a distinguir su silueta, su vestido, sus piernas, sus brazos, sus ojos, pero aún no puedo distinguir su rostro. Saber quién es.

EL REMERO: ¿Y qué le dice?

LA SEÑORA: Cosas importantes.

EL REMERO: ¿Cómo cuáles?

LA SEÑORA: Que regresamos.

EL REMERO: ¿Cómo?

Miradas con La Enfermera.

LA SEÑORA: Regresamos. Vuelve atrás.

El Remero y La Enfermera se miran intensamente.

EL REMERO: ¿Volver atrás?

LA SEÑORA: ¡Vamos, gira!

EL REMERO: Es que... no podemos.

LA SEÑORA: ¿Por qué?

EL REMERO: La corriente.

LA SEÑORA: ¡Rema!

EL REMERO: No es posible, señora. La corriente es poderosa.

LA SEÑORA: ¡Vuelve atrás, he dicho!

EL REMERO: Por más empeño que ponga...

LA SEÑORA: ¡He dado una orden!

EL REMERO: Usted dijo que su corazón sabía que nunca volvería.

LA SEÑORA: Mi corazón se ha equivocado. ¡Vamos!

EL REMERO: No es posible, señora.

La Señora arroja una llave a La Enfermera.

LA SEÑORA: ¡Abre el baúl pequeño!

EL REMERO: Sería inútil intentarlo. No quiero contradecirla, señora, pero no podemos...

Mientras El Remero habla La Enfermera ha abierto el baúl. Mira lo que éste contiene y duda. Mira al Remero y luego se "decide": saca una pistola y la apunta hacia El Remero.

LA ENFERMERA: Regresamos.

El Remero y La Enfermera quedan mirándose fijamente. La Señora esboza una sonrisa. La luz, lentamente, se escapa. Apagón.

ESCENA III

PARECIERA QUE LA Balsa, AHORA, VA EN SENTIDO CONTRARIO A LAS ESCENAS ANTERIORES. EL REMERO SE HA UBICADO EN EL OTRO EXTREMO DE LA MISMA Y PARECE QUE REMA EN LA DIRECCIÓN CONTRARIA. EN REALIDAD, SIN SER VISTO POR LA SEÑORA, REMA EN LA MISMA DIRECCIÓN QUE ANTES. LA SEÑORA HA COLOCADO SU SILLÓN EN EL EXTREMO OPUESTO A LAS ESCENAS ANTERIORES.

LA SEÑORA: ¿Regresamos?

LA ENFERMERA: *(Aún con la pistola en la mano).* Sí, señora.

LA SEÑORA: Pero yo no vuelvo.

LA ENFERMERA: ¿Cómo?

LA SEÑORA: Me he cansado de mi pasado.

Miradas entre El Remero y La Enfermera.

LA ENFERMERA: El pasado es irremediable, señora.

LA SEÑORA: No el mío. Regreso a un lugar de donde nunca me he ido.

LA ENFERMERA: Pero ese lugar es suyo. El cielo, las montañas...

LA SEÑORA: ¿Montañas?

LA ENFERMERA: Señora, su casa... la que ha dejado... se recuesta sobre las montañas de...

LA SEÑORA: (*Cortándola*) Mi casa es un pedazo de nada y esas montañas un viaje imposible.

LA ENFERMERA: ¡Vamos! Usted sabe bien que...

LA SEÑORA: Yo solo sé que vengo de un lugar que aún no existe.

LA ENFERMERA: ¿Y su marido? ¿Sus recuerdos?

LA SEÑORA: ¿Mi marido? No he conocido a nadie que pueda llamarse mi marido.

LA ENFERMERA: Usted me dijo que él había muerto.

LA SEÑORA: ¡Qué extraño! No recuerdo habérselo dicho, lo cierto es que no ha muerto porque nunca ha existido.

Silencio. Miradas.

LA ENFERMERA: (*Señalando al Remero*) ¿Y a él? ¿No lo ha conocido, acaso, una noche de soledad, escuchándolo cantar?

La Señora hace un gesto para que El Remero se aproxime. Éste lo hace

LA SEÑORA: ¿Cantas?

El Remero mira a La Enfermera.

EL REMERO: No sé cantar. (*Vuelve a su lugar*).

LA SEÑORA: (*A La Enfermera*) ¿Has visto? Lo que tú crees que es mi pasado sólo vive entre tus fantasías. Yo he vivido otra vida.

LA ENFERMERA: ¿Y yo? Estoy aquí por su enfermedad. Soy parte de su pasado y de su presente.

LA SEÑORA: Estás equivocada. Tal vez sea un espejismo, como una enfermedad que jamás he contraído.

LA ENFERMERA: ¡Estas pastillas existen! ¡Controlan su enfermedad!

LA SEÑORA: ¿Pastillas? Nunca las he tomado.

LA ENFERMERA: Pero... entonces, ¿adónde quiere regresar?

LA SEÑORA: A un lugar de donde nunca he salido.

LA ENFERMERA: Hasta hace poco quería arreglarse para cuando llegara a su destino.

LA SEÑORA: Jamás se llega, querida. Quizás sólo se pueda partir.

LA ENFERMERA: Entonces... según usted, ¿ahora tampoco llegaremos al lugar de donde hemos partido?

LA SEÑORA: (*La mira fijamente*). ¿Hemos partido? (*Silencio. Luego, La Señora se incorpora con más jovialidad que antes*). Nunca me he sentido mejor. (*Mira hacia un costado*). ¡El paisaje es formidable!

LA SEÑORA: Señora, hay niebla.

LA SEÑORA: ¿Niebla? ¿No ves acaso, las ramas de los árboles sumergirse en el agua?

LA ENFERMERA: ¿Árboles?

LA SEÑORA: Sí. Sauces. (*Al Remero*) ¿No es verdad?

Miradas.

EL REMERO: Las dos orillas están cubiertas de sauces.

LA SEÑORA: (*Se acerca al Remero y se apoya delicadamente en su hombro*). ¿Estás cansado?

EL REMERO: Un poco.

LA SEÑORA: Descansa. (*Lo toma de la mano y lo lleva a sentarse sobre su baúl a su lado*). ¿No estás arrepentido de estar conmigo?

EL REMERO: No.

LA SEÑORA: Me gusta sentirme a tu lado.

EL REMERO: A mí también.

LA SEÑORA: ¿Me amas?

EL REMERO: Sí. La amo.

La Señora, delicadamente, besa en la boca al Remero. Se acarician. Nuevamente El Remero, sin ser advertido por La Señora, hace una seña a La Enfermera. Ésta, a espaldas de La Señora abre la pistola, observa el cargador y esboza una sonrisa. Luego, cierra la pistola, toma aire y apunta a La Señora.

LA ENFERMERA: ¡Déjalo!

Silencio.

LA SEÑORA: (*Se da vuelta*). ¿Por qué?

LA ENFERMERA: Está conmigo.

LA SEÑORA: ¿Sí? (*Al Remero*). ¿Estás con ella?

EL REMERO: No.

LA SEÑORA: ¿Has visto? Vamos, tranquilízate. (*Vuelve a besar al Remero*).

LA ENFERMERA: (*“Cargando” más tensión apunta*). ¡Por última vez! ¡Déjalo!

LA SEÑORA: No tienes coraje. ¡Dispara!

La Señora, provocativamente, vuelve a besar al Remero; La Enfermera, "desesperada", toma fuerzas y oprime el gatillo. Nada sucede.

LA ENFERMERA: ¡Déjalo, déjalo! (*Apretando inútilmente el gatillo cae de rodillas. "Llora"*).

LA SEÑORA: Sorpresa, querida. Parece que entre otras cosas me olvidé de cargarla. Te lo dije, me he cansado del pasado. (*Al Remero*). ¡Álzala! La perdono. Digamos que todavía no he conocido el rencor.

Silencio. El Remero ayuda a La Enfermera. Luego vuelve a su lugar.

¿Y estos baúles? ¿A quién pertenecen?

EL REMERO: Deben ser de alguien que ha viajado en esta balsa.

LA SEÑORA: (*Comienza a abrir los baúles. En uno encuentra un sombrero de mujer de otra época*). ¡Mmm, que lindo es! Le gustaba vestir bien a esa otra mujer. (*A La Enfermera*). Mira, podría quedarme bien a mí ¿no te parece?

LA ENFERMERA: (*"Distante"*). Podría.

LA SEÑORA: (*Observando el sombrero*) ¡Cuántas miradas habrán recorrido este sombrero! (*Se lo coloca*) ¡Imaginemos!

Comienza a representar a ella misma "antes". Se acerca al Remero. A través de sus acciones y sus palabras "actuará" transformando al Remero y a La Enfermera en personajes de su pasado, "ocultos" detrás del juego de su nueva vida.

LA SEÑORA: (*Al Remero, como si fuera su marido*). ¿La conoces? (*Por La Enfermera*).

EL REMERO: (*Luego de un silencio*). Sí.

LA SEÑORA: Te mira.

EL REMERO: Lo sé.

LA SEÑORA: ¿Es que no se ha dado cuenta de que eres mi esposo?

EL REMERO: Creo que lo sabe.

LA SEÑORA: Entonces, ¿por qué insiste?

EL REMERO: No sé.

LA SEÑORA: ¿Has tenido algo que ver con ella?

El Remero no responde.

¿La quieres?

EL REMERO: Eres mi esposa. Estoy contigo.

LA SEÑORA: Pero deseas a ella.

EL REMERO: Me intriga.

LA SEÑORA: ¿La buscarás?

El Remero no responde.

Y luego de tenerla volverás, como siempre, a casa. Un niño perdido con el alma sola que ha lanzado una piedra al infinito. Y tus silencios serán palabras que sólo yo sé escuchar.

La Señora se aleja del Remero y se acerca a La Enfermera ahora "convertida" por ella en otro personaje.

LA SEÑORA: ¡Déjalo!

La Enfermera no responde.

Es mi marido. Vivo para él. No me destruyas.

Silencio.

¿Lo amas?

La Enfermera asiente con la cabeza.

Entonces... ¿no puedo hacer nada?

La Enfermera niega con la cabeza.

¿Cuánto habrá sufrido! (*Lentamente se quita el sombrero, con lo que el "juego" termina. Deja el sombrero y busca en la caja de los remedios.*) ¿Para qué tantos remedios? Hay frascos comenzados. Los habrá dejado ella.

EL REMERO: Sí. Ella se cuidaba.

LA SEÑORA: (*Con una sonrisa.*) ¿Se cuidaba?

EL REMERO: Sí. Era muy estricta. No dejaba pasar un instante del momento indicado para medicarse.

Silencio.

LA SEÑORA: (*Ahora a La Enfermera.*) ¿La atendías con dulzura?

LA ENFERMERA: Lo intentaba.

LA SEÑORA: ¿Y ella? ¿Cómo te trataba?

LA ENFERMERA: Pagaba bien.

LA SEÑORA: ¿Cómo terminó?

Silencio. Miradas.

LA ENFERMERA: Con una sonrisa. Sin dolores.

Silencio. La Señora cierra los ojos.

LA SEÑORA: La cabeza me da vueltas.

Sus piernas se aflojan. El Remero y La Enfermera se precipitan a su ayuda. La Enfermera le da una pastilla que ahora si La Señora toma. La han sentado.

LA SEÑORA: (*Al Remero.*) ¡Por favor, acaríciame!

El Remero con dulzura le acaricia la cabeza.

No era estúpida esa mujer, ¿No les parece?

El Remero detiene su acción.

Al menos supo aprovechar su dinero. ¿Tenía mucho?

EL REMERO: Bastante.

LA SEÑORA: ¿Qué significa bastante?

LA ENFERMERA: Un baúl repleto de billetes.

LA SEÑORA: *(La Señora se dirige a un baúl. Lo abre. Saca un fajo de billetes).* ¿Lo quieren? ¡Tómenlo!

El Remero y La Enfermera se miran.

EL REMERO: Ella manejaba el poder a través de su dinero.

LA SEÑORA: ¿Sí? No era muy sutil, entonces.

EL REMERO: Estábamos con ella sólo por ese motivo. Era un... una especie de trabajo.

LA SEÑORA: No pueden lamentarse. Les ha dejado bastante.

Miradas entre El Remero y La Enfermera. La Señora arroja el fajo de billetes a los pies de ambos.

¡Tómenlo!

LA ENFERMERA: Si... si... si usted lo desea podría quedarse con una parte del...

LA SEÑORA: No. No me interesa. ¡Vamos, tómenlo! ¡Es todo de ustedes!

Primero con dudas, luego más decididos, ambos se abalanzan sobre el dinero tratando de acaparar la mayor cantidad posible. La Señora los observa, fijamente.

LA SEÑORA: *(Luego que han recogido el dinero)* ¿Y ahora?

EL REMERO: ¿Ahora qué?

LA SEÑORA: Estuvieron con ella sólo por dinero. ¿Por qué están conmigo?

Silencio. El Remero y La Enfermera, se miran.

LA ENFERMERA: Yo debo cuidar de su salud.

LA SEÑORA: No es necesario. No estoy enferma. *(Ahora al Remero).* ¿Y tú?

EL REMERO: Yo... yo la quiero.

LA SEÑORA: Estoy conmovida. Pero me he dado cuenta de que son dos mentirosos. ¡Si quieren pueden arrojarme al agua y asunto terminado!

EL REMERO: Tenemos que llegar a alguna parte. Juntos.

LA SEÑORA: ¿Por qué?

EL REMERO: *(Luego de un silencio)* Es así.

LA SEÑORA: No escapes. Quiero hablar con tus huesos. ¡No con tu chaqueta!

EL REMERO: Tal vez sea usted quien está mintiendo. Quizás está representando, ahora, un personaje.

LA SEÑORA: O tal vez lo hacía antes. ¿Qué certeza tienes?

EL REMERO: Quizás ninguna. Aunque usted tampoco puede tenerla de nosotros.

LA SEÑORA: Puede ser. Pero los acabo de ver arrojarse como hienas sobre ese dinero.

EL REMERO: ¿Y eso qué explica? No era suyo. Era de *ella*.

Silencio.

LA SEÑORA: ¿Adónde vamos?

EL REMERO: Adonde usted ha ordenado. De regreso.

La Señora parece escuchar algo. Hace un gesto como para que los demás no hablen. Escucha atentamente. Son voces diferentes que se mezclan.

LA SEÑORA: ¿Escuchan?

Los dos se miran con cierta complicidad.

LA ENFERMERA: *(Como si no escuchara)*. ¿Qué pasa?

LA SEÑORA: Las voces.

EL REMERO: ¿Voces?

LA SEÑORA: ¿Las escuchan?

EL REMERO: ¿De dónde vienen?

LA SEÑORA: De... de todas partes. Es... es como si ya las conociera.

El Remero y La Enfermera se miran.

(De pronto, gritando) ¿Papá, papá? ¿Adónde ha ido? *(Se alza tratando de identificar el origen de la voz)*.

LA ENFERMERA: ¿Su padre?

LA SEÑORA: No he conocido a mi padre. Pero es él.

EL REMERO: ¿Cómo lo sabe?

LA SEÑORA: Lo sé. Su voz tenía cuerpo, peso. Y me hablaba, me hablaba.

LA ENFERMERA: ¿Qué le decía?

LA SEÑORA: Las palabras escapaban. Eran un viento cálido, una enorme serpiente de humo entre las algas. *(Trastabilla)*.

LA ENFERMERA: ¡Siéntese!

LA SEÑORA: Es la primera vez que lo escucho, y sin conocerlo, lo reconozco.

LA ENFERMERA: ¡Tome esto, le hará bien!

Le da otra pastilla. La Señora la toma.

LA SEÑORA: Mi padre, para mí, nunca había existido. Era una ausencia soñada, una palabra extraña, un recuerdo imposible. No era parte del pasado.

Sólo podía ser un futuro improbable que, ahora, ya es pasado. He vivido escapando de su sombra, que por no conocerla, ya me era conocida. He construido su figura en mi cabeza, sus gestos, sus gustos, sus pequeños secretos. Pero su carne, sus huesos eran hechos de silencios. Ahora, por primera vez, su voz ha recorrido cada una de mis vísceras. Y se ha ido. Ahora, que ya no es más que un sueño, ha comenzado a esfumarse.

De pronto La Señora se tapa los oídos. Los demás, a pesar de que escuchan, no reaccionan. El Remero y La Enfermera se miran.

LA SEÑORA: ¡Basta, basta!

Cuando las voces se alejan, La Señora se destapa los oídos.

Se han ido.

LA ENFERMERA: ¿Quiénes?

LA SEÑORA: Las voces. Esos gritos.

LA ENFERMERA: ¿Eran conocidos?

LA SEÑORA: No sé. Venían de antes o después. Carecían de tiempo, pero... sin embargo, eran míos. Se fueron como una tormenta que no ha llegado. Y ahora, nada.

El Remero observa en dirección hacia donde ha estado remando. O sea: hacia donde la balsa se dirigía abiertamente en las primeras escenas.

¿Dónde estamos?

EL REMERO: *(Trata de disimular el diferente punto de arribo).* Creo que más cerca...

LA SEÑORA: Hace calor. Y el aire falta.

EL REMERO: Sí. Estamos cerca.

LA SEÑORA: *(A La Enfermera).* ¡Arrégrame!

La Enfermera comienza a maquillarla.

LA SEÑORA: Regreso sin volver. Soy el sueño de un fantasma. No peso. Y cuando mis pies toquen la tierra, nada se modificará. Los recuerdos me son desconocidos y los que puedan verme, no me reconocerán, porque nada hemos compartido. Regreso sin equipaje, como un mendigo que viene del olvido. Todo comenzará, tal vez, para ser de nuevo olvidado.

LA ENFERMERA: Los que la miren la admirarán. Y no podrán olvidarla.

LA SEÑORA: ¿Te parece? Tal vez eso no dependa tanto de mi aspecto como del hecho que los demás no se olviden de si mismos.

Silencio.

LA SEÑORA: ¡Qué calor! *(LA ENFERMERA la apantalla).* Dime, ¿qué otra cosa llevaba esa mujer en los baúles? *(LA ENFERMERA se levanta y mira).*

LA ENFERMERA: Fotografías, ropas y una muñeca antigua.

LA SEÑORA: ¿Una muñeca? ¡Alcánzame!

La Enfermera saca una muñeca de porcelana y se la da. La Señora la observa intensamente.

EL REMERO: Está atardeciendo. Y, a lo lejos, algo estalla.

LA ENFERMERA: *(Acercándose y mirando en dirección al lugar hacia donde realmente van)*. Sí. Una pincelada de luz cercada de vacío.

La Enfermera y El Remero se miran. Luego observan a La Señora que ha tomado un contacto exclusivo con la muñeca. Ahora, deja la muñeca en su regazo, la abraza y después mira fijo hacia un punto, como si alguien se acercara.

LA SEÑORA: Sabía que vendrías. He sentido tus pequeños pies arrastrados por el piso. Sé que caminas así. Como no queriendo avanzar. ¡Ah...! Te has cambiado de vestido. Es muy lindo ¿sabes? Suave y delicado. Pero... los zapatos... tienes los zapatos manchados de barro. ¿Por dónde has caminado? Y tus rodillas están sucias. ¿De dónde vienes? ¿Por qué te cubres la cara con el brazo? ¿Te pasa algo? No llores... no llores... ¿Por qué lloras? ¡Vamos, déjame mirarte! Por primera vez no me encandilan tus ojos encendidos. ¡Vamos, baja el brazo, no tengas miedo! Quiero saber quién eres, por qué me visitas desde siempre, siempre igual, como un obcecado desafío a los años. ¡Vamos, déjame mirarte! Así... así... *(La Señora mira intensamente a la visión que la visita)*. Lo sabía... lo sabía. *(Aferra a la muñeca entre sus brazos. Dulcemente va cerrando los ojos y una expresión de tranquilidad cubre su rostro. Queda inmóvil)*.

EL REMERO: Estamos llegando.

LA ENFERMERA: Sí. Hemos llegado.

Apagón.

ESCENA IV

LA Balsa está ubicada en la posición de la última escena, pero ahora se dirige de regreso realmente. La Señora no está. Permanecen la silla y los baúles. El Remero rema en sentido contrario a las escenas anteriores. La Enfermera arregla los baúles.

EL REMERO: ¿Lo sabía?

LA ENFERMERA: No sé. Déjame creer que sólo se dio cuenta en el último momento.

LA ENFERMERA: Así es. No fue fácil. Llegó a ponernos en dificultad.

EL REMERO: ¿Y el dinero?

LA ENFERMERA: Ya lo he tirado. Aquí... (*Hace un gesto como si no tuviera valor*).

EL REMERO: Estamos atrasados.

LA ENFERMERA: Sí. Cada vez es diferente. ¿Adónde estamos?

EL REMERO: Ya hemos pasado la zona de las voces. ¿Has descargado los baúles?

LA ENFERMERA: Sí.

EL REMERO: Deben estar limpios para la próxima persona.

LA ENFERMERA: He guardado un recuerdo suyo.

EL REMERO: Sabes que no corresponde.

LA ENFERMERA: No es nada material. (*Le hace ver una fotografía*). Es que terminé tomándole cariño.

LA SEÑORA: ¡Vamos! ¡Si te encariñas con cada uno que pasa por aquí!

LA ENFERMERA: (*Le hace ver la foto*). Mírala. Es ella. Aquí habrá tenido siete u ocho años. Con su muñeca preferida, los zapatos embarrados, las rodillas sucias y con el brazo cubriéndose el rostro.

EL REMERO: No seas sentimental. Ya bastante tenemos con satisfacer los deseos imposibles de cada uno que cruza. ¡Vamos, revisa que todo esté en orden! En la otra orilla nos esperan. (*Mira hacia donde van*).

LA ENFERMERA: Sí. Seguramente alguien nos está esperando.

La Enfermera revisa el interior de los baúles, los limpia con absoluta cotidianidad. El Remero canta una canción mientras sigue remando. La luz los va abandonando y con ello llega el

FINAL.

Desde el andamio

> desde el andamio

Se estrenó el 17 de setiembre de 2004 en la sala del teatro El Pulmón de la ciudad de Tucumán, Argentina.

PERSONAJES

ÉL

EN ESCENA UN ANDAMIO DE ALTURA, DE ESOS QUE SE CUELGAN. ALLÍ ESTÁ ÉL. LO ACOMPAÑAN TARROS DE PINTURA, ELEMENTOS DE CONSTRUCCIÓN, UN BALDE DE ALBAÑIL, UNA CUCHARA, ETC. ESTOS OBJETOS FUERON TRANSFORMADOS EN CAMA, MESITA DE LUZ Y OTROS "MUEBLES" QUE LO HAN CONVERTIDO EN UN PEQUEÑO LUGAR PARA VIVIR. LA ESTAMPA DE UNA VIRGEN ESTÁ PEGADA EN ALGUNA PARTE. ÉL HABLARÁ CON ELLA DURANTE LA OBRA ASÍ COMO CON CLAVELES DEL AIRE QUE SE HAN IDO DEPOSITANDO, A TRAVÉS DE LOS AÑOS, EN EL ANDAMIO. ESTÁ ACOSTADO SOBRE LA "CAMA" LEYENDO UN VIEJO Y AMARILLENTO DIARIO, DE LOS QUE LE SIRVIERON EN EL PASADO. COMO NO SE SIENTE CÓMODO, SE LEVANTA Y COLOCA UN LADRILLO COMO ALMOHADA. ES LA MAÑANA TEMPRANO. ESTÁ SIN SUS ZAPATILLAS.

ÉL: *(Leyendo)* "Argentina eliminada por Rumania. Adiós Mundial 94 para el equipo nacional". Pobres muchachos... ¡qué frustración!

Mira hacia abajo. Grita.

¡¡Eyyyy, perdimos con Rumania y quedamos eliminados!!

Espera que le contesten pero no hay respuesta.

(A la Virgen) Y claro, qué me van a contestar si no me escuchan. Y tal vez ya sean noticias un poco viejas, ¿no?

Abajo se ve todo tan chiquito. Nunca dejo de sorprenderme. Y arriba todo es tan grande. Mi único problema, a veces, es el viento. Cuando sopla con fuerza me quiere tirar. Pero no puede. Siempre logro quedarme aquí. Cuando llueve mucho me protejo aquí abajo *(Señala debajo de la cama).*

El día en que me quedé aquí no tenía nada. Bah, sí tenía todo lo que ahora tengo. Lo que pasaba es que no lo había organizado como ahora.

(Piensa). Así que fuimos eliminados del Mundial. Bueno, yo ya lo sabía... pero éste es el único diario que tengo y me gusta leer las noticias como si fuesen nuevas... para tener un motivo para esperar, ¿no?

Pero hoy... hoy... esta noticia me entristeció mucho... bueno, me volvió a entristecer, mejor dicho.

Vuelve a gritar hacia abajo.

¡¡¡Perdimos con los rumanos!!!

Bah... es al vicio, aunque yo no pierdo las esperanzas.

Silencio.

Se coloca las zapatillas. Cuando toma una en sus manos se le ocurre una idea. Las utiliza como si fueran cornetas de teléfono. Se habla y se contesta a sí mismo.

—¿Extrañás algo vos?

—Sí. La comida.

—¿La comida? ¿De quién?

—De mi ex mujer, la Gorda.

—¿Cocinaba rico la Gorda?

—Sí. ¡Tenía una mano! Es que lo hacía con amor.

—Y las cosas que se hacen con amor salen bien, ¿no?

—Bueno... eso era lo único que ella sabía hacer con amor.

—¿Seguirá cocinando así?

—No sé. No la he vuelto a ver desde el día en que me quedé aquí.

Deja las zapatillas, habla con la Virgen.

No volvió nunca más a visitarme. Ese día vino con otras personas que parecían importantes, de traje, en un auto. Gesticulaba hacia aquí, creo que lloró un poco aunque no pude verla bien por la distancia... estaban la policía, los bomberos, una ambulancia y hasta la televisión... esos hombres anotaban y escribían. Miraban hacia aquí y hacían señas y qué sé yo...

Se para y representa ese momento.

¡¡No, no... me quedo aquíiii!!... ¡Que me quedo aquíiiii!! ¡¡No quiero bajar más!! ¿me escuchan? ¡¡Digo que no quiero bajar más!! ¡¡No quiero volver ahí! ¡Me cansé de ahí abajo! ¡Aquí el sol está más cerca! ¡Váyanse y déjenme en paz! ¡En paaaaazzz!

(A la Virgen) Hubo un poco de alboroto al principio pero parece que después entendieron y se fueron. Y todo volvió a la normalidad. Al principio extrañaba un poquito. No mucho, ¿no?... pero después me fui acostumbrando.

Menos mal que no siguieron construyendo el edificio. Hubiese sido más difícil quedarme si la obra continuaba. *(Besa a la Virgen)*. Soy un tipo de suerte.

Mira hacia abajo. Distingue algo que le interesa. Se apresura y toma el balde con mezcla.

¡Qué raro!, siempre tengo la misma cantidad de mezcla.

Con la cuchara saca un poco de ella, apunta bien y lanza hacia abajo el contenido.

¡¡Justo le di!! ¡Y en la pelada! ¡Jajaja!! Ahora tendrá que volver a cambiarse.

Es que ese tipo no me gusta. Sale del edificio 5 todos los días bien arreglado, peinadito, hasta aquí se huele el perfume que se pone, no hay vidriera en la que no se vea y se admire. Se sube a su auto último modelo y arranca como si fuera el dueño del mundo. Ya era así cuando yo estaba todavía abajo. Casi nos atropellaba cuando entrábamos a trabajar al edificio todos los días.

Y ahora, todas las mañanas, tiene que volver a cambiarse. ¡Jaja!

Él mira para aquí pero no ve nada. Es que estoy bien arriba... y como ya no hay nadie trabajando, no se explicará desde dónde le cae la mezcla.

Pausa.

La cosa es no aburrirse... no aburrirse... no aburrirse...

Pregunta a los claveles del aire.

—¡Ey...! hola. Despertate. ¿Cómo están las cosas allá abajo? (*Espera la "respuesta"*). Ajá, igual.

Va hacia otra planta.

—¿Y por allá abajo?

Igual.

A una tercera.

—¿Y de ese lado?

Claro, abajo todo sigue igual, en cambio aquí arriba sí que las cosas cambian.

Las nubes, por ejemplo. ¡Es como ir al cine! ¡Y no pago la entrada! Me quedo horas mirando las películas de las nubes. Aunque hay veces en que amanece todo despejado y se suspende la función. Esos días hago un pic-nic.

Va hacia el otro extremo del andamio cantando una divertida canción, se arremanga los pantalones, se baja las medias y se sienta mirando hacia otra dirección.

Hasta los tobillos me voy a tostar.

Me gusta mirar el horizonte sobre los edificios. Y, entonces los techos de chapas, las torres de agua, las terrazas con sus ropas que flamean se convierten en copas de árboles, en hojas que bailan. Y arriba, un cielo inmenso y total que termina en un horizonte mezcla de gris y de violeta.

Con la mirada sigue un pájaro que pasa. Extrae del bolsillo una plomada y la arroja sosteniéndola de un extremo.

Es difícil pescar pajaritos. Pero lo bueno es la espera. Una sola vez pesqué algo.

Yo miraba la línea gris con violeta y de pronto sentí un tirón, algo suave, como una caricia que uno le hace a un hijo. Bajé la vista y vi

que un gorrioncito daba vueltas y picoteaba la plomada como queriendo saber qué era eso.

Me quedé quieto. Entonces, el gorrión se animó a apoyarse en el plomo. Me miró. Como preguntándome:

—¿Qué querés?

Él levanta los hombros en señal de que no sabe.

El gorrioncito se quedó quieto y yo entendí.

Levanta con sumo cuidado el piolín de la plomada trayéndola hacia sí. Le habla al pajarito.

—Hola. No te asustés. No tengás miedo. No te voy a enjaular ni nada. Es que a veces me siento solo y como no tengo con quién conversar...

Hace como si el gorrión hubiera volado hacia su hombro.

Entonces él saltó sobre mi hombro y apoyó su cabecita sobre mi cuello. A mí me hizo un poco de cosquillas pero ni quise reírme para no asustarlo. Así nos quedamos un buen rato y desde entonces somos amigos.

Hace como si el pajarito levantara vuelo imprevistamente.

No viene todos los días, como los buenos amigos, pero siempre vuelve trayéndome unas miguitas que él encontrará quién sabe adónde. Yo se las acepto para no despreciarlo pero la verdad es que ya no tengo hambre. Me basta acordarme de los sabores y con eso me alcanza.

Antes, cuando vivía abajo, comía como un desaforado. Los muchachos de la obra me decían: “Te vas a atragantar, ¡pará la mano!”. Pero yo no les hacía caso y seguía comiendo.

¿Hace cuánto ya de eso? No sé... perdí la cuenta. Antes llevaba la cuenta del paso de los días y de las noches aquí. (*Señala una de las cuerdas en las que se sujeta el andamio*). Pero me aburrí y yo tengo el aburrimiento un poco corto, abandoné la cuestión.

La cosa es no aburrirse... no aburrirse... no aburrirse...

La cosa es no aburrirse... no aburrirse... no aburrirse...

(*Mira a una de las plantas*). ¡Apostemos si la primera persona que dará vueltas por aquella esquina es un hombre o una mujer! ¡Yo digo que es un hombre! Si gano yo, leeré el diario dos veces hoy. Si pierdo yo, sólo una vez. (*Mira*). ¡Es un hombre! ¡Gané yo! ¡Ahora hagamos un campeonato a ver si pasan más autos blancos que verdes, que grises, que taxis...! Yo soy hincha de los rojos, porque soy de Independiente. Si gano voy a tirar papelitos y celebrar como si hubiera ganado un campeonato.

La cosa es no aburrirse... no aburrirse... no aburrirse...

Comienza a limpiar su cama de madera con un cepillo.

Nunca tuve auto, aunque sí tuve una bicicleta, roja, por supuesto, que extraño un poco.

Era lindo, en el verano, salir a la mañana temprano, y sentir ese aire fresco en la cara. Aunque la verdad es que aquí arriba, el aire se siente mejor.

Además, ¿para qué necesitaría una bicicleta aquí?

Lo que sí extraño mucho es mi carretilla. Era lo que más quería porque me la regaló mi papá cuando yo era chico. Mi carretilla era como una prolongación de mis brazos. Podía calcular exactamente el peso que cargaba. A veces hacíamos apuestas con los muchachos:

—¿Cuánto llevás ahí?

—75 kg y 220 gramos.

(Escéptico) ¡¡¡Ohhhh!!! 75 y 220 gramos.

La pesábamos y... ¡75 y 220 gramos!... siempre ganaba yo. ¡Si habré comido asados gratis por mi carretilla!

Y no sé qué pasó con ella. El día en que me quedé aquí yo venía atravesando por el andamio para cortar camino y de pronto... fue un momento de distracción... no sé... se me habrá caído o quizás alguno me la robó. La cosa es que nunca más he vuelto a verla.

¡Qué raro! ¡Cómo conservo todavía la sensación del peso la última vez que la cargué!

Mira hacia un lado.

¡Ufa! Ya comenzó la discusión de todas las mañanas en el edificio 8, piso 2, ventana 3. ¡Qué parejita! Se sacan los ojos discutiendo quién puso más dinero para comprarse el auto.

Por eso yo no tuve auto. ¡Bicicleta! ¡Y roja! Y ahí la subía a mi gorda. Claro. Dobladito estaba el caño. Y a veces cuando tenía que agarrar por calles en subida... *(Representa la situación)*.

Por Dios, gorda, que ya no doy más.

Bueno, si me das para el ómnibus, me bajo.

Y yo le daba y ella se iba chocha. ¡Era piola la Gorda en el fondo!

Mira de nuevo.

Ahora salen por la puerta de calle del edificio. ¡Ahh... son la pareja más armoniosa del mundo! Ella le muestra los dientes al portero, él le pregunta sobre los resultados de la quiniela como para establecer una complicidad que ni le interesa... ¡gestos hipócritas...!

Él se apura. Tapa con su gorra a la estampita de la Virgen.

Disculpá, mamita.

Toma un codo de un caño, se gira, se baja la bragueta para orinar hacia abajo.

Espero que no haya viento en contra.

Orina por allí hacia el lugar en donde se supone está la pareja.

¡¡Justo!! ¡éste no falla nunca, tiene el ángulo perfecto!

Sacude el codo y destapa a la Virgen.

Ahora podés mirar.

No les cae a ellos, mamita, no me retés. (*A la Virgen*). Al parabrisas del auto por el que discuten, nomás.

Ahora Él mira hacia otro lado.

Ya se levantó la vieja de la ventana 13, piso 7 del edificio 4. ¡Ésa sí que es una vieja jodida! (*Observa*). Ahora alza la persiana, mira hacia abajo, espera que llegue una mujer, porque se especializa en mujeres, calcula bien, y sacude la alfombra en el exacto momento en que la pobre está pasando.

¡Eyyy señora! ¡No le tire basura a la chica! ¡No ve que va a trabajar! (*Observa*). No hay caso, no yerra nunca. Debe ser campeona argentina de sapo esta vieja. Hace lo mismo todos los días desde que se quedó viuda.

Él hace como si la Virgen le dijera algo.

Está bien, está bien... no me retés. Sí, yo también hago... pero yo tengo motivos. Al pelado del edificio 5, porque es una arrogante, a la pareja, porque discute por estupideces... ¡Pero aquella vieja es una indiscriminada!

Mira hacia el sol.

¡Uy! ¡Casi se me pasa la hora del mensaje!

Saca de debajo de la improvisada cama un atadito de bolsa de plástico. De su interior extrae dinero y lo cuenta.

¡Qué raro, siempre tengo la misma cantidad! Y bueno...

Ahora saca un billete de poco valor, vuelve a colocar el resto en su lugar, y con un lápiz escribe en el billete elegido. Luego arma un avioncito, se coloca en el extremo del andamio y lo lanza al vacío. Observa la trayectoria del mismo.

¡¡Aterrizó!!!... A ver qué pasa hoy. (*Observa*). Mmmm... ése de chaleco bordó puede alzarlo.

Tiene expectativas pero éstas se desvanecen.

¿A ver aquel de saco azul?

Igual.

Bah... ¡pasa lo de todos los días! Nadie lee mi mensaje. Primero

probé escribiendo en los bordes de los diarios, pero... ¿quién va a levantar un papel de diario en la calle? En cambio el dinero es más tentador, pero ni aun así consigo que lo lean. No. Miento. (*Siempre con la Virgen*). Una vez un changuito, como de cinco años, que no debe haber sabido leer, encontró el billete y alzó la vista hacia aquí. Yo le hice señas, y él... me saludó... como por si acaso. Como un saludo al infinito.

¿Qué se habrá comprado con dos pesos? Y bueno... aunque sea algunos caramelos.

Tuve suerte que el día que me quedé aquí fue el día del pago semanal. Por eso tengo mi platita guardada. No tengo problemas bancarios, no pago los servicios, a mí la plata me sirve para hacer avioncitos con mi mensaje y largarlos. Algún día alguno lo va a leer.

Mira hacia un costado.

¡¡Eyyy...!!! Don Zoilo... no se sacuda los mocos hacia abajo. ¿No ve que pasa gente por ahí?

No hay caso. Éste tampoco me escucha ni me saluda.

De todas las ventanas de todos los pisos de todos los edificios que me rodean no conseguí uno solo que me salude.

Sólo el perro del edificio 5, ventana 24, piso 7, cuando me ve, ladra. (*Hace los ladridos del perro*). Y los dueños lo retan, claro. Tendrán problemas con el consorcio. Cuando lo sacan a orinar por las noches, él mira hacia arriba y me ladra varias veces. Y después se lo llevan a los tirones. Pero cuando vuelve, hace un ladrido como de “buenas noches”.

Imita el supuesto modo de ladrar del perro cuando lo despide.

Y yo lo despido... ¡Hasta mañanaaaa...! ¡Limpiate los dientes!

Y ahí comienza lo lindo, porque yo tengo mi coro personal. ¡Ahí se suma el fox-terrier del edificio 2! (*Se escucha el ladrido de un fox-terrier. Él comienza a dirigir como si fuera un director de orquesta*).

¡El dogo del 3!... (*Ídem*). ¡El chihuahua del 4!... (*Ídem*). ¡El Lassie del 6!... (*Ídem*). ¡El Gran danés del 8!... (*Ídem. El coro de ladridos irrumpe en la escena y él modera los volúmenes, las entradas, etc. Al final concluye con un solemne gesto final. Y saluda a los cuatro costados*).

¡Telón, telón! (*Con las manos imita el cierre de un telón. Luego las abueca, y mira por el agujerito*).

La cosa es no aburrirse... no aburrirse... no aburrirse.

Busca una botellita de agua, toma un tarrito agujereado que hará de regadera y moja las plantas.

Y a mí la música me gusta. No hay caso. Me hubiera gustado tocar

un instrumento, aprender música cuando era chico. ¡Qué sé yo! El arpa... el piano... la guitarra, por lo menos. Pero mi viejo me llevó a la construcción desde muy chiquito. ¡A laburar, carajo! ¡A hacerse hombre! Yo le pasaba los ladrillos. ¡Papá! (*Imita cómo le tiraba los ladrillos a su padre desde abajo y cómo éste los recibía*) ¡papá!... ¡papá! ¡Tengo una calidad para arrojar ladrillos!! ¡Adónde apunto acierto! (*A la Virgen*) ¿Querés ver?

Se levanta, toma un ladrillo y hace el amague de arrojarlo en dirección al "edificio 5".

No, no le voy a tirar porque vos me vas a retar. El pelado ese vive en un piso con siete ventanas vidriadas. Podría tener seis. Pero no... se gustaría un presupuesto en vidriería.

La cosa es no aburrirse... no aburrirse... no aburrirse.

Pausa.

¿Y si les cambio el nombre a las cosas? A ver... a ver... al andamio le voy a poner: ..."tarro". "¡Cómo me gusta mirar hacia abajo caminando desde el tarro!".

A los tarros les pongo "fletachos": "¿Resistirán los *fletachos* cuando me acuesto? A la cama, "cuchara", y al vacío, "lleno". Entonces puedo decir: "¿Resistirán los *fletachos* que me acueste sobre la *cuchara*? ¿No me caeré al *tarro* para luego precipitarme al *lleno*? ¡No hay caso! ¡Es otra cosa, otra lengua! ¡no hay caso!

Al perro le pongo "paloma". "Ya está ladrando la *paloma* del edificio". Y a las palomas, "perros". "¡Ahí viene corriendo el *perro* blanco a posarse en mi *tarro*!"

A veces, con tanto cambio, termino por olvidarme del verdadero nombre de las cosas y se me hace un *lleno* en el *talón*, o sea, un vacío en la cabeza.

La cuestión es no dejarse joder por el tiempo. Porque el tiempo es lo verdaderamente jodido. Cuando estaba abajo corría todo el tiempo contra el tiempo... (*Se detiene, reflexiona*) ¡Corría todo el tiempo contra el tiempo!

Se queda un momento inmóvil, como reflexionando y dejando correr el tiempo.

En cambio aquí arriba lo puedo detener al tiempo. ¿Has visto? (*A la Virgen*).

Abajo sentía más el cambio de las estaciones... el frío, el calor... en fin. En cambio aquí arriba no siento ni frío, ni calor. Temperatura ideal. Es como si el tiempo no pasara. Y eso es un peligro, porque puede ser aburrido, pero yo...

Levanta otro ladrillo y vuelve a hacer el amague de lanzarlo, pero no lo hace.

(A la Virgen) ¡Ahhh! ¡Creías que lo iba a tirar, ¿no?! No... si el pelado tiene un hijo de nueve años. Se puede asustar.

Se ha quedado con el ladrillo en la mano. Reflexiona.

A mí me hubiera gustado tener un hijo.

Deja el ladrillo en el balde que cuelga del andamio.

Yo quería pero la Gorda no podía. Y ella me echaba la culpa a mí: —¡Sos vos, sos vos que tenés los espermatozoides cortos!

—No, Gorda, andá a Doña Marta. Ella sabe hacer esos “trabajitos” y quedarás embarazada.

Pero no, ella andaba de doctor en doctor, de doctor en doctor... ¡Y más que no les gusta la plata a esos doctores! Hasta que un día, encontró a uno decente que se la cantó clarito: “Señora, es usted quien no puede tener familia”. ¡Cómo lloró ese día! Pobre. Yo quería consolarla, pero no sabía cómo hacer. Es que uno es medio bruto, le daba vueltas alrededor y no alcanzaba a decirle nada. Hasta que me animé: “Mi amor, no llores más. Mirá, en la vida hay cosas peores. Sin ir más lejos, el domingo perdió Independiente contra Racing, y de local”. ¡¡Me tiró con una plancha, de esas viejas, de antes!! Rozando me pasó las sienes. Dos semanas estuvo sin hablarme ni plancharme las chombas. Pero justo venía sus cumpleaños así que yo le regalé una planchita, así de plástico, porque había que *reducirse*, y se quedó contenta.

Pausa.

La cosa es no aburrirse... no aburrirse... no aburrirse...

Mira hacia todos lados buscando algo para hacer. Observa la botellita de agua.

¡Ahhh! ¡Qué rica que es el agua! Y ésta es de lluvia. No es mineral. ¡Es de lluvia! Yo tomo porque no tengo sed. Para no perder la costumbre. Porque ya ni sed tengo, ni transpiro.

Aunque me baño, ¿no? Cuando vienen esas lluvias fuertes, como duchas, me doy un bañito.

Lo hace.

No me saco todo, ¿no? Me quedo en calzoncillos slips, claro. No vaya a ser que alguna vieja me denuncie por exhibicionista. O se asuste.

Abajo se escuchan gritos y rumores como los de una manifestación. Él se aproxima al borde y observa.

¡Ah! La manifestación de las once menos cuarto. ¿Ésta por qué es? *(Se fija y lee)*. ¡Ah, la de “¡Trabajo ya!”.

Observa en la piola que sujeta al andamio en donde ha ido anotando el número de cada marcha.

¡Y tienen razón, che! Es la manifestación número 524 por lo mismo.

Se involucra. Grita como si estuviera abajo.

¡¡Den trabajo ya!! ¡¡Esa gente se está muriendo de hambre!! ¡¡Trabajo, trabajo, trabajo!!

Se escuchan bocinazos. Él se dirige hacia esa dirección.

¡Esperen ustedes, esperen! ¡Ustedes, al menos, tienen 4 ruedas, esa gente va con chicos en brazos!

¡¡O hambre o nafta!! ¡¡O hambre o nafta!!

Los saluda dándoles ánimo, hasta que se van.

Y capaz que alguno consiga algo. Pero al final te pagan dos mangos y te sacan el lustre como negros. Pero a mí me gustaba trabajar. ¡Andaba con mi carretilla de aquí para allá...! (*Se interrumpe*) Pero... ¿qué ha pasado con mi carretilla? A veces sueño... (*Piensa*). Bueno... es un sueño que sueño desde que era chico... vengo con mi carretilla cargada y de pronto me veo cayendo en un pozo sin fin... caigo y caigo y caigo, pero ¡¡no la suelto, ¿eh?! Uy... ¡¡qué pesadilla!! Y ahí me despierto. En fin... ¿qué será esa tontera de los sueños, no?

Vuelve a mirar hacia abajo.

¡Ya está! ¡Circulen... circulen!

A los manifestantes que se escuchan lejanos.

¡Sigán gritando, che! ¡Algo van a conseguir! Ahí abajo el grito vale algo... en cambio aquí...

Es lo único que no me gusta de estar aquí. Que no hablo con nadie. Bah, hablo con las palomas y los gorriones, con el perro del edificio 5 y hasta un murciélago amigo tengo, pero no con otras personas, con la gente.

Bueno, en realidad hablo conmigo mismo. Y me contesto y todo. Y, a veces, hasta me enojo conmigo mismo:

—Disculpá, che, estuve mal.

—Y sí, la verdad que sí.

—Y bueno, vos me ponés nervioso.

—¡Vos sos el que solito te ponés nervioso!

—¿Yo?

—Sí, vos.

—¡Es que vos me provocás!

—¿Yo?

—Sí. Vos.

—Bueno, no nos peleemos más.

El Otro no está muy convencido.

—¡Dale, aflojá! Si, en el fondo, somos parecidos.

—¿Yo parecido a vos? ¿Estás loco?

—Y... al menos cuando nos peleamos, somos parecidos, ¿no?

—¿Y cuándo no nos peleamos, eh, cuándo no nos peleamos? ¡¡Basta que yo diga “negro” para que vos digás “blanco”!!

—¡¡Bueno, está bien, qué tanto!! ¡Sigamos peleados, entonces!

Pausa. Ahora es el Otro el que se acerca.

—Está bien. Nos amiguemos.

Le estira la mano, que es “recibida”.

—¿Amigos?

—Amigos.

—¿Para siempre?

—Y bueno... será hasta la próxima pelea, ¿no?

—Bueno... hasta la próxima, entonces.

Y entonces yo me voy para un lado, para allá. Y yo me voy para el otro, para allá. Y quedo amigo de mí mismo.

Pausa. Mira hacia el sol.

Ya es hora de que se asome la morocha del edificio 3, piso 8, ventana 17.

Mira hacia allí.

Todas las mañanas, como hoy, bastante tardesito, abre las persianas de su pieza, sale al balcón y se queda un rato mirando para abajo. *(Como una confidencia)* A mí me gusta. Tiene un modo de caminar, de moverse. Mmmm... es linda, linda. Yo la veo caminar esos tres pasitos que van desde la puerta de la pieza hasta la baranda del balcón y ya está... Mmmm... me emociona, me... me... me... ¡bah!... ¿Cómo decirlo?... No es que tenga ganas de... de... bueno, de eso, como tenía antes... no, es otra cosa... me gusta mirarla, nomás. Y bueno... también me gustaría hablar con ella. A veces lee en el balcón. Debe ser estudiante, una persona formada, culta. Una noche salió al balcón con un chico. Él fumó un cigarrillo y después se volvieron, abrazados, para adentro y bajaron las persianas. Claro, habrán hecho el amor. A mí no me dan celos. Aunque le tiré ladrillos toda la noche a la persiana. Cada quince minutos, como para interrumpir... y la luz se prendía y se apagaba, se prendía y se apagaba. Y el tipo sacaba la cabeza y volvía a entrar, sacaba la cabeza y volvía a entrar. Pero, bueno... yo la quiero así. La quiero porque no sé por qué la quiero, porque ni siquiera la conozco. Será que

pienso en cómo será ella y por eso la quiero como yo la quiero. Y quizás ella sea totalmente distinta. Pasa, ¿no? que uno se enamora de lo que imagina, no de lo que realmente *hay*.

Se levanta sobresaltado. Ella ha salido al balcón. Él se peina y se acomoda para ser visto.

Trata de saludarla, pero no obtiene respuesta. Entonces corre y toma un billete para hacer otro avioncito que apunta cuidadosamente y larga en esa dirección. Sigue con expectativa el desarrollo del vuelo que, se desvía, y cae en otro lugar.

¡Carajo! ¡Cayó en el balcón del piso 7! ¡Y para colmo ahí no vive nadie! Nunca acierto. Ya se va, ya entra. Lástima que vive en un contrafrente y nunca puedo verla caminar por la calle. (*A la Virgen*) ¡No sabés lo que daría yo por verla caminar más de tres pasitos seguidos!

¿Cómo se llamará Cristina? Porque yo le puse Cristina, pero no sé cómo verdaderamente se llama. ¡Mañana le voy a dar con el avioncito en la frente!

Menos mal que no se me dio por tirarle con ladrillos, ¿no? Tengo que seguir practicando para no fallar, y eso que vengo entrenándome desde que se cambió ahí. Mañana seguro que voy a acertar y ella me va a mirar.

(*Piensa*) Y al final... ¿para qué? Me pregunto para qué. Con mi mujer, bah, con mi ex mujer porque ella no volvió más a visitarme desde que estoy aquí, también fue parecido al comienzo. No es que yo le tiraba avioncitos, y menos de billetes, no. Le llevaba un bombón, un caramelo, pastillas, qué sé yo. Cuando cumplía años, alfajores, o una torta, y en Navidad, un vestidito, en fin... hasta que nos fuimos a vivir juntos y la cosa cambió. ¡Ay!... es que con una mujer nos enamoramos a pesar de lo que decimos... y cuando vivimos juntos, las palabras se terminan. O, mejor dicho, no se terminan: se gastan. Es que cuando uno está enamorado, al principio, todo es lindo. Es como pasar por una vidriera, a uno le gusta mucho una camisa, la compra sin probársela y la lleva a la casa. Ahí se la pone y le queda estrecha, porque así es el amor: siempre hay algo que te queda estrecho. Uno está lindamente incómodo. La macana es que, después, esa camisa se va estirando y estirando, uno se la pone como a cualquier otra y, poco a poco, pasa a ser una camisa más.

Yo no debo estar enamorado de Cristina, porque no sufro por ella. (*A uno de los claveles del aire*) Ésos, los que se enamoran, terminan sufriendo. ¡Quieren ser *felices, felices*!, ¡Sí no se trata de ser feliz! ¡Se trata de ser menos infeliz!

La cosa es no aburrirse... no aburrirse... no aburrirse...

Comienza a golpear con su manos en sus muslos componiendo una melodía.

Yo me he hecho amigo de la soledad. A veces estoy aquí, mirando al horizonte y siento que alguien me toca el hombro. Me doy la vuelta y no veo a nadie pero yo sé que es ella, la soledad, porque sabe tocarme sin tocarme.

Mira hacia otro lado y descubre algo. Se levanta de un salto.

¡¡Uyyy... el suicida del piso 14, edificio 2!!
Ya se aproximó a la terraza, como todos los días.

Le grita tratando de que lo escuche.

¡¡Eyy, Marcelo!! ¡¡Marcelo!! Bah... ni sé si se llama Marcelo, pero algún nombre tengo que ponerle. ¡¡Ey Marcelo, no te suicidés hoy!! ¡Dejalo para mañana! ¡Mañana será un día mejor, sin sol, será una muerte más triste!!

No sé si me escucha pero nunca llega a tirarse. Hace el amague, se para en la cornisa, se toma la cara con las dos manos, parece que llora y se vuelve para atrás.

¿Qué le pasará? Pobre... debe tener alguna pena grande. De amor, seguro.

Grita.

¿¿Te dejó una mujer, Marcelito?? ¡Hay un montón dando vueltas por ahí! ¡Y mejores que esa estúpida! ¡Dale, no hagás macanas! ¡Fijate en otra! ¡Una como Cristina. ¡No, en la Cristina, no!! ¡En una como la Cristina! ¡Sos rejoyen y pintudo! ¡Vamos Marcelito, para atrás, para atrás! (*Observa*).

No llores, Marcelito. No me gusta verte llorar así. (*Se gira para no mirar*).

Ya está. Bueno, vivirá un día más Marcelito, que no es poco.

Parece que está solo, pobre. Y si no se acostumbra a la soledad...

Aquí, en este barrio, hay varios suicidas.

Está éste, el de la mañana, Marcelito, que se quiere tirar por amor. Pero nunca se tira.

Está el de la siesta, que tiene cara de Ramón. Vive en el edificio 6. Ése tiene otro problema. Se siente fracasado y grita que no sirve para nada. Bueno, Ramón se tira, pero como vive en el entrepiso entre la Planta Baja y el Primer Piso, se raspa la rodilla cada vez que se tira. ¡Y ahí nomás llega la ambulancia y lo suben a una silla de ruedas –porque ahora te duele la cabeza y te suben a una silla de ruedas– y salen volando para el hospital. (*Hace el ruido de la sirena*). A las dos horas lo traen de vuelta con una curita en la rodilla. Pero él insiste, y un día se les escapó a los enfermeros, empujando las ruedas con las manos, encaró para la avenida a ver si lo atropellaba algún camión, supongo. Pero justo ese día habían cortado la avenida por reparaciones, así que con el impulso llegó hasta la platabanda y ahí nomás se quedó, esperando que algún triciclo lo atropellara. Los

enfermeros lo alcanzaron y a los chirlos lo llevaron a su casa. Yo le gritaba:

—¡¡Ramón!! ¡¡Reíte de la vida!! ¿Para qué te vas a suicidar? ¿No ves que pasan cosas lindas? ¡Que la vida es lo más lindo que hay! ¡Ya vas a tener tiempo de quedarte quietito en la oscuridad! ¡Toda la vida vas a estar muerto!

Pero Ramón no me escucha. Él insiste en matarse. Pero ni siquiera se cambia al tercero por lo menos. Quizás desde ahí raspe el culito. No sé.

Mira hacia otro lado.

Después esta la Aída.

Ésa la de la tardecita. Y ¡ojo! que vive en un noveno. Pero Aída está protegida porque los familiares le hicieron una reja doble. Parece que la drogan porque sale bamboleándose al balcón y ahí se queda agarrada: “Me quiero matar... me quiero matar”. Pobrecita...

Y después están los suicidas de la noche, pero a éstos no los tengo identificados porque desde que estoy aquí nunca más he vuelto a ver ni la luna ni las estrellas por las noches. ¡Qué raro! Debe ser por la luz de los edificios que no dejan ver las estrellas. Siempre hay un cielo negro, sin nada. Y a mí que me encantaba mirar las estrellas. A veces me quedaba horas esperando que pasara una estrella fugaz y pensaba que alguna vez ella me iba a llevar. Astronauta quería ser yo. ¡Bah! ¡Tonteras de chico! Bueno... de los suicidas de las noches hay algunos exitosos que se tiran nomás y después viene el quilombo de las ambulancias, los policías, los bomberos, la prensa... qué sé yo.

Pausa. Comienza a oler alrededor.

Mmmm... está llegando la hora de la comida. Mmm... Bueno... me llegó la hora para aquí también.

(Se dirige a las plantas) ¡Señoras y señores, damas, caballeros y claveles: ha llegado la hora de comer!

Toma el balde de albañil como olla y lo apoya en un tarro de pintura dado vueltas.

(A la Virgen) Permiso, señora. Voy a pasar al ámbito de la cocina.

De un tarrito vierte un poco de agua, mientras canturrea.

¿A ver cómo está el nivel de agua?

Toma una ruleta para medir y mide el agua.

Está bien.

Ahora toma un nivel, lo coloca en los bordes del balde.

Va a ser de primer nivel.

De abajo de la cama toma una caja de vino barato, oculta detrás de la imagen de la Virgen.

Permiso, mamita, ¿Podés levantar las piernitas un ratito?

Saca el vino y lo observa.

Éste no puede fallar. ¡Qué raro, tampoco se termina nunca, como la plata y la mezcla! Menos mal, porque yo tomo todos los días. Es un tinto que compré ese sábado, cuando me quedé. En la obra no está permitido tomar, pero... claro, los changos se dan maña, y yo también. Me compré el tinto a la mañana, me puse la gorrita y lo coloqué adentro. ¡Qué calidad para caminar sin que se caiga! Pasé, así, derecho frente al capataz, caminando como un conde. Y la subí aquí, para tenerla a la hora del almuerzo. ¡Porque no se puede comer sin un vasito de vino! ¿no?

Ha tomado el fletacho y "pica" la arena con la cuchara como si estuviera cocinando.

Eso le da a uno un poquito de alegría de vivir. O mejor dicho, lo ayuda a terminar mejor el día de laburo que se hace largo.

(*Reflexiona*) Hoy no tengo ganas de comer solo. ¿Con quién puedo comer? ¡Ya sé!!

Golpea con una mano la cama de madera.

¡Ya voy, ya voy! ¡Estoy cocinando!

Otro golpe, como si fuera de la puerta.

¡Ya voy, ya te abro!

Va a un extremo y representa a su hermano.

HERMANO: Abrime, abrime, que vengo con hambre.

ÉL: (*"Abriendo la puerta"*) Pasá, pasá.

Se abrazan.

ÉL: Hace rato que no te veo. ¿Cómo andan las cosas?

HERMANO: Y... más o menos, che. Sin trabajo, nomás.

ÉL: ¿No conseguís nada?

HERMANO: Nada.

ÉL: ¿Y tus chicos?

HERMANO: Ahí andan, jodiendo nomás.

ÉL: Sentate, sentate. Ya comemos.

HERMANO: ¿Qué hiciste hoy?

ÉL: Paella.

HERMANO: ¿Paella?

ÉL: Sí, paella. ¿No ves? ¿Qué, no te gusta a vos el arroz amarillo con *bichitos*?

HERMANO: Sí. Pero hace años que no como paella.

ÉL: Bueno, hoy tu hermano te invita paella con camarones, mejillones, estrellitas de mar, caballitos de mar... ¡Hasta delfines le he puesto! ¡Mirá, este camarón! (*Lo mide con la ruleta*). ¡Es de cinco centímetros y medio, doble pechuga! Es para vos. ¿Preferís muslo o pechuga?

Él hace como que el Hermano lo mira con cara de sorpresa.

HERMANO: ¿Qué? ¿ganaste la quiniela?

ÉL: No, hacía rato que no te veía y quería cocinarte algo que yo sé que te gusta.

HERMANO: ¿Y cómo te acordaste?

ÉL: Me acordé. Una vez el viejo juntó unos mangos, ¿te acordás? Nosotros éramos chicos. Había agarrado una cadena de trabajo y parece que se le dio por festejarlo haciendo una paella. Vino ese día cargado de bolsas del súper a la casa. ¿Te acordás?

HERMANO: Sí, sí... que la mamá lo retaba.

ÉL: Sí. “¿Qué cuánto habrás gastado!, ¡que esto que lo otro!”. Pero eran reproches de felicidad, la vieja lo quería, haga lo que haga. ¡Y los dos se pusieron a cocinar la paella!

HERMANO: Me acuerdo, me acuerdo.

ÉL: Y vos, que primero no querías comerla porque les tenías miedo a los bichitos, ¿te acordás?

HERMANO: Y la mamá me decía: “No seas tonto, si todavía no has probado. Primero probá y, si no te gusta, no comás”.

ÉL: Y el viejo, enojado: “¿Qué no va comer con lo que me costó todo esto: ¡la cagada que le doy!”. ¡Epa, carajo! Y vos probaste el primer bocado y te quedaste mudo. Y el segundo, y el tercero. Al cuarto, el viejo te dijo: “¡Eh M’hijo! ¿Qué, vas a repetir?”. Y vos: “No, papá, si yo soy de poco comer! (*“Ambos” rien a las carcajadas*). ¡¡Cuatro platos te habías comido!!

HERMANO: (*Riendo*) Sí... sí... cuatro platos... (*De pronto la carcajada se va transformando en llanto. Saca un pañuelo y se seca las lágrimas*).

ÉL: ¿Qué te pasa? ¿Por qué llorás ahora?

HERMANO: (*Llorando y tapándose con el pañuelo*) Es que desde entonces no he vuelto a comer nunca más una paella.

Pequeño silencio.

ÉL: Bueno... está bien, está bien, calmate flaco. Mirá, en realidad no la hice pa vos, la hice pa-ella (*Y señala hacia Cristina*).

Vuelven a reír, el Hermano en una mezcla de llanto y risa, secándose con el pañuelo.

HERMANO: Es que vos me hacés reír y llorar al mismo tiempo...

ÉL: Te quiero mucho.

El Hermano se vuelve a emocionar y llora.

¿Y ahora?

HERMANO: *(Llorando y secándose las "lagrimas" con el pañuelo)*. Es que me decís que me querés mucho.

ÉL: Y bueno... esto sí es verdad. Te quiero mucho.

HERMANO: Es que... que hace rato que nadie me dice que me quiere mucho.

ÉL: Y bueno... soy tu hermano, ¿no? Y te quiero mucho.

HERMANO: *(Llorando)* No me digas de nuevo.

ÉL: ¿Por qué?

HERMANO: ¿No ves, estúpido? Ya soy un hombre grande para hacer *papelones*.

ÉL: A las personas que se quiere hay que decirles que se las quiere. Bueno, no te hago llorar más y ¡comamos!

HERMANO: ¿Paella?

ÉL: Hace media hora que estamos hablando que te cociné paella. ¡Dale, empecemos!

Ambos se sientan y conversan. Una divertida música oculta el diálogo. Ellos ríen, comen como si los elementos reales fueran para eso, y toman vino. El clima es festivo, la música acompaña. Están un poco borrachos. El Hermano se para con dificultad. Él también tocado por el vino, lo acompaña con la mirada.

¿Qué, ya te tenés que ir? No importa, no importa. Vos tenés que buscar laburo, eso es lo importante. Andá tranquilo. Pero vení a visitarme más seguido. Yo te voy a cocinar lo que quieras: asado... pescado a la parrilla, lo que quieras. *(Mientras, ha ido acomodando las cosas en su lugar)*.

Hermano, esperá: deciles a mis sobrinos que el tío les manda un beso. Que los extraño.

Queda solo bastante "tocado". Mira sus pertenencias, besa la Virgen y le dice:

Me voy a mirar para adentro, Mamita.

La música se hace más nostálgica. Él vuelve a quedar solo. Cierra los ojos. Es como si durmiera. La luz cambia señalando el paso del tiempo. Se hace más sepia, como si la tarde fuese madurando. De pronto, se escucha una sirena de ambulancia, gritos, etc. Él se levanta, agitado.

¡¡La carretilla, la carretilla!!... ¡No, no, no! ¡Mi carretilla, no!

Tarda un poco en darse cuenta de que ha soñado. Se lava la cara con agua del balde de mezcla.

Es el mismo sueño de siempre... el mismo... caigo y caigo y trato de no soltarla, pero ahora se me fue de las manos... se me cayó... ¡¡no la pude ver más!!

¿Adónde está mi carretilla? Dios... mi carretilla...

El ruido de ambulancias, sirenas, los gritos se intensifican. Él se da cuenta de que eso no es un sueño y mira hacia abajo.

¿Qué pasa allá abajo?

Luego mira hacia el balcón de Aída, ese personaje que siempre trata de suicidarse por las tardes. La ve allí.

¡Eyyy Aída, quedate ahí! ¡Por Dios, se olvidaron la reja abierta y se puede tirar! ¡Quedate tranquila que ya va a venir algún familiar...!

Se interrumpe. Observa con sorpresa, su rostro cambia. Levanta una mano y tímidamente saluda hacia Aída. Poco a poco va cobrando confianza y aumenta la efusividad del saludo.

¡¡Me saluda, me saluda!! ¿Me escuchás Aída? ¿No?

No importa, nos saludemos, hace años que nadie me saluda. ¿Has visto qué quilombo allá abajo?

Mira hacia abajo. Se sorprende. Comienza a gritar en esa dirección.

Pero si todos los familiares de la Aída están abajo. (*Grita*) ¡¡La reja de Aída quedó abierta, alguien se la olvidó... se puede tirar!! ¡Ey, que suba alguno!

Vuelve hacia Aída.

¡Tranquila, tranquila! ¡Ya va a subir alguno de los tuyos!

Mira con atención.

Pero... ésta tiene la cara más feliz del mundo. Parece que se curó, no tiene intenciones de tirarse. Está feliz ahí. (*Piensa. Luego grita hacia Aída*) ¿Y para eso tanto quilombo, che? ¡¡Años te tuvieron controlada y la primera vez que se descuidan y te podés tirar, te hacés la Greta Garbo!!

Grita hacia abajo.

¡Dejen que se tire nomás, por desagradecida! (*Se ríe*). ¡No! Llamen a los bomberos para que traigan un colchón inflable!

Vuelve a mirar hacia ella.

Sí, sí... ya te saludé. ¿Qué? ¿Nos vamos a estar saludando toda la tarde ahora?

Y se queda parada nomás, como hipnotizada. *(Le grita)* ¿Qué te operaron cataratas que recién ahora me ves? Años te estuve gritando y saludando. En fin... *(Mira de nuevo hacia ese balcón)*. ¿Y esos tipos? Son policías. ¿Qué? ¿La van a llevar detenida? ¡¡No hizo nadaaa!! ¡¡Ni se tiróooo!!

(Observa). Bah... ni bola le dan... toman medidas... ¿para qué carajo? Ah... será para mejorar la verja... porque ahí está uno de los familiares que les da explicaciones.

¿Y para qué van a mejorar la verja si la Aída pudo tirarse y no se tiró? *(Grita)* ¡¡Afectoooo!! ¡¡Eso es lo que le falta a la Aída!! ¡¡No refuercen más la verja, denle más afectoooo!!

Se escucha el ladrido del perro del edificio 5. Él mira en esa dirección.

Pero no me ladra a mí. Ladra para...

Mira hacia Aída.

... ladra hacia Aída. ¿Y ella lo saluda! *(Al perro, gritándole)* ¡¡Che, vos sos “mi” perro!! ¡no el de ella!! ¡No cambiés de dueño ahora!

Ahora se escucha la hermosa voz de una mujer que canta el aria de ópera. Es Aída quien canta. Él, maravillado, la observa. Se construye un momento de intenso placer, en el cual Aída finaliza su actuación estupendamente. La luz ha ido cambiando y haciéndose más azulada. La noche va llegando.

¡¡Qué lindo había sabido cantar la Aída!!

Con el final de la canción, levanta la vista y, de pronto se queda estupefacto, absolutamente maravillado.

Las... las... ¡¡Las estrellas!! ¡¡Salieron las estrellas!! ¡Hace años que no...!! ¡¡Las estrellaaasssss!!

Está profundamente conmocionado y feliz. Mira hacia otro lado y descubre la luna.

¡¡Y la luna!! ¡¡Hay una luna enorme, parece un aro colgado del cielo!!
¡¡Está la lunaaa!!

Ahora se dirige hacia Aída.

¿Las podés ver? ¿Las ves?? Te pregunto si las ves... ¿No?

Del lado de Aída hay una respuesta negativa.

Pero... ¿¿cómo que no las ves?? ¡Están ahí! ¡Mirá! ¡La cruz del sur!
¡Las Tres Marías! ¡¡Todas, todas!! Soy el tipo más feliz del mundo.
¿Para qué más?

Besa la Virgen repetidas veces.

¡Gracias, mamita, gracias!

Lo único que falta ahora es que pase una estrella fugaz. Hay que tener paciencia nomás. Ya va a pasar una. ¡Así como cuando era chico y quería que alguna me lleve! Mis viejos me decían que hay que pedir un deseo cuando pasa una. El problema es que, cuando aparecía una, yo nunca tenía preparado mi deseo y se me iba sin que pudiera tener tiempo de decirlo. ¡Me quedaba con una bronca negra! Ahora no, ahora voy a estar listo, ¿qué puedo pedir? ¡Claro! ¡Ya está! ¡Encontrarme con mi carretilla!

Se mueve en todas direcciones mirando hacia arriba, con una creciente excitación.

¡Y éstas no son tonteras de chicos!

Se sienta. Mira hacia Aída.

Ahora sí que tengo algo nuevo para esperar. Una estrella fugaz...

Pausa. Mira hacia el lado de Cristina. Se levanta y se vuelve arreglar con rostro feliz y esperanzado.

Quizás con la luz de la luna...

Observa un momento, pero su rostro se transfigura.

¿Y ese tipo quién es? Es otro, no el del cigarrillo... Se ríen.

¡No, Cristina, no! ¡no lo besés!... no lo besés. Y ahora entrarán a la pieza, bajarán la persiana y...

Impulsivamente toma un ladrillo para arrojarlo pero se frena.

No... no. Se acabaron los avioncitos y los ladrillazos para vos, Cristina.

Acaricia una planta y le habla.

¡Cómo es la vida! ¿no? Nos quita y nos da. Es como un guisito de pobres, ¿no?... de esos con poca carne y cuando uno encuentra un pedacito hay que saber masticarlo, despacio, sin apuro, para que dure más... porque hay tan poquitos... O como un cielo estrellado al que le falta que pase una estrella fugaz.

En fin... la cosa es tener siempre algo para esperar.

Mira hacia Aída, y con un impulso desde adentro, le grita.

¡¡Aída, la cosa es tener siempre algo para esperar!!

¡¡Ehhh!! ¡¡¿Me entendió?!! (Le grita de nuevo) ¡¡Aunque nos mintamos, Aída!! ¡¡Aunque nos inventemos engaños para esperar!!

¡¡O tonteras!! ¡¡Como por ejemplo, la maravilla de que alguien nos mire, o nos salude, o nos hagamos un sandwichito de nada para

comerlo a las siete de la tarde!! ¡¡La cosa no es el sandwichito, sino esperar las siete de la tarde!!

Mira hacia abajo, sus ojos se abren, enormes y maravillados.

¡¡La... la... la carretilla... Mi carretilla está allá abajo, destrozada!! Y yo... yo... ahí... al lado... tirado.

Mira hacia arriba. Una estrella fugaz pasa. Él, llorando, la sigue con la mirada.

Está pasando... mi estrella fugaz... está pasando.

El canto de Aída, vuelve a hacerse sentir. Él besa la estampita, acaricia a cada una de sus plantas y al ladrillo que le servía de almohada, despidiéndose. Luego saluda con una mano a Aída.

¡Chau Aída, chau!

El canto y la música suben en intensidad. Él mira hacia donde va la estrella fugaz y su cuerpo se estira hacia allí. El aria del canto finaliza. Se escucha el lamento de algunos perros. La luz poco a poco se fue esfumando marcando el FINAL.

La revelación

> la revelación

Versión libre teatral inspirada en un capítulo de *El Evangelio según Jesucristo*, de José Saramago. Fue escrita en el año 2000 y aún no se ha estrenado.

PERSONAJES

EL PESCADOR

JESÚS

EL PADRE

EL DEMONIO

EN UN EXTREMO DEL ESCENARIO UN PESCADOR ANUDA UNA RED. NARRARÁ AL PÚBLICO.

PESCADOR: Dicen que fue una mañana de niebla tan espesa que hasta los peces se extraviaban en el agua. Y dicen que fue en una época del año que eso no sucedía.

Ningún pescador se animó a salir.

Sólo Él se asomó a la puerta de la casa donde se alojaba como para asegurarse de que *su* día era hoy. Miró el cielo opaco y le dijo a María de Magdala:

“Voy al lago. El momento ha llegado. Finalmente sabré quién soy y para qué sirvo”.

Después descendió hasta el agua, subió a un bote y remó hacia el centro del lago.

La niebla se abría para dejarlo pasar. Él sólo podía ver la punta de los remos.

A medida que avanza, una claridad indefinida transforma en blanca y brillante a la niebla.

En un cerco de luz más amplio, el bote se detiene. Es el centro del lago.

En la popa, sentado sobre una madera, aparece El Padre...

En otro lugar del escenario, la luz ilumina al bote y a los dos personajes.

JESÚS: Aquí estoy.

EL PADRE: Aquí estamos.

JESÚS: He venido para saber quién soy y qué tengo que hacer.

EL PADRE: Son cosas distintas. Vamos por partes.

JESÚS: ¿Quién soy? Creía ser el hijo de mi padre.

- EL PADRE: ¿A cuál padre te refieres?
- JESÚS: Al mío. Al carpintero José.
- EL PADRE: Ah, sí. A ese padre.
- JESÚS: ¿Tengo otro?
- EL PADRE: Te admiro. Eres inteligente.
- JESÚS: No ha sido mi inteligencia la que provoca mi pregunta. Ha sido el Demonio quien me ha buscado para decirme que soy tu hijo.
- EL PADRE: Sí. Eres mi hijo.
- JESÚS: Pero... ¡Soy un hombre! ¿Cómo puedo ser hijo de Dios?
- EL PADRE: Si eres hijo de Dios, no puedes ser un hombre.
- JESÚS: ¡Soy un hombre! ¡Vivo, como, duermo, amo como un hombre! ¡Y, como tal, moriré!
- EL PADRE: No estaría tan seguro de eso.
- JESÚS: ¿Qué quieres decir?
- EL PADRE: Ésa es la segunda cuestión. Ya hablaremos de eso. ¿Qué le respondiste al Demonio cuando te dijo que eras mi hijo?
- JESÚS: Nada. Decidí esperar el día en que te encontrara. Y lo expulsé de mi cuerpo.
- EL PADRE: ¿Y adónde está ahora?
- JESÚS: No sé. Deberías saberlo. (*Silencio*). Al menos sabrás cómo, por qué y para qué soy tu hijo.
- EL PADRE: Te has convertido en más ansioso e impertinente desde la primera vez que te encontré.
- JESÚS: Entonces era un joven asustado. Ahora soy un hombre.
- EL PADRE: ¿No tienes miedo?
- JESÚS: No.
- EL PADRE: Ya lo tendrás. El miedo llega siempre. Hasta para un hijo de Dios.
- JESÚS: ¿Tienes otros?
- EL PADRE: Me servía sólo uno.
- JESÚS: ¿Y cómo he llegado a ser tu hijo?
- EL PADRE: ¿No te lo contó tu madre?
- JESÚS: No me lo dijo, aunque lo sabe.
- EL PADRE: Sabes cómo son las mujeres, no eres un niño. Vives con esa mujer de Magdala y, como todas, tienen sus pudores.
- JESÚS: ¿Y por qué has querido tener un hijo?
- EL PADRE: Me eres útil, aquí en la Tierra. Serás de gran ayuda.

JESÚS: Como Padre Eterno no deberías tener necesidad de ayuda.

Pausa.

EL PADRE: Es hora de hablar de la segunda cuestión.

EL PESCADOR: *(Al público, narrando)* En ese momento dicen que se escuchó un ruido de brazadas en el agua. Un jadeo de alguien que se acercaba nadando fatigosamente. Dicen que Jesús descubrió, en la cara de su Padre, una mínima sonrisa. Y que, entonces, éste giró la cabeza hacia el lugar de donde venía el rumor. El cansancio de quien llegaba pareció esfumarse y las últimas brazadas fueron rápidas y armoniosas.

Aparecen, en un costado del bote, dos manos que se sujetan al borde y se impulsan. Surge la cabeza del Demonio, que trepa a la barca.

EL DEMONIO: He llegado. *(Se sienta entre ambos).*

EL PESCADOR: El bote no acusa peso alguno.

EL PADRE: *(Al Demonio)* Hemos hablado bastante, pero todavía no tocamos el punto crucial. *(A Jesús)* ¿Es necesario presentártelo?

JESÚS: No. He vivido cuatro años con él en mi adolescencia.

EL PADRE: Habías renunciado a vivir con tu familia. Sólo quedaba dejarte con él.

JESÚS: Él vino a buscarme. O mejor dicho, lo mandaste.

EL PADRE: Ni una cosa ni la otra. Ambos pensamos que era la mejor solución para tu caso.

JESÚS: Es decir que fui engañado por los dos.

EL PADRE: Bueno... es lo que le suele suceder a los hombres.

JESÚS: Me acabas de decir que no soy un hombre.

EL PADRE: Y lo confirmo. Podríamos decir que te has encarnado.

JESÚS: ¿Y ahora? ¿Qué quieren ustedes de mí?

EL PADRE: Soy yo que quiero algo tuyo. No él.

JESÚS: Pero por algo están aquí los dos. Además me di cuenta de que lo esperabas.

EL PADRE: Es verdad. Todo lo que me interesa a mí, le interesa a él.

JESÚS: Hablemos entonces del punto *crucial*.

EL PESCADOR: *(Al público)* Dicen que Dios hizo un profundo respiro.

EL PADRE: La insatisfacción, hijo mío, vive en el corazón de los hombres por mi causa. Pero como todo lo hice a mi imagen y semejanza esa insatisfacción la encontré primero en mi corazón. Y desde que la descubrí no sólo no se ha desvanecido sino que se ha acrecentado.

EL PESCADOR: Dicen que Dios hizo un silencio breve, como para saborear su propia confesión y el poder de lo que decía.

EL PADRE: Hace 4.000 años que soy el Dios de los hebreos. Y estaría satisfecho si no fuera por este corazón inquieto que todos los días me dice que, en definitiva, soy un dios de un pueblo minúsculo que vive en una pequeña porción de este mundo...

JESÚS: Mundo que has creado.

EL PADRE: Exactamente. No puedo vivir satisfecho sintiendo esa injusticia y esa frustración.

JESÚS: ¿Y qué puedo hacer yo?

EL PADRE: Ayudarme.

JESÚS: ¿En qué?

EL PADRE: En extender mi influencia. Es decir, en ayudarme a que sea el Dios de mucha más gente. Si respetas lo que he planeado en poco más de media docena de siglos me convertiré en el único Dios de millones de hombres. Se llamarán católicos, a la griega. Pero, claro... no será fácil. Habrá adversidades y luchas que vencer.

JESÚS: ¿Y cuál es el papel que me has destinado?

EL PADRE: ¡Ay hijo mío! (*Pausa*). El de mártir.

EL PESCADOR: (*Al público*) La palabra “mártir” dicen que provocó escalofríos en Jesús.

EL PADRE: No hay nada mejor que un mártir para difundir una doctrina y enfervorizar una fe.

EL PESCADOR: (*Al público*) El Demonio sintió una especie de involuntaria piedad.

EL DEMONIO: (*Al Pescador*) ¡Piedad no! ¡No mientas! ¡Cuenta la verdad!

EL PESCADOR: (*A los personajes*) Cuento la verdad. Y Ustedes, ahora, son mi creación.

EL PADRE: (*Mirando fijamente al narrador*) Cuenta con más precisión.

Pausa tensa.

EL PESCADOR: (*Al público*) Dicen que el Demonio sintió una voluntaria satisfacción.

JESÚS: (*Al Padre*) Me habías prometido poder y gloria.

EL PADRE: Las tendrás. Pero después de tu muerte.

JESÚS: ¿Y de qué me servirían si ya no viviré?

EL PADRE: Bueno... en realidad no estarás muerto en el sentido común de la palabra. Siendo mi hijo estarás conmigo. O en mí. Todavía no lo he decidido muy bien.

JESÚS: ¿Qué significa no morir?

EL PADRE: Significa que te venerarán en los altares eternamente. Te aseguro que ocuparás un lugar preponderante. Incluso la gente se olvidará parcialmente del Dios originario... o sea, de mí. En fin... lo mucho se puede dividir, lo poco no.

JESÚS: (*Refiriéndose al Demonio*) Ahora comprendo por qué él está aquí. Si tu poder se extenderá por todo el mundo, también el de él.

EL PADRE: Así será.

JESÚS: ¿Y mi muerte? ¿Cómo será?

EL PESCADOR: (*Con cierta picardía*) Dicen que El Padre suspiró nuevamente.

El Padre mira al Pescador.

Dicen.

EL PADRE: (*A Jesús*) Los mártires suelen sufrir muertes dolorosas. Y cuanto más infames y dolorosas sean, más influyen en los creyentes. Se apasionan más, abren sus corazones y se muestran más disponibles, más emotivos.

JESÚS: Padre: ¿cómo será mi muerte?

EL PADRE: Crucificado. Sufrirás.

JESÚS: ¡Yo no quiero eso para mí! ¡Quiero vivir y morir como un hombre cualquiera! ¡No quiero más tratos contigo!

EL PADRE: Es inútil que protestes, hijo mío. Parece que todavía no has entendido que estás en mi poder y puedo hacer contigo lo que desee. Nuestra alianza debe cumplirse.

JESÚS: No entiendo. Con el poder que tienes, ¿no sería más fácil y más correcto que vayas personalmente a conquistar el resto del mundo?

EL PADRE: No. Hay otros dioses e hicimos un pacto. Inviolable: no interferir directamente en los conflictos entre los hombres. Además, ¿me imaginas en una plaza tratando de convencer a los paganos que el verdadero dios soy yo y el de ellos un engaño? ¡No corresponde que un dios le haga eso a otro!

JESÚS: Entiendo. Para eso utilizan a los hombres.

EL PADRE: Los hombres son de un material tan noble que sirven para todo. Desde que nacen hasta que mueren están dispuestos a obedecer. Los hombres, tanto en la paz como en la guerra, son la mejor cosa que les puede pasar a los dioses.

EL PESCADOR: (*Al público*) Jesús sumerge los remos y dice: “Adiós, no me interesa. Pueden irse por donde vinieron”. Pero ni El Padre ni El Demonio se mueven de sus lugares.

Jesús les dice que los llevará con él hasta la costa para que todos los puedan conocer y entender cómo ambos se complementan. Gira el bote y rema en dirección a tierra firme. La niebla sigue siendo tan cerrada que apenas se divisan las figuras de sus acompañantes. Jesús se siente dueño de un vigor extraordinario. Rema con brío y siente que la proa se levanta, en cada remada, como un caballo al galope. Rema y rema y rema. La orilla ya debe estar cerca, pero... de pronto se encuentra de nuevo en el centro de luz, en el mismo lugar en donde estaba. Piensa que no tiene sentido decir nada.

EL PADRE: Recomencemos. Te dije que estás en mi poder. Acepta las cosas en forma simple y humilde. Ahorrarás el tiempo de los tres.

JESÚS: Está bien, pero ahora ten en cuenta que me niego a hacer milagros de los cuales no esté convencido. Y sin milagros tu credibilidad y tus proyectos son inútiles.

EL PADRE: Te daría la razón si estuviera en tus manos el poder de hacerlos.

JESÚS: Pero... ¿cómo? ¿No tengo ese poder?

EL PADRE: No. Desde los más pequeños a los más asombrosos soy siempre yo quien los hago. Eres mi instrumento. Y si se te ocurriera decir que no eres hijo de Dios, yo me ocuparía de que hagas tantos milagros sin proponértelo que no tendrías escapatoria.

JESÚS: No tengo salida, entonces. Mi libre albedrío es una mentira.

EL PADRE: No tienes salida. Y te pido que no representes el indigno papel del cordero que no quiere ser sacrificado, que llora, gime, se agita. El destino ya está escrito, el cuchillo lo espera.

JESÚS: Y yo soy tu cordero.

EL PADRE: Eres mi cordero. El que llevaré al altar. Para preparar eso es este encuentro.

EL PESCADOR: (*Al público*) Jesús busca en el Demonio una señal, no de ayuda, sino algo que le permita salir del atolladero, de esa sensación de animal acorralado. Pero el Demonio baja la vista. Entonces entiende que El Padre es todo, es el Universo, las estrellas, el trueno y el relámpago. No tiene sentido dilatar nada.

JESÚS: Anunciaré a los hombres que soy tu hijo, el único hijo de Dios. Pero no creo que esto sea suficiente para extender tus dominios.

EL PADRE: Finalmente te reconozco, hijo mío. Hay algo que debes decirles a los hombres porque les llegará a todos, no importa su raza o condición, y los conquistará.

JESÚS: ¿Qué es?

EL PADRE: Cada hombre, haga lo que haga, esté adónde esté y vaya adónde vaya es un pecador. No tiene escapatoria. El pecado es tan inseparable del hombre como el hombre del pecado. El hombre es una moneda en la que si la das vueltas, encuentras el pecado. Y la culpa. La palabra mágica es “arrepíentete”.

JESÚS: Para lograr eso no es necesario sacrificar mi vida. Bastaría que algún profeta lo divulgue.

EL PADRE: Hay demasiados profetas en estos tiempos dando vueltas por ahí. Debemos lograr nuestro propósito con algo más fuerte: golpear la sensibilidad y sacudir los sentimientos. Que cuelgues de la cruz, por ejemplo.

JESÚS: Entonces... moriré crucificado.

EL PADRE: Es mi voluntad.

EL PESCADOR: (*Al público*) Dicen que Jesús volvió a mirar al Demonio, pero éste tenía una expresión ausente, como si estuviese contemplando un instante del futuro.

EL DEMONIO: Te veo colgando en la cruz, pero hasta a mí me cuesta creerlo.

EL PESCADOR: (*Al público*) Dicen que Jesús dejó caer sus brazos como si no tuvieran vida y que dijo: “Sea hecha en mí tu voluntad”. El Padre se levanta para abrazarlo...

JESÚS: (*Corta la acción de El Padre tajantemente*) ¡Con una condición!
El Padre, confundido, se detiene.

EL PADRE: Sabes muy bien que no puedes ponerme condiciones.

JESÚS: Lo llamaré “pedido”, entonces. El pedido de un condenado a muerte.

EL PADRE: Habla.

JESÚS: Eres Dios y como tal no puedes responder más que con la verdad a cualquier pregunta que se te haga. Conoces el pasado, la vida actual y el tiempo del futuro.

EL PADRE: Así es. Soy el Tiempo, la Verdad y la Vida.

JESÚS: Entonces, en nombre de todo aquello que eres, dime cómo será el futuro de la humanidad después de mi muerte, de mi sacrificio por ella.

EL PADRE: (*Dudando y sopesando las palabras*) Hijo... el futuro es enorme y se requiere mucho tiempo para contarle.

JESÚS: No hay apuro. Quedémonos el tiempo que sea necesario. Si él (*Por El Demonio*) se quiere ir, que se vaya. Ya tiene asegurado que su dominio se extenderá por doquier.

EL DEMONIO: No. Me quedo. También yo puedo entrever algunas cosas del futuro pero no siempre llego a distinguir si lo que creo ver es verdad o mentira.

JESÚS: (*Insiste con firmeza hacia El Padre*) Respóndeme.

EL PESCADOR: (*Al público*) Dicen que Dios guardó un momento de respetuoso silencio. La niebla avanzó aún más sobre el bote y lo rodeó como una muralla. Así, El Padre, se aseguró de que el mundo no conociera sus palabras.

EL PADRE: Nacerá una Iglesia, que quiere decir “Asamblea”. Una sociedad religiosa que en tu nombre se levantará. Esta Iglesia se extenderá por el mundo hasta ocupar todos los confines. Se llamará “católica” porque será universal.

JESÚS: ¿Eso será pacífico?

EL PADRE: Habrá problemas y conflictos entre sus integrantes.

JESÚS: Quiero saber cómo vivirán los hombres después de mi muerte. ¿Serán felices?

EL PADRE: ¿Felices? Mmm... en el sentido que entendemos por ello, no diría. Pero tendrán la esperanza de encontrar la felicidad en el Cielo, en donde yo vivo eternamente. Por lo tanto tendrán la esperanza de vivir para siempre a mi lado.

JESÚS: ¿Nada más?

EL PADRE: ¿Te parece poco vivir con el Padre Eterno?

JESÚS: Poco, mucho o todo se sabrá sólo después del Juicio Universal cuando los hombres rindan cuentas por lo que han hecho. Es decir que, por el momento, vives solo en el Cielo.

EL PADRE: Tengo a mis ángeles y a mis arcángeles.

JESÚS: Te faltan los hombres.

EL PADRE: Es verdad. Y para que ellos vengan a mí, es que serás sacrificado.

JESÚS: ¡Quiero saber aún más! Quiero saber cómo llegarán los hombres a crearme y a seguirme. No dilates la respuesta.

EL PADRE: El que tenga fe, vendrá hacia nosotros.

JESÚS: ¿Y los otros dioses de los que hablabas? Se resistirán.

EL PADRE: Será tu tarea luchar contra esas creencias paganas.

JESÚS: Mientras esté con vida. ¿Y después?

EL PADRE: Lo harán otros hombres. Y serán también sacrificados.

JESÚS: Para decirlo claramente: muertes por ti y por mí.

EL PADRE: Los hombres siempre han muerto por los dioses. Y muchos lo han hecho por dioses falsos y mentirosos.

- JESÚS: ¿Los dioses pueden mentir?
- EL PADRE: ¡No sabes cuánto!
- JESÚS: Pero dices que eres el único y verdadero.
- EL PADRE: Así es.
- JESÚS: ¿Y siendo único y verdadero no puedes evitar que los hombres mueran por ti? Los hombres deberían nacer para vivir para ti en la Tierra, no en el Cielo. Allí no podrás darles ninguna de las alegrías de la vida.
- EL PADRE: Alegrías falsas porque los hombres nacieron con el Pecado Original. Pregúntale a él. (*Por el demonio*). Lo sabe mejor que nadie.
- EL PESCADOR: (*Al público*) El Padre y el Demonio se miran a los ojos por primera vez. Nada responden.
- JESÚS: (*Al Padre*) ¡Dime cuánto dolor será necesario para que te impongas sobre los otros dioses!
- EL PADRE: (*Luego de una pausa*) Mucho.
- JESÚS: Te escucho.
- EL PADRE: Comenzará con quienes ahora te acompañan. El pescador Simón, que llamarás Pedro, será crucificado con la cabeza hacia abajo. También Andrés, pero lo sacrificarán en una cruz con forma de equis. Al hijo de Zebedeo, Tiago, lo degollarán...
- JESÚS: ¿Y María, mi mujer?
- EL PADRE: María de Magdala y Juan fallecerán de muerte natural. Otros seguidores, como Felipe, morirán a pedradas; un tal Bartolomé será desollado vivo; otro, llamado Simón, será cortado por la mitad; Judas Iscariote se suicidará; otro, Judas, será muerto a hachazos...
- JESÚS: ¿Tantos deberán morir por ti?
- EL PADRE: Digamos que sí.
- JESÚS: ¡Adelante! ¡Quiero saber todo!
- EL PESCADOR: (*Al público*) Dicen que El Padre volvió a suspirar. Hizo un gesto al Demonio, cerró los ojos y, ordenadamente, comenzó...
- EL PADRE: Adalberto, de Praga:
- EL DEMONIO: Atravesado por una lanza de siete puntas.
- EL PADRE: Adriano...
- EL DEMONIO: Muerto a martillazos sobre un yunque.
- EL PADRE: Afra, de Hamburgo...
- EL DEMONIO: En la hoguera.
- EL PADRE: Agapito, de Preneste...

EL DEMONIO: Quemado y colgado de los pies.

EL PADRE: Águeda, de Sicilia...

EL DEMONIO: Muerta con los senos mutilados.

EL PADRE: Agrícola, de Boloña...

EL DEMONIO: Crucificado y atravesado por clavos.

EL PADRE: Alfeio, de Cantuaria...

EL DEMONIO: A golpes.

EL PADRE: Anastasia, de Sirmio...

EL DEMONIO: Quemada y con los senos cortados.

EL PADRE: Anastasio, de Salona...

EL DEMONIO: Ahorcado y decapitado...

EL PESCADOR: (*Al público*) Agotado, El Padre, llegó hasta la letra C.

EL PADRE: ¡Bueno, basta! Todo es igual, no importan los nombres. Ya estoy cansado. Falta mucho para llegar a la Z.

JESÚS: ¡Quiero saber!

EL PADRE: (*Por el Demonio*) Quizás él, si tiene ganas, te cuente el resto. Lo que debo decirte es que muchos morirán. Y él tiene como deber inculcarles a los hombres el peor de los tormentos: el miedo.

JESÚS: (*Al Demonio*) ¿Eso harás?

EL DEMONIO: Me he limitado a tomar como trabajo mío todo aquello que Dios no quiso: la carne, con sus alegrías y tristezas, la juventud y la vejez, la lozanía y la podredumbre. Pero no es verdad que el miedo sea mi arma. No fui yo quien inventó el pecado y el castigo. Ni el temor que siempre hay en ellos.

EL PADRE: (*Al Demonio*) ¡Cállate! ¡El pecado y el Demonio son dos nombres de una misma cosa!

JESÚS: ¿Qué cosa?

EL PADRE: La ausencia de mí.

JESÚS: ¿Y esa ausencia a qué se debe? ¿A que te has retirado por tu voluntad o a que se te hayan abandonado?

EL PADRE: Jamás me retiro. Quien me deja, me busca.

JESÚS: Y si no te encuentra, la culpa, ya se sabe, es del Demonio.

EL PADRE: No, no es de él la culpa. Es mía. No logro llegar al lugar donde me buscan.

EL PESCADOR: (*Al público*) Dicen que El Padre sintió una punzante e inesperada tristeza, como si hubiese, de pronto, encontrado los límites de su Poder.

JESÚS: Continúa. ¿Qué más pasará?

EL PESCADOR: *(Al público)* La voz del Padre comienza a decaer, a agotarse.

EL PADRE: Las guerras.

EL DEMONIO: Las masacres, las matanzas, las deportaciones, las torturas...

JESÚS: ¿Cuántas guerras habrá?

EL DEMONIO: Muchas. Interminables.

EL PADRE: Algunas, dentro de no mucho, se harán en tu contra y en la mía. En nombre de un dios que todavía está por aparecer: Alá.

JESÚS: ¿Cómo es posible que esté por nacer un dios? Un dios sólo puede existir desde siempre y para siempre.

EL PADRE: Reconozco que cuesta entenderlo y aún más, explicarlo. Pero así sucederá: en nombre de ese dios se lanzarán contra nosotros pueblos enteros. Y en nuestro nombre millones de hombres combatirán para recuperar el lugar en donde naciste y en donde te matarán.

EL DEMONIO: Irán a la muerte gritando: “¡Dios así lo quiere!”.

EL PADRE: Será una linda forma de morir.

JESÚS: ¿Y recuperarán estos lugares?

EL PADRE: No definitivamente.

JESÚS: ¿Y para qué tanto sacrificio? No vale la pena.

EL PADRE: El alma, para salvarse, necesita del sacrificio del cuerpo.

JESÚS: *(Al Demonio)* ¿Qué opinas del futuro que les espera a los hombres?

EL DEMONIO: Digo que nadie que esté en su sano juicio podría firmar que yo seré el culpable de tanta matanza y de tanto cementerio. Salvo que a algún malvado se le venga a la cabeza atribuirme el nacimiento de ese nuevo dios: Alá.

JESÚS: No podrían culparte de esa creación. El Demonio, siendo mentira nunca podría crear a un Dios, que es Verdad.

EL DEMONIO: Entonces... ¿quién va a crear a ese dios enemigo?

El Padre mira hacia otro lado. Silencio.

JESÚS: ¿Y qué más ocurrirá?

EL DEMONIO: La Inquisición...

JESÚS: *(Al Padre)* ¿Qué es eso?

EL PADRE: Un Tribunal que mandará a la hoguera a los que se atrevan a dudar de nosotros.

EL DEMONIO: Y no será poca la carne quemada.

JESÚS: ¿No estará permitido dudar de nosotros?

EL PADRE: No.

JESÚS: ¡Pero nosotros sí podemos dudar de que el Júpiter de los romanos sea un dios!

EL PADRE: El único Dios soy yo. Y por mí, pueblos conquistarán a otros pueblos desconocidos...

JESÚS: Con las armas.

EL PADRE: Sí, con las armas y tu cruz.

JESÚS: ¿Todo eso en mi nombre?

EL PADRE: Sí. Y en el mío, que es lo mismo. Y luego surgirá un nuevo dios, el más difícil de derrotar porque no tendrá principios: el dinero. E invocándonos, por su causa, morirán millones de personas en nuevas guerras y hambrunas y...

Jesús hace un gesto brusco para detener lo que dice su Padre. Éste se detiene. Silencio.

JESÚS: Padre, aparta de mí ese cáliz.

EL PADRE: De que tú lo bebas depende mi poder y tu gloria.

JESÚS: No quiero esa gloria.

EL PADRE: Pero yo sí mi poder.

EL DEMONIO: (*A Jesús*) Es necesario ser un dios para que le guste tanto la sangre. (*Al Padre*) Tengo una propuesta que hacerte.

EL PADRE: ¿Qué propuesta?

EL DEMONIO: Sabes muy bien que yo también tengo un corazón.

EL PADRE: Sí, pero haces muy mal uso de él.

EL DEMONIO: No es éste el caso. Acepto y quiero que tu poder se extienda por toda la Tierra. Quiero pedirte perdón. Quiero que vuelvas a aceptarme a tu lado. Quiero que perdones los males del pasado y así no tendré que cometer otros en el futuro. Quiero que, con tu perdón, me permitas volver a esos tiempos felices en el que fui uno de tus ángeles preferidos. Lucifer, me llamabas con cariño: el que lleva la luz. Quiero que perdones la ambición que tuve de ser igual a ti y que me llevó a rebelarme contra tu autoridad.

EL PADRE: ¿Y por qué habría de recibirte y perdonarte?

EL DEMONIO: Porque si lo haces, si usas el perdón, el mismo perdón que en el futuro prometerás tan fácilmente, hoy mismo se acaba el mal y tu reino será sin igual. Tu hijo no tendrá necesidad de morir sacrificado y todo lo terrible que hablamos no sucederá. Seré tu ángel más fiel porque estoy arrepentido y todo terminará como si no hubiese sido. Todo empezará a ser como hubiera debido ser siempre.

EL PADRE: No puedo negar que tienes talento para confundir a las almas y perderlas. A punto estuviste de convencerme.

EL DEMONIO: ¿No me aceptas? ¿No me perdonas?

EL PADRE: No. Te quiero como eres. Y peor, si es posible.

JESÚS: *(Al Padre)* ¿Por qué?

EL PADRE: Porque este Bien, que soy yo, no existiría sin ese Mal que es él. Un Bien sin él no tendría sentido. Sería inconcebible. Si él se termina yo también me termino. La muerte de uno sería la del otro.

EL DEMONIO: ¿Es tu última palabra?

EL PADRE: La última. Y jamás vuelvas a pedírmelo.

EL DEMONIO: *(Mira a Jesús, también al Pescador y se encoge de hombros)*. Que no se diga que el Demonio no tentó un día a Dios. Él lo ha querido así. ¡Hasta siempre!

La luz se apaga sobre el bote.

EL PESCADOR: El Demonio volvió al agua y poco a poco fue perdiéndose en la niebla. Jesús lo siguió con los ojos asombrados. Se escuchaban unos jadeos bestiales, pero no eran del esfuerzo que hacía el Demonio para nadar sino de su temor por tener que vivir para siempre. El Padre también lo vio alejarse hasta que se perdió de vista.

Vuelve la luz al bote.

EL PADRE: Mandaré a un hombre llamado Juan para que te ayude, pero tendrás que convencerlo de que eres quien dirás ser.

Apagón sobre el bote.

EL PESCADOR: Dicen que fue un segundo. Jesús miró pero su Padre ya no estaba allí. En ese mismo instante la niebla se disipó y el lago se reflejó en el aire limpio y diáfano. En el agua, ni señal del Demonio. En el aire, ni señal de Dios. Jesús miró hacia la orilla y vio un gran número de personas que allí habían acampado. Es que habían pasado 40 días. Remó hacia la costa...

JESÚS: *(Se acerca al Pescador-narrador)* ¡Ey!

EL PESCADOR: Espera, ya termino de contar y...

JESÚS: No quiero que termines.

EL PESCADOR: Es que la crucifixión y lo que pasó es interesante y...

JESÚS: Nada ha terminado. *(Jesús se sienta al lado de El Pescador)* Bah... es verdad lo de la crucifixión y todo eso, pero todo está aún por verse.

EL PESCADOR: Bueno, mi relato termina en la crucifixión y en tu resurrección. De allí en más...

JESÚS: Por eso vine a sentarme a tu lado.

EL PESCADOR: Pero... ¿cómo? Eres un personaje -con todo respeto, claro- de la historia que me contaron. Estabas en mi imaginación, no aquí, sentado a mi lado.

JESÚS: Tal vez me estabas creando, como a los otros personajes...

EL PESCADOR: ¿Yo? ¿Cómo puedo yo crear a Dios y al Demonio? Ellos están desde siempre. Así dicen que es.

JESÚS: Está bien, pero al menos admite que nos re-creabas.

EL PESCADOR: *(Con cierta picardía)* Y bueno... uno le va poniendo sus condimentos.

JESÚS: ¿Puedo ayudarte? *(Por la red)*.

El pescador asiente con la cabeza sorprendido. Por un momento trabajan en silencio.

EL PESCADOR: ¿Fue doloroso, no?

JESÚS: ¿La cruz?

EL PESCADOR: Ajá.

JESÚS: Sí, bastante.

EL PESCADOR: Pero... tres días después... *(Hace señas hacia el Cielo)*.

JESÚS: Ajá.

EL PESCADOR: ¿Y después pasó todo lo que Él te dijo, no?

JESÚS: Ajá.

Nueva pausa.

EL PESCADOR: ¿Y ahora?

JESÚS: ¿Ahora qué?

EL PESCADOR: ¿Qué pasará?

JESÚS: ¿Con qué?

EL PESCADOR: Con... con todo... con nosotros... con los hombres.

JESÚS: *(Haciendo referencia a un nudo que ha atado)* ¿Así está bien?

EL PESCADOR: Un poco más cerradita, si no los peces...

JESÚS: *(Mientras corrige lo que hizo)* Cuéntame una historia.

EL PESCADOR: ¿Sobre?

JESÚS: Sobre el porvenir de los hombres.

EL PESCADOR: Pero... eres Dios. Eso debes saberlo. Era lo que te pedía.

JESÚS: Prefiero que me la cuentes, que la inventes como quieras, como te la imagines.

EL PESCADOR: ¿Yo? Es que... no soy muy instruido.

JESÚS: Por eso te lo pido. Inventa lo que desees. ¿De acuerdo?

EL PESCADOR: Está bien. Intentaré.

JESÚS: Sólo te pido una cosa: que no haya sacrificios. *(Por la red)* ¿Así está mejor?

EL PESCADOR: Sí. Ahora sí.

JESÚS: Bien. Te escucho.

APAGÓN FINAL

Fervoroso Borges

> **fervoroso** Borges

Dramaturgia de Carlos María Alsina sobre fragmentos de poesías, cuentos y anécdotas de Jorge Luis Borges.

Fue estrenada el 27 de agosto de 1999 en el Centro Cultural de la Universidad Nacional de Tucumán, San Miguel de Tucumán, Argentina.

PERSONAJES

ACTOR-BORGES

CUANDO EL PÚBLICO ENTRA EN LA SALA ENCUENTRA A UN MÚSICO, UN GUITARRISTA, QUE TOCA SU INSTRUMENTO SENTADO EN UN ÁNGULO DEL PROSCENIO. EN EL ÁNGULO OPUESTO, EL ACTOR REPASA SU TEXTO TAMBIÉN SENTADO ENTRE EL ESCENARIO Y LA PLATEA. EL ESCENARIO APENAS ESTÁ VISIBLE ILUMINADO POR UNA DÉBIL LUZ. EN SU CENTRO, UN CÍRCULO DE ARENA. Y EN EL INTERIOR DEL CÍRCULO, HAY UN SILLÓN ARTÍSTICAMENTE DISEÑADO. EN SU RESPALDO, LÍNEAS QUE SERPENTEAN Y CONFLUYEN EN UN PUNTO. EL SILLÓN DEBE SER, VISUALMENTE, LIVIANO. APOYADO EN ÉL HAY UN BASTÓN.

SOBRE EL MÚSICO Y EL ACTOR, DOS CONCENTRADOS HACES DE LUZ DIBUJAN SUS FIGURAS. UNA VEZ QUE EL PÚBLICO SE HA ACOMODADO, LAS LUCES SOBRE AMBOS, SE ESFUMAN. EL ACTOR SUBE AL ESCENARIO Y SE COLOCA ATRÁS DEL CÍRCULO DE ARENA SIN PISARLO, LA MÚSICA CAMBIA, LA TENUE LUZ SOBRE EL CÍRCULO SE APAGA UN INSTANTE Y, CUANDO REGRESA, DESCUBRE A BORGES, DE PIE, CON EL BASTÓN EN LA MANO, EN EL CENTRO DEL CÍRCULO DE ARENA. BORGES, CIEGO, DIBUJA CON SU BASTÓN EN LA ARENA.

BORGES: Un hombre se propone la tarea de dibujar el mundo. A lo largo de años puebla el espacio con imágenes de provincias, de reinos, de montañas, de bahías, de naves, de islas, de peces, de habitaciones, de instrumentos, de astros, de caballos y de personas. Poco antes de morir descubre que ese paciente laberinto de líneas traza la imagen de su cara.

Se acerca más al público. Relata...

Cuentan que hubo un rey en Babilonia que congregó a sus arquitectos y magos y les mandó construir un laberinto tan perplejo y sutil que los varones más prudentes no se aventuraban a entrar. Y los que entraban, se perdían. Esa obra era un escándalo porque la confusión y la maravilla son operaciones propias de Dios y no de los hombres.

Con el andar del tiempo vino a su corte un rey de los árabes; y el rey de Babilonia, para burlarse de la simplicidad de su huésped, lo hizo penetrar en el laberinto, donde vagó afrentado y confundido.

Entonces imploró socorro divino y dio con la puerta. Sus labios no profirieron queja alguna, pero le dijo al rey de Babilonia que él tenía en Arabia otro laberinto y que se lo haría conocer algún día. Luego regresó a Arabia, juntó a sus capitanes y estragó los reinos de Babilonia haciendo cautivo al mismo rey. Lo amarró y lo llevó al desierto. Cabalgaron tres días y le dijo: “En Babilonia me quisiste perder en un laberinto de bronce, con muchas escaleras, puertas y muros; ahora el Poderoso ha tenido a bien que te muestre el mío donde no hay escaleras ni puertas ni galerías ni muros que te veden el paso”. Luego le desató las ligaduras y lo abandonó en mitad del desierto donde murió de hambre y de sed.

Se sienta en el sillón.

Al otro, a Borges, es a quien le ocurren las cosas. Yo camino por Buenos Aires y me demoro, acaso ya mecánicamente, para mirar el arco de un zaguán y la puerta cancel; de Borges tengo noticias por el correo y veo su nombre en una terna de profesores o en un diccionario biográfico. Me gustan los relojes de arena, los mapas, la tipografía del siglo XVIII, las etimologías, el sabor del café y la prosa de Stevenson; el otro comparte estas preferencias, pero de un modo vanidoso que las convierte en atributos de un actor. Sería exagerado afirmar que nuestra relación es hostil; yo vivo, yo me dejo vivir para que Borges pueda tramar su literatura y esa literatura me justifica. Nada me cuesta confesar que ha logrado ciertas páginas válidas, pero esas páginas no me pueden salvar, quizás porque lo bueno ya no es de nadie, ni siquiera del otro, sino del lenguaje o la tradición. Por lo demás, yo estoy destinado a perderme, definitivamente, y sólo algún instante de mí podrá sobrevivir en el otro. Poco a poco voy cediéndole todo, aunque me consta su perversa costumbre de falsear y magnificar. Spinoza entendió que todas las cosas quieren perseverar en su ser; la piedra eternamente quiere ser piedra y el tigre un tigre. Yo he de quedar en Borges, no en mí (si es que alguien soy), pero me reconozco menos en sus libros que en muchos otros o que en el laborioso rasgueo de una guitarra. Hace años que yo traté de librarme de él y pasé de las mitologías del arrabal a los juegos con el tiempo y con lo infinito, pero esos juegos son de Borges ahora y tendré que idear otras cosas. Así, mi vida es una fuga y todo lo pierdo y todo es del olvido, o del otro. No sé cuál de los dos dice estas palabras.

Borges acaricia su bastón.

El bastón, las monedas, el llavero,
La dócil cerradura, las tardías
Notas que no leerán los pocos días
Que me quedan, los naipes y el tablero,

Un libro y en sus páginas la ajada
Violeta, monumento de una tarde
Sin duda inolvidable y ya olvidada,
El rojo espejo occidental en que arde
Una ilusoria aurora. ¡Cuántas cosas,
Limas, umbrales, atlas, copas, clavos,
Nos sirven como táticos esclavos,
Ciegas y extrañamente sigilosas!
Durarán más allá de nuestro olvido;
Nunca sabrán que nos hemos ido.

Se levanta.

Nací en 1899 en pleno centro de Buenos Aires, en la calle Tucumán, entre Suipacha y Esmeralda, en una casa que pertenecía a mis abuelos maternos, pero pronto nos mudamos al barrio de Palermo. Yo creí, durante años, de haberme criado en ese suburbio de Buenos Aires, un suburbio de calles aventuradas y ocasos visibles, pero se trataba de un mero alarde literario; el hecho es que me crié del otro lado de una larga verja de lanzas, en una casa con jardín y con la biblioteca de mis padres y de mis antepasados. Mi madre era descendiente de Francisco Narciso de Laprida que, asesinado el día 22 de setiembre de 1829 por la montonera de Aldao, piensa antes de morir:

Zumban las balas en la tarde última,
Hay viento y hay cenizas en el viento,
Se dispersan el día y la batalla
Deforme, y la victoria es de los otros.
Vencen los bárbaros, los gauchos vencen.
Yo, que estudié las leyes y los cánones,
Yo, Francisco Narciso de Laprida,
Cuya voz declaró la Independencia
De estas crueles provincias, derrotado,
De sangre y de sudor manchado el rostro,
Sin esperanza ni temor, perdido,
Huyo hacia el sur por arrabales últimos.
Hoy es el término.
La noche lateral de los pantanos
Me acecha y me demora. Oigo los cascos
De mi caliente muerte que me busca
Con jinetes, con belfos y con lanzas.
Yo, que anhelé ser otro, ser un hombre
De sentencias, de libros, de dictámenes,
A cielo abierto yaceré entre ciénagas;
Pero me endiosa el pecho, inexplicable,

Un júbilo secreto. Al fin me encuentro
Con mi destino sudamericano.
A esta ruinoso tarde me llevaba
El laberinto múltiple de pasos
Que mis días tejieron desde un día
De la niñez. Al fin he descubierto
La recóndita clave de mis años,
La suerte de Francisco de Laprida,
La letra que faltaba, la perfecta
Forma que supo Dios desde el principio.
En el espejo de esta noche alcanzo
Mi insospechado rostro eterno. El círculo
Se va a cerrar. Yo aguardo que así sea.
Pisan mis pies la sombra de las lanzas
Que me buscan. Las befas de mi muerte,
Los jinetes, las crines, los caballos
Se ciernen sobre mí... Ya el primer golpe,
Ya el duro hierro que me raja el pecho,
El íntimo cuchillo en la garganta.

Borges se sienta.

Mi madre, Leonor Acevedo, era un ser extraordinario que parecía llevar el coraje en la sangre. Una vez un sujeto llamó a casa a altas horas de la noche y ella lo atendió: “Yo voy a matarte a vos y a tu hijo”, dijo una voz tosca y profesionalmente maleva. “¿Por qué, señor?” le dijo mi madre con una cortesía un tanto inesperada. “Porque soy peronista”, dijo el anónimo individuo. Entonces mi madre respondió: “Mire señor, en cuanto a matarlo a mi hijo es muy fácil, sale todas las mañanas a las 8 para ir a su trabajo, no tiene más que esperarlo. En cuanto a mí, señor, he cumplido 84 años y le aconsejo que se apure si quiere matarme porque a lo mejor yo me le muero antes”.

Por supuesto que no volvió a llamar. Se trataba, claro, de una amenaza ridícula y obvia. ¿De qué forma se puede amenazar que no sea de muerte? Lo original sería que alguien lo amenace a uno con la inmortalidad. Un guapo me dijo una vez que hay dos cosas que un hombre no puede permitirse: una es que lo amenacen, la otra es amenazar.

En fin... mi madre murió casi a los cien años quejándose de que Dios la hiciera vivir tanto. Cuando cumplió los 95 me dijo: “Caramba, Georgie, se me fue la mano”.

Bruscamente la tarde se ha aclarado
Porque ya cae la lluvia minuciosa.

Cae o cayó. La lluvia es una cosa
Que sin duda sucede en el pasado.
Quien la oye caer ha recobrado
El tiempo en que la suerte venturosa
Le rebeló una flor llamada rosa
Y el curioso color del colorado.
Esta lluvia que ciega los cristales
Alegrará en perdidos arrabales
Las negras uvas de una parra
En cierto patio que ya no existe. La mojada
Tarde me trae la voz, la voz deseada
De mi padre que vuelve y que no ha muerto.

Si me pidieran de hablar sobre la cosa más importante de mi vida, hablaría de la biblioteca de mi padre. A veces tengo la impresión de no haberme jamás alejado de esa biblioteca. La recuerdo con extrema claridad. Tenía estantes protegidos por el vidrio y contenía miles de libros.

En 1914 nos trasladamos a Europa. Mi padre había comenzado a perder la vista y debía operarse con un médico prestigioso. Recuerdo que me dijo que me fijara bien en los soldados, en los uniformes, en los cuarteles, en las banderas, en las iglesias, en los sacerdotes y en las carnicerías, ya que todo eso iba a desaparecer y algún día podría contarles a mis hijos que había visto esas cosas.

La profecía, lamentablemente, no se ha cumplido.

Volvimos a Buenos Aires en el Reina Victoria Eugenia a fines de marzo de 1921. Habíamos estado en Europa siete años. Fue para mí una sorpresa, después de haber vivido en tantos lugares diferentes, encontrar a mi ciudad tan cambiada. Se había transformado en una enorme ciudad de techos bajos que se extendía hacia el oeste, hacia la pampa. Más que un retorno a casa era un descubrimiento. En aquel tiempo el barrio de Palermo era un escuálido suburbio del norte de la ciudad y mucha gente que allí vivía, avergonzándose, decía de un modo vago que habitaba en la zona Norte. Palermo era una despreocupada promesa. La higuera oscurecía sobre el tapial, los balconcitos de modesto destino daban a días iguales. La perdida corneta del manisero exploraba el anochecer. Hacia el confín con Balvanera, abundaban los caserones con recta sucesión de patios... esquinas de agresión y soledad, hombres furtivos que se llaman silbando y que se dispersan de golpe en la noche lateral de los callejones.

El músico interpreta una milonga.

Me acuerdo. Fue en Balvanera
En una noche lejana
Que alguien dejó caer el nombre
De un tal Jacinto Chiclana.

Algo se dijo también
De una esquina y de un cuchillo;
Los años nos dejan ver
El entrevero y el brillo.

Quién sabe por qué razón
Me anda buscando ese nombre;
Me gustaría saber
Cómo habrá sido aquel hombre.

Alto lo veo y cabal
Con el alma comedida,
Capaz de no alzar la voz
Y de jugarse la vida.

No veo los rasgos. Veo
Bajo el farol amarillo,
El choque de hombres o sombras
Y esa víbora, el cuchillo.

Acaso en aquel momento
En que le entraba la herida,
Pensó que a un varón le cuadra
No demorar la partida.

Siempre el coraje es mejor,
La esperanza nunca es vana;
Vaya pues esta milonga
Para Jacinto Chiclana.

Borges escarba en la arena y descubre un puñal. Lo levanta.

Un puñal. Fue forjado en Toledo a fines del siglo pasado. Quienes lo ven tienen que jugar un rato con él; se advierte que hace mucho que lo buscaban; la mano se apresura a apretar la empuñadura que la espera; la hoja obediente y poderosa juega con precisión en la vaina. Otra cosa quiere el puñal.

Es más que una estructura hecha de metales; los hombres lo pensaron y lo formaron para un fin muy preciso; es, de algún modo, eterno, el puñal que anoche mató a un hombre en Tacuarembó y los puñales que mataron a César. Quiere matar, quiere derramar brusca sangre. En un cajón del escritorio, entre borradores y cartas, interminablemente

sueña el puñal su sencillo sueño de tigre, y la mano se anima cuando lo rige porque el metal se anima, el metal que presiente en cada contacto al homicida para quien lo crearon los hombres.

A veces me da lástima. Tanta dureza, tanta fe, tan impasible o inocente soberbia, y los años pasan, inútiles.

Borges deja el puñal en la arena y lo sepulta.

Era Juan Muraña un carrero y cuchillero en el que convergen todos los cuentos de coraje que andan por las orillas del Norte. Un hombre de los Corrales o de Barracas, sabedor de la fama de Juan Muraña (a quien no había visto nunca) viene a pelearlo desde su suburbio del Sur; lo provoca en un almacén, los dos salen a pelear a la calle; Muraña, al fin, lo marca y le dice: “Te dejo con vida para que volvás a buscarme”.

¡Cómo me hubiese gustado conocer a ese guapo, Juan Muraña! Me contaron que una vez salía Muraña de la cárcel con otro guapo apodado El Chileno. Habían estado un año presos. Iban a emborracharse juntos. Imprevistamente El Chileno se detuvo y le dijo a Muraña: “¿Adónde querés que te corte, Juan?”. Pero Muraña lo madrugó: “Aquí, Chileno” le dijo al tiempo que le hacía un tajo en la cara. Luego los dos, El Chileno con la cara sangrando, se abrazaron y fueron a emborracharse juntos.

El músico interpreta en su guitarra los acordes de un antiguo tango.

¿Dónde estarán? Pregunta la elegía
De quienes ya no son, como si hubiera
Una región en que el Ayer pudiera
Ser el Hoy, el Aún o el Todavía.

¿Dónde estará (repito) el malevaje
Que fundó en polvorientos callejones
De tierra o en perdidas poblaciones
La secta del cuchillo y del coraje?

¿Dónde estarán aquellos que pasaron,
Dejando a la epopeya un episodio,
Una fábula al tiempo, y que sin odio,
Lucro o pasión de amor se acuchillaron?

Una mitología de puñales
Lentamente se anula en el olvido;
Una canción de gesta se ha perdido
En sórdidas noticias policiales.

Hay otra brasa, otra candente rosa
De la ceniza que los guarda enteros;

Ahí están los soberbios cuchilleros
Y el peso de la daga silenciosa.
Aunque la daga hostil o esa otra daga,
El tiempo, los perdieron en el fango,
Hoy, más allá del tiempo y de la aciaga
Muerte, esos muertos viven en el tango.

En la música están, en el cordaje
De la terca guitarra trabajosa,
Que trama en la milonga venturosa
La fiesta y la inocencia del coraje.

Gira en el hueco la amarilla rueda
De caballos y leones, y oigo el eco
De esos tangos de Arolas y de Greco
Que yo he visto bailar en la vereda,

En un instante que hoy emerge aislado
Sin antes ni después, contra el olvido,
Y que tiene el sabor de lo perdido,
De lo perdido y lo recuperado.

En los acordes hay antiguas cosas:
El otro patio y la entrevista parra.
(Detrás de las paredes recelosas
el Sur guarda un puñal y una guitarra).

Esa ráfaga, el tango, esa diablura
Los atareados años desafía;
Hecho de polvo y tiempo, el hombre dura
Menos que la liviana melodía,

Que sólo es tiempo. El tango crea un turbio
Pasado ideal que de algún modo es cierto,
El recuerdo imposible de haber muerto
Peleando, en una esquina del suburbio.

Borges se coloca detrás del sillón.

Bueno... en realidad a mí me molesta un poco cuando el tango
pasa de la provocación y del coraje a una forma sentimental y
quejumbrosa. La milonga no. La milonga es un infinito saludo que
narra, sin apuro, duelos y cosas de sangre, muertes y provocaciones,
nunca gritona, entre conversadora y tranquila.

Recuerdo una vez que, con unos amigos, caminábamos de noche
por los suburbios. Yo, distraído en la conversación, golpeaba mi bastón
en una pared de chapas, que resonaba fuertemente. Cerca andaban

tres malevos que se creyeron provocados y mientras avanzaban hacia nosotros gritaban insultos, amenazas y obscenidades. A mí me pareció mal y les empecé a responder: “No te oigo Lola”, “Habla más fuerte Rosita”, “¿Qué decís Pelagia?” y cosas por el estilo. Locos de rabia los malevos empezaron a correr hacia nosotros. Mis amigos, que no cultivaban precisamente el culto al coraje, me levantaron en vilo y salieron a las disparadas. Sólo respiraron cuando llegaron al otro lado de la vía, lejos del dominio del malevaje.

Decía un amigo que la nostalgia es, quizás, la posesión más íntima de la inmediatez. Poseemos lo que perdemos, ése es el encanto del pasado. El presente carece de encanto. Creo que el encanto es una de las formas más bellas de lo perdido.

El hermoso universo me fue abandonando como un lento crepúsculo de verano. Una terca neblina me borró las líneas de la mano, la noche se despobló de estrellas, la tierra era insegura bajo mis pies. Todo se alejaba y se confundía. Cuando supe que me estaba quedando ciego, grité. Ya no veré ni el cielo lleno de pavor mitológico ni esta cara que los años transformarán. Días y noches pasaron sobre esa desesperación de mi carne, pero una mañana me desperté, miré las borrosas cosas que me rodeaban e inexplicablemente sentí, como quien reconoce una música o una voz, que ya me había ocurrido todo eso y que lo había encarado con temor, pero también con júbilo, esperanza y curiosidad.

Borges se sienta.

En mi familia la ceguera es hereditaria. He sufrido ocho operaciones a los ojos, la primera en 1927, pero desde fines de los años cincuenta, en cuanto a la lectura y a la escritura, soy ciego. Desde mi infancia la vista fue empeorando hasta que se extinguió del todo. Pero nada fue particularmente patético o dramático.

Mi madre persistía en la esperanza que yo recuperara la vista, pero yo no le daba tregua. Siempre le contestaba que estaba irremediablemente ciego. ¡Qué me hubiera costado decirle que estaba viendo un poco más! Ni cuando ella se moría le concedí la dicha de esa dulce mentira. Aunque ya es tarde he aprendido que mucho más importante que las muertes heroicas son las vidas heroicas. Ser menos impiadoso con mi madre hubiera sido heroico para mí. Tal vez todo lo que le ocurre a un hombre es un instrumento, todo nos ha sido dado para un fin y esto un artista lo debe sentir con más intensidad. Las desventuras, incluso las humillaciones, son arcilla para modelar nuestro arte. La poesía, por ejemplo, es algo tan íntimo, tan especial, que no puede ser definida sin diluirse. Es que el material de la poesía es la emoción.

La poesía es algo que uno siente físicamente.

En cierta calle hay cierta firme puerta
Con su timbre y su número preciso
Y un sabor a perdido paraíso,
Que en los atardeceres no está abierta
A mi paso. Cumplida la jornada,
Una esperada voz me esperaría
En la disgregación de cada día
Y en la paz de la noche enamorada.
Esas cosas no son. Otra es mi suerte:
Las vagas horas, la memoria impura,
El abuso de la literatura
Y en el confín la no gustada muerte.
Sólo esa piedra quiero. Sólo pido
Las dos abstractas fechas y el olvido.

Sería magnífico que la belleza fuera una enfermedad contagiosa y que la gente, cada tanto, se enfermara de belleza. Todos andaríamos perdidos, extraviados, como enamorados, porque la belleza, como el amor, nos acecha en todas partes. Yo mismo he vivido enamorado, aunque a veces pienso que uno no se enamora de alguien sino de cómo uno piensa que es ese alguien. Y la mayoría de las veces es diametralmente opuesto a como se lo imaginó. Pero, en fin...

¿Con qué te puedo retener?
Te ofrezco pobres calles, desesperados crepúsculos,
La luna de los desarrapados suburbios.
Te ofrezco la amargura de un hombre
Que ha mirado largamente la luna solitaria.
Te ofrezco lo que pueda haber en mis libros,
Lo que pueda haber de hombría y de humor en mi vida.
Te ofrezco la lealtad de un hombre que nunca
Ha sido leal.
Te ofrezco el recuerdo de una rosa amarilla
Vista en el crepúsculo años antes de que nacieras.
Te ofrezco explicaciones acerca de ti misma,
Teorías sobre ti misma, auténticas y sorprendentes
Novedades de ti misma.
Te puedo dar mi soledad, mis tinieblas,
El hambre de mi corazón.
Estoy tratando de sobornarte con la incertidumbre,
Con el peligro, con la derrota.

Alguien me reprochó el hecho que yo he dedicado el mismo poema a distintas mujeres. No se trató de inconstancia sino de indignancia literaria. A veces he tenido que dirigirle un poema a una dama y puesto que lo tenía a mano, lo empleaba muchas veces. Se trataba de carencia de invención o de haraganería. O tal vez yo estuviera demasiado enamorado como para escribir.

Es el amor. Tendré que ocultarme o que huir.
Crecen los muros de su cárcel, como en un sueño atroz. La hermosa máscara ha cambiado, pero como siempre es la única. ¿De qué me servirán mis talismanes, el ejercicio de las letras, la vaga erudición, la serena amistad, las cosas comunes, los hábitos, el joven amor de mi madre, la sombra militar de mis muertos, la noche intemporal, el sabor del sueño?

Estar contigo o no estar contigo es la medida de mi tiempo.

Es, ya lo sé, el amor: con su ansiedad y el alivio de oír tu voz, la espera y la memoria.

Es el amor con sus mitologías, con sus pequeñas magias inútiles.

Hay una esquina por la que no me atrevo a pasar.

(Esta habitación es irreal; ella no la ha visto).

El nombre de una mujer me delata.

Me duele una mujer en todo el cuerpo.

¡Cuántas noches he conversado con la terrible inmortalidad, solo, mientras las campanas confundían el paso de las horas! Funes, el memorioso, el desdichado Funes, incapaz de olvidar, de espaldas, en las sombras, se figuraba cada grieta y cada moldura de las casas preciosas que lo rodeaban. No poder dormir es lo mismo que no poder olvidar. Funes, el memorioso, es una larga metáfora de mi insomnio.

Toscas nubes color borra de vino infamarán el cielo;

Amanecerá en mis párpados apretados.

Lo sorprendente es que mi insomnio se atenuó después de escribir ese cuento sobre Funes. Habrá sido una especie de exorcismo. A veces hace bien sacarse de adentro lo que nos molesta, incluso a través del humor: una vez, uno en Pehuajó, me tenía molesto, me incomodaba. Entonces le pregunté si conocía la famosa estrofa de Pehuajó y se la recité inventándola completamente:

En el medio de la plaza

Del pueblo de Pehuajó,

Hay un letrero que dice

La puta que te parió.

Y el tipo me respondió: “Sí, Borges, ya la conocía...”.

A veces puede ser uno más directo, como aquella vez que le dije a un fotógrafo de una revista de dudosa calidad: “Señor, hágame el favor de beneficiarme con su ausencia”. Otras veces, no. Uno no puede decir siempre lo que tiene ganas. Por ejemplo, cuando estaba con señoras y tenía deseos de ir al baño, solía disculparme diciendo: “Permiso, voy a darle la mano a Monseñor” y me retiraba. Un día una señora se alborotó ante estas palabras y preguntó adonde estaba el Monseñor que ella también quería saludarlo. Cuando le dijeron que ya se había marchado, apenada y dulcemente, me recriminó: “A los Monseñores no se les da la mano, se les besa el anillo, George”.

Borges ríe.

En casa teníamos un gran armario de tres puertas estilo hamburgés. Eran armarios comunes en las casas argentinas en aquellos tiempos. Yo me metía en la cama y me veía triplicado en los espejos de las puertas del armario. Sentía el temor de que aquellas imágenes no me correspondieran exactamente y pensaba cuán terrible sería verme dividido en cada uno de ellos.

Borges se levanta.

Una de mis plegarias más insistentes era la de no soñar espejos.

Escarbando bajo la arena, descubre un espejo.

Hoy, al cabo de tantos y perplejos
Años de errar bajo la varía luna,
Me pregunto qué azar de la fortuna
Hizo que yo temiera los espejos.

Infinitos los veo, elementales
Ejecutores de un antiguo pacto,
Multiplicar el mundo como el acto
Generativo, insomnes y fatales.

Prolongan este vano mundo incierto
En su vertiginosa telaraña;

Dios ha creado las noches que se arman
De sueños y las formas del espejo
Para que el hombre sienta que es reflejo
Y vanidad. Por eso nos alarman.

Borges arroja puñados de arena sobre la superficie del espejo.

Hacia 1927 conocí a una chica sombría; primero por teléfono, después en una esquina, al atardecer. Tenía los ojos alarmandamente

grandes, el pelo renegrido y lacio, el cuerpo estricto.
De tarde salíamos a caminar por su barrio. Entre nosotros no hubo amor ni ficción de amor; yo adivinaba en ella una intensidad que era del todo extraña a la erótica, y la temía. Es común referir a las mujeres, para intimar con ellas, rasgos verdaderos o apócrifos del pasado pueril; yo debí contarle una vez sobre los espejos. Ahora acabo de saber que ha enloquecido y que en su dormitorio los espejos están velados pues en ellos ve mi reflejo, usurpando el suyo, y tiembla y calla y dice que yo la persigo mágicamente.

En vano quiero distraerme del cuerpo
Y del desvelo de un espejo incesante
Que lo prodiga y que lo acecha...

Repite en voz baja lo último que ha dicho.

Chuang Tzu soñó que era una mariposa y cuando se despertó no sabía si era un hombre que había soñado ser una mariposa o una mariposa que soñaba ser un hombre.

Los sueños... los espejos... que prolongan este vano mundo incierto es su vertiginosa telaraña... los laberintos...
Yo descubrí los laberintos en el grabado de un libro, cuando era niño. Parecía un anfiteatro y tenía grietas. Era muy miope, pero pensaba que con la ayuda de una lupa podría ver al Minotauro adentro. El laberinto es el símbolo de la perplejidad, de estar perdido en la vida. Todos, alguna vez, nos hemos sentido perdidos, perdidos en el tiempo.

No habrá nunca una puerta. Estás adentro
Y el alcázar abarca el universo
Y no tiene anverso ni reverso
Ni externo muro ni secreto centro.
No esperes que el rigor de tu camino
Que tercamente se bifurca en otro,
Que tercamente se bifurca en otro,
Tendrá fin. Es de hierro tu destino
Como un juez. No aguardes la embestida
Del toro que es un hombre y cuya extraña forma plural
Da horror a la maraña de interminable piedra entretejida.
No existe. Nada esperes. Ni siquiera
En el negro crepúsculo, la fiera.

Un laberinto tiene un centro, ese centro es el Minotauro. Pero no sabemos si el Universo tiene un centro, tal vez no lo tenga. Quizás el mundo sea simplemente un caos y en ese caos estamos perdidos.

Hay un pasaje de Stevenson donde él dice que no sabemos para qué fin ha sido destinado el hombre, pero que ciertamente no lo es para el éxito. T. E. Lawrence pone en boca de uno de sus personajes: “La victoria es una limosna de Dios y un hombre orgulloso no tiene por qué aceptarla. Lo único digno es luchar contra Dios que es omnipotente”.

Milton piensa igual: desafiar a Dios es lo único digno, precisamente porque es omnipotente y, de antemano, sabemos que seremos derrotados.

Yo soy el que Es, el que Fue y el que Será,
Vuelvo a condescender al lenguaje
Que es tiempo sucesivo y emblema.
Quien juega con un niño juega con algo
Cercano y misterioso;
Yo quise jugar con Mis hijos.
Estuve entre ellos con asombro y ternura.
Por obra de una magia
Nací curiosamente de un vientre.
Viví hechizado, encarcelado en un cuerpo
Y en la humildad de un alma.
Conocí la memoria,
Esa moneda que no es nunca la misma.
Conocí la esperanza y el temor
Esos dos rostros del incierto futuro.
Conocí la vigilia, el sueño, los sueños
La ignorancia, la carne,
Los torpes laberintos de la razón,
La amistad de los hombres,
La misteriosa devoción de los perros.
Fui amado, comprendido, alabado y pendí de una cruz.
Bebí la copa hasta las heces.
Ví por Mis ojos lo que nunca había visto:
La noche y sus estrellas.
Conocí lo pulido, lo arenoso, lo áspero,
El sabor de la miel y de la manzana,
El agua en la garganta de la sed,
El peso de un metal en la palma,
La voz humana, el rumor de unos pasos sobre la hierba,
El olor de la lluvia en Galilea,
El alto grito de los pájaros.
Conocí también la amargura.
He encomendado esta escritura a un hombre cualquiera;
No será nunca lo que quiero decir,
No dejaré de ser su reflejo.

Desde Mi eternidad caen estos signos.
Que otro, no el que es ahora su amanuense, escriba el poema.
Mañana seré un tigre entre los tigres
Y predicaré Mi ley a su selva,
O un gran árbol en Asia.
A veces pienso con nostalgia
En el olor de esa carpintería.

Borges se sienta.

Dios es el inasible centro de la sortija.
No exalta ni condena. Hace algo más: olvida.

Después de la caída de Perón fui designado director de la Biblioteca Nacional. Ya estaba prácticamente ciego.
Sutilísima la ironía de Dios que me dio, al mismo tiempo, 800.000 libros y la oscuridad.

Borges descubre, bajo la arena, un libro.

Nadie rebaje a lágrima o reproche
Esta declaración de la maestría
de Dios, que con magnífica ironía
me dio a la vez los libros y la noche.

Arrojándole lentamente arena encima, va tapando el libro.

Tengo confianza en que no exista otra vida y no me gustaría que la hubiera.
Yo quiero morir totalmente, quiero morir del todo, quiero morir
con este compañero, mi cuerpo. Somos el olvido que seremos.

Un joven jardinero persa le dice a su Príncipe: “¡Sálvame! He encontrado a la Muerte esta mañana. Me ha hecho un gesto de amenaza. Esta noche quisiera escapar a Isfahan”. El Príncipe le presta sus caballos y el jardinero parte. A la tarde el Príncipe encuentra a la Muerte y le pregunta: “¿Por qué esta mañana le has hecho un gesto de amenaza a mi jardinero?”. “No era una amenaza”, dijo la Muerte, sólo un gesto de sorpresa, porque lo veía lejos de Isfahan y es en Isfahan en donde lo tengo que buscar esta noche”.

Toscas nubes color borra de vino infamarán el cielo
Amanecerá en mis párpados apretados.

Llego a mi centro,
A mi álgebra y mi clave,
Es mi espejo.
Pronto sabré quién soy.

Sentí un profundo malestar. Cerré los ojos, los abrí. Entonces vi el Aleph, el punto que contiene todos los puntos del Universo. ¿Cómo

transmitir a los otros el infinito Aleph, que mi temerosa memoria apenas abarca? Lo que vieron mis ojos fue simultáneo; en la parte inferior de uno de los escalones, hacia la derecha, vi una pequeña esfera tornasolada. Al principio giratoria, luego comprendí que ese movimiento era una ilusión producida por los vertiginosos espectáculos que encerraba. El diámetro del Aleph sería de dos o tres centímetros, pero el espacio cósmico estaba allí, sin disminución de tamaño. Cada cosa eran infinitas cosas, porque yo claramente las veía desde todos los puntos del Universo. Vi el populoso mar, vi el alba y la tarde, vi las muchedumbres de América, vi una plateada telaraña en el centro de una negra pirámide, vi un laberinto roto (era Londres), vi interminables ojos inmediatos escrutándose en mí, como un espejo, vi todos los espejos del planeta y ninguno me reflejó, vi racimos, vi nieve, vi tabaco, vetas de metal, vapor de agua, vi convexos desiertos ecuatoriales y en cada uno de ellos, sus granos de arena, vi a una mujer que no olvidaré, vi la violenta cabellera, el altivo cuerpo, vi un cáncer de pecho, vi la noche y el día contemporáneos, vi un poniente en Quétaro que parecía reflejar el color de una rosa de bengala, vi mi dormitorio sin nadie, vi la delicada osatura de una mano, vi a los sobrevivientes de una batalla, vi tigres, bisontes, marejadas y ejércitos, vi todas las hormigas que hay en la Tierra, vi un astrolabio persa, vi la circulación de mi oscura sangre, vi el engranaje del amor y la modificación de la muerte, vi el Aleph desde todos los puntos, vi en el Aleph la Tierra y en la Tierra otra vez el Aleph y en el Aleph, la Tierra; vi mi cara y mis vísceras, vi tu cara, y sentí vértigo y lloré porque mis ojos habían visto ese objeto secreto y conjetural cuyo nombre usurpan los hombres pero que ningún hombre ha mirado: el inconcebible Universo. Sentí infinita veneración, infinita lástima.

Un hombre es, en cada momento de su vida, todo lo que ha sido y todo lo que será. Quizás en un día del hombre estén todos los días del tiempo. El tiempo... el tiempo... Ese vértigo insondable...

Ya no seré feliz. Tal vez no importa...
(no sé cuál de los dos dice estas palabras)

Tal vez no importa.

Hay tantas otras cosas bellas en el mundo;

Un instante cualquiera es más profundo

Y diverso que el mar. La vida es corta

Y aunque las horas son tan largas, una

Oscura maravilla nos acecha,

La muerte, ese otro mar...

Borges se levanta y vuelve, con su bastón, al lugar del círculo de arena en el que comenzó su interpretación.

El rey árabe amarró al rey de Babilonia y lo llevó al desierto... “En este laberinto no hay escaleras, ni puertas, ni galerías, ni muros que te veden el paso...”

Toscas nubes color borra de vino infamarán el cielo,
Amanecerá en mis párpados apretados.

Vuelve a dibujar con su bastón en la arena.

Un hombre se propone la tarea de dibujar el mundo. A lo largo de los años puebla un espacio con imágenes de provincias, de reinos, de montañas, de bahías, de naves, de islas, de peces, de habitaciones, de instrumentos, de astros, de caballos y de personas. Poco antes de morir descubre que ese paciente laberinto de líneas traza la imagen de su cara.

La luz, lentamente, lo diluye y con ello llega el FINAL

El capitán y Moby Dick

> el capitán y Moby Dick

Se estrenó el 4 de febrero de 1992 en el teatro Nuovo de la ciudad de Como, Italia.

PERSONAJES

HOMBRE

JOVEN

INTERIOR DE UNA PIEZA REPLETA DE LIBROS. UNA MESA. DOS SILLAS. UN HOMBRE QUE LEE UN LIBRO.

HOMBRE: “Quiero que me hagas un arpón. Uno que no puedan partir mil yuntas de demonios. Algo que se le pegue como su propio hueso a la aleta. Éste es el material. Mira herrero: aquí he reunido pedazos de clavos de las herraduras de acero de caballos de carrera. Estos trozos se soldarán como cola sacada de huesos fundidos de criminales. ¡Vamos, fórjame el arpón, pero antes fórjame primero las varillas, para las puntas...!”

Se alza, busca por la pieza. Encuentra dos escobillones viejos. Les saca los cepillos y los transforma en los arpones. Ahora se dirige a un personaje imaginario.

La madera, para las varillas de los arpones. ¿Cómo para qué? Te lo dije, para los arpones. Lo primero que hay que verificar es que la madera sea la adecuada. Tiene que ser dura, elástica y sin nudos. Dicen que el pino rojo del Canadá es la mejor. Para el soporte de las puntas es necesario hierro dulce, que se pueda trabajar: clavos de herraduras de caballos de carrera, nada mejor. Y para la punta, acero, el de navajas, insuperable. ¡Ey! ¿Me estás escuchando? Te estoy enseñando cómo se construye un arpón. ¿Cómo, no te interesa? Sí, es verdad que no te interesa. Sos un ignorante. Deberías hojear algunos libros cada tanto. Sos afortunado que por aquí no pasa nunca nadie, si no yo ni te hablaría. ¡Ignorante! *(Se sienta y habla en voz alta para hacerse escuchar)*. No es cosa de poco construir un arpón. Es necesario saberlo hacer. No es fácil trabajar con materiales diferentes. *(Se acerca de nuevo a la mesa para “acercarse” al personaje imaginario)* ¿Sabés? La punta es la parte más importante. Va incrustada en la madera y después va atada. Es necesario hilo de cáñamo bañado en agua y cola. Se lo envuelve alrededor, para fijar las dos partes juntas y una vez seco queda duro como madera. Y así está listo el arpón para ser lanzado. Pero es necesario un blanco. *(Coloca la mesa parada sobre dos patas de manera tal que se convierta en centro)*. Aquí está. Ahora

hay que ponerse en posición de lanzamiento. Pies bien plantados en tierra, arpón bien balanceado en la mano, hombro que se desliza hacia atrás y... (*Lanza el arpón contra la mesa*). ¿Has visto cómo se hace? Pero hay también otras formas, los marineros ingleses lo hacen así. (*Lo hace*). Los chinos así. (*Lo hace*). Los españoles así. (*Lo hace. Juega y prueba diferentes formas de lanzar el arpón*). Los indios lo hacen así. (*Hace el sonido de un indio*).

Se escucha el ruido de la puerta que golpean del exterior.

(*Se dirige al amigo imaginario creyendo que es él*) ¿Qué quieres? No me molestes. ¿No ves que estoy probando los arpones?

Golpean de nuevo.

VOZ: ¿Hay alguien aquí? ¡Abran por favor! Estoy mojada. ¡Eh! ¿Hay alguien en casa?

El Hombre se da cuenta de que es un visitante. Recoge los "arpones", se acerca a la puerta, abre con la llave y se esconde rápidamente detrás de la mesa. La muchacha entra.

JOVEN: Permiso. ¿Hay alguien?

El Hombre, con el objetivo de jugar con la visitante, lanza hacia un costado el cepillo del escobillón.

(*Asustada.*) ¿Quién es? ¿Hay alguien allí?

El Hombre lanza el otro cepillo.

Pero ¿quién es?

El Hombre salta de atrás de la mesa gritando como si fuera un indio y encierra a la joven entre el "arpón" y la mesa.

¡Ayuda, ayuda!

HOMBRE: (*Observando que ella se ha asustado*) Pruebe ud. ahora. (*Le ofrece el bastón*).

JOVEN: No, yo... yo quiero irme.

HOMBRE: (*Dejando caer el arpón*) ¿Se ha asustado? Era sólo una broma. ¿Sabe? Por aquí jamás pasa nadie y entonces...

JOVEN: Yo quería sólo refugiarme de la lluvia. Afuera llueve a mares y ésta es la única casa que encontré...

HOMBRE: ¡Por favor! Deme sus cosas. No tenga miedo. Las ponemos aquí a secar.

JOVEN: (*Con desconfianza aún*) Gracias..., pero puedo seguir mi camino...

HOMBRE: ¿Quiere algo caliente para tomar y algo para comer?

JOVEN: Sí, si... si no es molestia.

El Hombre se dirige hacia atrás a tomar lo necesario.

HOMBRE: ¿Está de viaje?

JOVEN: Sí. Son dos días que camino. Vengo de la montaña y todavía me falta mucho. Voy lejos. Descenderé hacia el valle, como hacen los ríos que se juntan primero y luego llegan unidos al mar. Yo quiero llegar al mar.

HOMBRE: ¡Ah, entiendo, el mar! Coma, coma estos bizcochos. Los hice yo. Tengo una receta vieja.

JOVEN: Son buenos. También mi abuelo sabe hacer bizcochos. Ahora él se ha quedado en la casa solo. Estaba un poco triste, cuando me fui. Yo estaba bien con él, pero...

HOMBRE: ¿Y entonces por qué se fue?

JOVEN: Fue... no sé... como un impulso. ¿Ha visto como cuando un vestido queda estrecho? Y uno siente que tiene que salir. Así fue. Entonces tomé mis pocas cosas, saludé al abuelo y me fui. Él ya está viejo. No sé si lo volveré a ver, pero yo quería aventurarme hacia el mar. ¿Usted conoce el mar?

HOMBRE: (*Como de memoria*) Es el complejo de aguas saladas que rodean los continentes y las islas...

JOVEN: ¿Y cómo es el mar cuando se mueve?

HOMBRE: Bueno... hay mar calmo cuando las olas son regulares. Hay mar muerto cuando no hay viento. Hay mar agitado cuando las crestas de las olas son espumosas...

JOVEN: (*Ansiosa*) Pero los peces. ¿De cuántas formas hay, de cuántos tipos, qué costumbres tienen?

HOMBRE: Sí, hay tantísimos peces. Podemos nombrar al pez espada, el pez ángel, el pez martillo, el pez bandera, el pez...

JOVEN: ¡Tantos, tantos! ¿Y el fondo del mar, cómo es el fondo del mar?

HOMBRE: Podemos nombrar el fondo arenoso, o helado, o rocoso, o coralino...

JOVEN: ¿Y el punto más profundo del mar, dónde es el punto más hondo?

HOMBRE: La profundidad media es de 4.000 metros, 4 kilómetros...

JOVEN: Sí, pero el punto más profundo, ¿dónde es?

HOMBRE: En el océano Pacífico. La fosa de las Marianas, que tiene 10.869 metros, casi 11 kilómetros de profundidad.

JOVEN: ¿11 kilómetros? La fosa de las Marianas. Es allí donde estuve. Abajo había oscuridad. Pero afuera se encendía un gran sol y un rayo entraba dentro del mar. Bajaba hacia el fondo y aquella oscuridad inmensa se transformaba cada vez en más luminosa. Yo bajaba y mientras el agua se abría y se cerraba delante de mí, los peces me giraban alrededor y escapaban. No podía alcanzarlos. Jugaban

conmigo. Bajaba y bajaba y todo era antiguo. El agua me envolvía y apretaba cada vez más. Había grutas y algas que bailaban. El fondo era de arena. Una arena finísima. Blanca. Volaba en el agua. Y las dunas, blanquísimas, también se movían. Sentía latir el corazón del mar. Mil ojos me miraban y un respiro profundo me llamaba, me llamaba... ¿Qué era?... Entonces no pude resistir y cuando el sueño terminó...

HOMBRE: Ah... era un sueño.

JOVEN: Sí, claro, era un sueño. Cuando me desperté me decidí. Tomé mis cosas y partí. Así fue. (*Mira hacia fuera*). Hum, tal vez ya no llueve más y...

HOMBRE: Espere, espere. Sus vestidos están todavía mojados. El cielo está inflado de nubes negras... seguro que llegará una de esas tormentas terribles...

JOVEN: No importa, me mojaré de nuevo.

HOMBRE: Espere. Tengo una cosa para usted. (*Va a buscar algo con prisa*). ¡Espere, espere! (*Vuelve con una chaqueta de marinero*).

JOVEN: ¿Qué es? ¡Una chaqueta!

HOMBRE: Una chaqueta de marinero. La encontré en un baúl, en el desván. ¿Por qué no se la prueba a ver si es de su medida? Pero... Usted está toda mojada. Por favor, se enfermará. Sáquese eso y póngase la chaqueta. Hágalo allí detrás. (*Indica la mesa que está parada y sirve como biombo*).

Ella va detrás de la mesa. Él aprovecha para tomar apresuradamente un libro escondido. Ella habla desde atrás mientras se coloca la chaqueta.

JOVEN: Pero... ¿de quién es esta chaqueta?

HOMBRE: No sé. Tal vez de algún pariente.

JOVEN: ¿Había marineros en su familia?

HOMBRE: (*Se aproxima del otro lado de la mesa y empieza a narrar*). Había un joven llamado Ismael que tenía poco dinero en los bolsillos y nada que le interesara en tierra firme. Entonces decidió lanzarse a navegar, quería ver la parte acuosa del mundo. Decía que era una manera de alejar la melancolía.

JOVEN: (*De atrás*). Sí, es así.

HOMBRE: Cada vez que en el alma le descendía como un noviembre húmedo y lluvioso, le venía el deseo de llegar al mar lo más rápido posible.

JOVEN: A mí me pasó lo mismo.

HOMBRE: Entonces tomó una vieja bolsa de viaje. (*Le da la bolsa que ella trajo y que estaba colgada secándose sobre una punta de la mesa*). Metió dentro una camisa y otras cosas. (*Le da el abrigo*).

- JOVEN: El abrigo. *(Ya tiene puesta la chaqueta de marinero, coloca el abrigo sobre el brazo).*
- HOMBRE: Se lo enfiló bajo el brazo y partió.
- JOVEN: ¿Y a dónde fue?
- HOMBRE: Se fue para el Cabo Horn, en el Pacífico, pero... delante de él apareció, imprevistamente, un banco de niebla, como un gran fantasma encapuchado parecido a una gran montaña de nieve...
- JOVEN: Un fantasma...
- HOMBRE: Era como un huracán, un abismo terrible que le impedía caminar...
- JOVEN: Pero seguro que él quería continuar el viaje. Tenía que llegar al mar. No podía quedarse encerrado, quería salir, escapar seguramente.
- El Hombre, mientras cuenta, ha tomado la mesa y la transformará, primero en lo que se opone a que avance y luego, cuando la joven quiera sortear el paso y se suba a la parte de atrás de la mesa, en el mar encrespado.*
- HOMBRE: ¡Marinero! *(Mueve la mesa).* ¡Qué es todo este desorden! ¿Te quieres embarcar? ¡Atento! ¡Quién se arriesga entre los escollos en el mar, allá donde el agua muestra y esconde todos sus esplendores, en las cavidades de las rocas no visitadas, en las cavernas desconocidas, donde abunda la vegetación y las ostras inmensas, bajo los portales del océano, corre peligro! No es conveniente aventurarse en un viaje similar, no hay que ser curioso. ¡Mejor es huir! Se entra obligado y se sale pleno de terror...
- JOVEN: Yo no tengo terror del mar. Voy al mar y se acabó.
- HOMBRE: Bien. *(Deja caer la mesa. Toma los "arpones" y le arroja uno)* ¡Tomál! ¿Sabés qué es eso?
- JOVEN: Un palo... de escoba...
- HOMBRE: Es un arpón. Un arma demencial. Para cazar las ballenas. Se lo usa así. *(Le hace ver arrojando el "arpón").* Ahora te toca a vos. ¡Dale! Haceme ver qué sabes hacer.
- JOVEN: Ajá. ¿Así?
- HOMBRE: Sí, dale, fuerza...
- La joven lanza el "arpón".*
- Bien. Prueba de nuevo.
- Ella lo hace.*
- ¡Bien! Enrolada. ¡Vamos, no hay tiempo para perder! ¡Oop, oop, oop! ¡¡ Se parte!!

Mueven la mesa y la ponen en posición normal. Se transformará en nave. El Hombre sube sobre la mesa y también quiere hacerlo ella.

¡No, no! ¡Vos tenés que estar abajo! ¡Es necesario cargar la nave con todo lo que sirve. ¿Vamos? ¡Ey! ¿Señor Starbuck, está seguro de que todo está en regla? ¡Vamos, dame aquello! ¡Aparten la *Pequod* de la dársena! ¡Vamos! ¡La silla! (*Coloca la silla sobre la mesa*). ¡Preparados con el ancla! ¡Los escobillones, agarra los escobillones! ¡Icen las velas, cuidado con romperse la espalda!

JOVEN: Esto es delicado. (*Carga una caja donde trae un instrumento musical*).

HOMBRE: ¡Ey, tú! Apúrate. El ancla está en su lugar, las velas desplegadas. ¡Fuerza! Vamos, salta, que no hay que perder tiempo.

La Joven ha entrado en la acción de cargar la nave, los dos cepillos de los escobillones, una silla y su caja, la bolsa y el abrigo. También dos vasos en los cuales habían tomado algo caliente antes. Están sobre la mesa y se balancean como mecidos por el mar.

JOVEN: Se mueve.

HOMBRE: ¿Lo sientes? Es él que nos lleva... Sí, pero los marineros en las balleneras siempre están haciendo algo, no es que están mirando cómo se mueve el mar. Toma esto y a trabajar. Lava la cubierta. (*Le da un cepillo*).

JOVEN: ¿Adónde van las balleneras? (*Mientras hace la acción*).

HOMBRE: En alta mar. A cazar ballenas. Huele acá. (*Le hace oler el cepillo con el que él limpiaba*). ¿Ves? Huele a sal.

JOVEN: Huele a mar.

HOMBRE: Sí. El mar ha entrado aquí dentro, superando la cubierta.

JOVEN: (*Oliendo*) Se siente en todas partes. Debe haber entrado mucha agua. Pero... ¿por qué cazan las ballenas?

HOMBRE: Porque de las ballenas se saca el aceite para las lámparas y tantas otras cosas. Mataremos ballenas y llenaremos la estiba de barriles de aceite.

JOVEN: Será necesario mucho tiempo para eso.

HOMBRE: Las balleneras suelen estar años en el mar. Hasta que la estiba está repleta. Por lo menos dos años.

JOVEN: ¿Dos años? ¿Y el capitán de la nave? ¿Dónde está el capitán de la nave?

HOMBRE: (*Para ganar tiempo*) ¿Vos sabés reconocer aquella línea que divide el mar del cielo? Cada marinero debe saberlo. ¡Dale! Sube sobre el árbol mayor, sujétate fuerte y afila el ojo. ¿Qué ves?

El Hombre ha vuelto al libro y mientras ella, subida sobre la silla que está sobre la mesa, trata de descubrir esa línea, él consulta el libro.

JOVEN: El mar... veo el mar.

HOMBRE: Mira más allá. Busca más lejos.

JOVEN: Veo la costa.

HOMBRE: No hacia el sur. Es al norte que tienes que mirar.

JOVEN: Las gaviotas, veo las gaviotas.

HOMBRE: (*Lee el libro "Moby Dick" en voz alta, murmurando*). "No parecía tener las señales de una enfermedad común, ni de convalecencia alguna. Tenía el aspecto de un hombre sacado de la hoguera cuando el fuego ha devastado todos los miembros, pero sin consumirle, o robarle una sola partícula de la compacta y vieja robustez... Toda su figura alta y grande parecía hecha de sólido bronce. La realidad superó las aprehensiones. El capitán Ahab estaba sobre el puente...".

JOVEN: (*Que se ha dado cuenta de que él está leyendo. Le pregunta*) ¿Quién es el capitán Ahab?

HOMBRE: (*Esconde el libro y arrima la otra silla a la mesa*). Es él quien comanda la ballenera. La *Pequod*.

JOVEN: ¿Y dónde está?

HOMBRE: Abajo. En su cabina, entre cartas de mar amarillas y viejos diarios de navegación. Estudia, anota las estaciones y los lugares en donde fueron capturados los cachalotes.

JOVEN: ¿Los cachalotes?

HOMBRE: Sí. Son las ballenas más peligrosas de cazar. Tienen un arma formidable en cada extremidad del cuerpo. Una de ellas, ha cortado de cuajo una pierna al capitán Ahab. La llaman Moby Dick.

JOVEN: ¿Moby Dick?

HOMBRE: Sí. Es una ballena blanca, una ballena asesina. Dicen que fue vista en el mismo instante en latitudes opuestas...

JOVEN: Pero eso no es posible.

HOMBRE: Dicen que su ferocidad no tiene igual. Son muchas las naves y las lanchas hundidas por ella y hasta los peces, cuando la ven, escapan golpeados de los más vivos terrores y frecuentemente se estrellan con violencia contra los escollos hasta morir instantáneamente.

JOVEN: Entonces es terrible...

HOMBRE: Su maldad es inteligente. Muchas veces en el acto de escapar, Moby Dick se volvió de improviso y cayendo encima de los cazadores destruyó las lanchas en pedazos.

JOVEN: ¿Y el capitán Ahab?

HOMBRE: Cada noche el capitán Ahab arrastra su única pierna. (*Golpea sobre la mesa como si fuera el ruido de la única pierna de Ahab*). Cada noche medita sobre los mapas de las rutas marinas y sueña con la

más terrible venganza. Duerme con los puños cerrados y se despierta con las uñas clavadas en la carne.

JOVEN: La busca a ella.

HOMBRE: Hacía días que la nave había salido de Nantucket y del capitán Ahab ni siquiera la sombra. Pero aquella mañana, gris y tétrica, cuando subieron los marineros a cubierta a la llamada de la guardia, se dieron cuenta de que el capitán Ahab estaba sobre el puente. (*Sube a la silla*). Su cara, de una palidez lívida, se abrió camino entre los cabellos grises. Una cicatriz le surcaba el rostro como un árbol golpeado por un rayo, todavía verde pero ya señado. Y del largo capote salía la pierna blanca sobre la que se apoyaba en parte.

JOVEN: Da miedo ese capitán.

HOMBRE: La pierna postiza estaba construida con el hueso de la mandíbula de una ballena. Aquella mañana Ahab metió la pierna de marfil en un agujero del puente, como lo hacía siempre para tener estabilidad, y comandó a Starbuck, el primer oficial, de llamar a todos a popa.

Ahora el Hombre hablará como Ahab.

¿Qué hacen, marineros, cuando avistan una ballena? ¡La señalamos! (*Se responde solo*). Bien. ¿Y qué cosa hacen después? ¡Bajamos las lanchas y la seguimos! ¿Y a qué canto reman, marineros? ¡Ballena muerta o lancha quebrada! (*Repite dos veces. El Hombre saca de su bolsillo un bizcocho, de los que había estado comiendo antes con la joven y lo muestra*). Miren... ésta, es una onza de oro española de 16 dólares. Cualquiera de ustedes que señale una ballena de cabeza blanca, de frente arrugada y mandíbula torcida, cualquiera de ustedes que señale a la ballena blanca que tiene tres agujeros en la aleta derecha de la cola, recibirá esta onza de oro como premio. (*Baja de la silla*). ¡Y ahora! ¡Una buena medida de ron! (*Saca los vasos y brinda con la Joven*). ¡Dale... bebe..! ¡Muerte a Moby Dick!

JOVEN: (*Responde no muy convencida*). Muerte a Moby Dick.

Beben.

Pero... ¿Todo el equipaje estaba de acuerdo con el capitán Ahab?

HOMBRE: Claro. Los marineros deben seguir hasta la muerte a su capitán.

JOVEN: Sí, pero los marineros se habían embarcado para llenar la bodega de barriles de aceite. No para vengar al capitán.

HOMBRE: Pero si la *Pequod* alcanzaba a cazar a Moby Dick se habría convertido en la ballenera más famosa del mundo.

JOVEN: ¿Vengarse de un animal que ha herido sólo por el más ciego instinto? ¡Es una locura! No se puede odiar a una criatura inconsciente. No, yo no sigo. ¡Ese Ahab es un loco!

HOMBRE: ¿Un loco? ¡Según vos, un hombre que se desafía a sí mismo y a su destino es un loco? Que va a encontrarse con algo que no conoce ¿es un loco?

JOVEN: Yo, en su lugar habría tenido miedo de lo que estaba haciendo... Este viaje no me convence. Además ya se me está haciendo tarde. Es hora de irme.

HOMBRE: *(La para con el cepillo que usa como si fuese una pistola)*. Ey... ¿Dónde crees que te vas? ¿Sabés cómo se llama esto? Amotinamiento, y es castigado con la pena de muerte. ¿Quieres terminar comida por los peces?

JOVEN: No. Yo me quiero ir.

HOMBRE: Si te amotinas ningún capitán te querrá sobre un barco. ¡Haz como quieras, peor para vos!

El Hombre comienza a limpiar la cubierta-mesa y canta. La Joven se acerca poco apoco a la salida. Ve el libro que el hombre ha consultado antes y trata de tomarlo para ver cómo sigue la historia. El Hombre se da cuenta y rápidamente se anticipa y lo toma él. Vuelve a la mesa.

JOVEN: ¿Quiénes eran los marineros de equipaje?

HOMBRE: ¿De qué equipaje?

JOVEN: Del equipaje de la nave, de la *Pequod*.

HOMBRE: *(Abre el libro)*. “¡Primer marinero de Nantacket: vamos, muchachos, no se hagan los sentimentales, que arruina el estómago. Tómense algo conmigo!”. *(Canta)*.

“¡¡¡Siempre alegres, muchachos, no les falte la piola, cuando el buen arponero herirá la ballena!!!”. *(Interesa a la muchacha y la hace cantar con él hasta la excitación)*.

JOVEN: ¿Y después, qué pasa después? ¡Dale, lee, lee!

HOMBRE: “Voz del oficial de turno”. *(Le hace ver el libro sin dárselo)*.

JOVEN: “¡Ocho toques! ¡Ey, el de proa, ocho toques!”. *(Canta)*. “Siempre alegres, muchachos...”.

HOMBRE: ¡Basta con el coro, “ocho toques”! ¡Ey! ¿Has sentido, compañero? Toca ocho toques de campana. Yo llamaré a la guardia, ¡para eso tengo la boca como un barril, la boca adecuada! ¡Atenta la guardia! ¡Ocho toques! ¡Allí abajo, ey, ustedes, vengan para arriba!

JOVEN: Escuchen, muchachos. ¿Qué piensan de un poco de música antes de entrar en la Bahía de las Cubiertas? ¡Saltemos un poco! ¡Preparen las piernas! *(Saca el instrumento de la caja y toca algo)*.

HOMBRE: ¡Golpeen sobre la panza, entonces! Y preparen las orejas. Bailen marineros. ¡Alegría se necesita! ¡Carajo, no bailan! Métanse en fila india. Déjense andar. ¡Arriba las piernas, arriba! *(Cansado se recuesta)*.

Ay, las muchachas y un lindo prado, y después saltaré con ustedes.
Me transformaré en una langosta.

JOVEN: ¡Bailen muchachos! ¡Son jóvenes, fuerza!

HOMBRE: ¡Si ahora fueran olas todas las muchachas, yo me ahogaría y haría una zambullida con ellas por siempre!

JOVEN: ¡Escucha cómo ronca el mar golpeando sobre la nave! Y el viento...
¡Escucha cómo empuja! Dentro de poco soplará como loco. Suena, suena viejo leño. Mientras suenes estás bien.

HOMBRE: He sentido al viejo Ahab decir que es necesario siempre matar apuntando a la garganta. Ese viejo es un gran viejo y nosotros somos los hombres que le cazarán la ballena.

JOVEN: ¿La ballena? ¿Cuándo encontraron la ballena?

HOMBRE: Habían pasado días y semanas y la *Pequod* había atravesado cuatro zonas diferentes de caza, y fue navegando por la última cuando una noche serena de luna, una noche de silencio, se vio a lo lejos un chorro de plata, en la dirección de la proa. Eran como bolas blancas que subían. Iluminada por la luna parecía una cosa celestial, parecía un dios que surgía del mar. Y cuando se escuchó la voz del marinero de guardia en la cofia, otro marinero se alzó con la sensación de que algún espíritu había descendido a la nave para dirigirle la palabra a la tripulación. Ahab, rápido, ordenó establecer la posición de los velajes y de los contravelajes, pero por aquella noche el aliento de plata no se vio más. Algunos días después, a la misma hora silenciosa, fue señalado de nuevo. (*El Hombre cambia la silla de posición*). Todos lo vieron, pero echando velas para alcanzarlo no fue posible llegar a él, porque volvió a desaparecer, como si nunca hubiese existido. Y así, una noche tras otra, ese chorro solitario encandilaba a todos, pero de Moby Dick, la ballena blanca, ni rastros.

JOVEN: Pero... ¿cuándo fue que Ahab encontró a Moby Dick?

HOMBRE: Es demasiado pronto como para que te lo diga. Pasaron otras cosas antes.

JOVEN: Sí, pero yo quiero saber cuándo Ahab encontró a la ballena blanca.

HOMBRE: Pero... la nave surcó el mar mucho tiempo todavía antes de que se encontraran.

JOVEN: Sí, pero al final, cuando la encontraron ¿qué pasó allí? ¿Cómo termina la historia?

HOMBRE: Hay tiempo para saberlo. Ahora podemos comer algo. Tendrás hambre. Voy a traer lo necesario para poner la mesa. ¿Qué te parece? Podríamos tomarnos una buena sopa. Bien caliente. ¿Sabes que los marineros que partían de Nantacket se encontraban a contarse sus aventuras en una taberna, que se llamaba de Peter Coffin, donde

bebían sopas calientes, vinos y ron a granel? Me disgusta no tener nada de eso para ofrecerte pero estando aquí solo, no es que tengo una despensa muy abastecida.

Mientras dice esto va a buscar lo necesario para poner la mesa con el objetivo de demorar la partida de la Joven. El Hombre ha olvidado el libro abajo de la mesa cuando se hizo la escena de los marineros y el baile. La muchacha se da cuenta y arranca la última página del libro. El hombre vuelve.

En estos lugares la sopa caliente es casi un rito. A la noche la gente se sienta delante de un buen plato de sopa humeante y se cuenta todo lo que ha sucedido durante la jornada.

JOVEN: Yo sé cómo termina la historia.

HOMBRE: ¿Cuál historia?

JOVEN: La que me estabas contando, la del libro.

El Hombre, asustado, se da cuenta de que ha olvidado el libro. Lo encuentra, pero ella le hace ver la última hoja que ha arrancado.

Yo tengo la última página. No quería hacerlo, pero no me querías contar el final. Querías ocultármelo. Disculpa, pero yo tenía que saber. Tengo que irme. No tengo mucho tiempo. Quiero llegar al mar. Discúlpame. *(Junta las cosas para comenzar a irse).*

Triste, el Hombre se ha sentado en la mesa, y come solo. Toma el libro, lo hojea y se da cuenta de que ella no ha arrancado verdaderamente la última página del libro, que explica el final del "MobyDick", es decir el epílogo.

Adiós.

HOMBRE: Epílogo.

JOVEN: ¿Qué?

HOMBRE: Epílogo. Se llama epílogo a lo que viene después del final y que a veces explica el final.

JOVEN: Pero... la página que leí dice "Fin".

HOMBRE: Sí, pero el epílogo es posterior al final y sin el epílogo la historia no está completa. *(Come).*

JOVEN: ¿Y cómo terminó la historia, entonces?

HOMBRE: ¿Qué historia? *(Se hace el desentendido).*

JOVEN: Has entendido bien lo que te pregunto. ¿Qué pasó entonces?

El Hombre alza los hombros.

Bueno, yo me voy y listo. *(Hace un gesto para irse).*

HOMBRE: *(Se preocupa).* ¿Te acuerdas de aquel joven que para alejar la melancolía, cuando el ánimo le descendía como un noviembre húmedo y lluvioso, decidía embarcarse?

- JOVEN: Y quería ver la parte acuosa del mundo. Claro que me acuerdo.
- HOMBRE: Él era el que iba en la proa de la lancha de Ahab cuando comenzó la caza de Moby Dick. (*Aparta el mantel y los enseres de cocina y sube sobre la mesa*). Ahab estaba en el puesto de siempre con la pierna de marfil enfilada en el agujero de la cubierta. Miraba el mar, sentía en el aire un olor inconfundible y vigilaba cada pequeña ola que escondiese una señal de la presencia de Moby Dick, pero de Moby Dick ni rastros.
- JOVEN: (*Ha dejado la bolsa y se acerca*). Sí. ¡Mira! ¡Allá está, su alta joroba como una montaña de nieve!
- HOMBRE: No, no es Moby Dick.
- JOVEN: Sí, mira. En cada oleada sopla regularmente en el aire su chorro inconfundible. ¡Es ella! Moby Dick. Entonces Ahab reunió a los marineros. ¡Al mar! Las lanchas se deslizaron sobre el mar. ¡Vamos, baja!
- El Hombre estaba sobre la mesa. Ella coloca las sillas como si fuesen una lancha y hace bajar al Hombre a ellas.*
- HOMBRE: Pero... pero... Ahab no tenía el arpón. No podía comenzar la caza. Había hecho forjar especialmente un arpón para Moby Dick. Había sido templado con la propia sangre de sus arponeros.
- JOVEN: (*Le pasa el "arpón"*). Aquí está. Ahora Ahab guía la caza. ¡Las lanchas como caracolas livianas, vuelan por el mar! Llegan cerca de la presa que se ve claramente: la gran frente lechosa, las arrugas profundas. ¡Está casi a tiro! ¡Vamos! ¡No perdamos la oportunidad!
- HOMBRE: Pero Moby Dick se alzó en el aire y se zambulló en el agua ¡desapareciendo!
- JOVEN: (*Tratando de desarrollar la historia*) ¡Los pájaros! Ellos tienen la vista más aguda que el hombre. Los pájaros se acercan a la lancha de Ahab. Y allí, abajo... un pequeño punto blanco sube desde el fondo de los abismos y se agranda con rapidez prodigiosa hasta que se ven con claridad dos largas filas torcidas de dientes brillantes. ¡Es Moby Dick, que se levanta en el aire y corta la lancha en dos! (*La Joven empuja al Hombre que cae con una silla y ella, para otro lado, con la suya*). ¡Después se enfila derecho contra la *Pequod* y...!
- HOMBRE: ¡No, no fue así! Ahab cayó en el agua. No podía nadar pero se mantenía a flote. La proa de la *Pequod* es dirigida y la nave divide a la ballena blanca de su víctima...
- JOVEN: Entonces los marineros del barco izan a Ahab a bordo...
- HOMBRE: Bueno, por ahora basta... estoy cansado y...
- JOVEN: ¡No, ahora no! Ahab no podía estar cansado justo en este momento. Había buscado a esa ballena por años, a través de todos los mares del mundo. ¡Ahora, que la había encontrado no podía dejarla escapar!

HOMBRE: Pero la ballena se había sumergido. Podía resistir una hora, o dos bajo el agua.

JOVEN: Pero Ahab era un gran cazador de ballenas, me lo has dicho vos. Conocía todas sus rutas y sabía reconocerlas a distancia. Les sentía el olor, como un perro de caza.

HOMBRE: ¡Sí! Pero ahora estaba exhausto de la lucha. Empapado, helado. Trataba de seguir a Moby Dick sólo con la mirada. No podía más.

JOVEN: ¡Estaba detrás de la ballena, no la dejaba escapar!

HOMBRE: Sí, pero ya había llegado la noche. No se puede cazar de noche. Además era necesario reparar y recuperar las lanchas destruidas. Forjar nuevos arpones.

JOVEN: Pero aquella noche pasó rápido porque ya había llegado el alba y el barco desplegó todas las velas. La nave estaba dirigida como una bala de cañón y Moby Dick volvió a dibujarse sobre los márgenes del cielo. Las lanchas, ¿dónde están las lanchas?

En el parlamento anterior el Hombre recogió los elementos que han caído a tierra: tenedores, platos, sillas. Ahora ella utiliza esos elementos para representar como un campo de batalla sobre la mesa, donde el pan es Moby Dick.

¿Dónde estaba la lancha de Ahab?

HOMBRE: *(Presionado)* La lancha de Ahab estaba al centro. *(Coloca un plato en el lugar)*. Quería tomar la cabeza de la ballena de frente escapando así a la mirada lateral de Moby Dick.

JOVEN: ¿Y entonces, qué sucedió?

HOMBRE: Las lanchas se acercaron más a la ballena y... *(Lo ilustra con los otros platos)*.

JOVEN: Y Moby Dick se lanzó sobre ellas con la boca abierta...

Lanza el pan que se desliza por el mantel en dirección al plato que hace de lancha de Ahab. Al costado hay otros dos platos que simulan las otras lanchas. El Hombre detiene el pan antes de que llegue a Ahab.

HOMBRE: ¡No! Porque las lanchas de los costados le clavaron arpones a la ballena *(Clava tenedores en el pan)* y la detuvieron.

JOVEN: Pero Moby Dick no se cuidaba de los arpones que se le incrustaban, estaba enloquecida y se movió de tal manera y con tanta fuerza que las hizo chocar entre ellas y después caer al agua *(Tira por el aire los platos)*. Después se dirigió debajo de la lancha de Ahab y la hizo saltar en el cielo mandándola a pique. Y con la cola, moviéndola como una catapulta, destruyó todo, todo, también la nave.

HOMBRE: No, no es verdad. Desde la *Pequod* los marineros habían observado todo el combate. El barco llegó rápido en salvataje, recogió a los marineros, los remos que flotaban y todo lo que se podía recoger.

Ahab fue subido a la cubierta. No podía valerse por sí mismo. Estaba apoyado sobre la espalda de su primer oficial. Su pierna de marfil se había perdido en la lucha...

JOVEN: Sí, pero Ahab así tuviera un solo pie para sostenerlo, tenía todavía el alma de un ciempiés y viajaba sobre mil piernas. No quería detenerse.

HOMBRE: Pero llamó a la tripulación para contarle que sólo faltaba el Parsi, que era su marinero de confianza.

JOVEN: Pero él no se dejó asustar del destino adverso. Y siguió adelante. ¿Cómo lo hizo? (*Trata de tomar el libro que tiene el Hombre*).

HOMBRE: No se puede llegar así al fin de la historia. Hay muchos detalles todavía. Hay que leerla entera.

JOVEN: Es que vos no me la querés contar entera. No querés contarme el final. Sólo querés que me quede aquí a hacerte compañía, pero yo sé cómo termina la historia. (*Con un movimiento rápido toma la mesa y la trae para sí. Luego la volcará en posición vertical volteando todo lo que hay sobre ella*). ¡Moby Dick se enfiló sobre el barco que avanzaba y lo golpeó con todas sus fuerzas. El agua comenzó a entrar en la *Pequod*. En la página que he leído dice que Ahab gritaba desde su lancha y que Moby Dick se sumergía debajo de la nave y que reaparecía muy cerca de la lancha de Ahab, y que allí se paró, se detuvo, inmóvil. Y fue entonces que Ahab, enfurecido y con todas las fuerzas que le quedaban, le arrojó el arpón y se lo clavó en la carne. La ballena, herida, saltó hacia adelante, pero la cuerda se embrolló. Ahab trata de destrabarla pero la fuerza de la ballena y su tirón hacen que la cuerda se enrede en el cuello de Ahab y lo saque de la lancha como un rayo sin que pudiese emitir ni siquiera un grito. Quedó ligado a Moby Dick para siempre. Desapareció en las profundidades sin que el equipaje se diese cuenta. Después la tripulación se dio la vuelta. La nave, como un fantasma oblicuo, se esfumaba. Sólo la punta del palo mayor estaba afuera del agua. Y estaba también escrito que en ese momento el brazo de un marinero que tenía en el puño un martillo, se alzó en el aire para clavar más firme la bandera de la *Pequod* al árbol mayor que poco a poco se hundía. En ese momento, un gran halcón, descendió del cielo y molestando al marinero metió, por casualidad, su ala entre el martillo y la madera, y fue entonces que el brazo clavó la bandera aprisionando a la criatura celeste y se hundió llevándose consigo una viva parte del cielo. (*Coloca la mesa en la posición normal*). Después todo se esfumó y el gran sudario del mar siguió meciéndose como 5.000 años atrás.

La Joven se acerca al libro que ha quedado caído. El Hombre no hace nada por evitarlo. Ella lo toma y lee una parte del epílogo en voz alta.

“Porque uno sobrevivió al naufrago...”. (*Lee para sí*). ¡Ismael, el muchacho que iba en la proa de la lancha de Ahab. El que partió en busca del mar! (*Sigue leyendo*). “Fui yo, que al ser lanzado de la lancha por el golpe de la ballena, quedé flotando al margen de la escena sucesiva y la observé completamente. Cuando la succión del naufragio estaba por tragarme pude aferrarme a una caja de madera que flotaba y a ella me abracé durante todo un día y una noche, rodeado de tiburones, hasta que, al segundo día, otro barco se acercó y me recogió, como un padre, que al buscar a sus hijos perdidos, encontró sólo otro huérfano”.

La Joven deja el libro, que ha terminado y empieza a tomar sus cosas. El Hombre queda inmóvil y triste. Ella se acerca.

Vamos, vení conmigo. Vamos al mar.

El Hombre niega con la cabeza.

Adiós.

HOMBRE: (*Sacando de su bolsillo el bizcocho que se había transformado en doblón en la historia*). Toma, llévate esto. Es para vos. Vos avistaste primero a la ballena.

Ella lo toma y se va. Él queda solo. Comienza a poner todo en su lugar. Prepara la mesa para dos personas. Deja el libro de Moby Dick y toma otro de una pila. Se sienta y se dirige a un interlocutor que no existe.

¿Sabés el tiempo que tardó Robinson Crusoe en hacer una cabaña? Porque no es fácil encontrarse solo en un isla... Para hacer una cabaña, en esas condiciones es necesario...

Sus palabras se van perdiendo mientras la luz se esfuma y con ella el final de la obra.

¿Dónde está
Huckleberry Finn?

> ¿dónde está Huckleberry Finn?

Versión libre teatral de la novela *Las aventuras de Huckleberry Finn*, de Mark Twain.

PERSONAJES

DUQUE

REY

LAS LUCES DE LA SALA COMIENZAN A BAJAR. SE ESCUCHA UNA MÚSICA MEDIEVAL. PARECE QUE EL ESPECTÁCULO VA A EMPEZAR. DE PRONTO LA MÚSICA SE DESCOMPONE COMO SI SE HUBIERA PRODUCIDO UN PROBLEMA TÉCNICO. LAS LUCES DE LA SALA SE VUELVEN A PRENDER Y SE ESCUCHA UNA VOZ EN OFF

VOZ EN OFF: Estimado público: queremos comunicarles que el espectáculo va a comenzar con unos minutos de retardo a causa de un problema técnico que esperamos resolver lo más pronto posible. Un poco de paciencia, por favor. Gracias.

Después de un tiempo breve se escuchan gritos y disparos que llegan desde afuera, desde la entrada al teatro.

UNA VOZ: ¡Aquí, aquí, metámonos aquí!

OTRA VOZ: ¡Rápido, rápido, que nos alcanzan!

Agitados y preocupados, entran el Duque y el Rey, dos cuenteros de profesión. Lo hacen vestidos al estilo de fines del 1800 por la puerta de entrada del público. Arrastran un carramato repleto de cosas varias: ollas, bolsas con víveres, ropas, etc. Se detienen y tratan de disimular. Se dan cuenta en dónde están. Intercambian miradas entre ellos. Luego se sientan en lugares diferentes de manera tal que el público pueda ver las señas y señales que se entrecruzan. Disimulan. Con cierto temor, y poco a poco, se irán relajando.

REY: ¡Buenos días! *(A un espectador)* ¿Falta mucho para que comience la función?

DUQUE: *(Idem)* ¡Buenos días! Perdón, ¿sabes adónde esta el río? *(Ante la segura incertidumbre del entrevistado, se dirige a su compinche)*. No sabe... no sabe.

REY: Te dije que era hacia el otro lado.

DUQUE: ¡Tiene que ser en esta dirección! ¿Qué apostamos?

REY: ¡No es momento de apostar!

DUQUE: ¡Apostemos lo que quieras que el río queda en esta dirección!

REY: *(Pensando)* Mmm... Si no conocen el río significa que nos hemos alejado demasiado.

DUQUE: ¡Te dije que no hacía falta recargar las tintas sobre ese asunto y pretender todavía más!

- REY: ¡Cállate! Ahora tenemos que conseguir los medios para volver al río. Seguro que allí encontraremos a quien buscamos. A propósito, tal vez alguno lo conozca... (*A otro espectador*) Por casualidad, ¿conoces a un muchacho como de tu edad, más o menos alto, que siempre anda descalzo?
- DUQUE: Suele andar en compañía de un negro más viejo y es su amigo inseparable...
- REY: (*Al Duque*) Tal vez se han separado.
- DUQUE: ... El muchacho tiene que cobrar una buena herencia de 5.000 dólares y...
- REY: (*Lo hace callar*) ¡Shh... shh...! (*Disimula*) Sí... sí, una herencia que nos ha encargado para administrar, pero la mala suerte quiso que se nos perdiera de vista en un recodo del río. Había mucha niebla ese día. Él nos necesita. Por eso lo buscamos. ¿No has sentido decir nada de ese muchacho?
- Obviamente el público no responde o dice algo que no les sirve.*
- DUQUE: (*Al Rey*) No saben nada. (*Observa hacia fuera, por donde han entrado*). Ya no hay tanto tráfico afuera. Es mejor que nos vayamos. ¿Quieres apostar que el río es hacia allá?
- REY: ¡Espera! Estamos lejos del río. ¿Te das cuenta dónde estamos, no? (*Con cierta intención para delinquir*).
- DUQUE: Sí, claro... en un teatro.
- REY: Y la función todavía no empezó.
- DUQUE: (*Quiere irse*) Es mejor que nos...
- REY: ¡Alto! No podremos llegar demasiado lejos, ¿entiendes? (*Hay siempre una doble intención en el Rey*). Ya que estamos aquí es preciso cumplir con nuestro deber antes de que la función comience. Nos lo han pedido especialmente. ¿Entiendes? (*Los ojos del Rey "bailan" para que su compañero comprenda. Se sienta decidido en una butaca*).
- DUQUE: (*No sin dudar, se decide y se dirige al público*) Estimados y queridos amigos: visto que el espectáculo aún no ha comenzado y se está demorando, quiero pedir disculpas en nombre de la compañía teatral y aprovechar la ocasión para presentarles a una personalidad que se encuentra presente hoy aquí por primera y, tal vez, última vez entre nosotros, ya que está realizando una extenuante gira por el mundo. Les parecerá increíble pero vuestros ojos tendrán el honor de ver al único descendiente vivo del desaparecido Delfín, del hijo de Luis XVI y de María Antonieta de Francia. ¡Al único descendiente directo de Luis XVII! Quizás ustedes se sorprendan porque no tiene la apariencia clásica de un rey, pero las circunstancias terribles de la vida han obligado a esta personalidad a esconderse en vestidos ruinosos

y a tener, dolorosamente, que fingir un tipo de vida que no es el que le corresponde. A parecer casi un vagabundo, un perseguido, cuando en realidad es el ¡¡dolorosamente legítimo heredero del trono de Francia!! Señoras y señores, con ustedes, ¡el Rey de Francia!

REY: (*“Humildemente” saluda*) Gracias, gracias duque de Bilgewater. Es verdad que la vida me ha llevado por dolorosos caminos, siempre en compañía de este estimado y querido amigo, también él de procedencia aristocrática. Juntos hemos tenido que escapar de los más terribles peligros y de las manos de quienes se oponen a que me sienta sobre el trono que me corresponde. Así, disfrazados, ocultamos nuestra real personalidad. Pero hoy, precisamente hoy, no podíamos rechazar esta sensible invitación de la Liga de Lucha Contra el Alcoholismo y de este prestigioso teatro. Ellos han tenido la feliz iniciativa de organizar este evento teatral para recaudar fondos que ayuden a salvar a las almas descarriadas por tan terrible flagelo. (*Levanta la voz en un tono “teatral”*). ¡Porque ustedes tienen que saber que cualquiera, y escuchen bien, cualquiera... puede caer bajo las garras del alcohol! (*Compungido se dirige a uno de los espectadores en particular*) ¡Vos...! ¡O vos...! ¡o tu madre! ¡o tu padre! ¡o quizás tu hermano...! ¡o tu hermana...! ¡Por eso es necesario luchar sin descanso y vencer a este enemigo poderoso!

DUQUE: (*Fuerza un aplauso del público*). Su Excelencia, disculpe la interrupción pero dado que el espectáculo se retrasa, tal vez sería oportuno transmitir a los muchachos aquí presentes algunos conocimientos que les permitirán prevenirse.

REY: ¡Buena idea! En mi largo recorrido por la vida he tenido la oportunidad, para esconderme de mis perseguidores, de conocer y ejercer múltiples oficios: actor...

DUQUE: Al igual que yo, Excelencia.

REY: Así es. Es quizás la profesión que más amamos. Pero, como les decía, fui pintor, médico, predicador y farmacéutico y, como tal, he aprendido una técnica precisa para alejar definitivamente a las personas del alcoholismo. Señor duque: ¿será capaz de mostrar de qué se trata?

DUQUE: ¡Por supuesto, Su Excelencia!

REY: ¡Atención!

El Duque saca del carrito un frasco y lo exhibe a todos. El frasco está tapado y no se puede ver qué hay en su interior. Se supone que es una serpiente.

No quiero decirles todavía qué hay en ese frasco, pero lo que sí puedo garantizarles es que quien introduzca la mano en su interior y la toque estará a salvo del alcohol para siempre. ¡Coraje! ¡Necesitamos un voluntario para comenzar!

Si los interesados no se presentan, los actores eligen a uno.

¡Bien! Estamos frente al afortunado. ¡Para que esta experiencia surta efectos es necesario depositar en la bolsa, que el duque dejará a la vista de todos ustedes, una módica contribución, no importa su envergadura! Será destinada a beneficiar a la lucha de la Liga Contra el Alcoholismo. Muchas gracias. (*Obliga al muchacho a hacerlo*). ¡Bien, bien! ¡Bravo! ¡Y ahora el momento más interesante! Es muy importante saber *cómo* se la toca. Sí, muchachos, porque la tienen que tocar sin mirar hacia adentro y con la parte externa de los dedos. (*Muestra esa parte de la mano*). ¡Si la tocan con cualquier otra parte, les puede traer desgracias y mala suerte por muchos años! ¿De acuerdo?

DUQUE: (*Por lo bajo y molesto por las vueltas verborrágicas del Rey*) ¡Dale, dale, apurate que tienen que hacerlo todos!

REY: Bien... ¿Estás preparado? Pero antes tienes que tirar una pizca de sal hacia atrás... Es para preservarse de la mala suerte.

DUQUE: ¡Dale, dale!

REY: ¿Todo listo? ¡Ahora sí!

El muchacho hace lo requerido.

¡Bravo, bravo! ¡Hemos preservado para siempre a otra persona de las garras del alcohol! ¿Qué has sentido muchacho? (*Trata de que el muchacho describa*). ¡Y a no olvidarte de esa sensación! Si te toca enfrentarte a una botella de alcohol, ¡recuérdalo!

DUQUE: (*Por lo bajo*) ¡Ahora que pase otro! ¡Dale, antes que comience la función!

REY: Querido duque, todo a su tiempo y armoniosamente. En ninguna parte está escrito que sea necesario apurarse.

DUQUE: Pero... ¡Pero son bastantes! (*Al público*) ¡Y ahora todos pueden hacer una fila acá y nosotros pasamos con la serpiente para que la toquen!

REY: ¡Duque! (*Por lo bajo*) ¡No era el momento de decirlo!

DUQUE: (*Dándose cuenta de que se ha equivocado*) ¡Es sólo una inocente serpiente venenosa!

REY: (*Enojado*) ¡No es necesario aclarar las características del animal!

DUQUE: ¡Vamos, vamos, muchachos! ¡Aquí la fila, rápido!

Obviamente, esto debería producir cierta resistencia en el público. Si no es así inmediatamente se comenzarán a bajar las luces de la sala como si la función estuviera por comenzar. Si, en cambio, ninguno quiere tocarla será el Rey quien tratará de convencerlos.

REY: ¡Queridos amigos! No deben tener miedo. La piel de la serpiente de cascabel viva esconde secretos medicinales increíbles. Y además este ejemplar ya está acostumbrado a ser tocado. La hemos traído del lejano desierto de Texas, especialmente...

DUQUE: *(Rápidamente saca lo que debería hacer creer que es una verdadera serpiente de cascabel. La mostrará fugazmente).* ¿Ven? ¡Es sólo una serpiente de cascabel...!

El Duque se pasea por la sala buscando clientes. En ese momento las luces de la sala del teatro se apagan indicando el inminente inicio de la función. El Rey, rápido, reacciona.

REY: ¡Alto, alto! ¡Que todavía no hemos terminado!

DUQUE: ¡Está por comenzar la función, Su Excelencia!

REY: *(Haciendo señas disimuladas al duque)* ¡He oído decir que los actores de la compañía que hoy debía actuar han tenido una inesperada indisposición...!

El Duque entiende, deja la víbora, y saca, lo más disimuladamente posible, un revólver del carrito. Lo esconde y sube al escenario entrando detrás del telón cerrado o, si no lo hay, por las bambalinas. El Rey continúa hablando con el público para captar su atención y disimular lo que sucede atrás.

¡Pero, como todo el mundo sabe, la función igual debe comenzar!

Desde atrás del telón se escucha...

VOZ DEL DUQUE: ¡Arriba las manos! *(Está asaltando a los actores).*

REY: Decía que la función lo mismo debe comenzar.

VOZ DEL DUQUE: ¡Ninguno se mueva!

REY: Y como los actores no se encuentran disponibles, estaremos obligados a reemplazarlos siendo conscientes de que se trata de un deber moral irrenunciable...

VOZ DEL DUQUE: ¡Si alguno se desata, lo liquido! ¡¡¡Vamos, rápido, entreguen todo lo que tienen, relojes pulseras, dinero, todo!!!

REY: *(Continúa imperturbable tratando que la voz del Duque no se oiga)* ... Nuestro deber irrenunciable: ¡ayudar a los santos propósitos de la Liga desinteresadamente...!

VOZ DEL DUQUE: ¡Ya están ligados!

REY: ... ¡Ligados por este lazo de solidaridad! ¡Al final del espectáculo ustedes podrán dejar su contribución para ayudar...!

VOZ DEL DUQUE: ¡Que la dejen primero!

REY: *(Tose).* Es tradición de las compañías más famosas de teatro, como la que formamos con mi colega que, en caso de que donemos una función, solicitemos al final...

VOZ DEL DUQUE: ¿Quién te dijo eso?

REY: *(Disimulando, al público)* ¡La tradición teatral! *(Cambia).* Entonces, hoy debido a la casualidad, ustedes tendrán la oportunidad de presenciar con vuestros ojos, y por única vez, a estos dos actores de

fama mundial: ¡el duque de Bolgwater, cuyo nombre artístico es Davis Garrick, el joven!

Abre sorpresivamente el telón y atrás se ve al Duque que está sacando la billetera de un actor, o de rodillas está contando lo recaudado y bebiendo tragos de whisky. El Duque, sorprendido, saluda y disimula guardando la bolsa con el botín y la pistola.

DUQUE: ¡Eh...eh...! ¡Sí, sí...! (*Empujado por la mirada del Rey para ser presentado, lo hace*). ¡Y el famosísimo Rey de Francia, bajo el nombre artístico de Edmund Kean, el viejo actor del Royal Haymarket Theatre, Whitechpol, Pudding Lane, Picadilly Londres y de los teatros continentales!

En esta escena el Rey, disimuladamente, tratará de tomar algo de lo recaudado por el Duque, con la oposición de éste. Todo condicionado por la presencia del público. Cuando la presentación termina, ambos saludan teatralmente. El Rey hace una seña al Duque para que abra el telón.

(*Por lo bajo*) ¡Con esto es más que suficiente!

REY: ¡Para un artista nunca nada es suficiente! Vamos, que debemos terminar la función para recolectar...

Hace entender al Duque que todavía pueden ganar más. Un poco a regañadientes, éste abre el telón y se descubre una escenografía de elementos simples: una mesa, un trono, un biombo de tela blanca.

¡Telón, telón! Y ahora ustedes podrán ver la maravilla teatral que representaremos en vuestra lengua...

DUQUE: (*Quiere presentar la escena con una cacerola, que golpea con un cucharón*). ¡Hoy por única vez, y con una pequeña contribución, tendrán el placer de ver el sublime espectáculo shakespearano titulado: *La escena del balcón de Romeo y Julieta!*

REY: ¡No, no... éste no es el público adecuado! ¡Es necesario hacer otra!

El Rey sube al escenario y modifica la escenografía mientras se desarrolla el diálogo.

DUQUE: (*Por lo bajo*) ¡Es la única que sabemos!

REY: ¡Cada cosa en su lugar, querido amigo! (*Elige lo que servirá para contar la historia de Huckleberry y desecha el resto*). Nuestro público es joven y debe estar sediento de aventuras. Para ello no hace falta más que representar alguna de las tantas cosas que hemos vivido. ¡Y teatralizaremos para todos ustedes!

DUQUE: ¿De qué se trata?

REY: (*Un poco enojado con su compinche porque no comprende, por lo bajo*) De la historia del muchacho que buscamos. Quizás, con más datos aportados por los aquí presentes, podamos encontrarlo. (*Cambia*

el tono) ¿Recuerdas, querido amigo, aquel encuentro que tuvimos mientras navegábamos por el río Mississippi, con aquel muchachito llamado Huckleberry Finn y con el Negro Jim?

DUQUE: Sí... sí. ¡Con Huckleberry y Jim que estaban escapando!...

REY: ¡Exacto! ¿Y por qué se encontraba en esa situación Huckleberry Finn?

DUQUE: *(Haciendo memoria)* Escapaba por... por... *(Saca una botella de whisky)*.

REY: *(Haciéndole señas disimuladamente para que guarde la botella)* Porque su padre le pegaba.

DUQUE: ¡Ah, sí! Es cierto, él me lo contó una noche.

REY: ¿Y por qué le pegaba?

DUQUE: *(Sin entender)* ¿Qué se yo! ¿Quizás porque quería despojarlo de la herencia que sólo le correspondía a Huckleberry!

REY: *(De una manotón, le saca la botella)*. ¡Además era por esto! Porque el padre se emborrachaba y le pegaba, ¿entiende, Duque?

DUQUE: *(Disimulando)* Claro... claro... por eso, yo mostraba la botella por eso... *(Por lo bajo)* ¡Cuidado que es la única!

REY: *(Con la botella en la mano)* ¡Esto, esto es el demonio en persona! ¡Hay que sacarlo de la vista y de la tentación de las personas! *(La esconde entre sus ropas)*.

DUQUE: ¡Démela, Excelencia, que yo arrojaré esta carroña lejos!

REY: No hay necesidad, querido amigo... es mejor continuar con nuestra historia...

DUQUE: *(Como una advertencia)* Me parece que sería mejor que antes me devuelva eso.

REY: ¡No insista, querido duque!

El Duque comienza a enojarse.

¿Por qué no coloca las luces adecuadas para la escena?

A regañadientes, el Duque obedece y va hacia el control de luces que, se supone, está detrás del biombo.

El río Mississippi, el gran río Mississippi, corre caudaloso por las regiones del sur de los Estados Unidos... *(Saca el mantel blanco de la mesa y lo extiende en el piso transformándolo en río)*... Cientos de islas lo ven pasar. A una de ellas quería llegar nuestro joven amigo Huckleberry Finn escapando de los maltratos del padre borracho. Encontró una especie de balsa... *(Gira la mesa que queda con las patas para arriba convirtiéndola en una balsa)*. La llenó de víveres y vituallas... *(Al Duque)* ¡Los víveres, las vituallas!

El Duque le arroja desde el carrito algunas bolsas de víveres.

Cargó todo lo que podía ser de utilidad: café, azúcar, mantas... No dejó nada que pudiera valer un centavo...

DUQUE: Él me contó que no quería vivir más entre las personas civilizadas...

REY: Es verdad. Por eso, y para que su padre no lo buscara más, simuló que lo habían asesinado.

DUQUE: ¡Sí, simuló que lo habían asesinado!

REY: Hizo todo de manera tal que pareciera que los asesinos hubieran arrojado su cuerpo al río...

Estas intervenciones del Duque molestan al Rey.

DUQUE: Sí, su cuerpo al río.

Se pelean por quién va a contar.

REY: Duque, coloque las luces del río por favor.

El Duque sale.

¡Así se escapó sin ser visto por nadie! ¡A través del Mississippi!

La acción de los actores debe crear un cierto momento mágico de relato. Una luz azulada ilumina el biombo de atrás. Un círculo amarillo de luz dibuja la luna en el biombo.

Era de noche y sólo se sentía el correr del agua... *(El actor toma un palo y lo convierte en remo. Rema)*. El río corría seguro y manso hacia el mar y, sobre la balsa, Huckleberry sentía que su vida recomenzaba... ¡Cuidado! ¡Cuidado! ¡Ese escollo! Huckleberry remó y remó... y de pronto la vio... allá... allá con sus árboles que recortaban el alba: la isla de Jackson, con sus pájaros, sus mariposas, la naturaleza... *(Se supone que ha llegado a la isla, y comienza a descargar las cosas)*.

DUQUE: *(Entrando desde atrás del biombo)* ¡Y allí fue que encontró al Negro Jim! Y terminó la historia. *(Es claro su objetivo de apurar el desarrollo del relato en el que al Rey le gusta detenerse y "paladearlo")*.

REY: ¡No se adelante! ¡Pasaron algunos días! *(Le coloca el remo entre los pies y lo hace caer)*.

DUQUE: Huckleberry Finn me contó que fue inmediatamente.

REY: ¡No fue así! Pasaron algunos días en los que Huckleberry Finn se alimentaba de los frutos y de lo que pescaba en el río.

DUQUE: El negro estaba escondido en la maleza y espiaba a Huck.

REY: ¡No! El Negro Jim, que era un esclavo, fue sorprendido por Huckleberry cuando dormía. *(Hace una señal al Duque para que se quede acostado)*.

DUQUE: Sería mejor que usted interprete al negro.

REY: ¿Yo? ¿De negro? Se equivoca, usted es el actor apropiado para la parte. *(De la balsa le arroja pomada para los zapatos)*. ¡Vamos, no hay tiempo que perder! ¡Señores: el Negro Jim, que estaba durmiendo!

El Duque, de mala gana, se coloca un poco de pomada en la cara y se acuesta. El Rey toma el palo que hizo de remo y lo improvisa en una carabina.

¡Alto!

El Duque se “despierta” asustado. Interpreta a Jim.

JIM: ¡No hacerme mal!... ¡Por favor!... ¿Quién eres?

HUCK: *(El Rey toma ese rol)* Huckleberry Finn.

JIM: Tú... tú... Huckleberry Finn... ¿El muchacho asesinado? ¿Tú ser el fantasma de Huckleberry?

HUCK: ¿Fantasma?

JIM: Sí... sí... ¡Vuelve al río adonde está tu cuerpo...! ¡No hacer nada al viejo Jim! Todos me culpan pero yo no te asesiné.

HUCK: ¡Ah, entiendo! Te han culpado de mi muerte... ¿Y por eso estás solo en la isla?

JIM: No, no por eso.

HUCK: ¿Y por qué, entonces? *(Lo amenaza con el “rifle”).* ¿Por qué entonces? ¡Vamos, confiesa!

JIM: ¡Es que estoy escapando hacia los estados libres! ¡Quiero ser libre!

HUCK: Mmmm... Libre... los negros no son libres... ¿Por qué escapaste?

JIM: Porque mi dueña me quería vender por 800 dólares a otro patrón en New Orleans y así me separó para siempre de mi familia, entonces decidí escapar. Una vez que sea libre, trabajando podré reunir dinero, comprar su libertad y todos seríamos libres...

HUCK: Mmm... Libres...

JIM: Pero le juro, señorito que yo no lo asesiné. Como yo me escapé, todos me culparon de su muerte, ¡pero le juro que yo no fui!

HUCK: Cálmate Jim, yo no soy un fantasma y ni siquiera estoy muerto... todo fue una trampa para escapar de mi padre.

JIM: ¿Entonces... entonces... es de carne y hueso?

HUCK: ¡Claro! ¡Tócame!

JIM: *(Lo hace)* ¡Está vivo!

HUCK: Sí... vivo y también estoy escapando.

JIM: ¿Me denunciará, señorito Huckleberry?

HUCK: Mmmm... Es difícil no denunciar a un negro fugitivo.

DUQUE: *(Saliendo del personaje)* Entonces Huck denunció al negro y lo vendieron por 800 dólares en New Orleans. Y así terminó la cosa. *(Por lo bajo, al Rey)* ¡Vamos! *(Al público)* Si quieren pueden empezar a depositar...

REY: ¡No, no fue así!... Huckleberry ayudó al negro y se convirtieron en compañeros de aventuras.

DUQUE: ¡La historia no fue tan larga! ¡No la alargues, no hay necesidad...!

REY: Si al estimado público le gusta esta obra, la Liga recogerá más dinero, y quizás alguien aporte algún dato que nos permita encontrar a Huckleberry Finn y llegar al objetivo final.

DUQUE: Esa herencia nos llevará a la perdición. ¿Quieres apostar que será así? (*Saca un mazo de naipes*).

REY: No es necesario apostar.

DUQUE: ¡Te apuesto que la próxima carta que saco es impar, y si es así, significa que no encontraremos a Huckleberry Finn!

REY: ¡No!

DUQUE: ¡Vamos! ¡Apuesta!

REY: ¡No es necesario apostar! Es nuestro santo deber encontrar a ese muchacho ¡Él necesita de nosotros! ¡No sabrá qué hacer con tanto dinero entre las manos!

DUQUE: (*Que ha seguido la acción. Saca una carta. La mira. Es par*). Mmmm...

REY: Ajá... es par... ¿Ves? Tengo razón. Has perdido. Ahora, ¡dame mi parte! (*Hace referencia al botín*).

DUQUE: ¿Cómo? Vos no llegaste a apostar. Además la apuesta era sobre si encontrábamos a Huckleberry Finn o no. No aposté sobre otras cosas.

REY: (*Dándose cuenta de que el Duque no piensa compartir el botín*) Mmm... Entiendo... bien, sigamos entonces con la historia. (*Desde ahora el Rey desarrollará la historia también con el objeto de aprovechar cualquier oportunidad para quedarse con el botín*). Como les decía, Huckleberry Finn y el Negro Jim se convirtieron en compañeros de aventuras y reanudaron el viaje por el río. (*Vuelve a la balsa y la acción de navegar. Hace subir al Duque*.) ¡Vamos...! El río los llevaba de la mano. A veces los abandonaba en algún islote y luego los remontaba como si fuese su único dueño. Huckleberry era feliz. Cada detalle del paisaje era reconocido por sus ojos que brillaban debajo del sombrero de paja... (*Ahora el Rey "sale" del relato*) ¡Eso! ¡Cómo no lo pensé antes! Huckleberry es reconocible por el sombrero de paja que no se lo saca nunca! (*Al Duque*) ¡Tenemos un sombrero parecido, tráelo!

El duque lo hace.

¡Ese sombrero sirve para esconderse de la mirada de los extraños y le permite observar todo con la comodidad de saber que los otros no pueden mirar sus ojos! (*Toma el sombrero y lo coloca en la extremidad de un palo, con lo que Huckleberry "cobra vida"*). Recorrió muchas leguas del río protegido por un sombrero como éste, pasó innumerables plantaciones de algodón que el río moja, cientos de islas, infinidad de pueblitos cada uno diferente al anterior, vivió aventuras de todo tipo y

color. El sol de la mañana convertía el sombrero en una brasa y las estrellas se lo enfriaban para esperar el nuevo día...

DUQUE: *(Lo interrumpe al ver que se demora en la narración. Al público)* ¿Alguno de ustedes ha visto a un muchacho con un sombrero como éste?

REY: ¡Siempre igual! ¡Hay que hacer las cosas con clase!

DUQUE: *(Al ver que nadie reconoce el sombrero empieza a irse)* Bien... hasta que llegaron a los estados libres y...

REY: *(Con el objetivo de hacerlo quedar)* ¡Alto, alto! *(Momento de expectativa. Huele el aire)*. ¡Alto! ¿De dónde viene?

DUQUE: ¿Qué?

REY: ¿De dónde viene?... Me parece que desde allá.

DUQUE: ¿Qué cosa?

REY: Puede provocar desastres... Mmm... ¡Será necesario protegerse!

El Duque, que no sabe a qué se refiere el Rey, saca la pistola.

De nada servirá eso, querido amigo. Lo que huelo puede destrozarnos en un instante.

DUQUE: *(Con cierto temor)* Pero... ¿qué es? ¿Dónde está?

REY: ¡¡Allí, allí...! ¡¡Se acerca!! ¡Destruirá todo!

DUQUE: *(Apunta pero no localiza al posible adversario)*. ¿Dónde está, dónde está?

REY: ¡Ya se la siente! ¡Es necesario protegerse! *(Trata de involucrar al Duque mientras hace la acción de protegerse)*. ¡Vamos!

DUQUE: ¿Protegerse? ¿De qué? *(Apunta)*.

REY: ¡No tiene que haber ninguna punta que salga!

Trata de arrebatarle la pistola, pero el Duque, rápido, lo evita.

¡Es peligroso!

DUQUE: ¡No, de ésta no me separo!

REY: *(Mientras esconde las cosas de color claro)* ¡No debe haber nada claro a la vista porque eso los atrae!

DUQUE: ¿Atrae? ¿A quién? ¿Por favor, a quién?

REY: ¡A los rayos...! ¡A las centellas que provocan las tormentas eléctricas como la que se viene! ¡Nos puede fulminar en un instante!

DUQUE: Yo no veo ninguna tormenta eléctrica a la vista. ¿Estás loco?

REY: ¿No siente el viento, querido duque? ¿No siente el olor a lluvia que se acerca?... ¿El olor a tierra mojada?

DUQUE: No. Para mí no hay ninguna tormenta cerca.

REY: ¡La hay! ¡Y ya está llegando! *(Se protege)*.

DUQUE: No veo nada... nada. Estoy seguro de que no pasará nada.

REY: ¡Le apuesto lo que quiera que, antes de que cuente hasta diez, una gota de lluvia lo mojará y sentirá el viento en la cara!

Ante la posibilidad de apostar, el Duque se entusiasma.

DUQUE: ¡Bien! ¿Qué quiere apostar?

REY: Eso. (*Hace referencia al botín*).

DUQUE: (*Piensa, duda*) Mmmm...

REY: ¿Y? ¿Qué pasa? ¿Tiene miedo de perder la apuesta?

DUQUE: ¿Yo, miedo de apostar? ¡Jamás!

REY: ¿Y entonces?

DUQUE: Bien... de acuerdo. Hasta diez, sólo hasta diez. (*Se prepara y empieza a contar*). Uno, dos, tres, cuatro...

REY: ¡No, así no! Una gota de lluvia puede ser casi imperceptible. Es necesario contar con los ojos cerrados. Así se puede sentir mejor.

DUQUE: (*Rápido, trata de seguir contando ahora a ojos cerrados*). Cinco, seis, siete...

El Rey escupe hacia arriba y le sopla la cara. El Duque abre los ojos.

REY: ¡Gané, gané! ¿Ves? ¡Cayó agua y hubo viento!

DUQUE: (*Se toca la cara y siente algo mojado*). Pero... ¡Esto no es lluvia!

REY: ¿Quién le dijo que no? ¡Es agua de lluvia! Y ahora. ¡Deme lo que gané legalmente, apuestas son apuestas!

DUQUE: No. ¡Esto no es lluvia!

REY: ¡Es lluvia!

DUQUE: ¡Le apuesto lo que quiera que no!

REY: Yo no apuesto de nuevo hasta que me haya pagado la apuesta anterior.

DUQUE: ¡No es lluvia y basta! ¡Debe haber sido otra cosa!

REY: ¿Otra cosa? ¿Qué otra cosa?

DUQUE: No sé... tal vez un pájaro que pasó... o... ¡Ya sé! Un pez que saltó en el agua... ¡Ja, ja, ja! Ya que estamos sobre el río fue eso, fue aquel pez que salta allá... ¿Lo ve? ¡Ja, ja, ja!... Usted quédese a contar lo que le falta y done lo que recoja a la Liga. Yo ya estoy conforme. (*Continúa cargando el carro y preparándose para irse*).

El Rey, al darse cuenta de que el Duque se llevara el botín se acerca, disimuladamente, toma el frasco con la víbora, la saca de la cabeza y, desde atrás, hace que ésta pique al Duque en la pierna.

¡Ay!... ¿Qué fue eso?

El Rey disimula, el Duque gira y ve la víbora en el piso

¡La víbora me mordió... me mordió...! ¿Cómo pudo...?

REY: Sin darse cuenta habrá caído el frasco, amigo mío.

DUQUE: (*Asustado*) ¡Me mordió... me mordió... es muy venenosa...! ¡Maldita sea!
Saca la pistola para matarla. El Rey lo detiene.

REY: Ni se le ocurra. ¡Ella misma lo salvará!

DUQUE: ¿Cómo que me salvará?

REY: Yo conozco la solución. Y el antídoto que le salvará la vida... pero antes necesito una cosa que usted se está llevando.

DUQUE: (*Por lo bajo*) ¡Maldito... maldito!

REY: ¡Vamos, vamos, que el veneno no se detiene!

El Duque le entrega la bolsa con el botín.

Así está mejor... bien, bien... Cuando una serpiente nos muerde es necesario, en primer lugar, cortarle la cabeza.

DUQUE: ¡Ay, estoy mareado!... ¡La pierna se me está hinchando!

El Rey con un cuchillo se supone que corta la cabeza de la serpiente y la tira para atrás.

REY: Luego... es necesario cortarla en pedazos y comérsela.

DUQUE: ¿Comérsela?...! ¡No...! ¡Por favor, no!

REY: No hay otra solución, querido mío. O te la comes o el veneno acabará contigo. (*Se supone que corta la serpiente en pedazos y con un tenedor le ofrece al Duque un trozo no sin antes ponerle un poco de sal*).
¡Valor, valor!

Con aprehensión, el Duque come.

¡Bien, bien! Y ahora, para terminar la curación, tienes que ponerte los cascabeles de la víbora como torniquete.

El Duque lo hace.

¡Bravo! Ahora estás a salvo, pero es imprescindible un poco de reposo... no es conveniente moverse ahora.

DUQUE: Estoy mareado... Sí... Sí, reposo...

REY: ¡Vamos recuéstate aquí y trata de dormir!

DUQUE: ¿Dormir?... ¡Dormir, no! (*Obviamente está preocupado por el hecho de que el Rey podría llevarse el botín*). ¡Yo no voy a dormir! ¡Estaré atento!... ¡Ay!... Me da vueltas la cabeza...

REY: Recuéstate aquí y confía en mí que te he salvado la vida.

Poco convencido, y tratando de no dormirse el Duque se acuesta. Ahora, el Rey se dirigirá al público contando de una manera tal que tratará de no despertar al Duque, con el objetivo de quedarse con el dinero. Coloca otra luz sobre la balsa.

Como les decía... Huckleberry y el *Negro Jim* siguieron su viaje por el río en busca de la libertad. Soportaron cruentas tormentas eléctricas, soles terribles, nieblas impenetrables, mientras el Mississippi los transportaba, impasible, escondiendo sus propios peligros siempre dispuestos a sorprender a nuestros amigos.

El Rey empieza a cantar una canción procurando adormecer al Duque. Esa canción se interrumpe con los gritos de éste que delira acosado por la fiebre.

DUQUE: ¡Cuidado, cuidado! ¡Ese barco se nos viene encima...!

REY: *(Al público)* Pobre, es la fiebre... delira. Pero ya le pasará, debe dormir y cuando se despierte se sentirá mejor...

DUQUE: ¡El remanso... el remanso...! ¡No tocar a las serpientes que trae mala suerte...! ¡Ay, cuidado con el barco... el barco...!

En su delirio el Duque alza el torso. El Rey, con el propósito de calmarlo para que se duerma completamente, aprovecha el motivo del delirio del Duque. Habla con una imaginaria embarcación que se "cruza" con la de ellos.

REY: ¡Ey...! ¡Cuidado! ¡El río es de todos...! ¿Qué...? ¿Cómo...? ¡No escucho! ¿Que quién está acostado aquí?

DUQUE: *(Delirando)* ¡¡¡No... no soy el *Negro Jim*!!!

REY: No, no es un negro fugitivo... ¡Ah, entiendo! ¡Ustedes son cazadores de negros fugitivos! *(Tapa al Duque con una colcha para que no sea reconocido)*. No, no es un negro... es mi padre que está enfermo... ¿Qué? ¿Quieren verlo?... Sí claro, con placer... pero debo decirles que está enfermo... Sí... tiene la peste. ¡Viruela...! ¿Se van...? ¿Por qué? No quieren subir a bordo... ¿Por qué...? Está bien... ¡Hasta la vista...!

Vuelve a contar la historia al público.

Así fue como Huckleberry engañó a los terribles cazadores de negros fugitivos. Tapó a Jim y lo hizo pasar por su padre enfermo de viruela. ¡No es ningún tonto este Huck...! El negro y el muchacho viajaban de noche cuando la niebla descendía en el río para no ser descubiertos. Cuando llegaba el alba se escondían en algunas de las tantas islas escapando de los cazadores de negros fugitivos. Así pasaban los días y poco a poco Huckleberry y el negro se acercaban a la ansiada libertad. *(Ve que el Duque parece dormido. Con precaución se acerca y le coloca una cadena en los pies, atándolo a una pata de la mesa. Luego continúa con el relato y comienza a acercarse a la platea, con el objetivo de irse)*. Y así... luego de innumerables vicisitudes pudieron llegar a la meta. *(Ya está entre el público. Toma la bolsa para recolectar el dinero)*. Jim se convirtió en un hombre libre y Huckleberry fue feliz viviendo en la naturaleza lejos de su padre y de sus borracheras. Así llegamos al final y con él, al momento de vuestra generosa contribución a la Liga Contra el Alcoholismo.

El Rey trata de empezar a recolectar el dinero a medida que se acerca a la salida. Habla bajo para no despertar al Duque. Sorpresivamente el Duque se despierta y con el revólver amenaza al Rey.

DUQUE: ¡No terminó tan rápido la historia de Huckleberry y el *Negro Jim*, “Su Excelencia”! ¡Se ha olvidado de algunas cosas!

REY: ¿De qué?

DUQUE: Yo no tengo, como usted, la memoria tan frágil.

REY: Dirija hacia otro lado ese revólver que puede ser peligroso, querido amigo.

DUQUE: No me parece conveniente que se vaya en este momento.

REY: *(Se da cuenta de que el Duque está dispuesto a disparar realmente)*. Pero... si sólo estaba tratando de recordar, para el público aquí presente, el duelo que presenciamos en aquel perdido pueblo de Arkansas. ¿Se acuerda?

DUQUE: Por supuesto que me acuerdo, fue entre el viejo Boggs y el temible Sherbun. Y supongo que se acuerda cómo terminó.

REY: Sí, claro.

DUQUE: El viejo Boggs se fue al otro mundo con un agujero en el pecho de dos centímetros. Huckleberry Finn lo vio de cerca.

REY: *(Al público)* ¡Y todo por el alcohol! ¡Porque desafió al temible Sherbun estando borracho! ¿Se da cuenta?

DUQUE: Exacto... desafió... desafió... al otro... ¿está claro? *(Apunta más decidido a disparar)*.

REY: Por supuesto. Nosotros fuimos testigos y Huckleberry se emocionó mucho cuando la hija del viejo Boggs lloraba sobre su cadáver.

DUQUE: *(Se da cuenta de que está atado a la pata de la mesa)*. ¿Y esto?

REY: Tuve que atarlo porque deliraba y podía hacerse mal, amigo mío.

DUQUE: Ya estoy bien. Puede desatarme.

REY: Sí, claro... *(Busca las llaves del candado con el que ha unido la cadena)*. ¡Qué extraño! No encuentro las llaves...

DUQUE: ¡No bromea que me puedo poner nervioso, *Su Excelencia!*

REY: Voy a buscar a un cerrajero para...

DUQUE: ¡Ni se le ocurra! *(Lo encañona apuntándole a la cabeza)*.

REY: ¡Pero no puede quedar usted así... atado!

DUQUE: Aún no le ha contado al público cómo hemos conocido a Huckleberry y al *Negro Jim*, y mientras lo hace, puede desatarme. *(El revólver se hace más insinuante)*.

REY: ¡Está bien, está bien! *(Al público)* Fue unas cuantas leguas antes de llegar al pueblo del que hablamos recién.

DUQUE: ¡Acérquese y desáteme!

REY: (*Utilizando el relato, trata de tomar tiempo*). Los vimos desde el barco que nos transportaba en la gira teatral por el Mississippi. Estaban sobre la balsa y Huckleberry trataba de esconder al negro. Yo me di cuenta de que se trataba de un negro fugitivo.

DUQUE: Inmediatamente tuvo la idea de denun...

REY: (*Interrumpiéndolo*) ¡Decía que tuve la idea de ayudarlos y así lo hicimos!

DUQUE: (*Irónicamente*) Así como ahora me ayudará a desatarme.

REY: Pero no fue fácil. ¡No señores, no fue fácil! La libertad de un hombre encadenado no es nada fácil. Fue necesario pasar por muchos momentos difíciles. Fue necesario encadenarlo para que los cazadores de negros fugitivos creyeran que era de nuestra propiedad.

DUQUE: ¡La paciencia tiene un límite, *Su Excelencia!*

REY: No la pierda, duque, y recuerde la de Jim. Recuerde cómo nos sirvió durante la gira artística...

DUQUE: ¡Hasta que usted lo entregó por sólo 40 dólares!

REY: Así es. Un alma perversa se dio cuenta de que era un fugitivo y tuvo que dejar que lo lleven por esa cantidad de dinero. Pobre hombre...

DUQUE: ¡Libéreme, antes que...! (*Apunta*).

REY: ¡Lo liberaré, querido mío, lo liberaré! ¡Como hizo Huckleberry con Jim! Porque ese muchacho no se resignó a perder a su amigo y averiguó en dónde vivía el nuevo dueño de Jim y allí se dirigió.

DUQUE: ¡No haga más largas las cosas!

REY: ¡Para liberarlo es necesario primero cavar el túnel!

DUQUE: ¿Qué?

REY: ¡Un túnel! Desde aquí, hasta donde usted se encuentra.

DUQUE: ¡Está loco! ¿Qué necesidad hay?

REY: ¡Es necesario! Ningún prisionero se libera con facilidad de su condición! ¡Voy a buscar lo necesario para hacerlo!

DUQUE: ¡Alto! (*Apunta*).

REY: Tenga cuidado, no sea cosa que se le escape un tiro y provoque una alarma general que llame la atención. ¿Entiende? (*Hace referencia a que eso podría provocar la intervención externa de quienes los perseguían al comienzo*).

DUQUE: Tenga cuidado usted de hacer un movimiento que no le convenga.

REY: Para que la liberación de un prisionero valga la pena, es necesario hacer determinadas cosas... cavar un túnel con las manos y un cuchillito, por ejemplo. O escribir con sangre en una camisa un

mensaje de libertad. ¡O dejar en la celda frases celebres...! ¡Escriba una, por favor!

DUQUE: (*Desesperado, trata de inventar algo*). ¡No sé escribir!

REY: ¡No importa! ¡Al menos invente una que quede para la posteridad!

DUQUE: (*Exasperado trata de escribir algo*). ¡No sé... no sé! ¡Ya está! “¡O me liberan o mato a uno!”. ¿Le gusta?

REY: No es muy poética que digamos, pero algo es algo.

DUQUE: ¡Apúrese, “Su Excelencia”, que yo solo no la pasaré mal! ¡De eso puede estar seguro!

REY: Además, los prisioneros no acostumbran tener pistolas en la celda. Jim, por ejemplo, no tenía ninguna mientras estuvo encerrado. Los prisioneros hacen sus armas con pedacitos de cucharas, o pedacitos de madera, o simulan pistolas de jabón.

DUQUE: Lamentablemente para su relato, ésta no es de jabón.

REY: Los prisioneros escriben mensajes raspando la base de los platos y viven rodeados de culebras y ratones.

DUQUE: (*Apuntando al Rey*) ¡Culebras a las que matan sin piedad!

REY: ¡Pero los mejores, los más grandes prisioneros de todas las épocas, acostumbran a advertir, mediante mensajes anónimos a sus carceleros, la proximidad de la fuga, como un código de honor! ¡Es necesario hacerlo! ¡Es necesario advertir a alguien que usted se quiere fugar! ¡Hágalo, por favor, y con ello quedará libre!

DUQUE: ¡Le juro que es la última! ¿Qué tengo que hacer?

REY: Escriba el mensaje en alguna parte y arrójelo hacia aquí. (*Está muy cerca de la puerta de salida pues poco a poco lo ha logrado*).

DUQUE: ¡Le dije que no sé escribir!

REY: ¡Haga de cuenta que sabe. Garabatee algo, hágalo llegar a alguien del público disimuladamente y será libre!

DUQUE: ¿Con qué escribo? No tengo lapicera, ni papel.

REY: ¡Los prisioneros no disponen de lapiceras! ¡Raspe en un plato el mensaje, por ejemplo! ¡Allí tiene platos de metal! ¡Los prisioneros comen poco, pero comen!

DUQUE: ¿Y con qué escribo?

REY: No sé... con otra cosa de metal... la punta de la pistola, por ejemplo.

El Duque saca un plato de metal del bagaje que han subido a la balsa. Cuando realiza la acción de raspar el plato con la punta de la pistola, el Rey aprovecha y trata de escapar con el dinero. El Duque reacciona y dispara. El disparo hiere al Rey en una pierna.

¡Ahh!

DUQUE: ¡Se lo advertí! ¡Ahora estamos en la misma condición y es mejor que me arroje las llaves del candado y la bolsa si no quiere irse para siempre!

REY: ¡Con el ruido del disparo se alarmará el vecindario! ¡Así no terminó la historia de Huckleberry Finn!

DUQUE: ¡Es verdad! ¡Huckleberry hizo escapar al negro! ¡ Pero ya no tenía sentido porque el negro ya era libre! Su antigua patrona, antes de morir, le otorgó la libertad, como usted hará conmigo, *Su Excelencia*. ¡Vamos! ¡No hay tiempo que perder ni para usted ni para mí!

REY: (*Rengueando, vuelve hacia el escenario*). ¡Primero deje ese revólver a un costado!

DUQUE: ¡Primero arroje las llaves del candado!

REY: ¡Primero la pistola!

DUQUE: ¡Primero las llaves!

REY: ¡Lo hagamos al mismo tiempo! ¡Decídase rápido que el tiro habrá alertado a alguien!

DUQUE: (*Está a punto de hacerlo, pero se detiene*). ¡No!

REY: ¿Por qué no?

DUQUE: Porque si yo me deshago del revólver antes de que usted me dé la bolsa, usted podría escapar fácilmente y eso no es lo que hacen los prisioneros famosos. Usted lo ha dicho, *Su Excelencia*, la cuestión es huir venciendo las dificultades. ¡Por lo tanto le sugiero que primero me arroje las llaves si quiere evitar otro disparo! ¡No se olvide que todavía usted tiene la bolsa!

Se escucha del exterior el grito de personas que se acercan. El Rey, presionado y sabiendo que está en desventaja, le arroja las llaves del candado. El Duque las recoge rápidamente. En ese momento el Rey trata de escapar con el dinero, rengueando y con dificultad. El Duque se da cuenta, y hace otro disparo al aire. El Rey, atemorizado, se detiene.

(*Mientras se libera*) ¡Alto, alto, *Su Excelencia*! ¡Se está llevando algo ajeno!

El rumor de los gritos es más cercano. El Duque tiene la situación a su favor y se acerca al Rey, que trata de defenderse como puede.

REY: ¡Yo soy el Rey! ¡Y tengo que entregar esto a la Liga...!

DUQUE: (*Cada vez más cerca*) Un Rey no hace trámites administrativos. ¡Vamos, deme eso antes de que sea tarde para todos!

El rumor de los gritos es muy cercano.

REY: (*Como último recurso y para no perder del todo la partida, arroja la bolsa a un espectador que se encuentra lejano de su posición*). ¡Él, él será quien se lo entregue a la Liga!

DUQUE: *(Sin poder interceptar el trayecto de la bolsa)* ¡No! ¡Maldito!

REY: *(Haciéndole señas cómplices a la persona que ahora tiene el botín)*
¡Nos vemos... después nos vemos!

Se escuchan los gritos externos al lado de la puerta. Golpes en ella. El Duque trata de llegar hacia donde está el dinero. El Rey, contemporáneamente, ha llegado a la puerta y se da cuenta de que por allí no es aconsejable escapar. Lo que dirá, detiene la acción del Duque.

REY: ¡Estamos cercados! ¡Por aquí no se puede!

DUQUE: ¡El botín, el botín!

REY: ¡Déjalo mejor! ¡Ahora hay que escapar! ¡Si nos encuentran es conveniente no tener nada *entre las manos!*

Gritos y golpes a la puerta más intensos.

VOZ EN OFF: ¡¡Salgan con las manos en alto si no quieren dejar la piel adentro!!

Esta dificultad común provoca un nuevo acuerdo entre ambos.

DUQUE: ¿Qué hacemos? ¿Qué hacemos?

REY: *(Mira hacia el escenario)* ¡Por allí, por allí debe haber otra salida!

Se dirigen hacia allí, pero antes el Duque trata de volver hacia el dinero. Los gritos y golpes en la puerta y la insistencia del Rey hacen que abandone ese objetivo.

¡Vamos, vamos, rápido! ¡Que ya entran!

DUQUE: *(Se dirige a quien se quedó con el botín).* ¡Yo te buscaré! ¡Yo solo! ¡No te olvides!

Escapa hacia el escenario con el Rey. Se escuchan disparos. Al subir al espacio escénico quedan inmóviles con una luz muy sugerente que se va diluyendo muy lentamente, mientras se escucha una voz en off.

VOZ EN OFF: No sabemos si el Rey y el Duque pudieron salvar la piel después del tiroteo. Alguien cuenta haberlos visto vendiendo sus pociones por la orilla del Mississippi. Otros dicen que se convirtieron en verdaderos misioneros en Alaska pero que después de una mala experiencia con los buscadores de oro tuvieron que huir a China. Otros afirman que murieron en México, en la explosión de una cantina, mientras preparaban una nueva poción contra el alcoholismo. Para terminar, el señor Mark Twain nos refiere el haberlos encontrado en el camino a Dodge City mientras trataban de vender almanaques y viejos libros a una caravana de mormones encaminados hacia el Oeste... ¡Y a nosotros nos gusta que sea así, porque nosotros al señor Mark Twain le creemos!

Se escucha la voz del Rey y del Duque cantando una canción de vaqueros del Oeste. La luz, poco a poco, como la canción, se esfuma sobre la silueta de los personajes y con ello llega el Final

Los pedidos del Viejo Miseria

> los pedidos del Viejo Miseria

Versión teatral del capítulo XXI de *Don Segundo Sombra*, de Ricardo Güiraldes. Se estrenó en 2001 en el Centro Cultural Ricardo Rojas de la ciudad de Aguilares, en Tucumán, Argentina.

PERSONAJES

CLOWN 1
CLOWN 2
CLOWN 3

CUANDO EL PÚBLICO ENTRA A LA SALA O AL ESPACIO DE LA REPRESENTACIÓN –YA QUE ESTA OBRA SE PRESTA PARA SER MONTADA EN CUALQUIER ESPACIO– SÓLO HAY EN EL ESCENARIO DOS ESCALERAS TIJERA, UNA MÁS ALTA QUE LA OTRA. DESDE ATRÁS DE LOS ESPECTADORES SE ESCUCHAN LOS GRITOS DE UNA COMPAÑÍA TEATRAL AMBULANTE QUE, A TRAVÉS DE UNA VIEJA BOCINA, LLEGAN DESDE LA CALLE PROMOCIONANDO SU ESPECTÁCULO. TRAEN CONSIGO UN VIEJO Y DESPINTADO CARRITO EN EL CUAL HAY DIVERSOS ELEMENTOS: OLLAS, UNA PEQUEÑA SILLA MATERA, ATADOS CON ROPAS, ETC. DEBEN DAR LA SENSACIÓN DE SER UNA COMPAÑÍA TRASHUMANTE DESVENCIJADA Y POBRE. SUS ROPAS SON CAMISETAS Y PANTALONES CON ALGUNOS REMIENDOS Y AGUJEROS.

ENTRAN CANTANDO, Y CON ALEGRÍA, AL LUGAR DE LA REPRESENTACIÓN. UNA ALEGRE MÚSICA CIRCENSE LOS ACOMPAÑA. SALUDAN INFORMALMENTE A LOS ESPECTADORES Y COMIENZAN A DESPLEGAR SUS OBJETOS EN EL ESPACIO ESCÉNICO. MIENTRAS ALGUNOS VAN COLOCANDO LOS OBJETOS DE ESCENA, UN CLOWN TRATA DE REALIZAR NÚMEROS DE CIRCO DE UNA MANERA INOCENTE Y POCO CREÍBLE, TRUCOS QUE NO SALEN, OTANOCENTES QUE DEBEN PROVOCAR RISA EN EL ESPECTADOR. LOS OTROS COLOCAN AL CARRITO PARADO Y LE PONEN UNA TELA PINTADA ENCIMA TRANSFORMÁNDOLO EN UN RANCHO. TODO AL RITMO DE LA MÚSICA CIRCENSE, TAMBIÉN HAN COLOCADO A LA ESCALERA MÁS BAJA CERCA DEL “RANCHO” Y, SOBRE SU PARTE MÁS ALTA DESPLIEGAN LA ESTRUCTURA DE UN PARAGUAS DEL CUAL CUELGAN BOMBITAS DE CARNAVAL INFLADAS CON AGUA. A LA ESCALERA MÁS ALTA LA UBICAN EN EL FONDO DEL ESPACIO ESCÉNICO. LA SILLA, DE TIENTOS, Y UN YUNQUE CON SU BASE DE TRONCO, SE UBICAN PRÓXIMOS A LO QUE SERÁ LA VIVIENDA DEL VIEJO MISERIA. HAN ENCONTRADO, DETRÁS DE BAMBALINAS, DOS “MECHUDOS” PARA BARRER A LOS CUALES, A LA VISTA DEL PÚBLICO, LE SACAN LOS PALOS Y CONSERVAN EL RESTO QUE LUEGO USARÁN COMO PELUCAS.

UN CARTEL APARECE DETRÁS DEL RANCHO Y DICE GOMERÍA. INMEDIATAMENTE SE DAN CUENTA DE QUE SE TRATA DE UN ERROR Y APARECE OTRO QUE DICE: ERRERÍA, ASÍ, SIN “H”. EL CLOWN 1, EL PRESENTADOR, SE COLOCA UN SACO LLAMATIVO QUE QUIERE APARENTAR CIERTA ELEGANCIA Y HABLARÁ AL PÚBLICO. EL CLOWN 2 SE PIERDE ATRÁS DEL RANCHO PARA CAMBIARSE COMO EL VIEJO MISERIA Y EL CLOWN 3 DESAPARECE DEL OTRO LADO DEL ESCENARIO PARA PREPARARSE EN EL ROL DE JESÚS.

CLOWN 1: *(Al público)* ¡Estimados espectadores, gracias por asistir a esta nueva presentación de la Compañía Teatral Ambulante El Camino es Largo! ¡Hoy, por única vez en esta ciudad, representaremos la inolvidable historia de un viejo herrero llamado Miseria, titulada: *Los pedidos del Viejo Miseria!*

Del rancho, por la abertura de la tela partida, aparece la cabeza del Clown 2, caracterizado como el Viejo Miseria con un poncho y un gorrito o sombrero del Norte argentino. Luego vuelve a meterse adentro.

(Al público) Corrían tiempos antiguos. Era la época de Nuestro Señor Jesucristo que, según dicen, fue el creador de la bondad.

Del otro lado aparece el Clown 3 caracterizado como Jesús. Se ha colocado como peluca el mechudo, una túnica, y cabalga sobre una mula de madera que cuelga de sus hombros y posee las patas traseras. Las delanteras son del actor y las de Jesús son de gomapluma. Trae consigo el otro mechudo y otra túnica que arroja al Clown 1 para que se transforme en San Pedro. Éste, mientras se coloca esos elementos y el otro Clown juega con la mula que renguea, sigue contando al público.

Él andaba de pueblo en pueblo enseñando el Evangelio y curando de palabra a la gente. Llevaba de asistente a San Pedro *(Se señala a sí mismo mientras se viste)* a quien quería mucho por creyente y servicial. En uno de esos viajes, cuando estaban llegando a un pueblito...

El Clown 1 toma las riendas de la encabritada mula y la calma. Ahora interpretará a San Pedro quien hablará con cierta tonada santiagueña.

JESÚS: ¡Alto San Pedro!

SAN PEDRO: ¿Qué sucede, Nuestro Señor?

JESÚS: La mula...

SAN PEDRO: Está debajo de Usted, Nuestro Señor.

JESÚS: Ya sé. Está rengueando.

San Pedro lo verifica.

SAN PEDRO: Parece que ha perdido una herradura.

JESÚS: ¡Pobre animalito de Dios! Fijate, San Pedro, si ves una herrería, que ya estamos entrando al poblao.

SAN PEDRO: ¡Como Usted mande, Señor! *(Observa)*. ¡Allá, allá leo “Herrería”, pero está escrito sin “h”, Señor!

JESÚS: No es tan importante el error, San Pedro. Los últimos serán los primeros, recuérdalo. ¡Gracias a Dios que hemos encontrado una herrería en estos parajes! ¡Vamos hacia allí!

Se dirigen hacia el rancho.

SAN PEDRO: ¡Ave María Purísima!

JESÚS: *(De atrás)* Sin pecado concebida, mi mamá.

SAN PEDRO: ¡Atiendan!

Desde adentro del rancho sale ladrando un perro pila, autóctono exponente del Norte argentino y originario de América. Es una especie de títere de tamaño natural que el Clown 2 maneja desde atrás con una varilla. La mula de Jesús se asusta.

JESÚS: ¡Tranquila, mula, tranquila! ¡Paz, paz entre los animalitos de Dios!

SAN PEDRO: ¡Atrás, atrás, perro maleducado! ¿No ves que éste es tu Señor Jesucristo?

El perro sigue ladrando. De adentro se escucha la voz del Viejo Miseria que lo llama.

VOZ VIEJO MISERIA (MISERIA):

¡Quieto, chischico, quieto!

El perro entra y luego sale Miseria, harapiendo y servicial. Es el Clown 2.

MISERIA: Unas buenas tardes.

SAN PEDRO: Buenas tardes, señor.

MISERIA: ¿En qué puedo servirlos, ma ve'?

JESÚS: ¿Podría usted herrar mi mula que ha perdido una herradura?

MISERIA: Con mucho gusto. Acomodensén en la sala de espera. (*Señala la sillita de tientos*). Ya vuelvo.

Miseria entra al rancho. Cuando Jesús y San Pedro se están acomodando sale de nuevo el perro a ladrar y los levanta de un susto.

SAN PEDRO: ¡La p...! Digo... ¡qué susto, Señor! Bueno... ¡callate ya pues, chischico!

El perro pila sigue ladrando.

SAN PEDRO: Pero... criaturita de Dios, ¿qué no ves que Él es el creador de todas las cosas incluyendo a los perros fieros como vos?

Más ladra el perro, enojado.

SAN PEDRO: Parece que le salió medio sordo el perrito, Señor.

JESÚS: Dejalo por mi cuenta, San Pedro.

Con una movediza mirada, Jesús provoca que el perro pila dé media vuelta en el aire y quede inmóvil. Con otra mirada incisiva lo hace levantar y caminar llorando para atrás.

SAN PEDRO: ¡Ése es mi Señor Jesucristo!

JESÚS: Tengo parientes en Bella Vista, San Pedro.

De adentro sale Miseria con una herradura en la mano y un martillo.

MISERIA: Creo que ésta le va andar bien. ¿Qué número calza?

JESÚS: 42 y medio. Pero como hemos caminado tanto probablemente se le haya estirado a 43.

MISERIA: Ma' ver. (*Levanta la pata de la mula, que se inquieta*).

SAN PEDRO: (*A la mula*) ¡Quieta Lucy, que no es un torno!

MISERIA: Sí, justita le va a quedá.

Levanta el martillo para pegarla pero la mula saca la pata. Juego entre los personajes, con Jesús acariciándole la cabeza al animal y San Pedro sujetándole la pata.

MISERIA: (*Terminando su trabajo*) Listo. Que había sabío se' arisca la mulita, ¿qué no?

SAN PEDRO: Está medio mal criada.

Una mirada candente de Jesús hace enmudecer a San Pedro. Jesús se levanta y la prueba haciendo distintos pasos: el peruano, el de marchas militares, el cruzadito, etc.

¿Cómo anda?

JESÚS: Parece que muy bien.

La mula asiente con la cabeza.

(*A Miseria*) ¿Cuánto le debemos, buen hombre?

MISERIA: (*Luego de observarlos y conmoverse por la pobreza de ambos personajes*) Y... nada. ¿Qué les vuá cobrá? Si ustede parecen más pobres que yo. Sigán nomá, algún día Don Dio me lo pondrá en la cuenta.

JESÚS: Que así sea, mi amigo. Que Dios se lo pague. ¿Cómo es su gracia?

MISERIA: Ante hacía gracias, aura... ni dientes tengo.

SAN PEDRO: (*Interviniendo*) No, amigo. Él ha querido decir: cuál es su nombre.

MISERIA: Ah... no había entendío. Es que habla medio raro. No parece cristiano, che. Bueno... mi nombre es Miseria.

JESÚS: Muchas gracias, Miseria. Y hasta todos los momentos.

La pareja celestial gira y se desplaza por el escenario alejándose del rancho. Miseria entra. La mula camina muy bien y da saltitos elegantes. San Pedro, que lleva las riendas, se detiene.

SAN PEDRO: Nuestro Señor, la verdad es que hemos sido desagradecidos. Ese hombre nos ha herrado la mula y no ha querido cobrarnos nada a pesar de ser muy pobre...

JESÚS: Tampoco teníamos dinero para pagarle, San Pedro. Soy un pobre cristo, el Vaticano queda muy lejos y no nos prestan ni un anillo para empeñar.

SAN PEDRO: No me refería al pago en dinero, Señor. Pensaba que podíamos darle alguna prueba de nuestro agradecimiento por su caritativa acción.

JESÚS: Tenés razón, San Pedro. Volvamos y le concederé tres deseos que él eligirá a su gusto.

Vuelven hacia atrás. Nuevamente sale el perro pila a ladrar, pero cuando los ve, inmediatamente se oculta llorando. Gestos de aprobación entre Jesús y San Pedro.

SAN PEDRO: *(Llamando)* ¡Don Miseria, Don Miseria!

MISERIA: *(Saliendo)* ¿Qué ha pasau? ¿Se les ha salío la herradura o quieren pasá al baño?

SAN PEDRO: No, hijo, no. Éste que ves ahí es Nuestro Señor Jesuscristo...

MISERIA: *(No creyéndole y tomándolo con picardía)* Digalé que se ponga de frente porque de costao casi ni se lo nota, de lo flaco que está...

SAN PEDRO: Es que andamos por los caminos de Dios y eso lo tiene en forma.

MISERIA: Bué... en forma... en formación, será.

SAN PEDRO: *(Retomando)* Digo, hijo, que Él es el Señor Jesuscristo que anda predicando de pueblo en pueblo. Como está agradecido por tu generosidad te concederá tres deseos que puedes pedir a tu gusto.

MISERIA: *(Riendo)* ¿Nuestro Señor? ¿El flaco ese?

SAN PEDRO: ¡No seas descreído, Miseria! Es pecado. ¡Vamos! Podés pedir nomás.

MISERIA: *(Sin tomarlos en serio)* Y bué... ya que insisten. Ma' ver... ma' ver... ¿qué puedo pedir que me haga falta? Ni lu' eléctrica tengo...

SAN PEDRO: Pensá bien antes de hablar.

MISERIA: ¡Pero qué me van a da' ustede, si son mas andrajoso que yo! ¡Ni político deben se'!

SAN PEDRO: ¡No seas irrespetuoso, viejo! ¡Estás hablando con Dios hecho hombre!

MISERIA: ¡Araca la cana! Cada loco con su tema.

SAN PEDRO: *(Enojado, a Jesús)* ¿Escuchó Señor? ¡Nos ha llamado locos! ¡Vámonos de aquí, Señor!

JESÚS: Ya te he dicho, San Pedro, que bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos será el reino de los Cielos. ¡Y no te olvidés más de eso! *(Le da un coscorrón).*

SAN PEDRO: Está bien, Señor, está bien.

JESÚS: *(A Miseria)* Y bien... ¿Ya has decidido?

SAN PEDRO: *(Por lo bajo, le "sopla" a Miseria)* ¡Pedí el Paraíso!

MISERIA: ¡Callate viejo alcahuete!

San Pedro, mordiéndose de rabia, va a sentarse en la sillita. Miseria lo ve.

MISERIA: Quiero... quiero que el que se siente en mi sillita no se pueda levanta de ella sin mi permiso.

Como un rayo San Pedro se levanta.

JESÚS: Concedido. Vamos al segundo deseo. Pensá bien, Miseria, pensá.

SAN PEDRO: *(De nuevo se acerca a Miseria y le habla en voz baja)* Ya te he dicho que pidás el Paraíso.

MISERIA: ¡Pero... salí, viejo andrajoso, ite!

San Pedro, para no reaccionar contra Miseria se acerca al nogal –la escalera más pequeña– y, al ver los frutos –las bombitas de agua– trata de tomar uno. Miseria lo ve.

MISERIA: Quiero... ¡Quiero que el que se suba a mi nogal no se pueda bajar de él sin mi permiso!

Como una luz baja San Pedro.

JESÚS: Concedido. Y ahora, el último deseo. No te apurés, que no hay más.

SAN PEDRO: *(Quitándole a Miseria de las manos una tabaquera, enojado)* ¡Pedí el Paraíso, imbécil!

MISERIA: Quiero que el que se meta en mi tabaquera no pueda salir de ella sin mi permiso.

San Pedro le devuelve la tabaquera, vencido.

JESÚS: ¡Concedido! Que Dios te ayude para que sepas utilizarlos. ¡Vamos, San Pedrito!

SAN PEDRO: ¡Te vas a arrepentir, viejo desconfiado!

MISERIA: ¡Callate, loco! ¡Y que tengan suerte en la procesión!

San Pedro y Jesús se van. Miseria, riendo, vuelve al yunque y, con calma acomoda sus cosas. El Clown 1, vuelve a convertirse en el presentador.

CLOWN 1: *(Al público)* La pareja celestial se fue por el camino largo y cansador. San Pedro protestando y Nuestro Señor tratando de hacerle entender el don de la paciencia.

Sale de escena. Miseria, en el yunque...

MISERIA: Hay cada loco en este mundo... ja, ja, ja... semejantes vagabundos quereme hacé creer que me otorgarán tres pedidos... ¡Ja, ja, ja!... Ve'... ¡Le daría mi alma a ese que me pudiera concedé tres deseos! ¡Le pediría dinero y juventú! ¡Ja, ja, ja...!

Un redoblante se escucha. Es el Clown 1 que lo toca fuera de escena. El Clown 3 aparece, imprevisamente, en el rancho de Miseria, vestido elegantemente. Es La Lujuria, que hablará con cierta tonada cordobesa.

LUJURIA: ¡A tus órdenes, Miseria!

MISERIA: *(Asustado)* ¿Y usté? ¿Qué quiere?

LUJURIA: Vos querías hablar conmigo.

MISERIA: ¿Y quién es usté?

LUJURIA: Soy la Lujuria. Uno de los Siete Pecados Capitales.

Del rancho sale ladrando el perro pila, manejado por el Clown 1. La Lujuria, rápidamente, lo apunta con un gran anillo que tiene en una mano y emite con la boca como un sonido de rayo. Otra cabeza le sale al perro, movilizada por una tansa manejada por el Clown 1. Con dos ladridos diferentes, el perro pila se pierde adentro.

¿Querés más pruebas?

MISERIA: No, amigo. No hace falta. Así que usted es... ¡el mesmésimo Diablo!

LUJURIA: Soy uno de sus emisarios. Somos siete.

MISERIA: ¡La gran siete...! ¡Diosito!

LUJURIA: (*Estremeciéndose*) Tratá de no nombrarlo a ése delante de mí que me pone la piel de gallina, ¿de acuerdo?

MISERIA: Como usted mande, señor.

LUJURIA: Hablabas que darías tu alma a quien te concediera dinero y juventud, ¿verdad?

MISERIA: En eso justo había estao pensando.

LUJURIA: ¡Perfecto! (*Saca un viejo pergamino*). Podés leer el contrato, nomás.

MISERIA: Es que... no sé leer.

LUCIFER: ¡Viejo analfabeto! Escuchá: (*Lee*). “Por el presente contrato el herrero Miseria... (*Deja de leer*). “Herrero” con “h”, ¿entendés?...”

MISERIA: Sí, señorito.

LUJURIA: (*Sigue leyendo*) “... El herrero Miseria se compromete a entregar su alma al Rey de los Infiernos a cambio de veinte años de juventud y dinero a discreción. El pago de la deuda se efectuará dentro de exactamente veinte años a partir de la firma de este documento”. (*Alcanza una pluma para que firme Miseria*).

MISERIA: (*Desconfiando*) ¿Y quién me garantiza que, si yo firmo primero, después no me vuá quedá sin el alma, sin la juventú y sin el dinero?

LUJURIA: ¡Sos desconfiado, viejito, eh!

MISERIA: El Diablo sabe por Diablo, pero más sabe por viejo.

LUJURIA: Bueno... está bien. ¡Esto es para que vayás convenciéndote!

Enfoca el anillo hacia Miseria y éste comienza a girar alrededor de sí mismo. El poncho se le sube a la cara y poco a poco va asumiendo otra actitud física. Cuando deja de girar ya no tiene la barba postiza y aparece mucho más joven.

MISERIA: ¡Dios santo!

LUJURIA: (*Estremeciéndose*) ¡Te he dicho que no lo nombrés en mi presencia!

MISERIA: (*Con otra voz, más juvenil*) Disculpe, amigo. ¿Y el dinero?

LUJURIA: Firmá primero, viejo.

MISERIA: Ya no soy viejo.

LUJURIA: Está bien. ¿Todavía desconfías? ¡Mirá! (*Dirige el mágico anillo hacia sí y aparece en sus manos una bolsa llena de monedas que él mueve para convencer a Miseria*). ¿Y? ¿Firmás o no?

MISERIA: Y habrá que firmá nomás. (*Lo hace*).

LUJURIA: Bien, bien... ¡Todo en orden! (*Le arroja el dinero*). ¡Ahí tenés! ¡Para que no te falte nada en estos años. ¡Que lo disfrutés! ¡Te vengo a buscar en veinte años!

La Lujuria, riendo, se va. Entra el Clown 1, el presentador. Miseria entra jovial a su rancho.

CLOWN 1: ¡Había que ver cómo cambió la vida de Miseria!

El Clown 3 coloca música afuera de escena, y vemos aparecer al joven Miseria bailando con una muñeca de tamaño natural atada a sus pies y desaparecer, alegre.

No hubo fiesta en la que no estuvo. Fue amante de cuanta mujer quiso. No hubo casino en el que no jugó...

La música va cesando.

Pero los años pasan rápido y no tardó demasiado en cumplirse el año vigésimo. De pronto, Miseria se quedó sin un centavo y tuvo que volver a su rancho.

El Clown 1 desaparece. Aparece al lado del rancho el Clown 3, en el rol de la Lujuria. Golpea las manos.

LUJURIA: ¡Miseria, Miseria! ¡Es la hora! ¡Vamos!

Desde adentro sale el envejecido y pobre Miseria.

MISERIA: Está bien. Esperemé un momentito, nomá. Me voy a prepará pa' ir a los Infiernos. (*Vuelve adentro*).

LUJURIA: ¡Apurate que a mí no me gusta esperar! (*Se sienta en la silla y saca una libretita*). ¡Uno más! ¡A este ritmo no habrá más lugar en el Infierno y el Cielo se quedará vacío!

MISERIA: (*Saliendo, con un atadito de ropas a la espalda*) Vamos. Ya estoy listo.

La Lujuria intenta levantarse pero no puede.

(*Ha seguido caminando sin darse cuenta*). ¿Y? ¿Que no estaba apurado?

LUJURIA: ¡Claro que estoy apurado! ¡Pero no me puedo despegar de esta silla!

MISERIA: (*Comprendiendo*) Entonces... el flaco ese y el viejo metido eran...

LUJURIA: (*Luchando por levantarse*) ¿Qué pasa? ¿Por qué no me puedo levantar?

MISERIA: (*Larga una sonora carcajada*) ¡Ja, ja, ja! ¡Entonce había sabío se' verdá!

LUJURIA: ¿De qué te reís, imbécil? ¡Ayúdame a despegarme que tenemos un largo camino hasta los Infiernos!

MISERIA: ¡Y... vamos! ¡Yo ya estoy listo! No se demore, mi amigo. ¡Ja, ja, ja!
¡Levantate si sos diablo!

LUJURIA: (*Siempre intentando despegarse*) ¿Qué diablos sucede?

MISERIA: ¿Y? ¿No sos el enviao de Lucifer vos? A ver, ¡cómo salí de ésta!

LUJURIA: ¡No me desafíes, viejo ladino! ¡Con el Infierno no se juega!

MISERIA: Y si yo no estoy jugando. ¡Vamo! ¡Cuando quiera nomá! Me parece que ya estamos atrasaos.

La Lujuria lucha pero no hay caso.

Don Lujuria, me parece que vamo a tené que negociá nomá.

LUJURIA: ¡No hay nada que negociar! ¡Los veinte años se acabaron, viejo ladino!

MISERIA: ¡Eso e verdá! Pero si te querí despegá de mi sillita va a tené que darme otros veinte año de juventú y dinero a discreción.

LUJURIA: ¡Jamás!

MISERIA: Y bué... vamos yendo, entonces, que su Jefe, el don Diablo, debe está poniéndose nervioso porque no llegamo.

LUJURIA: (*Luchando con la silla*) ¿Qué tiene esta silla? ¿Está encantada?

MISERIA: Puede se'. Y yo solito puedo hacé que te levantés de ahí.

Lujuria no se da por vencido y lucha hasta agotarse.

¿Y entonce? ¿Negociamo?

LUJURIA: (*Exhausto*) ¡Viejo maldito!

MISERIA: ¡Andá sacando el contrato nomá, Lujuria! ¡Y no te hagá el malo!

Con rabia Lujuria saca el papel.

¡Tírameló!

LUJURIA: ¡Vení agarralo vos!

MISERIA: ¡Ooooh! No, don Lujuria. Mejor, tíremeló.

Lujuria debe hacerlo.

(*Miseria observa el papel*) ¡Que sos diablo, che! ¡Éste e' el contrato viejo!

LUJURIA: (*Tratando de engañar al Viejo Miseria*) Ya está tu firma ahí. Sacame de aquí y te daré lo que pedís sin necesidad de firmar nada.

MISERIA: (*Pensando*) Y... ¡No! Hacé desaparecé mi firma anterior y yo vuelvo a firmá. Así va a tené otros veinte añito de validez.

LUJURIA: ¡Viejo desconfiado! ¡Ya me la vas a pagar!

Lujuria apunta el anillo y borra la firma. Miseria, entonces, coloca su dedo pulgar como firma.

¡Ahora soltame!

MISERIA: ¿Y la juventú y el dinero?

Con fastidio Lujuria usa el anillo para transformar nuevamente a Miseria y llenarle los bolsillos de dinero. Una vez joven Miseria le arroja el contrato.

Y bueno... contrato son contrato. ¡Aura ti podí levantá nomá! ¡Y venime a buscá dentro de veinte año!

La Lujuria, sin dificultad, se levanta.

LUCIFER: ¡No sabés a quién estás desafiando, viejo analfabeto!

MISERIA: *(Ya joven y yéndose)* ¡No se me lo enoje tanto, mi amigo! ¡Veinte años no es nada! ¡Y apurate, que don Lucifer tendrá gana de escuchá tus explicaciones!

Miseria sale. Entra el Clown 1, el presentador. Encuentra a Lujuria dudando entre ir al Infierno o no.

CLOWN 1: ¿Y qué le pasa, mi amigo?

LUCIFER: Es que... Lucifer es muy malo.

CLOWN 1: Mientalé, amigo. ¿Para qué es Diablo usted?

LUCIFER: ¡Claro! ¡Para vos es fácil! ¡A vos no te van a quemar entero!

CLOWN 1: ¡Vaya Lujuria, salga de escena que yo tengo que seguir contando la historia!

LUCIFER: ¿Querés que la cuente yo y vos te vas a hablar con mi Jefecito?

CLOWN 1: ¿Estás loco, Lujuria? ¡Tomátelas!

La Lujuria, haciendo "pucheros" sale. Bien pone el pie fuera de la vista del público se escucha una batahola increíble y sus gritos pidiendo perdón.

(Al público) ¡Pobre Lujuria! En fin... la cosa es que Miseria, de nuevo joven y adinerado, recorrió el mundo, gastó dinero en donde pudo y disfrutó cada minuto.

MISERIA: *(Pasa corriendo por atrás, con anteojos de sol y un billete de avión en la mano).* ¡Ya voy, ya voy! ¡Que no despegue el avión que ya estoy llegando!

CLOWN 1: *(Al público)* Pero... claro, todo pasa y todo llega. El vencimiento del plazo se fue aproximando...

Miseria entra de nuevo viejo y camina lentamente hacia el rancho.

Lucifer, el capo máximo del Infierno, advertido de que el Viejo Miseria no era ningún estúpido, preparó mejor a su tropa esta vez.

El Clown 1 sale de escena por el lado en donde está el rancho y va a prepararse para tomar el rol de La Gula.

MISERIA: *(Viejo y caminando despacio hacia el rancho)* Y bué... no me puedo quejá. Que hi disfrutao, hi disfrutao. No mi hi perdió ni una sola oportunidad de pasala bien. Pero... digo yo... ¿a quién diablo se le habrá ocurrido la idea de inventá la vejez y la muerte? Si es tan lindo viví...

En el rancho ya están esperándolo La Lujuria y La Gula, el Clown 3 y el 1, respectivamente. La Lujuria tiene un ojo todavía en computas.

LUJURIA: ¡Ahí viene! ¡Ése es! ¡Hay que estar atentos!

GULA: *(Habla con acento catamarqueño, casi con esdrújulas)*. Ésta vez no ha de escáparse.

MISERIA: *(Llegando)* ¡Ave María Purísima!

La Lujuria se estremece. A La Gula se le escapa...

GULA: ¡Sin pecado concévida!

Un golpe de La Lujuria trata de ubicarlo.

(A La Lujuria) ¡Y bueno... si soy catamárqueño! ¡Somos todos créyentes de la Virgen del Valle por ahí!

MISERIA: ¿Hace mucho que me esperaban?

LUJURIA: ¡No te hagás más el gracioso, Miseria! ¡Te ha llegado el momento, no tenés escapatoria!

MISERIA: Por lo que veo el señor no ha venío solo. *(A La Gula)* ¿Y usted, quién e'? ¿Otro Diablo?

GULA: Exactámente. Soy otro pecado cápital: La Gula, pa' sérvirle. ¡Ja, ja, ja!

MISERIA: Mucho gusto. Como nunca mejor dicho. Bué... saco mis cosas y se vamo. Pueden sentase mientras esperan

La Gula intenta hacerlo pero La Lujuria lo detiene.

LUJURIA: ¡Quieto, gordo! ¡Apurate, Miseria, te esperamos de pie que para eso somos Diablos! ¡Qué diablos!

MISERIA: Como gusten. Si gustan pueden cortá esas nueces de mi árbol. *(Señala la escalera con la estructura de paraguas con bombitas de agua colgando)*. Son las más sabrosa que tendrán oportunidadá de comé en sus pobres vida de diablo. *(Entra en el rancho)*.

La Lujuria, como un soldado firme, no se mueve. A La Gula se le hace agua la boca. Comienza a acercarse al árbol.

LUJURIA: ¡Gula! ¡Tené cuidado, no seas goloso!

GULA: ¡No te preocupes! ¡Si hay una pocas caídas por aquí! *(Prueba)*. Mmmm... ¡Son buénisimas!

LUJURIA: ¡Tené cuidado que este viejo es un demonio!

GULA: *(Cada vez más entusiasmado empieza a subir al árbol)*. ¡Dios mío! ¡Nunca he próbao nueces más ricas que éstas! ¡Este árbol es una téntacion tótal! Párecen de agua... *(Come entusiasmado. Las bombitas de agua se revientan cuando las muerde)*.

LUJURIA: *(De abajo, tentado)* ¿Son buenas? ¿Son ricas?

- GULA: ¡Excelentes!
- LUJURIA: ¡Tírame unita!
- GULA: (*Elige la más chica*) ¡Toma! (*Se la arroja*).
- LUJURIA: (*La Lujuria la prueba y se entusiasma.*) ¡Tírame otrita!
- GULA: ¡Ohhh! ¿Qué quieres te la coma por vos, también? ¡Súbite si quieres comer!
- La Lujuria sube y comienzan a luchar por las frutas-bombas de agua. De pronto una bomba de agua vuela hacia la platea, luego otra y otra, provocando una fiesta carnavalesca con el público. Cuando las terminan, entra Miseria con su atadito de ropas haciéndose el tonto.*
- MISERIA: Vamo yendo nomás. ¿Estaban ricas, que no?
- GULA: ¡Inmejorables!
- LUJURIA: Bajemos, Gula, que Lucifer nos espera.
- Al intentar hacerlo, no pueden. Están pegados al árbol.*
- GULA: ¿Qué pása, mámita querida?
- LUJURIA: ¡No puede ser!
- MISERIA: (*Larga la carcajada.*) ¡Ja, ja, ja, ja! ¡Parecen loros los dos ahí arriba!
- LUJURIA: (*Moviendo el árbol*) ¡Otro engaño! ¡Por Dios! (*Solo se estremece*).
- GULA: (*Desesperado*) ¡Virgencita del Valle! ¡Ayúdanos! ¡Quiero bájar!
- MISERIA: ¡Tírate nomá que yo ti recibo aquí abajo!
- GULA: (*Llorando*) ¡No puedo, no puedo! ¡Mámita querida!
- LUJURIA: ¡Viejo endemoniado! ¡Ya me las vas a pagar! ¡Bajanos ya mismo de aquí!
- MISERIA: No se me lo enoje, don Lujuria. Si quiere voy a llamá a los bombero. Aquí tenimo, no como en el Infierno que no debe habé.
- Ambos Diablos sacuden el árbol pero nada se modifica.*
- GULA: (*Llora a pulmón pleno*). ¡Lucifer nos mata! ¡Mámita querida!
- LUJURIA: (*Componiéndose*) ¡No llores así, gordo! Seremos malos, pero dignos.
- MISERIA: ¿Tení ahí el contrato, Lujurita?
- LUJURIA: ¡Ni loco! ¡Nos quedaremos aquí todo el tiempo que sea necesario!
- MISERIA: ¡Ay, que malo había sabío se'! ¿Y que van a comé ahí arriba?
- GULA: (*Explota en otro ataque de llanto*). ¡Quiero bájar, quiero bájar!
- MISERIA: Tengan cuidao con los changuito nomá. ¡A la siesta los van a hondear de lo lindo!
- GULA: ¡Quiero bájar, quiero bájar! (*A La Lujuria*) ¡Tírale el cótrato, por fávör!
- LUJURIA: ¡Ni loco! ¡El capo nos mata!
- GULA: ¡No púede! ¡Si somos diablos nósotros! ¿Cómo va á hácer?
- LUJURIA: ¡Nos va a torturar!

MISERIA: Si tienen gana de ir al baño, e' al fondo a la derecha.

LUJURIA: ¿Qué péor tortura quieres que quedarse aquí? ¡Dame ese cótrato!

Los Diablos luchan en el árbol. La Gula logra sacarle el contrato a la Lujuria y se lo arroja a Miseria. Éste lo ve y, con la mirada, le hace un gesto a La Lujuria.

MISERIA: ¡Vamos, don Lujurita, que en el teatro no conviene repetí!

Vencido, La Lujuria, con su anillo repite el procedimiento otorgando otros veinte años a Miseria que se transforma nuevamente.

GULA: *(Al ver a Miseria joven)* ¡Éste va a nacer de nuevo!

MISERIA: Bueno, estoy apurao, che. Tengo un bailongo que me espera. Pueden bajá nomá. ¡Hasta dentro de veinte añito!

Ambos Diablos caen pesadamente al piso. La Gula aún más, por supuesto. Maltrechos, se recomponen.

LUJURIA: ¡Culpa tuya!

GULA: ¡A mí no me grites!

Se pelean. En un momento el Clown 1 "rompe".

CLOWN 1: ¡Paremos, che, que tengo que seguir con la historia!

LUJURIA: ¡Tuya ha sido la culpa! ¡Ahora Lucifer nos va a fusilar con el lanzallamas!

La Lujuria sale de escena. Queda el Clown 1, que se saca su ropa de Gula y habla al público.

CLOWN 1: ¡Qué paliza les dio Lucifer! La Gula fue enviado a un spa y bajó 50 kilos. La Lujuria fue exiliado a un convento, aunque dicen que no la pasó tan mal. En fin... ¡un infierno! Entre tanto Miseria disfrutó cuanto más pudo. Y, como imaginarán, el tiempo pasó. Esta vez el Rey de los Malos no podía perder la partida así que decidió venirse él mismo y traer a todos los diablos detrás suyo, sin olvidarse de ninguno.

Desaparece entre bambalinas mientras Miseria, viejo nuevamente, vuelve al rancho.

MISERIA: ¡Qué manera de divertirse, ve'! ¡Qué lindo es viví! ¡Y disfrutá! ¡Ay, qué vinito mi hi tomao, por Dios! *(Con la boca imita el ruido de una botella que se destapa)* ¡Y todas ellas me han gustao!: rubia, morocha, gorda, flaca, petisa, alta, chueca, derecha, vieja, joven, mala, buena... ¡Todas me han gustao! ¡Y los amigos! ¡Como se himo refo con los amigo poniéndole sobrenombres a todo el mundo...! ¡Fuentón de achura...! a una gorda... ¡Ja, ja, ja!... ¡Gato de iglesia!... a uno que el padre le da de comé, ¡Ja, ja, ja!... ¡Cómo se himo divertío!... Y bué... veamo qué pasa aura...

Al lado de su rancho aparece el Clown 3 en el rol de Lucifer. Lleva una capa roja, tiene aspecto de "cajetilla", anteojos oscuros y habla con acento

porteño marcando las "r". Después de él, el Clown 1 se ha colocado un armazón con seis cabezas que representan, junto a la suya, La Gula, los Siete Pecados Capitales. Lucifer se comporta de un modo fanfarrón y altanero.

LUCIFER: (*A los otros Diablos*) ¡Ahí viene el *cabecita negra* este! ¡Vamos a ver si conmigo se hace el pícaro!

GULA: (*Hablando por los Diablos*) ¡Le demos duro, Jefe!

LUCIFER: ¡Callate imbécil! ¡Aquí, el que habla soy yo! ¿Viste?

MISERIA: (*Aproximándose*) ¡Ehhh...! ¡Cuánto diablo juntos! ¿Qué, los han desalojado que se han venío pa'mi rancho?

LUCIFER: ¡No te hagas el *banana*, pibe! ¡Mucho *rollo* nos hiciste en el Infierno! ¡Prepará tus pertenencias, flaco, y vamos! ¿Viste?

MISERIA: ¿Y en qué se vamo a í, tanto que somo?

LUCIFER: En el subte, querido. Ése va por abajo y nos deja más cerca. ¡Pero qué vas a saber vos lo que es un subte, *cabecita negra*, *bolita*, aborigen del interior! ¡Andá buscá tus cosas y apurate que tengo muchos *fatos* que desarreglar!

MISERIA: ¿Y usted, quién e', después de todo?

LUCIFER: ¿Cómo que quién soy? ¡Atrevido! ¡Soy el mismísimo Satanás, Lucifer, Luzbel, el Diablo o como se te guste llamarme! ¡Soy el Rey de todos los Infiernos y sus alrededores! ¡Todo lo demás es *interior*! ¿Viste?

MISERIA: ¡Documento!

LUCIFER: (*Sorprendido*) ¿Cómo?

MISERIA: DNI o Cédula Federal, pa' que verifique su identidad.

LUCIFER: ¡Pero escuchénlo a este negro autóctono! ¡Pedirme documentos a mí, al mismísimo Demonio! ¡Aurate antes que te rompa todo de un mamporro! ¿Viste?

MISERIA: No le creo. Muchos se hacen pasá por el don Diablo. Parecen pero no son.

LUCIFER: (*A los Diablos*) ¡A ver, ustedes! ¿Quién soy yo?

TODOS: ¡Nuestro Señor Jefe y Capo, el malo entre los malos, Satanás, Luzbel o Lucifer!

LUCIFER: ¿Has escuchado viejo rasposo? ¡Vamos ya para el Infierno que ahí vas a saber lo que es bueno! ¿Viste?

MISERIA: Lo que e' malo, en todo caso. Pero... don, no le creo. A ver, si usted e ese tal Satanás, tendrá poderes enorme, ¿qué no?

LUCIFER: ¡Por supuesto pibe! ¡Pateo con las dos! ¡*Refuno* todo el mundo y sus alrededores! ¡Estoy en el centro del mundo, en la capital de los piolas! ¡Lo demás... chatarra!

MISERIA: Y bué... así ha de se'. Pero, ya que dice usted que e' tan poderoso, ¿por qué no me da prueba de su gran poder? Ya que es un indocumentao... ¿vota usted?

LUCIFER: ¡Me votan, pibe, me votan!

MISERIA: Bueno, entonces... con más razón, haga algo que demuestre que usted es el que dice que es.

LUCIFER: *(A los Diablos)* ¡Pero fíjense en este irrespetuoso! ¡Poner en duda mi entidad! ¿Que querés que haga, clase "C"? Pedí y te vas a sorprender de mi poder.

MISERIA: No lo dudo, don, no lo dudo... pero si usted es tan poderoso como afirma que es... ¿podría hacerse chiquito, del tamaño de una hormiga y hacer que todo eso Diablo se metan dentro suyo y después, todo junto, meterse en mi tabaquera?

LUCIFER: ¿Si papá puede hacer esa minucia? ¡Ja, ja, ja! *(A los Diablos)* ¿Qué piensan de la pavada que me pide este subdesarrollado?

DIABLOS: ¡Ja, ja, ja, ja!

MISERIA: Mucha risa, mucha risa... pero hasta que usted no se haga una hormiga chiquitita al igual que todo los diablo, no le va a creer. No le veo uña pa' guitarrero.

DIABLOS: ¿Cómo? ¡Preparate, viejo inmundo, para ver de lo que soy capaz!

Lucifer lanza un grito. Las luces se pagan. El Clown 3 hace explotar un cohete de pirotecnia. Humo. Cuando las luces vuelven, ni los Diablos ni Lucifer están a la vista.

MISERIA: ¡Epa! ¡Parecía Año Nuevo! ¿Y adónde está don Lucifer?

Desde atrás se escucha la voz finita de Lucifer que, se supone, viene del suelo. Allí lo busca Miseria.

LUCIFER: ¿Y ahora, te convencés, negrito? ¿Viste?

MISERIA: ¿Y los otros Diablos? ¿Están adentro suyo? ¡Ma' ver!

DIABLOS: ¡Síiiii... aquí estamos adentro de él!

MISERIA: *(Sacando la tabaquera)* Y bueno... entren aquí y ya me convencen. *(Toma la "hormiga" del suelo y la introduce en su tabaquera. Luego lanza una gran carcajada).* ¡¡Listo, listo!! ¡Ja, ja, ja!

LUCIFER: *(De adentro)* ¿De qué te reís, atrofiado?

MISERIA: *(Hablandole a la tabaquera)* De nada... de que usted no van a poder salir más de mi tabaquera hasta que yo lo disponga, nomá.

LUCIFER: ¿Cómo?

Se escucha el fragor del movimiento adentro. Gritos, lamentos, insultos. Miseria sacude la tabaquera y esto aumenta los gritos de dolor. Miseria ríe a las carcajadas.

DIABLOS: ¡Ayyyy! ¡Estamos apretados aquí...! ¡Nos falta el aire!

MISERIA: ¿Qué, no era tan poderoso, don Lucifer, Luzbel o Sataná, que le dicen?

LUCIFER: ¿Qué pasa? ¿Por qué no puedo salir? ¿Qué hiciste grasa de cuarta?

MISERIA: Ahí nomá se han de quedar hasta que a mí se me antoje. ¡Ja, ja, ja!
Y e' mejor que se porten bien por que si no... *(Va hacia el yunque, coloca la tabaquera sobre él y la golpea con el martillo.)*

DIABLOS: ¡No, no... ay... ay... ay!

LUCIFER: ¡Dejanos salir, Miserita!

MISERIA: ¡No quiero! ¡Ahí se han de quedá! ¡Mucho mal le han hecho al mundo como pa' andá suelto! *(Los golpea de nuevo con los consiguientes gritos de dolor.)*

Aparece el Clown 1, en su rol de presentador.

CLOWN 1: *(Al público)* Y así hizo Miseria. Todos los días, para no perder la costumbre, les daba una buena paliza.

Miseria vuelve a golpear la tabaquera.

Para esos pobres diablos eso era un verdadero Infierno. Y fueron pasando los años. Y sucedió que, al no haber más mal en el mundo, porque todos los diablos estaban encerrados, desaparecieron las peleas, los litigios y los enfrentamientos. La gente no se enfermaba. No había más odio ni envidia ni guerra ni dolor. Pero no todos estaban felices. Sucedió que abogados, jueces, médicos, policías y todos los que son autoridad y viven de las desgracias ajenas, quedaron sin trabajo y comenzaron a adelgazar.

Se escucha la sirena de una ambulancia. Entra el Clown 3 vestido de médico. El Clown 1 sale de escena. El médico se dirige a Miseria.

MÉDICO: *(Exánime y con suero en el brazo)* Disculpe, ¿usted es el Viejo Miseria?

MISERIA: Sí. Soy yo.

MÉDICO: Dicen que usted tiene encerrados a todos los Diablos del Infierno en su tabaquera. ¿Es verdad?

MISERIA: Así, doctor.

MÉDICO: ¿Y cuándo los va a soltar?

MISERIA: ¡Ni pienso soltalo!

MÉDICO: Pero... ¿Sabe qué pasa, señor?... La gente ya no se enferma más.

MISERIA: ¡Eso sí que e' bueno!

MÉDICO: Los que están viejos y se tienen que morir se van al Cielo con una sonrisa entre los labios...

MISERIA: ¡Qué buena noticia, don!

MÉDICO: ¡No hay más accidentes ni catástrofes!

MISERIA: ¡Mejó... imposible!

MÉDICO: Mejor para ellos... Pero, ¿para mí?

MISERIA: ¿Y qué le pasa a usted? ¿No lo pone contento también?

MÉDICO: Yo soy médico.

MISERIA: Muy bien. Lo felicito. ¿Y di ai?

MÉDICO: Yo vivo de las enfermedades de las personas.

MISERIA: Creo que va a tené que buscase otro trabajo, doctor.

MÉDICO: ¿No podría soltar aunque sea a unito? Con La Gula bastaría. Con unos cuantos empachos al mes ya me alcanza para sobrevivir.

MISERIA: Y no, señor. Es imposible.

Desde atrás se escuchan unos chistidos. Es el Clown 1, caracterizado como el Abogado. Llama al Médico.

ABOGADO: ¡Chist, chist!

MÉDICO: ¿A mí me llama?

ABOGADO: Sí, a usted. Escuche: déjelo por mi cuenta. Soy abogado. Y de los mejores.

MÉDICO: ¡Por favor! ¡Convénzalo! No aguanto más. *(Sale)*.

ABOGADO: *(Con falsa gentileza, se aproxima a Miseria)* ¡Amigo Miseria! ¿Cómo anda?

MISERIA: ¿Y a usté... quién lo conoce?

ABOGADO: Soy abogado, querido amigo. ¿Cómo van las cosas por aquí?

MISERIA: Mejor que nunca.

ABOGADO: ¿No se siente solo?

MISERIA: No. Mire... tengo a todo ésto, que me acompañan. *(Señala a los Diablos encerrados y luego los golpea con el consabido lamento adentro)*.

ABOGADO: ¡Pobre gente! ¿No les tiene lástima?

MISERIA: ¡Para nada! Mucho mal li han hecho al mundo.

LUCIFER: *(De adentro. El Clown 3, desde bambalinas hace la voz de Lucifer que se escucha con interferencias)* ¿Miseria, Miseria?... Cambio... ¿Me oís?... Cambio...

MISERIA: *(Pegando la oreja a la tabaquera)* Si, ti oigo. Cambio.

LUCIFER: Hacele caso al señor, por favor. Cambio.

MISERIA: ¡Callate que ti vuá pegá otro golpecito! Cambio.

LUCIFER: ¡No, no... dejá nomás! Cambio y fuera.

ABOGADO: Mi amigo Miseria, quiero proponerle un trato.

MISERIA: Soy todo oído, doctor. *(Aparte)* Y todo son dotore...

ABOGADO: *(Saca una importante suma de dinero)* Suelte a esos pobres Diablos.

MISERIA: Ya no quiero eso, doctor. Hi tenío todo el dinero que quería pero ya mi hi aburrío. Ahora estoy má tranquilo así.

ABOGADO: Estoy dispuesto a pagarle lo que quiera pero... lárquelos.

MISERIA: No hay caso, don doctor.

ABOGADO: Miseria... Miseria... ¡Puedo iniciarle un juicio según el artículo número...!

MISERIA: Inicie nomá, dotor. Ni juece hay ya.

ABOGADO: La Ley dice que...

MISERIA: Sin mal no hay Ley, don dotor.

ABOGADO: ¡Con usted no se puede hablar! ¡Ni negociar!

MISERIA: Y si no hay nada que negociá. ¿Qué, va a pedí la jubilación, don dotor?

ABOGADO: (*Enfurecido*) ¡Se va a arrepentir, viejo leguleyo, se va a arrepentir! (*Sale*).

Miseria les da unos buenos golpes a los Diablos. Por un costado entra el Clown 3 en el rol de Militar. Entra marchando con un papelero en la cabeza que hace de casco. Lleva un fusil.

MILITAR: Uno, dos, tres, media vuelta... ¡March! ¡Altooo! ¡Vista, izquierdaaaa! ¡Dessssscansen! (*Adopta la actitud del descanso militar*). ¿Usted es el ciudadano Miseria?

MISERIA: Así es, don.

MILITAR: ¡Ciudadano Miseria! ¡Le ordeno que suelte a los Diablos de la tabaquera de inmediato!

MISERIA: Y... no, don.

MILITAR: ¡Ciudadano Miseria! ¡Puede ser fusilado por esto!

MISERIA: ¿Y por qué me han de fusilá?

MILITAR: ¡Ciudadano Miseria! ¡Desde que usted tiene encerrados a los Diablos no hay más guerras en el mundo!

MISERIA: ¡Y eso tá bien, qué tanto!

MILITAR: ¡Ciudadano Miseria! ¡Los hombres de armas no podemos seguir así! ¡Nos van a dar de baja!

MISERIA: ¡Y bué!... ¿Qué má quiere? Se va a quedá en la casa a tomá mate. Con la patrona.

MILITAR: ¡Ciudadano Miseria! ¡Le ordeno que me dé esa tabaquera!

MISERIA: ¡Cómo no, Don General! ¡Aquí tiene! (*Entrega la tabaquera*).

El Militar hace fuerzas para abrirla repetidas veces pero no puede. Exhausto, la devuelve a Miseria.

MILITAR: ¡Ciudadano Miseria! ¡Ábrala usted, si no, va a ser fusilado!

MISERIA: ¿Fusilao? ¡Lo único que me faltaba!

MILITAR: ¡Ciudadano Miseria: prepárese para morir!

MISERIA: Desde que hi nació estoy preparao, don.

MILITAR: ¡Compañía... presenten armas! (*Lo hace*). ¡Compañía, apunten! (*Lo hace*). ¡Compañía... fuegoooo! (*Se arrodilla y aprieta el gatillo*).

De la boca del fusil sale una flor. Miseria va a juntarla ante el asombro del Militar.

MISERIA: ¡Pero qué amable había sío, don General! Gracia por el regalo.

El Militar, desorientado, no sabe qué hacer.

¿Por qué no se dedica a cuidá jardine, General? Yo ya le veo habilidá pa' eso.

MISERIA: ¡Compañía... retirada! Un... dos... tres... (*Marchando, se retira con la cabeza baja*).

Miseria queda solo con sus Diablos.

MISERIA: Y bué... la verdá e' que ya mi hi aburrío en este mundo. Creo que ha llegao la hora de rumbiá pa' los Cielos que bien ganaos me los tengo por habé liberao al mundo del mal.

Silbando, se despide de las cositas de su rancho y se dirige hacia el fondo del espacio escénico en donde está ubicada la escalera más alta. Desde ese lugar se escucha un sonar de violín hecho con la boca. Aparece, del otro lado de la escalera tijera, el Clown 1, en su rol de San Pedro que ensaya en un violín una chacarera. Miseria comienza a subir del otro lado. Cuando llega a la mitad, golpea las manos.

¡Abran, abran! ¡Santa María Purísima!

San Pedro deja de tocar y cantar y sube hasta el extremo. Desde allí divisa a Miseria que está en la otra hoja de la escalera.

SAN PEDRO: (*Sorprendido*) ¿Y vos? ¿Qué hacés por aquí?

MISERIA: Y vengo a quedame, nomá... Permiso...

SAN PEDRO: ¿Adónde te creés que vas, viejo ladino? ¿Creés que los santos no tenemos memoria?

MISERIA: (*Haciéndose el tonto*) Disculpe, don santo. ¿Qué, se conocimo nosotros?

SAN PEDRO: (*Enojado*) ¡Claro que nos conocemos! ¿O ya te has olvidado del Señor que te ha concedido los tres pedidos esos que has sabido usar *muy bien* en la vida?

MISERIA: Algo... algo... me quiero acordá... pero ha pasao tanto tiempo...

SAN PEDRO: Yo te voy a hacer acordar mejor. ¡Tres veces te dije que pidieras el Paraíso y tres veces lo has rechazado! ¡Y me llamaste "viejo metido"! ¿Te acordás ahora?

MISERIA: Y... no. ¡Tantos año!

SAN PEDRO: ¡Por supuesto que te acordás! Pero ahora estás jodido, Miseria, aquí en el Paraíso ya no podés entrar porque habiéndotelo ofrecido tres veces, tres veces lo has negado!

MISERIA: Es que yo no sabía que eso zaparrastroso eran...

SAN PEDRO: ¿Cómo has dicho?

MISERIA: Yo no sabía que don usté era don usté y que el otro señor delgadito era don Jesús. O sea, Nuestro Señor y su santo preferido, don San Pedrito...

SAN PEDRO: ¡No te vengás ahora con zalamerías! Eso te pasa por juzgar por las apariencias.

- MISERIA: ¡Pero... don santito San Pedrito, yo hi usao muy bien eso pedío que el don Jesús mi ha concedío. Hi liberao al mundo del mal.
- SAN PEDRO: ¡Ahhh! ¿Y vos creés que has hecho bien?
- MISERIA: ¡Y claro! ¡Como aquí los tengo a todito los diablo encerraos, no hay má dolor en el mundo!
- SAN PEDRO: ¡Has hecho muy mal! ¿No ves que, siendo el mundo como es, no puede prescindir del mal! ¡Nadie te ha pedido tus servicios!
- MISERIA: ¿No puedo entrar, entonces?
- SAN PEDRO: ¡No, señor!
- MISERIA: ¿Y si me pasara uno añito de espera en el Purgatorio? Pa' pagá las culpa, ¡y listo!
- SAN PEDRO: ¡No, señor! En el Purgatorio sólo pueden entrar las almas destinada al Cielo y como vos no vas a entrar jamás aquí porque lo has negado tres veces, no podrás entrar ni en el Purgatorio ni en el Cielo. ¡Vas a tener que pagar tus culpas en el Infierno!
- MISERIA: ¡Pero si en el Infierno no hay naides! ¡Todo los diablo están aquí dentro!
- SAN PEDRO: ¿Has visto lo que has logrado? ¡Te has quedado sin ubicación ni en el Cielo, ni en el Purgatorio, ni en el Infierno!
- MISERIA: ¿Y si los suelto a lo Diablos me dejará entrar?
- SAN PEDRO: ¡No me chantajeas, viejo atrevido!

De adentro de la tabaquera se escucha la voz de Lucifer.

- LUCIFER: *(Con interferencias)* ¿Miseria...? ¿Miseria?... Cambio... cambio... ¿Me escuchás? Cambio.
- MISERIA: ¿Es el móvil uno o el dos? Cambio.
- LUCIFER: Aquí móvil uno... Lucifer... cambio.
- MISERIA: Escucho má mejor, móvil uno. Cambio.
- LUCIFER: Larganos, Miserita. Te propongo un trato. Cambio.
- MISERIA: ¿Cuál trato? Cambio y hable má fuerte...
- LUCIFER: Nosotros escarmentamos con vos, Miserita. Larganos y nosotros te prometemos que te dejaremos volver a la Tierra y nunca más te iremos a buscar. San Pedro es testigo. Cambio.
- SAN PEDRO: ¡Ahí está, ves! ¡Aceptá, viejo zorro! Desde ahora la Miseria será cosa del mundo porque es tan espantosa que en ninguna parte quieren aceptar su existencia. ¡Volvete a la Tierra, Miseria! ¡Hasta la vista y que Dios te acompañe... si es que todavía conserva la paciencia!

"Tocando" el violín y cantando, San Pedro descende por el otro lado de la escalera y se pierde en bambalinas. Miseria también baja por su lado y llega al suelo con la tabaquera en la mano. Camina hacia su rancho.

MISERIA: Y bué... así nomá ha de tené que se'. (*A la tabaquera*) Y ustedede, ¿prometen no molestame má y dejame tranquilo en mi ranchito?

LUCIFER: Cambio... cambio... ¡Sí, Miseria, prometemos!

MISERIA: ¿Y cómo vuá está seguro yo que no se trata de una trampa?

LUCIFER: ¡Te lo juramos por Dios! ¡Y San Pedro es el garante! El Cielo ya lo ha dispuesto y, aunque no parezca, en mucha cosas estamos de acuerdo.

MISERIA: Está bien. Pero ante me quiero despedí de ustedede pa' que no se olviden má de mí. Cambio y fuera. (*Va hacia el yunque y golpea con fuerza a los Diablos*).

Lamentos y gritos.

Y bué... que sea lo que Dios quiera. (*Abre la tabaquera*).

Apagón y movimiento de luces acompañados de gritos, alaridos, relámpagos y truenos.

DIABLOS: (*En off*) ¡Rajemos, rajemos, antes de que se enoje de nuevo!

MISERIA: ¡Qué apuraos los señore Diablos! Se ve que no quieren haceme compañía. (*Coloca el cartel de ERRERÍA con el error ortográfico*).

Del rancho sale el perro pila ladrando.

Y bueno... habrá que volvé a acostumbrase. Parece que me vuá tené que queda por esto lao por un buen tiempito. (*Entra al rancho silbando*).

El perro pila ladra un poco más y luego también entra. Inmediatamente se escucha la música circense del comienzo y entran los tres Clowns.

CLOWN 1: ¡Y así termina la historia del Viejo Miseria!

CLOWN 3: ¡O de por qué la Miseria se instaló en el mundo!

CLOWN 2: ¡O la historia de *Los tres pedidos del Viejo Miseria!*

CLOWN 1: ¡Nosotros seguiremos...!

CLOWN 2: ... ¡Recorriendo el mundo...!

CLOWN 3: ... ¡Y escapando de la miseria...!

CLOWN 1: ... ¡Y todavía esperando...!

CLOWN 2: ... ¡Que alguien nos ofrezca...!

CLOWN 3: ... ¡Uno...!

CLOWN 1: ... ¡Dos...!

CLOWN 2: ... ¡Tres...!

TODOS: ... ¡¡Pedidos!!

Al compás de la alegre música y bailando, los clowns se retiran por la platea. Con ello llega el FINAL

Crónica de la errante
e invencible
hormiga argentina

> **crónica de la errante e invencible hormiga argentina**

Primera parte, en su versión definitiva, se estrenó el 19 de octubre de 2005 en la Sala Gassman del Teatro del Orologio de la ciudad de Roma, Italia.

Algunos fragmentos de imágenes poéticas fueron tomados de Manuel Scorza, así como también sirvió de mucho el texto de Miguel Bonasso *El palacio y la calle*, como crónica de las jornadas del 19 y 20 de septiembre de 2001. Mi agradecimiento intelectual hacia ambos autores.

PERSONAJES

ACTRIZ-NARRADORA

EN EL FONDO DEL ESCENARIO VACÍO, AL CENTRO, E ILUMINADA POR UNA LUZ AZULADA, HAY UNA DELGADA COLUMNA DE ESAS QUE SIRVEN PARA INDICAR LAS CALLES O LAS DIRECCIONES. EN SU PARTE MÁS ALTA, HAY DOS CARTELES CRUZADOS INDICANDO DIRECCIONES OPUESTAS QUE NO DICEN NADA. EL ESCENARIO ESTÁ LIMITADO POR UN TAPETE CLARO EN DONDE SE DESARROLLARÁ LA ACCIÓN.

DESDE EL PÚBLICO ENTRA LA ACTRIZ. SE TRATA DE UNA MEZCLA DE HORMIGA VIAJERA Y DE EXPLORADORA. CARGA EN SUS ESPALDAS UNA BOLSA ENORME Y UNA PEQUEÑA VALIJITA.

SE DETIENE FRENTE AL INDICADOR Y DUDA. INTENTA UNA POSIBILIDAD Y SE FRENA. DUDA, INTENTA OTRA Y TAMBIÉN DESISTE. DEPOSITA EL EQUIPAJE EN EL PISO. VUELVE A LA PRIMERA POSIBILIDAD, SE DETIENE, INSISTE EN LA SEGUNDA PERO TAMPOCO LA CONVINCE. ASÍ REPITE, "IN CRESCENDO", HASTA LOGRAR UN FRENÉTICO MOVIMIENTO COMO ESAS HORMIGAS QUE HAN PERDIDO EL RUMBO DE LA HILERA Y NO SABEN HACIA ADÓNDE IR. AGITADA Y CONFUNDIDA SE APOYA EN UN ÁNGULO DEL TAPETE PARA CALMARSE. TOMA AIRE. LUEGO, SACA UNA LONITA. LA ABRE. NO HAY NADA. OBSERVA ALREDEDOR, ELIGE UNA DIRECCIÓN Y HACE LA ACCIÓN COMO DE ARROJAR UNA PIEDRA HACIA DELANTE, COMO CUANDO SE LO HACE PARA HACERLA DESLIZAR SOBRE EL AGUA. MIRA EN TODAS LAS DIRECCIONES.

No hay distancia en el ocaso,
Sólo una pincelada ocre
Y un abismo entre las vísceras y el alma.
No hay distancia en el ocaso,
Sólo el olor de la esperanza
que sigue huyendo, callada.

Levanta la bolsa y la trae hasta proscenio. Allí la deposita. La abre. Su interior está repleto de tierra. La actriz introduce las manos y, como acariciándola, amasándola, habla.

Mi padre nunca me llevó de vacaciones. No es que no quisiera. No podía. Su mayor alegría era llevarme los domingos a un río de montaña no muy lejano de la ciudad en que vivíamos. Trabajaba también los sábados y recuerdo que él me acostaba las noches luminosas de ese día, el sábado, con un abrazo cómplice como queriéndome decir: “Mañana, mañana vamos al río”.

Quizás pensaba que así me devolvía los otros días de la semana en que casi no nos veíamos.

Me costaba dormirme. Repasaba en mi memoria los que habíamos preparado para llevar: una cañita de pescar (*Extrae de la tierra una pequeña caña ya gastada por el pasar del tiempo*), una lupa para observar los insectos que encontraríamos (*La saca*) un cuaderno (*Lo extrae*) para que escribiera, con mi letra todavía vacilante, lo que me había pasado ese día y una lonita doblada. (*La mira*).

Me dormía escuchando el futuro. Ese otro día. Y escribía, en mi cabeza, lo que todavía no había visto. Ese otro día.

Su mano caliente me sacudía, con dulzura, yo abría los ojos y lo primero que hacía era buscar la luz de la ventana con el temor de que lloviera y el paseo se postergara.

Había sol. Siempre hubo sol.

El ómnibus que nos llevaba tardaba un siglo en llegar. Probablemente siempre fuésemos al mismo lugar en ese río.

Pero nunca fue igual, aunque lo fuera.

Papá me hablaba de los insectos, de las plantas, del agua... y mi lupa recorría una geografía de colores.

Pero el momento más esperado era el del *sapito*.

Él tenía una habilidad especial para arrojar una piedra plana sobre el río y hacerla *saltar* sobre el agua... el *sapito*.

Y contaba las veces que lo hacía... tres... cuatro... llegaron, un día, a seis los *saltos* de la piedrita que parecía viva.

Yo intentaba pero no podía. La tiraba, no rebotaba ni una sola vez y ya se hundía. Él me miraba como diciéndome: “No importa”. Y buscábamos otras pequeñas piedras planas que él juntaba en la lonita que, para eso, llevaba.

Y yo intentaba... e intentaba... “No importa, ya lo lograrás”.

El río anaranjado era la señal para la vuelta. Y la última piedrita que esperaba su acuático destino resumía todas mis esperanzas. (*Hace señas de que esa también se hunde*).

“No importa, ya lo lograrás”.

Era una invitación para otra vez.

Y volvíamos a casa. Él hablándome de todo lo que sabía y yo feliz de tener algo para esperar: el próximo domingo. A la cañita no la usábamos, porque nos daba pena lastimar los peces y tampoco al

cuaderno porque nunca escribí una palabra en él.
No se puede escribir lo que se siente. Es convertirlo en pasado.
Y lo que yo sentía era la espera del *próximo río...* de esa pequeña
piedra lanzada hacia adelante.

La actriz cambia el registro evocativo de su relato.

A veces pienso que nuestras esperanzas son como esa piedra de los
mil saltos.

Busco esa piedrita desde que me fui de mi tierra. Y cada nuevo río
que descubro es el mismo que siempre vi.

A veces pienso que siempre estaré dividida entre el irme y el volver.
Caminé por otras tierras y conocí la curiosidad y la nostalgia... y
ese espacio sin medida, que es la distancia.

Parece que nuestra madre, esa cosa inasible que llamamos Patria, o
nos aniquila o nos devora. Y que nuestra geografía y nuestros
conflictos nos provocan una inmensa capacidad de resistencia.
Hemos desarrollado nuestra piel de hormigas como si fuera de
cocodrilos pero conservamos el alma de poetas. Y empujamos, en
donde estemos, hacia adelante.

*La Actriz se coloca un pañuelito de hincha anudado en sus cuatro puntas
y actuará como tal.*

¡¡Maradona contra Pelé!!

O ¡¡Pelé contra Maradona!!

Es éste el verdadero dilema del presente. El Ser o No Ser
shakespeareano del momento.

Se trata ni más ni menos que de la Guerra entre las Guerras, digamos
que de la Madre de todas las Guerras.

Aunque cualquier Madre es necesariamente una guerra.

Guerra que nuestros limitados ojos no verán, Guerra que ya se
prepara en las galerías y túneles subterráneos del Planeta.

Es éste, el que vivimos, un mundo de apariencias. No todo es como
parece. No sabemos que, debajo de nuestros pies, dos ejércitos se
preparan para una batalla de características épicas.

¿Quiénes son los contendientes? ¿Quiénes decidirán el futuro del
mundo sin que nosotros lo sepamos?

- Los émulos de Maradona, de un lado.

- Los seguidores de Pelé, del otro.

Bush y Osama Bin Laden son literales hormigas en comparación a
estos dos bandos poderosos. Sí, porque esos millones de
combatientes que se preparan a morir o a vivir, unos con las camiseta
celeste y blanca con el 10 maradoniano, otros con la casaca amarilla
del Rey negro, son precisamente ¡¡hormigas!!

Estos diminutos insectos que con ligereza pisamos son los verdaderos dueños del mundo. Porque no es el imperialismo Yankee el que domina el Globo. Ésa es una de las tantas apariencias. ¡No! Es el imperialismo argentino que, con banderas celestes y blancas, avanza incontenible por los cinco continentes.

¡Así es, incrédulos amigos! La verdadera dueña del mundo, por ahora, es la invencible hormiga argentina, la *Linepithema Humile*, ó *Iridormyrmex Humilis*.

Ay... qué paradójicos somos los argentinos... ¡tener una hormiga que se llame "Humile"!

Se trata de una especie formidable de hormiga que se destaca entre las 10.000 especies clasificadas de este insecto. Y lleva el nombre patrio porque tiene su origen en las pampas y selvas argentinas.

Lo extraño del comportamiento de mis connacionales es que cuando se encuentran en nuestro territorio de origen se combaten entre ellas, pero cuando se hallan en el extranjero, o sea cuando se convierten en turistas o emigrantes llevadas por barcos, caravanas o quién sabe por qué otro medio de locomoción, se unen y juntas y en coordinación derrotan a las pobres hormigas del país ocupado. ¡¡De tal manera el Imperialismo hormigo-argentino ha conquistado casi todo el mundo!!

¡¡Aunque parezca increíble los EE.UU. son argentinos!!, por abajo, sí, California es argentina, Washington es argentina, Nueva York es arrrrrrgentinaaaaaa!!

¡Y eso no es nada!

Tengo que comunicarles que también hemos conquistado Europa. La Hormiga Maradoniana ha conquistado España, Francia, Italia y todos los países de la Comunidad Económica Europea. No hay Tratado de Maastrich para las hormigas argentinas ni bonos argentinos en *default*. ¡¡Génova es argentina, París es argentino, Roma es argentina, el Vaticano es argentino!!

Ni la guardia suiza pudo ahuyentar el despliegue de la Invencible Armada celeste y blanca. No hay gamexane capaz de marear a nuestro insecto ni criatura que le haga sombra. ¿Quiénes observan las profundas cavilaciones del Santo Padre en los humildes jardines vaticanos y se pasean entre sus pies sin picarlo? Las hormigas argentinas. ¿Quiénes están presentes sin ser vistas en los coloquios más secretos que se llevan a cabo en las estancias vaticanas? Las hormigas argentinas.

Hemos sido capaces de conquistar el centro del verdadero Poder Temporal. ¡Y sin que nadie se dé cuenta!

¡¡Ni Gardel, ni Evita, ni Perón, ni Borges, ni el machismo criollo, ni la prepotencia porteña han logrado lo que estos humildes y cooperativos insectos han alcanzado!!

La hormiga argentina representa todo lo que los argentinos no representamos: cohesión, solidaridad, organización, proyecto colectivo, fidelidad a la especie. Es, en realidad, el negativo de nuestro ser nacional, que ya es oscuro de nacimiento.

Las hormigas argentinas nos están llevando al cenit del éxito internacional. ¡¡ Nos han convertido en dueños del 70 % del Planeta!! Pero no todo es color de rosas.

Nos amenaza un peligro terrible.

Desde el sur del África avanza, también incontenible, una negra marea de millones de infantes. ¡¡ Es la temible Hormiga Africana!! Esa especie que lleva como estandarte la insigne figura de Pelé... brasileño él, claro, pero de seguros antepasados africanos.

La voraz hormiga del continente negro también arrasa con las especies que se le oponen y va subiendo hacia el norte por desiertos, selvas y sabanas con determinación preocupante.

Quieren llegar a Europa y conquistarla.

La Guerra, entonces, será inevitable.

Es más, los servicios de inteligencia de los futuros contendientes ya operan camuflados en el campo enemigo.

Hay hormigas argentinas espías que hablan el zulú sin acento extranjero.

Hay hormigas africanas que, como Michel Jackson, se han sometido al mismo proceso de decoloración y están infiltradas en los hormigueros argentinos.

¿Y cuándo será el Encuentro definitivo? ¿El Apocalipsis Infernal?

No se sabe. Pero pronto.

¿Y en qué lugar será la Batalla ecuménica?

No se sabe.

¿Quién ganará?

Tampoco se sabe.

La victoria dependerá del suelo y del clima en donde ambas armadas invencibles choquen sus pinzas.

Si la lucha se desarrolla en tierras áridas y calientes tiene más posibilidades de vencer las africanas. Pero por penales, claro.

Si, en cambio, el encuentro se produce en tierras templadas o frías, es más probable que el partido lo ganen las argentinas.

Hay que dejarlas que suban, entonces. Que atraviesen los desiertos del norte de África y que se embarquen para Europa. No hay que pedirles permiso de residencia ni nada por el estilo, ¡Libre inmigración! Les regalemos Sicilia, Calabria, Nápoles —que crean que han tomado el santuario de nuestro ídolo— y que lleguen a las orillas de Roma. Ahí las esperaremos. No hay clima más conveniente que el de Roma, en donde ya somos dueños y señores. Templado y

fértil. ¡¡Que en la Ciudad Eterna sea la lucha final, entre ruinas y debajo del Coliseo!!

Las hormigas africanas caerán en la trampa, el verdadero e ignorado mundo subterráneo tendrá música de tango y seremos exitosos e invencibles por el resto de los Tiempos.

La actriz, saca una valijita más pequeña. Alcanza a leerse TIERRA EXTRAÑA. NO PROMETIDA. La abre y, efectivamente, adentro también hay tierra. Extraña, claro. Saca una enorme lupa y observa. Lee...

“Supermercado Discount Service, a toda hora a su servicio...”.
(Quizás esto lo lee en otro idioma y lo traduce).

¡Eyy! Es un enorme hormiguero... Claro... y no podían faltar... hay hormigas argentinas de compras...

Ahora “escuchará” y relatará lo que ve.

—¿Viste lo que cuesta AQUÍ la manteca?

—Se reviraron los chantas éstos. ¡¡4 euros!!

—Y ni se parece a la manteca ARRRRGENTINAAA.

ACTRIZ: Porque no hay como las cosas argentinas para los argentinos que están fuera de Argentina. Aunque se trate de hormigas.

—Che, y... ¿si la llevamos?

—Y claro que la tenemos que llevar.

—No. Si la llevamos sin pagar, digo.

ACTRIZ: Y claro, siempre asoma eso que, a veces nos pone orgullosos, y que denominamos VIVEZA CRIOLLA.

Total, éstos ni controlan. Mirá la cara de nabos que tienen las hormigas empleados.

—Se confían, hermano, se confían.

ACTRIZ: Mmmm... la deseada manteca se enfila, con disimulo, en la manga o... no, no, en el bolsillo de la anatomía hormiguera.

—Vamos, che, rajemos pero con disimulo.

ACTRIZ: Ahora se dirigen, apuradas, hacia la puerta.

—TRINGGRINNGGSLOMMRIIIIRRIIIIGGGGGTTTTUTITU!!

—Whatwishnatableondichaer?

ACTRIZ: ¡¡Uyyy!! ¡Las agarraron!!

—¿Qué decís? ¿Vos entendés algo, entendés?

—Ni jota.

—¿Whatwishnatableondichaer?

—Somos hormigas argentinas nosotras.

—Si, arrrrgentinasssss.

—Hierhierhier... caman hier... came hier...

ACTRIZ: ¡¡Se las llevan!!, ¡¡se las llevan detenidas!! No... no... no se acostumbra a tanto en estos *civilizados* hormigueros. Las conducen a una habitación reservada ¿A ver qué pasa?

—¿Whatwishnatableondichaer?

—Che, me parece que habla de...

—¿De qué?

—De... de la manteca.

—¿Cuál manteca?

—¿Whatwishnatableondichaer?

—Y habrá que devolverla.

—¿Y si nos meten en cana?

—¡Nosotros somos arrrgeentinasss, che, no ladrones!

—¡¡Whatwishnatableondichaer!!

La intención de la frase ahora es imperativa.

—Parece que se puso nervioso el hormigón gringo.

—¡Y bueno, devolvele esa manteca de dos mangos, che!

—¡Y si vos la tenés!

—Pero... ¿por qué se te dio por levantar algo ajeno a vos?

—¿A mí?

—El señor va a creer que somos ladrones! ¡Devolvele YA eso al señor!

—Pero... si fuiste...

—¡¡¡Whatwishnatableondichaer!! ¡¡KAPUTTT!!

—No se enoje, hormigón. ¿Cuánto cuesta?

—¿What?

La actriz hace la mímica del valor del dinero. La actriz hace responder al guardia con los diez dedos.

—¿Diez? Si costaba cuatro.

—¡Pero... si no estamos en Argentina, ahí los precios suben, aquí no!

—Ten, ten, ten, o ¡¡¡Whatwishnatableondichaer!! ¡¡KAPUTTT!!

—Pagale.

—Pagale vos. Si vos fuiste el de la idea.

—Tengo cinco nomás.

—¡¡TEN, TEN, TEN!!

—Espere señor, espere un momentito. ¡¡Dale, desenfundá antes de que este hormigón tipo mono blanco nos dé un golpe de karate!! Y aquí estamos solas, nos faltan nuestras compañeras, que si nó...

—¿Y con qué volvemos a la casa? Tengo cinco y nada más.

—Y pasaremos gratis en el metro.

—Tomá, tomá, pagale.

—(*Muy amable*) Aquí tiene, señor.

—Good, good. Merci. Grazie. Gracias.

Las dos hormigas argentinas se miran.

—¿Podemos irnos, señor?

—(*Con acento extranjero*) Por allá es la salida.

ACTRIZ: Pufff... bueno, la sacaron barata. Ya están en la vereda, digo, en el túnel de salida del Súper. Pero... ¿qué dicen? ¿Qué gritan?

—¡¡Pero ustedes no tienen el dulce de leche, carajo!

—¡¡Ni el mate!!

—¿Qué clase de supermercado se creen que son? ¡Pura marca, nomás! ¡Envenenan el hormiguero!

—¡Dale, che, corré, corré que el hormigón blanco está saliendo!

—Y... ¿para dónde corro?

—¡Para el metro!

—¡Pero si no tenemos el boletito!

—No importa eso. ¡Somos arrrgentinaasss, nosotras! ¿O ya te olvidaste?

—Tenés razón.

ACTRIZ: ¡¡Corran!! ¡¡Corran!!

—¡¡Qué van a ser supermercado ustedes!!

—¡Almacén de barrio son!

—¡No tienen mate!

—¡Ni dulce de leche!

—¡Ni saben tratar a las hormigas!

—¡Ya vamos a volver con nuestras hermanas!

—¡Y ahí van a saber lo que es bueno!

La actriz hace como que recibe a las hormigas fugitivas en su mano que salen de la pequeña valijita, las acaricia y las deposita, con cuidado, en la tierra. Música. La actriz se maquilla.

Pero no hay, amigos, hormigas como la hormiga argentina. De dos a tres milímetros de largueza. Un tórax... ¡¡dos tórax!!... y antenas de 12 movimientos. Y unas patas... mmm... largas... largas. Un olor... un olor a pampa argentina y una cola... mmm... una cola que, cuando se mueve, deja estrábicos a los animales de la creación. Ya pasó en el Arca de Noé con el Elefante.

La Actriz representará la escena de "La hormiga y el elefante".

ELEFANTE: (*Canta un segmento del tango "Garúa"*)

"Garúa, sólo y triste por la acera
va mi corazón..."

¡Ay, qué nostalgia! El amor... el amor es como esta agua que cae y que se escapa de mis dedos sin que pueda retenerla...

Entra, ahora, la Hormiga también cantando.

- HORMIGA: “Sombras nada más entre tu vida y mi vida,
sombras nada más entre tu amor y mi amor...”
- ELEFANTE: ¡Es ella, es ella, la hormiga argentina, que viene a pasear por la proa.
Por fin voy a verla!
- La Hormiga, provocativamente, se balancea.*
- HORMIGA: (*Canta*). “Llueve, detrás de los cristales llueve y llueve...”
- ELEFANTE: ¿Puedo acercarme a usted, hormiguita?
- HORMIGA: Hágalo con cuidado, es usted un animal monstruoso.
- ELEFANTE: (*Herido*) ¿Monstruoso yo?
- HORMIGA: Sí, porque es desmesuradamente enorme... aunque... aunque hay algo en usted que... que...
- ELEFANTE: ¡Siga, siga, hormiguita, que Noé está en la popa!
- HORMIGA: No... no puedo decirlo...
- ELEFANTE: ¡Hable, por favor, que mi corazón de doce kilos cuando late así de fuerte me hace doler el pecho!
- HORMIGA: No, no y no. Seréne y hágale caso a su naturaleza animal.
- ELEFANTE: No puedo serenarme. Todo el día pienso en usted, hormiguita. En sus patas flexibles, en los movimientos sensuales de sus antenas, en esa colita parada...
- HORMIGA: Hago gimnasia, elefante. Y todo lo que usted nombra son meros atributos de mi especie.
- ELEFANTE: ¡La amo!
- HORMIGA: Eso es antinatural.
- ELEFANTE: ¡La amo más que a cualquier animal del Arca! ¡Quiero crear con usted una nueva especie! ¡¡El Hormigofante!!
- HORMIGA: ¿Qué dice? ¿Quiere que llame al veterinario?
- ELEFANTE: No me importa lo que haga. ¡Hágame detener, si quiere! Pero... espóseme.
- HORMIGA: Sí, le haré poner esposas.
- ELEFANTE: No, no... cásese conmigo.
- HORMIGA: Señor Elefante, entre usted y yo hay demasiadas cosas que nos diferencian.
- ELEFANTE: Todo es relativo. Hasta las medidas y las distancias. La llevaré en mi lomo para siempre, jugará al tobogán en mi trompa y girará mareada por la redondez de mis orejas. Conocerá el África, la India...
- HORMIGA: Eso no me seduce porque soy viajera por naturaleza. Y conquistadora además.
- ELEFANTE: ¡Claro que es una conquistadora! Mire cómo mi mole corpórea se rinde a sus ocho patas.

HORMIGA: No hablo de eso. En el futuro mi especie conquistará el mundo.

ELEFANTE: ¡Yo soy su mundo, hormiga! ¡Y enorme!

HORMIGA: No podríamos vivir juntos, elefante. usted ocupa 1.000 veces más espacio que yo y por lo tanto se configuraría una situación injusta.

ELEFANTE: La injusticia es la desesperanza.

HORMIGA: ¡Pero...! ¿No tiene ojos, elefante?

ELEFANTE: ¡El amor es ciego!

HORMIGA: ¡Con razón! ¡Necesita cambiarse las córneas!

ELEFANTE: ¡Yo le haré conocer los quirófanos del placer! ¡Quiero amarla!

HORMIGA: ¡Noooo...! ¡Me aplastaría!

ELEFANTE: Soy un suave bailarín enamorado. Sus formas me enloquecen.

HORMIGA: (*Coqueta*) No sea mentiroso. Estoy un poco delgada.

ELEFANTE: Es porque camina mucho... del trabajo al hormiguero y del hormiguero al trabajo. ¡Déjeme que la estreche entre mis patas delanteras!

HORMIGA: ¡No, no y no! Me despeinaría.

ELEFANTE: ¡Permítame que mi trompa le bese las pestañas!

HORMIGA: Elefante, usted no tiene la más mínima noción de la escala. ¡No me moleste más y váyase!

ELEFANTE: Si me coloca con la trompa para arriba le traeré suerte.

HORMIGA: Ud. no es un elefante blanco.

ELEFANTE: Puedo pintarme.

HORMIGA: Ocuparía demasiada pintura.

ELEFANTE: No hay caso. Estoy perdido.

La Hormiga y el Elefante se saludan nostálgicamente. La Hormiga desentierra de su valija un ajado papel de grandes dimensiones, escrito con enormes letras. Lo lee y sonríe.

HORMIGA: A pesar de los años, todavía me manda cartas de amor. (*Lee*).
 El amor puede esperar años
 en el fondo de algún cajón,
 u olvidado en los armarios.
 El amor sabe que “tiempo”
 es una palabra inútil,
 y que “pasado”
 es un sabio engaño del futuro.
 Pasan los años,
 y a medida que te vuelves más pequeña
 arrojas una sombra más larga.

Dobla el papel y lo guarda con cuidado. Luego se acuesta y mira de costado la tierra.

Cuando era niña me pasaba horas acostada en la hierba para observar el lento crecimiento de las plantas.

Quería ver cómo se estiraban, cómo se desperpezaban, cómo se hacían fuertes buscando la luz... En esa inmóvil posición en la cual, a veces, soportaba el áspero reproche de mi madre, me hice una más de las hormigas a quienes veía transitar afanosamente sobrecargadas de peso. Las seguía con la mirada e imaginaba adónde iban, qué largos viajes hacían, cómo vivirían, cómo se comunicarían, imaginaba... imaginaba... No sabía todavía que esos diminutos seres estaban conquistando el mundo. Claro, lo que pasa es que ellas siempre avanzan hacia delante, en cambio... nosotros somos un pueblo seducido por la muerte.

La Actriz levanta un poco de tierra.

¿Qué decías vos, abuelo? “Nada fue mejor que antes” (*Levanta otro puñado*). ¿Y vos, Nona? “Atrás está el futuro, m’hija” y cantabas... En el pasado hierve la esperanza.

Detención y Muerte. El Tiempo como coágulo... Un fatalismo abrazado a lo que ya no es.

La Actriz se aproxima de nuevo a la bolsa con tierra, la tapa como si fuese una almohada y se acuesta. De pronto se levanta sobresaltada y evoca...

¡Es domingo! (*Mira hacia una supuesta ventana y se da cuenta de que es aún de noche*).

Buscaba la luz del pasillo que mis padres dejaban encendida para que no me asustara si me despertaba en medio de la noche.

¡Papá...! ¡Papá!

Su sombra somnolienta se balanceaba trayéndome sus manos.

Y yo volvía a bailar con la felicidad.

Todos los atardeceres lo esperaba sentada en el umbral todavía caliente de mi casa.

Y verlo aparecer en la esquina era prolongar el día.

Tenía miedo de que, alguna vez, no llegara.

“Ya va a venir”, decía mi madre y se sentaba a mi lado quizás con un temor más gastado por los años.

Y yo olía que, en sus ropas de comida, había amor.

En la espera de ambas había amor.

Y si se demoraba un poco más de lo previsto, ella comenzaba a mover impaciente las piernas.

Así intuí la muerte: en esa posibilidad de no verlo más iluminando las veredas.

Y así intuí, también, la vida, como una espera activa, como un acto de amor, tan enorme y tan pequeño.

Y con olor a comida.

Cuando éramos niños
y los padres nos negaban
diez centavos de fulgor,
a nosotros nos gustaba
desterrarnos a los parques
para que vieran que hacíamos falta,
y caminaran tras su corazón
hasta volverse más humildes
y pequeños que nosotros.

Entonces era hermoso regresar.

Pero con el tiempo
encallan de verdad los barcos de juguete;
atrasamos túneles, deudas, años,
y son las tres de la tarde,
y no le sale el sol a la nostalgia.

Un día, un impresor misterioso
pone la palabra “tristeza”
en la primera plana de los diarios
y caminando comprendemos
que estamos en una cárcel de muros movedizos.

Y comenzamos a planear la fuga
hacia el, tal vez, imposible regresar.

Es por eso que las hormigas argentinas son nuestra esperanza. Ellas no se detienen en el pasado, miran sólo hacia adelante y los resultados están a la vista...

La Actriz mira hacia abajo como si escuchara algo.

ACTRIZ: ¿Qué?

Se agacha más.

No entiendo. ¡Más alto, por favor!

Se agacha aún más.

(Escucha). “¿Y Gardel?” “Nadie... cantará mejor el tango... que Carlitos Gardel”...

¡Pero si Gardel murió hace años!

Otra voz le llega desde otro ángulo del escenario

VOZ 1: Si Evita viviera sería hormiguera...

Otra voz en otro lugar. La actriz corre para escuchar.

VOZ 2: “Maradooooo....Maradooooonaaaa”

¡Pero si Maradona ya no juega más!

Desde otro lugar, otra “voz”. Ella va hacia allí.

VOZ 3: Perón, Perón que grande sos....!

¡Perón ya no existe más! ¡¡Basta, bastaaaa!! ¿¿Ustedes también??

No hay caso, aunque nuestras hormigas vayan irremediadamente hacia delante y alguna que otra sea poeta, son, indudablemente, argentinas.

No se piense que todas fueron rosas para la especie. En realidad, algunos tuvimos que irnos para sobrevivir.

¡¡Tantas veces nos patearon el hormiguero!!

¡O nos ahogaron con el más eficaz veneno!! ¡¡O nos arrojaron litros y litros de agua hirviendo!! ¡¡O nos quemaron con sofisticados lanzallamas!

Avanzan tres misteriosos vehículos por la desierta avenida.

Buenos Aires, respira humo y sudor en la tarde del verano austral del 2001.

Los autos se detienen en el medio de la 9 de Julio, la avenida más ancha del mundo.

Arden, en la Plaza de la República, tres camionetas que los manifestantes han dado vuelta e incendiado.

Una columna de humo se alza como un amenazante árbol negro...

Lo primero que se siente es el calor... un calor con olor a kerosén... la fila continúa, imperturbable, su planificado caminar...

Por la avenida ardiente, cientos de manifestantes resisten una y otra vez la carga de la policía. No es una dictadura la que reprime, es un gobierno elegido por el propio pueblo que hoy se ha levantado y no quiere escuchar más las súplicas de los políticos de siempre. De los tres vehículos sin identificación oficial descienden nueve hombres de civil. Uno de camisa blanca, carga el negro chaleco antibalas de la Policía Federal Argentina...

De pronto, el sol se enciende. Una llamarada quema el aire... Algunas se detienen, vuelven hacia atrás, se tocan las cabezas, se comunican... huelen el peligro...

El Toba, con más de cincuenta años, es un militante sobreviviente de los años setenta. Su experiencia no lo engaña: los nueve hombres, a una distancia de 150 metros, desenfundan armas largas sobre los capós de los autos...

La enorme sombra humana se acerca. Mueve el soplete como si fuera un fulgor de muerte...

Uno de los asesinos apunta hacia el Toba desde los autos. Éste intuye lo que va a pasar, da un grito y se tira al suelo antes de que estallen los fogonazos...

El ruido inunda el aire como un volcán que ha estallado. Y las llamas buscan la indefensa hilera que, ahora, se ha desbandado...

A tres metros de distancia del Toba, un hombre mayor, pelado y gordo, que acaba de bajar a la calzada para ver lo que está pasando, vuelve sobre sus pasos como buscando su destino y cae de rodillas, ensangrentado, aferrándose a una de las mujeres que lo acompaña...

El olor a los cuerpecitos quemados inunda el aire... hay chillidos de dolor por todas partes. Pero hay algo conmovedor en esas "insignificantes" muertes...

El Toba, de reojo, lo ve morir. Apenas un vómito de sangre, una bocanada y se queda tieso...

... algo de conmovedor en esas muertes porque, ante el fuego, ante el peligro, las hormigas se separan en parejas, y de a dos, bien juntas, bien pegaditas, esperan la muerte.

El Toba gira y ve caer a un joven de unos 25 años con espesas rastas de jamaiquino...

Algunas, las menos, buscan desesperadas la salvación, hay que entrar, hay que avisar, hay que salvar a las demás...

El Toba se arroja sobre el muchacho y lo pone de cara al cielo...

... pero no llegan a hacerlo. Son, ahora, pequeñas partículas de humo que se disuelven en el cielo.

El joven respira y comienza a tener convulsiones...

La boca del soplete apunta al orificio de entrada. Adentro, el movimiento es feroz... los cuerpos se chocan, se acabalgan, se lastiman...

El Toba observa que se le ha enroscado la lengua y está por ahogarse...

Una bola de fuego entra como una estrella de luz que evapora todo lo que encuentra...

Le desanuda la lengua y lo moja una bocanada de sangre...

En las entrañas de la tierra, todo se ha recalentado... huele a ácido lo que ha quedado de esos pequeños cuerpos calcinados.

No le encuentra la herida. Pero cuando le pone la mano en la nuca el dedo se le hunde en un agujero pegajoso...

El muchacho tiene un balazo en la nuca.

Algunas, que han sobrevivido, se quedan inmóviles, el instinto les indica que se han salvado, protegidas en algún recoveco de la tierra.

El Toba tapa el hueco de la herida con su dedo para que no se desangre...

Entonces se escucha el inconfundible rumor del agua...

Una amiga del hombre pelado y gordo que vomitaba sangre pide ayuda a los gritos. La esposa no entiende, no acepta lo que está ocurriendo... El hombre está muerto.

Es el mismo ruido que, en las lluvias de verano, ingresa en hilos y moja la tierra dándole un sabor inconfundible.

El Toba también grita pidiendo ayuda...

Pero esta agua quema... es una marea ardiente que inunda todos los rincones...

... Y sigue presionando en el agujero de la nuca y lo libera por segundos para evitar un coágulo...

La certeza de la muerte las reúne. Como un inmemorial rito de amor vuelven a juntarse en parejas.

“¡No se me va a morir! –piensa el Toba...– ¡No va a desaparecer! ¡¡no voy a dejar que desaparezca!!”.

Primero las moja el vapor incandescente...

Un taxi se detiene y cargan al joven herido en su interior. El Toba se da cuenta de que el muchacho está morado, ha hecho un paro cardíaco...

... Después el agua hirviendo que transforma a la realidad, en nada.

Empecinado, el Toba le da una trompada feroz en el pecho, un golpe tan duro que le fisura la clavícula al moribundo, pero lo trae de vuelta a la vida.

Hay un silencio milenario en las vísceras de la tierra.

El taxi llega al hospital... Bajan al joven como pueden...

Ya nada más se mueve. Todo ha vuelto al inescrutable origen.

“El examen radiológico de cráneo, realizado en la morgue judicial, revela la presencia de un cuerpo extraño con características de

proyectil de arma de fuego, que se proyecta en área frontal derecha”. El reporte policial lanza una cifra: “Fueron aproximadamente 30 los muertos en las jornadas del 19 y 20 de diciembre de 2001 que son de público conocimiento”.

Aunque el muchacho de rastras jamaquinas, gracias a alguien que lo abrazó a la vida, ha logrado sobrevivir.

La Actriz mira hacia la encrucijada. Realiza la misma secuencia del comienzo y vuelve al proscenio.

- EL DESTERRADO: Patria,
no puedo escribir tu nombre sin morirme.
Aunque aprendí de niño,
no me salen derechos los renglones,
a cada sílaba tropiezo con cadáveres,
detrás de cada letra encuentro un hombre ardiendo,
y no puedo ni cerrar la letra “a”
porque alguien grita como si se quedara adentro.
- LA PATRIA: Vuelve a tu casa,
levanta mi corazón del polvo,
devuélvele la cara al desterrado,
derriba el muro que nos separa de la dicha.
- EL DESTERRADO: Vengo del Odio,
vengo del salto mortal de los balazos,
está mi corazón sudando plumas,
sólo oigo el zumbido de la pena.
- LA PATRIA: ¿Qué esperas para volver?
Tu casa no es tu casa.
Sangra la mesa, el pan humea,
hacen señas los sillones aterrados.
¿Qué esperas para volver?
¿No ves los muertos parpadeando?
¿No ves los cuartos desangrándose por las ventanas?
- EL DESTERRADO: ¡Patria de cenizas!
Yo soy el desterrado
que no encuentra la puerta en las pensiones,
que en las calles,
y en las terrazas
y en las cocinas,
y en mi pecho
algo se está muriendo
al final de cada día.
- LA PATRIA: Vuelve a tu casa,
la vida vivirá.

Están tristes mis montañas
y tiritas en la nieve de sueños terribles.
Sé que nos esperan carnívoras tinieblas,
pero sé también que no podrán contra el amor.

EL DESTERRADO: ¡Ay Patria, te conozco!
Atravesé negras gargantas,
cruce calles de pobreza.
¡Ay Patria, te conozco!
Ahí el pan se viste de fantasma.
Yo mismo estiré la cama
donde expiró mi vida vacía.

LA PATRIA: La noche pasará,
escupirán las aguas,
fusilarán a los gorriones,
quemarán los versos,
romperán el canto,
pero la noche pasará.

EL DESTERRADO: Patria de las pequeñas y enormes cosas,
quiero ver que hay luz en tus espigas.
Y si ese día estoy callado y no respondo,
si la tarde me llama y no respondo,
si el amor me llama y no respondo,
llámame con tu voz
Y marchará mi polvo tras tu bandera rota.

Fragmentos... fragmentos... nuestra memoria destrozada,
fragmentada... un sirena en la noche helada... los gritos de jóvenes
arrancados de sus casas... a quince metros un patrullero con
personas de civil... Argentina campeón del Mundo... madres solas
que dan vueltas en la plaza... 25 millones de argentinos jugaremos
el Mundial... porque somos derechos y humanos... las Malvinas
son argentinas y el frío es inglés... con la democracia se come y se
educa... voten... voten... el gas es italiano, los teléfonos franceses,
el petróleo americano, los aviones españoles... ¡estamos en el
Primer Mundo! voten, voten... una maraña de hombres detiene
un camión con ganado y sobre la ruta faenan los animales para
comérselos... ¡¡La gente asalta los supermercados!! ¡¡Somos
hormigas, hormigas con hambre!! Un niño corre con el muslo
sangrante de una vaca... una mujer anciana se arroja al piso por
algunos tallarines... un joven carga, como una hormiga, un enorme
termotanque en un saqueo... otro se desangra en las escaleras del
Congreso Nacional... a veinte metros un catedrático sentencia
que si no pagamos seremos aislados del mundo... un niño de 16

kilos se muere de hambre en Tucumán... voten, voten... bandas de mujeres se acuchillan para defender los subsidios que la comunidad internacional ofrece a los comedores de los niños desnutridos... Somos hormigas hambrientas... un profesor argentino diserta en París sobre Borges. Ítalo Calvino escribe un cuento llamado "La hormiga argentina". Alguna madre indigente supera a Medea y ahoga a sus tres hijos en el inodoro... una pareja de jubilados sin dinero se abraza, y se suicidan a tiros, para morir aferrados como acostumbran las hormigas... El asado contra Mc Donald... el triunfo de los sin triunfo... la victoria subterránea que los diarios no publican...

Fragmentos... fragmentos de memoria... Yo, en cambio, no tengo tanta memoria. No sé por qué pero me olvido de las cosas. Cuando llego a este lugar, comienzo a olvidarme. Las cosas me pasan y me vuelven a pasar y me vuelven a pasar y me vuelven a... ¿a qué me vuelven? Ah, sí, sí, sí... me vuelven a pasar... ¿Será por eso que no evoluciono? Porque desde que tengo memoria... bueno... desde que me acuerdo de lo que me acuerdo hago lo mismo:

Llego hasta éste lugar y de ahí no me acuerdo más.

Vuelve hacia el cartel y lo mira intensamente. Repite la misma escena del comienzo, en una desesperación que va en aumento. Luego, muy agitada, se detiene...

Dicen que la muerte es la repetición de la misma escena hasta el infinito. Que la muerte, dicen, es la repetición hasta el infinito de la misma escena. Que de la misma escena, hasta el infinito, dicen que la muerte es la repetición.

Hasta el infinito dicen que la muerte es la repetición de la misma escena. Es la repetición, de la misma escena hasta el infinito, dicen que la muerte. La muerte, hasta el infinito, dicen que es de la misma escena, la repetición. La repetición... la repetición... la repetición... la repetición...

La Actriz queda en el mismo ángulo de la secuencia de repeticiones.

¿Con qué me han mojado que no puedo secarme?

Y vuelvo a este lugar, desde siempre, a buscar algo que no sé qué es... a detenerme en una encrucijada que es la misma encrucijada que de tanto retornar ya no recuerdo...

Las hormigas tapan el sol y no recordarán que lo han tapado. Buscarán otro y otro y otro... hasta el regreso de los Tiempos. Y volverán a empezar... sin saber que han regresado.

La Actriz corre hacia el lugar en donde desplegó su lonita y repite la acción.

La memoria... la memoria... esa errante sombra que se escapa...

Se levanta y mira hacia la encrucijada. Cierra la bolsa. La levanta, al igual que todas sus pertenencias y las coloca frente al indicador de direcciones. Observa con intensidad los carteles. Saca la lonita y la abre. Luego de una tensa pausa, sorpresiva y velozmente, realiza la acción de arrojar la imaginaria piedra, con todas sus fuerzas, hacia el "río" en el exacto momento en que la luz se escapa.

FINAL

Segunda crónica de
la hormiga argentina
o con la soja al cuello

> segunda crónica de la hormiga argentina o con la soja al cuello

PERSONAJES

ACTRIZ-NARRADORA

EN ESCENA UNA ENCRUCIJADA CUYAS FLECHAS NO TIENEN NOMBRES. A SUS PIES UNA PEQUEÑA BOLSITA DE ARPILLERA ATADA CUYO CONTENIDO NO ES VISIBLE. DESDE EL PÚBLICO ENTRA LA ACTRIZ, VESTIDA CON UN OVEROL QUE LE DA CIERTO ECO DE "HORMIGA TRABAJADORA". CARGA UNA BOLSA, TAMBIÉN DE ARPILLERA, DE TAMAÑO MAYOR. LA DEPOSITA EN EL PISO.

SE ESCUCHA EL RUIDO ENSORDECEDOR DE DESMONTADORAS, DE ÁRBOLES QUE CAEN, DE TOPADORAS, DE MOTOSIERRAS. DUDA HACIA ADÓNDE IR. "REBOTA" EN LOS LÍMITES DEL ESPACIO ESCÉNICO CON CRECIENTE DESESPERACIÓN COMO SI ESTUVIERA CERCADA POR ESAS MÁQUINAS. CAE SENTADA AL LADO DE LA BOLSA QUE TRAÍA. EL RUIDO DE LAS MÁQUINAS CESA. LA ABRE. EN SU INTERIOR HAY CENIZAS.

ESPANTADA SE APARTA. DESCUBRE LA OTRA BOLSITA, LA TRAE A UN LUGAR BIEN VISIBLE Y LA ABRE. EN ELLA HAY UNA PEQUEÑA PORCIÓN DE FÉRTIL TIERRA NEGRA. LA TOCA CON CIERTA NOSTALGIA. MIRA HACIA LAS CENIZAS Y, AHORA, HUNDE SUS MANOS EN ELLAS. EXTRAE UN PEDAZO DE PAPEL CHAMUSCADO. LO OBSERVA Y RECUERDA.

ACTRIZ: Me gustaba dibujar. En la escuela esperaba con ansiedad la hora de Dibujo. Allí podía volar, dibujar y pintar en un papel lo que mi infantil imaginación creaba.

Diseñaba árboles de manchas verdes con troncos violetas, cielos azules de crayón, soles naranjas o rojos, pájaros de largas patas y múltiples alas que buscaban posarse en esas ramas generosas, hormiguitas desproporcionadas que gozaban en un mar de hierba y recorrían el papel en filas interminables que se entrecruzaban y mezclaban.

"Muy Bien 10, te felicito" proclamaba la letra corrida de la señorita Marilú. Esa que me tocaba la cabeza como estimulándome a seguir. Esos dibujos siempre me acompañaron. Y esa caricia también. Fueron como un remanso en momentos difíciles, un mágico refugio ante las inundaciones de la vida.

Mucho he viajado. Por tierras lejanas y por los vericuetos y pliegues de mi interior, quizás el único de los viajes posibles. Y jamás he olvidado ese mundo de colores con olor a tierra mojada que representaba lo que mis sentidos absorbían.

No sé qué dibujarán hoy los niños. O los niños del futuro. Esa pregunta también me acompaña como una pesadilla.

Se vuelven a escuchar los ruidos de las desmontadoras. La Actriz se tapa los oídos hasta que el estremecedor ruido pasa.

Árboles... ríos... animales... hombres y mujeres... serán cenizas.

La tierra será ceniza.

El cielo será ceniza.

El sol quemará un nuevo paisaje lunar.

Irá borrando el viento ardiente, la memoria de las plantas, de las huellas, de los caminos, de los animales, de lo que fue.

Remolinos de nada, partículas de antes, seremos olvido, un gris y volátil olvido que viajará hacia ninguna parte.

En 15 años la Argentina será cenizas.

En este minuto, en este instante único, 600 topadoras insaciables talan montes, desvían ríos, alejan antiguos pobladores, voltean, sin piedad, historias seculares.

Preparan, sin descanso, un mundo sin vida.

Ni siquiera quedará arena. En el desierto existe vida: algunos animales, algunas especies de plantas allí viven. En las cenizas no. Todo es estéril. Está quemado.

Ni la invencible hormiga argentina, que se expande por el mundo “conquistándolo”, podrá sobrevivir en su propia casa. La *Linepithema Humile*, la especie de hormiga más resistente que conoce el planeta, de origen argentino, no podrá vivir más en su tierra, ni jamás volver. La nueva Argentina Gris, ya no más celeste y blanca, no será la consecuencia de una explosión, de un final apocalíptico como esos que hemos temido en cientos de películas extranjeras. No.

En este preciso momento estamos dejando, por una inducida ignorancia, que millones de hectáreas de tierra fértil, “la mejor del mundo”, como decían nuestros abuelos y sus ajadas manos testimoniaban, se conviertan, paulatina e inexorablemente, en un mar de volátil polvo gris.

Se escucha el motor de un avión que, raudamente, pasa. El personaje, asustado, se cubre. Mira hacia arriba y sigue con la mirada, el evolucionar del vehículo, que hace sucesivas pasadas. Como si algo cayera del cielo, se sacude, tose, quiere sacarse de encima lo que le molesta y quema. Se restablece.

La soja transgénica, el nuevo boom de las exportaciones argentinas, es el *salvador* producto que convertirá a la fértil Pampa Húmeda en cenizas en no más de 15 años, y en 5 ó 6, a las menos ricas tierras de Santiago, este de Tucumán, Salta, Chaco y Formosa.

Ce-ni-zas.

La soja transgénica, plantada por siembra directa, tiene una precisa y eficaz particularidad: extrae en poco tiempo los nutrientes de la tierra, que jamás volverá a regenerarse.

La Argentina no sólo es la exportadora de la temible y victoriosa hormiga argentina, única especie que tiene la particularidad que sus colonias no se combaten entre ellas en el extranjero pero sí se destrozan hasta el exterminio en nuestro país, sino que además hemos pasado de ser exportadores de alimentos de calidad para seres humanos a proveedores de forrajes para animales. La *milagrosa* planta requiere, para prosperar su tratamiento, la fumigación con el glifosato, el agrotóxico, que la compañía norteamericana Monsanto vende y que posee las mismas funciones de los herbicidas y defoliantes que ya antes vendió al ejército de EE.UU. en Vietnam y que no dejaba árbol con hojas ni vietnamita con protección ni con arroz para comer.

La Actriz hará un "quiebre" y pasará a interpretar los dos personajes de las Hormigas Argentinas viajeras. De una valijita saca un sombrero tipo vietcong y se lo coloca.

—¿Qué pasa, loca, por qué protestás ahora?

—¿Hasta aquí se te ocurrió venir de viaje a vos?

—Somos hormigas argentinas, che. Estamos conquistando el mundo. No quedó otra especie de hormiga viva en EE.UU. ni en Europa. ¿Porqué no íbamos a venir a Indochina también?

—Es cierto, che. Somos lo mejor que produjo la Argentina: la errante e invencible hormiga "Linipithema"... (*Se señala a sí misma*).

—... "Humile" (*Hace lo mismo con la fanfarronería porteña*) O sea: humilde, ¡qué tanto!

—Sí, humildes y argentinas, ¡qué tanto!

—Che, hace calorcito aquí, ¿eh?

—Y bueno, estamos en Vietnam.

—Aquí hay hormigas raras. De ojos rasgados, ¿viste?

—¿Trajiste rollo para la cámara?

—Claro, piba. Por supuesto. Hay que sacarles fotos a estas chabonas antes que las exterminemos. Y fotografiar todo este país, para que sepan que estuvimos también aquí.

Comienzan a sacar fotos con la típica actitud avasalladora de los turistas porteños.

—A la palmerita, sacale a la palmerita.

—Pero si de esa hay miles en la Arrrrrgentina. Y mejores, che.

—Mirá estas hojas. Son inmensas. Sacale, sacale.

—En la Arrrrrgentina hay mejores. Y más grandes.

—¿En dónde?

—En Buenos Aires, che, en Buenos Aires. ¿En dónde más va a serrrr?

—¿Y aquellas plantaciones? ¿De qué son?

—Arroz, arroz. Aquí cultivan el arroz los ponjas éstos.

—Arroz Gallo debe ser.

Se escucha el ruido de helicópteros,

—¿Tienen helicópteros aquí también?

—Parece que sí ¿viste? ¡mirá! Ahí están llegando. ¡Sacales, sacales!

—Pero si en la Arrrgentina hay mejores. Y son de la Fuerrrrza Aérea Arrrgentina.

Ruidos de ametralladoras, disparos, explosiones.

—Che, parece que es Año Nuevo aquí. Tiran cohetes éstos. Y bengalas.

—¡Qué rraro! Falta mucho para diciembre.

Una ráfaga de disparos les toca cerca.

—¡Eh, cuidado, che! Que nosotras somos arrrrrrentinas, ¡qué tanto!

—¡Linipithemas...!

—¡Húmilis! O sea: Humildes, ¡qué tanto!

—¡Rrrespeten a la especie más poderosa de Horrrmiga conocida: la Arrrgentina!

—¡A nosotras no nos extermina nadie!

—¡Ni el baygón, ni el raid, ni el gamexane, ni la caotrina! Somos arrrrrrentinas....

Se escucha, ahora, el ruido de un avión.

—¡Mirá ese avioncito! Tiene la banderita norrrrteamericana.

—¡Qué lindo, che! ¡Sacale, sacale!

Cuando una de ellas lo está haciendo, hacen como si cayera del aire una sustancia que las hace toser.

—¡Me pica, me pica!

—¿Qué tiraron los chabones éstos?

—¡Me pica, me pica! ¡Y ahora me arde!

—¿No te habrá picado una horrrmiga a vos?

—¡Che, los ojos, no veo bien!

—¡Ponete los anteojos ahumados!

—¡Me están saliendo rronchas!

—¿En dónde?

—¡En las seis patas!

—¡Qué rraro! ¡A mí también!

—Che, ¡mirá! Se están cayendo las hojas de los árboles. ¡Qué bárrrbaro!

—¿Qué es esto? ¿Una lluvia de hojas?

—¡Ehhh! Se quedó todo pelado aquí. No quedó árbol con hoja.

—Parece el Sahara, parece.

—O las dunas de Villa Gesell.

—Che... te estás poniendo naranja.

—¿Naranja yo? ¿Estás rrevirada, nena?

—Y... ¡yo también!

- ¿Qué tiraron éstos? ¡Jugo de naranjas? A ver, lamete.
—(*Duda*) Lamete vos, che.
—¡Lamete, que tenemos Seguro de Viaje nosotras! Tarrrieta Visa,
¡que tánto! ¡Dale, no seas miedosa!

Con temor, la segunda Hormiga lo hace. Una súbita convulsión la sacude. Se produce un cómico juego de movimientos y contracturas entre ambas.

- ¡Ambulancia, ambulancia!
—¡Ay, ay, ayuda, ayuda!
—¡Un pañuelo, un pañuelo!
—¿Para qué un pañuelo?
—Para que no se te trabe la lengua.
—¡No soy epiléptica, no soy epiléptica!
—¡Agua, agua! ¡Tomate un vasito de agua!
—¿Y de adónde saco un vasito aquí?
—¡Pidamos ayuda a las hormigas aborígenes!

Llama a alguien.

- ¡Eh, vos, piba! ¡Vení, acercate por favor! (*Le habla a su compañera, ahora*) Ésta es una hormiga vietnamita, de aquí.

La Actriz compondrá a la Hormiga Vietnamita.

- ¿Chou en lai?
—¿Qué decís?
—Chou en lai.

Las dos argentinas se miran y se hacen señas que no comprenden.

- Hablá bien, por favor. En cristiano, si es posible.
—¿I Ching?
—¡No quiero consultar al I Ching!
—¡Ayuda, ayuda, estoy intoxicada!
—Mao Tse Tung, Lao Tsé, Ho Chi Ming.
—No entiendo un carajo, pero mirá cómo quedó mi amiga después que el avioncito tiró esa cosa naranja.
—Naranja agente yankee.
—¿Qué? ¿Que llame a un agente de naranja? ¿Así se viste la cana aquí?
—¡Agua, agua, por favor!
—Naranja agente yankee chau chau chau.
—¿Qué? ¿Me saluda ésta?
—¡Penicilina, vitamina, antibióticos, antinflamatorios, flores de Bach!
¡Traiganme algo, por favor!
—Naranja agente yankee. Chau chau chau. Fui fui fui.
—¿Fui, fui, fui? ¿Fují? ¿Espirales fují?

—No, no no. Naranja agente yankee. Fuis-te, fuis-te, fuis-te.
—Che, ejemplar de la dinastía Ming, explicate bien por favor. Hablá en arrrgentino ¿querés? Y con acento porrrrrteño si es posible.

La Hormiga Vietnamita hace un gesto de degüello con la mano y baja el pulgar.

—¡Chan, chan!

—¡No, no, no!

—¡Che, subdesarrollada, no asustés a mi amiga, eh!

—Yo mimo, panto-mima, opera china, Brecht, liblo lojo, lalga malcha. Chau, chau, chau, fuis-te, fuis-te, fuis-te... naranja agente yankee, chan, chan.

La Hormiga Vietnamita se va yendo.

—¡Andá, rrrrajá, aborigen, india, cabecita negra, gaucha, ignorante!
¡Ni el tango sabrás bailar! ¡Ni la calle Corrrrientes conocerás!
¡Inferior! ¡Horrmiga del interiorrrr!

—¡Agua, agua, reiki, homeopatía, acupuntura, new age, algo que me calme, por favor!

—¡Tranquilizate, che, no me pongás más nerviosa! A ver ¿adónde hay agua?

—¡Rápido! ¡digitopuntura, pranoterapia, masajes, globulitos, peridural...!

—¡Allá hay agua! En la plantación de arroz. ¡Vamos hasta ahí, che!

—¡Agua, agua, té, café, cola de caballo, muña-muña!

Se desplazan con dificultad hasta ese lugar.

—Pero... ¡Aquí había arroz! No quedó nada. Ni una planta

—¡Perejil, ajo, cebolla, rabanito, brócoli! ¿Vos le sacaste una foto al arroz, no?

—Claro, nena. Y está todo naranja.

—¿Hay agua, soda, Coca cola, Fanta, fernet, Toro Viejo...?

—¡Hay agua...! ¿querés un poquito?

—¡Y claro! ¿Para qué nos arrastramos hasta aquí?

—Tomá, tomá.

—¿Está fría?

—¡Qué sé yo! ¿Querés que la caliente también?

—Es que me duele la gargantita. Vos sabés que nosotras, las hormigas, tenemos garganta delicada. Probala, por favor.

La otra hormiga duda.

—Es que yo prefiero el whisky. Arrrgentino, claro.

—¡Dale, probala, que me ahogo!

—Está bien, está bien.

La Hormiga prueba el "agua" e, inmediatamente, comienza también a tener convulsiones espasmódicas.

- ¡Me muero, me muero!
- ¡Se muere, se muere!
- ¡Ambulancia, ambulancia!
- ¡Cruz Roja, Cruz Roja! ¡Se está poniendo naranja, se está!
- ¡Y vos ya estás toda entera naranja!
- ¡Ay, las ronchas, las ronchas!
- ¡No veo, no veo!
- ¡Che, te estás deformando!
- ¡Y vos también!
- ¡Ambulancia, ambulancia!
- ¡Auxilio, S.O.S., S.O.S.!
- ¡Y no hay ni una a la vista!
- Es que no quedó nada después de que el avioncito tiró esa cosa naranja.
- Parece como si fuera una guerra esto.

Se miran.

- Te salió otra pata.
- Y a vos otra cabeza.
- Y otra antena.
- Y a vos te desapareció la cola.
- ¿Yo sin cola? ¿Y las fotos? ¿Cómo me saco fotos de costado ahora?
- ¿Todavía seguiremos siendo de la especie hormigas?
- Y sí. Y arrrrrgentinas.
- Pero nadie nos va a reconocer.
- Es cierto. ¡Ayuda, ayuda! ¡Un cirujano plástico, por favor! ¡Gritá vos también que ahora tenés dos cabezas!
- ¡Una ambulancia que me pica todo!
- ¡Y a mí me arde!
- ¡Ayuda, ayuda!
- ¡Ambulancia, ambulancia!

Con los gritos desesperados y tragicómicos finaliza la escena. La Actriz hace un corte y relata, como en una crónica, lo que sigue.

Desde 1962 hasta el fin de la guerra, los norteamericanos arrojaron 240 millones de litros del temible "agente naranja" sobre Vietnam, que contenía 2,4-D y 2,4,5 T.

Tras la derrota de los EE.UU. sobraron 30 millones de litros que fueron vendidos a los ganaderos de Brasil, Colombia, Bolivia y Venezuela para ser utilizados en la deforestación.

La Amazonia fue la principal castigada.

Como se trata de materiales altamente tóxicos, las empresas norteamericanas y europeas, luego de un accidente en julio de 1976

en Seveso, Italia, decidieron transferir las fábricas a México, Brasil, Argentina e Indonesia.

Inversiones... inversiones en el Tercer Mundo que las suplica a gritos. ¡Tenemos que estar agradecidos porque nos traen trabajo, caramba! Las pequeñas gotitas que caen desde el aire son llevadas por los vientos hasta 100 km de distancia. Como la sustancia es hormonal impacta en todo tipo de plantaciones y las contamina.

Y provoca en las personas diabetes, afecciones hepáticas y renales, abortos, hipertensión, alteraciones hormonales y principalmente, cánceres de todo tipo. Los hijos y nietos de los soldados que combatieron en Vietnam, aún 40 años después de terminado el conflicto, nacen con enfermedades cancerígenas y malformaciones producidas por los maravillosos y lucrativos herbicidas.

Estos efectos, y el de las dioxinas en el suelo vietnamita, se prolongarán por 60 años más.

Pero... ¡Si Vietnam está lejos! ¡Qué importa!

¡Y Dios es argentino! ¡Acá hay Pampa para rato! ¡Tierra para regalar! ¡Qué importan esas gotitas que caen desde el cielo! ¡Caen desde el cielo, qué tanto, qué mal nos pueden hacer!

¡No seamos exagerados! ¡El país tiene que exportar a cualquier costo para pagar una deuda que unos pícaros contrajeron!

Las malformaciones y alteraciones hormonales provocadas por las isoflavonas, que son los estrógenos de la soja y que están presentes en más del 70% de los productos industrializados que compramos en el supermercado, ¡¡el 70% de los alimentos que cargamos en el carrito del súper tienen aceites de soja o lecitina de soja!! La lecitina de soja: el emulsionante más barato que se conozca. Los fitoestrógenos contenidos en estos productos ocasionan, entre otras cosas, que las niñas se hagan mujeres a los 10 años y los varoncitos vean crecer sus pechos desmesuradamente. ¡Pero este mundo es así! ¡Hay que adaptarse a los cambios de los nuevos tiempos! ¡Lo que era ya no es! ¡La mutación! ¡Si lo sabrá el mítico amor entre la Hormiga y el Elefante!

La Actriz interpretará al Elefante y a la Hormiga invirtiendo los tamaños de ambos.

HORMIGA: *(Buscando al Elefante en el espacio escénico)* ¡Elefante, Elefante, hace siglos que no lo veo! ¡Desde los tiempos del Arca y de la primera *Crónica de la Hormiga Argentina!*

ELEFANTE: *(Desde abajo, con voz finita)* ¡Aquí estoy!

La Hormiga escucha la voz que llega desde abajo pero no puede llegar a divisarlo.

HORMIGA: ¡Adónde está, señor Elefante?

ELEFANTE: ¡Aquí, aquí!

HORMIGA: ¿Está resfriado que tiene esa voz? Soy yo, la Hormiga Argentina, su amada de siempre que quiere verlo. ¿Por dónde se desplaza su mole corpórea?

ELEFANTE: ¡Por aquí!

HORMIGA: ¿Por dónde?

ELEFANTE: ¡Aquí abajo estoy! ¿Que está ciega, Hormiga?

La Hormiga lo descubre y se sorprende.

HORMIGA: ¿Y este juguete?

ELEFANTE: ¡No soy un juguete. Soy yo. ¡Su Elefante que la esperó todos estos siglos!

HORMIGA: Pero... lo noto cambiado, señor Elefante.

ELEFANTE: El tiempo, ese enemigo que mata huyendo, pasa para todos, Hormiguita.

HORMIGA: Bueno, ya me suena anacrónico lo de “Hormi-guita”.

ELEFANTE: Es cierto. Ahora es usted una Hormiga Pirámide. ¡Cuánto creció Hormiga!

HORMIGA: Me dieron de comer soja en los comedores infantiles. Y dicen que hace bien.

ELEFANTE: Al menos ese alimento hemos compartido en estos años. Noé nos nutría con comida variada en el Arca, pero éstos son los buenos viejos tiempos.

HORMIGA: ¡Y lo viejo, viejo es! ¡A mí me gusta lo nuevo!

ELEFANTE: ¡Míreme! ¿No me ve como nuevo?

HORMIGA: Casi no lo veo, Elefante.

ELEFANTE: La mano del hombre me ha transformado, es verdad. Pero conservo la armonía de mi naturaleza. Y usted, a pesar de su nuevo tamaño, sigue siendo hermosa. ¿Qué número de corpiño usa ahora?

HORMIGA: ¡Ay, señor Elefante! ¡Cuánto es piropeador!

ELEFANTE: Siempre la amaré, Hormiga, a pesar de los tamaños y las distancias.

HORMIGA: Señor Elefante, ¿sintió hablar de Platón?

ELEFANTE: Como en una sombra y en una caverna. ¿Recibió mis *e-mails*?

HORMIGA: No puedo acceder a la web, Elefante. Mis patas quedaron muy grandes para teclear en una computadora. Esperaba una carta suya.

ELEFANTE: ¿Una carta?

HORMIGA: Sí, como esas que me mandaba en el pasado. Con su letra enorme y embebida de finos perfumes.

Saca una enorme carta ajada.

ELEFANTE: Ya no podría leerlas, Hormiga.

HORMIGA: ¿Por qué?

ELEFANTE: No le alcanzaría la vista.

HORMIGA: ¿Quiere decirme que estoy vieja y no veo bien?

ELEFANTE: No, Hormiguita... bueno... Homigaza mía, no. Es que mi letra es minúscula. Ahora escribo en ínfimos papeles.

HORMIGA: Por lo menos ahorra en papel, Elefante.

ELEFANTE: Algo le he escrito en todo este tiempo.

HORMIGA: ¿Qué?

ELEFANTE: Una poesía.

HORMIGA: ¡Démela!

ELEFANTE: ¿Cómo hago?

HORMIGA: Súbase por alguna de mis 6 patas.

ELEFANTE: Es que no podría escalarla. No se olvide que me achiqué, es cierto, pero mis patas siguen siendo redondas y no tienen capacidad de prensión.

HORMIGA: ¡Usted es un despropósito, Elefan-Tito!

ELEFANTE: ¡No me humille, Hormiga, que he perdido mi trabajo en todos los circos y me he convertido en un adorno para mesa de luz!

HORMIGA: ¡Un adornito, ji, ji, ji!

ELEFANTE: No se ría de mí, Hormiga. Usted también ha sufrido cambios.

HORMIGA: (*Preocupada*) ¿Cuáles?

ELEFANTE: Ya no puede pasar por debajo de las puertas.

HORMIGA: (*Tocada*) Pero paso debajo de los puentes. Y sin despeinarme.

ELEFANTE: Ni puede subirse a las plantas.

HORMIGA: Ahora subo montañas.

ELEFANTE: Ni puede entrar en los hormigueros.

HORMIGA: ¡Los hago más grandes, Ji, ji, ji...!

ELEFANTE: ¡Cuánta tierra desplazaré, Hormiga!

HORMIGA: ¡No me agreda más! ¡Ahora puedo jugar en la NBA y todo!

ELEFANTE: ¿De pivot?

HORMIGA: Sí. Bueno, ¡basta! ¿Me dará su poema o no?

ELEFANTE: Se lo diré.

HORMIGA: ¿Con esa voz aflautada?

ELEFANTE: Es la única que me quedó después de la mutación.

HORMIGA: Bueno, está bien, lo escucho. Pero hable claro y fuerte que aquí arriba corre viento.

ELEFANTE: Es un triste poema de ausencias.

HORMIGA: Es nuestro destino, Elefante. Lo escucho.

El Elefante saca un papelito y lee.

ELEFANTE: Hice de tu ausencia
una canción que me acompaña.
una música constante
de silencios quietos y profundos.

Tal vez sólo perduran en los sueños
los sueños que no fueron.

HORMIGA: (*Emocionada*) ¡Qué lindo! ¿Qué sigue?

ELEFANTE: Nada más. Ahí termina.

HORMIGA: No sólo se le achicó el cuerpo, Elefante. También el ingenio.

ELEFANTE: No todo lo enorme es necesariamente bello.

HORMIGA: ¡No sea oportunista, Elefante! No sostenía lo mismo antes.

ELEFANTE: Me hice vanguardista en arte, Hormiga. Hasta en eso me deformé.

HORMIGA: ¡No hay caso! ¡Lo nuestro sigue siendo imposible!

ELEFANTE: ¡Todos los amores son imposibles!

HORMIGA: ¿Y eso de dónde lo sacó?

ELEFANTE: De mi ingenio y experiencia.

HORMIGA: Parece que no aprendió nada, Elefante.

ELEFANTE: Puede ser. Pero estoy preso de su recuerdo.

HORMIGA: (*Coqueta*) ¿Y cómo me recuerda?

ELEFANTE: Pequeña y grácil. Escurridiza y entradora. Eléctrica y juguetona.
Laboriosa y picadora...

HORMIGA: (*Aparte*) ¡Éste se enamoró de Norma Plá!

ELEFANTE: ¡Aún mi corazón late por usted!

HORMIGA: ¡No lo escucho! ¡Es muy pequeño!

ELEFANTE: ¡Puedo amplificarlo!

HORMIGA: ¡No hay estetoscopios de su medida! No le da el piné, Elefante.

ELEFANTE: Si usted me alza, podría hacerle cosquillas en el lomo.

HORMIGA: ¡Parecería una pulga y el “agente naranja” no produce tanta mutación!

ELEFANTE: ¡Con mi trompita podría limpiarle las orejas! ¡Y susurrarle mi pasión
en el oído!

HORMIGA: Elefante, las pasiones se gritan. Los sentimientos se susurran. Yo creía
que usted seguía siendo un sentimental.

ELEFANTE: No. Soy un semental.

HORMIGA: *(Riendo a las carcajadas)* ¿Y con qué?
ELEFANTE: Está bien, Hormiga. ¡Váyase! ¡Déjeme solo! Sus palabras me laceran.
HORMIGA: No lo tome así, Elefante. Soy mujer.
ELEFANTE: Es incompresible, Hormiga.
HORMIGA: ¿Porque soy mujer?
ELEFANTE: No, Hormiga. Digo que es incompresible lo que nos pasa.
HORMIGA: Ah... menos mal, Elefante. Si no, se ponía la mitad de la platea en contra.
ELEFANTE: No me confunda más con sus razonamientos femeninos. Por favor, entiéndame: sufro. Beneficieme con su ausencia.
HORMIGA: ¿Quiere que me vaya?
ELEFANTE: No. Pero es lo mejor.
HORMIGA: Está bien. Me voy. Y evite escribirme o llamarme.
ELEFANTE: Lo haré.

Como en una película sentimentaloides, la música crea un clima de separación. Ambos se alejan hacia rumbos distintos. El Elefante se detiene.

ELEFANTE: ¡Hormiga!
HORMIGA: *(Gira esperanzada)* ¿Qué?
ELEFANTE: ¡Cuidado!
HORMIGA: ¿Con qué?
ELEFANTE: Con los cables de alta tensión. Su nueva altura...
HORMIGA: *(Enojada)* Usted también tenga cuidado.
ELEFANTE: ¿Yo? ¿De qué?
HORMIGA: De raspase el trasero cuando baje los cordones, ¡enano!
ELEFANTE: *(Para sí)* Es verdad. A esto me ha reducido la modernidad. O la postmodernidad, mejor dicho. He perdido mi condición natural y el amor de mi amada.
HORMIGA: *(Para sí)* Ya no lo tendré jamás detrás de mí, ya no me protegerá con su sombra descomunal. Es ahora un diminuto ser. Ahora entiendo a las mujeres altas que no reciben la alegría de ser invitadas a bailar. Ahora entiendo las miradas de los otros sorprendidos por una forma extraña, ahora entiendo el ridículo y su camino sin retorno. Estoy condenada a la soledad.
ELEFANTE: Hormiga... ¿conoce el INADI?
HORMIGA: ¿El Instituto contra la Discriminación y la Xenofobia?
ELEFANTE: Sí. ¿Y si hacemos una denuncia allí?
HORMIGA: ¿Usted cree que nos atenderán?

- ELEFANTE: Por lo menos podremos hacer el trámite juntos.
- HORMIGA: (*Aparte, al público*) No hay caso, éste no pierde las mañas. (*Vuelve a ponerse en coqueta*) Y... bueno... si le parece.
- ELEFANTE: Hay que hacer una nota. Podría hacerla usted que ahora tiene letra más grande.
- HORMIGA: Pero usted redacta mejor.
- ELEFANTE: Tengo algo en la cabeza que quizás sirva. Es un poema...
- HORMIGA: (*Aparte, al público*) No hay caso, a pesar de las mutaciones en el alma sigue igual. Lo escucho, Elefante.
- ELEFANTE: (*Saca un pedacito ínfimo de papel y lee*) "Al Sr. Director del Instituto contra la Discriminación y la Xenofobia, de mi mayor consideración, dos puntos..."

La patria, es un desierto azulado
horizonte solitario
de castigos y de tajos,
alfombrado.

La patria es un blanco tapete de asesinos,
de secretos enemigos,
de traiciones,
de quejidos.

La patria, memoria hecha de olvido,
es también aquel amigo,
una novia, una foto que será,
un vago ruido.

Tejada en la cabeza de los muertos,
deseada en un tiempo
que será, que es y ha sido
la patria es una anciana adolescente
un pequeño baúl,
la vana espera
que sueña otro sueño,
otro amor,
otro latido.

Sin más, le saludamos con nuestra más distinguida consideración.
Firmado: La Hormi-Gaza y el Elefan-Tito."

- HORMIGA: No creo que nos la reciban Elefante.
- ELEFANTE: Podemos intentarlo. Vamos.
- HORMIGA: Súbase en alguna de mis patas, Elefante. Yo lo llevo.

- ELEFANTE: En la posibilidad imposible de que nos casemos, ¿me levantaría en brazos para hacerme entrar en nuestra casa?
- HORMIGA: No sé, Elefante. Por ahora nos une el espanto, espero que alguna vez lo haga el amor. ¡Súbase y no se olvide la nota!
- ELEFANTE: Seré como su pulga.
- HORMIGA: ¿Otra vez rociaron con glifosato? ¿Otra mutación?
- ELEFANTE: Le diré poemas al oído.
- HORMIGA: No hay caso, es cabeza dura. Vamos, Elefante, vamos a iniciar ese trámite. Quizás...
- ELEFANTE: Quizás... quién sabe.
- HORMIGA: Quizás alguien se de cuenta de lo que está pasando...

La Hormiga hace subir al Elefante encima suyo y se alejan al ritmo de una melancólica y circense musiquita, que poco a poco se va diluyendo. La música se hace más tranquila y nostálgica. La actriz vuelve al montón de cenizas. Introduce su mano y encuentra una probeta de juguete deformada por el fuego y ennegrecida. La observa y recuerda.

Mis juguetes preferidos eran un conjunto de objetos de laboratorio. Probetas, microscopios de plástico, pinzas de distintos tamaños, bisturís que no cortaban ni un papel...

Soñaba con ser una científica que resolviera los más serios problemas del planeta.

Investigaba el comportamiento de los animales, en especial de las hormigas. Las seguía hasta sus escondites. Me conmovía esa fuerza de *voluntad*, que las hacía transportar cargas cien veces más pesadas que sus cuerpos. Sus continuas idas y venidas por el enorme universo del jardín. Quizás por eso mis desplazamientos y viajes por el mundo. Y también esta sensación de no estar jamás en el lugar ni en el momento indicado.

Cuando jugaba a ser una científica, mezclaba distintas sustancias e imaginaba que estaba descubriendo remedios infalibles. Así alejaría a las personas de las enfermedades y de la muerte.

Entonces creía que todo era posible. Que la muerte también podía ser derrotada y que bastaba soñar para cambiar el mundo. Es que me resultaba incomprensible la violencia del dolor. En eso, afortunadamente, no he cambiado.

Quizás he comprendido que la verdad de la vida está en la fría solidaridad de los hospitales y que el resto de la existencia, esta especie de sueño, es un continuo prepararse para ese encuentro.

Quizás la realidad, esa que nos acaricia a veces, no es otra cosa que la más delirante y tenue fantasía: una mentira indispensable para vivir, la estrategia necesaria para desembarcar en la única costa

posible: el pequeño final, ese inmenso y oscuro mar iluminado de olvido. Tal vez la verdad luminosa del mundo en que vivimos habita en los que ya no están, en los que, inmóviles, quedaron alejándose; en el concreto pesar de los enfermos, en esa condena interminable.

La norma es el dolor y su efímera excepción es la ignorante soberbia del bienestar.

Cada pedazo de vida insiste en degradarse; busca, encarnizado, su puro destino, su porvenir esencial, el inútil y único grito.

Quizás lo que decimos y escribimos sean vanos reclamos de ayuda. El lenguaje debe haber nacido de la desesperación.

La humanidad grita esa desesperación. Los más gritan de hambre y de enfermedades fácilmente derrotables. Los menos hacen tratamientos para adelgazar como si una cosa no tuviera que ver con la otra. Esa, quizás, sea una razón para no dejar de insistir, para recuperar esa voluntad que admiraba en las hormigas.

Quería ser una científica y pensaba en un mundo de respetables señores de blancos delantales y de moral inquebrantable: solucionar, resolver, encontrar salidas para que los demás estén mejor...

No sabía entonces que la corrupción, que la degradación, no es de propiedad exclusiva de la carne: la ética, esa palabra abstracta, tiene, a veces, más presencia que los cuerpos y puede decidir la muerte de millones de personas.

La Actriz levanta un pedazo de cenizas y las arroja volviéndolas al montón. Cambiará el registro de su actuación para aproximarse nuevamente a la crónica.

Las fundaciones internacionales son, ahora, la nueva preocupación de gran parte de los científicos del Tercero. Nada es más codiciado que una subvención, que una beca, que un *lugarcito bajo el sol*.

Es que la ciencia se ha impregnado de intereses comerciales.

Las Corporaciones están comprando departamentos enteros de las Universidades públicas. Basta un subsidio sustancioso para que la realidad se disfrace. Pero las corporaciones son generosas... le conceden al país dominado el 5% de las ganancias. Y al *exitoso* científico el confort de lavadoras automáticas y vacaciones aseguradas.

La Argentina ha perdido su soberanía alimentaria. En la década del 90 el INTA ha entregado a las grandes corporaciones el banco germoplasmático del país. Es decir que ya no poseemos las semillas naturales que formaron parte de nuestro suelo y de nuestra riqueza natural. Ahora hay que comprarles las semillas patentadas genéticamente modificadas a las corporaciones monopólicas. Para ellas el viejo Maltus no está tan sepultado: el gran problema mundial sigue siendo la superpoblación en los países periféricos y para resolver

esa *pequeña molestia* el poder central sólo tiene que aumentar la tasa de mortalidad en nuestros países.

Las corporaciones transnacionales han diseñado una nueva república en Latinoamérica: la República Sojera, que comprende Argentina, Paraguay, Uruguay, este de Bolivia y Sur del Brasil. Sygenta publicita productos agrícolas para vender en la República inventada a la cual identifican con una nueva banderita: casi igual a la brasileña pero con un grano de soja en el centro.

La Monsanto vende a los productores, en el mismo *paquete*, las semillas transgénicas y también los agrotóxicos para tratarla.

Lavagna, el ex ministro de Economía argentino es uno de los principales dirigentes de Ecolatina, empresa consultora de la Monsanto.

En la Argentina, actualmente, sólo se planta soja transgénica.

Los componentes positivos que puede tener la soja natural disminuyen en la variedad transgénica y los componentes tóxicos se potencian.

Ya los riesgos para la salud humana que posee la soja normal, la natural, son muchos: radican en los antinutrientes que posee. El ácido fítico bloquea la absorción digestiva de minerales, como el calcio y el hierro, inhibe la tripsina, hormona necesaria para la digestión proteica y, además, es un depresor del crecimiento.

Por eso no es conveniente que niños menores de 5 años la ingieran.

El problema fundamental son las isoflavonas de la soja que tienen un impacto tóxico sobre todo el organismo. Son sustancias químicas que suplantando a las hormonas naturales. Engañan al organismo haciéndole creer que son hormonas, bloquean los efectos, les cambian el sentido y producen excesos y descensos en el equilibrio hormonal. Lo más grave es que actúan especialmente en el período en el que el ser humano es más vulnerable: en el útero.

Las isoflavonas afectan al organismo por entero: el sistema circulatorio, el óseo, el gástrico... No hay vegetal en la tierra como la soja: posee 1.000 veces más isoflavonas que cualquier otro.

Las isoflavonas de la soja son muy parecidas a la hormona sexual femenina: el 17 beta estradiol.

Y son muy *efectivas*: afectan el cerebro de los niños, afectan la capacidad de reproducción, afectan la tiroides, se ha evidenciado una disminución en el tamaño del timo, deprimen el sistema inmunológico provocando, entre otras cosas, las caries en los niños —¡no es por azúcar de los jugos, no!—, producen desequilibrios en el sistema endocrinológico, inhiben un gran cantidad de pasos enzimáticos dentro del metabolismo humano y producen cáncer, como todo disruptor hormonal, aunque sus efectos se produzcan a los 10 ó 15 años.

El negocio de la terapia del reemplazo hormonal responde al interés de los laboratorios que inventaron la producción de hormonas sintéticas.

Las poblaciones aborígenes no padecían los síntomas de la menopausia. Nos dicen que tiene proteína completa y que substituye a la carne. ¡Pero no tiene proteína completa! Hay que balancearla con un cereal para que eso ocurra.

Sin embargo los empresarios sojeros son muy solidarios: por cada tonelada de soja transgénica donan a los comedores de niños hambrientos, un kilo del *salvador* producto.

¡Nuestros niños desnutridos están comiendo eso! ¡Algo terriblemente dañino para su salud! Pero no... (*Irónicamente*) si nuestros niños comen lo que comen los animales del Primer mundo, ¡del Primer Mundo, qué tanto! ¡Forraje para animales!

La soja necesita lavarse varias veces, remojarse previamente por lo menos 8 horas y luego cocinarse durante una hora y media para desactivar ese aspecto tóxico. Eso no suele conocerse en los comedores infantiles y, si se supiera, no se podría hacer por el alto costo del combustible, por lo que se la da a los niños cocinada sólo unos minutos.

¡Están produciendo una especie subhumana!

Pero no sólo los niños indigentes padecen de la insaciable avidez económica. Las leches artificiales infantiles, que la clase media compra en las farmacias, se hacen en base a proteínas aisladas de soja.

Se escucha el ruido de una avioneta. La Actriz mira hacia lo alto y luego corre hacia distintos lados del espacio escénico tratando de escapar sin poder hacerlo. El ruido se aleja. Ella mira el espacio en silencio. Toma la bolsita de tierra y la cierra convirtiéndola en una criatura, a quien protege. La Actriz compondrá a una humilde mujer con su bebé en brazos. Se dirigirá a los cuatro frentes que delimitan el espacio escénico como si fuera un cerco cuadrado.

—Doctor, tiene la cabeza enorme, como si tuviera agua por dentro.

Cambia de lado, a un segundo frente. Grita.

—¡Está pasando el avión! ¡Guardá los animales!

Ahora hacia un tercer lugar.

—Necesito plata para el pasaje, señor. ¿Lo puede pedir por la radio?

Hacia el último frente posible: el cuarto, como si recibiera al bebé recién nacido, con profunda alegría, lo lleva contra su pecho.

—¿Cuánto pesa mi hijo?

Vuelve al segundo espacio.

—¡Aparate, que ya se nos han muerto varias gallinas!

Va al primero.

—¿Qué es eso de la médula, doctor? ¿Qué está enfermo de eso también?

Va al tercero.

—Tengo que viajar a Buenos Aires, señor. Y no tengo dinero.

Va al cuarto frente. Extiende sus brazos como devolviendo al niño.

—¿Por qué me lo quitan? ¿Qué tiene mi hijo?

Va al tercer frente.

—Aquí tiene los estudios, señor. Tengo que viajar con él para hacerlo operar en un hospital de ahí.

Va al primer frente.

—¿El corazón también, doctor? ¿Por qué, doctor? ¿Por qué ha nacido así? ¿Por qué?

Va al segundo frente.

—La lechuga está como quemada. Y los tomates también. ¿Por qué?

Va al cuatro frente.

—Lo mismo lo quiero, aunque tenga las manitos sin manitos.

Vuelve al segundo frente. Grita hacia lo alto.

—¡Dejen de fumigar con eso! ¡Los animales se nos mueren! ¡Y las plantas!

Va al tercer frente.

—Necesito que usted, por la radio, pida una colaboración para que me ayuden a comprar el pasaje.

Mi marido está sin trabajo y yo también.

Va al primer frente.

—¿Se va a poder curar, doctor?

Va al cuarto frente.

—Yo voy a hacer con mis manos lo que él no va a poder. Voy a trabajar lo más que pueda.

No me importa si no duermo.

Vuelve al primero.

—¿Y qué va a pasar cuando le pongan esa válvula? ¿No se va a morir?

Va al segundo frente.

—¡A los perros también les agarró el “mal del avión”! ¿Qué es ese veneno que tiran desde arriba?

Va al cuarto.

—Y voy a rezar mucho, para que se cure. Y a hacer promesas.

Va al tercero.

—Es que nos hemos tenido que venir a la ciudad y vender la tierrita que teníamos. Todo se nos moría ahí. Y aquí no hay trabajo por ninguna parte.

Va al primero.

—No tenemos plata para pagar esa operación, doctor. ¿Qué podemos hacer?

Va al tercero.

—Allá teníamos algunos animalitos por lo menos: gallinas, chivitos... y plantábamos verduras y otras cositas...

Va al segundo, grita.

—¡Esa cosa que tiran le hará bien a la soja de ustedes, pero nos quema las plantas, nos mata los animales, nos envenena el agua y la tierra!

Va al primero.

—Vamos a pedir ayuda, doctor. No sé a quien...

Va al cuarto frente.

—No importa que él haya nacido así, señorita. Lo mismo lo quiero. Es mi hijito. Y lo voy a criar en mi campo. Ahí va a crecer, junto al perrito que le regaló mi comadre, para ahora, para su nacimiento.

Va al tercero.

—Ahora vivimos en la ciudad, amontonados en una pieza, señor. Y sin trabajo. Antes teníamos trabajo. Ahora comemos día por medio.

Va al primero.

—Vamos a conseguir ese dinero, doctor. Cómo sea.

Va al cuarto.

—Cuideló, señorita. Es chiquito, es recién nacido. Y traigameló rápido. Yo le quiero sus manitos, aunque no las tenga.

La Actriz hace un "quiebre" y relata al público directamente, como una crónica.

Telma Elisa Godoy, de Los Ralos, este de Tucumán, madre de una criatura nacida con problemas en la médula, en el aparato cardio-respiratorio, con hidrocefalia y malformaciones.

Cercada por plantaciones de soja, la familia tuvo que abandonar el campito en donde trabajaban, tenían su pequeña huerta y criaban

algunos animales, para emigrar a ese cinturón de miseria que rodea a las grandes ciudades.

Un anónimo caso más entre cientos de casos similares.

El motivo: el llamado “mal del avión”, la fumigación con agrotóxicos esos que poseen componentes parecidos al agente naranja que todavía contamina a Vietnam y que se vierte sobre 16 millones de hectáreas sólo en la Argentina.

La increíble soja transgénica es más barata y lo que prevalece es lo que da más rédito.

Una sola persona, en nuestro subdesarrollado país, es capaz de controlar 300 hectáreas de soja. En donde antes decenas de familias trabajaban produciendo distintos cultivos, ahora basta con una sola. Es más redituable. Es lo *normal*, entonces, emigrar a las ciudades. Es negocio. Aunque la tierra se seque y los niños nazcan con deformaciones y cánceres.

Es negocio.

Quizás no tanto para Telma y su familia que no saben muy bien qué es esa lluvia ácida que cae del cielo, como un castigo más, para señalarles que lo *normal*, vivir, respirar, comer, no es algo que les pueda pertenecer y a lo cual tienen derecho por sólo haber nacido. Porque negocios son negocios.

Se escucha el ruido de las desmontadoras, de las sierras, de árboles que caen. La Actriz mira la encrucijada. Luego corre, “in crescendo” hacia los cuatro lados del escenario tratando de encontrar una salida pero no lo logra. Cansada, cae. Los ruidos cesan. Mira nuevamente hacia la encrucijada.

ACTRIZ: ¿Hacia adónde...? ¿Hacia adónde vamos?

Con un impulso visceral, se lanza sobre la bolsita con tierra fértil, busca en su interior, y encuentra, una plantita con sus raíces que está suelta. La mira con amor. Observa la bolsa abierta con cenizas. Va hacia ella y hace un espacio al centro de la misma. Después levanta la bolsa con tierra fértil y la arroja en el espacio que ha liberado. Luego comienza a enterrar a la plantita en ese espacio de humus, plantándola, mientras habla.

Mi madre decía que yo tenía “mano verde”. Es que me pasaba horas en el jardín jugando con las hormigas y cuidando de cada una de las plantas que allí vivían. Cuando el viento, la lluvia o algún movimiento torpe de alguien, quebraba un gajo de una planta, mi tarea era recuperarla. Levantaba el gajo herido y trataba de volverlo a la vida.

Así fui haciendo con cada cosa que me fue pasando: fui peleándole a los finales como si el tiempo fuera un capricho. Construí la convicción de que la resignación es una derrota, que las evidencias son mentiras, que todavía la soñada esperanza llegará en el momento

justo para darle un orden de justicia a las ingratitudes de la vida. Quizás me equivoqué. Quizás no. Prefiero sentir, todavía, que existe un lugar en donde los sueños son posibles, en donde las miradas nada esconden, en donde la única e inevitable maldad es el olvido. Mi madre me decía que era necesario no apretar demasiado la tierra para que la plantita pudiera respirar y sobrevivir . Y yo trataba de ejercer la mínima presión para que ese delicado ser de color verde creciera buscando la cotidianidad maravillosa del sol.

Luego la regaba, acariciándola con agua, como iniciándola, cada día, en un rito secreto que sólo a ambas pertenecía

Después volvía a mis crayones y dibujaba árboles, plantas lujuriosas, lianas anaranjadas, cielos lluviosos en donde los verdes de las plantas resaltaban como una música alegre e infinita...

En esos dibujos ahora me busco. Sé que son un refugio, sé que son la infantil resistencia a tanta muerte, a tanta absurdidad, a tanta masacre de nosotros mismos.

No se trata de escapar. Al contrario. Busco enfrentar con ingenua alegría a las maquinarias de la destrucción y del dolor. Algunos me dicen que piense sólo en mí, o que busque en esos colores la belleza que ellos, por sí mismos, reverberan.

No puedo.

Los colores de la vida son impuros. Son bellos por eso, son bellos porque gritan, porque no saben callar, porque conservan la franqueza de los niños y de los locos, porque no tienen mediaciones, porque nacen de la suciedad de los hombres y aspiran a no olvidarse de ese parto inevitable. Que otros pinten con *arte* y exalten la belleza de su ombligo, yo prefiero plantar un pedacito de esta contradictoria vida, y esperar... esperar... que viene de esperanza, aunque jamás llegue a sentarme bajo la sombra de los árboles.

La Actriz ha terminado de colocar a la plantita en la tierra. Ésta ha quedado en pie aunque rodeada de cenizas. La Actriz gira la cabeza y mira intensamente hacia la encrucijada. Una luz resalta a la frágil planta mientras las demás luces se van yendo. Al final se destaca la imagen solitaria de la plantita hasta que esa luz focalizada también se diluye señalando el FINAL

Por las hendidias
del viento

> por las hendijas del viento

(Pachamama, kusiya, kusiya... una historia nuestra)

Se estrenó el 5 de agosto de 2005 en el teatro El Pulmón de la ciudad de San Miguel de Tucumán, Argentina, con el siguiente reparto:

RAMONA ROSA REYES: Rosita Ávila

DIRECCIÓN: Carlos Alsina

Fechado el 5 de setiembre de 1974 el artículo periodístico titula: “En el asilo, donde se hallaba internada, murió la Pachamama”. La foto del rostro de una anciana de 122 años, revela una mirada que atraviesa el tiempo y que parece haber entendido el sentido caótico de la vida.

Ramona Rosa Reyes, la mujer referida, fue elegida la Pachamama, la Madre Tierra, al ser la más antigua del valle, en el Carnaval de Amaicha de 1972. Fue homenajeada por ello y quizás creyó que era, en verdad, la mítica deidad femenina.

Un día decidió, por primera vez, *bajar* a Tucumán a visitar a su amiga coplera doña Melchora Ábalos, esperando ser recibida en la ciudad como la Reina de la Tierra.

Un camión la dejó en las calles Colón y Lavalle y ella se sentó en un umbral, desconcertada por la indiferencia de sus *súbditos* que no la reverenciaban. Aterida de frío y, quizás, por el llamado telefónico de algún vecino, fue transportada a una fría comisaría en donde pasó la noche. Al final pudo encontrarse con su amiga pero no pudo regresar jamás a su tierra y terminó sus días internada en el asilo San Roque, tal vez mirando en dirección a sus montañas y escuchando el soplar silencioso del viento.

EL ESCENARIO ESTÁ VACÍO. UNA DÉBIL LUZ SEPIA COMIENZA A ILUMINARLO COMO SI SE TRATARA DE UN TENUE RAYO DE SOL DE UNA MAÑANA FRÍA. DESDE LAS SOMBRAS APARECE DOÑA RAMONA, LA PACHAMAMA, MUJER ELEGIDA POR SUS COTERRÁNEOS POR SER LA ANCIANA MÁS ANTIGUA DE LOS VALLES CALCHAQUÍES. ARRASTRA UNA PEQUEÑA SILLA AUTÓCTONA, DE MADERA Y TIENTOS, Y CARGA UN ENORME ATADO EN EL CUAL ESTÁN SUS POCAS Y ÚNICAS PERTENENCIAS. MASTICA UN ACUYICO DE HOJAS DE COCA. LENTAMENTE SE ACERCA A LA LUZ, COMO BUSCÁNDOLA.

EL ESPACIO REPRESENTA EL PATIO DEL HOSPICIO PÚBLICO PARA ANCIANOS, EN LA CIUDAD, EN EL CUAL HA SIDO INTERNADA. SE TRATA DE UNA MUJER DE 122 AÑOS, AUNQUE CONSERVA AÚN LA LUCIDEZ Y LA PICARDÍA.

SE SIENTA. DEL ATADO EXTRAE ALGUNAS PIEDRAS Y LAS AMONTONA CONVIRTIÉNDOLAS EN UNA APACHETA, PEQUEÑO MONTÍCULO QUE, EN LOS

RAMONA: Pachamama... kusiya, kusiya... ayudame... ayudame.
¡Y qué poco caliente este solcito! No e como allá, como de mis partes. Ahí hace frío por las noches, pero cuando sale el sol caliente rápido y al ratito uno ya siente que el calorcito la está acariciando a una.

Sopla el viento. Mira alrededor. Habla con él.

¡Señor Viento, qué rara que había sabío sé la ciudad! Primera vez que la conozco. Yo ni sabía que aquí no había ni tierra, que no estaba yo... (*Se ríe*) que soy la Mama Tierra. Si no, ni me hubiera venío. Hace ya no sé cuánto que me han metío aquí, en este hospicio pa' viejo, que le dicen. Está lleno de viejito y de mujeres como yo. Algunas personas me hablan, pero yo hablo poco. Siempre hi sío de habló poco. Es que allá, en mis valles, no se habla demasio. Ahí se habla en silencio, que e lo mejor que se puede decí. Por eso me gusta habló con usté, señor Viento, porque yo sé que usté me entiende a mí, que me escucha porque aquí naide sabe escucharme. Estos loco creen que yo toy loca. No saben que soy la Pachamama, que ello son parte de mí, como toda las cositas de este mundo.

Escucha el viento como si fuera un mensaje.

¿Ha visto que no mi hi olvidao? Ya lo había comprendío el otro día cuando me había dicho al oído que hoy era el día. "Taba esperando pa' levantarme temprano y vení a encontrame con usté.

Meno mal que esos muros lo dejan pasar.

¡Hay tantos muro por aquí! ¡Todo rodian esas paredes! La gente vive como pirquiada de paredes.

¡Eso e lo primero que me ha sorprendío cuando hi conoció la ciudad. Yo no me imaginaba que era así, con las persona que duermen encimada una de las otra, como si fueran gallinitas (*Ríe*) en esas casa altas que le dicen "edificio", o... (*Busca en su memoria*) "rascacielo" también, que le dicen (*Ríe de nuevo*). ¡Cómo van a rascá el cielo! No e verdá eso. ¿Adónde están los rasguñones, maver? Además si al cielo lo raguñan se enoja... ¡y si se enoja el señor Cielo, no va a quedá nada en pie, ve!

Pero se debería enojá un poco (*Mira hacia arriba*) a ve si por aquí abajo lo respetan un poco más.

¡Ella ha sío! la Melchora, mi amiga, la que mi ha invitao a vení, aquí a la ciudad. Es que ella es cantora, coplista y la han traío pa' que la conozcan los señores turista, eso que viene de Bueno Saire, o de otras partes, del lejo.

¡Cómo canta de lindo la Melchora!

Golpea sus manos, como si tuviera una caja coplera y canta.

Aquí estoy porque hi venido
y porque quiero saber
si el amor está prohibido
para dejar de querer

Aunque me duela el canto
canta mi boca
en mi pechito tengo
pena y no poca.

Me faltan mis montañas. Verlas ahí, como protegiéndola a una. A veces, se ven desde aquí, y yo las veo triste, triste las veo, como enfermas. ¿Será que ellas también me extrañan a mí?
¡Para que li habré hecho caso a la Melchora!

Ahora reproducirá el diálogo del pasado con su amiga, componiendo a ambos personajes.

—Ramona, venite a visitame a la ciudad, a vo te han elegió la Pachamama porque so la más vieja del valle, sos la reina de la Tierra, y seguro que lo gobernantes te van a da la propiedad de la tierrita en donde usted vive desde los tiempo de los abuelo de los abuelo.

—¡Que no! a mí me da un poco de miedo salí de aquí. Yo conozco todo el mundo pero nunca hi salí de aquí.

—¿Y cómo va a conocé si no has salí nunca?

—Y... yo conozco con la cabeza. Mi pongo a volá pensando en lo ríos de los otros laos, el color de las montañas, los animalitos, las cabras, los chivos, las gallinitas de otros laos...

—¡Pero Ramona, haceme caso, no todo e igual que aquí!

—¿Y qué tiene de diferente, a ve?

—Y bueno, hay más auto, hay agua corriente, luz eléctrica... Vo abrí una canilla de tu casa, así, y te sale el agua...

—¿Tanto río chiquito tiene cada persona para cada uno de ellos?

—No son ríos, Ramona. Es el agua corriente. Y podí apretá una cosa, así, y se prende la luz.

—¿Y el sol?

—¡De noche te digo!

—¿Y la luna?

—Y bueno... ¿cómo vei vo cuando está nubla, cuando no hay luna?

—Y me prendo una vela, Melchora. O azuzo el fueguito.

—Allá no tení que azuzá nada, ni buscá leña ni nada. Prendí esa especie de botoncito, así, y se hace como de día.

—¿Así que cada una de la persona de la ciudad tienen como un

solcito pa' cada una de ellas? ¡Qué raro! Siempre hi pensao que el sol era uno solo pa' todos.

—Pero... ¿sabí qué? Lo que tené que pedí e que te den las escritura de tu tierra.

—¡Pero si e sabío que esta tierrita es de lo abuelo de lo abuelo de lo abuelo. Siempre hemo vivío aquí.

—Lo patrones dicen que esta tierra es de ellos, Ramona. Y tienen un montón de esos *avenegras* que les dan la razón.

—¿Y qué saben esos *avenegras* de los nogales, o de maíz, o del pimiento...? ¿qué, acaso ellos han trabajao la tierra aquí? Vo sabí bien lo que e plantar entre el medio de la piedra, que a vece tení que sacá piedras enorme de abajo pa' podé hacete un pedacito de tierra y plantar algo ahí... Meno mal que todavía han quedao las terracitas de los antiguos y eso sí que es más fértil, ¿qué no?

—Hacime caso, Ramona. Vo ahora sos la Pachamama. ¿Que no ti han saludao en el Carnaval de Amaicha las autoridades de la provincia? ¿Que no ti han hecho reverencia porque sos la Reina de todo nosotros y de ellos también? ¡Que te den el papelito ese, entonces, en donde dice que esta tierrita es tuya!

—¡Si yo soy mía! Soy la Pachamama. Un diploma y todo me han dao. ¡Y la gente mi saludaba con pañuelo blanco que el vientito hacía mové! Y a mi lao, iba la Ñusta, ¡linda y joven la chinita! Y el Viejo... el Llastay, que lo quiere a los animales también mi acompañaba.

—Por eso. Mirá, Ramona, yo mi voy pa la ciudad. Ahí me van a hacé cantá. Venite a visitame y ahí aprovechamo pa hacé lo trámite.

—Pero Melchora... yo jamá hi ido pa' la ciudá.

—Y bueno... ¡conocé, qué mierda!

Ramona ríe del recuerdo.

Y si ha ido la Melchora, nomás. Ella e guapa. Sabe tomá el ónibus y todo. Conoce por aquí, por la ciudad.

Sopla el viento.

Pero vos, Vientito... me dabas vuelta y vuelta por la cabeza. Cuando me quería olvidá de la tentación de venime, volvías a soplá. Y hasta me costaba dormime. A vece venía uno de mis ahijaos...

Hace a ambos personajes.

—Hola, Ramoncito, ¿qué anda haciendo por aquí?

—¿Qué le anda pasando, Mama Ramona, que la veo preocupada?

—Nada, m'hijo. Es la Melchora... mi ha invitao pa'ime a la ciudá.

¿Conocé vos?

—Y sí... una pocas veces hi ido. Cuando los patrones de por aquí nos llevaban pa' la zafra, algún domingo mi hi tomao un ónibu y mi hi ido a conocé.

—¿Y cómo e?

—Grande. Llena de calle y de mucha gente. Pero yo no hi estao mucho ahí, porque ya mi tenía que volvé a la colonia del ingenio. Usté sabe que en el surco trabajábamo de sol a sol. Ahí no hay tiempo pa' descansá. Y los patrones y los capataces nos tenían cortito también. Es que si uno no cumple, despúes tenimo problema por aquí, porque la tierra de aquí también es de ellos mismos, ¿qué no?

—Claro, m'hijo. Hay que trabajá, nomás.

—Yo estoy pensando en irme pa' los Bueno Saires, doña Ramona, que dicen que e más grande que Tucumán todavía. Ahí se consigue trabajo mejor y todo.

—¿Qué, vo también te va a ir, como todos los otros?

—Y sí, ¿qué voy a hacé aquí? Aquí no hay trabajo y allá dicen que hay de todo, hay que progresá, Mama Ramona. Y, después, volvé con plata y comprá la tierra, aunque sea un pedacito, pa' quedase por aquí, como dueño ya, pa' siempre.

—M'hijo, la tierra ésta e de nosotros. ¿Quién nos va a sacá de aquí, si vivimo desde antes de los abuelo de los abuelo?

—Hay muchas cosas que han cambiao, Mama Ramona. Por ahora don Robustiano la deja estar...

—Él me cobra, ¿qué no? Yo le pago, si no e con la platita de la venta de frutales, es con chivitos y ovejas. Hay veces que me quedo sin nada, pero le pago. Él no me va a corré de mi tierra. Me ha dao su palabra. Y mucho meno ahora, que me han elegío la Pachamama.

—¿Pero y sin don Robustiano se muere? Los hijos pueden ser distinto, ¿qué no?

Ella lo piensa.

—Capaz que me voy pa' la ciudad, como pa visitala a la Melchora y, de paso, me llevo a la casa de don Robustiano pa' hablale. Él vive ahí, me han dicho.

—¿Y usted conoce dónde vive?

—Y no, m'hijo. Pero ahí de seguro que lo conocen. Le pregunto a cualquiera y me van a sabé indicar. Además yo soy Reina de la Tierra, la Pachamama, ¿qué no? Bien llegue me van a sabé atendé, como hacimo nosotros cuando un abajeño llega por aquí. Y también viá a aprovechar pa' visitá a las otras chinitas de mi ahijadas, que todas están criadas, desde chiquitas, por gente de plata de la ciudad.

—¡Ah sí!, ellas están ocupadas en esas casas. Yo las hi visto. Ellas limpian ahí, cocinan... de todo hacen.

—Hace años que no las veo. Grandes deben de estar. Ganas tengo de rumbiar pa' esos laos.

—¿Y ha pensao en qué irse, Mama Ramona? Usté ya tiene sus años...

—Y dicen que como 120. Yo no sé. Pa' mí es parecido a los otro años. Antes no mi cansaba tanto, eso sí, pero todavía puedo hacé de todo por aquí. Sanita ando.

—Si quiere yo le puedo averiguá. Tengo un camionero amigo que va y viene de la villa a la ciudad trayendo y llevando mercadería.

—¿Y cuánto me va a cobrá el viaje? Ahí tengo un chivito pa' pagale, si él quiere.

—Ya le vuá preguntá. Y le vuá sabé decí, Mama Ramona. Se veímo más despué.

Vuelve al "aquí y ahora" del relato.

El señor camionero li ha prometío de llevame a cambio de dos chivitos. Hi tenío que elegilos, dos hermanitos, pa' que no se separen. Y se me partía el alma, porque parece que los animale se dan cuenta de lo que va a pasá.

Ordena sus cositas.

¡Diosito! ¡No dormía esperando el momento del viaje! (*Saca un amuleto que posee una medalla de oro y la besa repetidamente*). ¡Vos, que siempre mi has acompaña, medallita, también mi has de acompañar ahora! (*Comienza a acomodar sus ropas*). Hacía rato que no escuchaba las palabras de la noche. Antes, cuando era jovencita, criaba a mis ahijados y me amanecía cuando alguno lloraba, porque yo no hi tenío hijos, aunque hi tenío dos maridos. Pero hijos no, ahijaos, sí. Muchas comadres hi tenío. Y ellas me los dejaban pa' podé ise en mayo pa' la zafra en Tucumán. Y volvían en octubre recién.

Me los dejaban cuando eran muy chiquitos y no podían entuavía trabajá. Lo malo es que a veces no todos volvían. Algunos angelitos se morían en la caña. Yo mi daba cuenta al verlos llegá de lejos, nomás, de cómo se movía la carreta ya me daba la señal. Mis compadres bajaban sus cositas en silencio. Y los hijitos también. Todo sabíamos lo que había pasao, pero nadie hablaba. ¿Para qué hablá, que no? De esas cosas no se puede hablá, ¡qué se vamo a decí, si el silencio habla mejor! Yo les entregaba las guaguas a mis comadres y veía en sus ojos como un arroyito manso.

Hacía rato que no me pasaba noche sin dormir. Desde ese entonces. Pero el viaje para aquí me tenía como nerviosa.

Sopla de nuevo el viento.

Por escucharte tanto, Vientito, es que mi hi venío. Porque te metís

por las orejas y traís chimentos y sucedidos y cosas que se cuentan y a una se le pone el pecho como chiquito porque parece que uno no vive lo que vive, que las cosas están en otra parte y no al lao de una. Y no es así. Ahora sé que no es así.

Algo hi aprendió, ¿has visto?

Termina de preparar sus cosas, entre ellas, algún amuleto al que dará mucha importancia, las piedras y, por supuesto, el diploma que la acredita como "Pachamama".

Y dicen que ésta es la firma del gobernador y todo. Seguro que él me va a recibí y homenajear.

Mira alrededor.

¡Ei, ustede, portensén bien mientras no esté yo! Me voy unos días nomás y ya me vuelvo.

Va a vení Ramoncito a cuidarlos. Y no se pelien porque lis hi dejao comida pa' todos.

Mira hacia otro lado.

Espero que vo, monigote, espantei los pájaros dañinos esos, los icanchos, que se comen las plantas. El viento te va ayudá, así ti movís un poco.

Mira hacia el horizonte, hacia las montañas.

Y ustede... cuánto me van a faltá, pero ya vuá a volvé. Estensen así de lindas pa' cuando regrese. Y dejensen acaraciá por el solcito, ansí se ponen hermosas y buenas mozas.

Del atado, saca una botella de vino patero, vierte un poco en su mano y lo arroja a la tierra.

Pachamama, kusiya, kusiya... ayudame... ayudame.

Con cierta nostalgia y temor, junta sus cositas, las mismas que tiene en el hospicio, y comienza a alejarse hacia atrás del escenario. Canta una copla.

Ya me voy, ya me retiro
de mi presencia me alejo
y aquí m'echan de menos
mi corazón les dejo.

Llega hasta el fondo y se sienta, como si estuviera esperando al lado del camino. Divisa que se acerca un vehículo. Ella, por las dudas, hace señas. El ruido de un auto pasa raudamente y se pierde a lo lejos.

Y no... éste no debe de ser. E un auto con esos turista. Dicen que ahora vienen un montón por estos lugares. Cargao iba el auto.

¿Para qué han de trair tantas cosas? Si son tan pocas las necesarias.

El ruido de un camión se hace próximo. Se detiene.

Yo soy, señor, doña Ramona, la Pachamama. *(Saca el diploma y se lo muestra).*

¿Ya li ha entregao los dos cabritos mi ahijao Ramoncito?

¿Puedo subime entonces? No, no... si solita puedo.

Doña Ramona, acomoda las cosas y hace como si subirse a la silla fuera sentarse en el asiento del camión. Realizará el movimiento del camión con su cuerpo, sentada en la silla. Todo debe sorprenderle como cierto temor por las curvas y el cambio que va sufriendo el paisaje.

¡Rápido había sabío andá este animal! ¿qué no?

Mira por la ventanilla, ofrece algo al conductor, señala algo que descubre.

¡Otra apacheta pa' mí! ¡Qué agradecida que e la gente! ¿qué no?

Éste debe sé El Infiernillo, aquí hay que andá con cuidado. El malo, el Chuqui, puede haceno una jugarreta...

En murmullos reza en una mezcla de quichua con castellano.

¡Ya está! ¡Ya imo pasao! Debe sé que estaba durmiendo el Chuqui.

¡Jodido e ese diablo! Cortito hay que tenelo.

Llegan a la villa.

¡Ehh...! ¡Cómo si ha hecho di grande la Villa de Tafi! Antes no era tan ansí. ¿Y esas casa enormes? ¿De quiénes son? ¿de lo turista? ¿Ellos viene pal verano, nomás, que no!? Y despué... si ti i visto no mi acuerdo.

El viaje sigue. Doña Ramona continúa sorprendiéndose ante cada cosa.

¡Ehhh...! ¿Cómo van cambiando las plantas? ¡Y cómo da vuelta el camino! ¡Parece víbura!

Mira extasiada el lujurioso paisaje de la ladera oriental durante el descenso.

¡Qué plantas más grandes! ¡Son como pa' hacese el techo de una casa! ¡Y el río! ¿Ha visto que fuerza que tiene? ¡Parece que baja con rabia, como si tuviera apuro en llegá!

Por aquí no hay campos pelao como por mi casa. Todo é vegetación y plantas y árboles. Y hace más calor, ¿qué no? ¡Qué lindo el cielo! ¡Cómo se va poniendo en distintas posiciones: ladeao, acostadito, parao...!

Mira a lo lejos.

¿Y aquello es la llanura? Esa cosa plana, medio azul con verde que se ve allá más por debajo? ¿Pa' ahí vamo, qué no? ¿Ésa es la ciudad?

El viaje prosigue hasta que el camión desciende a la llanura. El paso de otros vehículos es frenético por la ruta. Doña Ramona se asusta ante tanto auto que viene en sentido contrario.

¡Ay Mamita de los Cielos! Parece que se vienen encima lo autos esos. Nunca había visto tanto auto junto. Y camiones y ómnibus...

Mira al costado.

¡Y ahí están las cañas! Creciditas están.

El camión va entrando en la ciudad.

¡Cuánta casas juntas! ¡Ésta ya e la ciudadá?

Al entender la respuesta afirmativa del camionero sus ojos se agrandan y maravillan.

¡La ciudadá...! ¡Qué rara que e! No se ve ni tierra, todo está cubierto de pavimento. Y los arbolitos... hay tan poquito y medio caídos. Y tanta gente caminando...

Saluda por la ventana como si los transeúntes pudieran verla o escucharla.

¡Adiós, don! ¡Soy la Pachamama! ¡Vengo de los Valles a encontrarme con la Melchora!

¡La ha visto a la Melchora? ¡ella anda por aquí nomás!

El camión se detiene en un cruce de avenidas. Doña Ramona se sorprende.

¿Aquí se aloja la Melchora?

¿No sabe usted eso? ¿Y para dónde vive? Está bien, ya vuá preguntá, la gente me va a sabé decir.

Ahh... está bien, señor, ya me bajo.

Es evidente que el camionero nada sabe y que quiere dejarla allí por comodidad y para evitar complicarse con el tránsito. Ella retoma su atadito, su silla matera y desciende. Saluda al camionero desde abajo.

¡Muchas gracias don! ¡Y cuidemé los chivitos que son hermanos, ¿sabe? Pueden sufrí si se los separa.

El ruido del camión, estruendoso, se aleja. Se suman los ruidos de las grandes ciudades, bocinazos, autos que pasan, sirenas, gritos de gente, etc. Doña Ramona se asusta un poco. Mira para todos lados y hace alguna señas a personas que pasan y que no se detienen ni se percatan de su presencia. Ella se intimida un poco, pero sonríe. Coloca la silla y se sienta, saca el diploma y trata de calmarse.

Ya vuá preguntá. Ya me van a reconocé. Es que la gente entuavía no mi ha reconocío como la Reina de la Tierra.

Saca el diploma y se aproxima a alguien.

Señor, señor... yo soy la Pachamama, la reina de todo aquí, y quiero preguntarle...

Queda hablando sola. El transeúnte ha seguido su veloz caminar. Se dirige a otra persona mostrando el diploma.

Mocita, yo soy la Pachamama. Busco a doña Melchora, la cantora de...

Aparentemente la mujer se ríe.

¡Me gusta que se ría! Yo hi venío de los Valles a conocé todo mi reino, ¿sabe? Porque soy la Madre Tierra, me han elegío porque los antiguos...

Queda hablando sola y algo desconcertada. Grita.

¡Aquí tengo el papel que el gobernador mi ha hecho da! ¡Yo soy la Madre Tierra!! ¡La Pachamama!

Intenta cruzar la calle buscando otro interlocutor, lo que es toda una aventura.

¡Señó, señó! ¿Adónde está doña Melchora, la cantora?

Idem.

¿Qué, están sordo por aquí que no mi escuchan? ¡Yo soy la Madre Tierra! ¡Ustede me tienen que reverenciá a mí, porque de mí dependen las cositas de este mundo, de mí y del sol!

El viento vuelve a hacerse sentir. Es un viento helado y comienza a llover. Doña Ramona recoge sus cosas y busca reparo.

¡Tata Dios! ¡Como había sabío llové por estos lugares!

Se moja. Entrevé el ángulo de un umbral y se acurruca allí, aterida de frío y miedo. Mira hacia la tierra y, como implorando para que deje de llover. Levanta una mano señalando el cielo.

Pachamama, ¡kusiya, kusiya! ¡Ayúdame... ayúdame...!

Alguien pasa y le deja en la mano una moneda creyendo que se trata de una mendiga. Ella se desconcierta.

¡Y bueno! No tan mala había sío la ciudá. Hasta dinero me dan. ¡Señor! ¿quiere un poco de tortilla de maíz por lo que me ha dao? (*El transeúnte ya ha pasado hace rato*). Es que ellos deben creer que así me están venerando. No, ansí no. Tienen que hacé una apacheta. Juntase unas piedras y ponela en pila y ahí tirame ofrendas... acuyicos, pedacitos de pan, comida, alquito de vino, porque a mí me gusta el vinito también...

Del atado saca las piedras y construye una pequeña apacheta en la vereda de alguna casa.

Ahora cuando ellos vean mi altarcito se van a pará y me van a llevá a hacé las visitas a la Melchora, a don Robustiano y al gobernador también.

Observa con creciente preocupación que nadie se detiene y acusa la mirada sorprendida de algunos que deben tomarla por una loca. Aparentemente se acerca un niño y se detiene a ver el montículo.

¿Y vos changuito? ¿Sabí quién soy yo?

¿Quién? No... no... no soy esa "Señora de la Bolsa". No... no... no lloré... si no te vuá llevá pa' ninguna parte, m'hijo. Éste es mi altarcito, mi apacheta, nada más.

Parece que llegan otros muchachos de edad un poco mayor.

Yo no li hi hecho nada, mocitos. Expliquelé, mozo. Él solito si ha puesto a llorá. Yo soy la Pachamama, ¿sabe? La Reina de la Tierra...

De improviso, pareciera que los muchachos tratan de desarmarle la apacheta. Ella la protege con su cuerpo.

¡Mi altarcito, no! ¡Si no hace mal a nadie!

Recoge la piedras y se acurruca en el umbral. Está aterrada y tiritada de frío. Se escucha el soplar del viento. Se entiende que alguien de la casa, en cuyo umbral está sentada, sale a la puerta. Doña Ramona la mira desde abajo, casi llorando.

-Buenas tardes, señora, yo soy la Pachamama, ¿sabe señora? ¿Me la puede llamá a la Melchora y decile que ya hi llegao?

El sonido del viento sube en intensidad. Se escucha la puerta que se cierra. El viento crece y Doña Ramona, acurrucada, se adormece. Se escucha el ruido de una sirena policial, una potente frenada, puertas del patrullero que se abren, pasos que se acercan. Doña Ramona hace como si la despertaran tocándola y empujándola.

¿Eh... eh? Disculpe, señor, mi hi dormío.

¿Cómo? ¿Documentos? Sí, señor, aquí tiene.

Saca el diploma.

Yo soy la Pachamama, ¿ve? Ahí me han dicho que dice. Y que está la firma del señor gobernador.

Parece responder a otra pregunta.

¿Cuál otro documento? Yo soy doña Ramona Rosa Reyes, de cerca de Amaicha, de los Valles, pero ahora soy La Pachamama, la Mama Tierra, y ustede me tienen que homenajear porque yo soy la Madre de todo ustedes.

¿Me van a llevá a hacé *las visitas* en el auto ese? Muchas gracias, señor. Tenimo que í pa' donde está la Melchora, despué pa' la casa de don Robustiano y al último a visitalo al gobernador porque tengo que hablá de algo muy importante con él.

Doña Ramona se levanta y se acomoda en el patrullero siempre con su silla y su atado. Se escucha la sirena del auto policial. Doña Ramona va algo asustada pero no abre la boca. Mira todo con asombro y sólo sus ojos reflejan las sorpresas que la ciudad le depara. Se escucha que el auto frena y sus puertas que se abren.

¿Aquí e donde se aloja la Melchora?

No es ésa la respuesta.

¿Una comisaría? ¿Y qué hi hecho yo de malo pa' que me traigan a una comisaría?

¡Ya va, ya va! ¡Ya me vuá a bajá!

¡No mi toque! ¡Yo solita puedo, qué mierda!

Ramona se levanta de la silla. Ahora volverá al momento del relato, en el hospicio.

Y ahí nomá esos hombres de azul, de la polecía, mi ha metío adentro de un edificio bien grande. Y triste era el lugar. Oscuro. Pintao de colore feo era, como grises, azule... no sé, no era lindo. Pero eso sí, la bandiera argentina estaba en toda parte. Miraba pa' allá y veía una bandiera, miraba pa' acá y había otra y todos los polecía tenían banderita en las ropas.

“¿Que habrá sabío sé una fecha patria y yo mi olvidao y por eso mi han traío detenida?”, hi pensao, en esos momentos. Pero parece que no, que ansí todo lo día nomás. Cuando yo hi preguntao si era una fecha patria mi han dicho: “Negativo”. Debe habé sío que no, ¿qué no?

“¿Y por qué mi han traído aquí, si yo ni hi hecho ningun daño?”. Y ellos mi han respondío que los vecino en donde yo estaba sentadita los habían llamao y ellos me habían ido a buscá.

Se escucha el ruido de las teclas de una máquina de escribir. Ella responderá a las preguntas que, sin escucharse son obvias que se han realizado.

—¿Mi nombre? (*Saca el diploma*). Pachamama, Reina Madre de la Tierra. Ahí está. Dicen que dice.

Se ve que del otro lado no es convincente la respuesta.

—Bueno, mi nombre de antes e Ramona Rosa Reyes. Pero ahora soy la Pachamama, Reina Madre de la Tierra.

—¿Cómo? ¿Qué e eso de “profesión”?

—Ahh... ¿a qué me dedico? Y a viví, mientras se pueda.

—¡Ta bien, no se enoje, si yo no li hi faltao el respeto a usted! Y bueno... cuido los nogales, maíz, esas cosas... y tengo mis animalitos. Chivitos y las ovejas que son: la Gabriela, la Susana, la Patricia, la Cristiana, la Paula, la Viviana, la Verónica, la Mariana, la María José, la Claudia, la Mariela, la...

El policía la interrumpe.

—¿No quiere que le dé el nombre de los chivos también? Está el Manuel, el Luis, el Enrique, el Chino, el Gustavo, el Sebastián, el...

Nueva interrupción.

—Bueno, está bien. ¡No se me lo enoje que así va a viví meno!

—¿Edá? ¿Y cuánto me da usté?

Hay un reproche enérgico del otro lado.

—Y... no sé. Dicen que tengo 120 añoito.

—¡No abra así lo ojos, que parece más feo de lo que ya es!

—Sí, señor. Soy argentina, aunque no conozco.

—¿Familia? Y... bueno... hijos no hi tenío, pero dos maridos, sí. Y cumplidores han sío los dos. No había día que no me *molestaban*.

—No, señor, nunca mi hi casao. Mi hi amichao nomás. Y con el primero hi estao en sirviñaku antes de juntá nuestra cosita.

—¿Que no sabe que e el sirviñaku usté? ¿Y pa' qué e polecía si no sabe nada? El sirviñaku e pa' probá si la pareja, si los dos, macho y hembra se llevan bien.

Entonces se vive junto, amichao, por un tiempo y entonces, si se siguen queriendo y se llevan bien, ahí nomás se juntan con toda las cositas de cada uno o se casan, como dicen que Dios manda.

—¡No, no soy soltera! ¡Soy amichada! ¡¿Qué no li hi dicho ya?!

—¿Viuda? Y... bueno... sí. Hi quedao viuda las dos veces.

—Y... uno si ha muerto de tristeza y el otro... de tristeza también.

—¿Y por qué? Porque si han ido haciendo viejito los dos. Y hay algunos que eso los pone triste y de eso se mueren, no de viejitos, sino de tristes.

—¿Domicilio?

—Ah... adonde vivo. Mire, de la ruta usté tiene que agarrá pal poniente por el senderito de la piedra blanca. Ahí llega hasta un cactu que tiene la forma doblada, así como si llevara un peso encima...

Se ve que el policía la interrumpe.

—Y... mire, por eso vengo a verlo a don Robustiano, que e el patrón de la tierra. La tierra es mía pero él es el dueño.

—Le esplico: con don Robustiano, hasta ahora, vamo al “tercio”...

—¿Tampoco sabe que es el “tercio”? No importa m'hijo, hasta cara de inorante tiene así que no se haga problemas.

—No se enoje, si le digo la verdá, nomás. Ir al “tercio” significa que don Robustiano pone el terreno, porque él dice que e el dueño porque tiene los papeles, y pone las herramientas pa' la labranza que son: una barreta pa' sacá las piedras de debajo de la tierra, un aradito de esos de antes y un pico. Nada más. Y yo pongo el trabajo

y los animales. Él se queda con las dos partes de todo lo que se saca: los frutos, la lechecita de los bichos y todo eso, y yo me quedo con una parte nomás, ¿entiende? Y también le pago como un alquiler para que me permita usá el agua que viene de un arroyito que está en otra parte de todas las tierras que él tiene por esos laos. Pero ahora, como soy la Pachamama ya soy la dueña de todo, así que sólo le vuá pedí a don Robustiano, pa' no perjudicarlo demasiado, que vamo "al partir", nomás.

Silencio de otro lado.

¿Y por qué se mi lo ha quedao callao ahora? (*Pícara*) Ahh... no sabe lo que e "al partir". ¿Ha visto que tengo razón yo? Que Ud. tiene la cara que se merece. "Al partir" quiere decí que vamo mitá y mitá y que ahora me reconoce que la tierrita es mía, como era de lo abuelo de mis abuelos. Y seguiremo dividiendo lo demás, a mitá y mitá. Perjudicarlo no quiero.

La máquina deja de teclear. Es evidente que el policía está confundido o no sabe qué hacer. Doña Ramona sigue con la mirada cuando el policía se levanta y va a buscar ayuda.

—¿Que va a hacé sus necesidades? ¿Hay tierra de aquello laos? Y yo ya tengo alguito de hambre, ¿sabe? ¿Cuándo mi han de llevá pa' lo de la Melchora?

Con la mirada hace ver que han entrado más policías. El comisario también... Ella los mira.

—Buenas noches, señor.

—Tá bien, disculpe señor comesario.

Vuelve a interrogarla por su nombre.

—Ya li hi dicho a este otro señor, que parece medio sordo. Yo soy la Pachamama.

Extiende el diploma, que, sin ser sacado de sus manos, parece ser leído por el comisario.

—¿Ha visto?

Doña Ramona arroja el acuyico a la tierra como unas migajas de pan y gotitas de la botellita de vino al piso.

¡Pachamama, kusiya, kusiya! ¡Por favor, hacé que esta gente me entienda!

El hecho de haber arrojado esos elementos al piso provoca la ira del comisario y ello se refleja en la reacción, entre temerosa y asustada de Doña Ramona.

¡Está bien, señó, no se me lo enoje! Si no hi estoy ensuciando. Eso es pa' la tierra, pa' hacele un pedido, nomás.
¡Ya lo vuá juntá... ya va!

Doña Ramona levanta lo que ha tirado al piso y lo guarda en su atado. Ahora toma un tono imperativo.

¡Y ahora llevenmé a lo de la Melchora, que debe de estar priocupada!
¡Y a don Robustiano! ¡Y al señor gobernador!

Doña Ramona vuelve al lugar del relato original.

Y ahí nomás han comenzao a hablá por esos aparato de teléfono, que le dicen. Y llamada pa' quí, y llamada pa' allá...

Ella interpreta al policía que telefonea.

—La sujeta se llama Reyes, Ramona Rosa, alias Pachamama, argentina, mayora de edá, de 120 añitos, soltera-viuda, profesión: comerciante. Está medio perdida. ¿Adónde carajo la mandamos?

Interpreta al comisario.

—Señora, va a tener que pasar la noche en la Comisaría.

Doña Ramona mira extrañada.

—¿Y por qué? Si yo ni hi hecho nada.

—Ahhh... ¿me vuá tené que quedá en calidá de qué? ¿de “demorada”?
¡Pero si yo no mi hi demorao en ninguna parte!

—¿Que lo tome como un hotel? ¿De eso pa' turista? ¡Y si yo no soy de esos turista!

Vuelve al tiempo del relato.

Pero no ha habío caso. Mi han levantao de un ala, y mi han llevao a una de las “piezas del hotel”, que ellos decían. ¡Estaba de mal tratao ese hotel, ve! El agua corría por las paredes por la humedad y había una sola ventanita chiquita, ansí, que estaba arriba, cerca del techo. Y han cerrao esa puerta de rejas oxidadas. Y ahí mi quedao solita un rato.

Mira el lugar, la celda, con cierta aprehensión.

Había una camita, sí, de cemento. Y ahí mi tirao porque ya mi estaba cansando...

Doña Ramona se acurruca en la silla como estirándose y va cerrando sus ojos. De pronto se escucha el sonido de la ruidosa puerta que se abre y se cierra estrepitosamente. Doña Ramona, con su mirada, expresa la sorpresa por la presencia de alguien que ha sido detenido. Vuelve al relato.

¡Cómo lo han tirao al pobre chango, ve! Rodando ha caío por el piso. La cara toda moretiada tenía. Y le salía sangre por la nariz. Yo mi hi

levantao y lo hi querido ayudá, pero parece que estaba medio enojao...
“¡Dejame vieja ¡mierda!” mi ha gritao. Y se ha sentao en la cama donde yo estaba.

Y bueno... calladita mi hi ido pa' una esquina de la pieza. Miedo tenía ya. Y el tipo se limpiaba la sangre con la manga de la camisa, así... (*Lo hace*) pero lo mesmo caían goterones en el piso.

Se escucha de nuevo el ruido del abrir y cerrar de la puerta. Doña Ramona mira, temerosa, a los nuevos personajes que entran, una prostituta y un travesti.

¡Y estaban bien arregladas las *chinitas*! ¡Como pa' domingo! Una era más jovencita que la otra. La edá de la ñusta habrá sabío tené. Unos quince añitos nomás. ¡Bien pintada y con la pollera bien cortita que hasta lo que se tapa se podía ver!

La otra era más grandota, alta, así era. Y tenía la voz más gruesa. A esa también le habían pegao parece, porque no dejaba de insultarlo a lo polecía, que le seguían haciendo burla... (*Imita*).

—¡Ahí tenés una *mina* jovencita para iniciarla!

Y me miraban a mí. Y se reían de nuevo. Y a la ñustita le decían:

—¡Ya te vamos a venir a buscar a vos, así *jugamos* un ratito en la oficina! Y se han ido a las carcajadas por los pasillos. Yo mi hi quedao en mi lugar. Quietita.

Hace como que el travesti le pregunta algo.

—¿Cómo? ¿Si yo también soy qué?

Risas.

—¿Prosti? ¿Y qué es eso?

—¡No, señorita, yo soy la Pachamama!

Busca el diploma que atesora, y lo muestra con orgullo.

—¡Ésta soy yo! ¿Y usté quién e, qué tanto!?

—¿Paola Yolanda, la que con cualquiera anda? Ahh... entiendo. ¿Y siempre la andan *ramiando* por aí? ¿O es pa'l Carnaval nomás?

Vuelve al relato.

¡Y entonces la mujer esa grandota, si ha subío la pollerita y si ha bajao los lienzos interiores...! ¡Y *así* un *colgajo* le ha caído! ¡Machito había sabío ser la mujer! ¡Y todos se han largao a reír! Y yo también, ¡qué tanto! ¡Hacía mucho que mucho que no veía esas cosas! No parecía mala la Paola Yolanda conmigo, mi ha tocao la cabeza y mi ha dicho: “Agüelita”.

Los polecía han venío gritoniando que se callemo. La Paola Yolanda los enfrentaba. ¡Valiente, la chinita! ¡O el chango, no sé! Y ahí nomás

uno de los polecía li ha metío un palazo que lo ha dejao seco, ve! Y se la han llevao a la ñustita con ellos.

Los demases nos himo quedao quietitos y a mí si me han ido cerrando los ojos de tanto ver.

Doña Ramona se acomoda en una esquina. Saca de su atado el amuleto con la medallita de oro. Lo besa repetidas veces. Mastica algún rezo en él y se duerme. Se escucha el viento. La noche ha pasado en la Comisaría. Se despierta. Ya no hay nadie con ella. Busca en el amuleto la medallita de oro pero no la encuentra. Es evidente que el muchacho la ha robado. Se desespera. Lloro.

¡Mi medallita... mi medallita... de hace tanto que mi acompaña!
¿Quién mi ha sacó mi medallita?

Se escucha la puerta que se abre. Doña Ramona va calmando su llanto. Y vuelve al momento del relato inicial.

Ha entrao el señor comesario. Mi ha dicho que teníamos que ise. Yo li hi dicho que me habían robau la medallita de oro. Y él me ha dicho que eso no era posible en *su* comeraría. Y ahí nomás, a las apuradas, mi han sacao de la *pieza del hotel* y mi han vuelto a subí a ese auto pintao de la polecía. Y así himo llegao aquí. Al asilo San Roque, que le dicen. Una casa grande es. Yo pensaba que estaba mi amiga, pero no.

Mi ha recibío una señorita muy amable, de blanco, como una dotora. Mi ha acariciao la espalda y ha sío muy buenita conmigo, mi ha hecho sentá y mi ha dicho que me quede tranquila, que me iban a hacé unos estudios y que me podía quedá a dormí aquí.

Doña Ramona representa ese momento.

—¿Y pa' qué me van a hacé esos estudios médico? Si yo estoy bien. Yo sólo hi venío de *visitas*, nada más. ¿Adónde está la Melchora? ¿Le puede avisá, usté que es tan buena, señorita, que yo ya hi llegao? ¡Y llameló al gobernador que tengo que hablá con él!

El viento.

Y la han localizao a la Melchora nomás. Estaba cantando en una feria de artesanías de esas pa' turistas que no entienden nada. Y mi ha venío a visitá mi amiga querida. ¡Qué lindo que ha sío verla! Ha llegao con su caja y se hemo puesto a cantá.

Se produce un contrapunto entre ambas cantoras, alternándose.

MELCHORA: Yo no canto por cantar
yo canto porque lo siento
cuando canto por cantar
las coplas se las lleva el viento.

RAMONA: Yo también tengo coplitas
dentro de mi pensamiento
unas no quieren salir
otras se van con el viento.

MELCHORA: Me gusta ver un viejo
cuando anda de pretendiente
abre la boca, se ríe,
¡no le aparece un diente!

RAMONA: Las mujeres son el diablo
parientas del alacrán
cuando ven al hombre tonto
alzan la cola y se van.

Doña Ramona ríe y toma de una botellita, está alegre, sigue cantando y bailando con la limitación de su edad.

¡Arriba, arribita
aquí baila mi abuelita!
¡Cómo será de alegrita,
baila con una patita!

Poco a poco se va poniendo triste y será sólo ella que interpreta. El clima festivo ha cambiado. Doña Ramona regresa a su presente. Sopla la urgencia del viento.

Y la Melchora se ha ido. Ella quería llevame, pero los doctores de aquí le han dicho que no era conveniente, que yo ya estaba vieja como pa' andá sola por mis laos sin nadie que me cuidara. Y mi han encontrao no sé qué cosa por adentro. No sé qué enfermedad ¡Si yo estaba sanita cuando hi llegao!

¡Y ha venío un señor representante del gobernador y todo! ¡Secretario de Turismo, mi ha dicho que era! Mi ha dicho que ésta era mi nueva casa y que me tenía que quedá a viví aquí. ¡Hasta un homenaje me han hecho! ¡Todos los otros viejitos mi han saludao como la Pachamama! ¡Y el año pasao, cuando hi cumplío los 122 añitos, mi han dedicao una fiesta y todo!

Y aquí mi hi quedao. Y ansí han ido pasando los días.

Pero yo quiero volverme. Todas las mañanas salgo tempranito al patio y miro pal lao de mis montañas.

Y las toco con mis ojos. Yo sé que ellas me sienten y aunque no me rispondan en el momento, cuando los truenos retumban, es porque me están contestando.

A don Robustiano no lo hi podío ver. La Melchora le ha llevao mi mensaje pero él ni ha apareció a visitame.

Se escucha un viento más potente que los anteriores. Y el sonido de truenos. Ella mira en esa dirección.

¡Ya estoy lista, ya estoy, vientito amigo, ya estoy!

Comienza a verter algunas migajas de pan a la tierra ofreciéndolas.

¡Pachamama, kusiya, kusiya, ayudame, ayudame!

El viento arrecia, al igual que los truenos. Doña Ramona mira hacia el viento. Levanta su diploma y le habla.

¡Llévame, vientito, llévame pa' siempre de una vez! Si yo soy como todos son: sólo un pedacito de vos.

El "crescendo" del viento llega a su mayor intensidad con la imagen de doña Ramona que refleja en su cara la felicidad de la partida definitiva. Se va la luz. Una ráfaga mágica la ha llevado para siempre.

FINAL

La conspiración de los verdaderos dioses

> la conspiración de los verdaderos dioses

PERSONAJES

LA DAMA BARBUDA

EL PREDICADOR

EL CIENTÍFICO

LOS PERSONAJES HABLAN CON MODISMOS PROPIOS DE LAS CLASES BAJAS URBANAS DE TUCUMÁN. SIN EMBARGO NADA IMPIDE ADAPTAR EL MODO DE HABLAR DE LOS MISMOS Y ALGUNAS COSTUMBRES PARTICULARES DEL LUGAR EN DONDE, EVENTUALMENTE, SE REPRESENTE ESTA OBRA.

PARA EL PERSONAJE DE EL PREDICADOR SE HA TOMADO COMO PUNTO DE PARTIDA A UN PREDICADOR REAL QUE GRITA A VIVA VOZ, Y ABSOLUTAMENTE SOLO, SU FANÁTICA VERDAD, EN LA PLAZA INDEPENDENCIA DE TUCUMÁN. SE LO HA SINTETIZADO CON OTRO PERSONAJE POPULAR: UN VENDEDOR CALLEJERO QUE OFRECE EN LA PEATONAL TUCUMANA EL AHUYENTA-SUEGRAS, UN SILBATO QUE IMITA A UN GATO GOLPEADO, CON EL CUAL ASUSTA A LOS TRANSEÚNTES.

LA APARIENCIA DE EL CIENTÍFICO, CUANDO INGRESA EN ESCENA ES, TAMBIÉN, LA SÍNTESIS DE DOS PERSONAJES REALES DE TUCUMÁN: UN SUPUESTO INDIGENTE CUYAS ROPAS ESTÁN CUIDADOSAMENTE CORTADAS Y PREPARADAS TEATRALMENTE PARA MENDIGAR Y CAUSAR LÁSTIMA, Y OTRO PERSONAJE QUE SIMULA SER CIEGO Y SE CARACTERIZA POR EMITIR PROFUNDOS Y LASTIMEROS GRITOS PARA CONMOVER Y OBTENER DINERO.

LA DAMA BARBUDA ES UN PERSONAJE TÍPICO DE LOS VIEJOS CIRCOS.

EL INTERIOR DE UNA PIEZA DE MADERA QUE, SE SUPONE, ESTÁ SITUADA EN LAS RAMAS MÁS ALTAS DE UN ENORME EUCALIPTO. POR UNA PUERTA, O A TRAVÉS DE UNA VENTANA, SE DIVISA UN HORIZONTE VAGO Y LEJANO QUE INSINÚA SILUETAS DE EDIFICIOS ESFUMADOS POR EL "SMOG". EL CALOR Y LA SEQUÍA SON AGOBIANTES.

LOS PERSONAJES Y LAS COSAS QUE ENTRARÁN EN ESCENA LO HACEN POR UNA ESCALERA ARTESANAL DE SOGAS Y MADERAS QUE SE LANZA HACIA ABAJO Y SE RECOGE EN CADA OPORTUNIDAD.

ADENTRO, UNA GRAN INSCRIPCIÓN EN ALTO, DICE: IGLESIA DEL ENANO DE LOS ÚLTIMOS MINUTOS, Y UN LEMA: "ESTANDO UNIDOS SALVAREMOS-NOS". EN UN ÁNGULO, Y RODEADO POR VELAS, ESTÁ UNA PEQUEÑA FIGURA TAPADA, PARADA ADENTRO DE UN FUENTÓN CON AGUA. CERCA HAY DOS PEQUEÑOS ARCONES. UNO ESTÁ CERRADO CON UN ENORME CANDADO, ILUMINADO POR UNA VELA. EL OTRO, NO.

EN OTRO ÁNGULO DE LA HABITACIÓN HAY ALGO QUE ASEMEJA UNA GRAN COMPUTADORA ALIMENTADA POR UN BRACERO SOBRE EL CUAL HAY UNA OLLA MARMICOC, QUE GENERA VAPOR Y ALIMENTA, A SU VEZ A UNA BOBINA, UN GENERADOR DE CORRIENTE QUE HACE FUNCIONAR A LA COMPUTADORA. AL LADO, UNA MÁQUINA EXTRAÑA CON DOS ANTENAS Y CABLES VARIADOS.

SE TRATA DE LA MÁQUINA DE HACER LLOVER. HAY TAMBIÉN UNA BANQUETA, UN FICHERO ANTIGUO REPLETO DE RÓTULOS ILEGIBLES Y CUBIERTO POR UNA BOLSA CON CUBITOS DE HIELO. HAY, ADEMÁS, UN TELESCOPIO DE HOJALATA QUE SE PIERDE EN UN AGUJERO DEL TECHO.

ES EL LUGAR DE EL CIENTÍFICO.

AL CENTRO DE LA ESCENA, Y BAJO LA INSCRIPCIÓN, HAY UN SILLÓN DESVENCIJADO QUE PRETENDE SER MÁS LUJOSO E IMPORTANTE QUE LOS DEMÁS ELEMENTOS DEL CUARTUCHO.

ES EL LUGAR DE EL PREDICADOR.

LA DAMA BARBUDA ARREGLA EL CUARTO. ES UNA MUJER ROBUSTA, EN MALLA DE BAÑO, ZAPATILLAS DE “ÉCUYÈRE” DE CIRCO Y UNA ESPESA BARBA.

LIMPIA, ACOMODA, ALIMENTA EL FUEGO DEL BRASERO SOBRE EL QUE ESTÁ LA OLLA A PRESIÓN.

SE APROXIMA A LA FIGURA TAPADA Y CON SOLEMNIDAD LA DESCUBRE. APARECE, A LOS OJOS DEL PÚBLICO, EL SIRENANO, UNA FIGURA GROTESCA, UNA ESPECIE DE SIRENA AL REVÉS, YA QUE POSEE, EN LA MITAD DE ABAJO, PIERNAS HUMANAS, PEQUEÑAS, DEL TAMAÑO DE UN ENANO. SU SEXO ESTÁ TAPADO CON UNA HOJA DE PARRA. EN LA MITAD DE ARRIBA, LA CABEZA DE UN PESCADO, DE UN BAGRE. AMBAS MITADES ESTÁN GROTESCAMENTE COSIDAS. EL SIRENANO ES UNA MOMIA.

LA DAMA BARBUDA HACE UN EXTRAÑO Y RELIGIOSO GESTO Y LUEGO REALIZA UNA POSE CIRCENSE CON ENORME Y SOLEMNE SERIEDAD. LUEGO VIERTE AGUA EN EL FUENTÓN Y ENCIENDE UNA VELA.

LA DAMA BARBUDA (D. BARBUDA):

*(Al Sirenano) ¡Abuelo, abuelito, hoy más que nunca protegeme!
¡Hoy es nuestro día!*

Desde abajo se escucha una voz.

VOZ: *¡¡Ayudenmén que no veo!! ¡¡Ayudenménnnn!!*

D. BARBUDA: *(Contestando hacia abajo) ¡¡Las estrellas serán nuestraaassss!!*

VOZ: *¡¡Soy ciegoooo!! ¡¿No ven que soy ciegooooo?! ¡No ven que no puedo verrrrrrrr?*

Es el santo y seña esperado. La Dama Barbuda se apresura y lanza la escalerilla hacia abajo.

D. BARBUDA: *¡Menos mal que he terminao a tiempo! ¡Todo está limpito! ¡Y el fuego a todo vapor!*

Termina de plumerear el lugar de El Científico. Éste entra en escena, luego de trepar por la escalera. Trae consigo un bastón blanco de ciego y ropas de mendigo. El Científico ve todo. Simula, en el mundo “de abajo”, su ceguera y su condición de mendigo.

EL CIENTÍFICO (CIENTÍFICO):

Ve que todo está en orden.

D. BARBUDA: *Acabo de terminar.*

El Científico realiza el mismo gesto religioso que hizo La Dama Barbuda hacia el Sirenano y luego comienza a sacarse, delicadamente, sus ropas de mendigo. Aparece vestido con limpieza y decoro.

D. BARBUDA: ¿Has recaudao mucho hoy?

CIENTÍFICO: Me ha ido mejor que nunca. Es una buena señal. He comprado el nitrato que nos hacía falta para completar EL PLAN.

D. BARBUDA: ¿Has tenío que gritar mucho?

CIENTÍFICO: Y sí. Es necesario. *(Riendo)* La gente se conmueve. O se asusta, no sé. Lo cierto es que recaudo. Hoy le he pegao un bastonazo en la canilla a una vieja que se hacía la que no me escuchaba, despacito nomás, pero ha funcionao porque me ha dao dos pesos. ¡Infelices! ¡Les cuesta más dar una moneda que soportar el vivir agobiados! *(Deja el dinero recaudado en una palangana).*

D. BARBUDA: Ni se imaginan con lo que están colaborando.

CIENTÍFICO: Si EL PLAN se cumple hoy ha sío mi último día de trabajo.

D. BARBUDA: Se cumplirá. Las ondas en el agua del fuentón han sío positivas.

CIENTÍFICO: Esperemos. No se aguanta más la sequía. Ni la temperatura. Hace como 50 grados a la sombra.

D. BARBUDA: Sí, las gallinas explotan por el calor.

CIENTÍFICO: Hace doce ya.

D. BARBUDA: ¿Doce qué?

CIENTÍFICO: Doce años que no llueve.

D. BARBUDA: Ah, sí. Y hoy es doce, también. ¿Será una casualidad?

CIENTÍFICO: ¡No existe la casualidad! ¡Todo es una gran causalidad! ¡Es la doceava vez que te lo digo!

D. BARBUDA: Bueno... está bien. Hoy ha llovió cenizas desde temprano.

CIENTÍFICO: Sí. Es lo único que llueve desde hace doce años. Y las chimeneas no se detienen. Siguen escupiendo esa bilis negra.

D. BARBUDA: Ya van a dejá de hacerlo.

CIENTÍFICO: *(Se acerca al Sirenano y observa el fuentón).* No puede fallar la Profecía. *(Va hacia la máquina de hacer llover)* Hoy es el GRAN DÍA. *(Saca una bolsa con el nitrato).* Podríamos festejar. *(Se acerca a La Dama Barbuda para acariciarla).*

D. BARBUDA: ÉL está por llegar. Es peligroso. Tendremos tiempo para festejar.

CIENTÍFICO: Un beso, nada más que un beso, y funciono como mi máquina con el nitrato nuevo.

D. BARBUDA: ¡Esperá! *(Tapa al Sirenano con la tela).* Me pone nerviosa que nos vea.

CIENTÍFICO: El Sirenano ya no ve nada.

D. BARBUDA: ¡Ve todo! ¡Desde Arriba ve y sabe todo!

CIENTÍFICO: ¿Y para qué lo tapás, entonces?

D. BARBUDA: Me da impresión. Después de todo es mi abuelito, ¿no?

Ambos se acercan y se besan apasionadamente. El Científico se aparta.

CIENTÍFICO: ¡Ya te dije que no me refregués la barba en la cara! ¡Me irrita la piel!

D. BARBUDA: ¡Qué delicado!

CIENTÍFICO: Hoy podrías afeitarte. Es un día especial. Y después dejarte los bigotes. A lo mostacho. Así me vas a gustar más.

D. BARBUDA: ¿No me verás muy diferente? ¿No te vas a enamorar de otra?

CIENTÍFICO: ¿De quién? No, eso será imposible. Te voy a ver distinta, como otro modo de renovarnos.

D. BARBUDA: La tengo desde que he nacido. Y además es una promesa. Cuando trabajaba en el circo del abuelito, le he prometido no sacármela hasta que su Profecía se cumpliera.

CIENTÍFICO: ¡Y bueno! Hoy se cumplirá.

D. BARBUDA: Espero. ¿Tu máquina funcionará?

CIENTÍFICO: Por supuesto. Todo está pensado para eso.

D. BARBUDA: Según los datos de ÉL, los planetas, los astros y los cometas confluyen para que todo salga bien.

CIENTÍFICO: Sí. ÉL predice y predica, pero quien concretará EL PLAN soy yo. ¡Es mi invento! (*Señala hacia la máquina de hacer llover*).

D. BARBUDA: ¡No te pongás celoso! ¡ÉL es ÉL! ¡Aunque no te guste es mi marido! ¡Y está predestinado!

CIENTÍFICO: Todo está predestinado. Su final también. ¡¡Pero por la causalidad, no por la casualidad!! Es la CIENCIA quien provocará el desenlace. Y luego estaremos juntos para siempre.

D. BARBUDA: ¿Para siempre?

CIENTÍFICO: Si EL PLAN se concreta, sí.

D. BARBUDA: No entiendo lo que dicen LAS PEQUEÑAS ESCRITURAS que mi abuelito nos ha dejao.

CIENTÍFICO: LAS ESCRITURAS son... (*No encuentra la palabra*) son... como sinónimos. Y tu abuelito hablaba y escribía así, de esa manera. Y con letra chiquita, claro.

La Dama Barbuda saca del pequeño arcón sin candado, y con mucho cuidado, un pliego de viejos y amarillentos papeles.

D. BARBUDA: (*Lee*) “Sí...”, “No”... “No”... “Sí”... “¡Sí, Sí, Sí!”... “¡No, no, no!”... “¡Chuuu!” (*Calor*)... “¡Tuuu!” (*Frío*)... “Mmmmm”... “¡Achís!”... “¡Ayyyy!”

CIENTÍFICO: ¿Ves? ¿Son... (*Encuentra la palabra*) metáforas!

D. BARBUDA: ¿Qué es eso? No termino de entenderlas.

CIENTÍFICO: (*Con cierta ironía*) Seguro que ÉL sabrá explicártelas mejor que yo.

D. BARBUDA: ÉL conoce los secretos más ocultos. Tiene la llave que el abuelo le ha entregado en los últimos minutos antes de su muerte. (*Mira el pequeño arcón cerrado e iluminado por una vela*). Ahí está la Clave de lo que va a pasar. Y que nosotros no conocemos. Sólo ÉL puede saberlo. A veces tengo miedo.

CIENTÍFICO: ¿Miedo a qué?

D. BARBUDA: Que nos descubra.

CIENTÍFICO: La Ciencia es la verdadera nueva Religión. Y saldrá victoriosa.

D. BARBUDA: Lo que debe concretarse es la Profecía. ¡Eso es lo importante! ¡Y ÉL es imprescindible para eso!

CIENTÍFICO: Es verdad. De eso no me olvido. No te preocupes que todo va a salir bien.

D. BARBUDA: Cuando era chiquitita...

CIENTÍFICO: Nunca has sido chiquitita. No sé a quién has salido.

Una mirada furiosa de La Dama Barbuda expresa su malestar.

D. BARBUDA: ... Cuando era chiquitita y terminaba la función en el circo, el abuelo, todavía transpirado, me decía: “Un día llegará ÉL y ahí comenzará a tejerse la Otra Historia”.

CIENTÍFICO: ¿Sólo de ÉL te hablaba?

D. BARBUDA: No, también de un Segundo Enviado. Hablaba de vos. “¡La Trinidad!!”, me decía. “¡Tres son Tres!!, ¡Es el número Invencible!!”. “¡Yo, vos, el Primero y el Segundo, suman cuatro!”, me decía. “¡Tres por cuatro: doce!”. Y corría a escribir.

CIENTÍFICO: Doce. ¿Ves? No es un número casual.

D. BARBUDA: El abuelo sabía que no llegaría vivo a EL GRAN DÍA. Por eso se contaba sólo como el cuarto. Como un Anticipao. Y nos dejaba la Trinidad para nosotros.

CIENTÍFICO: El Sirenano no ha entendido nunca el sistema binario.

D. BARBUDA: (*Sin comprender*) No sé. Hablaba de Trinidad. De tres. El día que lo ha visto a ÉL entre el público, no ha podido hacer la cabriola. Ha quedado paralizado.

CIENTÍFICO: (*Por lo bajo*) Ciática.

D. BARBUDA: Ha quedado como duro. Y todo lo demás también se ha detenido. Los animales congelaos, la mula con la boca abierta, las gallinas con las alas levantadas, el elefante...

CIENTÍFICO: ¿Cuál elefante? ¡El circo de tu abuelo nunca ha tenido elefantes!

D. BARBUDA: ¡No es verdad! ¡Antes ha sío un circo rico!

CIENTÍFICO: ¡Nunca ha tenido elefantes! ¡Había dos payasos que se disfrazaban de elefante, o de vaca, con una tela agujereada!

D. BARBUDA: ¡Vos has venío a vernos cuando todo ha empezao a declinar! Pero el día que ha llegao ÉL, mucho antes que vos, el circo rebozaba de gente, y de números con animales, y de equilibristas...

CIENTÍFICO: ¡Había un solo equilibrista! ¡Y para colmo, rengo!

D. BARBUDA: Bueno... se ha lisiao durante una función...

CIENTÍFICO: ¡Y después hacía equilibrio sobre una tabla a 30 cm del piso!

D. BARBUDA: ¡Vos no conocí el verdadero pasao! ¡Ha sío de oro! ¡Eso sí lo ha visto ÉL! ¡Y ha ido al circo porque sabía que allí iba a encontrar la Verdad! El tiempo se ha detenío. Mi abuelo también...

CIENTÍFICO: Ciática.

D. BARBUDA: ¿Qué? ¡Repetilo!

CIENTÍFICO: (*Minimizando*) Y bueno... sus añitos ya tenía el Enano.

D. BARBUDA: Ochenta nomás. ¡Y saltaba como una rana!

CIENTÍFICO: Una rana parada.

D. BARBUDA: ¿Cómo?

CIENTÍFICO: ¿Qué, no decís que se ha quedado como *parado*?

D. BARBUDA: (*Lo mira con desconfianza y luego sigue*) Nadie se movía. Entonces ÉL se ha puesto de pie entre el público boquiabierto y ha dicho...

CIENTÍFICO: “¡Lo que se ha detenido alguna vez volverá a moverse!”.

D. BARBUDA: ¿Cómo sabí?

CIENTÍFICO: Es la doceava vez que me lo contás.

D. BARBUDA: (*Reflexionando*) Doce...

CIENTÍFICO: “Tres por cuatro igual a doce”.

D. BARBUDA: No. Doce vueltas en el aire ha dao el abuelo. ¡Doce sin tocar el piso!

CIENTÍFICO: (*Algo enojado*) ¡Eso no me habías contado!

D. BARBUDA: Nadie más ha hablao, ni se ha movío. El abuelo ha caío parao, como siempre (*Lo señala*) y con la vista clavada en sus ojos. ÉL ha saltao hacia la pista, ha caminao hacia mí y me ha dicho...

CIENTÍFICO: “Seremos Tres, luego Cuatro y después Tres. Y para el Final y el Nuevo Comienzo: Dos”. ¡Matemática pura!

D. BARBUDA: ¡No sé para qué hablo si ya sabí todo!

CIENTÍFICO: Sí, y entonces ha comenzado la historia de amor entre Ustedes. Tu abuelo te ha regalado a ÉL...

- D. BARBUDA: ¡No, señor! ¡Me ha vendido! ¡Y muy bien vendida!
- CIENTÍFICO: ¡ÉL me ha dicho que te ha regalado! Pero nunca le he creído. Tu abuelo tenía sangre de gitano.
- D. BARBUDA: ¡Mi abuelo no ha pecado! Sólo ha hecho que ÉL pagara por tenerme. Como un modo de enseñanza, para que me valore más. Cuando se ha muerto tenía la plata que ÉL le había pagado por mí, separada en otro sobre que decía: “SÍ”. Era la señal para devolvérsela.
- CIENTÍFICO: ¡Eso tampoco lo sabía! Parece que hoy se va a conocer la verdad de todo.
Ella lo mira con dureza.
Tu abuelo ha sido un santo. Un santito. Perdoname.
- D. BARBUDA: No sé por qué han tenío que dejarlo así, coserlo tan desprolijamente.
- CIENTÍFICO: “Tu” ÉL se ha encargado de coserlo. Yo sólo lo he momificado.
- D. BARBUDA: Pero... ponerle esa cabeza de pescado. ¿Para qué? Jamás lo he entendío...
- CIENTÍFICO: “Tu” ÉL lo sabe mejor que yo. ÉL ha interpretado LAS PEQUEÑAS ESCRITURAS y ha decidido hacer el injerto. Yo he puesto mi saber al servicio de EL PLAN.
- D. BARBUDA: ¡Pobre abuelo! Después de irse al Más Allá, todavía ha tenío que pasarse meses en el suelo de Taco Ralo.
- CIENTÍFICO: ¡Suelo salinoso! ¡Nada mejor para preservarlo! ¡Y ése es otro invento mío! ¡La momia perfecta!
- D. BARBUDA: (*Tapándose la cara con las manos*) El día... el día... en que ÉL ha traío la cabeza del bagre colgando de la caña de pescar... ¡me ha dao una impresión!
- CIENTÍFICO: ÉL ha dicho: “El pescado se pudre primero por la cabeza. Y como nosotros construiremos la Otra Historia, tenemos que hacer todo al revés”. ¡Y así ha nacido, verdaderamente ha nacido, el Sirenano! ¡El revés de los reveses!
- D. BARBUDA: ¡Pobre abuelo! Tenía unas facciones tan lindas. Y era todo pelao, lampiño... lampiño...
El Científico la mira con cierta ironía.
Pero, según ÉL, el abuelo revivirá...
- CIENTÍFICO: (*Corrigiéndola*) ¡¡El Sirenano!!
- D. BARBUDA: ... El Sirenano revivirá y se va a encontrar preparao para su nueva Vida.
- CIENTÍFICO: Todo depende de cómo llevemos adelante EL PLAN. ¡La Gran Revancha! ¡Años he soñado con este momento! ¡Todas mis invenciones, mis descubrimientos, mis estudios, confluyen en este día! ¡EL GRAN DÍA! ¡Haremos lo que tenemos que hacer y después comenzará la Nueva Historia!

Desde abajo se escucha un golpe y el estridente aullido de un gato. El Científico y La Dama Barbuda se acercan a la puerta. Ella grita hacia abajo.

D. BARBUDA: ¡¡Las estrellas serán nuestraaaaaa!!

Desde abajo se vuelve a escuchar, como respuesta, el golpe sobre una caja de cartón y el aullido.

¡Es ÉL! ¡No hay dudas!

Arroja la escalerilla.

CIENTÍFICO: *(Yendo hacia su lugar)* Te alegra, ¿no?

D. BARBUDA: ¡No te pongás celoso! Hoy todo tiene que salir bien.

CIENTÍFICO: Saldrá, saldrá. No te preocupés.

Por la puerta aparece, trepando desde abajo, El Predicador. Está vestido con un derruido traje cuyo saco y pantalón no combinan. Trae consigo una gruesa Biblia, una bolsa de plástico con algo adentro y una caja sobre la que golpea y emite el sonido simulado de un gato apaleado. Ella recoge la escalera.

EL PREDICADOR (PREDICADOR):

¡Aquí estoy de vuelta! *(Golpea de nuevo y emite el aullido)*. ¡Última vez que escucharán el Ahuyenta-Suegras como santo y seña! *(Ríe)*.

El Predicador se detiene frente a la figura del Sirenano y hace la misma señal que los otros personajes. Mira hacia el interior del fuentón.

(A La Dama Barbuda). ¿Cómo se han movido las ondas en el agua del fuentón?

D. BARBUDA: Positivamente

PREDICADOR: ¡Perfecto! *(A El Científico)* ¿Todo está en orden?

CIENTÍFICO: Todo, Maestro. He traído el nitrato.

PREDICADOR: *(Mira por el telescopio)*. No se ve bien todavía. Pero cuando anochezca llegará el momento de la confluencia astral.

D. BARBUDA: *(Hacia el Sirenano)* ¡Y el abuelo va a volver a la vida!

PREDICADOR: ¡Todo volverá a la vida! ¡A una nueva vida! ¡Todo recomenzará para que nunca más se repita lo que ha sido! ¡Hoy, en la plaza, mientras predicaba, miraba las caras de las personas y...!

CIENTÍFICO: ¿Alguien se ha detenido a escucharlo, Maestro?

PREDICADOR: Nadie. Como siempre. Pero ya estoy acostumbrado. Miraba esas caras indiferentes, los cuerpos apurados, el sudor detenido en las frentes y pensaba en el futuro de esos infelices...

CIENTÍFICO: ¿En sus futuros?

PREDICADOR: En su próximo e inmediato futuro. Ese que no esperan. Ese que, en este libro *(por la Biblia)* figura como un episodio del Pasado y

otro como del Futuro, y que nosotros concretaremos hoy y los transformaremos en un nuevo Porvenir. ¡El único Porvenir posible!

La Dama Barbuda y El Científico hacen la señal religiosa que los distingue como secta.

AMBOS: ¡Que así sea, Maestro!

PREDICADOR: Mientras predicaba para disimular lo que será superado por la Nueva Palabra, miraba la Casa de Gobierno y el espectáculo que la plaza me ofrecía. Veía, detrás de las cortinas, las luces de las arañas, los aires acondicionados, la satisfacción en la cara de los policías iluminadas por los uniformes del poder. Autos oscuros que entraban y salían, hombres de sacos azules y pantalones grises, espantosamente iguales, y mujeres recién peinadas detrás de expedientes inhallables. He visto a los menesterosos sin dientes, correr por una migaja de nada, arreados por los *punteros*, esos con relojes de oro y carteritas bajo las axilas. He visto a automovilistas enloquecidos insultarse por el predominio de centímetros, he visto a periodistas negociando información y enfrentando a las cámaras y escribiendo con la mentira entre los labios y los dedos. He visto las sotanas de los curas escondiendo el deseo y buscando mantenerse en la cima junto a los poderosos. He visto a dos enamorados despedirse y a cada uno mirar por separado la belleza en ojos de otros. He visto las tristes estatuas, el mármol cansado, el Pasado omitido, la infamia rebosante. He visto la envidia en las miradas desviadas, en los gestos hipócritas, en los *amables* saludos a traición. He visto que el sol ya era demasiado y que esa envidia quemaba hígados y riñones. He visto sonrisas burlonas que me despreciaban y escuché los gritos a escondidas de siempre: “¡Callate, loco ¡mierda!”. He visto a los *estudiosos* con libros bajo el brazo discutir delicadamente sobre el futuro de la Universidad mientras dos niños oscuros se arrancaban con los dientes pedazos de carne por un cajón de lustrar. He visto la soberbia de los jueces que se creen los propietarios del tiempo y la de los artistas que pretenden inventar lo ya inventado. He visto ese Odio pequeño, el peor, que obnubila todo, como esta niebla de cenizas que los enceguece. Y entonces grité más alto que nunca, como una despedida, con un alarido que muerde el aire. Cuando llegue el momento tendrán sólo segundos para entender...

CIENTÍFICO: ¿Está seguro que no lo ha seguido nadie, Maestro?

PREDICADOR: Seguro. Crean que el Castigo no llegará nunca. Que son impunes ante los hilados del Tiempo. ¡Ésa es nuestra fuerza!: que ellos piensen que somos lo que parecemos. La otra punta de la madeja está por develarse.

D. BARBUDA: ¡Así es, Maestro!

PREDICADOR: (*Al Científico*) ¿Y vos? ¿Estás seguro que nadie observó algo extraño?

CIENTÍFICO: No he visto nada raro. He comprado el nitrato en una vieja droguería. Ni han preguntado para qué. Y he verificado bien que nadie me siguiera.

PREDICADOR: (*A La Dama Barbuda*) ¿Y vos?

D. BARBUDA: ¿Yo...? Yo hace años que no salgo. Desde que el circo ha cerrado.

PREDICADOR: Es verdad. Pero... ¿has hecho el Control Pan-Ocular?

D. BARBUDA: Sí, cada media hora. Como nuestro rito lo exige. Me arrimé a la puerta y he mirao.

PREDICADOR: ¿Hacia los cuatro puntos cardinales?

D. BARBUDA: Y... bueno... hacia tres nomás, porque hacia el lao en donde estoy no puedo.

CIENTÍFICO: (*Entrometiéndose*) No se preocupe, Maestro, que yo he revisado ese costado antes de subir.

PREDICADOR: Y vos ¿has hecho ya el Contra-Pan-Control?

CIENTÍFICO: Todavía no, Maestro. Estaba por empezar a...

PREDICADOR: ¡Pero cómo! ¡Ya hace un buen rato que deberías haber verificado que nadie nos descubra! ¿Has vuelto tarde?

CIENTÍFICO: (*Sintiéndose indagado*) No, Maestro.

PREDICADOR: ¿Y entonces?

CIENTÍFICO: Perdón, Maestro. Me he entretenido en el Guarda-Especie. (*Señala el viejo fichero*) Tenía... tenía una duda.

PREDICADOR: ¿Cuál?

CIENTÍFICO: Si el clon de la vinchuca estaba incorporado.

PREDICADOR: ¿Y?

CIENTÍFICO: Está, Maestro, está.

PREDICADOR: ¿Y el de las vizcachas?

CIENTÍFICO: Todo está en orden. Afortunadamente mi maquinita de fabricar hielo, los conserva a la perfección.

D. BARBUDA: Y yo cambio el hielo cada media hora. Como dice nuestra Fe.

PREDICADOR: La que tiene que funcionar hoy es ésta. (*Señala a la Máquina de hacer llover*).

CIENTÍFICO: Funcionará, Maestro. Tenga confianza en la Ciencia.

PREDICADOR: La Ciencia depende de los hombres. Y de sus convicciones y lealtades con el Plan Divino.

CIENTÍFICO: No quisiera discutir sobre esa cuestión, Maestro.

- PREDICADOR: ¡No hay qué discutir! ¡Nuestra Fe une la Ciencia y la Religión en un solo cuerpo! ¡Como el Sirenano!
- D. BARBUDA: Pero... ¿así? ¿Cosidas así?
- PREDICADOR: ¡La belleza es otra cosa! ¡La belleza no es alcanzable!
- D. BARBUDA: Pero... Maestro... hubiera podido coser mejor a mi abuelito. Mire si cuando vuelve a la vida, se descose.
- PREDICADOR: ¡Imposible! ¡Está ligado con los hilos de nuestra Fe! ¡Yo mismo lo he cosido! ¡Y sin dedal!
- D. BARBUDA: Lo sé, Maestro, lo sé. Le temblaba la mano.
- PREDICADOR: ¡Eran los nervios que me susurraban que estaba cosiendo a un Santo!
- D. BARBUDA: ¿Y por eso ha tomao tanto vino antes de hacerlo, Maestro?
- PREDICADOR: Por eso. Para infundirme valor. El Anticipado nos preparó el camino. Ahora ha llegado el momento de cumplir con nuestra parte. (*A El Científico*) ¡Controlá que no estemos controlados por el Pan-Control!
- El Científico va hacia la computadora. La Dama Barbuda atiza el bracero. El Científico enciende el monitor. La Marmicoc brama.*
- CIENTÍFICO: Somos los únicos que logramos escaparnos. Podemos controlarlos a ellos y ellos jamás a nosotros. La computadora termoeléctrica a carbón y a leña se les ha escapado de lo previsible.
- PREDICADOR: ¡Como todas las cosas! ¡Siempre hay una fisura por donde meterse! ¡Entrá en el archivo secreto de la CIA! ¡Esos sí que son peligrosos!
- El Científico lo hace.*
- CIENTÍFICO: Nada con nosotros, Maestro. No nos tienen localizados.
- PREDICADOR: ¿Y Bill Gates?
- CIENTÍFICO: (*Realiza movimientos en el rudimentario teclado*). Para él nosotros no existimos. (*Observa*). ¡Pobre Bill Gates!
- D. BARBUDA: ¿Qué le pasa? ¿Le han choreao el monedero en el ónibus?
- CIENTÍFICO: No. Le han llenado el sistema de virus.
- PREDICADOR: ¿Y a nosotros?
- CIENTÍFICO: (*Con una seriedad orgullosa*) Nosotros no podemos tener virus, Maestro. Los hervimos antes. (*Señala la Marmicoc*).
- PREDICADOR: ¡Perfecto! ¡Estamos derrotando al Pan-Control! ¡No entenderán nada de lo que ocurra!
- CIENTÍFICO: Lo más difícil, Maestro, es lograr la sencillez. Estas máquinas, que la Humanidad debe a mi invención, han derrotado la arrogancia de la tecnología.

La Dama Barbuda aplaude eufórica. El Predicador la mira. Ella, entonces, disimula su efusividad.

- PREDICADOR: *(A El Científico)* ¡Fíjate ahora en las condiciones del clima en el planeta!
- CIENTÍFICO: *(Lo hace)*. América del Norte, despejado. América Central y del Sur, despejado, Europa, despejado. Medio Oriente, despejado, Asia despejado, Oceanía despejado, África despejado, el Pacífico despejado, el Atlántico despejado, el Índico despejado, Polo Norte y Polo Sur, despejado. Ni una nube en todo el globo terráqueo.
- PREDICADOR: ¡Perfecto! ¡Las condiciones ideales para la sorpresa!
- D. BARBUDA: Y claro, hace doce años que no llueve.
- PREDICADOR: ¡Hemos llegado a lo que pocos querían y a lo que muchos, con su pasividad, aceptaron! ¡El planeta es una pelota seca recalentada! ¡Un forúnculo a punto de estallar! ¿Quién podría haber previsto que desde este agujero del mundo llegaría la Salvación Final de la Humanidad?
- D. BARBUDA: ¡Mi abuelito!
- PREDICADOR: Sí, pero nadie le creía. Y menos si predicaba en un circo. Tuvo que fundar esta Logia, esta Fe y encontrar a sus Apóstoles para concretar EL PLAN.
- D. BARBUDA: Es verdad. Decían que estaba loco cuando empezaba a hablar de estas cosas. ¡Pobrecito! ¡Cuánto habrá sufrido su corazoncito!
- PREDICADOR: El Sirenano volverá a la vida. A otro tipo de vida. Y todo recomenzará aquí, en Tucumán, en este lugar que pocos conocen del mundo. Tucumán. “Todo de nada” o “Nada de todo” según dicen que significa la palabra. ¡¡La extremidad del globo, el último rincón del planeta, se convertirá en su ombligo!! ¡Qué eurocentrismo ni eurocentrismo! ¡Qué Buenos Aires ni Buenos Aires! “Los últimos serán los primeros”. Y todo será tan rápido que nadie sabrá adónde comenzó el Final.
- CIENTÍFICO: Será también mi dulce venganza personal. Cuando era chico se reían de mis inventos.
- D. BARBUDA: ¿Cuáles inventos?
- CIENTÍFICO: He inventado una máquina para hacer cosquillas con un cepillo de dientes que vibraba. También un robot de madera, impulsado por un ventilador, que me tendía la cama. Pero nadie me creía porque yo era de aquí. Nadie apostaba a mi genialidad porque compraba el pan en la misma panadería...
- D. BARBUDA: No dijo el abuelito: “Nadie es profeta en su tierra. Y menos si es enanito”.
- PREDICADOR: ¡¡Hoy concluirán nuestros esfuerzos!! ¡¡Hoy los Cielos se harán escuchar!! Hoy será el Apocalipsis, ¡¡el NUEVO DILUVIO UNIVERSAL!! *(Corre, entusiasmado, hacia el telescopio. Observa)*.

Los otros dos se miran con complicidad.

Comienza a verse mejor el firmamento.

CIENTÍFICO: Mi telescopio de tarros de leche Nido no falla.

D. BARBUDA: ¿Qué ve, Maestro?

PREDICADOR: Las insinuantes estrellas. Todo está despejado, efectivamente. *(A El Científico)* ¿La Máquina de hacer llover está lista?

CIENTÍFICO: Es sólo cuestión de colocar el nitrato.

PREDICADOR: ¡Comenzá a hacerlo! ¡No falta demasiado! ¡En cuánto tiempo, después que empiece a funcionar, caerán las primeras gotas?

CIENTÍFICO: En minutos. Pero... antes debemos saber qué dice la Clave. Cuál futuro nos está reservado.

PREDICADOR: ¡Todo a su tiempo! ¡Comenzá a colocar el nitrato!

Hay una mirada entre El Científico y La Dama Barbuda. Luego, El Científico acata la orden.

D. BARBUDA: ¿Y en qué momento va a revivir el abuelito?

PREDICADOR: ¡Todo a su tiempo!

D. BARBUDA: Pero... si todo se inunda... Él va a tener que nadar.

PREDICADOR: Claro, como un pez en el agua.

D. BARBUDA: Pero no tiene cola para impulsarse.

PREDICADOR: Todo está previsto.

CIENTÍFICO: ¿Y nosotros?

PREDICADOR: Una vez que las aguas hayan alcanzado las ramas más altas del eucalipto este Templo flotará. Como una Nueva Arca. ¡Por eso elegí este árbol! ¡Por su altura descomunal! ¡Todas las especies clonadas se salvarán! ¡No hay otra salida para este Mundo que recomenzar de cero!

D. BARBUDA: ¿Y el abuelito me va a reconocer?

PREDICADOR: Por supuesto.

D. BARBUDA: ¿Con esa cabeza de pescado?

PREDICADOR: Tiene ojos. ¿O no?

CIENTÍFICO: Y la carne de pescado ayuda a la memoria.

D. BARBUDA: ¿Y por cuánto tiempo va a llover?

PREDICADOR: Hasta que todos los continentes estén sumergidos. Y, de lo que ha sido, nada sea.

D. BARBUDA: Pero... ¿va a dejar de llover algún día?

PREDICADOR: Por supuesto. Las aguas bajarán y el Templo quedará depositado en la parte más alta de este mundo para fundar la Nueva Vida.

- D. BARBUDA: Yo ya estoy lista para nadar y bañarme. Hace doce años que...
- PREDICADOR: Lo sé, lo sé. Se siente. (*A El Científico*) ¿La Máquina de hacer llover resistirá lo suficiente como para inundar todo el planeta?
- CIENTÍFICO: Según mis cálculos, sí. Serán tormentas espantosas que destruirán todo.
- D. BARBUDA: ¿Y a nosotros no?
- CIENTÍFICO: No. La regularé para que aquí llueva a mares pero no para que haya tornados, tifones ni huracanes. Haré lo mismo con otros rincones castigados del planeta. Que se ahoguen, pero sin sufrir. En cambio para América del Norte, para Europa... ¡ja ja, ja! ¡Se arrepentirán de haber contaminado el mundo con sus gases, sus industrias, su descontrol...!
- PREDICADOR: ¡Y su avidez! ¡Y entonces comenzará la Nueva Historia! Una Historia que no repetirá los errores del pasado. ¡Destruir todo para empezar de nuevo! ¡Derrotar la desconfianza entre los hombres, el sometimiento, la esclavitud económica y moral, la falsedad! ¡Nuestra Religión... (*Se detiene al mirar la cara de El Científico. Luego agrega:*) ...y la nueva Ciencia, son una síntesis de todas las Religiones y de todos los saberes, pero al servicio de lo Nuevo! ¡Como un equipo de las estrellas! (*Lo dirá como un relator de fútbol*). Al arco: Abraham, línea de cuatro: Moisés, Jesús, Zaratustra y el Buda. Medio campo: Mahoma, el Báb y Maradona. Adelante: el Bahá u Iláh, Osho y Lao Tsé. Suplentes: Jorge Bucay, Choopra, Pablo Coelho y Ronaldinho Gaúcho. Director técnico: ¡El Sirenano!
- D. BARBUDA: ¿Y el abuelito va a nadar tranquilo?
- PREDICADOR: El Sirenano guiará el Templo entre los peligros del nuevo mar, desafiando las aguas borrascosas y deteniendo las grandes olas.
- D. BARBUDA: ¿Así de chiquitito?
- PREDICADOR: Tiene branquias y podrá respirar bajo el agua.
- D. BARBUDA: ¡Qué lindo! Pero... ¿y después que las aguas bajen? ¿Qué será de él?
- PREDICADOR: Quedará en una pecera.
- D. BARBUDA: ¿En una pecera? ¡No, eso sí que no! ¡Se va a aburrir dando vueltas y vueltas!
- PREDICADOR: Será un acuario enorme. Un sitio de adoración para los nuevos hijos de este mundo. Y llegarán millones a adorarlo. Como a La Meca. Y lo verán nadar, hacer tirabuzones, la *plancha*, la vertical, nadar espalda, crol, mariposa, pecho, perrito, en fin... todos los estilos conocidos. Y una gran leyenda en bronce proclamará: *Aquí nada el Nadador Anticipado. Nada de nada podrá impedir que nade. Todo viene del agua y al agua va.*
- D. BARBUDA: Bueno, si es así, estoy de acuerdo. Será como una sirenita.
- CIENTÍFICO: Pero al revés.

- D. BARBUDA: ¿No se cansará? No tiene cola de pescado. Sólo cabeza.
- PREDICADOR: *(Toma la bolsa de plástico que ha traído).* ¡Aquí está la solución! *(Extrae dos patas de rana).*
- D. BARBUDA: ¿Y con eso bastará?
- PREDICADOR: ¡Claro que bastará! ¡El Sirenano siempre fue y será incansable! Probáseles a ver si compré el número justo.
- La Dama Barbuda se dirige hacia el Sirenano y trata de comenzar a ponerle las patas de rana.*
- (A El Científico)* Colocó la mayor cantidad de combustible posible en la Máquina de hacer llover. No podemos quedarnos cortos.
- D. BARBUDA: *(Mientras trata de colocarle, con dificultad, las patas de rana)* ¿Y la hoja de parra? Se le va a desprender cuando nade y eso no sería decoroso para un Santo.
- PREDICADOR: No te preocupés que se la he cosido.
- D. BARBUDA: ¿Adónde?
- PREDICADOR: ¿Y adónde va a ser?
- D. BARBUDA: Pero... ¡le habrá dolío!
- PREDICADOR: Ya no sentía nada. Y si quiere sacársela, con una tijerita basta.
- D. BARBUDA: Pero no tiene manos.
- PREDICADOR: Bueno... ¡Alguno de nosotros se la quitará!
- D. BARBUDA: *(Con dificultad por las patas de rana)* No le entran. No son de su número.
- PREDICADOR: ¿Cómo que no le entran? He comprado para su medida, en una casa de juguetes.
- D. BARBUDA: Sí, pero no le entran.
- El Predicador aparta a La Dama Barbuda e intenta él. Los otros dos personajes se miran intensamente.*
- PREDICADOR: No hay caso. Siempre hay un imprevisto. ¡Vos! *(A El Científico)* ¡Traé un serrucho!
- D. BARBUDA: ¿Un serrucho? ¿Para qué?
- El Científico obedece.*
- PREDICADOR: Para cortarle un poco los deditos, nada más.
- D. BARBUDA: ¿Los deditos? ¡No, eso no! ¡No mutilen a mi abuelo!
- PREDICADOR: Ya nació mutilado.
- D. BARBUDA: Es que ya es tan petisito que si lo cortan más...
- PREDICADOR: Un centímetro más o menos no altera nada.
- D. BARBUDA: Pero... ¿va a cicatrizar a tiempo?

- CIENTÍFICO: Está momificado. ¡Y por las sales de Taco Ralo! No tiene sangre. *(Entrega el serrucho a El Predicador).*
- PREDICADOR: Hacelo vos que sos más prolijo.
- CIENTÍFICO: ¿Yo? ¿Por qué?
- PREDICADOR: ¡Porque yo lo ordeno! ¡Y porque tenés más habilidad manual!
- D. BARBUDA: ¡Sí, sí! ¡No vaya a ser cosa que el Maestro se equivoque, lo deje más cortito todavía y se les salgan las patas de rana en el agua!
- El Científico, de mala gana, se dispone a hacerlo.*
- (Tapándose la cara)* ¡No quiero mirar, no quiero mirar! *(Se aleja).*
- PREDICADOR: Con la mitad de los dedos gordos basta.
- El Científico se esmera pero le cuesta cortar.*
- CIENTÍFICO: Es que está como piedra. ¡La momia perfecta!
- PREDICADOR: ¡Esmerate! ¡EL PLAN no puede tener puntos débiles!
- D. BARBUDA: *(Llorando)* ¡Pobre mi abuelito, pobre!
- PREDICADOR: ¡Basta de llantos! ¡No siente nada!
- D. BARBUDA: Pero nos mira desde Arriba. ¿Qué pensará, pobrecito?
- PREDICADOR: Que su Destino fue siempre ser petiso. Y estará contento porque podrá nadar mejor.
- CIENTÍFICO: ¡Está duro, carajo!
- D. BARBUDA: ¡Malas palabras, no! ¡Malas palabras, no!
- PREDICADOR: ¡No te pongás histérica! ¡Es necesario!
- CIENTÍFICO: ¡Listo! *(Tira hacia abajo lo que cortó).*
- PREDICADOR: ¡Noooo! ¿Qué hacés? ¡Es una reliquia! ¡En el futuro valdrá millones!
- CIENTÍFICO: ¿Millones? ¿Dos dedos gordos cortados?
- PREDICADOR: *(Mirando hacia abajo)* ¡Estúpido! ¡No sabés que en la Edad Media el negocio más rentable era vender pedacitos de Cristo! ¡Había más de 17 prepucios de Jesús dando vueltas por Europa que valían una fortuna! Obra de falsificadores, casi todos curas y Papas, por supuesto, que se hacían millonarios. Y pedacitos de la cruz y santos sudarios y demases. *(Mirando hacia abajo)* ¡Un perro! ¡Un perro! ¡Por San Sirenano! ¡Fuera, fuera, a la cucha! *(A El Científico)* ¡Ponele las patas de rana, ya vuelvo! *(Tira, desesperado, la escalerilla hacia abajo y desciende apresuradamente).*
- D. BARBUDA: ¿Has visto lo que has hecho? ÉL tiene razón. Hay que ser cuidadoso.
- CIENTÍFICO: Yo no sabía que dos dedos de morondanga tendrían tanto valor. *(Comienza a colocarle las patas de rana).*

D. BARBUDA: ¿Cómo de “morondanga”?

CIENTÍFICO: Bueno... quiero decir... que yo creía que ya no tenían valor.

D. BARBUDA: Él sabe mucho. ¿Ves? No sé si conviene...

CIENTÍFICO: No habrá lugar para ÉL en el futuro. No podemos ser una pareja de tres. O ÉL o yo. Elegí.

D. BARBUDA: Yo... yo... te elijo a vos.

CIENTÍFICO: Entonces no tengás dudas. Ahora hay que esperar el momento justo. ÉL tiene la llave. Abrirá el arcón y va a leer la Clave que desencadenará todo. Y entonces...

D. BARBUDA: ¡No quiero ver ese momento! Soy muy sensible.

CIENTÍFICO: Bastará con que te tapés la cara. El veneno que voy a colocar en la aloja actuará rápido. Y por las dudas, voy a rociar un poco en la achilata del postre. (*Termina de colocarle las patas de rana al Sirenano*). Ya está listo. No se le saldrán pero yo las aseguraré todavía más.

D. BARBUDA: ¿Qué vas a hacer?

CIENTÍFICO: La Gotita.

D. BARBUDA: Pero... ¿y si se las quiere sacar? ¿Si quiere descansar sus piecitos?

CIENTÍFICO: Según lo que dice tu “ÉL”, nadará por los siglos de los siglos.

D. BARBUDA: Bueno, entonces, pegáselas nomás.

CIENTÍFICO: Con esto tendrá patas de rana para siempre. ¡Y ahora, traé la aloja! ¡Y la achilata!

Corriendo, La Dama Barbuda lo hace. Trae una botella y un recipiente con hielo colorificado: la achilata. El Científico hecha, en ambas cosas, el contenido de un frasquito.

D. BARBUDA: ¿Será suficiente?

CIENTÍFICO: Con esto alcanza para liquidar a cien predicadores. ¡Apurate!

Ella coloca la botella en el lugar donde estaba y el recipiente encima de la máquina de hielo, para conservarlo. Ingresa de nuevo El Predicador furioso. Recoge la escalerilla.

PREDICADOR: ¡Se los ha llevado el perro nomás!

D. BARBUDA: ¡Ay! ¡Los deditos de mi abuelo!

PREDICADOR: ¡No podemos cometer estos errores! ¡Nos pueden costar caros!

CIENTÍFICO: ¿Por la eventual venta dice, Maestro?

PREDICADOR: ¡Hemos perdido una fortuna! Pero, no sólo por eso. ¿Y si ese animal lleva los dedos entre los dientes hacia su patrón y de alguna manera se levanta la perdiz?

CIENTÍFICO: Ya se los habrá comido, Maestro.

D. BARBUDA: ¡Ay, mi San Sirenano!

PREDICADOR: Estaban más duros que un hueso.

CIENTÍFICO: ¿No le he dicho yo? ¡La momia perfecta!

D. BARBUDA: Y si está tan endureció... ¿cómo va hacer para revivir?

PREDICADOR: En la Clave está la respuesta. Paso a paso la Profecía se cumplirá. (*Mira al Sirenano*). Bueno, veo que ya le entraron las patas de rana. Ahora... ¡A los cielos! (*Se dirige hacia el telescopio*).

CIENTÍFICO: Dentro de poco anochecerá.

PREDICADOR: (*Observando*) La hora está muy próxima. Marte, Venus, Plutón, Júpiter, Saturno... todos a punto de ponerse en línea.

D. BARBUDA: ¡No veo las horas, no veo las horas de ver a mi abuelito vivo de nuevo y nadando como un pez! ¡Entrando y saliendo del agua, a lo delfín!

CIENTÍFICO: En sólo unos minutos. En cuanto mi máquina comience a funcionar van a aparecer enormes nubes negras en el cielo. Y un gran círculo oscuro va a cubrir lo que queda del sol. Después va a comenzar el Nuevo Diluvio Universal. ¡Incontenible!

D. BARBUDA: ¿Y los pobres, Maestro? ¿Todos se van a ahogar?

PREDICADOR: ¡No! ¡Se salvarán sólo los justos!

D. BARBUDA: ¿Cuáles justos?

PREDICADOR: Los ecuánimes, los coherentes, los éticos...

CIENTÍFICO: ¡Entonces no se va a salvar nadie!

PREDICADOR: ¡Quizás, quizás, quizás! Y esos ayudarán a fundar la Nueva Especie. Por eso se llamará la Era del Acuario!

D. BARBUDA: ¡Claro, por el acuario en donde va a nadar el abuelito! ¿Y los que no se salven?

PREDICADOR: Entrarán en la Gloria del Señor. Para eso están las religiones. ¿O no? Y estarán sentados a la derecha del Señor, en un banco largo, largo, largo... En fila. Y a los que sobrevivan el Sirenano los reunirá y los guiará en las aguas, no como a un rebaño sino como a un cardumen.

D. BARBUDA: ¡Ay! ¡Qué bueno es mi abuelito! ¡Es un verdadero Pez-Santo! ¡Los va a guiar como a pececitos de colores!

PREDICADOR: ¡Algo así! Pero en la Clave está la respuesta última y final. Ahí empezará el Nuevo Comienzo. ¡Ahora vamos a comer la Última Cena! La última comida antes de la Hecatombe!

D. BARBUDA: Pero... ¡yo no sabía que...!

PREDICADOR: ¿Cómo que no sabía? Antes de un Final siempre hay una Última Cena.

CIENTÍFICO: Yo tampoco me he dado cuenta, Maestro. Puedo ir a la rotisería de la otra cuadra y...

PREDICADOR: ¡Estás loco! ¡Nadie puede saber que nosotros estamos aquí! ¡Y menos ahora! ¡Sería peligroso! ¿Qué hay para comer?

D. BARBUDA: Mortadela y pan.

PREDICADOR: (*Enfurecido*) ¿Mortadela para una ocasión como ésta?

D. BARBUDA: Es Paladini.

PREDICADOR: ¡En fin...! ¿Qué otra solución hay! Hay que cumplir con la tradición. Y tal vez algunos, en el futuro, nos pinten mientras comemos la Ultimísima Cena.

D. BARBUDA: Mejor nos saquemos una foto. Será más seguro.

CIENTÍFICO: Y va a servir de modelo a los pintores del futuro.

PREDICADOR: ¡Está bien! (*A El Científico*) ¡Traé la máquina vos! (*A La Dama Barbuda*) ¡Y vos la mortadela!

Ambos se dirigen a cumplir con lo ordenado. El Predicador ubica el sillón de modo tal de quedar en la posición central.

¡El último retrato del Viejo Mundo! ¡La última imagen de lo que ha sido!

Los otros dos personajes acercan lo solicitado, La Dama Barbuda trae tres fetas de mortadela y dos panes y El Científico una vieja cámara de fotos, con trípode y a magnesio.

¡Y una botella de vino! ¡En las Últimas Cenas se toma vino!

D. BARBUDA: ¡No hay vino, Maestro!

La Dama Barbuda y El Científico cruzan sus miradas.

PREDICADOR: ¿Y qué hay?

D. BARBUDA: Aloja. Pero no la tomemos todavía. La dejemos para el brindis final, cuando comience a llover.

PREDICADOR: ¡Está bien! ¡Pero no es cuestión de ser tan dogmático! ¡Traé una botella cualquiera para la foto!

D. BARBUDA: Tengo una de plástico, de litro y medio, pero de Coca Cola.

PREDICADOR: ¡De Coca Cola no!

CIENTÍFICO: Le sacamos la etiqueta, Maestro (*Mientras prepara la antigua cámara*).

PREDICADOR: Está bien. Traela.

Ella obedece. Los demás preparan la escenografía para la foto. El Predicador se peina, El Científico mide la luz del lugar. Se ubican debajo de la inscripción.

D. BARBUDA: (*Con la botella de plástico y arrancándole la etiqueta*) Aquí está. No se va a saber si es de Coca o de Pepsi.

PREDICADOR: ¿Y el postre?

Los otros dos se miran.

CIENTÍFICO: El postre es para después de la comida.

PREDICADOR: ¡No! El postre tiene que salir en la foto. La mesa tiene que estar lo mejor servida que se pueda. Si no, deducirán que fuimos unos muertos de hambre.

D. BARBUDA: ¡Mi abuelito nos va a defender!

PREDICADOR: ¡Los peces no hablan! ¡Nadan!

D. BARBUDA: ¿No va a hablar nunca?

CIENTÍFICO: Si habla se le va a llenar el cuerpo de agua. Y se puede ahogar.

D. BARBUDA: Entonces... está bien. Que no hable, que escriba nomás.

Los otros se miran.

CIENTÍFICO: No podrá, pero como los pintores sin manos, seguro que lo hará con los dedos de los pies.

D. BARBUDA: ¡Pero si se los has acabao de cortar!

CIENTÍFICO: ¡La mitad nomás! ¡Le queda la otra mitad!

D. BARBUDA: ¿Y cómo se va a sacar las patas de rana para escribir? ¡Las tiene pegadas con la Gotita!

PREDICADOR: (*Ofuscado*) ¡Basta, basta! ¡No es el momento de discusiones teológicas! ¡Preparemos la mesa, y traé el postre, rápido!

D. BARBUDA: Hay solamente chirimoyas. Las he cortao con una caña del árbol de al lao. Y achilata. Pero si la pongo ahora, con el calor, se va a derretir.

PREDICADOR: ¡Y bueno, traé las chirimoyas! ¡A la achilata la tomamos después, para festejar!

Ella corre a hacerlo. Preparan la patética mesa. El Predicador, siempre en el sillón, al medio. La Dama Barbuda en un costado con una pose ambigua hacia su esposo. El Científico termina de preparar la vieja cámara y cuando está por correr para ocupar su posición para la foto...

D. BARBUDA: ¡Alto, alto!

CIENTÍFICO: ¿Qué pasa?

D. BARBUDA: ¿Y mi abuelo? (*Por el Sirenano*) ¿No va a salir en la foto acaso?

PREDICADOR: ¡Ponelo, rápido, ponelo!

La Dama Barbuda transporta el fuentón con el Sirenano y lo coloca entre ella y El Predicador, al centro de la escena. El Científico corre hacia el lado de La Dama Barbuda para ubicarse, pero una mirada furiosa de El Predicador hace que se ubique del otro lado. Todos se colocan en poses grandilocuentes y patéticamente solemnes. El magnesio de la cámara provoca la explosión. Los tres aplauden aunque quedan medio ciegos por la explosión del flash. La Dama

Barbuda besa al Sirenano.

- D. BARBUDA: ¡Seguro que ha salío tan lindo como siempre!
- PREDICADOR: ¡A comer! (*Se ubican en la mesa. El Predicador toma las fetas de mortadela y solemnemente las levanta*). Paladinum mortadelum sabrosam est. Pedes in terra, omnibus plenus. (*Ahora entrega una feta a cada uno. Primero a El Científico*). Tomad y morfad. (*Cuando éste quiere hacerlo, lo detiene*). ¡Esperad! (*Ahora a ella*) Tomad y morfad. (*Toma una él*). ¡Uno, dos y tres! (*Cuando están por comer, los detiene*). ¡Alto! Hay que sacarle las tiritas. (*Lo hacen y, ahora sí, comen*).
- CIENTÍFICO: ¡Está buena! ¿Que no?
- PREDICADOR: Con pan es riquísima.
- D. BARBUDA: Y tiene poca grasa.
- PREDICADOR: Así vale la pena vivir.
- D. BARBUDA: ¡Mi abuelito era santo y puro! ¡Y hacía milagros!
- PREDICADOR: A un ciego lo ha vuelto tuerto en plena función.
- D. BARBUDA: ¡Es verdad! ¡Ha hecho una pirueta, le ha pegao una patada en el ojo al cieguito que estaba en primera fila y lo ha dejao tuerto!
- CIENTÍFICO: ¡Claro! Por eso el Sirenano le pegó la patada voladora.
- D. BARBUDA: “¡Veo, veo! –gritaba después de la patada–. ¡La mitad, pero veo!”.
- CIENTÍFICO: Tendrían que haberle cobrado la mitad de la entrada.
- D. BARBUDA: Mi abuelito ha hecho muchos milagros: ha hecho caminar a un manco, y hablar al oso hormiguero que teníamos.
- CIENTÍFICO: ¿Y qué ha dicho el oso hormiguero?
- D. BARBUDA: “No compren más gamexane”.
- PREDICADOR: Era un sabio. No hay dudas. Varios de esos tales *gurúes* actuales quisieran tener la sabiduría del Sirenano.
- D. BARBUDA: ¡Por eso es el Profeta! ¡El Adelantado! ¡A mí me parieron sin pecado concebido!

Los otros dos personajes se miran.

- CIENTÍFICO: ¿Cómo es eso?
- D. BARBUDA: Mi mamá me tuvo sin que nadie la tocara.
- PREDICADOR: ¿Y el domador?
- D. BARBUDA: Al domador le gustaban los hombres. Y que le peguen con el látigo.
- CIENTÍFICO: ¿Y el equilibrista?
- D. BARBUDA: El golpe que se ha dao cuando se ha caío desde arriba lo ha dejao huerito.
- PREDICADOR: ¿Y el boletero? Ese gordito barbudo...

Silencio.

D. BARBUDA: (*Dudando*) No sé, no sé... Yo sé que he nacido de vientre virgen. Mi abuelito me ha dicho que su hija, mi mamita, no había sido profanada por nadie.

PREDICADOR: ¿Y entonces por qué lo echó del circo al boletero?

D. BARBUDA: Porque metía la “mano en la lata”.

CIENTÍFICO: ¡“Lata” le dicen ahora!

D. BARBUDA: ¡Basta conmigo! Yo soy hija de mi mamá y nieta de mi abuelito y nada más. No tengo papá. Mi verdadero papi es el Sirenano.

PREDICADOR: Bueno... ¡Basta! ¡Vamos a ver cómo está la cosa por arriba! (*Vuelve al telescopio*).

CIENTÍFICO: Ya anocheció.

PREDICADOR: ¡Están casi en línea! ¡Faltan minutos, segundos! (*Al Científico*)
¡Prepará la máquina!

CIENTÍFICO: ¿Y la Clave? ¿No va a abrir el arcón primero para leer la Clave?

PREDICADOR: ¡No! ¡Primero activé la máquina y si la lluvia comienza leeremos la Clave Final!

CIENTÍFICO: Pero...

PREDICADOR: ¡Nada de “peros”! ¡Ése es el Orden! ¡Y hay que cumplirlo! ¡Vamos, hacé funcionar la máquina!

Una disimulada mirada de descontento lanza El Científico a La Dama Barbuda, pero obedece. Conecta cables, hace extrañas combinaciones y movimientos.

D. BARBUDA: (*Arrodillada frente al Sirenano*) ¡Que funcione, que funcione!

Un extraño ruido y vibraciones provoca la Máquina de hacer llover.

CIENTÍFICO: ¡¡Funciona!! ¡Todo ha comenzado!

PREDICADOR: ¡Fijate en la computadora, a ver si el clima en el mundo se comienza a modificar!

D. BARBUDA: (*Rezando*) ¡Que llueva, que llueva que mi abuelito está en la cueva...!

CIENTÍFICO: (*Mirando en la computadora*) Europa: ¡nublado!... Asia: ¡nubarrones enormes!, Oceanía: ¡tornados!... América del Norte: ¡formación de tres huracanes: “Mary, Betty y Julie, rubias de New York”!, el Pacífico: ¡ya llueve a mares, como en el Atlántico!, Oceanía: ¡alerta meteorológico!... África: ¡nubarrones negros, claro! ¡¡Ahora llueve en todas partes!!

D. BARBUDA: (*Rezando*) ¡Que llueva, que llueva que mi abuelito está en la cueva...!

PREDICADOR: ¿Y nosotros? ¿Y América del Sur?

CIENTÍFICO: Paciencia, paciencia... nosotros somos siempre los últimos...

D. BARBUDA: ¡Que llueva, que llueva...!

PREDICADOR: “Los últimos serán los primeros”... no hay caso. *(Saca la mano y la cabeza afuera para ver).*

CIENTÍFICO: ¡Ahí se viene! Colombia: ¡llueve! Brasil: ¡llueve! Perú: ¡¡llueve!!

D. BARBUDA: ¡Que llueva, que llueva...!

CIENTÍFICO: Bolivia: ¡¡llueve!!

PREDICADOR: *(Desde la puerta)* ¡¡Y aquí ha empezado a llover!!

D. BARBUDA: *(Explota de alegría)* ¡¡Llueve, llueve!!

Los tres saltan de algarabía y festejan.

LOS TRES: ¡¡Que sí, que no, la lluvia ya llegó!!

El Científico vuelve a la computadora.

CIENTÍFICO: ¡Buenos Aires se está inundando!

TODOS: ¡Bravooo, bravoooo!

CIENTÍFICO: ¡Europa se ahoga! ¡EE.UU. se ahoga!! ¡Y aquí, en minutos, el agua tapará todo! ¡Y nadie creyó en mí!

El Científico mira a La Dama Barbuda y le hace una señal sin ser visto por El Predicador.

D. BARBUDA: Maestro... la hora de leer la Clave Final ha llegado.

CIENTÍFICO: Y de tomar algo para festejar.

El Predicador los mira. Se escuchan truenos y se entrevén relámpagos. La lluvia torrencial ha comenzado.

PREDICADOR: Es verdad. La Hora ha llegado.

El Predicador va hacia el pequeño arcón. Apaga la vela de un soplado, y trae el arcón hacia primer plano con suspenso. Se respira tensión en el aire. Con solemnidad saca un enorme llavero y comienza a buscar la llave. La encuentra. Miradas. Abre el candado. Observa lo que hay dentro.

PREDICADOR: Lo que tiene que ser será.

Saca de adentro un viejo papel. Expectativa en todos. Lee.

“Cuatro, kaput, Taco Ralo, Tres. Punto. Preparación, doce, Puñal...”

Todos se miran. El Predicador saca un puñal de plata del arcón. Tensión general. El Predicador se lo entrega a La Dama Barbuda y prosigue...

“... ¡Auuu! Dos, ¡Ay! colorado, Dos, ¡splash!”

Todos se miran. Nadie se anima a preguntar nada. Silencio tenso. Afuera,

la lluvia crece.

CIENTÍFICO: ¿Qué significa eso, Maestro?

PREDICADOR: El pasado, el presente y el próximo e inmediato futuro.

CIENTÍFICO: No entiendo nada.

D. BARBUDA: Yo tampoco.

PREDICADOR: Ya entenderán. ¡Ahora a festejar! ¡A brindar se ha dicho, por el Nuevo Mundo!

La Dama Barbuda y El Científico se miran. La Dama Barbuda corre a buscar la aloja y la achilata, siempre con el cuchillo en la mano.

PREDICADOR: *(Vuelve a leer el final de la Clave reflexionando, como si no entendiera algo)* "... ¡Auuu!, dos, ¡Ayy! colorado, Dos ¡splash...!!". Verdaderamente críptico.

D. BARBUDA: *(Volviendo con la botella, los vasos y el postre envenenados)* ¿Crip... qué?

PREDICADOR: ¡Críptico! ¡Oscuro! ¡Difícil de descifrar! El "¡splash!" del final es claro. Cuando el agua llegue a nuestro nivel hay que arrojar al Sirenano al agua y ahí resucitará.

D. BARBUDA: ¡Qué lindo, qué lindo! ¡No veo las horas!

CIENTÍFICO: El "splash" es el final. ¿Y el resto?

PREDICADOR: Eso es lo que todavía no entiendo.

CIENTÍFICO: ¡Para eso está usted, Maestro! ¿O no?

PREDICADOR: *(Enigmático)* Exactamente para eso.

CIENTÍFICO: ¡Apúrese, Maestro, que el agua pronto estará llegando a nuestro nivel!

D. BARBUDA: ¡Tomemos algo, para relajarnos!

El Predicador la mira.

PREDICADOR: Bebamos. *(Alza su vaso)*. ¡Salud! *(Toma de un impulso el contenido de su vaso)*.

Los otros dos simulan hacerlo.

DAMA BARBUDA Y CIENTÍFICO:

¡Salud!

Miradas entre ambos.

CIENTÍFICO: ¿Y entonces qué pasará ahora? Yo he cumplido con mi parte. El mundo entero se está inundando. Gracias a mi Máquina de hacer llover ha comenzado el Nuevo Diluvio Universal. Ahora le toca a usted, Maestro.

PREDICADOR: Traición.

El aire se congela.

D. BARBUDA: ¿Traición? ¿Qué significa eso?

PREDICADOR: Siempre hay una traición. En todos los libros sagrados está la traición y en LAS PEQUEÑAS ESCRITURAS y en la Clave también. Aquí alguien será traicionado. Toda la literatura universal está en la Biblia. “Amor” y “traición”: las palabras constantes.

D. BARBUDA: ¿Pero quién podría... de nosotros?

PREDICADOR: Traición.

CIENTÍFICO: Relea mejor, Maestro. Quizás se equivoque. (*Le alcanza la achilata*).

D. BARBUDA: La hice yo, con mis propias manitos. Tome, Maestro, y relájese.

El Predicador toma el hielo colorado.

PREDICADOR: Lo que tiene que ser, será. Lo mismo comenzará la Nueva Historia. Pero comenzará como siempre, con la traición.

D. BARBUDA: Y con el amor, mi amor.

De pronto El Predicador se contorsiona en un espasmo, como un golpe interno, tomándose el estómago.

PREDICADOR: ¡Auuuuuuuuu! (*Lucha por pararse pero no puede. Con movimientos grotescos y espasmódicos trata de hablar*) Ustedes dos... ustedes... ¡¡Traición...!!

Cae pesadamente al piso. Los otros dos personajes se miran. Está inmóvil. Muerto. El Científico se acerca y lo revisa.

CIENTÍFICO: Listo. Liquidado. Y dijo la palabra de la Clave: “Auuu”. (*Toma la Clave. Lee*) “¡Auuu!”, “Dos”... ¡Se refiere a nosotros dos! ¡Al fin juntos!

D. BARBUDA: (*Le saca el manuscrito de la Clave de las manos*) Sí, y unidos por el amor. ¡Ya no lo soportaba más!

CIENTÍFICO: ¿Y qué dice después?

D. BARBUDA: “¡Ay!” y “Colorado”. Y después “Dos” y “¡Splash!”

CIENTÍFICO: “Colorado” por la achilata. Pero no escuché que haya dicho “Ay”.

D. BARBUDA: Sí, dijo: “Auuuu” y después se le escapó bajito un “Ay”.

CIENTÍFICO: ¡Qué raro! ¡Y yo que tengo tan buen oído!

D. BARBUDA: Pero después vuelve a decir “Dos”... O sea: nosotros dos y al final: “¡splash!”, que es el momento en que el abuelito se sumergirá en el agua para revivir, como una sirenita. ¡Todo está claro, claro como el agua! ¡Fijate, fijate en la computadora qué está pasando en el resto del mundo con El Nuevo Diluvio!

CIENTÍFICO: Bueno, pero antes dame un besito, que me lo merezco. ¡Pero sin rasparme! ¿No?

D. BARBUDA: Bueno, mi amorcito.

Se besan.

CIENTÍFICO: Con nosotros comienza la Nueva Raza Humana. Somos como Adán y Eva en el Nuevo Paraíso. O como Noé y Sara en el Arca.

D. BARBUDA: Así es, mi amor. A ver, fijate cómo todo se inunda en lo que fue esa porquería de planeta.

CIENTÍFICO: Y vos, si querés, andá a afeitarte.

D. BARBUDA: Ahora cumplo órdenes solamente tuyas, mi capitán.

Se tiran besitos. El Científico va hacia la computadora. La Dama Barbuda lo observa desde atrás.

CIENTÍFICO: ¡New York inundado! ¡La Bolsa de Valores cubierta por las aguas!
¡El Empire State cubierto! ¡De la torre de París ni la punta! ¡El obelisco ni se ve!... ¡Estafan ahora, engañen ahora!

D. BARBUDA: ¿Y aquí?

CIENTÍFICO: La Casa de Gobierno, sumergida, la Municipalidad sumergida, los ingenios sumergidos, las concesionarias de autos sumergidas, el agua sube y sube y seguirá subiendo.

D. BARBUDA: *(Mirando hacia abajo)* Ya está casi llegando a nosotros el agua.

CIENTÍFICO: *(En la computadora)* La Universidad sumergida, los diarios sumergidos, las comisarías sumergidas...

La Dama Barbuda se va acercando desde atrás con el Puñal en la mano.

... los grandes supermercados sumergidos... ¡¡El Poder se está ahogando!!

En ese momento La Dama Barbuda descarga una feroz puñalada en la espalda de El Científico.

CIENTÍFICO: ¡Ayyyyyyyyyy!

El Científico, herido, ve su sangre y trastabilla

“¡Ayyy!”... “Colorado”... Traición... ¿Dos? ¿Cuáles Dos?

La Dama Barbuda descarga otra puñalada ultimando al Científico.

D. BARBUDA: *(Mientras limpia el puñal)* “Dos”. Sí, “Dos”. Mi abuelito y yo. O mi papi y yo. Ésos somos los dos, estúpido. *(Ve ambos cuerpos en el piso)*. Ahora sí, ahora sí que comienza todo de nuevo. Él... *(Señala al Sirenano)* y yo, vamos a refundar este Mundo que será un circo, un enorme y alegre circo. ¿Qué otra cosa mejor le quedaba a este mundo? *(Toma el cuerpo del Sirenano y con mucha ternura y cuidado lo acerca a la puerta)*.

Ahora... ¡A vivir! *(Lo lanza hacia abajo y se escucha el “splash” del cuerpo en el agua)*.

“¡Splash!” ¡La última palabra de la Clave! (*Mira hacia abajo*).
¡¡Nada!... ¡¡Nada!! ¡¡Está vivo, está vivo!! ¡¡Ha resucitado!! ¡¡Y los saltos que da!! ¡¡Como un pescadito feliz!! ¡¡Abuelito, abuelito!! ¡Al fin de nuevo juntos! ¡¡Ya voy, ya voy!! ¡Ya te alcanzo!

La Dama Barbuda se saca sus zapatillas de “écuyère” y se lanza hacia abajo. Se escucha el ruido del agua al caer su cuerpo y la lluvia que prosigue, incesante. La luz va abandonando el espacio escénico destacándose la inscripción de la Secta de Los verdaderos Dioses. Con ello llega el APAGÓN FINAL

> índice

> esperando el lunes	pág. 11
> ladran, Che!	pág. 43
> limpieza	pág. 69
> el sueño inmóvil	pág. 97
> la guerra de la basura	pág. 121
> el pañuelo	pág. 155
> allá	pág. 161
> el último silencio	pág. 197
> entretrenes	pág. 219
> el pasaje	pág. 229
> desde el andamio	pág. 253
> la revelación	pág. 277
> fervoroso Borges	pág. 295
> el capitán y Moby Dick	pág. 315
> ¿dónde está Huckleberry Finn?	pág. 333
> los pedidos del Viejo Miseria	pág. 355
> crónica de la errante e invencible hormiga argentina	pág. 379
> segunda crónica de la hormiga argentina o con la soja al cuello	pág. 401
> por las hendijas del viento	pág. 425
> la conspiración de los verdaderos dioses	pág. 447

hacia un teatro esencial

se terminó de imprimir en Buenos Aires.
Julio de 2006.